

HEREJÍA, CATAROS E INQUISICIÓN

«Impactante... basada en la realidad medieval de la Inquisición» Los Angeles Times

LOS HOMBRES BUENOS

NOVELA



CHARMAINE CRAIG

«Nunca he leído un relato tan poderoso, ni ficticio ni histórico, sobre los rebeldes
contra la Iglesia Católica Romana. La visión de Craig abarca una cultura
que fue destruida para siempre.»

Harold Bloom

Lectulandia

En la Francia del siglo XIV, una joven de la aldea montañesa de Montailou fue acusada de herejía por la Inquisición Católica. Su nombre era Grazida Lizier y, según confesó, su «alegría era compartida» con el hombre equivocado: el párroco de la aldea.

Un relato espeluznante de persecución, de deseos frustrados, de ternura. Una historia real rescatada de lo más profundo de los archivos. En la trastienda de la lucha entre cátaros e Iglesia se encuentra la voz de la ingenuidad, la palabra que nombra al mundo desde la pureza. La voz de Grazida nos transporta a un lenguaje más fuerte: un amor por la vida, pura, inocente, sin palabras. El lenguaje del mundo. El lenguaje mudo del erotismo y la humanidad. El desafío de pensar por uno mismo.

Lectulandia

Charmaine Craig

Los hombre buenos

ePub r1.0

Titivillus 11.08.18

Título original: *The Good Men*
Charmaine Craig, 2008
Traducción: José Antonio de la Riva Fort
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre y mi padre

Hace más o menos siete años, en verano, Pierre Clergue, el párroco, vino a casa de mi madre cuando ella estaba fuera encargándose de la cosecha. Me tentó a que le dejara hacerme el amor. Yo accedí. Era todavía virgen, creo que tenía catorce, quizás quince años. Me poseyó en el granero donde se guarda la paja, pero en modo alguno de manera violenta. Después venía a menudo a hacerme el amor, hasta el enero siguiente, y siempre en casa de mi madre. Ella lo sabía, y lo aceptaba. Ocurría sobre todo de día.

En enero él me entregó en matrimonio a mi difunto esposo... Después de eso, seguía acostándose conmigo a menudo... Mi esposo sabía que manteníamos relaciones, y no opuso resistencia. Cuando me preguntó si el sacerdote se había acostado conmigo, yo dije que sí, y él me dijo que tuviera cuidado de que no sucediera con ningún otro hombre. Pero el párroco no me hacía el amor cuando mi esposo estaba en casa, sólo cuando había salido.

Yo no sabía que Pierre Clergue era, o se decía que era, pariente de mi madre, Fabrisse. No había oído a nadie decir tal cosa. No sabía en modo alguno que ella tenía con él un vínculo de sangre. Si hubiera sabido que ella era su pariente —si bien ilegítima—, no le habría dejado acercarse a mí. Como hacer el amor con él me causaba alegría, y a él también, no pensaba que estuviera cometiendo pecado.

De la declaración de Grazida Lizier, Pamiers, 1320

PRIMERA PARTE

1265-1300

CAPÍTULO UNO

Mucho antes de que una mujer llamada Eco fuera juzgada por los crímenes de herejía e incesto, antes incluso de que su madre naciera bastarda, el niño Pierre Clergue miró por su ventana y decidió que haría que la aldea de Montailou fuera suya.

Se había despertado esa mañana con la noticia de que sus hermanos iban a acompañar a su padre a las tierras bajas para comprar herramientas para la siembra de otoño. Como Pierre era enfermizo y considerablemente corto de estatura para sus siete años, tenía que quedarse en casa. Sus hermanos hacían gran alarde al ponerse sus bombachos, sus túnicas de lana y sus abrigos con capucha, molestándole con relatos de aventuras que él jamás conocería. Pierre fingía dormir mientras ellos se preparaban, y cubría sus oídos con el áspero borde de su sábana de sarga. Cuando sus hermanos se fueron, él se levantó, se subió a un baúl de madera de haya que mantenía pegado al pie de la ventana y abrió de un golpe las hojas del postigo. Había llovido durante la noche y una niebla espesa cubría la aldea, que estaba pegada a las faldas de un empinado otero de una alta meseta en los Pirineos. Observó a sus hermanos y a su padre montando mulas por el tortuoso camino de la aldea. Desaparecieron en el manto de niebla y sintió que nunca había estado tan solo en la vida.

Entonces amaneció, y una luz amarilla pasó por el tamiz de la niebla, dorando los techos de ripia húmeda de las casas de la aldea, las colinas empapadas y las tierras de arado, abajo, en el valle. Pierre se dijo que no necesitaba la libertad de sus hermanos. Montailou poseía todo lo que quería conocer del mundo, todo lo que de él valía la pena reclamar como propio.

Esa tarde, como todas las tardes, él y su madre asistieron a misa en la capilla para rezar porque se fortaleciera y creciera. El párroco era un hombre alto y apuesto con amables ojos grises y una voz fluida como el agua corriente. Después de celebrar vísperas, llamó a Pierre al altar y apoyó firmemente la mano en su hombro pronunciando una solemne plegaria.

—Señor, deja que este niño crezca.

Pierre contempló con cuidado los rostros severos de los aldeanos sentados en el suelo cubierto de paja. Velas chisporroteaban en el altar, llenando la capilla de humo y proyectando una luz vacilante sobre los aldeanos.

—Deja que este niño crezca —salmodiaron ellos en respuesta al párroco, con voces llenas de lamento, y el corazón de Pierre dio un brinco de exaltación.

Más tarde, mientras él y su madre pasaban junto a las cruces de las tumbas del cementerio, divisó en la cima del otero, iluminadas por la luna, las torres de la fortaleza de piedra habitada por el supervisor de la aldea, un capataz nombrado por el Conde de Foix. Distinguió en la distancia los oscuros, accidentados picos de las montañas que se levantaban sobre la fortaleza, y el misterio de las plegarias que se habían pronunciado por él se mezcló con el misterio de la tierra y el misterio de la grandeza del Conde, y le pareció que de verdad era posible irse a dormir y despertarse crecido.

Dios no respondió a sus plegarias. En los años que siguieron, Pierre creció muy poco, y entonces, cuando tenía once años, su cadera empezó a deteriorarse. Por meses intentó ignorar el latido de dolor en su costado, caminando sin cojear en presencia de sus hermanos y quedándose en su habitación cuando el dolor era demasiado severo. Una mañana, yendo hacia el baúl de madera de haya que estaba al lado de la ventana, su madre le pilló cojeando.

—¡Pierre! —dijo ella desde la puerta. Él se volvió y vio su boca temblorosa, sus ojos azules llenándose de lágrimas—. ¿Por qué Dios no te deja en paz?

Esa tarde Na Roqua, la curandera, le hizo una visita y le pidió que se quitara su ropa interior de lino y se echara sobre la cama. Era una mujer delgada, soltera, con una cabeza tan huesuda como la de un cadáver, y cuando puso sus largos y fríos dedos sobre su cadera, él empezó a jadear de dolor.

—Hay hierbas para el dolor —dijo en un nervioso susurro—. Raíz de peonía mezclada con aceite de rosas. Pero las hierbas no van a curar esta cadera. —Poniéndose al lado de su madre, la miró de soslayo—. Quizá el alma de este niño esté devorando su carne, tratando de escapar de su cuerpo

—dijo—. La carne es una prisión de tentación, insoportable para un alma pura. —Pierre estaba a un tiempo aterrorizado y encantado por el misterio de sus palabras.

Más tarde su madre le llevó pegado a la suavidad de su cuerpo a la capilla para el oficio de vísperas. Cuando el párroco le llamó para la plegaria, él se puso de pie, pero no se acercó al altar. Si la curandera estaba en lo cierto y su alma era tan pura que intentaba escapar de su cuerpo, entonces rezar porque su cuerpo creciera, porque su cadera se fortaleciera, era rezar porque su alma estuviera más aprisionada. Echó una mirada a los aldeanos sentados en el suelo. Una mujer joven, de tiernos ojos, entornó los ojos con lástima, su hijo pequeño enterró su nariz en su vestido, un pastor desdentado se chupaba el labio inferior mientras miraba fijamente.

—Pierre —oyó suspirar al párroco—, sube a por tu plegaria.

Levantó la vista a la imagen de la virgen junto al altar, y notó que sus ojos le miraban con preocupación. Los labios de la Virgen estaban tímidamente apretados, como si le estuviera sonriendo, y él pensó que quizá Dios nunca había tenido la intención de que creciera. Quizá crecer estaba en contra de la naturaleza de su alma. Se despejó la garganta, mirando al párroco, cuyos ojos se entornaban de preocupación.

—Creo, Padre —dijo Pierre casi en un susurro—, que quiero seguir siendo pequeño.

Una temblorosa sonrisa se asomó a las comisuras de la boca del párroco. Este asintió y Pierre se sentó, fingiendo no notar el ceño fruncido de su madre. Durante toda su vida recordaría ese momento como la primera vez que había intentado abandonar las miserias de su cuerpo por la compasión de su alma.

Decidió que quería seguir a la Virgen, y le pidió al párroco que le aceptara como su alumno, para que, dijo «algún día yo pueda ser un sacerdote». Durante tres años estudió latín, dibujando letras con un estilo sobre tablas de cera, después con una pluma sobre pergamino. Aprendió retórica, lógica, aritmética, geometría, astronomía y música. Memorizó pasajes de Virgilio y Ovidio, de *Las sentencias* de Catón. En sus sueños sonaban himnos y salmos.

De día soportaba las pullas de sus hermanos y sus compañeros:

—¡Vechs Petitz! —se mofaban.

—¡Pichicorto!

O algunas veces, si le pillaban bajo el olmo de la plaza:

—Evesques Petitz. ¡Obispillo!

Esta última pulla era particularmente dolorosa para él, en cuanto se burlaba de lo que él había empezado a desear en lo más íntimo de su ser: convertirse no sólo en el párroco de Montailou, sino también en obispo de su diócesis, y por ende muchísimo más importante que lo que había llegado a

ser cualquier aldeano de Montailou. Él sabía que los chicos debían de haber visto en sus ojos un brillo de autosatisfacción cuando traducía un pasaje difícil. Pensaba que de alguna manera se merecía sus burlas: le habían pillado sintiendo veneración no por Dios, sino por su propia creciente piedad.

Cuando cumplió catorce años, el párroco le nombró coadjutor oficial de la capilla, y desempeñó sus tareas con esmero: encendía y apagaba velas, preparaba el incensario, recolectaba las ofrendas de los parroquianos — huevos en Pascua, hilo en Pentecostés, candiles en Navidades y barras de pan para la fiesta de la Virgen en septiembre—. Mientras trabajaba, sentía que su alma se hacía más fuerte. Pero en casa, en compañía de sus hermanos, se sentía invadido por las habladurías que se difundían entre ellos y por la fuerza de su deseo de placer carnal, que era cada vez más fuerte.

Un día, al anochecer, su madre le pidió que recogiera paja del establo para esparcirlo sobre el suelo de la cocina. Mientras se acercaba al establo, oyó a la yegua hacer los sonidos del acoplamiento. Entró y se detuvo cuando vio a Guillaume, su hermano mayor, de pie bajo la luz anaranjada que provenía de un agujero en el techo. Tenía los calzoncillos bajados a la altura de los tobillos. En la mano sostenía su miembro, visiblemente grueso y firme. Contemplaba a la yegua tratando de dar coces al burro, que intentaba montarla. Mientras el burro empujaba hacia delante, Guillaume movía su mano a lo largo de su miembro, abriendo la boca y echando para atrás la cabeza, como si bebiera de la luz anaranjada.

Pierre se agachó para esconderse en una oscura esquina tras una telaraña, sintiendo que su corazón le palpitaba en la cabeza. Se quedó ahí hasta que la yegua dejó de chillar y Guillaume salió sin verle, limpiándose las manos en los pantalones. Cuando la oscuridad terminó de abarcarlo todo, regresó a casa, esperando que su madre se hubiese ido a la cama ya.

El verano siguiente, él y sus hermanos llevaban a los cerdos de la familia a través del bosque para que se alimentaran de bellotas, castañas y manzanas silvestres caídas, cuando oyó decir a su hermano que se había acostado en el campo con una chica que se llamaba Marquise. Era de Prades d'Aillon, una aldea vecina; Pierre la había visto antes, había visto su cabello oscuro y su ojo misteriosamente semicerrado, un ojo del que se decía que había heredado no de su sangre aragonesa, sino de una raza de gente de más allá del mar. Su ojo, Pierre pensaba, se parecía a los de la Virgen.

—Allí abajo ella tenía como otro par de labios —dijo Guillaume, señalando su ingle. Levantó sus manos y dibujó en el aire la forma de un trasero de mujer—. Tibio y resbaloso —añadió.

Pierre pateó una manzana silvestre hacia uno de los cerdos y sus hermanos rompieron a reír.

—¡Putana! —musitó Pierre, mientras clavaba con furia su pie entre los

arbustos del bosque. Tendrían que pasar más de cuarenta años para que Pierre volviera a usar la palabra «puta». Entonces entendería por qué.

El cuerpo de Marquise empezó a atormentar a Pierre. Solo en su habitación, de noche cerraba sus ojos y oídos para imaginar la pureza de su alma limpiándole de deseo. Pero las palabras de Guillaume retumbaban en su mente: *tibio y resbaloso, como otro par de labios*. Veía a Marquise, veía en el aire su trasero y su miembro se estiraba hacia ella. Allí estaba ella, de pie al lado de la cama, metiéndose entre las sábanas, moviéndose debajo de él, con su ojo extraño mirándole desde abajo, abriéndose y cerrándose.

Cuando cumplió dieciocho años, se dio cuenta de que ni siquiera el sacerdocio reprimía su deseo carnal. Estaba sacándole brillo a un candelero en el altar, cuando el párroco le palmeó suavemente el hombro, pidiéndole que lo acompañara al vestuario. Al punto el párroco le confesó que había puesto su semilla en una mujer de la aldea.

—Los votos de castidad —dijo— no son tan sólidos entre los sacerdotes de la montaña.

Pierre contempló fijamente los ojos despreocupados del párroco. Imaginó su propio miembro poniéndose duro dentro de una mujer, y luego expulsó de su cabeza esa imagen.

—¿Qué dirán los demás? —preguntó.

El párroco le examinó, acariciándose una y otra vez la barbilla.

—Dirán que un sacerdote no debiera conocer mujer. O dirán que es la costumbre de los sacerdotes de Montaillou.

Pierre sintió el latir de la vena de su sien.

Puedes juzgarme, Pierre —dijo el párroco—. Pero también puedes empezar a ver el asunto como yo lo veo.

Hizo una pausa.

—Hacer el amor no es sólo costumbre de los sacerdotes de aquí. Es costumbre del género humano.

Desde el momento de decidir que sería sacerdote, Pierre había creído que sería célibe. Como persona célibe, su carne podría ser todo excepto muerte, y él sería más divino que la gente común. Ahora parecía que se estaba volviendo un pequeño órgano de un cuerpo pecador, el mismo cuerpo de Cristo que había esperado que le purificara y le hiciera elevado en espíritu.

Una noche, después de soñar con Marquise, se dio cuenta de que había manchado las sábanas y deseó con dolor dejar su camino hacia el sacerdocio. Se preguntaba si Marquise le aceptaría como hombre. Fue cojeando hasta el

cuarto donde sus padres dormían. Tras empujar la puerta, vio la silueta de su padre acurrucada contra el cuerpo de su madre. Entró en la habitación y escuchó su calmo respirar.

—Papá —dijo—, necesito hablar contigo.

Su padre le miró por un momento, aturdido. Sin decir una palabra, asintió y siguió a Pierre al exterior. Se sentaron en un banco en el jardín. El olor de las lilas endulzaba el aire, la luna proyectaba su luz sobre la torcida nariz de su padre.

—Papá —susurró Pierre. Su voz se rompía, y él sabía que estaba al borde de las lágrimas. Intentó tragárselas—. Papá —dijo otra vez—, ¿querría alguna mujer aceptarme?

Aún medio dormido, su padre se limpió la arena del rabillo de los ojos. Sus labios se abrieron y luego se cerraron. Estuvo por un buen rato sentado pensando. Cuando terminó, movió su cabeza a ambos lados. Su nariz se movía dentro y fuera de la luz.

—De cualquier modo —respondió su padre con voz ronca— es mejor mantenerse lejos de las partes femeninas. Incluso si fueras alto, una mujer sería una carga. Con una mujer hermosa, siempre hay otros hombres a los que tienes que vigilar. Y con una mujer normal, siempre hay otras mujeres de las que tienes que apartar la mirada.

Aclaró su garganta.

—Es mejor ser un cura bueno y casto.

Pierre tomó el voto de castidad a los veintitrés años y se dijo que ya no soñaría más con Marquise.

Al comienzo del otoño de ese año, una niña que reconoció como la hija ilegítima del párroco, vino a tocar la puerta de su casa. Era una cosita rechoncha, de ojos café y hoyuelos en las mejillas. Ella le tendió la mano sin decir una palabra. Él sintió que su corazón dio un brinco al tomar en la suya esa mano de húmeda tibieza. No recordaba haber tocado a un niño desde que él mismo era niño. Por todo este tiempo, que parecía una vida entera, había creído que lo más probable era que no tuviera niños y se había sentido muchas veces repelido por su presencia. Para él, los niños eran un recordatorio de la bajeza de la humanidad, descendencia de la carne, espíritus capturados y atados a la tierra por el pecado.

Sin mediar explicación, la niña le condujo por el camino a través del frío de la tarde hacia la casa del párroco. Mientras caminaban de la mano, Pierre sintió una ternura que nunca antes había sentido. Por un momento se permitió fingir que era su padre, y fue como si algo en su interior se hubiera despertado. Todo el tormento de intentar ser puro, de intentar ser honrado,

se evaporó en el aire, y allí estaba él con esta pequeña niña, caminando bajo el cielo del atardecer mientras la inmensidad de la vida se abría ante ellos en silencio.

La casa del párroco consistía únicamente en una habitación de madera barnizada. Un fuego rugía en la chimenea de piedra y el párroco yacía bajo un montón de viejas sábanas de lana con su cabeza hundida en la almohada. Respiraba pesadamente, con los ojos entrecerrados. Se estaba muriendo. Pierre entendió lo que sucedía.

En un banquito, a su lado, se sentaba la madre de la niña. Cuando vio a Pierre, le con ansiedad y luego se puso a sollozar, mientras se enjugaba con un burdo pañuelo. Pierre notó que llevaba manoplas desgastadas en los dedos y llenas de barro, como si acabara de regresar de sembrar el trigo en los campos. La niña soltó un quejido, corrió hacia su madre y enterró el rostro en su vestido.

Pierre también derramó lágrimas por un rato, incapaz de hablar.

—Sí —dijo finalmente. No sabía qué más decir. Nadie, ni siquiera el párroco, le había preparado para consolar. Pensó en su cadera, en cómo había perdido buena parte de ella cuando era joven, y cómo su fe en su propia alma había hecho la pérdida menos penosa.

El llanto de la mujer remitió. Ella le miraba desde su pañuelo, esperando sus palabras, con la cara hinchada por el llanto. Al ver que no decía nada, rompió otra vez a llorar y aplicó el pañuelo otra vez a sus ojos.

—Su alma —musitó Pierre. Después, más alto—: Su alma.

Los ojos de la mujer se levantaron otra vez del pañuelo.

—Su alma será libre —dijo.

Ella se sonó la nariz, asintiendo y sonrió vagamente en agradecimiento.

Le dio al párroco la extremaunción, lo que era alimentar a una persona con el cuerpo y la sangre de Cristo. Se preguntó por qué Cristo había querido dar de comer carne a sus apóstoles. Al poner la hostia entre los labios del párroco se imaginó que lo que estaba dando no era carne en realidad, sino una ilusión de la carne, toda hecha de luz y pureza de espíritu.

Esa noche vio al párroco tomar su último aliento. Se quedó dormido sobre el entarimado al lado de la cama del mismo y soñó con Marquise, soñó con su ojo parpadeando, soñó con su propia sangre llenando su miembro y saliendo disparada como leche.

Por la mañana, la madre de la niña le despertó. Él se puso de pie y ella le miró con intensos ojos enrojecidos, como para comunicarle su intención de decir algo significativo. Le tendió la mano, ya sin manopla, agrietada pero delicada. Sobre su palma descansaba una pequeña bolsa de lino, no mayor que una articulación de su pequeño dedo. Una fina cuerda, sujeta a la bolsita, colgaba de su mano hasta el suelo.

—La hierba del párroco —dijo. Tiró de la cuerda a través de sus dedos y la enlazó alrededor de su suave cuello blanco, de manera que un extremo cayó entre sus senos y la bolsita con la hierba reposaba a la altura de la entrepierna—. El párroco me dijo que te enseñara —dijo ella—. Así la leche del hombre no cuajará.

La leche del hombre cuajaba para convertirse en un feto: Pierre lo había oído antes. Se dio cuenta de que ella le estaba ofreciendo algo para impedirle que concibiera un hijo. Se sintió enrojecer y se apartó de ella.

La mujer deslizó la cuerda del contorno de su cuello. La escuchó silbar por el contacto con su piel. Luego le tendió la bolsita.

—Para ti —dijo.

Pierre negó con la cabeza, para hacer desaparecer el recuerdo de Marquise, pero la mujer apretó la hierba contra su mano con una expresión de tristeza y cariño en sus ojos.

—El párroco dijo que era para ti —volvió a decir la mujer—. «El amuleto del párroco», así lo llamó. Para los sacerdotes de Montaillou.

Pierre envolvió la cuerda en torno a la bolsita de lino y salió rápidamente, cojeando en su camino hacia la capilla, desde ahora su capilla. Escondió el amuleto bajo una piedra tras la estatua de la Virgen, donde él pudiera contemplar su larga nariz y su curvada boca y recordar en su interior la dignidad de la vida casta. Si el resto de sacerdotes de Montaillou habían caído en las garras de la carne, él pondría a prueba su fortaleza espiritual y nunca sucumbiría a la tentación.

Ese mediodía Pierre pronunció su primera misa de domingo.

—El párroco se ha ido —explicó mientras miraba las caras largas de los parroquianos. Después de muchos años de encender y apagar velas, preparar incienso y recolectar ofrendas, nunca se había puesto de pie ante la parroquia sin que el párroco estuviera por encima de él. Sintió que gotitas de sudor empezaban a perlar su frente—. La pérdida de la carne es el nacimiento del espíritu —murmuró, demasiado quedo.

Algunas mujeres empezaron a plañir por la muerte del párroco, abriendo sus labios con agudos chillidos de lamento. Otros parroquianos le miraban sin descanso, y sus ojos buscaban su liderazgo.

—La pérdida de la carne es la libertad de la tentación —irrumpió su voz.

Los llantos continuaron. Vio a su hermano Guillaume fruncir el ceño.

—La pérdida de la carne —dijo él, pero un joven comenzó a dar alaridos. Y luego un anciano se le unió. Y después el curtidor, y el tejedor, y sus esposas. Los niños aullaron. Los bebés se pusieron a gemir. Pierre estaba seguro de que el párroco de Prades d'Aillon vendría corriendo a ver qué

andaba mal.

Los feligreses lloraban sin parar, y a él le parecía que lloraban no sólo por la muerte del párroco, sino por cada dolor de cabeza que habían sufrido, por las dificultades de las labores del campo y por sobrevivir a sequías que dejaban las espigas quemadas, por cada animal que había muerto o que les habían robado, por las escupiduras de sangre de sus padres, por las convulsiones de sus hijos, por las muertes de sus esposas al dar a luz, por su miedo a la lepra y su expansión por la región, por la interminable escasez de dinero y los diezmos por pagar, por sus infidelidades y las habladurías que sufrían, por las veces que habían sentido que nadie los quería y la incertidumbre de si se salvarían o no.

Todo este miedo, esta herida colectiva, soltó repentinamente sus riendas con la ausencia de un párroco fuerte, capaz de sujetarlas y de prometer la llegada de tiempos mejores. Pierre sintió que su propia tristeza crecía desde debajo de la superficie de su bienestar espiritual. ¡Cómo odiaba su pequeño cuerpo! ¡Evesques Petitz! ¡Obispillo, sí! Sus hermanos estaban en lo cierto. Era un hombre pequeño con grandes ansias de virtud. Sintió que su cuerpo temblaba y a pesar de la orden dada a sus ojos de permanecer secos, de ellos brotaron lágrimas.

Vio cómo una anciana se levantaba del suelo y caminaba entre los feligreses. Era su madre. ¿Por qué nunca se había dado cuenta de lo vieja que se había hecho? Rizos de cabello blanco caían en torno a su toca de lino, enmarcándole el rostro. Su piel era suave y fofa, y sus mejillas, en algún tiempo llenas, se habían hundido. Se limpió las lágrimas de sus ojos para ver cómo cargaba con un baúl hecho de madera de haya, el mismo sobre el que solía trepar cuando era niño para mirar por la ventana a inspeccionar la tierra que había pensado que algún día haría suya.

Su madre se acercó al altar y dejó el baúl a sus pies. Acarició su mano.

—Buen chico —dijo, sonriéndole con ternura. Después regresó al lugar del que había venido.

Pierre observó el baúl, con su madera oscurecida por el tiempo, con un largo raspón. Recordó cuán indigno se había sentido cuando estaba de pie junto a sus hermanos y cuán ilimitado le parecía su futuro cuando se subía al baúl.

Regresó al altar y recogió el cáliz plateado y el copón lleno de pan consagrado. De cara a la congregación, se puso de pie sobre el baúl. Los feligreses se habían callado y él podía prácticamente verse a través de sus ojos. Protegido por sus vestiduras sagradas, levantó el cáliz con una mano y el copón en la otra, y sintiendo el olor del aceite sagrado que se escapaba del perfumadero, el incienso que hacía que el aire de la iglesia entera fuera como una neblina, se sintió exaltado, arrebatado hasta los más altos cielos. Dios

estaba cerca.

—*Domine Iesu Christe, Fili Dei vivi* —comenzó.

Todos los ojos le miraban mientras él ofrecía el cuerpo y la sangre de Cristo, mientras leía del misal las oraciones y peticiones de la misa, mientras traducía el mensaje de la Escritura, mientras daba el beso de la paz y cantaba los salmos graduales en honor del párroco. Las palabras, las palabras de consuelo, ya emanaban de él.

El párroco había oído confesión y dado la comunión todos los años antes de Pascua, y Pierre pensó que él haría lo mismo. Pero cuatro meses después de que diera su primer sermón, cuando la cosecha estaba a salvo en los graneros y los pasos de montaña quedaron bloqueados por el hielo y todos los aldeanos se habían recogido en sus hogares, Guillaume vino a él a primera hora de la mañana, sacudiéndose la nieve de la manga de su abrigo y pidiendo que le dejara confesarse. No podía esperar hasta la Pascua para hacer penitencia.

Pierre vio la angustiada palidez entretejida bajo la piel de Guillaume y le dijo que se arrodillara junto al altar. Acercó un banco de madera para él, para poder ver a Guillaume a los ojos. Quería que su hermano confiara en su liderazgo espiritual y así se sintiera completamente purificado de su pecado.

Comenzó con la primera pregunta de las Instrucciones.

—¿Crees en el Padre, en el hijo y en el Espíritu Santo?

—Eso no, Pierre —dijo Guillaume; y apretó una mano contra la otra cerrando los ojos—. Tengo algo aquí adentro. —Una de sus manos se levantó y quedó prendida de su pecho, como la garra de un animal—. Ayúdame a sacarlo.

Pierre sentía como si su cadera estuviera perforándole el costado.

—Será mejor que me lo cuentes, Guillaume —dijo.

Guillaume abrió los ojos.

—Una chica —dijo—. Pero no cualquiera: Marquise.

Pierre sentía que algo en su pecho apretaba.

—¿Te has acostado con ella otra vez? —dijo.

—Sí.

—¿La has dejado embarazada?

—Sí.

Pierre se sujetó al altar con los brazos. Había sido capaz de apartar a Marquise de la mayoría de sus sueños, pero todavía algunas mañanas las sábanas amanecían mojadas y él sabía que había soñado con ella y que la había deseado para sí.

—¿Y te vas a casar con ella? —le dijo—. ¿Y cómo se lo vas a contar a Papá?

Guillaume abrió completamente los ojos y frunció el ceño con una mueca de repugnancia.

—No me voy a casar con esa zorra —susurró—. Ella no puede hacer nada por la familia.

Su padre siempre había dicho que como Pierre no se iba casar, y por lo tanto no iba a aportar ninguna tierra nueva, Guillaume tenía que aportar el doble.

—Pero Marquise —dijo Pierre—. El niño.

Guillaume se apartó del altar y se puso de pie, con las manos en forma de puño a cada costado de su cuerpo.

—Tú no entiendes nada —le espetó con la voz temblorosa. —Te pido una penitencia y tú no sabes nada.

Pierre examinó la afilada barbilla de su hermano, la barbilla que de niño le había servido para medir su altura. Sabía que era su obligación absolver a Guillaume.

—Reza veinticinco avemarías y veinticinco padrenuestros —dijo él, con la voz calmada. —Uno por cada uno de los años que has vivido. Haz un peregrinaje a la Santa Virgen de Montgauzy y rézale para que te perdone. E intenta ser amable, Guillaume, amable con Marquise.

Los puños de Guillaume se relajaron. Se limpió la nariz con el dorso de la mano, hizo una pequeña reverencia y se marchó. Pierre le imaginó caminando junto a las cruces del cementerio y en la plaza, dejándose cubrir por la nieve, con el frío latigazo del viento de la montaña clavándosele como un agujijón a lo largo de todo su cuerpo: sus muslos, sus saludables caderas, su ingle. Guillaume había tenido contacto carnal con la única mujer con la que Pierre había tenido ganas de tenerlo, con una mujer que deseaba el cuerpo de Guillaume, que quería abrir su cuerpo a la magnitud del suyo. Marquise.

Pasaron las estaciones y Pierre oyó que Marquise se ganaba la vida como criada en Prades d'Aillon. Cuando el invierno regresó con su fría y gris luz, sabía que ella debía de haber dado ya a luz y rezó porque hubiera sobrevivido. La imaginaba arropando a su bebé con ropas ajustadas. Sí, ella había pecado. Había pecado con su hermano. Sin embargo, él no podía pensar en ella más que como una mujer pura.

Durante ese invierno, una noche de mucho viento, después del servicio de vísperas, Pierre estaba apagando las velas del altar cuando la vio de pie en la puerta de la capilla. Casi grita al verla, y tuvo que sujetar el maticandela delante de sí para protegerse de su presencia.

—¿Padre? —dijo ella. Su voz hizo eco en las paredes de la capilla.

Él bajó el matabandales y la miró. Envuelta en un pesado abrigo, sus mejillas estaban rojas por el viento frío. Llevaba en sus manos a un bebé rodeado por un paño. Se le notaba el cansancio bajo los ojos y en las líneas de su frente.

—Ven, descansa —susurró él. Le tendió la mano, pero el frío de la noche en las yemas de los dedos le hizo sentirse expuesto, retirándola de nuevo a un lado.

Ella se le acercó, meciendo al bebé.

—¿Has estado viajando? —le preguntó.

Ella asintió y echó una mirada alrededor. Pierre cogió el banco que mantenía junto al altar y lo colocó en el suelo. Marquise se tomó su tiempo para sentarse, y Pierre observó la nieve salpicada sobre sus pestañas y cómo miraba a su bebé con ese ojo suyo, que era más triste y más encantador de lo que recordaba. Había olor a caballo y heno en sus ropas y supo que debía de haberse refugiado en una granja en su viaje desde Prades. Seguramente el camino por la Col des Abeillanous había estado casi impracticable por el hielo.

—Pesa cada día más.

Él miró hacia abajo, al durmiente bebé de pelo de cuervo. En la pálida luz no vio en la niña nada de su hermano Guillaume.

—Una niña —dijo ella.

—Una niña —dijo él.

—Mi hija es bastarda —dijo ella—. Usted lo sabe, estoy segura. —Ella le miró con ojos oscuros y desesperados—. Dígame, ¿puede una hija bastarda ser bautizada?

Durante el año en que había sido párroco, nunca se había negado a lavar el pecado de un niño por medio del agua, ni tampoco el antiguo párroco le había ordenado que excluyera a los bebés nacidos del pecado. Sin embargo, nunca había bautizado a un bebé de más de una semana de vida, un bebé en peligro de morir en pecado original.

—¿Todavía no ha sido bautizada? —preguntó él, con voz baja.

Ella le miró con la frente tensa por la preocupación.

—El párroco de Prades no querría aceptarla —dijo ella.

—¿Y la comadrona? —preguntó él. Se aconsejaba a las comadronas bautizar a los niños en caso de que no hubiera cerca un sacerdote o si éste no estaba dispuesto a hacerlo.

—No hubo comadrona —dijo ella—. Di a luz yo sola.

—Sola —repitió él, imaginándola en un campo como si hubiera estado con Guillaume, abriendo su cuerpo al inmenso dolor de la materia.

—Sí.

—Esta niña puede y debe ser bautizada.

La frente de Marquise se relajó y apretó a la bebé contra su pecho, sonriendo. La niña gimió, y ella la descubrió, desvelando la ropa de bautizo: una larga toguita de seda de un color pastel, con un dobladillo acordonado. Pierre comprendió que quería que su hija fuera bautizada inmediatamente.

—Marquise —dijo él, y se sonrojó de pronunciar su nombre en voz alta—. Todo bautizo necesita un padrino, al menos uno, para que el rito sea válido. ¿Hay alguien en la aldea?

Ella pasó sus dedos por la toguita de seda y él supo que no había nadie a quien pudiera recurrir, ni siquiera el padre de la niña.

—Tú —dijo ella, levantado la vista hacia él.

—Yo soy el párroco.

—Y su tío —respondió ella.

Él tomó aire.

—Sí, su tío.

Ella había sido en sus sueños una amante, pero nunca una hermana, nunca la madre de su sobrina.

La niña no paraba de chillar. Mientras Marquise la colocaba en el suelo y se quitaba el abrigo, Pierre abrió el grifo de la fuente bautismal, tomó sal y la vasija de agua bendita del altar. Cuando se volvió vio que ella llevaba una túnica de un pálido azul rematada en piel y bordada con un hilo del color de una cáscara de huevo. Tenía un pequeño bolso colgando del cinturón. Lo abrió y sacó de él un bonete bautismal para la niña y un pequeño velo para ella, que se ciñó al cabello con una cinta.

—Habrían sido mis vestidos de boda —dijo cuando le vio mirándola—, si me hubiera casado.

Las madres que acababan de dar a luz con frecuencia se perdían el bautizo de sus hijos, ya que se consideraba que durante todo el mes siguiente al alumbramiento estaban impuras. Cuando, acabado ese mes, regresaban por primera vez a la iglesia, lo hacían vestidas con el traje de boda. Él se preguntó si Marquise había pisado una iglesia desde el día en que nació su hija. Miró hacia abajo y vio las puntas empapadas de sus zapatos, que sobresalían de su vestido. Eran de cuero fino y suave. Le causó dolor imaginar cuán duro había tenido ella que trabajar para comprar tales galas.

—Ven —le dijo. No la tocó, pero se puso de pie a su lado mientras ella recogía a la gimiente niña. Caminaron juntos hasta la puerta de la capilla, que temblaba por la arremetida del viento—. Sal para que puedas hacer una entrada como Dios manda.

Ella apretó al bebé contra sí para mantenerlo caliente y salió a la noche bañada de luz de luna. Pierre hizo cuidadosamente la señal de la cruz delante de sus rostros dulces y atentos. Roció a Marquise con agua bendita y puso sal en la boca de la niña, para que algún día pudiera disfrutar del alimento de la

divina sabiduría.

—Entra al templo de Dios —dijo él, y retrocedió hacia la capilla—. Entrégate en adoración al hijo de la Virgen María, quien te ha otorgado la bendición de la maternidad.

Marquise tropezó en el umbral y él tuvo que cogerla del codo para que no cayera.

Pierre caminó hacia el frente, donde esperó, escuchando el sonido de los pasos de Marquise sobre el suelo de la capilla. Cuando ella hubo hecho su procesión hacia el interior de la capilla, él se volvió e inclinó la cabeza.

—Dios todopoderoso y eterno —dijo—, que por tu gran misericordia salvaste a Noé y su familia en el arca de morir en el diluvio; y que condujiste también salvos a los hijos de Israel, tu pueblo, a través del mar Rojo, y que mediante el bautizo de tu bienamado hijo Jesucristo, en el río Jordán, santificaste agua para el misterio del perdón de los pecados.

La niña se tranquilizó con la monotonía de sus palabras, y Marquise la besó en la frente.

—Te rogamos —continuó— que veles por esta niña. Purifícala y santifícala con el Espíritu Santo para que pueda sortear el oleaje de este mundo de penalidades y finalmente llegue a la tierra de la vida eterna y allí reine contigo para siempre. Por Jesucristo, nuestro señor. Amén.

Miró a Marquise, quien mantenía su boca sobre la frente de la niña.

—Querida —dijo él— has traído a esta niña aquí para que sea bautizada. Te pregunto entonces, en su nombre: ¿renuncias al demonio y sus intrigas, a la vana pompa y la gloria de este mundo, junto con todos los codiciosos deseos del mismo, y al deseo carnal del cuerpo, de manera que no cederás ni te guiarás por él?

Sus ojos brillaron.

—Sí —dijo ella, soltando un gemido.

Sintió el deseo de coger el rostro de ella entre sus manos.

—La niña —musitó—, hay que desnudarla.

Marquise le tendió a la niña, y éste la recostó contra su hombro y la mantuvo allí por un momento, sintiendo sus diminutos movimientos, su tibieza. Marquise le quitó la toguita mientras él sujetaba a la criatura.

Cuando la niña estuvo completamente rosada y desnuda, él la acunó en sus brazos y la miró a la cara. Sus ojos —pensó— eran como los de Marquise.

—¿Cómo se llamará? —preguntó en voz baja.

—Fabrisse —dijo ella.

—Fabrisse —repitió él. Sostuvo a Fabrisse sobre la fuente y sumergió su cuerpo en el agua hasta que rompió a llorar.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. —Secó a Fabrisse con su túnica, acariciándole la nuca—. Recibimos a

esta niña en la congregación del rebaño de Cristo. —Hundió su dedo en el perfumero del altar e hizo una cruz con el crisma sobre la frente de la niña—. Y le marco con el signo de la cruz como señal de que de ahora en adelante no se avergonzará de confesar la fe de Cristo crucificado.

Escribió el nombre de la niña y la fecha del bautismo en su Libro de Horas, su manual de oración. Mientras se arrodillaba junto a Marquise para rezar un padrenuestro, miró en lo alto al rostro de la Virgen y tuvo la sensación de que a pesar de su condición de sacerdote, la Virgen le bendecía con Marquise, le entregaba a Marquise como esposa, y bendecía a esa niña bastarda como hija de ambos.

CAPÍTULO DOS

Marquise nunca regresó a su capilla, y Pierre prometió no ir nunca a buscarla. De vez en cuando viajaba a Prades d'Aillon para recibir el consejo de su párroco, pero evitaba la casa en la que sabía que ella vivía, diciéndose que si ella se cruzaba en su camino sería debido a una Voluntad superior a la suya.

Con el paso de los años, sus ansias de poseerla crecieron, engulléndole como hiedras que se enroscasen y dividiesen para abrazar su cuerpo, dejando sus brazos, sus piernas y su torso sobrecargados con el peso de tanta Marquise.

Hubiera podido librarse de ese peso, aligerando la carga de su angustioso deseo. Hubiera podido poseer a otras mujeres. Su padre se había equivocado. En las primeras Pascuas de su sacerdocio se dio cuenta de que confesar a las parroquianas era mucho más reconfortante cuando se comportaba con ellas abiertamente. Si miraba a estas mujeres directamente a los ojos, si descansaba sus manos sobre las de ellas en el altar, si sujetaba sus manos con compasión se relajaban, lloraban con mayor libertad y toda la tensión del pecado que tenían atrapado en el pecho se dispersaba en el aire. Protegido por su fresco amor por Marquise, no sentía ningún tipo de culpa por ese contacto, no podía imaginar la tibieza de su propia piel encendiendo las llamas del deseo en otra persona. Se quedaba sorprendido cuando una mujer, terminada la confesión, en vez de abandonar el banco, se quedaba junto a él, dejando caer su frente en sus manos, frotando sus labios sobre sus nudillos. Entonces, y sólo entonces, un lugar oscuro en su interior sabía que podría obtener satisfacción si lo deseaba. Y algunas veces lo deseaba, o estaba a punto de hacerlo. Pero entonces recordaba que se había arrodillado junto a una Marquise en traje de boda y que no podía traicionarla.

Cinco años después del bautizo invernal de la niña bastarda, Guillaume murió. Un sarpullido conocido como fuego de San Antonio devoró su pierna. Empezó por su pie y continuó hasta la cadera, hasta que la pierna se cayó y la enfermedad infectó su cuerpo abierto.

—Hongos en la harina de centeno —dijo Na Roqua—. La harina de centeno que se echó a perder durante el invierno.

Pierre intentó consolar a su madre, tomando su mano en la suya, acariciando la piel manchada.

—Guillaume no merecía esta muerte —le dijo, pero en su corazón sentía que se había hecho justicia. Guillaume nunca se había preocupado por dominar su cuerpo y ahora su cuerpo le había abandonado.

Ocho años después, cuando Pierre tenía treinta y siete, fue a Prades para discutir con el párroco local sobre el dinero adeudado a la diócesis. Había pasado la Pascua y la primavera estaba en el aire, y el valle era todo humedad con el fluir del agua del río Hers. Mientras caminaba por la ribera y pasaba junto a los molinos donde se convertía el grano en harina, miró al cielo, de un azul intenso, y tuvo la sensación de que quizá se avecinaba una época de paz y nuevos comienzos en su vida.

Se acercó a Prades y se quedó parado cuando vio a Marquise sacando agua de un manantial de debajo de la iglesia. En un principio, no creyó que se tratara de ella. Estaba inclinada sobre una garrafa, su cuerpo era más grueso de lo que él recordaba; llenaba su vestido azul oscuro. La garrafa quedó llena hasta derramarse, y tuvo que hacer un esfuerzo por elevarla hasta su cabeza, donde la mantuvo en equilibrio.

Quiso correr hasta ella, aliviarla del peso del agua sobre su cabeza. Quiso ofrecerle su vida. Pero no lo hizo. No tenía el coraje. La vio dirigirse de vuelta a la colina sin volver en ningún momento su ojo triste hacia él.

Tres años más tarde, mientras cenaba con el sacerdote de Prades y cortaba un trozo de queso, le hizo una pregunta que nunca se había atrevido a hacerle.

—Hay una joven de nombre Marquise en su parroquia —dijo—, ¿cómo le va?

El sacerdote le dio una mordida a su queso. Su fina boca brillaba de humedad.

—¿Joven? —Frunció el ceño—, si ya es mayor. Y además está muerta. Se murió justo el otoño pasado.

Pierre dejó el cuchillo de queso sobre la mesa.

—La enfermedad de las encías —dijo el sacerdote—, esa en la que se te caen los dientes.

Pierre le miró mascando sin entusiasmo.

—Tuvo una muerte lenta —dijo el sacerdote—, muy dolorosa.

El sacerdote se pasó la lengua por el pulgar y Pierre sintió que su mano envolvía el mango del cuchillo. Quería impedir que la lengua del sacerdote siguiera moviéndose, quería cortar la mirada de indiferencia de su rostro.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —dijo el sacerdote, con una amarga sonrisa, como si hubiese percibido la creciente rabia de Pierre y de algún modo la disfrutara—. Le administré el último sacramento.

—¿Pero y su bebé! —dijo Pierre—. ¡Su hija!

El sacerdote se rió.

—¿Bebé? —dijo él—. Ya no es ningún bebé. —Aspiró por la nariz—. Una chica extraña, eso es. Se lo guarda todo. Una bastarda, por desgracia. Y ahora está completamente sola.

A la mañana siguiente, Pierre se levantó, vio al gato en el borde de la ventana y se sintió como un viudo. Su novia se había marchado. Durante todo este tiempo, aunque su cuerpo no hubiese sido suyo, él había sentido su presencia, había sabido que ella estaba viva en algún lugar del mundo. Ahora su devoción hacia el sacerdocio y el celibato parecía más pecado que virtuosa constancia. Había pecado contra Marquise, la había dejado sola, defenderse a sí misma y a su hija. Y lo peor de todo era que él nunca le había dicho que era amada.

Toda posibilidad de vida virtuosa parecía haberlo abandonado y su cuerpo de alguna manera lo sabía y amenazaba con detenerse. Todas las noches, al alcanzar la frontera de los sueños, la garganta se le cerraba y descubría que no podía respirar, ni moverse o gritar. Pensaba que la muerte había venido por él y se rendía a ello, ansiando la inmovilidad. Pero luego la garganta se le abría, el aire inundaba su cuerpo y volvía a deslizarse en sus sueños.

Afligido hasta los extremos de la aflicción, una noche se arrodilló ante el altar de la Virgen. Negras nubes de lluvia se habían cernido sobre el valle ese día y los torrentes de lluvia habían caído con violencia mientras el viento aullaba por los resquicios de las paredes de la capilla, extinguiendo las velas del altar.

Encendió una vela y examinó el rostro de la Virgen. A la pálida luz de la vela, vio sus cejas levantadas de una manera que nunca antes había visto,

como si estuviera a punto de llorar. Una larga y curva línea de expresión iba de un lado de la nariz hasta la comisura de la boca, y le dio por pensar que la marca que había interpretado como un pliegue de la piel más probablemente se tratara del recorrido de una lágrima.

Escondió sus ojos tras sus manos, escuchando el crepitar del incienso que se quemaba en el brasero. Cuán equivocado había estado de niño, cuando pensaba que la Virgen sonreía para él, que sonreía por la grandeza de su espíritu. Ese simple error de interpretación había cambiado el curso de su vida. Había ignorado su cuerpo y aprendido a leer, siguiendo a la Virgen en vez de perseguir al género femenino.

Escuchó pasos sobre el suelo de la capilla y, tras persignarse, se puso de pie. Una joven de no más de diecisiete o dieciocho años se detuvo en medio de la capilla. Llevaba contra su pecho una vela amarilla sin encender y sostenía a su lado una lámpara de la que brotaba una medialuna de luz. Vestía una capa y algo que parecía una bata de color azul oscuro, y estaba envuelta con una toca, una tela que envolvía su cabeza hasta la barbilla, cubriendo su cuello y su cabello. No recordaba haberla visto antes, pero le parecía familiar. Reconoció la particular inclinación de su cabeza, la manera en que sus ojos se movían de los suyos hasta el suelo. Cojeó hasta ella y vio que sus labios estaban agrietados y sangraban. Si era una confesión lo que ella venía a hacer, él no quería forzarle a soltarla.

—Para la virgen —dijo ella, presentando en alto la vela.

Él se acercó para cogerla, pero ella la retiró de vuelta hacia su pecho.

—La castellana la hizo con sus propias manos —dijo ella, inclinando hacia adelante la cabeza.

Pierre se dio cuenta de que lo más probable era que fuera la criada de la castellana, esposa del capataz destacado a la aldea por el Conde de Foix. La castellana vivía con su esposo y dos hijas en la fortaleza en la cima del otero.

—Ella necesita que usted venga a la fortaleza —dijo la criada, levantando los ojos hacia él.

Él conocía a la castellana sólo superficialmente. Sus visitas a la capilla eran infrecuentes, y año tras año, en la confesión, era cada vez más reservada cuando sus preguntas se acercaban al tema de sus asuntos de cama. En muchas ocasiones, le había dicho que a su esposo no le importaba conocerla como mujer, y después había guardado absoluto silencio al respecto. En lugar de hacerle sentir su poder espiritual para que ella contestara a todas sus preguntas, él también se volvía cada vez más cauteloso y tímido, como si en su presencia fuera otra vez un niño pequeño y ni siquiera el baúl de madera de haya pudiera levantarle por encima de ella.

—Por favor —dijo la criada, contemplándole con una sufrida expresión. Le tendió de nuevo la vela. Él la tomó y sintió tibieza en el lugar donde había

estado su mano.

—¿Está enferma la castellana? —preguntó él. No recordaba haberla visto en los últimos meses y pensó que quizá había solicitado su presencia por miedo a morir.

—Ella le necesita —dijo la criada, apartándose de él.

Pierre vio que se ajustaba la capa en tomo a la cintura mientras se dirigía hacia la puerta abierta de la capilla. Se apoyó contra la entrada, devolviéndole la mirada sin sonreír, con la luz de su linterna alumbrándole el mentón desde abajo. Había algo en ella que encontraba tristemente hermoso, algo que no era capaz de reconocer.

Con el cáliz y el copón en mano para los últimos sacramentos, la siguió por una ruta que nunca había tomado, rodeando la parte trasera de un grupo de casas, por una senda de cabras, a través de un establo de caballos, bajando por un camino de piedras a lo largo de la muralla trasera de la fortaleza. Una luna pequeña y lejana estaba suspendida en el cielo, bañando los álamos de la pendiente deshabitada del otero con una misteriosa luz nocturna.

Pierre apoyaba los dedos contra las piedras de la muralla para mantener el equilibrio. Había ido a la fortaleza con motivo de cenas y servicios litúrgicos y para la entrega del diezmo, pero siempre había entrado por el portón bajo la barbacana que daba a la aldea y a los prados de más abajo. Pensaba que el portón era la única entrada.

La niña bajó la cabeza para pasar por una baja abertura en la pared, y él pasó sus dedos por el surco mohoso y se agachó hasta tocar la tierra húmeda. La cadera le torturaba. Al otro lado de la muralla, la chica le esperaba de pie, con las cejas levantadas como las de la Virgen. Ella miró alrededor y él siguió la luz de su lámpara a través de la oscuridad.

Oyó un cloqueo de pollos, un gruñido de cerdos y supo que estaba pasando al lado de las jaulas y los corrales de la fortaleza. El olor a excremento de perro y azufre llenaba el aire y él imaginaba el fragor de la batalla a su alrededor. La niña se perdió en la boca de la torre, y cuando él se acercó, vio que bajaba por las escaleras.

—Pero la castellana... —dijo él, seguro de que la noble mujer y su esposo dormían entre las habitaciones decentes de la parte alta del castillo, donde ardían chimeneas y se celebraban banquetes.

La niña se llevó el índice a los labios.

—Ella está aquí —dijo en un susurro, señalando hacia abajo con el dedo—. Aquí abajo. Abajo. Se volvió y siguió bajando.

Estaban yendo a los calabozos, él lo sabía, al lugar donde los pecadores contra la Corte eran aprisionados en celdas tan oscuras y asfixiantes como el

infierno. Se dijo que si la criada le estaba guiando hacia el infierno, él iría. Demasiado débil para resistirse, tomaría lo que el diablo quisiera darle, tomaría lo que se merecía por no haber hecho nada cuando su amada caminaba sola sobre la tierra hasta que le tocó caer.

La castellana estaba sentada en un banco en una celda sin prisioneros, con una lámpara de aceite a sus pies. Era una mujer hermosa y alta, con un oscuro lunar a un lado de la barbilla y una mirada imponente. Cuando vio a Pierre en la entrada, se puso de pie, y las mangas de su vestido ondearon en suaves pliegues desde sus hombros.

—Me alegro de que haya venido —dijo ella, con una lentitud deliberada—. Le hablaré abiertamente. Rápidamente.

Ella miró hacia los listones de madera del techo, hacia donde sabía que su esposo debería estar. Él cambió de mano el cáliz y el copón.

—Los Hombres Buenos no me pidieron que le llamara —dijo ella.

—¿Hombres buenos? —preguntó él.

—Sí. —Sus ojos recorrieron todo su cuerpo—. Ellos ni siquiera saben que tienen mi apoyo. Aunque puede que lo sospechen.

—Por favor —dijo él—. No entiendo.

—Que yo soy como usted —dijo ella—. Que sé de su presencia en la aldea y que prefiero mirar para otro lado.

Ella se acercó hasta alcanzarle apretando las palmas de sus manos contra las suyas y sosteniéndolas bajo la barbilla.

—Le dije a mi criada que le trajera hasta aquí porque quería preguntarle a usted si el obispo de la diócesis está enterado.

—¿El obispo? —dijo él, completamente confundido—. ¿Enterado de qué?

—De la herejía —dijo ella—. De la herejía de Montaillou.

Él había oído hablar de herejía en el pasado, de cruzadas e inquisiciones para combatirla. Cuando era pequeño, sus hermanos le habían hablado de las desoladas y saqueadas fortalezas de herejes por las que habían pasado en los viajes que habían hecho por la región con su padre. ¿Pero herejía en esta parroquia? ¿En el medio de su rebaño? ¿Herejía ahora? Él se arrodilló para aliviar el dolor de su cadera. Percibió el olor de la podredumbre, de heces humanas, la mugre de años y años de prisioneros.

—¿Herejía? —dijo—. ¿En Montaillou?

Miró a la castellana, la miró a los ojos, que estaban clavados en los suyos.

—Pensaba que usted sabía —dijo ella, con una expresión de piedad y espanto en su ceño.

Pierre cayó en la cuenta de que había estado tan profundamente desesperado por la muerte de Marquise que había celebrado los rituales de la misa, las plegarias y las oraciones sin siquiera ver a los feligreses a los que se dirigía, sin darse cuenta de que se estaban apartando de la verdadera fe.

La castellana se arrodilló a su lado, con sus húmedos labios abiertos. Antes de que él entendiera qué estaba pasando, ella apoyó su boca en la de Pierre y probó el sabor de sus labios, la sal sobre su piel, el tibio sabor amargo de su lengua. Era como si todo lo que le era familiar se hubiese desvanecido y el mundo comenzara de nuevo un instante después.

—Eres como el viejo párroco —dijo ella, echándose para atrás—. Tienes el mismo aspecto hambriento.

La noche siguiente Pierre llevó solo su cojera por el camino de cabras hasta la fortaleza, llevando consigo el amuleto colgado de su espalda, intentando apartar de su mente los ojos de la Virgen. Se deslizó hasta los establos en lo alto de la colina diciéndose que el párroco había sido un buen hombre, un buen sacerdote con mujer, y que él también podría ser un buen sacerdote con mujer. Una mujer no tenía nada que ver con su poder para proteger su aldea de la amenaza de la herejía.

En el establo pasó al lado del estiércol, donde la criada le esperaba. Había colgado su linterna de un clavo en la pared y cuando la cogió, pudo ver mechones de su cabello escapándose de su griñón, mechones tan negros que eran prácticamente azules.

Le condujo por la oscuridad de la noche hasta el sótano. La llama de su linterna crepitaba a cada paso. En vez de dejarle solo en el calabozo, ella se apoyó contra el marco de la puerta y dejó la linterna en el suelo, con su toca colgando tristemente en tomo a su cara y sobre sus hombros.

—Le ordeno que se quede —dijo la castellana. Estaba de pie al lado del banco, vestida con una túnica de lino que caía en pliegues hasta sus pies. Su cabello estaba suelto y, de tan denso y salvaje, rodeaba su rostro cual maleza.

Él le echó una mirada a la criada, que con la vista baja en la linterna, sus hombros encorvados hacia sus pies y su aliento apenas perceptible, parecía querer hacerse invisible. Sus cejas se alzaban otra vez como las de la Virgen.

—Pierre —escuchó decir a la castellana.

Él atravesó la habitación hasta ella, escondiendo el amuleto en su mano, intentando olvidarse de la niña detrás de él. La castellana le miró con calma seguridad y se levantó el dobladillo del vestido. Él vio los óvalos de sus rodillas, tensos y saludables. No se atrevía a enseñarle el amuleto bajo la mirada de la criada. Lo apretó y se arrodilló, buscando humillarse como lo había hecho frente a la estatua de la Virgen.

—No —le oyó decir a la castellana—. Por favor, ponte de pie.

Él se levantó y tropezó hacia adelante. Sintió el olor de lavanda y humedad, vio la suavidad de los pechos de la castellana, que se insinuaban bajo su vestido de noche.

—Amar es bueno para los sacerdotes —dijo ella—. Los sacerdotes son los amantes más ardientes. —Ella retrocedió y se levantó el dobladillo del vestido por encima de la mata de vello rizado entre sus muslos. Se sacó el vestido por la cabeza y sus pechos colgaron libremente, encendidos por la luz de la linterna sobre la cuesta de su vientre. Luego extendió el vestido sobre el suelo. Pierre le tendió el amuleto. Ella lo tomó inmediatamente, ajustó la cuerda en torno a su cuello y dejó que la hierba cayera por entre sus pechos. Él pudo apreciar que ya había usado el amuleto con anterioridad. El amuleto del párroco. Para los sacerdotes de Montaignou. Si hacer el amor con ella era su destino, todo lo que tenía que hacer era rendirse a él.

La castellana le tendió la mano, y cuando él la tomó, ella tiró de él hacia abajo, hacia el suelo, que hedía a prisión, y se recostó sobre su vestido levantando sus rodillas y luego sus pantorrillas. Ella era larga, muy larga, más de lo que él había imaginado. Estaba sobrecogido por la forma en que sus muslos se abrieron como blancos árboles; cómo el amuleto se deslizó tan fácilmente en su interior.

Se desabrochó los calzones que llevaba bajo sus hábitos sacerdotales y se los bajó. Al arrastrarse hacia ella y apretarse contra sus muslos le vino a la mente la idea de que la Virgen le estaba viendo a través de los ojos de la criada. Le estaba viendo, como un animal en la mierda, pecando contra Marquise.

Durante las semanas que siguieron, pasó casi todas las medianoches en el calabozo con la castellana, y aunque se recordaba a sí mismo que el viejo párroco habría hecho de igual manera, sintió que su dominio sobre el bienestar de la aldea disminuía. Había bajado a la tierra y había violado su compromiso con la Iglesia, con la Virgen, con Marquise. A cada embestida, él mataba a su padre en su mente, a su padre, que le había dicho que nunca poseería a una mujer. Mataba a sus hermanos, que le habían llamado «Vechs Petitz», Pichicorto, un pichicorto que no podría satisfacer el deseo de nadie. Le parecía que mientras Marquise había estado viva, mientras se había mantenido casto, la aldea había permanecido fuerte en lo espiritual. Con la muerte de Marquise, él se había descorazonado, había caído en el vacío de la duda y la serpiente se había arrastrado dentro. Ahora cualquier cosa podía suceder.

Una noche en que él y la castellana habían hecho el amor a la luz de la linterna de la criada, la castellana le dijo que le había llegado el momento de conocer de cerca la herejía y su presencia en Montaignou. Pierre escondió la cabeza entre sus senos, ansiando el silencio.

—Debes estar preparado para defendernos —dijo ella—. La noticia se

propagará, y el obispo de la diócesis vendrá a indagar, y sólo tú tendrás el poder de salvarnos de la inquisición.

Ella le contó que, durante la anterior sesión de la Cuaresma, había ido a visitar a su padre enfermo en Varilhes, la aldea en que había nacido. Encontró a su padre en un estado deplorable, sin ser ya capaz de hablar o tragar. Dos santones le atendían, ambos pálidos y delgados y vestidos con modestas togas negras. Como más tarde supo, eran herejes practicantes —Hombres Buenos— y hermanos de apellido Authié. El mayor había sido notario en Axles-Thermes antes de convertirse a la fe de los Buenos Cristianos, como él la llamaba, en Lombardía, adonde los herejes de antaño habían huido durante las Cruzadas. Ambos habían renunciado a los placeres de la carne —comer carne, beber vino, casarse y reproducirse— y viajaban a pie por el campo, predicando desde un libro llamado El Texto, y viviendo de limosnas que recibían de los que creían en sus enseñanzas.

Mientras ella esperaba a la vera de la cama de su padre, los Hombres Buenos comenzaron a hacerle preguntas. Le preguntaron si sabía adónde iban los cuerpos humanos después de la muerte, y ella respondió que pensaba que iban al paraíso después de ser resucitados de la tumba.

—La Iglesia se equivoca al enseñar esas mentiras —le dijo el mayor.

Él le explicó que los cuerpos eran como telarañas, que se agarraban a la materia para alimentarse, pero que se destruían con un golpe de mano. Los cuerpos se disolvían en la tierra después de la muerte o en cenizas cuando se les quemaba. Los cuerpos nunca resucitaban.

—Tu cuerpo no es un cuerpo, sino un alma —dijo el mayor—, y sólo el alma será salvada.

Entonces ella se puso a llorar por la pérdida del cuerpo de su padre, y el mayor le pidió que secara sus ojos. Dijo que Cristo mismo no era un cuerpo: ninguna Divinidad podía contenerse en la materia. Cristo era más bien la ilusión de un cuerpo. Y había venido no para sufrir por nuestros pecados, sino para difundir la Palabra. Y la Palabra era que Satán había creado la tierra y todas las cosas de la tierra: las montañas y los cuerpos y la lluvia y los pájaros. Pero si eran bautizados por un Hombre Bueno y renunciaban a los placeres de la carne, sus almas serían salvadas, llevadas de vuelta a su Hacedor.

—Antes de que tu padre dejara de hablar, nos pidió que le bautizáramos en nuestra fe —dijo el mayor—. Muy pronto se unirá al Creador.

Ella le contó a los Hombres Buenos que también quería salvarse, y así estar algún día con su padre, y ellos le contestaron que, si quería ser una Buena Mujer por el resto de su vida, tendría que convertirse en una Creyente, una seguidora de los Buenos Cristianos.

—Cree en nuestro mensaje durante tu vida —le dijo el mayor— y, como

tu padre, pide ser bautizada en el lecho de muerte. Entonces estarás lista para renunciar a la carne y las acciones vulgares del hombre corriente.

Después de que su padre muriera, los Hombres Buenos le dijeron que habían visitado Montailou varias veces. Un aldeano se había topado con ellos en Ax-les-Thermes y les había invitado a su casa. En Montailou eran seis las familias que ya abrazaban la fe...

Pierre se apartó del pecho de la castellana, sobrecogido por el miedo a haberse dado cuenta de lo que pasaba. Quería odiar a los herejes, los hombres que amenazaban a la Iglesia y por ende su poder como sacerdote de la parroquia. Su creencia en que Satán había creado la tierra era escandalosa, blasfema. Sin embargo, él no podía evitar sentirse extrañamente reconfortado por su aborrecimiento de la carne, por su convicción de que el alma, más que el cuerpo, era esencialmente eterna. Le pareció que ningún dogma de la Iglesia había calado en su mente con tanta facilidad.

—Los Creyentes en la aldea quieren salvarse, Pierre —musitó la castellana—. Yo quiero salvarme, ¿pero dónde está la verdad?

Él vio sus ojos oscuros buscando los suyos. Allí, bajo tierra, donde las leyes de la luz y de la Iglesia no tenían lugar, no pudo contestar.

Dos semanas después, Pierre recitaba el *Quicumque Vult* a un pequeño grupo de feligreses en la misa que seguía al oficio de tercia. Estaba de pie sobre el baúl de madera de haya, sintiendo el olor de la mirra y el clavo que ardían en el brasero, mientras la luz de la mañana se filtraba por las aberturas de las paredes de la capilla.

—*Est ergo fides recta ut credamus et confiteamur, quia Dominus noster Iesus Christus, Dei filius, Deus et homo est* —dijo—. La verdadera fe consiste en que creamos y profesemos que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es tanto Dios como hombre. *Deus est ex substantia Patris ante saecula genitus: et homo est ex substantia matris in saeculo natus*. En tanto Dios fue engendrado de la sustancia del Padre antes del inicio del tiempo; como hombre nació en el tiempo de la sustancia de Su Madre. *Perfectus Deus, perfectus homo: ex anima rationali et humana carne subsistens*. Él es perfecto Dios y perfecto hombre, con alma racional y carne humana.

Perfecto Dios, perfecto hombre. Si bien Pierre había pronunciado el *Quicumque Vult* más de mil veces, se dio cuenta de que nunca se había entregado por completo a sus palabras. De niño se había entregado por necesidad a la concepción del espíritu como algo puro y la carne como algo corrupto. Se acordaba de lo que Na Roqua, la curandera, le había dicho a su madre cuando su cadera había empezado a deteriorarse: «La carne es una prisión de tentación. Insoportable para el alma pura». Él había creído que su

alma estaba comiéndose su carne: su cuerpo tullido era la prueba de ello. Incluso ahora, cuando se imaginaba en el Paraíso, lo que veía no era un hombre disminuido, sino un espíritu flotante, una emanación incorpórea de la luz.

—*Ad cuius adventum omnes homines habent cum corporibus suis: et reddituri sunt de factis propriis rationem* —continuó—. A su llegada todos los hombres debían alzarse con sus propios cuerpos y debían dar cuenta de sus acciones.

No, él no se había vuelto sacerdote para salvar su carne. Se había vuelto sacerdote para acrecentar su alma, que ya despreciaba la carne. Y en el fondo de su corazón nunca había creído —o había querido creer— que se alzaría de la muerte con su cuerpo tullido. Su corazón latía con fuerza y los rostros delante de él se difuminaban en la neblina del humo y la luz. Si los Hombres Buenos eran herejes porque creían que Dios por naturaleza no podía hacerse carne, y que el cuerpo por naturaleza no podía alzarse hasta Dios, ¿en qué era él diferente?

En muchas ocasiones la castellana le había intentado convencer de que conociera a los Hombres Buenos, pero él sabía que si mostraba afinidad a su fe, perdería todo el poder que tenía sobre ellos. La Inquisición podía volver a la región, y los Hombres Buenos podían ser prendidos y juzgados. Y ellos hablarían en su contra. No, él no debía presentarse ante ellos a menos que estuviera dispuesto a arriesgarlo todo: su posición como líder espiritual de la aldea, su seguridad, su libertad, su vida.

La Pascua llegó rápidamente, y con ella las confesiones estacionales. Si algún feligrés admitía la herejía, y así la sacaba a la luz, él estaría obligado a pronunciarse en contra de ella, y eventualmente a informar al obispo de su presencia en la aldea. No queriendo amenazar la fe que apenas acababa de descubrir, intentó evitar que los feligreses que se confesaban divulgaran cualquier clase de herejía. Les hablaba a trompicones, a veces retractándose de una pregunta antes de haberla formulado por completo en su mente. Al percibir su frustración, los feligreses se volvieron más reticentes tras admitir pequeñas transgresiones, haciendo que él perdiera la compostura y les impusiera penitencias mucho más duras de las que merecían, penitencias que él sabía que nunca podrían cumplir, así que llevaba el peso añadido de haberles impedido que se liberaran por completo del pecado.

Durante la misa de Pascua, reprendió a los feligreses sin poder controlarse, interrumpiendo la lectura y señalando a los niños tumbados en el suelo.

—¡Cuando se lee el Evangelio, poneos de pie! —vociferó—. ¡Cuando suenen las campanas en la Elevación, arrodillaos y rezad!

Después del servicio fue caminando a la fortaleza, con el amuleto en la mano. La castellana le había dicho que viniera después de la misa: su esposo estaba en la corte en Foix y ellos podrían hacer el amor sin esconderse. En lugar de tomar su habitual camino de medianoche, arrastró su cojera por el sendero de la aldea. El día era fresco y soleado y pasó junto a aldeanas que lavaban sus ropas en baldes con lejía, aldeanos que descansaban en bancas al aire libre, cruzando algunas palabras mientras miraban jugar a sus hijos. Unos pocos feligreses le hicieron una venia, pero nadie le detuvo a preguntarle adónde se dirigía. Implícitamente confiaban en él.

Tras rodear un lado de la muralla de la fortaleza, trató de aliviar su vergüenza con el pensamiento de que no era él, sino su cuerpo lo que le forzaba. Esperó en el establo a que apareciera la criada. En su lugar, una niña con el cabello del color del lino, a la que reconoció como la hija menor de la castellana, asomó su cabeza por la puerta.

—¿Quiere ver a mi mamá, Padre? —dijo ella. Dio un paso hacia ella y ésta se giró de repente, haciendo que sus trenzas golpearan sobre su espalda.

La niña le condujo a la misma torre y le guió por la escalera en espiral al segundo piso. Atravesaron un vestíbulo cubierto de tapices y, a través de un estrecho corredor, llegaron a la recámara principal, donde, decía ella, su padre y su madre solían dormir. La castellana estaba sentada delante de un espejo de metal pulido. Un fuego enorme relumbraba en la chimenea a su espalda.

La niña se fue corriendo, y la castellana le tendió a Pierre una mano. Sin decir una palabra, se bajó los calzones y dejó caer el amuleto. Su cuerpo rabiaba por poseerla entera.

—Pierre —dijo ella, mirándole con ceño.

La cogió por la cintura y la arrastró al suelo.

—¡Me vas a rasgar el vestido!

La puso a cuatro patas.

—¡Pierre! —gritó, buscando el amuleto—. ¡Espera!

Luego levantó la parte trasera de su falda y la vio poner el amuleto en la abertura entre sus muslos. Entonces dejó caer su cabeza hacia el suelo, y él apartó de su mente el pensamiento de que se le estaba rindiendo contra su voluntad.

Cuando terminó, ella se derrumbó y se arrastró alejándose, como una serpiente sobre el suelo, pensó. Luego se acomodó su ropa de lino y se puso de pie, dirigiéndole una mirada torva con la cara roja de enfado.

—Los Hombres Buenos vienen hoy. Y los aldeanos que tienen fe. Vienen a la fortaleza para bautizarse. He pensado que quizá querrías conocerles.

Sintió que su corazón daba un vuelco de pavor. Los Hombres Buenos. Aquí, en la fortaleza. No, no, no estaba listo. Se puso de pie, subiéndose los

calzones y se dirigió cojeando hacia la puerta, dejando a la castellana tras de sí.

Ella le cogió por el codo, contemplándole con ojos desesperados.

—Si quieres, mantente escondido —dijo ella—. Pero al menos ve a verles. —Acarició la manga de sus hábitos—. Ve a verles, Pierre. Y verás qué buenos son.

La castellana le escondió en las sombras, tras un cofre cercano a la entrada del vestíbulo, donde, decía ella, los Hombres Buenos y los aldeanos se congregarían. Mientras se mantenía agachado, con un tremendo dolor en su cadera, acechaba los oscuros rincones del vestíbulo, iluminado una y otra vez por las rugientes llamas de la chimenea. Oyó un ominoso ruido arrastrado, pasos, pensó. Un hombre que reconoció como Raymond Belot y su esposa, Guillemette, aparecieron en el vestíbulo, cerca de la puerta, y sus rostros, aunque sombríos, se dejaban traicionar por el brillo de la emoción. Se detuvieron a lavarse las manos en una gran jofaina de agua que la castellana había puesto en un banco fuera del vestíbulo.

Otros aldeanos les siguieron poco después: la familia Maurs, Jean Marty y su esposa, Philippe Guilhabert, la familia Benet, la esposa del difunto Bernard Rives y su hijo Pons, todos en ropajes oscuros y respetuosos. A Pierre el corazón se le sobresaltó al ver a la criada entrar al vestíbulo. ¿Era posible que la niña con los ojos de la Virgen fuera una Creyente? Se quedó de pie en la sombra, al lado de Pons Rives, como si les uniera una estrecha relación.

Dejó de haber movimiento en la habitación, salvo por las cambiantes sombras que se extendían desde la chimenea. Luego, un hombre al que Pierre reconoció como el tejedor de Prades d'Aillon entró, seguido de dos hombres en hábitos negros: los hermanos Authié. Estaban pálidos y macilentos, justo como la castellana les había descrito, ambos con ojos negros y hundidos. Quizá fuera un efecto de la luz detrás de ellos, pero parecía que destilaban santidad, y sus miradas eran al mismo tiempo serenas y penetrantes, sus movimientos, pausados y, sin embargo, imbuidos de una seguridad casi divina.

El hermano que parecía ser el mayor sostenía un libro negro en sus manos y el otro llevaba un paño blanco doblado bajo su brazo. Se plantaron delante de una gran mesa de caballete en el centro de la habitación y los aldeanos se agruparon alrededor.

—¿Todos los presentes os habéis lavado las manos, para que nada contamine este rito bautismal? —preguntó el hermano menor en una firme voz de bajo.

—Sí —murmuraron en conjunto los aldeanos.

El hermano tomó el paño de debajo de su brazo, lo dobló y sostuvo un extremo entre sus manos. Luego lo agitó en el aire, lo dejó caer sobre la mesa cual fantasma blanco y finalmente alisó con sus dedos los pliegues que se habían formado. Levantó la vista hacia los aldeanos. Sus ojos eran severos.

—¿Prades Tavernier? —dijo.

El tejedor de Prades dio un paso adelante. Era un hombre fornido de rostro relleno y sus pasos resonaron en el vestíbulo. Hincó una rodilla en el suelo e hizo una torpe reverencia a los hermanos, con sus gruesas manos fuertemente entrelazadas.

—*Benedicite* —dijo, con voz ronca. Hizo otra reverencia y se levantó—. *Benedicite*. —Hizo una reverencia por tercera vez— Buenos Cristianos —dijo al levantarse—, pido la bendición de Dios y también la vuestra. Rezad al Señor por nosotros. Rezad porque nos proteja de una muerte indigna y nos conduzca a un buen final entre los Buenos Cristianos.

Pierre temblaba. Las palabras eran tan nobles, tan ajenas y, sin embargo, tan familiares.

El hermano menor asintió con la cabeza.

—Recibe de Dios y de nosotros la bendición que imploras.

El hermano mayor sostuvo en lo alto su libro con una temible expresión en su rostro.

—Padres Tavernier —dijo con suavidad, casi cantando—. ¿Deseas recibir el bautizo espiritual a través del cual el Espíritu Santo se entrega en la Iglesia de Dios con la santa plegaria y la imposición de las manos de los Hombres Buenos?

—Sí —dijo Prades Tavernier—, lo deseo.

—La Iglesia de Dios ha preservado este sagrado bautismo, por medio del cual el Espíritu Santo se entrega desde tiempos de los apóstoles hasta el día hoy —dijo el mayor—. Ha pasado de Hombres Buenos a Hombres Buenos hasta ahora, y la Iglesia seguirá otorgándolo hasta el fin del mundo.

Prades Tavernier se inclinó sobre una rodilla y bajó tanto su cabeza que desapareció en la sombra.

—Debes entender, Prades Tavernier —dijo el mayor— que un Hombre Bueno tiene el poder de atar y de desatar, de perdonar y retener los pecados del hombre, como dijo Cristo en el Evangelio de San Juan: «Recibe el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados, pero a quienes no se los perdonéis, no les quedarán perdonados».

El mayor estaba desacreditando la autoridad de la Iglesia, pensó Pierre, y reclamaba para sí mismo el poder de un sacerdote. Observó con el corazón acelerado cómo el hermano mayor bajaba su libro hasta depositarlo sobre el paño blanco encima de la mesa.

—Prades Tavernier —dijo—. Si deseas recibir el poder de perdonar y no

perdonar los pecados, debes guardar los mandamientos de Cristo y del Nuevo Testamento al máximo de tus posibilidades. Sabe que Él prohibió a los hombres cometer adulterio, y todo acto de cópula es adulterio. Él prohibió a los hombres matar, mentir, hacer juramentos, robar, y hacer a otros lo que no quisieran que les hiciesen a ellos mismos. Les ordenó perdonar a quienes les hacen el mal. Amar a sus enemigos. Bendecir y rezar a aquellos que les denuncian y acusan. Poner la otra mejilla a quienes les atacan. Brindar sus abrigos a quienes les quitan el abrigo. Les prohibió juzgar y condenar. —Se detuvo un instante, sus ojos relampagueaban—. Y lo más importante de todo, Prades Tavernier: debes odiar este mundo.

El entarimado crujía cuando los aldeanos cambiaban de lugar. Prades Tavernier se movía con nerviosismo y Pierre vio cómo sacudía su cabeza de arriba abajo en las sombras antes de romper a llorar con fuertes quejidos, jadeando en una desesperada búsqueda de aire. ¡Cuánto deseaba Pierre poder liberarse tan plenamente!

—Debes odiar este mundo y sus afanes y todas las cosas que hay en él —continuó el hermano mayor—. En su primera epístola, San Juan dice: «Amados míos, no améis el mundo ni las cosas que hay en este mundo. Cualquiera que ame el mundo no tiene en su corazón amor por el Padre. Pues todo lo que hay en el mundo es lujuria de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de la vida terrena, cosas que no vienen del Padre, sino del mundo. Y el mundo y su concupiscencia pasarán, pero el que hace la voluntad de Dios perdurará en la eternidad».

El hermano mayor miró a los aldeanos de uno en uno, y Pierre sintió como si estuviera siendo arrastrado hacia adelante, como si él mismo estuviera siendo bautizado en la herejía.

—Debes guardar los mandamientos de Dios y odiar este mundo —dijo el hermano mayor—. Y si haces bien estas cosas hasta el fin de tus días, tu alma tendrá vida eterna.

—Tengo la intención de hacerlo —dijo Prades Tavernier, apretando sus manos. Levantó su cabeza de las sombras y sus ojos se movieron a un lado y a otro por la habitación, como si estuviera poseído—. ¡Quiera Dios darme la fuerza para cumplirlo!

—¿Renuncias a la cruz hecha con aceite y crisma por el sacerdote el día de tu bautizo? —preguntó el hermano mayor.

—¡Renuncio a ella!

—Hermano mío, ¿te entregas a Dios y al Evangelio?

—¡Sí! —Prades Tavernier besó sus manos entrelazadas.

—¿Prometes que de ahora en adelante no comerás ni carne, ni leche, ni huevos, ni queso, ni grasa, sino que te alimentarás solamente de pescado y aceite?

—¡Sí!

—¿Que de ahora en adelante no dirás mentiras, ni pronunciarás juramentos, ni prestarás tu cuerpo para ninguna indulgencia, ni caminarás solo cuando puedas tener compañía, ni dormirás sin calzones y sin la ropa puesta, ni abjurarás de tu fe por el miedo al agua, al fuego o a ningún otro tipo de muerte?

—¡Sí! ¡Lo prometo!

Los hermanos bendijeron y perdonaron al tejedor, y le dieron la bienvenida en su seno con el Beso de la Paz. Cuando los aldeanos se acercaron unos a otros para abrazarse entre sí, Pierre notó que la criada miraba para atrás, por encima del hombro, directamente hacia las sombras en las que él se escondía. Era como si ella pudiera oír cómo se desenredaban sus pensamientos... Él había encontrado almas afines, hombres que desconfiaban de la carne tanto como él desde que era niño. Se sintió aterrorizado, exultante, saturado de conciencia y entendimiento. De repente para él todo estaba claro: era un hereje. Estaba seguro de ello, ya fuera para unirse a los Hombres Buenos o bien a los esfuerzos por echarles de la comarca.

CAPÍTULO TRES

La criada no sabía con certeza que Pierre se estaba escondiendo en las sombras tras ella, pero sentía que no estaba lejos. Se había familiarizado con su olor, oscuro y dulcemente acre, como el humo de las hojas caducas al quemarse, un olor que nunca podría separar por completo de su imagen mientras le hacía el amor a la castellana en el calabozo, de la pálida luz naranja de la linterna que parpadeaba sobre sus cuerpos. A ella nunca se le había ocurrido que Pierre era su tío, el hombre que la había bautizado y que había bendecido a Marquise, su madre, diecisiete años antes. Se enteraría de sus vínculos de sangre sólo después de que su propia hija se hubiese vuelto su amante, y entonces la verdad habría de ser mucho más dura de lo que su corazón era capaz de soportar.

De niña le recordaban su condición de bastarda casi a diario. No tenía apellido paterno porque su madre se había negado a revelarle a nadie la identidad de su padre.

—Saber su nombre sólo puede darte tristeza —decía su madre.

Se ganaban la vida como sirvientes en una casa de un rico campesino de Prades d'Aillon. Cuando los niños de la casa recibían un pan más blanco para comer o capas más abrigadas para el invierno, su madre la miraba a los ojos y le decía que dejara de llorar.

—Fabrisse —le decía su madre—, fuiste bautizada, sí. Tus pecados fueron perdonados. Pero la reputación de tu madre nunca podrá recuperarse. Eres una bastarda en la aldea, aunque no en el Cielo. Es mejor que no lo quieras de otro modo. —Su madre la besaba en el pelo—. Cuida de tu honra —le susurraba—. Tienes muy poca como para no cuidarla.

Honra, Fabrisse lo entendía, era modestia, decencia, honor, el derecho a llevar el nombre de un padre orgulloso, de ser una esposa. Una vez que la

honra se dilapidaba, nunca podía recuperarse. Su madre la había dilapidado trayéndola al mundo sin un esposo, y ahora Fabrisse no tenía un clan familiar al cual adherirse, no tenía la menor esperanza de matrimonio. Sin embargo, como su madre no había vendido ninguna parte de su propio cuerpo —leche de sus pechos o la apertura de sus muslos—, Fabrisse contaba con una poca de honra, y, desde que cumplió once años, se comprometió a preservar lo que le quedaba de ella.

Ella y su madre compartían una habitación en la parte trasera de la casa, y todas las noches, cuando su madre se quedaba dormida, Fabrisse solía desembarazarse de la colcha de lana, caminar a la ventana y abrir de golpe los postigos para ver el cielo de la noche estrellada. En ese momento no había nadie que pudiera mirarla, que pudiera ver sus manos unidas en un solo puño apretado contra su boca, que pudiera verla llorando. No había nadie, excepto Dios, y ella rezaba para que Él la hiciera más fuerte que su madre. No quería caer en el abismo de una vergüenza todavía mayor.

Cuando cumplió trece años parecía que Dios le había concedido un milagro. Siempre se había distinguido por un cabello peculiar, salvaje y rebelde, que se quedaba siempre anudado, horquillado o erizado, y de un brillo más oscuro que el de las otras chicas de la aldea, cuyas trenzas eran del color de la tierra, de la nuez o del trigo, y que combinaban con el paisaje montañoso tan fácilmente como el aire. Fabrisse tenía su cabello como un signo de su maldición, el legado de haber nacido fuera del linaje familiar. Sin embargo, era desafiante con los niños que cotilleaban acerca de ella, y decía que su cabello había brotado de la misma tierra lejana de la que había venido ese ojo rasgado de su madre.

—Una tierra de pigmeos, cíclopes y serpientes tan horribles como Satán. Mi madre y yo venimos del Jardín del Edén —decía ella—. Allí crece toda clase de bondades: árboles con flores de colores que nunca habéis visto, olores tan variados que no podríais contarlos. Y cuando aspiras esos olores, es como soñar. Todo el dolor, toda la tristeza desaparece.

Era como si Dios hubiera escuchado su relato y decidido demostrar que era verdad. Una noche su madre descubrió el dulce olor de almendras y la miel que se impregnaba en sus sábanas. Rastreó el olor hasta la almohada de Fabrisse y enterró la nariz en su cabello.

—Estoy respirando el cielo —musitó su madre.

Pronto las mujeres de la ciudad empezaron a detener a Fabrisse en la calle para aspirar profundamente su perfume, que tomaban por medicinal, y para tocar su cabello, que empezaba a suavizarse. Fabrisse pasaba sus dedos por encima y separaba las hebras de los nudos y los pelos erizados. Tomó

prestado un cepillo de gruesas cerdas de la señora de la casa y se cepilló hasta que su cabello brilló como la fina tela como de gasa de las telarañas sobre el rocío matinal.

—Como las aureolas de los apóstoles de nuestro Señor después de elevarse al Paraíso —dijo un aldeano—. Como el clavo, como el anís —dijo otro—. Como el perfume del aceite bendito de la misa.

Su fama se extendió hasta las aldeas de Limouz y Lordat, y pronto unos cuantos campesinos que viajaban por la región se detuvieron en Prades d'Aillon para verla. Un viejo pastor vino con su rebaño durante la trashumancia del verano, pidiéndole que rezara por la fertilidad de sus animales, y dos monjes de Toulouse hicieron un peregrinaje a la aldea para evaluar la cualidad sagrada de su cabello.

—Una bendición de gran belleza —dijeron.

Fabrisse le rogó a Dios que su cabello le brindara un marido antes de que su realidad de bastarda se abriera de nuevo camino a la superficie.

Cuando tenía catorce años, estaba sentada en la misa, escuchando un sermón sobre Adán y Eva.

—Eva fue creada a partir de Adán —dijo el sacerdote—. Su cuerpo era el opuesto del de él, sus órganos más abiertos y corrompibles. —Fabrisse vio sus ojos posarse sobre ella, primero sobre su cabello, sobre sus labios, luego sobre sus pechos. Sus ojos se alzaron y enfrentaron la mirada de ella—. Cuidaos de proteger vuestros órganos —dijo él, regañándola, como si la mera visión de Fabrisse le produjera repulsión—. Imitad el sufrimiento de Cristo. Flagelad vuestro cuerpo hasta someterlo.

Aunque no tenía palabras para describir cómo las admoniciones del sacerdote quedaban sembradas en su mente, muy en su interior sentía una conexión entre el asombro que su cabello inspiraba y la vil tentación que los órganos femeninos significaban para los hombres. Al llegar a casa después de la misa, robó un tramo de lino del almacén. Se trenzó el cabello y se envolvió la cabeza y el cuello de tal forma que ninguna parte de su pelo pudiera verse. Lo común entre las chicas era llevar el cabello suelto hasta experimentar el primer cambio en su vida, y luego indicar su modestia con una simple cinta de lino o un bonete. Fabrisse no menstruaba todavía, pero ya sentía que la feminidad se le derramaba y quería evitarlo. No pensaba permitir que un hombre pensara que ella era corrompible.

Esa noche, mientras esperaba a que su madre empezara a soñar, pensó en el sacerdote fijando su mirada en ella. Pensó en Cristo y en cómo había luchado por la pureza en la selva de la tentación. Pensó en todo el sufrimiento que había soportado. Se figuró su cabeza sangrante por la corona

de espinas. Imaginó sus manos y pies aplastados y clavados a martillazos en la cruz. Cuando su madre se quedó dormida, caminó hasta la ventana, abrió los postigos y se quedó de pie desnuda bajo la luz de la luna. Un vello fino había empezado a crecerle en la entrepierna, y llevaba ahí su mano y arrancaba los pelitos uno a uno, reprimiendo su llanto con las palabras del padrenuestro.

—Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre.

Con su cabello sujeto por la toca de lino, los dimes y diretes sobre su cabello disminuyeron, y aunque a veces echaba de menos la adoración de los demás, estaba contenta de tener control sobre su honra, contenta de no permitir que sus órganos le privaran de su honor.

Su madre murió cuando ella tenía quince años. Por primera vez en su vida se sintió completamente sola. El señor de la casa en que vivía empezó a prestarle cierta atención, palmeándole el trasero mientras preparaba la sopa para la cena o deteniéndose frente a su puerta durante la noche. Se ajustó más la toca en torno a su cabeza y se arrancó los pelos de su entrepierna con mayor fiereza, tirando de ellos desde la punta en vez de la raíz, para causarse mayor dolor.

Ese invierno, un mensajero de la fortaleza de Montailou llegó a la aldea. El mensajero tomó posición en las escaleras de entrada a la capilla, llamando a toda la gente para que se reuniera alrededor. Fabrisse quedó apiñada entre el resto de aldeanos en el patio de la iglesia, calentándose las manos con el aliento mientras levantaba la vista al mensajero, que le pareció esplendoroso. Casi tan alto como la entrada a la capilla, ancho de hombros, de ojos negros, oscuro cabello rizado y una capa negra salpicada de copos de nieve, se veía como un ángel del Señor.

—Vengo por la chica del cabello —dijo él en voz alta, pasando la vista por la multitud—. La castellana quiere que sea su criada.

Sin pensárselo, Fabrisse dio un paso adelante, y el vaho blanco de su aliento salía de ella como si le señalara el camino. Los aldeanos se apartaron y la dejaron pasar. El mensajero descendió los peldaños de la capilla. Sin saber cómo dirigirse a él, Fabrisse hizo una reverencia con su cabeza, ajustándose la toca y envolviendo la capa en torno a su cuerpo con la otra. Se dio la vuelta y caminó a través de la muchedumbre, mirando por encima de su hombro de vez en cuando para estar segura de que el mensajero la seguía. Él la miró fijamente, con sus ojos oscuros y casi tímidos. Ella le condujo por las callejas de la aldea hasta la casa en que vivía. Mientras él esperaba fuera, junto a los terrenos de cultivo congelados, Fabrisse recogió los objetos sin los que no quería vivir las sábanas desteñidas por el sol en las que ella y su madre

habían dormido, los minúsculos vestidos de bautizo que demostraban que había sido bautizada, y el traje de boda de su madre. Si bien había llegado a aceptar que como bastarda nunca llegaría a ser mujer de alguien, tener el vestido era un consuelo, un recordatorio de que ese matrimonio hubiera podido ser parte de su historia y de su destino.

Siguió al mensajero al interior del bosque sin siquiera detenerse a mirar hacia la aldea. El aire frío y seco hacía que la cara le escociera, y el silencio de la nieve la absorbió. Por primera vez en mucho tiempo, su espíritu se sentía liviano y libre. Era casi como si en el mundo no existiese pecado ni perversidad encubierta que pudiera robarle su honra. Miraba la oscura y ancha espalda del mensajero, que se cubría de nieve, y las formas de los abedules con sus troncos solitarios tendiéndose pacientemente hacia el cielo.

Llegaron a Montailou cuando la luna estaba en lo alto del cielo, y su luz de plata se reflejaba en los techos cubiertos de nieve de las casa arrimadas a la falda de la colina. Bajo la luz de la luna, la fortaleza parecía descomunal, con sus cuatro sólidas torres de piedra y su elevada barbacana, coronada por la nieve. Mientras ella y el mensajero subían por la congelada senda de la aldea, ella temblaba con una repentina ansiedad.

Entraron en la fortaleza por el portón de la barbacana. Un guardia les dejó pasar y después el mensajero le condujo por varios tramos de escalera, por una serie de fríos pasadizos, hasta una habitación con una lumbre tan intensa y enorme, tan cálida, que se sintió inmediatamente reconfortada. La castellana estaba tendida sobre una cama suntuosa de colchas de armiño y un cubrecama de sarga bordado. Tenía el cabello suelto, y vestía una túnica de lino de color granate, de mangas adornadas con lazos desde el codo hasta la muñeca. Al ver entrar a Fabrisse y al mensajero, se incorporó hasta sentarse y se dispuso a mirarles con gran atención.

—¿Eres tú? —preguntó.

Fabrisse se volvió hacia el mensajero, pero se dio cuenta de que había desaparecido.

—Tú —volvió a hablar la castellana. Le tendió la mano, con un gesto familiar y cariñoso—. Ven aquí. Bajó su mano y señaló con unas palmaditas un lugar en la cama, a su lado.

Fabrisse dio un paso adelante, dejando que su capa se abriera. Se sentó en el borde del lecho, que sintió tan suave que sonrió sin querer. Notó cómo su cara se calentaba, y se sacó la capa por el cuello.

—Enséñame tu cabello —dijo la castellana.

Fabrisse dudó un instante. No había soltado su cabello frente a nadie más que a su madre desde que el párroco de Prades d'Aillon le había hecho

sentirse culpable forzándole a recogerse. Se llevó las manos a la nuca y empezó a soltarse la toca.

—Continúa. Vamos —dijo la castellana.

Fabrisse empezó a desenrollar la toca de su rostro y su cuello. Sintió cómo sus oídos quedaban libres y la frescura del aire en su cabeza. Dejó la toca sobre sus faldas y soltó hacia adelante su larga y pesada trenza, quitándole el lazo y metiendo sus dedos entre los mechones, que empezaron a soltarse como si se tratase de órganos hasta ese momento escondidos. Se recordó a sí misma que la castellana era la única persona a la vista, pero a pesar de ello tenía la sensación de que se estaba desvistiendo para un hombre, prestándose una vez más a la corrupción. Destrenzó y destrenzó su cabello, y cuando hubo terminado, se sentó con la cabeza inclinada y su cabello rodeándola por todas partes.

—Dios misericordioso —oyó musitar a la castellana; y vio que su rostro se había puesto pálido. Una sombra apareció en la pared de detrás de la cama. Mientras la castellana estiraba su mano para acariciar su cabello, Fabrisse dirigió su mirada hacia el lugar de donde provenía la sombra.

Más allá de la entrada, en el corredor, vio al mensajero mirándola. Su boca se abrió cuando sus ojos se toparon con los de ella, pero no apartó la mirada. Su oscura capa ya no estaba, y Fabrisse pudo ver la silueta de su cuerpo, más robusto de lo que le había parecido cuando estaba de pie sobre las escaleras de la capilla. Sus hombros, su cuello y sus pantorrillas eran gruesos como los del hombre que trabaja a diario en el campo.

—Dios misericordioso —repitió la castellana—, tu cabello en verdad resplandece.

Fabrisse inclinó la cabeza en ademán de humildad. Unos segundos después volvió a mirar hacia el pasillo, pero el mensajero se había ido.

Esa noche la castellana le explicó a Fabrisse por qué la había traído a la fortaleza.

—La belleza es como la peste. Puede atraparse, inhalarse, absorberse por los poros de la piel. Mi propia belleza ha empezado a marchitarse y quiero de nuevo infectarme. Le asignó a Fabrisse el rol de cuidar de su cuerpo y todas sus manifestaciones. Entre las tareas más sencillas, Fabrisse debía darle masajes, rociar sus ropas con agua de iris, aplicar aceite de oliva y cardamomo en su cabello, revisar que no tuviera piojos ni pulgas y untar sus pechos con pomadas hechas con lavanda y grasa de cerdo emulsionadas sobre el fuego de la cocina.

Al principio Fabrisse encontraba insufribles estas tareas. Había llegado a considerar su propio cuerpo como algo contra lo cual su honra batallaba. Su

sangre y sus olores amenazaban con contaminar la pureza de su oración. Cuando la castellana se desnudaba delante de ella y le pedía que la examinara cuidadosamente, Fabrisse veía la falta de gracia en la caída de sus senos —uno colgaba más corto que el otro— y en la piel traslúcida que dejaba ver unas líneas que llegaban hasta el pezón, y sentía el sabor de la bilis subiéndole por la garganta.

Con el tiempo, sin embargo, se sobrepuso a esta debilidad. Se dijo que la castellana era como una niña pequeña, incapaz de encargarse de su propio baño y cambio de ropa, y eso hizo que sus tareas fueras más tolerables. Empezó a mirar el cuerpo de la castellana como una cosa en sí misma, algo cercano a un animal o una planta que necesitaba ser cuidada de una manera particular para florecer, y memorizó sus más sutiles variaciones para servirle mejor. Descubrió que las líneas traslúcidas de los senos de la castellana disminuían en cuarto creciente y se hacían más largas cuando la luna desaparecía. Descubrió que sus pezones se ponían más flexibles cuando los masajeaba con médulas de pata de ternera, y que adquirían un tono rosado con la luz de la mañana, cuando los rayos del amanecer atravesaban los huecos de la pared de su recámara. Descubrió que sus deposiciones eran más duras durante su menstruación, que empezaba con la luna nueva y duraba casi seis días, requiriendo como mínimo dos cambios de calzones. Descubrió que sólo los enemas hechos del líquido de la cabeza de la oveja y del aceite de violeta ablandaban sus deposiciones, mientras que remedios más suaves, hechos de puerro, hojas de sena y brebajes de borraja, no hacían más que retenerlas dentro. Descubrió que el almizcle hacía que su piel adquiriera un olor agrio, mientras que el anís hacía más dulce su aliento, y que aplicar presión sobre la base de su pulgar podía apaciguar incluso sus más desesperadas lágrimas.

En verano, cuando leguas de trigo dorado se extendían a lo largo y ancho de los campos de abajo y el zumbido de los tábanos rondaba sin descanso por el aire tibio, Fabrisse llegó a mirar su propio cuerpo con una disposición más amable. Compartía habitación con las cocineras, y una pared estaba atravesada por una rendija a través de la cual podía ver la aldea y los bosques y las parcelas de tierra sembradas del Pays d'Aillon que se extendía abajo. Cada noche, cuando las cocineras se quedaban dormidas, solía levantarse de la cama y acercarse a la abertura de la pared, a la calma de la luz de luna. Solía levantarse el camisón y, en lugar de arrancarse lo vello de la entrepierna, solía mirarlos con compasión. Después de todo, que crecieran no era culpa de ellos ni suya. ¿No había Dios creado el mundo y todo lo que había en él? Se preguntó si los órganos que tenía plegados en su interior no eran, de manera modesta, benditos, porque ellos también habían sido formados por la mano de Dios.

A lo largo del verano y en las frescas noches otoñales, permitió que el vello de la entrepierna brotara, se extendiera y rizara, como lo había hecho alguna vez el cabello de su bastarda cabeza. Se acordó de cómo el mensajero la había espiado en su primera noche en la fortaleza; aunque desde entonces no lo hubiera vuelto a ver, se lo imaginaba mirándola, admirando su cuerpo como algo casi divino.

Una noche, la castellana le pidió que vendara firmemente sus senos y trenzara su cabello con una cinta color marfil. Cuando estuvo lista, le entregó a Fabrisse una vela y una linterna, la condujo de la mano a través de los almacenes y graneros de la planta baja y le enseñó un agujero en la parte baja de la muralla de la fortaleza a través del cual una persona podía pasar fácilmente. La guió por una escalera de caracol a los calabozos subterráneos.

—Te esperaré aquí —dijo la castellana, señalando un banco en una de las pequeñas celdas—. Ve a la capilla que está donde acaba el camino, encuentra al párroco, y entrégale la vela. Dile que la hice con mis propias manos.

La castellana le dijo que quería que le trajera a la fortaleza, sin que nadie le viera, por el camino de cabras hasta los establos, a lo largo de la muralla trasera, a través de la pared y hacia abajo por la escalera de caracol hasta la celda.

—Pase lo que pase, quédate junto a la puerta —le dijo—. Estate atenta a sonidos de posibles impostores. Estate atenta a la eventual llegada de mi esposo. No me dejes nunca sola.

Las cocineras con las que Fabrisse compartía habitación frecuentemente se referían a los calabozos como «la zona privada» de la fortaleza, y al oler el sótano entendió por qué. Los calabozos apestaban a sudor, esputo y pus, a sangre menstrual y a excremento humano. Fabrisse no sabía por qué la castellana quería al párroco en los calabozos, pero mientras bajaba la rocosa pendiente del otero, sosteniendo su linterna frente a ella para no tropezar con ramas o serpientes, se temía que nada bueno iba a suceder.

La puerta de la capilla estaba ligeramente abierta, y al mirar dentro vio al párroco arrodillado a los pies de la estatua de la Virgen bajo una tenue luz. Su cabeza estaba inclinada hacia adelante, su cabello oscuro, ondulado. Ella se ajustó la toca y se la anudó bajo el cuello antes de entrar.

El párroco dirigió la mirada hacia atrás, hacia ella, y luego se puso de pie de golpe y se persignó. Fabrisse se quedó fría en el centro de la capilla, esperando a que él se acercara. Su expresión era mucho más amable de lo que había esperado, incluso triste, aunque la manera en que balanceaba los brazos hacia los lados revelaba tensión, miedo. Era bajo pero robusto, con brazos cortos y gruesos y una pesada mandíbula. Él la miró, esperando a que

hablara, y a ella le pareció imposible no bajar la vista al suelo. Se palpó la toca que cubría su cabeza para comprobar que seguía ahí. No le recordaba en absoluto al sacerdote de Prades d'Aillon: no había la menor señal de enfado o violencia en sus ojos. Pero, por un instante, sintió como si se hubiera metido en ella, dentro de sus ojos. Le tendió la vela.

—Para la Virgen —dijo.

Dio un paso hacia ella y, mientras se acercaba, Fabrisse percibió su olor penetrante e intenso como la mugre. Ya había escuchado antes que cuanto más fuerte es el hedor de un hombre, mayor era su virilidad. El párroco tendió su mano hacia la vela, pero ella la puso otra vez contra su pecho, repentinamente temerosa.

—La castellana la hizo con sus propias manos —dijo ella—. Necesita que usted venga a la fortaleza. —Le tendió una vez más la vela—. Por favor.

Él tomó en sus manos el candil.

—¿Está enferma la castellana? —preguntó.

—Le necesita —respondió mientras se apartaba de él.

A la entrada de la capilla, Fabrisse se dio la vuelta y descubrió al párroco girándose para mirarla a hurtadillas, con la frente arrugada, como si estuviera tratando de reconocerla. Quizá se hubiese cruzado con ella en Prades d'Aillon, pensó Fabrisse. Quizá había visto a su madre.

Le condujo por el camino de cabras, a través del establo y bajo la muralla. En el calabozo, se recostó en la entrada, fijando su mirada en la linterna a sus pies. La castellana le felicitó con una voz mucho más entrecortada y aguda de lo normal, y Fabrisse se preguntó si también ella era capaz de oler su fuerza.

Había palabras en el aire, y Fabrisse intentó captar alguna. Hombres Buenos, oyó. Obispo. Herejía. Le parecía que las palabras eran como espejos y se reflejaban una a otra de atrás para adelante para que nada pudiera percibirse. Cuando las palabras se detuvieron, miró al interior de la celda y vio al párroco en el suelo. La castellana se le aproximó y se arrodilló a su lado, su cara a un brazo de distancia de la de él. Luego abrió la boca, pero no dijo nada.

Fabrisse bajó sus ojos otra vez hacia la linterna. El cuerpo de la castellana no era el de una niña, pensó ella. Era el cuerpo de una mujer, un cuerpo que ella misma había estado preparando para que fuera corrompido.

Noche tras noche, Fabrisse conducía al párroco hasta la castellana, sintiendo

que su propia honra se le iba escapando. De pie junto a la puerta, pensó que ella era la guardiana del pecado: mantenía alejadas las fuerzas de la ley de la aldea y de Dios. Peor aún, empezó a necesitar del amor adúltero como si fuera propio. Cuando la castellana le informaba de que el párroco no vendría determinada noche, ella se notaba enojada, y tenía que morderse la lengua para no revelar su frustración. Las noches que el párroco asistía, ella prestaba atención a su conversación, atrapando algunas frases aquí y allá, que eran como velos delante de los sonidos que ansiaba oír: los sonidos de profunda respiración cuando la carne se juntaba, que hacían que su corazón latiera despacio, que hacían que tuviera que aferrarse al canto de la puerta. Aspiraba el olor del cuero, de la humedad, del sudor del párroco. Oía labios, saliva, suspiros como susurros. Miraba a hurtadillas al párroco —su baja espalda, los montículos de su trasero—. Veía sus manos tomando las de la castellana e imaginaba sus propias manos aferrándose a las de él.

Cuando él se había marchado y Fabrisse había regresado a su habitación, miraba por la rendija en la pared el Pays d'Aillon extendiéndose bajo la luz de la luna, los álamos suspirando con el aliento de la noche, y descubrió que podía imaginarse con el párroco encima: sentir su propia boca besando la de él, sentir la presión sobre su seno, sentir sus propias pantorrillas alzadas por encima de él. Su cuerpo sería de él, pensaba, hasta que el rostro del mensajero aparecía en su mente como una llamarada, sus ojos pasmados de descubrir qué clase de perversidades había permitido en su interior. Incluso sus pensamientos, su ser más íntimo, se habían vuelto impuros.

Al comienzo de la primavera, la castellana pidió a Fabrisse que acudiese a su habitación y ésta se quedó de pie delante del rugido de la gran chimenea, que le hacía sentir un tibio bienestar.

—Ven —le dijo la castellana.

Estaba desparramada sobre los cobertores de armiño de su cama, vestida sólo con un camisón de lino, exactamente igual que el día en que Fabrisse llegó a la fortaleza. Dio unas palmadas sobre la cama y Fabrisse se sentó a su lado.

—¿Te acuerdas del hombre que te trajo a la fortaleza? —le preguntó.

Fabrisse asintió. Recordaba las anchas espaldas del mensajero moviéndose pesadamente delante de ella a través de las montañas mientras las ramas cargadas de nieve de las hayas destellaban bajo la luz de la luna.

—Se llama Pons Rives —dijo la castellana.

Pons Rives. Qué desconcertante saber su nombre.

La castellana explicó que él no era parte del personal de la fortaleza, sino más bien un campesino de la aldea de cierta posición a quien, a causa de su

noble belleza, había empleado eventualmente como mensajero. Sin embargo, después de traer a Fabrisse a la fortaleza, había pedido permiso para que se le liberara de esta tarea. Su padre había muerto recientemente y él había empezado a estar tan ocupado con el cultivo de la pequeña parcela que le encargó su familia que había rechazado incluso su obligación de casarse, o al menos eso era lo que su madre decía. Sólo el domingo pasado, la anciana señora Rives se había acercado a la castellana en la plaza a contarle su preocupación por la futura descendencia de su familia. Pons, decía ella, rechazaba a todas y cada una de las candidatas que ella le sugería. La única mujer de la que hablaba con admiración era de «la chica del cabello». Cuando la anciana señora Rives le preguntó a Pons quién era la susodicha, él dijo que era sirvienta de la castellana, a lo cual ella respondió que era mejor tener una esposa sirvienta que no tener esposa. Él la miró, aturdido.

—¿Esposa? —dijo él—. Pero ella no es una chica como para casarse con ella, madre. Ella es como un ángel.

La castellana dijo que la anciana señora Rives, con las manos juntas en actitud de ruego, le había implorado, por el amor a su descendencia, arreglar el matrimonio entre ambos jóvenes.

—¿Entiendes? —dijo la castellana, con los ojos encendidos—. Pons te admira. Un hermoso varón te admira. Y quiere que seas su esposa.

Fabrisse agitó su cabeza con incredulidad.

—Él no quiere una esposa —dijo.

La castellana sonrió y acarició su mejilla.

—Es simplemente tímido —respondió.

Fabrisse miró la entrada de la habitación y casi pudo ver al mensajero como aquel primer día: apoyado contra la pared, esperando tímidamente a que soltara su cabellera. Su garganta de repente se contrajo y unas lágrimas acudieron a sus ojos. Por una de las aberturas de la pared vio un trozo de cielo, denso por la bruma, y los verdes picos de los álamos dejándose mecer por el viento. Este era —pensó ella— el momento que siempre había esperado, un momento que, quizá, estuvo siempre previsto. El mensajero era su oportunidad para tener un apellido, un clan al cual unirse, una vida de familia. Una oportunidad para querer a alguien abiertamente. Pero ella era una bastarda. Una bastarda, y el matrimonio no era para ella.

—Una mujer se casa en nombre de su padre —dijo ella—. Yo no tengo padre, no tengo un nombre que ofrecer.

La castellana no se mostró de acuerdo.

—Fabrisse —dijo ella, regañándola con impaciencia, con mejillas rojas de la emoción—, hablas como una chica que piensa que las reglas de la Iglesia son siempre acertadas. Mantén la boca cerrada y te darás cuenta de que a nadie le importa el desdoro de tu nacimiento.

Era la más impactante y blasfema afirmación que Fabrisse hubiese oído. Habría podido permitir que su mente tejiera redes de preguntas, de dudas, pero en lugar de eso, se inclinó y besó la húmeda palma de la mano de la castellana, demostrando su gratitud y su consentimiento.

En todo el tiempo que llevaba viviendo en Montailou, había salido del castillo solamente para recoger hierbas del jardín, o para encontrarse con el párroco en los establos y conducirlo de vuelta al calabozo. Había evitado la misa del domingo, ocupándose más bien en la preparación de la castellana y su hija. No se sentía cómoda con la idea de quedarse sentada durante un oficio religioso conducido por un hombre al que ella había visto hacer el amor, un hombre al que había imaginado entrando en ella.

Lo primero que hizo cuando la castellana le permitió abandonar su habitación el día en que aceptó casarse fue salir de la fortaleza. Atravesó el portón fortificado, dejando atrás al guardia y respirando la fresca de la tierra, el aire y la bruma. Bajando a saltos los peldaños de piedra que zigzagueaban por la colina cubierta de helechos hasta el comienzo del camino de la aldea, estuvo dos veces a punto de caerse. Una vez abajo, se inclinó para quitarse los zapatos, unas sandalias de piel heredadas de la castellana, tan apretadas que le hacían cortes en los tobillos. Con los zapatos en una mano, dio unos cuantos pasos por el camino, la deliciosa fresca de la tierra metiéndosele entre los dedos. Respiró profundamente, haciendo suyo el verde de la recién llegada primavera. Le llamaron la atención unas violetas que crecían pegadas a una roca de la ladera. Se acuclilló junto a las flores y apoyó su espalda contra el peñasco.

Incluso por encima de la bruma, no conseguía ver las casas de abajo, y el guardia de la entrada de la fortaleza se había retirado al interior. Se sintió a gusto por primera vez en mucho tiempo. ¿Por qué nunca había salido al exterior como en esos momentos? ¿Por qué había estado —se daba ahora cuenta— tan triste? Se sentía como si hubiera estado guardando dentro su felicidad y lo único que tenía que hacer fuera soltarla. Miró al cielo, más allá de las nubes.

—Mamá —susurró—, voy a casarme.

Cerró los ojos y clavó las puntas de los dedos en la tierra, y pronto se dio cuenta de que se estaba riendo.

El matrimonio se iba a celebrar la noche previa a Pascua, y una semana antes del acontecimiento, Fabrisse supo por la castellana que la ceremonia no iba a tener lugar en la capilla con el párroco, sino en la casa de Pons y su madre. Al

principio Fabrisse se sintió aliviada —estaba preocupada de que estando de pie frente al párroco durante la ceremonia sintiera su olor y le inundaran como una plaga lujuriosos pensamientos—. Pero después la castellana había dicho que la ceremonia iba a estar presidida por dos hermanos llamados Hombres Buenos, y Fabrisse sintió que el espanto nublaba sus ojos. Recordó cómo, una y otra vez, la castellana había hablado acerca de los Hombres Buenos con el párroco y cómo él le había contestado. «Hombres Buenos. Dos hermanos llamados Hombres Buenos. Herejes». Ella tenía el oscuro presentimiento de que la castellana y el párroco no sólo estaban preocupados por estos Hombres Buenos, sino que albergaban fe en sus enseñanzas.

Se pasó días metida en la habitación que compartía con las cocineras, fingiendo haber enfermado y tapándose los ojos con las sábanas desteñidas que había compartido alguna vez con su madre. Recordó las historias que le había contado ella acerca de los herejes de antaño: herejes quemados en la hoguera, bebés herejes masacrados en pilas, aldeas herejes destruidas casa por casa. La herejía era pecado, su madre se lo había dicho. Y sin embargo, no recordaba que ni la castellana ni el párroco hablaran de ella en esos términos.

Dos días antes de la boda, cuando todavía no se había levantado de la cama, la castellana vino a verla y Fabrisse no pudo seguir reprimiéndose.

—¿Qué es un Buen Hombre? —preguntó.

La castellana se tomó su tiempo para pensar la respuesta.

—Un hombre perfecto —respondió al fin—. Uno que ha recibido el bautizo espiritual de los Buenos Cristianos.

Hizo una pausa, después añadió:

—Uno que intenta vivir sin pecar. Los Hombres Buenos son célibes. No discuten, no hacen juramentos ni comen carne. Pasan sus días rezando y predicando.

—¿Y son herejes? ¿Pons es un hereje?

La castellana vaciló.

—Es un Creyente —dijo ella—. Uno que lleva una vida seglar y no intenta imitar la vida de los Hombres Buenos, pero tiene la esperanza de que al final será salvado por la Iglesia de los Buenos Cristianos.

Se recostó en la cama junto a Fabrisse y por un largo rato estuvieron en silencio, mirando las tablas del techo, carcomidas por las polillas.

—Antes de morir —dijo la castellana—, un Creyente pide el mismo tipo de bautizo espiritual que reciben los Hombres Buenos. Promete celibato, no comer carne, y después... Después, dicen, mueren libres.

La castellana cerró los ojos y estuvo tan callada que Fabrisse pensó por un momento que había muerto. Quería preguntarle si ella también era una

Creyente, pero la pregunta, le parecía, era indiscreta.

La tarde anterior a la Pascua, Fabrisse se puso el vestido de boda de su madre. Acarició la seda azul claro, la suavidad de la piel que guarnecía el cuello, sintiendo nostalgia por su madre.

La castellana vino a su habitación, trayendo consigo un trozo plano de cristal rojo como la sangre. El cristal había sido traído desde Toulouse, dijo la castellana, y ella lo había apretado contra sus labios, contándole a su oscuro color todos los secretos, las cosas que Fabrisse le había visto hacer, secretos de calabozo demasiado negros para una novia.

—Ahora debes sacar de tu mente todo lo que ha pasado —dijo la castellana, dándole el cristal—. Sácalo de tu mente y conviértete en una esposa. Para ti no es más que una cosita bonita que esconder.

Fabrisse metió el cristal en el bolsón de sus pertenencias y siguió a la castellana colina abajo, hacia la casa donde se iba a casar. Las campanas de la iglesia doblaban, como para darle relieve a su procesión. La casa era más grande que la mayoría de la aldea. Al acercarse, distinguió un jardín cercado por rosales, un patio para pollos, un espacio con una pila de desperdicios, suelo para trillar el grano y un pequeño establo al lado de la casa. El viento había hecho caer todos los ciruelos de un árbol al lado del jardín y estaban tirados como pequeños huevos llenos de jugo entre la tierra del huerto y los arbustos de flores. En torno a un pequeño arbusto de claveles, un grupo de mujeres miraba fijamente el camino, hacia donde ella se encontraba. Fabrisse llevaba suelta su cabellera, como era costumbre en las novias de la región, y se sentía más desnuda que si llevara expuestas sus partes íntimas.

Cuando estaba cerca, una mujer maciza de mentón partido y colorado dio un paso al frente.

—Tu nueva madre —dijo la castellana, y la mujer la recibió con los brazos abiertos, radiante de felicidad.

—Llámame madre Rives, querida —dijo, estrechándola contra sí—. Y qué maravilloso el olor de tu cabello.

Tomó el saco de Fabrisse y le condujo a la puerta de la casa, que daba entrada a la cocina, una amplia habitación con una chimenea construida en piedra, decorada con vasijas y calderas de arcilla y cucharas de hierro. De las vigas colgaban, atados de romero seco y de albahaca, jamones ahumados y canastas de mimbre. Junto a la chimenea se levantaba un armario colmado de huevos y frutos secos, tazones y jarrones. Esparcidos sobre el suelo había fragante grama de la montaña, hierbabuena, gladiolos y verbena, y el olor de las flores se mezclaba con el de las hierbas secas, el de la madera que ardía en la chimenea y el del tufo de los animales que la familia cobijaba en la casa

cuando el establo estaba repleto. Era un olor rico, denso, el olor de la vida, la esperanza y la permanencia, y Fabrisse lo aspiró con más alegría que discreción.

Pons estaba sentado en un banco tapizado de piel junto al fuego, con la barbilla descansando en su mano mientras miraba a las llamas, su rostro tan pálido que era imposible que hubiera visto el sol por semanas. Estaba más delgado de lo que ella recordaba, vestía una túnica triste, con un cinturón gris, y Fabrisse temió que fuera infeliz. Su madre la empujó al interior y Pons, al verla, se puso de pie instantáneamente. Sus ojos se deslizaron de su cabellera a su rostro y entonces la contempló con una mirada de esfuerzo, como si supiera que debía darle la bienvenida, pero no pudiera encontrar las palabras. Ella se sintió al instante decepcionada por su silencio, temerosa de ser una decepción, y al mismo tiempo emocionada de estar de nuevo frente a él.

En una oscura esquina de la habitación, junto a la mesa de caballete, había dos hombres de negros hábitos sentados; los Hombres Buenos, suponía ella. Estaban hojeando unos libros, esforzándose por leer bajo la pálida luz. Jamás había visto a nadie leer fuera de la misa, y sintió que un escalofrío le atravesaba.

Los invitados se desplazaron al interior de la cocina y a continuación los Hombres Buenos se pusieron de pie junto al resplandor del fuego. El mayor alzó sus largos y huesudos dedos, invitando a Pons y Fabrisse a arrodillarse delante de él. El silencio era absoluto mientras ellos avanzaban y se reclinaban juntos, aplastando la grama y los gladiolos bajo sus vestidos de boda. Ella miraba con el rabillo del ojo a Pons, cuyo perfil, a la lumbre del fuego, parecía emanar tibieza y bondad.

—¿Queréis casaros? —preguntó el Hombre Bueno voz fuerte.

Ella vio que los labios de Pons pronunciaban la palabra «sí», pero de su boca no salió ningún sonido. Se aclaró la garganta.

—Sí —dijo.

—¿Y tú? —El Hombre Bueno le preguntó.

Los músculos en torno a los ojos de Pons se contrajeron ligeramente.

—¿Y tú? —preguntó de nuevo el Hombre Bueno.

—Sí —musitó ella.

—Entonces ya está —dijo el Hombre Bueno. Soltó un suspiro y atravesó la multitud hasta donde estaba su hermano sin una sola bendición o plegaria por su felicidad.

La boda no fue acompañada por ninguna clase de música ni de flores, ni del regocijo de un banquete o una danza. La ceremonia fue seguida por el simple

compartir de una copa, de agua, no de vino. Los Buenos Cristianos, decían los Hombres Buenos, luchaban contra su sutil seducción.

La habitación que Fabrisse y Pons iban a compartir estaba a un lado de la cocina y cuando entraron por primera vez esa noche, él se alejó de ella discretamente hasta que ella no pudo verle en la oscuridad y tuvo que acercarse, guiándose por el tacto de las paredes, a la ventana, la cual abrió para tener algo de luz.

—Fabrisse —escuchó su voz en la oscuridad.

Ella se envolvió el cuerpo con los brazos mientras escuchaba cómo se aproximaba. Cuando estuvo al alcance de su mano, se detuvo, alto y casi azul a la luz de la luna. Sus ojos eran oscuros, le parecían profundamente apenados. Ella sintió su aliento, dulce y suave como la leche.

—¿Qué hago? —preguntó ella en un susurro.

Él alzó su mano como para acariciar su mejilla.

—Tengo algo para ti —dijo entonces.

Sacó la mano que llevaba detrás de la espalda y ella se sintió mareada, repentinamente segura de que le regalaría un amuleto.

—Un cepillo —dijo él.

Ella tomó en sus manos el objeto. Hasta bajo la luz de la luna podía ver que era casi exactamente igual al cepillo de gruesas cerdas que había tomado prestado de su señora en Prades d'Aillon cuando era una niña: unas cerdas cosidas a un rectángulo de lino atado a una delgada paleta de madera.

—Del mercado de Ax —dijo Pons—. ¿Tienes uno?

—No —dijo ella, intentando enmascarar su decepción—. Gracias.

Levantó el cepillo hacia la luz y se quedó mirándolo, sin saber qué quería ahora él de ella. Recordó cómo la castellana a veces alisaba las greñas del párroco antes de hablar con él.

—¿Puedo intentarlo? —Escuchó susurrar a Pons.

Ella tragó saliva, asintiendo, pensando que quería hacerle el amor. Entonces él estiró el brazo y tomó el cepillo, y ella entendió que su intención era la de pasarlo por su cabello. Entonces le dio la espalda para que gran parte de su cabellera estuviera del lado de la habitación y así poder ocultar su vergüenza en el cielo nocturno. Vio la enorme silueta de la fortaleza en la cima del otero, y le pareció distinguir coléricas montañas haciéndose pequeñas en la distancia.

Pons empezó a peinarla desde la coronilla, y llevó el cepillo hacia abajo, hasta que las cerdas se engancharon en un nudo, entonces pidió disculpas. Empezó de nuevo, poniendo el cepillo en la parte alta de su cabeza y volvió a arrastrarlo. Su cuero cabelludo hormigueaba y sintió que la piel de sus brazos le picaba por la tibieza. Era como si la parte de su cuerpo más privada y secreta estuviera siendo expuesta a la noche. Él cepilló, cepilló, y una nueva

calma la invadió. Se sintió tímida, débil y abierta a un tiempo. Y nunca, ni por un instante, corrompida.

El día siguiente era el domingo de Pascua. En vez de ir a la misa y a confesión en la capilla, Fabrisse acompañó a Pons y su madre a la fortaleza para un bautizo secreto. En ese momento se dio cuenta de que se había casado fuera de la ley de la Iglesia al hacerlo bajo el credo de los Hombres Buenos.

Mientras los hermanos predicaban, ella escuchaba cuidadosamente para asimilar lo que querían decir.

—Debes odiar este mundo, Prades Tavernier —escuchó a uno decirle al postulante.

La frase le impactó como una flecha de fuego, y tembló mirando a Pons. Vio que el rabillo de su ojo se cerraba y abría rápidamente, como si un pequeño animal estuviera viajando de su sien a lo alto de su mejilla y él estuviera intentando rechazarlo con sus pestañas. Se trataba de un espasmo de tormento, pensó ella, como el temblor de sus ojos en su boda.

—Debes odiar este mundo y todos sus afanes y todas las cosas que hay en él —continuó el Hombre Bueno con una voz entrecortada y melódica.

Percibió el olor de algo familiar en la habitación, un olor otoñal de oscuro dulzor que hacía que el aire se espesara. El olor parecía provenir de detrás de ella, y sintió que su cuello y sus hombros se ponían rígidos. Cayó en la cuenta de que el párroco estaba en algún lugar cercano, escondiéndose. Se preguntó si él estaba a punto de revelarse a los hermanos.

—Padre nuestro, recibe a tu sirviente en tu justicia y deposita en él tu gracia y tu Espíritu Santo —dijo el Hombre Bueno.

Vio cómo los aldeanos se juntaban unos con los otros para darse el beso de la paz, pero ella no podía besar a nadie en ese momento. No había paz en su interior. Había imaginado los ojos del párroco en el cuello de su toca, y tuvo que hacer un esfuerzo mental para apartarse de los impuros pensamientos que tenía de él desnudo sobre el suelo del calabozo.

Lentamente miró por encima de su hombro, hacia las sombras de más allá de la puerta. El párroco había traído su aroma del calabozo a la luz del vestíbulo, al dominio del esposo de la castellana, y ella temía que la tragedia se cerniera sobre ellos.

CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente, el esposo de la castellana fue encontrado muerto bajo las sábanas, su cuerpo ya hinchado por el calor abrasador del fuego de la recámara. Había regresado tarde de la corte de Foix la pasada noche y la castellana —o al menos ese era el rumor— se había fingido dormida, escuchándole reptar en la cama hasta su lado, y una indisposición se apoderó de él hasta dejarlo postrado. Por la mañana, ella le había dejado en la cama, el fuego de la chimenea rugiendo con toda su potencia. No fue hasta que el cocinero mencionara que el susodicho no había acudido a la mesa en todo el día cuando la castellana regresó a la recámara y encontró la habitación caliente, el aire pesado con el malsano hedor de la muerte.

Dos semanas después, el Conde de Foix llegó a la aldea para presentar al nuevo supervisor que se iba a mudar a la fortaleza. Fabrisse estaba en la plaza con una multitud de aldeanos, esperando ver cómo la castellana y sus dos hijas partían para Varilhes. Era un mediodía caluroso, poco común para la primavera, y Fabrisse espantaba a las moscas de su rostro, intentado encontrar al párroco entre la multitud. Vio a la curandera, con su alta cabeza huesuda, y niños que reconoció como amigos de las hijas de la castellana. Por mucho que lo intentó, no pudo dar con el párroco. Se preguntaba si estaría demasiado acongojado como para ver partir a la castellana.

La castellana y sus hijas emergieron del recodo del camino, vestidas de negro y montando caballos cargados de sacos repletos. Mientras se acercaban, Fabrisse vio a la castellana mirando hacia el valle con ojos impertérritos, como si no oyera a sus hijas llorar y no viera a la multitud congregada para desearle buena suerte. Fabrisse quería acercarse a ella, tomarla de la mano y masajear la suave piel bajo su pulgar para aliviarla. «Él la visitará», quería decirle. «El párroco la visitará, señora». Pero en su corazón ella sabía que lo

que había ocurrido entre su señora y el párroco se había acabado.

Cuando la castellana se fue, no quedaba ya nadie en la aldea para proteger a los Hombres Buenos, así que se marcharon. Fabrisse llegaría a pensar en los meses siguientes a su partida como la época feliz de su vida, un periodo en el que la mirada de Pons era calma y despreocupada como la de un lactante. Había mucho trabajo que hacer en el campo, y ella y Pons trabajaban codo con codo por su sustento. Uncían bueyes a su arado, se ocupaban de las malas hierbas y del resto de cultivos en sus pocas y reducidas tierras. Araban una vez más para que el suelo respirara, y cuando la tierra estaba tibia sembraban guisantes y alubias en los surcos, y avena y cebada en los espacios libres. Secaban y apilaban los pastos para almacenarlos, después cosechaban el trigo de invierno con hoces, cortando los tallos una mano por debajo de las espinas. Reunían, amontonaban, apilaban, cargaban y recogían el grano riendo y disfrutando todo el tiempo el uno del otro.

Cuando no estaba trabajando a su lado, se deleitaba pensando en él. De repente la inundaba la risa, que surgía de su centro líquido mientras se acordaba de cómo a veces él se detenía a besar su mejilla mientras sembraban los campos, cómo se sentaban en el jardín para comer bayas de un arbusto hasta que sus bocas estaban moradas y deliciosas. Todo en su vida —plantar, cosechar, ordeñar, trillar, cocinar, traer agua del manantial— se volvió una serie de experiencias que parecían nuevas. Qué increíblemente suave era la piel de un cordero recién nacido, pensó, y se sentó a trasquilarse a la madre del animal. Qué fuertes eran los retortijones que la tenían postrada dentro de la casa cuando le venía la regla, una dolorosa bendición que significaba que estaba viva y fértil.

Empezó a examinar el cuerpo de Pons como había examinado el de la castellana, pero cuánto más placentero era esto para ella. Cuando Pons bebía del vaso familiar después de la cena ella se aseguraba de beber después de él, para poner su boca sobre el suave borde de madera donde él había posado sus labios y probar el ligero amargor que había dejado. Cuando él cepillaba su cabellera durante la noche, ella solía sentarse en sus faldas, sintiendo los músculos de sus muslos y mirando sus ojos recorrer su cuerpo. Él era cuidadoso, tan cuidadoso con ella, que le hacía el amor con los postigos de la ventana abiertos, para ver mejor su cuerpo. Ella pensaba que poseía todo lo que había de bueno; su alma, al parecer, había encontrado su lugar de descanso.

Un tórrido día de verano ella regresaba del pequeño huerto tras el establo con

una canasta de fruta que pensaba conservar en miel para el invierno. Mientras se recostaba contra la puerta de la casa para abrirla, oyó una voz profunda saliendo de dentro.

—Cuando todas las criaturas de Dios Padre, es decir, todos los espíritus, hayan sido recuperados por él —decía la voz—, el trigo brotará, crecerá y dará flor, pero no tendrá grano.

Ella husmeó en la humeante cocina, que estaba llena de moscas y zancudos, y vio a Pons con los Hombres Buenos, los mismos hermanos delgados y de ojos hundidos que les habían casado, sentados a la mesa, con un libro abierto delante. El menor leía en voz alta y Pons estaba inclinado hacia él, como para seguir las palabras del texto mismo.

—Las viñas tendrán ramas, pero no uvas —leía el Hombre Bueno—. Los árboles tendrán hojas y flores, pero no frutos.

Ella entró en la cocina, arrastrando la canasta. Quería que Pons le sonriera. En lugar de eso, levantó la vista del libro y la fulminó con la mirada.

—Vete, Fabrisse —dijo él, despidiéndola con su mano picada por los mosquitos.

—Pons —dijo ella. Se acercó unos pasos y puso la canasta a los pies de la mesa—. He juntado fruta para el invierno. La pondré en miel esta tarde. Puedo hacerte una compota si te apetece.

—Vete y déjanos solos —le dijo, sus ojos parpadeando con enfado.

Como si ella hubiera desaparecido de su vista, los Hombres Buenos reanudaron la lectura, y ella salió al aire libre, herida por el repentino rechazo de Pons.

Antes de la cena, esa noche, Pons se quedó de pie delante de la mesa, en silencio, con los ojos cerrados. Su madre le preguntó qué estaba haciendo.

—Recitando el Padrenuestro —musitó.

—Un largo Padrenuestro —dijo la madre, rompiendo un trozo de pan.

—Benedicite —dijo Pons, con sus manos sobre la mesa—. Kyrie Eleison. Christe Eleison. Debemos bendecir la mesa antes de comenzar... Que el Dios que bendijo los cinco panes y los dos pescados en el páramo para sus discípulos bendiga ésta, y todas las cosas que sobre ella se encuentran y las que en ella se pondrán.

Hizo la señal de la cruz en aire, diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Se sentó y rompió un trozo de pan para él.

—Hay carne de cabra —dijo Fabrisse.

La señora Rives había matado a la cabra, demasiado vieja para producir leche o parir, y ella y Fabrisse habían tomado especial cuidado en ablandar la

carne con hierbas y aceite.

—Nada de carne —dijo Pons, mordiendo su pan.

—Necesitas comer carne para estar fuerte —dijo su madre.

—Sí, para estar fuerte —dijo Fabrisse.

Pons tomó un largo trago de agua y dijo que se iba a la cama.

Cuando Fabrisse hubo terminado de lavar los cacharros y tazones de la cena, encendió una vela y, protegiendo la llama con la mano, se deslizó en su habitación. Pudo ver a Pons a un lado de la cama, descansando boca arriba, con los ojos cerrados. Su respiración era irregular, y ella sabía que no estaba dormido todavía.

—Pons —dijo ella.

No se movió.

—¿Tienes hambre? ¿Estás enfermo?

Él no dijo nada. Ella se arrodilló en el suelo junto al colchón de paja y pasó sus dedos por el denso cabello de Pons. Él rodó sobre su costado, dándole la espalda. Mientras la vela derramaba gotas calientes sobre su mano, ella le miraba, ansiando una palabra de sus labios. Finalmente, cuando la vela se quedó del tamaño de un pulgar, apagó la llama y se desvistió en la oscuridad, diciéndose a sí misma que no debía llorar como una niña.

Por alguna razón que Fabrisse no podía comprender, Pons tenía un odio profundamente arraigado por su carne, que adoraba los placeres; quería dejar de desear, estar libre de ansias físicas, y los Hombres Buenos, tanto como él. Le consideraban como un aspirante a Buen Cristiano, y pasaban largas horas en su compañía en la casa cuando debía estar en los campos, y le leían de su texto y se preocupaban de que él mismo aprendiera a leer. Algunas noches Pons y los hermanos leían juntos hasta después de la hora de cenar, prohibiendo a las mujeres que entraran en la cocina. Cuando terminaban, Fabrisse y la madre de Pons tenían que apresurarse a cocinar platos apropiados para los Hombres Buenos. «Ni carne ni queso ni huevos ni vino», se recordaba Fabrisse mientras picaba puerros, cebollino y col. En muchas ocasiones, Pons sugería que los Hombres Buenos tomaran pescado en salazón, y Fabrisse y su suegra sacrificaban sus propias raciones mensuales para hacer feliz a Pons.

Pero él no era feliz. Muchas noches, después de escuchar a los Hombres Buenos, salía de la cocina con los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. El picor en el rabillo de su ojo regresaba con renovado vigor, y perdía los papeles con Fabrisse cada vez más frecuentemente, fijando en ella su mirada con tal intensidad que su pupila se tornaba estrecha y dura.

Una noche, mucho después de que los Hombres Buenos se hubieran

marchado, ella fue corriendo de su habitación a la cocina para evitar que una olla se derramara por el hervor.

—¿Qué estás haciendo con la cabeza descubierta? —vociferó.

Ella se cubrió el cabello con las manos, desanimada, y él se sacudió un espasmo del rostro, como para sacudirse de encima el enfado. Se apretó los ojos con las palmas de las manos.

—Lo siento —dijo Pons en voz baja—. Eres tan adorable que no puedo ocuparme de ver cuándo está suelto tu cabello.

Poco después, una noche ella regresaba del bosque con un balde lleno de manzanas silvestres. Se sentó en un banco frente a la casa, sacándoles brillo a las manzanas y probando su sabor agridulce. Antes de que pudiera ver venir a Pons, ya estaba de pie frente a ella, con las manos en las caderas. Sin decir una palabra, tomó el balde de sus faldas y lo vació en el suelo.

—¡Pons! —gritó ella—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Que estás haciendo *tú*?

—Comiendo —dijo ella—, sacándoles brillo a las manzanas, para que las podamos comer juntos.

Él se acercó y tiró de su toca hacia abajo para taparle la frente.

—Mantente cubierta —le dijo—. No tienes que disfrutar tanto de la comida.

Se sacudió de los labios trocitos de manzana, repentinamente enfadada. Empezó a llorar.

—Fabrissa —dijo él lentamente.

—No te disculpes —le espetó.

Él se agachó y recogió las manzanas una a una, poniéndolas de nuevo en el balde. Cuando terminó, lo sostuvo en lo alto.

—Voy a lavarlas en el manantial —dijo Pons—. ¿Me acompañas?

Quiso negarse, pero asintió. La trajo hacia sí y le besó la frente. Ella intentó besarle en los labios, pero él quitó la cara, poniéndose en camino hacia el manantial.

El sueño se volvió imposible. Pons comía cada vez menos, algunas veces ayunaba por tres días o más, y de noche su estómago enfadado rugía. Se movía para un lado y para otro, se daba la vuelta, y Fabrissa se encontraba frecuentemente lista para gritar.

—¿Puedo darte, aunque sea un bocado de algo? —le dijo al oído una noche—. Sólo un trocito de pan, Pons. Sólo un poquito de algo.

Él se negaba, le decía que el hambre pasaría. Ella le buscaba la mano, quería tocarle, pero él se la apartaba sin decirle ni una palabra.

Con el sueño arruinado, ella se pasaba la noche preocupada. Repasaba

todo lo que había oído de los Hombres Buenos, cada palabra que le habían dicho y que había encontrado asiento en su mente. Recordaba que un día, mientras hilaban en casa, Na Roqua, la curandera, le había contado a la madre de Pons que antes de que Prades Tavernier, el tejedor, fuera bautizado espiritualmente, había demostrado su ardor moral por un año entero. Se había comprometido con las reglas de conducta por las cuales vivían los Hombres Buenos: apartando a su mujer de la casa, comiendo sólo pan, pescado y aceite, y rezando el Padrenuestro antes de cualquier acto de peligro: montar a caballo, por ejemplo, o pasar con un tablón sobre un río o un lago. Al final se le había inculcado la doctrina de los Buenos Cristianos y había memorizado extensos pasajes de su texto, pasajes que podía recitar en voz alta sin pensárselo un instante.

Mientras Fabrisse esperaba a que el sol irrumpiera a través de las hojas del postigo, se preparó para ser rechazada. Era una bastarda, y ser rechazada era casi parte de su herencia. El anterior alborozo de su matrimonio, la esperanza que había encontrado en sus esponsales no parecía ser nada más que una ilusión, una falsa promesa de cambio, justo como había ocurrido con la transformación de su cabello. Por mucho que tratara de reafirmarse sobre la base de que Pons todavía hacía el amor con ella, en el fondo sabía que sus movimientos carecían de amor. Él era una boca, un pene y un peso apretándose contra ella. Y ella, ella era un recipiente vacío de sentido.

Trabajó sin Pons durante la segunda mitad del verano, contratando mano de obra para ayudar con el arado reemplazándole, consumiendo sus recursos. Trilló el grano y la cebada, remojó el lino y el cáñamo, recogió los guisantes y recolectó las castañas para obtener aceite, dejando crecer la rabia en su interior. Entonces, una tarde a comienzos de otoño, después de que la madre de Pons saliera para salar un jamón con un vecino, ella encaró a Pons en la cocina, preparándose para preguntarle si estaba planeando rechazarla. *¿Vas a convertirte en un Hombre Bueno, Pons? ¿Vas a hacer que me vaya?* Ella decía las palabras en su mente mientras le miraba sentado a la mesa, bebiendo agua a sorbos de una jarra y mirando con severidad las llamas de la chimenea.

—¿Y tú crees... —De repente balbució él, como si estuvieran a mitad de una larga conversación— de verdad crees que después de todo este pecado un hombre puede salvarse?

Ella sintió que un calor se le metía entre los ojos.

—¿Qué pecado, Pons?

Él miró con una expresión de sorpresa y desesperación.

—¿Cómo que qué pecado? —dijo él—. ¿Qué pecado? —Un espasmo sacudió su rostro lastimero—. ¡Cómo! ¡El pecado que cometemos de noche en

la cama! Dio un golpe sobre la mesa con la jarra y el agua salpicó un pan a medio comer que estaba cerca.

—¡Es suficiente! —gritó ella. Se abalanzó sobre la mesa, cogió el pan y lo secó con su falda—. Tú no eres un Hombre Bueno todavía, Pons. ¡Estás casado! ¡No estamos pecando!

Él le sostuvo la mirada sin parpadear, aturdido hasta el silencio por su perspicacia, pensaba ella. *No eres un Hombre Bueno todavía, todavía*. Ella le dio la espalda y le oyó salir precipitadamente de la casa. Después de un momento, oyó de fuera el sonido regular *smac, smac, smac* de la madera siendo cortada bajo el peso de un hacha.

Cuando él no regresó a dormir esa noche, ella se acostó desplomándose en la cama, hambrienta de sueño. En algún lugar de sus sueños pasó por su mente la idea de que un extraño estaba en la habitación y entonces abrió los ojos y vio a Pons encima de ella. Agarró su cabello, tirando de su cabeza hacia un lado.

—Fabrissa —oyó su grito sordo. Le abrió las piernas por la fuera y enterró su boca en su cuello.

Ella intentaba no resistírsele, pero sus piernas parecían tener voluntad propia y forcejeaban con el ímpetu de Pons.

—Con cuidado —dijo ella.

—Fabrissa —dijo él con un gemido.

Ella supo que estaba llorando porque su cuello estaba húmedo y su frente se deslizaba hacia arriba y abajo mientras trataba de acercarse a ella. Fabrissa intentaba ayudarle, pero estaba vapuleándola y ella no podía sujetarle. Fabrissa alcanzó sus nalgas y le sujetó por la fuerza para que se estuviera tranquilo.

—¡No! —gritó él.

Se levantó de golpe y se quedó de pie junto a la cama. Los postigos estaban completamente abiertos y ella vio su cuerpo bajo la luz de la luna, encorvado y enjuto. Sus brazos abrazaban su torso, cubriendo su ingle.

—Pons —dijo ella.

—Cállate.

Ella sabía que estaba avergonzado de su desnudez; levantó la sábana y se la ofreció. Pons se la arrebató violentamente, quemando las yemas de sus dedos.

—Yo soy el hombre —dijo con voz temblorosa—. ¿—Quién te crees que eres? ¿El hombre? ¡Yo soy el hombre! Yo sé lo que estoy haciendo. ¿Quién eres tú? Yo sé quién eres.

—Pons.

—¡Una de esas mujeres que ya ha follado antes!

—No —dijo ella con voz entrecortada.

—¿Quién crees que soy yo? ¿Un estúpido que la tiene siempre dura? ¿Tú crees que puedo simplemente decirle que se ponga dura y se quede dura? No se va a quedar dura si piensa que eres una puta.

Ella se apartó y se envolvió en la sábana. Sus dientes rechinaban.

—No soy una puta —dijo ella pausadamente.

—Tu cuerpo es desagradable —dijo él, saliendo por la puerta—. Me da asco.

Sintió deseos de embestirle, tumbarle y golpear su frente contra el suelo una y otra vez tan fuerte que quedara magullada por semanas. Se estremeció de frío. Se estaba volviendo una bestia. Una bestia, como él.

El día siguiente, por la tarde, estaba hilando junto al fuego con la madre de Pons cuando le hizo una pregunta que nunca se había atrevido a hacerle.

—¿Para los Creyentes —dijo—, para los Hombres Buenos, el cuerpo es el Demonio?

La anciana levantó la vista de su rueca y la miró de reojo. Sus labios estaban húmedos, brillaban, y se los secó con el dorso de la mano.

—No —dijo con una pesada exhalación.

Fabrisse sintió el acre olor de su aliento.

—¿O algo como el Demonio?

La señora Rives vacilaba.

—El Demonio es el padre del cuerpo, de la misma forma que Dios es el Padre del Espíritu —respondió.

—¿Y quién es la madre del Espíritu?

La señora Rives negó con la cabeza.

—No hay ninguna madre. No hay madres, no hay esposas. Dios no tiene esposa.

Fabrisse la vio envolver más hilo en torno a su mano.

—Pero ¿y la Virgen?

—Eso fue después —dijo la señora Rives con una sonrisa—. Mucho, mucho después.

Se quitó el hilo de la mano y lo colocó sobre la banca. Después levantó una mano y la sostuvo con los dedos separados.

—Uno, Dios —dijo, señalando su pulgar—. Dos, Dios creó el Cielo. —Movié su dedo índice atrás y adelante—. El Cielo estaba lleno de Espíritus sin cuerpo, Espíritus creados por Dios. Pero después llegó el Demonio: tres. El Demonio creó la Tierra y los cuerpos de ésta, cuerpos sin alma: cuatro. Pero luego se coló en el Cielo y convenció a los Espíritus de bajar a la Tierra. Y de

esa manera, cinco, los Espíritus quedaron atrapados en cuerpos.

La señora Rives señaló a Fabrisse.

—Tú eres cinco. Yo soy cinco.

—Pons es cinco.

La señora Rives se rió.

—Pons es cinco, pero quiere ser seis: un alma que es salvada, que se convierte en un Espíritu que no volverá a tener cuerpo, de vuelta al Cielo. Él quiere ahora ser seis. Su padre solía decirle: «Antes de morir, serás bautizado en la fe. Entonces tomarás el voto de castidad. Por ahora, ten hijos y estate tranquilo» —suspiró—. El linaje familiar necesita a Pons.

Fabrisse quería un bebé, no sólo en las tinieblas del mañana, sino hoy, ahora, tan pronto como Pons pudiera plantarle uno en el vientre. Ella intentaba seducirle por la noche, acariciando su miembro, besándole el cuello. Entonces él la poseía con violencia, algunas veces tirando de su cabello mientras la acometía, como para matar la fuente de su deseo. Ella quería gritar del dolor, pero no lo hacía. Un bebé, se decía. *Un niño*.

Algunas veces, de madrugada, después de que él hubiera tirado de su pelo y su cuero cabelludo le doliera tanto que no le dejaba dormir, solía levantarse de la cama y pasarse las manos por el cabello. Solía contemplar cómo se le caían los pelos en la pálida luz: el mismo cabello del que la gente hablaba desde Limoux hasta Lordat, esparcido en pedazos por el suelo.

Tenía miedo de empezar a odiar a Pons. La habitación que compartían le resultaba asfixiante, y para respirar tenía que salir de sus cuatro paredes. Había una escalera apoyada junto a la puerta delantera de la casa, y subía por ella hasta la azotea de tejas. Mientras contemplaba cómo se iluminaban las lejanas colinas y los verdes pastos, inhalando el aire fresco que soplaba en rachas, intentaba invocar la felicidad que había le brotado como de una fuente cuando se había enterado de que se iba a casar. Clavaba la mirada en la fortaleza que dominaba la aldea y recordaba lo oscuro y desesperanzador parecía su mundo hasta ese día. Muerta como un cadáver, estaba muerta por dentro, y ahora de nuevo se estaba muriendo. Un bebé, musitaba, volviendo la vista a la salida del sol. *Un bebé, un bebé, un niño para mí*.

Encaramada en la azotea, empezó a arrancarse su propio pelo, esta vez el de la cabeza. Al principio era casi amable consigo misma, deslizando sus dedos hasta la raíz, arrancándose los pelos de uno en uno de forma que cada pequeño bulbo blanquecino saliera limpio del cuero cabelludo. Se le ocurrió que, como con la raíz de una planta, estaba sacándose la semilla de su cabello. Un pelo menos era un pelo menos para el odio de Pons. Pero perdió la paciencia, y empezó a enroscarse entre los dedos grupos de tres o cuatro

pelos. Y a tirar de ellos de golpe, mientras el pequeño y filoso dolor la hacía insensible como una hierba.

Si Pons reparó en el claro que se iba formando en su coronilla —donde el cráneo de un bebé que acaba de nacer es todavía blando—, no le dijo nada.

En la tranquilidad de mediados de otoño, con sus colores cambiantes y el lento rendirse de las hojas, encontró solaz en la compañía de la señora Rives. Ya no había suficiente dinero para contratar empleados que le ayudaran a plantar el trigo de invierno, pero la anciana tenía fe en que Pons volvería a cultivar la tierra. Aunque la señora Rives se llamaba a sí misma Creyente, Fabrisse descubrió que a ella le importaba igualmente la bondad de la carne y la comida y la risa, y siempre toleraba que Fabrisse comiera el doble de su ración, compensando el ayuno de Pons.

De noche, cuando se sentaban a hilar hasta que se apagara el fuego, ella dejaba salir sus miedos sobre la herejía de Pons.

—Le están enseñando a leer —dijo ella, hablando de los Hombres Buenos y sus cotidianas visitas—. Le están enseñando a leer, y las palabras están llenando el espacio donde debiera estar la carne, haciéndole daño por dentro.

La señora Rives suspiraba, sus manos accionando lentamente la rueca.

—Ya se le pasará, hija mía, ya se le pasará. Cuando vea a la pequeña criatura que traerás a este mundo, amaré de nuevo la tierra. Su cuerpo volverá a ser fuerte. Ya verás.

Una mañana, antes de que amaneciera, Fabrisse se despertó pensando en el trozo de cristal rojo que la castellana le había dado como regalo. Lo había escondido en la manga de su vestido de boda, que guardaba impecablemente doblado en un baúl del dormitorio. Se deslizó hasta él, lo abrió con cuidado para no despertar a Pons, y tanteó el interior de la manga del vestido. Ahí seguía el cristal, liso y pesado como una pequeña piedra. Lo sostuvo en la palma de la mano, absorbiendo su frescura. Por un instante se imaginó que podía oler al párroco. Qué bien había tratado él a la castellana, pensó. Qué amoroso había sido con ella, él, que había tomado el voto de nunca en su vida hacerle el amor a una mujer. Apretó con fuerza el cristal y se figuró al párroco en la habitación con ella. Él sostenía su dedo sobre los labios de ella, diciéndole que se quedara callada, y después le abría los brazos. Y ella caía, caía en su abrazo de consuelo.

A la mañana siguiente, al trepar por la escalera a la azotea, sintió una extraña

sensación en el costado: un pellizco, como la pequeña punzada que sentía con cada luna llena. Se sujetó a un peldaño para no caerse y vomitó hacia un lado.

Cuando regresó al interior, la señora Rives le estaba esperando en la cocina.

—Te escuché —dijo.

Le dio una palmada tan fuerte en la espalda a Fabrisse, que tuvo náuseas otra vez.

—Ahora, ahora —dijo la señora Rives.

Guió a Fabrisse al banco junto a la mesa, sobre la que ya había colocado una humeante taza de caldo claro y un trozo de pan seco.

—Debes reservar tu comida para el bebé. Vamos, come, come.

Esa tarde Fabrisse regresó a casa cansada de ordeñar. Escuchó a Pons en la cocina y se preparó para la lectura de los Hombres Buenos.

—*So, frir* —escuchó. Era Pons el que hablaba y sus sonidos formaban una palabra—. *So, frir. Sofrir. Sufrir, soportar, resistir.* Una ola de náuseas le volvió a atravesar.

Echó una mirada al interior de la cocina y vio a Pons sentado solo a la mesa, inclinado sobre un libro, con los hombros tensos. Su piel tenía un aire amarillento y parecía exhausto, terroríficamente desnutrido. Su dedo recorría la página y repetía una y otra vez la palabra.

—*Sofrir. Sufrir.*

—Pons —dijo ella desde la puerta.

De la sorpresa, Pons soltó un gritito sofocado y se quedó mirándola. Un espasmo recorrió sus facciones.

—Pons —repitió, atenazada por la pena. Quería tomar su cabeza entre sus manos y apretarla contra su pecho. Quería decirle que lamentaba la tentación que sabía que su cabello representaba para él, la cortedad de su humor, todo. Ahora eran hombre y mujer y tendrían un hijo.

—Estoy intentando leer —dijo él—. Vete.

Fabrisse le miró fijamente a los ojos, buscando en ellos algo de tibieza.

—Vas a ser padre. Vas a ser papá. Vamos a tener un bebé, Pons.

Sus manos se alzaron del libro y sus ojos, en lugar de enternecerse, se endurecieron. Era la misma mirada que ya se había insinuado otras veces antes de que su furia cayera sobre ella y la destrozara.

—Estoy contenta —dijo ella, con los dientes apretados. Le vio bizquear y dejó la cocina antes de que pudiera hacerle daño con sus puños o con sus palabras.

A partir de ese día se guardó su rabia para sí mismo. Su mirada se volvió tímida y desenfocada, los espasmos le atacaban sin tregua y líneas profundas

labraron su camino sobre su rostro en arrugas y pliegues.

Leía cada vez más, pero no parecía mejorar. Los Hombres Buenos venían a la casa cada dos semanas, no cada pocos días, como en un inicio, y en vez de abordarle con pasión, escuchaban en silencio mientras él balbuceaba las palabras que leía.

—¡*Veire!* —Pons les dijo un día—. Cristal. —¿Lo veis? ¡*Veire!* Ahí mismo. ¡*Veire!* Fabrisse vio a Pons señalar una palabra en la página, y los Hombres Buenos intercambiaron una mirada de cansancio. Sin esperarlo un segundo, fue corriendo a donde estaba su trozo de cristal, su corazón latiendo rápidamente. El cristal, su cristal, era el último trozo de privacidad que le quedaba, una cosa pequeña y lisa que no se había roto. Palpó el interior de su vestido de boda y atrapó en su puño su rojez hasta que no pudo sentir el corazón.

Ese invierno, en la víspera de la Navidad, cuando resultaba que los Hombres Buenos estaban de visita, Na Roqua, la curandera de la aldea, vino a la casa. Había buscado por todas partes a los Hombres Buenos, decía. La esposa de Jean Marty, Bernadette, acababa de dar a luz a un niño deforme; tanto la madre como el hijo estaban al borde de la muerte y necesitaban a los Hombres Buenos inmediatamente.

Fabrisse, Pons y la señora Rives, para ayudar, acompañaron a los Hombres Buenos por la pendiente congelada, el viento como un látigo sobre sus rostros. Cuando llegaron a la casa, Jean Marty les dio la bienvenida entre lágrimas.

—Gracias a Dios —dijo—. Los benditos están por fin aquí.

Habían sacado de la cocina todos los muebles y Bernadette, tan pálida que se veía casi gris, yacía sobre una pila de paja delante de la rugiente chimenea, rodeada de sábanas y toallas manchadas de sangre. Gimió suavemente, contemplando al recién nacido, cuyo rostro estaba oculto bajo un rectángulo de lino doblado sobre su pecho. Incluso desde la puerta de la cocina podía Fabrisse ver la pierna torcida del niño, azul, dando patadas al aire, dejando a la vista sus diminutos y deformes genitales.

—Mujer, usted no quiere salvar a ese niño —exclamó el Hombre Bueno mayor. Corrió hasta ella y le arrebató al niño de los brazos, dejando al descubierto su pecho.

—¡Devuélvame! —gritó Bernadette.

El bebé gemía y Bernadette rompió a llorar, su boca acuosa abierta por completo.

—¿Qué está haciendo? —le dijo la señora Rives al Hombre Bueno. Su rostro se encendió, atónito, como si al cuestionar su autoridad ella hubiera

blasfemado contra Dios.

—Madre —dijo Pons con un gemido.

—Devuelva al niño —continuó la señora Rives—. El niño necesita leche ahora. Y Bernadette necesita darle de mamar.

—¡Madre! —dijo Pons.

El Hombre Bueno apretó al lloroso niño contra su pecho.

—Este niño —dijo—, esta pequeña criatura del señor, habría sido completamente puro si su madre no le hubiera dado de mamar... Ese sabor de la leche, de su cuerpo, era el mismísimo sabor del pecado. —Hacía saltar una y otra vez al niño—. Si la madre y el padre quieren que su hijo se salve, deben dejarle ir sin darle leche. Ahora casi no tiene cuerpo y es seguro que su alma irá directamente al cielo.

Bernadette mezclaba su llanto con el hipo. Tosió con dolor, desde el fondo.

—¡Devuélvame! —gritó.

—Ahora, Bernadette —dijo Jean, de pie en una esquina, como miedoso de acercarse un paso a su mujer—. Escucha lo que dice el Hombre Bueno sobre el niño. Es seguro que se salvará si no le das el pecho.

—Así es —dijo el Hombre Bueno.

—Así es —dijo su hermano.

—¡No! —gritó Bernadette. Un ruido profundo como un gruñido salió de su interior e intentó levantarse del lecho.

—Quédate ahí —le ordenó la señora Rives. Miró de reojo al Hombre Bueno y le tendió los brazos—. Démelo a mí —dijo lentamente.

El Hombre Bueno le miró con una mueca de disgusto y luego su expresión se calmó.

—Muy bien —dijo él.

Le tendió el niño a la señora Rives, quien lo recibió con cuidado, sosteniéndole la cabeza con su antebrazo. Se arrodilló junto a Bernadette y le entregó al niño. Ella le ofreció su pecho. Cuando el bebé no puso su boca sobre él, ella empujó su pecho contra su mejilla, abrió los labios del bebé con un dedo y luego introdujo el pezón.

Fabrisse miraba horrorizada. Se arrodilló junto a Bernadette, derramando lágrimas por ella.

A la caída de la noche el bebé había muerto. Al final Bernadette dejó que su esposo se lo quitara. Había perdido tanta sangre que ya no tenía fuerzas para sostenerlo.

Los Hombres Buenos se colocaron junto a ella y llevaron a cabo el bautizo espiritual, imponiendo sus manos sobre su cabeza y purgándola de toda impureza.

—Es momento de que te decidas —dijo el hermano mayor a Bernadette—.

¿Serás mártir o confesora?

—¿Mártir? —preguntó Jean desde su esquina. Estaba meciendo al niño arriba y abajo, como si siguiera vivo.

Los Hombres Buenos procedieron a explicar que si Bernadette elegía ser mártir, se le taparía la cabeza con una almohada por un buen rato. Si elegía ser confesora, debía ayunar por tres días sin tomar ni comida ni agua. En cualquier caso, ya viviera o muriera, estaría salvada.

Por primera vez Fabrisse fue consciente del odio que crecía en ella por los Hombres Buenos. Daba la impresión de que odiaran la vida. Destruían en nombre de la salvación.

—Mártir —dijo Bernadette.

—Ahora, Bernadette —dijo Jean, con una voz cada vez más aguda—, puede que todavía vivas. No necesitas convertirte en mártir.

Los Hombres Buenos se volvieron hacia la chimenea, sosteniendo sobre las llamas anaranjadas sus manos. Fabrisse pudo ver cómo éstas temblaban.

—Quiero ser mártir —susurró Bernadette.

—No te voy a dejar —dijo Jean—. No me vas a dejar. No me voy a quedar solo.

La señora Rives acarició el pelo empapado de Bernadette.

—No tienes que decidir ahora —dijo suavemente—. Tienes tiempo para pensártelo.

—Mártir —susurró Bernadette una vez más.

Fabrisse lanzó una mirada a Pons, que estaba de cuclillas junto a la puerta, con los nudillos entre los dientes. Se puso en pie y se acercó a él y le apartó la mano de la boca. En vez de apañarse de ella, le dejó sostener su mano.

—Vámonos —le dijo al oído—. Por favor, vámonos.

Pons no opuso resistencia. Fabrisse le condujo fuera de la casa, al gélido aire de la noche. Mientras caminaban juntos, ella miraba alternativamente sus ojos y la luna, que brillaba con esperanza en el cielo. Quizá algún día la paz sería suya.

Bernadette murió mártir, el hielo del invierno se disolvió, y nuevos brotes verdes surgieron de la tierra y de las ramas de los alisos y las hayas. Los gansos engordaron con sus crías en el patio del gallinero y Fabrisse sentía que su hijo nadaba en su interior. Si no hubiese sido por la mirada muerta de los ojos de Pons, quizá hubiera sido capaz de convencerse de que la felicidad en verdad estaba a la vuelta de la esquina.

Un día, al anochecer, caminaba hacia casa desde el establo, llevando sobre la

cabeza un pesado balde de leche de cabra. Quería calentar un poco en una taza y mezclarla con miel para despertar en Pons el deseo de alimentarse. Se estaba quedando tan delgado. Antes de alcanzar siquiera el jardín del frente de la casa, escuchó que la señora Rives gritaba desde dentro. Dejó caer el balde y corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta.

En la cocina, frente al fuego, la señora Rives estaba arrodillada delante de Pons, sujetándole la boca. Sus dedos estaban dentro de la boca, separándole los labios, y Pons era víctima de violentas convulsiones, sacudidas como las del lobo antes de devorar a su presa.

—¡Abre la boca! —gritaba la señora Rives.

Pons aferró las patas del banco, golpeando y mordiendo y ahogándose, y entonces su cabeza se echó para atrás y sus ojos quedaron en blanco. La sangre que brotaba de las comisuras de sus labios empezó a formar un charco y la señora Rives retiró sus dedos de dentro. Sollozando, se tapó los ojos con las manos, y la sangre de sus dedos manchó su ceño. Pons empezó a aullar como una bestia. Enseñó los dientes y se sujetó la garganta mientras hacía guturales sonidos animales.

—¿Qué le pasa? —gritó Fabrisse.

La señora Rives dirigió hacia ella su rostro manchado de sangre y entonces su gesto se torció y empezó a llorar.

Pons gemía y se revolvía. Su sangre se derramaba por el suelo. Fabrisse corrió a su lado y sostuvo su frente con la palma de su mano. No sabía si darle golpes en la espalda para hacer que la sangre subiera o forzarlo a sentarse derecho para evitar que la sangre saliera. Esto no era escupir sangre, ella lo sabía. Esto era algo que no había visto nunca antes.

—Se lo hizo a sí mismo —gritó la señora Rives desde el suelo.

Pons empezó a vomitar, y una pasta de un rojo brillante salpicó el suelo. Gemía entre arcada y arcada.

—¿Qué has hecho, Pons? —dijo Fabrisse. Ella miró detenidamente el vómito, tan extrañamente brillante.

Pons tuvo otra arcada y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Está en el libro —gritó la señora Rives—. Dijo que lo que ha hecho está escrito en el libro.

La mesa de caballete había sido arrimada hasta la ventana, y sobre ella, iluminado por la luz dorada de la primavera que inundaba todo a través de los postigos abiertos, Fabrisse vio un pequeño libro abierto, el mismo libro de cubiertas de cuero que Pons había tomado prestado de los Hombres Buenos. Reconoció su pequeño tamaño, no mayor que la palma de una mano.

Se acercó a la mesa, tomó el libro entre sus manos y bajó la vista a las inscripciones sobre la página abierta. Nunca antes había mirado en su interior, temerosa de que sus caracteres imprimieran en su interior el odio

por las cosas del mundo. Le tendió el libro a Pons y se lo puso delante de los ojos.

—Muéstrame —le dijo.

Se sujetaba el vientre con una mano, retorciéndose de dolor. Miró de reojo el libro, luego abrió la boca como para vomitar. Nada salió y empezó a llorar suavemente, las lágrimas recorriendo sus mejillas, pegándose a su barbilla, su quijada y sus orejas.

Depositó el libro sobre el banco, corrió al dormitorio y arrastró el catre hasta la cocina, maldiciendo cuando se quedó enganchado con el marco de la puerta. Arrojó el catre al suelo, rodeó a Pons con sus brazos, le subió al catre y arrojó su abrigo sobre su cuerpo. Finalmente, tomó el libro del banco y encerró en él su pulgar para mantener la página marcada.

—Voy por la curandera —le dijo a la señora Rives, que seguía sollozando con las manos cubriéndole el rostro—. Voy a averiguar qué le ha hecho este libro a Pons.

La curandera gritó cuando vio a Fabrisse manchada de sangre, después le contó que los Hombres Buenos habían estado más temprano por la tarde en casa de Jean Marty.

—Si Dios es piadoso, seguirán aquí —dijo la curandera, tomando su saco de ungüentos y hierbas.

Fabrisse recorrió el camino que llevaba a la casa en la que había visto a Bernadette pedir la muerte. Irrumpió en la cocina sin anunciarse. Los Hombres Buenos cenaban en la mesa con Jean y ella les enseñó el libro abierto por la página que había marcado con su pulgar.

—Pons ha hecho algo —dijo ella, descargando el libro sobre un plato de pescado.

El Hombre Bueno mayor volvió su magro y seco rostro hacia la página abierta del libro. Lo atrajo hacia sí, leyendo con una expresión lánguida.

—¿Qué le han ordenado hacer las palabras? —dijo ella.

El hermano menor acercó hacia sí el libro, respirando pesadamente mientras leía.

—¿Qué le han dicho las palabras? —repitió.

—Ya no hay tiempo —dijo el Hombre Bueno mayor, y en su tono sombrío, monótono, notó una nota de terror.

Los hermanos siguieron a Fabrisse hasta la casa a toda velocidad, y cuando llegaron la señora Rives sostenía a Pons como a un niño, acunándole de atrás para adelante. Pálido y quieto como la misma muerte, estaba envuelto en el

abrigo, arropado como un bebé. De la comisura de los labios goteaba sangre. Na Roqua estaba acucillada a su lado, intentando amarrar una cabra al catre con una sábana para mantenerlo caliente. La cabra pateaba para apartarse, como si percibiera cercana la muerte.

—Mujer —el Hombre Bueno mayor se dirigió a la señora Rives—, deja marchar a tu hijo. Se le acercó, y la señora Rives apretó a Pons contra su pecho.

—Se está muriendo —dijo ella con voz chillona—, dejadle solo.

—Déjele morir en paz, mujer —dijo el Hombre Bueno.

—¿Paz? —dijo la señora Rives con voz cortante. Seguía acunando a Pons y Na Roqua continuaba sujetando a la cabra, anudando la sábana a sus piernas.

—Déjele marchar —dijo el Hombre Bueno a la señora Rives.

Ella seguía acunándole, fingiendo no oír, mirando a Pons con ojos llenos de amor.

—Déjame —susurró Pons. Miró a su madre con firmeza, rogándole con los ojos.

La señora Rives negó con la cabeza. Después, con un suspiro, le dejó sobre el catre y se apartó de su cuerpo. Los Hombres Buenos se reunieron en torno a él. Fabrisse se arrodilló junto a su suegra.

—¿Te rindes enteramente a Dios y el Evangelio? —dijo el mayor.

Pons escupió sangre a un lado. Inclino su cabeza para asentir.

—Sí —dijo suavemente.

—¿Prometes no comer nunca más carne, huevos, queso o venado, nunca mentir, nunca jurar, permitirte la lujuria, dormir desnudo o matar?

—Sí —dijo Pons, y sus facciones se contrajeron como si el acto de hablar le causara un gran sufrimiento.

—¿Prometes, Pons —dijeron los hombres buenos—, no volver a tocar jamás a una mujer?

Fabrisse negó con la cabeza respondiendo en su lugar. No volver a tocarle o a ser tocada por él... No. Pons se volvió hacia ella, su mano delgada, débil, extendiéndose hacia ella. Ella la tomó, tan fría, y la apretó contra su mejilla. No *prometas nada*, quería decir, mientras lágrimas calientes acudían a sus ojos. Luego se inclinó y le besó en los labios. Sintió el olor a sangre en su aliento, vio sus ojos, tiernos y amables como lo habían sido el día de su boda. Él bajó su mano y tocó la tela de su vestido sobre su vientre. Ella sintió el peso de su dedo presionando hacia adentro, hacia el niño que estaba en su interior. Luego retiró su mano.

—¿Prometes no tocar nunca más a una mujer? —repitió el Hombre Bueno.

Pons cerró los ojos, asintiendo lentamente.

—Di *Benedicite*, si puedes —dijo el Hombre Bueno.

—*Benedicite* —musitó Pons, su voz más ligera que el aire.

—*Deus vos benedicat* —dijo el Hombre Bueno—. Rogamos a Dios que te libre de una mala muerte, Pons Rives, y te lleve a un buen final.

El Hombre Bueno se abrió la capa y sacó un librito de su bolsillo. Lo besó y lo colocó sobre la frente de Pons.

—Te adoramos, Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que el consuelo del Espíritu Santo descienda sobre nosotros.

Cerró el libro y lo colocó de vuelta en su bolsillo.

—Recemos todos juntos el Padrenuestro —dijo, cerrando los ojos—. Padre nuestro, que estás en los Cielos...

Fabrisse sintió que la señora Rives empezaba a temblar. Había tanta sangre por todas partes, tanta humanidad derramada por el suelo, lágrimas y vómito y cabellos, su cabello en la habitación y en la azotea, ¿y para qué había servido todo eso?

—Perdónanos nuestras ofensas —dijo Fabrisse con los otros—. *Perdónanos, Dios, ahora.*

El Hombre Bueno besó a Pons en la frente. Su hermano hizo lo mismo y después se besaron el uno al otro. Fabrisse vio que Pons había entrado en un estado de gran calma, su rostro radiante, sus ojos abiertos mirando hacia el techo.

—No le dé a su hijo ni comida ni bebida, incluso si ruega por ello —dijo el Hombre Bueno a la señora Rives.

Los ojos de la mujer brillaron de ira.

—Si mi hijo quiere comida o bebida, yo se lo daré.

—Entonces estará privando al alma de su hijo de la salvación —replicó él.

—Se lo daré —repitió.

Fabrisse vio al Hombre Bueno caminar hacia la chimenea. Se miraba las manos con detenimiento, como si no las conociera, y luego se las frotó y las sostuvo sobre las llamas.

—Algunos dicen que la muerte por enfermedad no es lo mismo que quitarse uno mismo la propia vida —dijo—. Algunos dicen que Satán es el dueño de la muerte por enfermedad. Puede enviar el alma de un hombre muerto de enfermedad de vuelta a otro cuerpo, impidiéndole que suba a los Cielos.

Fabrisse miró a Pons, que seguía con los ojos clavados en el techo. Asomaba una sonrisa en sus labios, como si ya estuviera mirando a Dios a la cara.

—En el libro hay una receta para quitarse la vida —continuó el Hombre Bueno, devolviéndole la mirada—. Una bebida de jugo de pepinos salvajes con cristal en polvo. La receta estaba en la página que me enseñaste —hizo una pausa—. ¿Pero cómo encontró cristal? No hay un solo soplador de vidrio en toda la región fuera de Toulouse.

La cabra que estaba atada al catre empezó a balar y la señora Rives gritó. Na Roqua rezaba en voz alta y Fabrisse supo que Pons ya les estaba dejando. Se inclinó para tomarle la mano, pero se detuvo en mitad del gesto. Él había jurado que no volvería a tocarla. Su esposo estaba ahí, justo ahí, todavía ahí, pero yéndose, y ella no podía tocarle para sentir la presencia de su último aliento.

CAPÍTULO CINCO



Quando Pons hubo muerto, Fabrisse tomó pieles de oveja y tarros de aceite de oliva como ofrendas para los Hombres Buenos y metió a la señora Rives en cama con una vela encendida a su lado. Sola con el cadáver bajo la pálida luz, se soltó la toca de la cabeza e intentó aliviar su tristeza con el lamento. Pero su pena era del tipo que no deja llorar. Metió los dedos entre su cabellera y empezó a arrancarse pelos hasta que sus ojos empezaron a lagrimear. A cada tirón imaginaba a Pons volviendo a la vida. Ahí estaba él, *tirón*. Justo ahí, *tirón*. Tirando de su cabello según su costumbre.

Ella sabía que el cristal con el que se había quitado la vida era con toda probabilidad su propio rojo y secreto cristal, aunque no tenía idea de cómo había podido encontrarlo, tan cuidadosamente lo había escondido. No podría soportar abrir su baúl y palpar el interior de la manga de su vestido de boda. Si el cristal ya no existía, tampoco existiría ya su único lugar inviolado. Sentía que se iba a quebrar bajo el peso de saber no sólo que su última cosa buena se había ido, sino que no había sido buena en absoluto, como otras bendiciones que se habían cruzado por su camino, demasiado adorables, demasiado cautivadoras para ser simplemente admiradas.

Ni ella ni la señora Rives hablaron de la razón por la que Pons se había quitado la vida. No tenían necesidad de hablar de ello. Aunque los Hombres Buenos hubieran querido hacerles creer que había muerto como un valiente, Fabrisse y la señora Rives habían visto que Pons se iba volviendo más infantil y melancólico a cada acto de ascetismo con el que se había comprometido. Fabrisse sabía que su sola presencia en la vida de él, en su cama, a su lado, le había sumergido en la desesperación, y también la noticia de que un niño estaba en camino. ¿No sabía ella, en la vaguedad de su corazón, que tales noticias al final le matarían? No *puedo ocuparme de ver*, recordaba que le había

dicho a ella cuando había salido de la habitación con el pelo suelto. Era como si le hubiera oído decir *no puedo ocuparme de vivir*. Pons había querido seguir las costumbres de los Perfectos, y el cuerpo de ella significaba demasiada tentación, demasiada perversa feminidad para que él viviera una vida de represión de los sentidos.

Fabrisse sentía la culpabilidad en la garganta, y no quería ni escupirla ni tragársela. Como para atormentarse a sí misma y a Pons, se acercó al cadáver con el cabello suelto y empezó a cepillárselo hasta que adquirió el esplendor de la seda. Ella quería que él alzara su puño con rabia, pero no hizo nada. Sin un alma en su interior, era un cuerpo en paz, con una insinuación de sonrisa en los labios, los ojos semiabiertos con pestañas largas y rizadas. Le desvistió y sintió pena por el vello sobre su ingle, áspero y negro, un vello que nunca había visto bien. Había oído decir que, si uno tomaba trocitos del cabello y de las uñas de un cadáver, no se llevaría consigo la fortuna de la familia en la agricultura. Cortó mechones de los rizos de su cabeza y uñas de sus pies, que envolvió en un paño de lino para que la señora Rives los conservara. Aunque los Hombres Buenos habían dicho que no había que preservar ninguna parte del cuerpo, ella no podía permitirse deshacerse de Pons por completo.

Fue enterrado bajo un olmo retorcido en la parte baja de la aldea, junto a Bernadette y su bebé. Las tres lápidas estaban sin marcar. Puesto que los Hombres Buenos no prestaban atención al cuerpo, no atendieron a la ceremonia, y mientras Jean Marty depositaba el cadáver en el interior de la tierra, la señora Rives preguntaba una y otra vez: «¿Dónde se han metido los Hombres Buenos? ¿Dónde están?». Fabrisse miró colina arriba, abatida por el peso del tenebroso cielo gris. Junto a una roca, en la distancia, vio la figura de un hombre, el párroco, a quien reconoció por su corta estatura. Estaba absolutamente inmóvil, sus brazos colgando ligeramente a los lados, como si no pudiera ni acercarse ni retirarse, atrapado entre su parroquia y la reunión de Creyentes. Por un momento, todo excepto su figura desapareció para Fabrisse. Si bien no tenía las palabras para explicar el sentimiento que le embargaba, era consciente de que estaba bajo su mismo yugo, un yugo de anhelos que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Ella era la viuda de un Creyente, pero amaba la tierra con toda su alma, él era un sacerdote que había roto el voto de castidad, y al mismo tiempo creía en las ideas de los Buenos Cristianos. Oyó que Jean Marty la llamaba por su nombre y se agachó a tomar un puñado de tierra húmeda. Al abrir su mano sobre la tumba abierta, deshaciéndose de otro cuerpo, pensó en cómo era de insoportable todo eso, ese interminable subimiento, ese desperdicio.

El entierro de Pons no le produjo ningún alivio. Aunque su cuerpo hubiera

encontrado por fin la paz, su alma, creía ella, seguía sin encontrar el descanso. Le parecía verle por todas partes: sobre la violenta superficie del agua hirviente en la olla, en el áspero follaje de la salvia salvaje del monte batida por el viento. Una mañana, al amanecer, abrió los ojos y vio a Pons a contraluz escabulléndose de los rayos de la mañana que se filtraban por los postigos. Se sentó, a punto de gritar, pero se dio cuenta de que no podía emitir ningún sonido. Cerró los ojos, tomándose el vientre con la mano, temerosa de que sus fantasmas aterrorizaran al niño.

Parecía que la señora Rives se había convertido también en un fantasma. Con la lucha contra la muerte de Pons había perdido la energía que la mantenía viva. No le quedaban fuerzas para luchar contra su propio decaimiento y se sentaba desde el amanecer hasta el ocaso en un banco de su habitación, mirando la línea de su mano que conducía al desconocido lugar donde se decía que la muerte finalmente llegaba. Cuando Fabrisse intentaba alimentarla con cucharadas de col o caldo de cerdo en salazón, la señora Rives retenía la comida en la boca pasándola de una mejilla a la otra, como si encontrara la comida extraña e insípida como una anodina masa de lana arrebatándole la humedad de la boca.

Sin la ayuda de la señora Rives, el peso del sostén de la familia recaía sólo sobre ella. No tenía la menor esperanza de volver a casarse, en vista de que el cuerpo de una viuda era visto como algo todavía más impuro que el de una niña bastarda. Reanudó su viejo hábito de ser intocable, de insensibilizar su corazón, y se sumergió en el trabajo que sus manos podían llevar a cabo: cernir la harina, hilar la lana, recolectar leña, acoplar estacas para reemplazar las cercas caídas, cuidar de los animales y del gallinero, cultivar vegetales en el jardín, juntar heno de los prados, hundiendo los restos de viejos cultivos de un campo en barbecho con el fin de prepararlo para el sembrado de primavera. Estaba tan cansada que no sentía sus dedos sangrantes llenos de ampollas ni su espalda encorvada y adolorida.

Sólo durante la oscuridad de la noche, cuando no podía ocuparse de ordeñar, hilar o perderse en los infinitos surcos para plantar semillas, su insensibilidad empezaba a remitir. Entonces el impacto de la muerte de Pons solía acometer con tanta fuerza, que sentía que se iba a morir. Vio la vida extenderse delante de ella como algo insufrible; nunca más sería pedida ni tomada en matrimonio. Incluso el pensamiento de que iba a tener un hijo, que latía camino a la vida en su matriz, más que hacerle ver la luz, le atormentaba; sin padre, el bebé sería objeto de burlas como si hubiese sido concebido bastardo. En lugar de dormir, Fabrisse solía desembarazarse de las sábanas que sofocaban su cuerpo hinchado y se abría a los elementos de la habitación. Voces de hombre y de mujer se lamentaban desde el baúl junto a la puerta, el mismo baúl en el que había escondido el cristal que le había

regalado la castellana. Se tapaba los oídos y rogaba a las voces que se fueran. En el fondo de su corazón sabía que sufriría siempre su visita. Pons había roto el cristal, liberando los secretos de calabozo que contenía, y ahora se alojarían bajo su piel como una peste para no dejarla nunca jamás.

—Vete —decía ella en un silbido en la oscuridad, de la misma manera en que Pons le daba la orden.

El bebé empezó a notársele a través del vestido y en la carga que soportaba, y la aldea cuchicheaba con chismes sobre qué había en su interior. Algunos decían que era el espíritu de Pons que volvía reencarnándose. Otros hablaban de la vergüenza que heredaría el niño, nacido a la sombra de un suicidio.

Una tarde húmeda, al anochecer, camino a casa desde los campos, hizo una pausa en una arboleda de plátanos de sombra que goteaban, a fin de forrajear hongos y recoger caracoles para la cena de la noche. La arboleda estaba oscura con la niebla de la tarde y ella tenía que esforzarse para distinguir los sombreritos rojizos de los hongos a sus pies.

—Tu bebé necesita salir —dijo una voz ronca.

En las tinieblas de la noche, en un grupo de árboles lejanos, vio a Na Roqua levantando su barbilla como un *pony*. La curandera se acercó, sujetando con las manos la capa que envolvía su delgado cuello.

—No —dijo Fabrisse, sintiéndose repentinamente vulnerable—. No, gracias.

—Llevas el bebé de un hombre muerto —dijo la curandera. Se detuvo a un paso de Fabrisse—. Un hombre que ha ascendido al cielo. Él quiere al bebé con él. —Señaló al cielo cubierto de niebla—. Tú sabes —prosiguió—, que algunos bebés son malos bebés. Con espíritus malignos que envía el Demonio. Enviados para atormentar a la gente buena y no traer otra cosa que desgracia. —Entornó los ojos, como intentado adivinar el futuro en los ojos de Fabrisse—. Este podría ser un bebé malo. Si dejas que viva, Pons estará enfadado. Perseguirá a tu bebé. Si dejas que el bebé viva, puede que él le mate, que le haga caer en una enfermedad grave, muy grave.

Se metió la mano bajo la capa y de un saquito que le colgaba del cinturón sacó un pequeño paquete envuelto en bramante, que dejó caer en la canasta de Fabrisse.

—Cuando tragues esta hierba, el bebé se irá —dijo ella—. El acoso se acabará. Pons estará en paz.

Hizo una reverencia; luego comenzó a alejarse.

—¡No quiero la hierba! —Fabrisse gritaba a sus espaldas.

—¡Un bebé malvado! —gritó la curandera.

Fabrisse dejó el paquete junto a la base de un árbol, con un repentino

dolor de estómago y escalofríos.

Al parecer, no quedaba nadie en la aldea para Fabrisse, nadie excepto la medio muerta señora Rives y el párroco, atrapado por igual entre la crítica de los feligreses y de los Creyentes. Cuando la tierra se entibió, Fabrisse plantó guisantes, alubias y cebada, y, de noche, dormía con los brazos abrazando su vientre. Cosas preciosas podían perderse si uno no las vigilaba, y ella no iba a descansar por completo para dejar a su bebé fuera, arrancado de su útero.

El primer día de mayo, cuando los aldeanos solían dirigirse a los campos para bendecir los frutos de la tierra, una terrible helada sopló desde las montañas, a lo que siguió una espesa lluvia. Los cultivos de la primavera quedaron destruidos y Fabrisse desmoralizada. Como Pons había estado demasiado preocupado con los Hombres Buenos para plantar trigo de invierno el otoño pasado, dos cosechas se habían quedado ni más ni menos que arruinadas.

Pronto se vio forzada a vender a un animal a cambio de grano. Ninguna cantidad de pan parecía satisfacer al niño, siempre empujando desde su ombligo, y su cuello, sus brazos y sus piernas empezaban a descarnarse; la piel sobre sus mejillas y las cuencas de sus ojos hundiéndose hasta los huesos. Estaba segura de poder oír al bebé en su interior aullando de hambre. Para el final del verano, cuando no quedaba ni un poquito de harina en la cocina y la señora Rives se había negado a permitir que ningún campo de la familia se vendiera, Fabrisse supo que tendría que vender algo propio.

Toda su vida había sabido que sólo las mujeres sin honra vendían partes de sus cuerpos. Su madre le había dicho que las mujeres que habían perdido el orgullo habían perdido también la voluntad para conservar su honor o la esperanza en tiempos mejores. Fabrisse había intentado cuidar de su honra todo lo que pudo, pero poco a poco había ido perdiendo el camino. No carecía de voluntad para salvarse del escarnio, y sin embargo soñaba el sueño dulce y nebuloso de la dicha futura, la necesidad le llamaba. Debía mantenerse con vida y mantener a su familia. Su cabello, una vez vendido, les permitiría comer por un tiempo.

Una mañana, todavía aturdida por el sueño, dejó la aldea. Los distantes picos de piedra gris de los Pirineos sobresalían de la bruma matinal como para ver su descenso a la vergüenza. Siguió un camino empedrado hasta la base del otero sobre la Col de Pichacca y la Col du Chioula, luego descendió por una empinada pendiente hasta la ciudad de Ax-les-Thermes. Las calles estrechas y calurosas de Ax estaban llenas de ciudadanos y mercaderes empujando carros cargados de olorosas carnes y pescado para el mercado; de espadas en venta, hoces y guadañas y afiladas hachas. Los artesanos

deambulaban con cacharros a su espalda, los pregoneros del vino hacían publicidad de tabernas en las que se podía beber e ir de putas, las gallinas picoteaban en charcos de fango al lado del camino, los niños iban dando gritos, llevándola casi al desmayo.

Llegada la tarde, después de deambular un rato, encontró en un letrero el símbolo que había estado buscando: las tijeras y la hoja, la seña del barbero. A la luz de muchas lámparas de aceite colgadas de la puerta, vio a un anciano gordo roncando sobre una silla, y detrás de él a una anciana igual de corpulenta inclinada sobre una jofaina llena de agua, lavándose las manos. Cuando la mujer vio a Fabrisse, la miró con el ceño fruncido y se secó las húmedas manos en la falda.

—¡Alguien en la puerta! —gritó.

El hombre se levantó de un salto.

—¿Un corte? ¿Una rasurada? —balbució, y luego sus facciones se unieron en una mueca de confusión al ver a Fabrisse en la puerta.

—Un corte —dijo Fabrisse, entrando.

—¿Quieres decir venderlo? —dijo la mujer bruscamente, con crueldad.

Fabrisse desamarró la toca de su cabello sin trenzar. Mientras el hombre y la mujer la miraban aturcidos, ella se acercó y se sentó en la silla.

—¡Por Jesucristo nuestro señor! —susurró el barbero. Tomó una vela de una mesa contigua y la acercó al cabello de Fabrisse—. Ven, mira —le dijo a su mujer—. En verdad tiene algo divino.

La mujer se acercó. La vacilante luz de la vela proyectaba sombras de disgusto sobre su ceño.

—Algo está mal aquí —dijo mientras señalaba con un gesto la coronilla de la cabeza de Fabrisse, rala de tanta arrancadura.

—¿Es una enfermedad, mujer? —preguntó el marido en un ahogado susurro.

—No —respondió ella—. No.

¿Cómo podría explicar la violencia con la que se había tratado a sí misma?

—¿No es muy suelta de lengua, no? —masculló la mujer.

Fabrisse percibió el fuerte aliento a cebolla de la mujer y sintió una punzada al darse cuenta de que ésta decía la verdad. Desde el comienzo de su vida, se le había enseñado que las palabras podían herir: el nombre de su padre, había dicho su madre, sólo podía traerle agravios; las palabras de otros niños de la aldea podían hacerle querer esconderse en la oscuridad; las palabras de los Hombres Buenos le enseñaron su herejía; y las palabras de un libro mataron a su marido. Efectivamente, era una mujer de pocas palabras, cansada de la agitación de tantas lenguas.

—Un corte a cambio de dinero —dijo ella, sin el menor rastro de humildad en la voz. *Seguid, seguid*, pensaba. *Dejad que se vaya. Dejad que ya no*

exista.

El hombre gruñó, puso la vela sobre la mesa, tomó en sus manos unas tijeras oxidadas y se puso a cortar el aire.

—Vale menos de lo que habría valido de haber estado completo —dijo, y recogió un lado de su cabellera con su puño.

Fabrissse sintió la presión del frío instrumento sobre la parte alta de su oreja. En un instante, una parte de su feminidad le fue amputada.

Abandonó la barbería temblando, aferrando las pocas monedas que le habían pagado. Su útero se contrajo con un cólico y temió que, si no satisfacía pronto a su bebé con comida, forzaría su salida. En lo profundo de un callejón oyó un sonido de risas destempladas y encontró una taberna tras el recodo de una pared de piedra, el olor a ajo frito y vino agrio escapándose por la puerta. Sabía que no era el tipo de lugar apropiado para una mujer decente, sino más bien para hombres en busca de rameras. Sin embargo, estaba tan desesperada por el hambre y el dolor, que entró. Se recordó a sí misma que no era una mujer decente. Acababa de perder la decencia que le quedaba.

Se sentó en una mesa en cuyo extremo estaba sentado un grupo de hombres jugando ruidosamente a los dados. En las oscuras profundidades de la taberna, vio mujeres con el cabello suelto, sentadas en bancos o apoyadas contra la pared, esperando —le parecía— a que los hombres terminaran los unos con los otros. El tabernero, un hombre de no más de veinte o treinta años, de cuerpo largo y delgado como un joven roble, le trajo una jarra y un vaso.

—¿Vino? —preguntó. Ella asintió y él le sirvió.

Tres vasos después, se acordó de que había ido a alimentar al bebé.

—Sopa, creo —masculló.

El tabernero rió con disimulo, exigiéndole que pagara por el vino antes de comer. Ella abrió el puño, lleno de sous y denieres^[1] y dejó que él tomara de ella lo que quisiera.

El tiempo transcurrido después de eso, lo ignoraba. Los jugadores de dados desaparecieron uno a uno hacia un aposento en la parte trasera de la taberna. Ella se quedó dormida y se despertó en la mesa, bebió, durmió y se despertó, y levantó la vista al oír el chirrido de la puerta al abrirse. Vio entrar a un hombre al que reconoció en seguida: el párroco. Miraba hacia las profundidades de la taberna, como si tuviera la intención de solicitar los servicios de una prostituta. Antes de que pudiera enderezarse la toca, que había anudado a su cabeza sin ningún cuidado, el párroco la vio. Su boca se abría y cerraba, como si buscara palabras que decir, y ella se dio cuenta, por la expresión avergonzada y aturdida de sus ojos, de que no sólo lamentaba ser visto por ella, sino que imaginaba que ella había venido a la taberna para prostituirse.

—No —dijo ella, limpiándose la boca, pero al parecer no pudo decir más.

Él hizo una reverencia, le dirigió una mirada de remordimiento, y se marchó tan rápidamente como había entrado.

Con la primera luz del amanecer, se encaminó a paso firme colina arriba hasta Montailou, con las monedas que le quedaban atrapadas en su puño. Al llegar a la cúspide de la Col de Pichacca, casi infranqueable por la cantidad de encina y genista espinosa que crecía aferrada con tenacidad al camino rocoso, rompió aguas con un tibio chorro. Más tarde pensaría que Dios había estado con ella en ese momento, pues por mucho que su cuerpo estuviera torturado por las contracciones y espasmos tan intensos que vomitó todo el vino que había bebido, el bebé permaneció seguro en su interior, y ella fue capaz de caminar hasta llegar a casa.

En la cocina dejó caer las monedas al suelo, se desabrochó la capa, se sacó la toca, se quitó el vestido y luchó por desatar el vendaje de lino que envolvía la redondez de su vientre. La señora Rives se quedó mirándola, pálida, su mirada distante, como si ya estuviera lejos de la tierra y de la agonía de la materia cambiante.

—Ya no te queda un pelo en la cabeza —dijo.

Un doloroso espasmo se apoderó de Fabrisse.

—Ayúdame, por favor —gritó, derrumbándose sobre el suelo.

La anciana salió de la casa con paso enérgico y regresó con un montón de paja. La dispuso sobre el suelo delante de la chimenea, después se puso a cerrar los postigos y trancó la puerta.

—No debes coger frío —dijo, avivando el fuego—. Todos los espíritus malignos deben quedarse fuera hasta que el niño haya nacido.

Cuando la habitación estuvo caliente, la señora Rives empujó una banca hasta Fabrisse y le pidió que apoyara su espalda en ella y abriera las piernas para que pudiera mirar si el bebé estaba a punto de venir. Fabrisse se retorció del dolor. Le parecía que el bebé no iba a poder salir de su cuerpo por mucho que lo intentara.

—Bendito Dios —dijo la señora Rives, tras mirar entre sus piernas—. Está aquí. Ya le veo. Sigue pujando, hija.

Fabrisse aguantó y vio a la anciana levantando la vista hacia ella con una expresión de maravilla en sus facciones, como si hubiera regresado al reino de los vivos.

—Una vez más —dijo la señora Rives—. Nada es tan doloroso que no pueda soportarse.

El bebé resultó ser una niña y Fabrisse, al mirarla, se puso a llorar amargamente. Sus brazos estaban cubiertos de anillos amoratados y su cara

estaba tan roja e hinchada que parecía como si se hubiera dado de bruces con la vida.

—Pons le ha hecho daño —gritó Fabrisse. La señora Rives se mantenía en silencio—. La ha hecho deforme.

—No —dijo la señora Rives.

—Mira su piel. Está demasiado cocida.

La señora Rives pasó sus dedos por las magulladuras de nacimiento del bebé y revisó las plantas de sus pequeños y arrugados pies.

—Este es un bebé saludable. Es sólo que ha luchado para salir al mundo —sostuvo el cordón umbilical en el aire—. Mira —le dijo a Fabrisse, frotando el extremo del cordón sobre las mejillas del bebé—. Para que tenga una buena complexión —restregó el cordón tres veces sobre cada ojo—. Para que tenga una mejor vista. Queremos que lo vea todo. —Sonrió a Fabrisse—. Ahora dale pecho. Debe de estar hambrienta.

Fabrisse quería devolver a la niña al nido de su cuerpo, escudarla del tormento del mundo. En cambio, la sostuvo sobre su pecho y la pequeña niña encontró su pezón y chupó con fuerza.

—¿Cómo se llamará? —preguntó la señora Rives.

Fabrisse había pensado que si el bebé nacía niña le podía llamar como su propia madre, pero ahora —en ese preciso momento— el nombre de Marquise le producía cierto hastío. Ese sonido estaba impregnado de demasiada tristeza. Acunó a la niña, bajando la vista hacia su rostro, y la sensación de alimentarla de su propio cuerpo le impactó; era una de las más graciosas y conmovedoras sensaciones que había experimentado en la vida. La niña también era graciosa, difícilmente hermosa, pero sí dulce.

—Grazida —dijo ella. Así se decía «graciosa» en su lengua de la montaña.

—Grazida —dijo la anciana a la niña—, conque ese es tu nombre.

Qué ardor tenía Grazida por las cosas del mundo. Se aferraba apasionadamente al pecho de Fabrisse y pronto empezó a sonreír siempre que la acariciaban. Fabrisse la pillaba observando cada dedo, cada forma que pasaba frente a sus ojos, como si no tuviera suficiente panorama de la materia.

Al cuidar a Grazida, Fabrisse encontró una razón de ser que nunca antes había conocido. Era como si se hubiera por fin convertido en la persona que Dios quería que fuera: no una bastarda, sino una madre nutricia. Abandonó el tormento de preocuparse de qué haría cuando el dinero de la venta de su cabello se hubiera terminado. Dejó a un lado sus sentimientos por Pons y el párroco, apañó las voces fantasmales de su pecho, y descansó en las mercedes de la maternidad. Por primera vez vio un destello del mundo que estaba

fuera de ella, fuera de las leyes de la honra: un mundo regido no por la moralidad de la Iglesia, sino por la de la naturaleza, del alimentar y del crecer, de la necesidad de sobrevivir. Todos los animales y plantas del bosque le parecían ahora más afines. Y cuando sus pechos quedaban secos de tanto dar pecho y Grazida aullaba como si le estuvieran absorbiendo la propia vida, Fabrisse lloraba. En lo hondo de su corazón sabía que amaba a su niña más allá de lo que es saludable que cualquier alma ame a otra, pero no le importaba. Grazida se había vuelto el mismísimo suelo sobre el que se asentaba su vida.

Varios meses después del nacimiento de Grazida, mientras Fabrisse le daba de comer en la cocina y la señora Rives se calentaba las manos frente a las llamas de la chimenea, Na Roqua se precipitó al interior sin anunciarse.

—Ha habido un asesinato. Un Hombre Bueno está muerto. Y Esclarmonde d'Argeliers ha confesado el crimen.

Fabrisse nunca había visto a Esclarmonde, de quien se decía que era una especie de hechicera y amante de Satán, pero había pasado con frecuencia frente a su casa, que se alzaba, decrepita y solitaria, bajo el resto de casas asentadas en la falda del otero, muy cerca de la plaza. Fabrisse había oído rumores de que Esclarmonde vivía sola al haber sido abandonada por su marido hacía décadas. Aunque muchos niños curiosos habían intentado mofarse de ella desde la ventana o la puerta de su casa, se decía que Esclarmonde sólo se dejaba ver cuando su hija mayor le llevaba viandas.

Na Roqua explicó que un Hombre Bueno de Lombardía había viajado a la región. A pesar de su obligación de nunca vagar sin un acompañante, había caminado solo hasta Montailou, pidiendo limosna y difundiendo su prédica. Una lluvia violenta había comenzado a caer cuando llegó a casa de Esclarmonde. Tocó una, dos veces, sin darse cuenta de que ésta estaba encerrada y que nunca contestaría. Finalmente decidió refugiarse dentro. Intentó empujar la puerta con el hombro, después golpeó con más fuerza, luego embistió con todo su cuerpo descargando su peso contra la madera.

Imaginando que era su esposo volviendo a por ella, Esclarmonde tomó una vieja espada oxidada de una repisa de la cocina y se acercó a la puerta, hirviendo de rabia hasta los huesos. Después de todos los años de soledad que había soportado, no quería dejar que su esposo viviera, y sostuvo la espada delante de ella. No pasó ni un instante cuando la puerta cedió y quedó tumbada en tierra; el Hombre Bueno pendía sobre ella ensartado como un solomillo de cerdo asado al fuego.

—Gritó como un maldito demonio —dijo Na Roqua—. Gritaba y gritaba, pero ni una palabra era para el Hombre Bueno. Las lágrimas eran sólo por su

marido todavía ausente y por los muchos huesos rotos en su cuerpo y por el chichón en la parte de atrás de la cabeza y por el alboroto de tanta sangre derramada sobre ella.

Fabrisse se imaginó al Hombre Bueno atravesado por la rabia de Esclarmonde. Cuán débiles eran las promesas humanas, pensó: el Hombre Bueno había prometido no volver a tocar jamás a una mujer, y sin embargo había probado la vida por última vez mientras se apretaba contra una mujer que se dolía de abandono, de una interminable privación de contacto físico.

En el tiempo que tardó el sol en alzarse y esconderse de nuevo, Esclarmonde había sido perdonada por el nuevo supervisor de la fortaleza, que hizo una declaración pública declarando que el homicidio había sido un accidente y que por lo tanto, no ameritaba castigo por la ley. En la aldea algunos decían que en tanto la castellana había simpatizado con los Hombres Buenos y los Creyentes, el nuevo supervisor les consideraba veneno en las limpias aguas de su comarca y quería filtrarlas. Un viento de sospecha soplaba por la colina, y aunque el supervisor permaneciera silente en la solidez de su fortaleza, los aldeanos empezaron a arrojarse amenazas como lanzas, acusándose los unos a los otros de herejía para demostrar su fidelidad a la Iglesia. Na Roqua profetizó que pronto ocurriría un nuevo asesinato.

Mientras Fabrisse cuidaba de Grazida en la azotea temprano por la mañana, aspirando la naciente luz del día, vio hombres dejando sus casas no sólo con palas y guadañas, sino también con espadas, como atemorizados de que los mismos vecinos a cuyo lado habían vivido toda su vida pudieran abalanzarse sobre ellos de buenas a primeras. A Fabrisse le parecía que la aldea no se volvería a recuperar del error de Esclarmonde. Toda la confianza había sido arrancada de cuajo.

Una húmeda mañana de domingo a comienzos del otoño, cuando la señora Rives aún dormía y Fabrisse cambiaba los pañales a Grazida sobre un vellón dispuesto delante del fuego, llamaron a la puerta. Dejó a la niña y se acercó a ver de qué vendedor se trataba.

El párroco estaba de pie más allá del umbral bajo la suave llovizna con un recién nacido durmiendo entre sus brazos. Por un buen rato ella simplemente miró a la pareja, en apariencia tan torpemente conjuntada. El párroco empezaba a encanecer, y su piel tenía ese aspecto polvoriento de alguien falto de sangre; inclusive sus ojos, una vez tan verdes y brillantes, se veían consumidos. Le tendió al bebé, como si sostenerle fuera para él tan impropio como sostener la ropa interior sucia de una mujer. Ella abrió la puerta por

completo y el párroco le puso al bebé en los brazos. Ella lo tomó sin decir una palabra.

—Necesitas trabajo —masculló él, mientras una pincelada de color aparecía bajo sus ojos.

Ella recordó su encuentro en la taberna, y cayó en la cuenta de que él en verdad asumía que ella había ido allá para vender lo que llevaba en la entrepierna. Se sintió sonrojar de vergüenza.

Él señaló al niño con un gesto.

—Su madre era una campesina de Prades. Murió ayer. Esta mañana su padre vino a misa preguntando si no había alguna nodriza en la aldea. Pensé que tú podrías encargarte. —Hizo una pausa, con una expresión forzada en sus ojos—. No es que tengas experiencia de nodriza, pero seguro que podrías alimentar al niño... Porque has dado a luz recientemente, ¿no? El niño ha sobrevivido, espero.

Ella asintió, avergonzada de no haberle llevado a Grazida para que la bautizara. Había tenido miedo de que los Creyentes de la aldea dirigieran hacia ella sus espadas si lo hacía.

—Nació niña —dijo ella.

Él sonrió sin interés.

—Te pagaré una tarifa, por supuesto. Su padre la pagará.

Ella volvió a sonrojarse al entender que lo que él esperaba era salvarla de la taberna ofreciéndole un trabajo menos degradante. Por mucho que el proyecto de ganar dinero por la venta de otra parte de su cuerpo ya no le ofendía, sabía que no podía aceptar el ofrecimiento del párroco.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Fabrisse escuchó a Grazida gemir.

—Por favor —dijo, no queriendo despedir sin más al párroco—. Venga, pase. Me temo que el fuego se esté desvaneciendo, y oigo que mi hija llora.

Él accedió, limpiándose la humedad del rostro con el pulgar mientras entraba. Ella depositó al durmiente niño envuelto sobre el vellón, y Grazida empezó a llorar con más fuerza, como si se percatara de que el niño venía a disputarle la leche materna. El párroco avivó el fuego con un palo y acunó a Grazida, mientras a Fabrisse las dolorosas ansias familiares, con la presencia del párroco, le embargaban el cuerpo. En el interior de la habitación, con la tibieza del hogar, podía imaginar fácilmente que Pierre era su esposo y que los bebés eran sus propios hijos.

—Serás buena para el niño —dijo el párroco, volviéndose hacia ella con una mirada de tierna afabilidad.

Ella bajó la vista al dulce rostro del niño durmiente.

—Lo siento —respondió—, pero debe encontrar a otra persona para alimentarle. —Sintió un sofoco en la garganta y bajó la vista—. He perdido a

mi esposo, usted lo sabe. Soy una bastarda. No podría ser buena para el niño. Ella le dirigió al párroco una rápida mirada, y él frunció el ceño, con menos reprobación que preocupación, pensó ella.

Se acercó a ella cojeando y se agachó para tomar en brazos a Grazida, sosteniendo su pequeña cabeza con la mano.

—No es la primera vez que se cultiva trigo en tierra de tempestad. Eres una buena madre. Y el dinero que te proporcione el niño os alimentará.

Grazida le miró con la boca abierta de pura alegría. Quizá era éste un buen momento para bautizarla.

—¿Querría usted bautizarla? —musitó Fabrisse.

El párroco frunció el ceño otra vez. Una sobra pareció pasar sobre sus ojos.

—Será cosa de Dios aceptarla o no —murmuró.

Fabrisse quería decirle que sabía que había estado en la fortaleza el día en que Prades Tavernier fue convertido en un Buen Hombre, ella sabía que él había visto cómo Pons era enterrado. Él era un Creyente en su corazón, pero a ella no le importaba. Ella sólo quería oírle pronunciar las palabras de bautismo por el bien de su hija, que había heredado tan poco para alcanzar la honra.

—Bautícela, por favor —dijo ella—, puedo traer a la señora Rives como testigo del rito.

Él cerró los ojos por un buen rato, después los abrió y suspiró.

—No hay necesidad —respondió. Tocó la frente de la niña con su índice—. ¿Cómo se llama?

—Grazida —dijo ella.

—Grazida —repitió él mientras hacía en su piel la señal de la cruz—, yo te bautizo en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La niña le sonrió, y él rió en voz baja.

—Grazida —murmuró sonriéndole a Fabrisse—. ¿Pero tú cómo te llamas? No lo sé.

—Fabrisse —dijo ella con una sonrisa.

Una expresión de espanto arrancó de sus facciones toda la alegría. Al punto le devolvió a Grazida, como si no pudiera soportar seguir tocándola. Cuando Fabrisse recibió al niño, él se puso de pie rápidamente y se fue cojeando hasta la puerta, deteniéndose con la mano sobre el pestillo.

—Eres una hija del Señor —dijo sin mirar a Fabrisse a los ojos—. Dios es tu Padre, y tú eres su creación. No debes volver a tildarte de bastarda.

CAPÍTULO SEIS

Habían pasado veinte años desde que Pierre había oído el nombre de Fabrisse, y tal nombre había salido de los labios de la única mujer a la que había sentido como una esposa. *Fabrisse*, había susurrado Marquise cuando él le preguntó el nombre con el que bautizaría a su hija. Él había estado sosteniendo a la pequeña niña desnuda en sus brazos, y cuando Marquise dijo su nombre, él lo repitió, «*Fabrisse*», y después la sumergió en el agua fría y mansa de la fuente, lo cual le hizo soltar un gran grito. Él se acordaba del grito. Era un grito de vida, lleno de la misma urgencia y ansia y amargura que él sentía agitarse ahora en su pecho, veinte años después, tras haber oído el nombre por segunda vez. *Fabrisse*. Salió de casa y arrastró su cojera bajo la llanura del cielo gris. La lluvia le salpicaba la frente y la nariz y mientras se las secaba con la manga del hábito, pensó que si fuera capaz de gritar con la suficiente fuerza podría olvidar la mirada de Marquise en los ojos de *Fabrisse*. Podría olvidar la manera en que se apoyaba contra la puerta del calabozo, inclinando la barbilla mientras él poseía a la castellana como un animal, sin discreción ni vergüenza.

Se estremecía de pensar en lo bajo que había caído entonces y había seguido cayendo desde la partida de la castellana de Montailhou a Varilhes ya como viuda. Si bien no se había sentido herido en el alma por su partida, sí que había estado enfermo de las privaciones físicas: afiebrado, con náuseas, con dolores de espalda. Al mismo tiempo le habían atormentado los recuerdos de las palabras de los Hombres Buenos en el bautismo herético de Prades Tavernier en la fortaleza. —*Debes odiar este mundo, pues todo lo que hay en el mundo es lujuria de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de la vida terrena*—. Sí, sí, él había creído en esas palabras y sin embargo un apetito se había despenado en él, y sin la castellana para satisfacerlo, no podía evitar

que su cuerpo saliera a cazar más de lo mismo.

Sólo dos semanas después de que la castellana abandonara la aldea, él tomó su primera víctima. Se trataba de una mujer pálida y de fina complexión de nombre Rixende, sobre la que había oído a su hermano chismorrear una noche.

—Esa mujer —había dicho entre dientes su hermano— no se preocupa ni siquiera de apartar su trasero del camino cuando arranca las remolachas de su jardín.

Oh, cómo se moría Pierre de ganas por ver ese trasero alzado en el aire. Recorrió una y otra vez el camino polvoriento, esperando a que Rixende emergiera de su empolvada casa, y, como no lo hacía, él llamó a su puerta.

—No viniste a la confesión de Pascua —le dijo a sus grandes ojos llenos de respeto.

Ella se puso roja de vergüenza.

—Es verdad, padre —dijo.

—Ven conmigo —dijo él, tomando los ligeros huesos de su muñeca. La condujo hasta la capilla y en la perfecta, incitante tranquilidad de su soledad, él le ordenó arrodillarse junto al altar. Él se sentó en un banco, mirándola mientras ella juntaba sus manos. Una vela encendida en el altar alumbró sus labios, la punta de su nariz. Él le hizo todas las preguntas que las *Instrucciones* estipulaban, hablando a media voz, casi en susurros. ¿Había ella realizado algún acto de brujería o deseado el mal a sus vecinos?

—No —dijo ella—. No, padre.

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los de él.

—¿Y has pecado de lascivia?

El lóbulo de su oreja se tiñó de rosa brillante y él supo que, si lo tocaba con su dedo, sentiría calor.

—No —dijo ella—. No de hecho, padre.

—¿Y de pensamiento? —dijo él.

—Sólo de pensamiento —musitó.

Sus ojos parpadeaban para no llorar, y mientras parpadeaban, ella dijo que su esposo le daba lo que podía, pero que lo que podía no era suficiente para ella, de manera que en su mente obtenía más. Más de otros hombres de la aldea. Ella separó sus manos y se frotó los ojos con las manos para apartar las lágrimas. Él quería tocarla, acariciarla.

—Perdóneme, padre —dijo ella.

Movido a la compasión, la bendijo, le dio lo que necesitaba.

—Reza quince padrenuestros y veinte avemarías —le dijo—. Hija mía, no has pecado tan gravemente.

Esa vez él se había redimido a sí mismo, pero muy pronto cayó en mayores actos de lascivia. Un domingo a comienzos del verano, pronunciaba el sermón en la misa cuando una joven mujer pelirroja entró a la capilla por primera vez. La vio a través de la niebla del humo de incienso. Era la criatura más pequeña y hermosa que había visto en su vida. Durante toda la misa se volvió prácticamente incapaz de oír las salmodias que recitaba, de tan herido que estaba por su belleza. Al final de la misa, se bajó del baúl de madera de haya y se metió entre los feligreses, con el corazón acelerado. Cuando pasó a su lado rozándola, tan cerca que pensó que podía sentir el aroma de su piel, se dio cuenta de que ella le llegaba a la barbilla. Cuán fácilmente podría su cuerpo rendirse y entrelazarse con el de él.

No perdió el tiempo. A la caída de la noche ya había averiguado que su nombre era Jacotte y que había venido de Lordat recién casada con un aldeano de nombre Gérard Den Baille. A la mañana siguiente, cuando la luz era suave y azul, se escondió tras un barril no muy lejos de su casa y miró a través de los postigos abiertos de la ventana de la cocina al resplandeciente fuego del hogar. Cuando vio que Gérard se iba con una hoz al hombro, salió de detrás del barril y se acercó a la casa. Jacotte se acercó a la puerta, metiéndose tímidamente las puntas de su cabello bajo el paño que le cubría la cabeza. Él percibió el olor de leña de roble quemada.

—El diezmo —dijo de repente.

—¿Dígame, padre? —dijo ella.

Él tosió contra su mano.

—El diezmo —repitió—. He venido para hablar del diezmo con su esposo.

—Con mi esposo —dijo ella. Sonrió—. Pero él no está aquí y no regresará en un buen rato. —Dio un paso atrás, apartándose de la puerta—. Entre a tomar algo.

Él vaciló, sintió a su lado el cálido viento del principio del verano.

—Los nuevos feligreses deben confesarse con sus sacerdotes —murmuró él, alejándose de la puerta.

La expresión de Jacotte ganó solemnidad. La vio fruncir el ceño y su mirada se posó sobre sus pies.

—Confesarme —musitó—. Sí, por supuesto.

—Mañana a la puesta de sol —dijo él, alejándose con su cojera—. A la puesta de sol en la capilla.

—A la puesta de sol —le oyó decir.

Como era de esperarse, a la tarde siguiente, justo cuando el sol se ocultaba tras las montañas esparciendo sombras de rojo por el cielo, ella apareció, ataviada con un oscuro vestido. Se persignó y examinó sus manos, que al punto juntó en oración. Sentado en el banco, él estaba dos cabezas por encima

de sus ojos.

—¿Crees en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, Tres Personas en la Trinidad y en Dios, lo juras ante mí? —empezó él. Posó su mirada en el pequeño dedo de Jacotte. Un dedito tan pequeño. Sintió un estremecimiento de compasión por ese dedito.

—Sí, padre —susurró ella.

—¿Crees que la sustancia humana del hijo de Dios fue recibida en la Virgen María como está dicho en el Libro, y que de virgen nació?

—Sí, padre.

Su labio inferior se descolgaba la hablar, mostrando unos dientes pequeños y amarillentos, apiñados el uno contra el otro. Se sintió apenado por esos dientes, apenado por la forma en que debían de dolerle, justo como su cadera, que palpitaba de dolor por dentro.

—No soy del Demonio —dijo ella—. Yo creo.

—¿Y crees en la pasión de Cristo y su resurrección?

—Sí.

—¿En que vendrá cubierto de heridas a juzgar a los vivos y a los muertos?

—Sí.

—¿En que ascenderemos el día del juicio y que estaremos listos cuando llegue?

—Sí, sí.

Él ni siquiera oía las palabras que iba diciendo, palabras que ahora creía falsas. No veía otra cosa que la fina y rubia pelusa sobre su labio, que le hacía pensar en un animal que necesitaba ser acariciado, hecho para sentir intensamente. Ella se merecía sentir intensamente. Antes de que pudiera pensar qué se suponía que debía preguntar después, su boca ya estaba sobre su pelusa, su lengua contra sus dientes, fríos y resbalosos como riscos.

Ella no se movió, no hizo el menor movimiento para detenerle. Simplemente esperó y esperó con la boca abierta mientras él acariciaba su cuello y después la piel bajo su collar, y cuando él puso su mano sobre la tela de su pecho y sostuvo un seno en la palma de su mano, ella rozó su lengua con la de él.

—¿Padre? —dijo ella, apartándose. Al no obtener respuesta, se tapó la boca con la mano, con su pequeño dedo balanceándose en el aire.

—¿Padre? —volvió a preguntar.

Era una pregunta, se dio cuenta, y él no sabía cómo responderla. ¿Había ella movido su lengua por su posición en la Iglesia o porque de alguna manera también ella le había deseado? Él levantó la vista y vio la imponente imagen de la Virgen. Sus labios de piedra parecían fruncidos por la decepción.

—Yo... —dijo él.

Jacotte se puso de pie en el altar y negó con la cabeza.

—Está olvidado —dijo ella—. Olvidado. —Ella puso su mano sobre la cabeza del párroco, como si fuera a bendecirlo, y después apuró el paso al exterior de la capilla.

Cuando estuvo solo, miró a la Virgen, a sus ojos tan parecidos al ojo rasgado de Marquise. Se cubrió la cara con la manga. Imaginaba la voz de una mujer diciéndole «*Me has fallado*», pero lo que oía ¿era la voz de la Virgen o la de Marquise? Quizá la de toda la humanidad. *Me has fallado*. En un loco frenesí, se puso de pie, cogió el banco en el que había estado sentado y lo arrojó al suelo. Vio que no se había roto y lo agarró de una pata y lo aporreó contra la pared hasta que se partió.

El otoño siguiente, cuando las hojas ya se habían oscurecido pero todavía no habían caído a tierra, estaba solo en el vestidor de la capilla, intentando escribir un sermón sobre los siete pecados mortales para pronunciarlo a la mañana siguiente en la capilla. Con frecuencia escribía en el vestidor, donde había puesto una mesita junto al cofre que contenía los hábitos para los días de fiesta. Desde la mesa, podía levantar la mirada de su página de pergamino y meditar inspirándose en la cruz que colgaba sobre la balda de los recipientes sagrados, brillando con la luz de la vela. A menudo solía quemar mirra en el incensario y como si se tratara de un truco mágico, el dulce olor le elevaba el espíritu, vertiendo sobre su mente las palabras que iba a escribir. Ese día de otoño, sin embargo, hasta la mirra lastraba su fe. ¿Qué era la mirra, al fin y al cabo, sino una resina de una planta, una cosa material? No, la mirra no tenía nada que ver con el espíritu. Sumergió la pluma en un pequeño tintero e hizo un punto marrón en la esquina del pergamino, listando en su mente los siete pecados mortales: el orgullo, la codicia, la rabia, la gula, la envidia, la pereza, la lujuria. *La lujuria*.

Dejó la pluma, se acercó a un armario junto a la ventana y abrió un baúl en el que guardaba rollos de pergamino con viejos sermones y discursos que había pronunciado. Abriendo rollo tras rollo, encontró un sermón que había escrito hacía muchos años sobre el pecado mortal. Llevó el rollo de vuelta a la mesa y lo sostuvo bajo la llama del candil mientras leía:

Sobre el pecado mortal

Todos somos pecadores en este mundo, algunas veces por ignorancia y viviendo en alegría. Cuando la Gracia nos permite nombrar un pecado que hemos cometido, vemos en las oscuras callejuelas de nuestra alma a una perversa tentadora que intenta obstaculizar nuestra unión con Dios. Entonces podemos arrepentimos de nuestro pecado y así aceptar la bendición de Dios y ser perdonados. Si persistimos en nuestro pecado, sin embargo y deliberadamente decidimos cometer un acto contrario a la ley divina, renegamos de la salvación ofrecida por el Espíritu Santo. Sin arrepentimos, nuestro pecado destruye en nosotros la posibilidad de la eterna beatitud, y en su lugar conlleva la muerte eterna.

Dejó el rollo, y este calló sobre la mesa, enrollándose sobre sí mismo y rodando hasta chocar con el candelero. Sostuvo su mano sobre la llama de la vela y cogió la mecha entre el índice y el pulgar, de forma que la llama se hizo humo en contacto con su piel. *¿Puede un hombre tener fuego en su pecho sin que su vestimenta se quemé?*, pensó. Proverbios VI, XXVII. Él se estaba quemando desde dentro, desde fuera y pronto toda su parroquia vería las llamas del Infierno levantándose desde su persona. Tenía que poseer a una mujer, tenía que extinguir su deseo.

Rápidamente se dio la vuelta, y al darle la espalda a la mesa, tumbó el tintero, que hizo una gran mancha marrón en la página. Del saco de diezmos, tomó dos puñados de monedas del dinero que debía entregársele al obispo de la diócesis, y se los metió en el bolsillo; después tomó su capa y caminó hacia el altar, con cuidado, para evitar la mirada que le dirigía la Virgen desde lo alto. Se arrodilló a sus pies y levantó la piedra bajo la cual había escondido el amuleto cuando la castellana partió para Varilhes. Se metió el amuleto en el bolsillo junto con las monedas y le dio la espalda a la Virgen como un niño, temeroso de que, si se apartaba ahora de ella, le haría sospechoso de travesuras y fatales fechorías.

Quería recorrer a toda velocidad el camino hasta Ax-les-Thermes, pero, para evitar ser visto, avanzó a duras penas a través de la espesura de retamas y matojos de la pendiente deshabitada de la pendiente del otero, y después tomó el camino que llevaba a la Col de Pichacca. Al caminar trataba de convencerse de que las necesidades de su parroquia justificaban que él se acostara con una mujer una mujer le arrancaría el deseo para que pudiera escribir y predicar de nuevo. *Escribir y predicar mentiras*, pensaba, acordándose de los Hombres Buenos y su odio por la Iglesia. Toda su vida se había vuelto un engaño.

Cuando al final bajó a Ax, el dolor en su cadera era insufrible, pero no vaciló, sino que caminó directamente a una taberna frente a la cual había antes pasado y que estaba sediento de visitar. Como la noche todavía era joven y no había feria en la ciudad, la taberna estaba prácticamente vacía, salvo por un grupo de hombres jugando a los dados en una mesa redonda y una niña de no más de once o doce años, que estaba de pie sola junto a un hogar ardiente. Su cabello castaño estaba trenzado con una cinta amarilla amarrada sobre su cabeza, y su garganta era blanca como la leche.

—¿Vino? —Escuchó. El tabernero, un joven alto, se acercó con un jarro y una taza. Sonrió a Pierre, contemplando su vestimenta religiosa, y luego alzó ligeramente la cabeza y le miró de reojo—. ¿O mujeres?

Pierre se sentó y se metió la mano al bolsillo, frotando con su mano el amuleto. Sacó un denier y lo arrojó sobre la mesa delante de él, indicando que era bebida lo que deseaba. El tabernero le puso delante la taza y le sirvió.

Pierre posó su vista otra vez en la niña.

Sus dedos eran diminutos, y jugueteaban sobre la superficie de su falda, alisando la tela y luego arrugándola, para luego volver a alisarla. Pierre tomó la taza y se puso a beber sin pausa.

—Si sigue pagando, puede seguir bebiendo —oyó murmurar al tabernero. Pierre metió la mano en su bolsillo y puso más monedas sobre la mesa. A la luz que irradiaba el hogar, los ojos de la niña parecían de un marrón dorado y ella los posaba alternativamente sobre él, el tabernero y de vuelta a su falda. Pierre se bebió otra taza.

—¿Otra? —preguntó el tabernero. Pierre puso sobre la mesa un sou. La niña se lamía rápidamente los labios, que brillaban de humedad. Pierre bebió una vez más.

—Votos de castidad —murmuró.

—¡Qué votos! —dijo el tabernero.

Pierre se volvió hacia el tabernero. Odiaba la falsa sonrisa que mantenía apretados los labios del tabernero.

—Los votos de castidad —dijo él otra vez— no son tan sólidos entre los sacerdotes de la montaña.

Se acordó del viejo párroco de Montailou diciéndole eso. Cuán importunado se sentía por su profesión. Él entonces era puro. Era bueno. Soltó un gruñido y bebió.

—Diez por la niña —dijo el tabernero—. ¡Mondinette! —vociferó.

Pierre miró al tabernero, luego a la niña. Él no había dicho en ningún momento que la deseara, ni siquiera había admitido para sí mismo que así fuera. Sin embargo, sintió que su miembro se levantaba a cada paso que la niña daba hacia él. La vio limpiarse la humedad de los labios, y él sintió como si estuviera mirando al lúgubre fantasma de alguien que acababa de asesinar.

—Tiene suerte esta noche —dijo el tabernero—. Está fresca. No es nueva, pero está fresca. Bien vale las diez. No es ninguna arpía, padre.

Pierre sintió un picor en la nuca al oír esa apelación. La niña estaba a sólo un paso y él podía sentir su olor a limpio, ver la tersura de piel, las pecas que salpicaban su nariz. Es más, ella tenía su misma altura, él lo sabía con certeza, aunque estuviera sentado. Sacó un puñado de sous y deniers y los dejó caer como lluvia sobre la mesa.

El tabernero contó diez monedas sous, las recogió rápidamente con la mano, y se quedó mirando las monedas restantes. Cogió otro sou y lo sostuvo sobre la palma de la mano como una reliquia.

—Para la buena suerte —dijo sonriendo; y se dio la vuelta desapareciendo por la parte trasera de la taberna, dejando solos a Pierre y a la niña.

—Vengan por aquí —voceó el tabernero.

Pierre se incorporó para tomar las monedas, pero vio que la niña las

miraba con ansias. Las empujó hacia ella. Sin siquiera mirarle a los ojos, ella las hizo tintinear al embolsárselas en la faltriquera de la falda.

—¡Mondinette! —voceó de nuevo el tabernero.

Pierre se levantó y fue cojeando hasta la oscuridad de la parte trasera, escuchando el tintineo de la niña tras él. Encontró al tabernero en un pequeño cuarto vacío excepto por un catre sobre el suelo y una flaca gata gris amamantando a un montón de garitos sobre una almohada. El tabernero llevó una corta vela encendida entre los dedos y cuando vio a Pierre, se la tendió.

—Tienes hasta que se apague la vela —dijo él, colocándola en un candelero clavado a la pared—. ¡Mondinette! —volvió a vocear, y luego, con el tacón de su bota, echó a la gata y sus garitos de la almohada. La gata gimió y fue en silencio hasta una esquina, sus crías apresurándose tras ella.

La niña apareció junto a la puerta, envolviendo sus piernas con su falda, como para mantenerlas cerradas para siempre. El tabernero la tomó por el hombro y la empujó al interior de la habitación. Al oír el tintineo, preguntó:

—¿Qué tienes ahí, pequeña ladrona? —le espetó, y luego la palpó por arriba y por abajo, para detenerse al final en el bulto que hacían las monedas en su faltriquera. Las agarró y se las metió en un bolsillo interior—. Así aprenderás —masculló.

—Son mías —susurró la niña.

El tabernero se escabulló de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Por un momento Pierre y la niña simplemente se miraron. La mano del párroco empezó a temblar a su lado y la niña bajó la mirada hasta ella, una expresión de horror recorriéndole el rostro, como si estuviera siendo testigo de un arma que pronto sería usada contra ella. Dejó escapar un pequeño gemido. Pierre dio un paso hacia ella con la intención de reconfortarla, pero ella volvió a gimotear. Él se metió la mano en el bolsillo para sacar el amuleto, se desabrochó la capa sacerdotal y la dejó caer al suelo. Ella empezó a llorar.

Cuando estuvo suficientemente cerca de ella como para sentir su aliento en su rostro, tocó las pecas de su nariz y le limpió las lágrimas con la yema del pulgar. Ella cerró los ojos, y él supo que no había otra cosa que hacer que sellar su destino. En un rápido movimiento, la sujetó por la espalda y los muslos y la llevó hasta el catre. Le levantó la falda, le separó las piernas e intentó meterle por la fuerza el amuleto. Ella gritó ferozmente y él dejó que el amuleto cayera a un lado. Él se desabrochó los bombachos, tumbándose sobre ella, y a pesar de sus lágrimas, de su rigidez, a pesar de su propio horror ante su crimen, entró en ella, entró en un placer más profundo y pleno y dulce que cualquier Paraíso que pudiera imaginar. Era como hacerle el amor a Marquise, su novia espiritual. Esta niña era tan nueva, tan fresca, que parecía casi incorpórea.

Durante todo el invierno y la primavera siguientes, volvió a la taberna, en busca de Mondinette. Nunca la volvió a encontrar ahí, alisando tímidamente su falda junto al calor del hogar. Algunas noches temía haberla matado con su amor impetuoso, urgente. Se refugió en las rameras que rodeaban la mesa de juego o deambulaba por las profundidades de la taberna, cargando sus bien usados cuerpos como si fueran sacos de heno para vender en el mercado. Entre sus pechos se sentía casi liberado de ser un hombre mancillado por la carne. Pero cuando abandonaba sus cuerpos, dejaba la taberna y entraba al aire limpio de la noche, se sentía un hombre más pequeño y todavía más alejado de Dios.

Esa primavera, mientras viajaba colina abajo hacia el bosque y la taberna, distinguió a lo lejos una pequeña asamblea de aldeanos reunidos en torno a un olmo retorcido. Era un día gris, sin viento, y a través de la penumbra reconoció a Jean Marty, la señora Rives y Fabrisse, a quien conocía sólo como la antigua criada de la castellana. Había túmulos de tierra en torno a una tumba abierta; a su alrededor todos de pie y una pala apoyada contra el tronco del olmo. Recordaba haber espiado a los tres aldeanos en el bautizo de Prades Tavernier y se dio cuenta de repente de que estaba presenciando el enterramiento de un hereje. Aunque sabía que debía abalanzarse sobre los aldeanos en nombre de la Iglesia o bien huir rápidamente —y de esa manera escapar sin ser visto— no pudo hacer ni una ni otra cosa. La criada dirigió la mirada en su dirección y él se sintió derribado por sus ojos. Por un largo rato, se miraron el uno al otro. Luego ella miró hacia otra parte y él huyó.

Se las arregló para esconderse de los herejes, incluso para quitárselos de su mente. Seguía llevando su doble vida, de día diciendo misas frente a su parroquia y escondiéndose en los cuerpos de las rameras por la noche. Entonces, en algún momento a fines de agosto, se apresuró a la taberna y encontró a la criada sentada al extremo de una mesa de juego. Su rostro estaba sonrojado, sus mejillas estaban húmedas y tenían líneas rojas, como si hubiera estado dormitando sobre la mesa, babeando. Se percató de que su vientre contenía a una criatura. ¿Había venido a la taberna para prostituirse? Ella sabría —con seguridad lo sabría— que él mismo había venido a por algo más que bebida.

—No —dijo ella, limpiándose las mejillas y la boca. Su barbilla temblaba y sus ojos se humedecieron.

Él la saludó con un gesto, incapaz de hablar, intentando controlar su vergüenza.

Algo se rompió en él después de aquella noche. Si ya se odiaba a sí mismo, se

odió todavía más después de haber visto a la criada —en toda su vulnerabilidad de embarazada— intentando vender su cuerpo junto a la puerta de la taberna. Ya ninguna mujer le parecía incorruptible.

El día de la Asunción de la Virgen, Pierre pronunciaba una plegaria de exhortación en la misa, mirando los sombríos rostros de los aldeanos sentados frente a él sobre la paja, los tristes rostros de las mujeres cuyos cuerpos él también podría haber conocido.

—Dios todopoderoso —dijo entonces, sintiéndose mareado, como si el sabor y el olor y la suavidad de cada una de esas mujeres estuviera zumbando en su cabeza al mismo tiempo—. Dios todopoderoso —repitió—, a cuyo poder y bondad infinita todas las criaturas están sometidas, con la intercesión de tu Gloriosa Madre... —Se agarró del borde del altar para mantenerse firme—. Tu Gloriosa madre, Señora de la Gracia, y de todos los santos, asístenos en nuestra debilidad...

Perdió el agarre del altar. Se tambaleó.

—Asístenos en nuestra debilidad con tu poder, en nuestra ignorancia con tu sabiduría, en nuestra fragilidad...

Debilidad. Fragilidad. Cerró los ojos, y pensó que Santa María la Madre Gloriosa era una mujer. Una mujer de carne, como cualquier otra mujer de su parroquia, que caminaba, orinaba y menstruaba para que su hijo pudiera nacer. Era una mujer, y él no podía creer por más tiempo que su cuerpo había albergado el espíritu puro del Señor.

Pierre sabía que era sólo una cuestión de tiempo que él abordara a los herejes. Cuando la castellana aún vivía en Montailou y hacían el amor bajo tierra, ella le había contado que los Hombres Buenos no valoraban la virginidad de Santa María porque no consideraban que ella había dado a luz a Jesús en la carne. Al contrario, ellos consideraban a Cristo como la ilusión de un hombre —un espíritu puro— y predicaban que Santa María, en consecuencia, nunca le había manchado con la carne y la sangre, sino que le había parido «como una sombra». Pierre ahora se colgaba de aquella frase «como una *sombra*». ¿De qué otro modo podía él levantar sus ojos a la figura sobre el altar y no imaginar la larga cuerda de su amuleto envuelta en su cuello, pendiendo entre sus pechos y más abajo?

Sólo dos semanas después de la Asunción de la Virgen, apagó la vela que estaba bajo el altar, abandonó la capilla, y caminó hasta la casita de Na Roqua, a quien recordaba haber visto en el bautizo de Prades Tavernier en la fortaleza. Era ella quien había puesto sus manos en su cadera adolorida

cuando era un niño, diciéndole palabras a las que se seguía aferrando: «La carne es una prisión de tentación. Insoportable para un alma pura». Sin pensárselo mucho, decidió que sería ella quien ahora le guiaría hasta su destino.

Entró a su casa sin llamar a la puerta y la encontró sentada en una banca frente al fuego de la cocina, masajeándose los nudillos. Ella le sonrió como si le hubiera estado esperando.

—Bien —dijo simplemente—. No creo que sean hierbas lo que ahora buscas.

Pierre bajó la cabeza, avergonzado de su debilidad, y caminó hacia ella.

—Estás mejor de la cojera —volvió a hablar la curandera.

Él tosió en su mano.

—No, peor.

Se sentó en un extremo de la banca, con la vista en el fuego. Estuvieron en silencio; al cabo de un rato ella dio unas palmadas sobre la banca y le dijo:

—Acércate.

Pierre se la acercó y ella puso su vieja mano sobre sus faldas.

—Estás triste —dijo—. Pero no hay razón para estarlo. Ahora hay bondad en nuestra aldea.

Tomó la mano de Pierre y la puso sobre sus propias faldas, dándole palmaditas.

—¿Quisieras ver la bondad, Pierre?

Él dejó caer su cabeza sobre el hombro de la anciana.

—Bien —dijo ella—. Muy bien, mi niño.

Cuando la luna estuvo en lo alto, ella le llevó del brazo a casa de Jena Marty, donde dijo que los Hombres Buenos se iban a quedar a dormir esa noche. Le dijo que esperase en el jardín mientras ella entraba, y él se quedó entre los cerdos, escuchando sus gruñidos y berridos, y de repente sintió deseos de esconderse.

Ella regresó por él muy pronto, diciéndole que iba a hacer falta algo de persuasión para que los Hombres Buenos creyeran no era un espía. Alzó el rostro y levantó su fina ceja.

—Chico, no serás tú un espía, ¿o sí?

Pierre negó con la cabeza.

—No —dijo, tanto para él como para ella.

En el interior, los dos hermanos en hábitos negros estaban sentados en la mesa de la cocina, con varios tazones vacíos y una taza delante. Jean Marty estaba en una banca, junto a la pared, y su madre, la anciana Marty, se hallaba de pie junto al fuego, secándose las manos en el delantal. Todos miraron a Pierre con detenimiento, y como ninguno de los Hombres Buenos le saludó en modo alguno, la anciana Marty empezó a hablar como si Pierre

nunca hubiera entrado.

—Me temo que no les haya gustado el pan que preparé —les dijo a los Hombres Buenos.

Hubo una larga pausa.

—A mí me gustó mucho —dijo el hermano mayor.

La anciana Marty cogió un jarrón de una balda junto a la chimenea y se acercó a la mesa, sirviendo agua en la taza vacía que tenían delante.

—No hay buenos cedazos en nuestras montañas —dijo ella. Dejó de servir y secó las gotitas de agua del borde del jarrón con el delantal—. El pan que amasamos es tosco.

Hubo otra pausa.

—Estaba delicioso —dijo el hermano mayor.

La anciana Marty regresó a la balda, dejó ahí el jarrón y sonrió.

Jean miró a Pierre, que seguía en la entrada de la cocina. Parecía querer decirle algo al párroco, pero se volvió hacia los Hombres Buenos.

—Mi madre se alegra de que les haya gustado el pan —les dijo.

—Sí —dijo la anciana Marty—, me alegro.

Sus ojos se deslizaron hasta Pierre y luego volvieron rápidamente a los Hombres Buenos.

—¿Y el pescado —volvió a preguntar—, cómo lo encontraron?

—También delicioso —dijo el mayor.

—Delicioso —dijo su hermano.

—Me alegro de que lo hayan disfrutado —dijo la anciana Marty.

La habitación quedó en silencio y todo era quietud, salvo por el crepitar del fuego. El hermano mayor se acercó la taza los labios y bebió lentamente, sus ojos cayendo en la oscuridad. Cuando hubo terminado, apoyó la taza sobre el tablero.

—¿Está seguro de que no va a querer un poco de queso? —le preguntó la anciana Marty.

El hermano mayor dejó la taza y se puso de pie, encarando a Pierre. Su mano agarró la mesa, aunque no había ni asomo de ira en sus ojos, ninguna acusación. Más bien tenía el aspecto de un padre amoroso, esperando tranquilamente a que su hijo tomase la decisión que le convertiría en un hombre.

Pierre cayó sobre sus rodillas.

—He sido un hipócrita traidor —dijo.

El Hombre Bueno caminó hacia él y Pierre cerró los ojos. Después de un momento, sintió la tibieza y el peso de unas manos sobre su cabeza.

—Continúa, hermano —dijo el Buen Hombre.

—Les espí en la fortaleza —dijo Pierre—. Pero les creí. Creí en lo que dijeron. Odio el mundo. Odio mi cuerpo. Odio la manera en que me duele.

—Sí —dijo el Hombre Bueno.

—Sin embargo, no puedo detenerme —gritó Pierre—. No puedo evitar desear. Desear mujeres —gimió—. Rameras.

El Buen Hombre suspiró.

—Debes alejarte del Demonio —dijo.

—Aléjate —dijo el hermano menor.

—Aléjate —dijo Na Roqua, quien se arrodilló junto a Pierre y puso sus manos curativas en su espalda.

—Ayúdenme —gritó Pierre.

El Buen Hombre se inclinó y le tocó en la rodilla.

—Te ayudarás a ti mismo ayudándonos a nosotros —susurró.

Pierre sintió como si le acabaran de dar la penitencia después de la confesión.

—Lo haré, padre —dijo él, levantando la vista a los feroces ojos del Hombre, cálidos como el fuego. Se le había dicho qué debía hacer, y lo que iba a hacer le salvaría.

El domingo siguiente celebró la misa frente a un gran grupo de feligreses, apropiándose de credos que ya no eran suyos. Después de la misa, un humilde campesino de la parroquia de Prades se le acercó con un pálido bebé en los brazos. La madre del niño había muerto la noche pasada y el campesino no tenía medios para pagar a una nodriza, le explicó. Había venido en busca de caridad, pues el sacerdote de Prades no tenía nada que ofrecerle. Pierre casi despide al campesino, pero se acordó de haber visto a la criada embarazada hacía apenas dos meses. Si le compensaba cuidar de este bebé junto con el suyo, por un tiempo no tendría razones para volver a la taberna. Tomó al niño en la cuna de sus brazos diciéndole al campesino que lo devolvería a Prades cuando fuera momento de destetarlo. Sí, le debía a la criada este pequeño favor y más, pues le había visto caer muy hondo y a pesar de todo le había mirado con compasión.

Afuera, las nubes se agrupaban en el cielo, y unos momentos después el viento vino trayendo el aroma del pino y del rocío. Pierre llevó al niño a través de la lluvia hasta la casa de la anciana Rives, a quien recordaba haber visto de pie junto a la criada. Cuando llegó, llamó a la puerta, el corazón palpitándole con fuerza. De hecho, no había conversado con la criada desde que había aparecido en la capilla anunciando que la castellana le necesitaba en la fortaleza. Cuánto tiempo había pasado desde aquello... El ahora no sabía cómo le hablaría: había habido entre ellos tanto silencio.

Fue ella quien vino a la puerta, con el rostro fresco, como si desde debajo de la piel irradiase una luz. Ella le miró pasmada, con las oscuras pestañas

levantadas, con una expresión de miedo y ruego en la mirada; luego le echó una ojeada al bebé que llevaba en brazos y, lentamente, sus ojos se volvieron tiernos. Él le tendió el bebé en silenciosa súplica y ella sonrió levemente, tomándole en brazos.

Nunca recordaría por completo qué fue lo que se dijeron en ese momento, pero sí recordaba cómo terminó su conversación: ella le dijo su nombre, trayéndole a la memoria el recuerdo de Marquise y el silencioso voto que había pronunciado de ser su esposo espiritual, el padre espiritual de su niña. Qué padre tan perverso había sido...

Se fue de la casa y batalló para recorrer el camino, deseando perderse otra vez dentro de los cuerpos de las rameras en la taberna. Habría ido tan lejos, a Ax e incluso más lejos —tanto deseaba liberarse de toda pretensión de ser un buen hombre, un hombre sagrado—, pero algo al mismo tiempo milagroso y trágico ocurrió en ese momento. Cuando cruzó en el recodo que le llevaba a la plaza, vio, reunida bajo el olmo del patio de la iglesia, a una multitud de aldeanos de pie frente a un predicador. El hombre iba vestido con las ropas de un fraile, y cuando Pierre se acercó, pudo observar que la cima de su cabeza estaba tonsurada en un círculo perfecto. Un dominicano había llegado a Montailou. La inquisición de la aldea había comenzado.

SEGUNDA PARTE

1300-1308

CAPÍTULO SIETE

El fraile de la plaza, de nombre Bernard, era un hombre de treinta y ocho años que había entrado en la orden de los Dominicos como consecuencia de un evento dirigido —según había elegido creer la mayor parte de su vida— por la mano de Dios. De niño, antes incluso de que tuviera dientes para masticar, le habían dejado abandonado en la ribera del río Vienne, envuelto en una esterilla de paja. El prior dominicano de Limoges de entonces —un anciano de barba blanca llamado Grégoire—, caminaba por la orilla del río cuando oyó el llanto indefenso y vio a un bebé escondido entre los juncos. Grégoire le llevó de vuelta al monasterio, le bautizó en el nombre de San Bernard de Clairvaux y le dio de mamar leche de cabra hasta que sus dientes empezaron a surgir de sus encías. Si bien en la práctica los frailes criaron a Bernard de manera colectiva, fue a Grégoire al que él amó como a un único padre terrenal. Dormía cada noche en una esterilla a su lado y rezaba porque el anciano nunca le abandonara para partir al Cielo.

Una noche, cuando Bernard había cumplido siete años dentro del monasterio, le hizo a Grégoire una pregunta que nunca antes se había atrevido a hacerle.

—¿Padre? —susurró.

Escuchó a Grégoire humedecer sus labios, luego inhalar con fuerza, como si la habitación estuviera falta de aire y él tuviera que hacer un esfuerzo para tener suficiente.

—Sí, hijo mío.

—¿Usted tuvo una madre?

Hasta donde podía recordar, Bernard había intentado imaginar a Grégoire como un niño, con una madre, una madre de verdad. Había encontrado la imagen casi imposible de evocar, y había tenido secretamente la esperanza de

que Grégoire hubiera sido abandonado también, sin ninguna señal de procedencia carnal.

—¿Una madre? —Escuchó decir a Grégoire con voz ronca—. Sí que la tuve.

El corazón de Bernard se hundió.

Una buena mujer —continuó Grégoire—. Tenía el cabello castaño. —Se detuvo—. No le gustaba que mi padre escupiera en su propia mano.

Bernard había visto a unos cuantos miembros del sexo femenino en la misa durante los funerales en el cementerio. Se figuró a una mujer que había visto en varias ocasiones. Tenía una boca roja, ancha, un cabello castaño que le rodeaba la cara y un trasero que zangoloteaba al caminar. Sintió que sus ojos le apretaban y se dio cuenta de que había empezado a llorar.

—Ahora bien —dijo Grégoire. Tosió, y luego volvió a toser, y luego tosió como si no fuera a parar nunca. Cuando por fin hubo terminado, respiró por un largo rato—, ¿tú para qué necesitas una madre? Tienes aquí en el monasterio más de veinte padres, cuando la mayoría de niños sólo tienen uno.

—Sólo uno —musitó Bernard. En el fondo sabía que él también tenía sólo uno, y que era Grégoire, y Grégoire se estaba muriendo de viejo. Bernard se subió la sábana de lana por encima de la barbilla y dobló sus rodillas contra su pecho. Pensó que quizá podría llorar un poco más y apretó los ojos cerrados para impedir que brotaran las lágrimas.

—Háblame de Moisés —susurró—, de cuando era un bebé.

—¿Otra vez? —se quejó Grégoire. Suspiró—. Pero sólo esta vez, ¿me oyes? —Tosió, y luego carraspeó y escupió, y Bernard esperó a que empezara la historia del niño bendito abandonado entre los juncos a orillas de un río en una canasta hecha de espadañas y embadurnada de betún y brea.

Cuando Bernard llevaba casi diez años en el monasterio, Grégoire aún respiraba, pero luego dejó de hacerlo. Bernard estaba de pie junto a su cama, ayudándole a beber agua de una larga cuchara de madera, cuando Grégoire cerró los labios y se dejó caer sobre la almohada, mirando con los ojos abiertos hacia el techo. El aire en su interior crepitaba desde las comisuras de su boca y Bernard dejó caer la cuchara, que cayó ruidosamente al suelo. Recorrió a toda velocidad el monasterio, gritando en busca de ayuda, y entonces, demasiado aterrorizado como para seguir a los otros a la habitación de Grégoire, se escapó al patio lluvioso. Se acurrucó bajo un cerezo podado limpiándose de la cara el agua de la lluvia una y otra vez.

Muerto Grégoire, Bernard apartó su corazón de la humanidad. Le parecía —aunque no con absoluta claridad— que las cosas preciosas en su pequeña

vida, la mujer que le había dado la vida y el hombre que le había acogido, eran como brotes en las ramas primaverales. El invierno de la muerte los había congelado, y él no quería llorar por otro fallecimiento. Sólo Dios era como una roca bajo la tierra, sin principio ni final y por ello absolutamente firme en su presencia. Dos meses después de que Grégoire fuera enterrado, Bernard pidió a los frailes ser tonsurado como señal tanto de su devoción a Dios como de su intención de tomar los hábitos de los Dominicos cuando tuviera la edad requerida. El obispo de Périgueux llevó a cabo la ceremonia, afeitando un círculo en la coronilla de Bernard.

—Ahora la Iglesia es tu madre —masculló el obispo mientras sumergía la navaja en agua limpia—. Ámala y ella nutrirá tu mente.

Bernard observó cómo el pelo que el filo de la navaja había cortado flotaba sobre la superficie del agua. Lentamente llevó la mano a su cabeza y sintió el círculo de piel suave y húmeda que ahí tenía. Sí, su mente había sido cepillada y había quedado limpia, suficientemente limpia como para ser amamantada por la esposa de Cristo.

Durante tres años se lanzó al estudio de la gramática, aprendiendo las letras que formaban palabras que hacían oraciones de la Escritura de la que se alimentaba. Progresó con soltura, demostrando su facilidad para la lengua, proporcionando a los frailes toda oportunidad para que le mostraran su consideración. En su decimotercer año en el monasterio, casi había olvidado su soledad y se comportaba con el sentimiento de un viejo hombre de sabiduría. Sólo ocasionalmente regresaba a la esterilla en la que había dormido junto a Grégoire y el miedo le sobrecogía. En la oscuridad de la noche veía, o creía ver, una visión del mundo privado de la Iglesia, ahora su única madre, y otra vez era como un bebé abandonado entre los juncos, y su corazón latía como si en cualquier momento pudiera detenerse. Entonces tenía que alcanzar rápidamente el orinal, para no mearse encima. Recostado, solía doblar las rodillas contra su pecho, subirse la sábana por encima de la barbilla y rezar, rezar a Dios que la Iglesia nunca le abandonara.

Fue por esta época cuando empezó a emprender largas caminatas por la orilla del río Vienne, metiendo sus pies desnudos en el agua para refrescarse, y buscando en la orilla de juncos algún rastro de la esterilla en la que le habían envuelto cuando era un bebé. Quería saber el lugar exacto en que su madre había estado cuando le abandonó. Quería ponerse en su lugar y sentirla en la tierra.

Empezó a interpretar cada vez más su vida a la luz de la de Moisés, y ansiaba el regalo que Moisés había recibido de Dios en la zarza ardiente: una señal, una aparición, un pronunciamiento de cómo debía vivir según el

camino de la justicia. Caminando a través del denso bosque contiguo al río, reprodujo en su mente la escena:

—Soy Yo —oiría él de dentro de un árbol en llamas. Se le pediría quitarse las sandalias, justo como se le había dicho a Moisés, pues el lugar sobre el que se pusiera de pie sería tierra sagrada. Él escondería el rostro, sin atreverse en ningún momento a posar sus ojos sobre Dios. Y entonces Dios le diría: «Yo estaré contigo». La gran pregunta de su vida estaría resuelta, pues habría descubierto a la persona que Dios quería que fuese.

Creando escuchar el rumor de Dios en la brisa, emprendía largas caminatas hasta la profundidad del bosque. Cada brote, cada rama de piel de plata de los abedules parecía temblar de misterio y significado. Por primera vez en su vida reconocía el asombroso regalo que Dios había hecho a la naturaleza: las hojas húmedas de tantos diferentes tipos de verde, las huellas en el barro de los zorros silvestres, los petirrojos de vientre rojo con sus picos abiertos; incluso las empapadas raíces bajo los árboles parecían limpias a sus ojos.

En invierno se aventuraba a salir en plena nevada y se admiraba de la manera en que la nieve se posaba sobre la tierra con un suavísimo sonido. Esperaba días enteros sobre la garranchuela cubierta de nieve, más seguro que nunca de que, en este resplandeciente campo de blancura, Dios le sonreiría desde las alturas. Esperaba, esperaba, pensaba que si debía darse un nuevo nombre, éste sería «El que espera». La llovizna de la primavera deshizo la nieve y él fabricó frases en su mente: *al final de mi espera, ahí está el rostro de Dios... ¿Quién es mi ancestro? Alguien que es más seguro que todos.*

En su decimoquinto año en el monasterio recibió lo que él creyó ser la señal de Dios que había estado esperando. No llegó en forma de zarza ardiente ni árbol llameante. En realidad, no vino de la naturaleza, sino de las páginas de un breviario que encontró escondido bajo el catre de paja en el que solía dormir Grégoire. Hasta ese momento, el catre había sido mantenido como un altar sagrado: intacto, inmaculado, libre del contacto del cuerpo de cualquier otro durmiente, y completamente inexorcizado del espíritu de Grégoire, a quien Bernard a veces percibía rondándole durante la noche. Sin embargo, un nuevo prior llegó al monasterio esa primavera, trayendo consigo una estética de la eficiencia.

—Lo que cogemos, lo usamos —dijo cuando vio el catre tomando el sol de una ventana en la esquina. El prior asignó el catre a un novicio que recién llegaba y le pidió a Bernard que lo sacudiera concienzudamente para sacarle las pulgas.

Cuán redimido se sintió Bernard cuando encontró el breviario aplanado

en el suelo bajo el catre. Lo escondió bajo su camisa y se lo llevó a la orilla del río. Sentado con las puntas de los dedos del pie en el agua fría, abrió el breviario y aspiró el olor de la suave cubierta de la página de pergamino, lo bastante acre como para hacerle agua la boca. Aunque él estaba todavía un poco verde en cuanto a sus habilidades para la lectura, se las arregló para comprender los garabatos que quedaban resaltados en la cabecera de la página. Una historia de la Orden de los Predicadores, decía, «De Grégoire a su hijo Bernard». Como si estuviera sosteniendo en sus manos un libro con la historia de su vida, sintió que una oleada de pánico le atravesaba y quiso cerrar de golpe el breviario para esconder sus ojos de la luz cegadora del futuro. Tomó aire, y cuando su corazón ya no estaba en su garganta, empezó a leer:

No emplearé mi tiempo para abrazarte con palabras, hijo mío, pues estoy contigo en la carne mientras te escribo, y siento mi espíritu vinculado al tuyo ahora y para siempre. No sientas que me he ido cuando tomes este libro entre tus manos. Escribo para ti, para que entiendas mis errores como fraile de la Orden de los Predicadores, y así, con mi ejemplo, no repitas mis errores.

Yo era un joven de diecisiete años que vivía en Belpech, cuando el canónigo de Osma —en el reino de Aragón— dio un sermón a nuestra pequeña parroquia. En espíritu yo ya había entregado mi vida al sacerdocio, aunque no hubiera tomado los hábitos todavía. Mi padre había visto a mis dos hermanos mayores morir como soldados, ¿te das cuenta?, así que tomó gran cuidado de que mi educación me convirtiera en un hombre de paz de alto rango.

Descalzo y sin adornos, el padre Domingo de Guzmán, canónigo de Osma, era un perfecto modelo de humildad, y mi corazón se abrió a él cuando habló de la herejía que se extendía a lo largo y ancho de la región. En aquel tiempo, hombres y mujeres que se hacían llamar Buenos Cristianos vivían como monjes y monjas en conventos diseminados por las provincias, y con frecuencia eran protegidos por sus Señores, que construyeron grandes fortalezas muy por encima del nivel del suelo para defenderles. El padre Domingo sostenía que la herejía había empezado en parte como una reacción contra la falta de moderación de la Iglesia, y decía que una orden de frailes mendicantes —tan humildes en vestido y posesiones como Cristo— era necesaria para devolverles la costumbre de la verdadera fe a los habitantes de la región.

¿Cómo podía yo mirar a otra parte? Entonces me parecía que, si Cristo hubiera visto las riquezas que estaban amasando los obispos locales a costa de los campesinos, Él también se habría lanzado al camino, al campo abierto, a la gente, es decir, con un mensaje de humildad. Hice un voto de obediencia al padre Domingo y, con un grupo de legados del Papa Inocencio III, que sufragaba nuestra misión, nos esparcimos por la región, predicando la modestia que practicábamos.

Hubo algunos que nos dieron una cálida bienvenida y nos dieron alimentos con amabilidad y la mayor parte de ellos eran niñas, demasiado jóvenes para gastar

mucho en forma de diezmos y penitencias. Trajimos a algunas con nosotros al campo, cerca de Fanjeaux —un reducto de los herejes— donde formamos el convento de Prouille.

Poco después, uno de los legados papales fue asesinado junto a las orillas del Rhone. Como descubrimos después, Pierre de Castelanau, el legado, había excomulgado al Conde de Toulouse, el hombre más poderoso de la región. El Conde había intentado arreglar las cosas prometiendo que obedecería al legado, y sin embargo se había negado terminantemente a perseguir a los herejes de su tierra. Se decía que, durante una sesión de acalorada discusión, el Conde había amenazado al legado diciéndole que su ojo vigilante estaría sobre él dondequiera que fuese. Al día siguiente, el legado era asesinado. Aunque no estaba para nada claro que el Conde fuera el responsable del asesinato, el Papa Inocencio III le acusó de colusión, le volvió a excomulgar y llamó a una cruzada contra toda la región del sur. Algunos de nosotros nos retiramos al convento de Prouille con el Padre Domingo, pero casi todo el resto de legados regresaron desanimados a sus cargos anteriores.

El rey de Francia entonces era Felipe Augusto. Si bien él mismo no tomó la cruz, un grupo de nobles del norte —hambrientos por conquistar el territorio de los Señores infieles— marcharon al sur con sus batallones. El veintidós de julio del año de mil doscientos nueve, un ejército de fe rodeó la ciudad fortificada de Béziers, conocida por estar infectada de herejía. Tuvimos noticia de que el legado que lideraba la guerra había comandado los batallones hasta las puertas de la ciudad. «¡Máteles a todos, Dios reconocerá a los suyos!». Ni siquiera un par de ojos fue dejado parpadeando en Béziers, hijo mío. Aunque el Padre Domingo nunca dijo una palabra de reproche acerca del sirio, yo entonces le vi recogerse en sí mismo. Su misión había sido de humildad, y creo que sentía que había traicionado a los herejes a los que les había prometido una Iglesia compasiva.

Durante los veinte años siguientes, predicamos y rezamos por el Padre Domingo, mientras la guerra santa assolaba la tierra. Para el año mil doscientos veintiocho, todo el campo de Toulouse había sido quemado hasta las raíces, los viñedos arrasados, el ganado masacrado. El Conde de Toulouse imploró al Papa una negociación, y de acuerdo con el Tratado de Meaux, se le hizo abjurar no sólo de la persecución de herejes, sino también prometer a su única hija en matrimonio al hermano del Rey de Francia, entregando Toulouse y su diócesis a los poderes del norte después de su muerte. Como hombre de la Iglesia, me alegré bastante, pero como hombre de la región, cuyos ancestros habían trabajado su tierra tibia por siglos, rechazaba el tratado como no había nunca rechazado palabra escrita alguna.

La cruzada se había acabado, pero la herejía seguía viva en la comarca, y nosotros, los de la Orden de los Predicadores, fuimos llamados para liderar los esfuerzos para erradicarla una vez más. Mucho antes de que empezara la cruzada, el Papa Inocencio III había logrado que, por decreto, la herejía fuera considerada traición según la ley, reviviendo un antiguo procedimiento inquisitorial empleado por primera

vez en las cortes imperiales de Roma. Según este procedimiento, un juez podía iniciar una investigación contra un sospechoso por su propia iniciativa, mientras que en el procedimiento de acusación anterior, el juez tenía que esperar a que hubiera por lo menos dos acusadores antes de abrir un juicio. El Papa Inocencio III había refrenado primero a los obispos locales y luego a los señores responsables de la inquisición de los herejes, pero ninguno actuó con mucho vigor. En el año mil doscientos treinta y tres, terminada la cruzada, el Papa Gregorio IX escribió una carta encíclica a los priores y frailes de nuestra orden, convocándonos para liderar una inquisición general en el sur. Encargó a nuestro prior el nombramiento de dos inquisidores, y uno de los elegidos fui yo. Yo entonces era un hombre de cuarenta y tres años, amaba la paz y estaba poco preparado para cualquier cosa que no fuera la humilde predicación, aunque de joven hubiera estudiado algo de derecho romano y canónico antes de tomar los hábitos. Con la autoridad de la Santa Sede y el Rey de Francia amparándome, fui enviado a Toulouse, y fue ahí donde cometí los errores a los que ya he aludido. Presta atención, hijo mio. Presta atención y aprende del ejemplo de tu padre.

En la catedral de Saint-Étienne, donde tanto el Padre Domingo como tu tocayo, Bernard de Clairvaux, habían predicado su Palabra, me dirigí a una muchedumbre de ciudadanos resentidos de mi presencia. Yo anuncié que habría un periodo de clemencia, durante el cual todos los que eran culpables de traicionar la Verdadera Fe debían dar un paso adelante y confesar, y se les trataría con compasión. Sin embargo, después de siete días, yo ordenaría al clero de Toulouse la emisión de citaciones para los que eran sospechosos de herejía. Los nombres de los informadores no serían conocidos por los acusados, así que debían presentarse por su propia voluntad, pero con cautela, para no ser sorprendidos en el pecado de la falsa acusación. Cada sospechoso debía ser investigado e interrogado, y después encerrado en los calabozos de la iglesia mientras esperaba el juicio. Yo dije todo esto, lo dije, pero no fueron mis palabras las que fallaron, Bernard. Donde fallé fue en la forma en que las transmití, es decir, con voz trémula, con tal ardor, que pensé que en cualquier momento podía dejar de respirar. Estoy seguro de que mi hábito estaba empapado y que mi rostro estaba húmedo de la transpiración. Y lo peor, lo peor de todo para nuestra Madre Iglesia fue que no tenía fuego en mis ojos, no tenía el fuego de la convicción, y ¿cómo la iba a tener si no me creía capaz de llevar a cabo tales acciones? Nunca imaginé que mi llamamiento a la orden del Padre Domingo fuera no sólo para rezar, sino para investigar, enviar a prisión. Todo lo que mis ojos habían transmitido era melancolía y un extraño sentimiento de falta de fe y de deseo de recitar el padrenuestro de nuevo en soledad.

Más que unos pocos confesos y acusadores se presentaron esa primera semana, pero yo era lento llevando a cabo la investigación de los acusados. Procedía sin vigor, algunas veces sospechando falaces las acusaciones, nunca seguro de que había juntado suficiente prueba para abrir un proceso. En verdad, ahora creo que en realidad me acobardaba dictar sentencia contra un hombre. Se me había ordenado entregar al

brazo secular a todos los herejes sin esperanza de conversión, puesto que, a nosotros, los de la Iglesia, no nos correspondía administrar ningún castigo penitencial que acabara en derramamiento de sangre o muerte. Bernard, tú entiendes mi dilema, ¿o no? Nuestro Señor Jesucristo nos pidió que pusiéramos la otra mejilla, pero a mí se me pedía que devolviera el golpe; más que eso, que enviara hombres a prisión, si no a la muerte, y fingir que mis manos estaban limpias.

Mientras en Toulouse yo estaba atrapado en la inacción, mi colega inquisidor en Albi, el hermano Arnaud Catalan, llevaba un juicio contra una hereje muerta, y, puesto que había sido enterrada en tierra consagrada, ordenaba que su cuerpo fuera exhumado y quemado. La población de Albi se sublevó, le dio una paliza al hermano Catalan y le arrastraron por las calles hasta el Río Tarn mientras gritaban: «¡Fuera, librad a la tierra de este individuo! ¡No tiene derecho a vivir!». No necesito contarte cómo me afectó este incidente en Toulouse, hijo mio: no sólo me hundí en un miedo mayor de pasar a la acción, sino de que la gente de Toulouse empezara a oler en el aire la posibilidad de plantar resistencia.

Muy pronto, en octubre del año mil doscientos treinta y cinco, tan pronto como encontré el coraje para llamar a declarar a doce prominentes ciudadanos de Toulouse, me cayó encima una lluvia de opositores. Los cónsules de la ciudad me ordenaron que me fuera, y como no me apresuré en hacerlo, me arrastraron fuera tomándome de los pelos que todavía me quedaban en la cabeza. Te voy a confesar ahora, como le he confesado ya a Dios, que no me resistí a los hombres que me expulsaron. Caminé a su lado de buen grado mientras tiraban de mi cabello y de mis orejas, y aunque mi corazón estuviera afligido por la derrota, sentí cercana la paz del final, el final, es decir, el término de mi periodo de influencia como hombre. Me escondí durante un tiempo en Carcassonne, de donde, sin fuerzas, le envié la orden al clero de Toulouse de expedir una segunda citación a los sospechosos. Sin un inquisidor fuerte para defenderles en el lugar, el clero también fue apartado. Pronto los cónsules de Toulouse ordenaron a sus ciudadanos rechazar cualquier relación con cualquiera de nosotros, incluyendo al Obispo y sus canónigos. La Orden de los Predicadores fue oficialmente expulsada de la ciudad en noviembre, y la humillación de aquella derrota pública no fue nada en comparación con la humillación que sentí ante Dios. Si hubiera sabido entonces que mi error en Toulouse inspiraría una sarta de disturbios contra los inquisidores que vendrían la década siguiente, quizá habría cometido un enorme y nefando crimen contra mí mismo y contra Dios. Bendita sea nuestra falta de clarividencia cuando tomamos, entre los que se nos presentan, el camino equivocado, Bernard. Ojalá no tomes tú el camino equivocado por leer esta advertencia que aquí te hago.

Al leer esta carta te preguntarás por qué en todo el tiempo que tu padre pasó contigo nunca te habló de inquisición o de su responsabilidad particular en los actos de violencia demasiado frecuentemente cometidos contra sus futuros colegas inquisidores. La verdad es que no encontré ninguna razón para preocuparte acerca de

la herejía, pues desde mediados del siglo ha sido, si no un cadáver, sí un cuerpo agonizante en la región. Hay una razón más por la que me lo callé. Bernard, ni eres lo único sobre lo que no he dudado. Cuando te encontré a orillas del río, no vacilé ni un instante a tomarte en mis brazos. Mientras crecías, yo hablaba contigo y te enseñaba según me guiaba el corazón, ni más ni menos. Dulce niño, nunca me causaste ningún problema. Si no podía convencerme de contarte mis fracasos era porque quería que creyeras que tu padre era bueno, devoto y fuerte, y además contento con su vida. Quería que vieras más allá de mí, que tuvieras la oportunidad de no saber nada de la persecución, nada de los llamamientos a la justicia de la gente entre la que has vivido para investigarla, interrogarla y sentenciarla de ser necesario.

En verdad rezo para que en el momento en que tú leas estas palabras, la herejía sea desde hace mucho una cosa del pasado. Pero si no es así, hijo mío, y has elegido tomar los hábitos y se te llama al frente como inquisidor algún día, te digo que seas el brazo de la justicia que tu padre terrenal no tuvo el coraje de ser. ¿Habría aprobado el padre Domingo la sentencia de un hombre a prisión o a la hoguera? Era una pregunta que me hacía con demasiada frecuencia. Aquí, ahora, al final de mi vida, te digo que tienes que creer que él lo habría hecho, hijo. Quizá te sientas como un hipócrita, o peor, pero debes recordar que a veces es necesario que un hombre caiga para que otros no caigan más bajo. Observa al profeta Moisés como lo hacías cuando eras un niño. Déjale ser tu ejemplo. Él fue el primer inquisidor, y fue implacable. Siempre he pensado que tú seguirías el camino de su diligencia.

Adiós en Cristo, hijo mío. ¿De qué otro modo me puedo despedir de ti? Fuiste un niño a orillas de un río. En Cristo, adiós.

Bernard leyó la carta con el corazón latiéndole al ritmo de las palabras, hasta que los lobos empezaron a aullar y la luna se quedó dormida a baja altura en el cielo azul y negro. Se puso de pie, se alejó de la ribera y galopó a través del frío de la noche hasta el monasterio, preguntándose qué había querido decir Grégoire al llamar a Moisés el primer inquisidor. Se metió el breviario bajo la camisa y lo apretó, ardiente, contra la piel de su barriga. Si hubiese podido empujarlo a su interior, entonces lo habría hecho. Aunque no había entendido por completo su contenido, supo que era tan vital para él como la sangre que recorría su cuerpo.

Desde ese día, Bernard siguió sus estudios con el único propósito de prepararse para ser un inquisidor. A sus diecisiete años, ya había entrevistado a casi todos los frailes del monasterio acerca de la historia de la Inquisición. A los dieciocho, tomó los hábitos como un hombre de su edad podría tomar a su primer amor, es decir, de manera apasionada, con asombro y miedo y cuanto misterio divino se abría antes sus ojos. Después de un año de noviciado, se presentó al prior principal de todos los Dominicos y juró

solemnemente: «Yo, Bernard, hago de Dios mi profesión y le prometo obediencia, y a la Virgen María, y al bendito Domingo. Y juro ser te obediente a ti, Hermano, maestro de la Orden de los Predicadores, y a tus sucesores, hasta la muerte». El asunto de su herencia pasó al olvido cuando el éxtasis de volverse uno con la Orden de los Predicadores inundó su mente.

Se le envió a Figeac para estudiar lógica durante un año, y luego a Bourdeaux para estudiar filosofía: Aristóteles, Alberto Magno, Tomás de Aquino, pensadores cuyas palabras albergaba en su mente junto a las enseñanzas del breviario que guardaba bajo el hábito, como flechas que algún día colocaría en el arco. Después de una designación de dos años en la escuela de su vicaría, en Brive, durante la cual enseñó lógica, regresó a Limoges para estudiar teología, y su alma se estremecía de expectación. Fue entonces cuando leyó por su cuenta los Antiguos Libros de la Escritura y escuchó largas lecciones sobre las vidas de los grandes patriarcas: Abraham, Isaac, Jacob, Moisés.

Moisés. Devoró los libros acerca del profeta como si fueran carne fresca. En el Éxodo, leyó sobre cómo Moisés había vuelto la espada contra su propia gente cuando hicieron un becerro de oro fundido y lo adoraron a él en lugar de al Señor.

—*Así lo dice el Dios de Israel, nuestro Señor* —les decía Moisés a los hijos de Leví—. *Que cada hombre tome su espada y vaya de un lado a otro, de una puerta a otra, a través de la multitud acampada, y que cada hombre mate a su hermano, y a su amigo y a su prójimo.*

Veinte mil tres judíos murieron durante ese día. Bernard apuntó en número en un trozo de pergamino que mantuvo doblado en el interior del breviario. Junto al número, apuntó la palabra: «implacable».

En el Levítico, leyó los decretos de Moisés para los hijos de Leví, hechos para proporcionar ayuda a los sacerdotes judíos. Si un hombre maldecía a su madre o a su padre, debía ser ejecutado. Si un hombre cometía adulterio con la esposa de su vecino, tanto él como la adúltera debían ser ejecutados. Si un hombre yacía con la esposa de su padre, tanto él como la esposa debían ser ejecutados. Si un hombre yacía con un hombre de la misma forma en que lo haría con una mujer, ambos hombres debían ser ejecutados. Si un hombre poseía a su mujer y también a la madre de ésta, todos debían ser quemados en la hoguera. Si un hombre yacía con un animal, ambos debían ser muertos. Y si un hombre leía el futuro o hacía magia, debía ser lapidado hasta la muerte, y su sangre vertida sobre él mismo.

Finalmente, al leer el Deuteronomio, Bernard entendió por fin por qué Grégoire había llamado a Moisés el primer inquisidor. Según la ley que Moisés estableció para la gente, ellos —como un tribunal inquisitorial— debían inquirir diligentemente cuándo un hombre o una mujer era

sospechoso de transgredir su pacto de Dios. Con la prueba de al menos dos testigos, el sospechoso debía ser lapidado.

—Las manos de los testigos deben ser las primeras en matarle —decía Moisés—. Y después, las manos de toda la gente.

Bernard se estremecía, intentando no imaginarse a María Magdalena, perseguida por una turba de ciudadanos listos para apedrearla. No, no podía dejar que la imagen de su rostro asustado se fijara en su mente, ni el sonido de la amonestación de Jesús de que, entre ellos, el que no hubiera pecado arrojase la primera piedra. Moisés había establecido la ley por una razón, se dijo a sí mismo, y la firmeza de ésta había salvado al pueblo —el pueblo de Jesús— de borrar toda la bondad de la tierra.

Cuando Bernard tenía treinta años, se le asignó el cargo de lector en Limoges y, durante el otoño de ese año, oyó la noticia de que la herejía había posado su mirada sobre la región una vez más. Estaba en el refectorio del monasterio, bebiendo agua de un cubo con un cucharón, con los ojos cerrados para no tener que contemplar su propio reflejo, cuando oyó tras él a un fraile hablando con voz aguda.

—Ha regresado —decía el fraile—. He oído que en Albi. Hay un puñado de herejes en ese lugar.

Bernard dejó que la cuchara se hundiera en el agua. Tragó, y se volvió hacia el hombre que había hablado, uno de los novicios, un joven bajo y rechoncho que acababa de regresar de un peregrinaje por el sur. Bernard se llevó un dedo a los labios, ordenándole en silencio al joven que bajara la voz. Cuando regresó al cubo, toda la tensión que había en su cuerpo se le fue al suelo. Lo que había estado esperando por fin había mostrado su rostro, y estaba preparado a pelear por ello como ningún otro joven fraile en la orden.

Unos días después, un fraile de alto rango, de nombre Nicholas d'Abbeville, fue nombrado Inquisidor de Carcassonne, de donde partirían los esfuerzos contra la herejía en la región. Bernard acudió inmediatamente al prior de Limoges y le pidió ser relevado de sus deberes como lector asistente.

—Padre —dijo, dedicándole una profunda reverencia al prior, un anciano larguirucho con ojos pacientes y astutos, que estaba escribiendo una carta en su escritorio. Bernard bajó la mirada en señal de humildad—. Mi aprendizaje en este lugar ya no es de interés para el monasterio.

El prior se mantenía en silencio. Bernard levantó la vista hacia él. El prior dejó la pluma y juntó las manos.

—Es verdad —dijo— que tus sermones a los jóvenes novicios no son de lo más inspirado. —Hizo una pausa, como reconsiderando su última afirmación—. Aunque nadie se ha quejado de aburrimiento.

—Padre —dijo Bernard.

El prior levantó un fino dedo.

—También es cierto que has avanzado notablemente en tus estudios... aunque un erudito no es necesariamente un buen predicador.

—Padre —repitió Bernard.

El prior levantó su dedo una vez más.

—Ya, ya —dijo—, puede que éste sea tu problema —aprobó sus propias palabras—: falta de paciencia. Hay demasiadas cosas en tu cabeza. —Se dio unos golpecitos en la coronilla—. Si quieres ser de mayor utilidad al predicar, debes olvidarte de tu mente de vez en cuando. Ábrete y déjate conmover por el Espíritu.

Bernard sintió que su respiración se aceleraba. Vio que el prior volvía a tomar la pluma.

—Me he dejado conmover, padre —dijo.

El prior le miró desde su página, sonriendo ligeramente.

—La Inquisición —dijo Bernard— es muy... —Quiso decir que tenía importancia dentro de sus pensamientos, pero sintió que sus manos se aferraban a su pecho, al lugar situado sobre su corazón.

—Quieres ir a Carcassonne —dijo el prior, regresando a su página. Hundió la pluma en el tintero—. Quedas relevado de tu cargo, entonces. Ve.

Carcassonne se levantaba imponente, dominando el río Aude. A la distancia, sus torretas y fortificaciones parecían tan numerosas que Bernard temía ser tragado si se acercaba demasiado. Había averiguado que, en tiempos de las cruzadas, Carcassonne había servido como refugio para los herejes. Tanto eran los que habían atestado el espacio entre sus muros, que el calor y el hedor se habían vuelto insoportables. Se había acabado la comida, las enfermedades se propagaban rápidamente. Cuando los cruzados alcanzaron Carcassonne después de la masacre de Béziers, dudaron de su capacidad para tomar la ciudad y propusieron un acuerdo: a los herejes se les perdonaría la vida si se marchaban llevándose consigo sólo sus pecados. Bernard contuvo la respiración al pasar por una de las puertas de la ciudad, como esperando que un hereje enloquecido por la enfermedad se abalanzara sobre él.

El Inquisidor, Nicholas d'Abbeville, fue cauteloso con Bernard desde un comienzo y se negó a que él se encargara de los procesos que ya se llevaban a cabo contra muchos acusados de herejía. Sin embargo, decidido a convertirse en aprendiz del Inquisidor, Bernard pasaba largas horas en la torre, metido entre los archivos que se habían acumulado durante todo el siglo. Estos archivos fueron su educación en métodos de inquisición, y además en las

formas y variaciones de la herejía misma. Al examinar la colección de libros en la torre —entre ellos el muy útil *De auctoritate et forma Inquisitionis*, acerca de la práctica inquisitorial y de los peregrinajes impuestos a los penitentes—, Bernard se dio cuenta de que no había todavía ninguno que se centrara en las herejías mismas. Sin entender bien en qué empresa se estaba embarcando, empezó a recorrer afanosamente los archivos, pluma en mano.

Aparte de los hechiceros, adivinos y judíos que se habían convertido al cristianismo y luego habían reincidido, los herejes que Bernard estudiaba encajaban en tres categorías. En primer lugar, había unos que se hacían llamar los Hombres Pobres de Lyon. Tenían un feroz desprecio por la autoridad eclesiástica, y se consideraban los verdaderos sucesores de los apóstoles, con capacidad de comunicación directa con Dios. Estaban fascinados por el estado de pobreza y predicaban la castidad a sus seguidores; no obstante, abogaban por el matrimonio para los que ardían de lujuria.

En segundo lugar, estaban los que otros inquisidores habían llamado «Falsos Apóstoles». Estos herejes seguían una doctrina confeccionada por un tal Gerard Segarelli de Parma, que aconsejaba a sus discípulos vivir en la obediencia de nadie excepto de Dios. El poder que Cristo había legado a los apóstoles, creían ellos, había sido transferido a este Gerard Segarelli, no a la Iglesia Católica, a la que llamaban «la gran puta de Babilonia». Predicaban que sólo ellos tenían la autoridad para anular contratos matrimoniales y que nadie fuera de su secta podía tener la esperanza de alcanzar la salvación. Aunque iban por la vida fingiendo ser tan inocentes como los santos —cantando en los caminos y recitando el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo—, viajaban con mujeres a las que llamaban «*sorores in Christo*».

—Estos miserables —escribió Bernard en su cuaderno— se van a la cama con sus «hermanas en Cristo», afirmando con mentira y falsedad que las tentaciones de la carne no les abrumen.

Finalmente, los herejes mejor representados en los archivos se hacían llamar —cuando lo confesaban— Hombres Buenos o Mujeres Buenas, o, más comúnmente, Buenos Cristianos. Para describir metódicamente los principios de su ideología, Bernard hizo una lista de sus prácticas específicas: «Celebran la cuaresma más de una vez al año. Se abstienen de comer cualquier cosa que venga de la reproducción animal. Los hombres no se permiten tocar a las mujeres. Tienen la curiosa costumbre de hacer continuamente reverencias y pronunciar palabras como ¡Benedicite! Los Buenos Cristianos rezan a Dios para que nos evite una mala muerte y nos lleve a un buen final. Se niegan radicalmente a prestar juramentos. Quieren que se les reconozca como los sucesores de los Apóstoles. Se mofan de los Sacramentos de la Iglesia, en particular de la Sagrada Eucaristía, que niegan que pueda ser el cuerpo de

Cristo porque, dicen, incluso si fuera tan grande como una gran montaña, los Cristianos ya se lo habrían comido todo. Creen en la creación original de todo lo inmaterial por Dios y en una segunda creación de lo material por Satán. Reivindican que Cristo nunca se hizo carne y, por ende, que nunca murió en la cruz ni se alzó de entre los muertos. Se refieren a la Iglesia Católica como “la ramera” y “la iglesia del Demonio”. Finalmente, prefieren identificar su secta con la auténtica Santa María, que da a luz niños espirituales».

Estos herejes, Bernard lo sabía, eran los hombres y mujeres que habían perseguido a Grégoire en Toulouse sesenta años antes, y por ello los herejes a los que odiaba por encima de todos los demás.

Cuando terminó un borrador de ochenta páginas del tratado sobre la herejía en sus múltiples formas, se lo presentó a Nicholas d’Abbeville, esperando que de ese modo se ganaría la confianza del Inquisidor. Sin embargo, fue degradado al mismo lugar que tuvo al llegar a Carcassonne. El Inquisidor confiscó el manuscrito y ordenó a Bernard interrumpir todas sus actividades de investigación, tildándole de «prácticamente un novicio», sin nada del refinamiento científico requerido para cumplir una misión tan sagrada como diferenciar la verdadera fe de la blasfemia.

—Mi buen novicio —dijo el Inquisidor con el manuscrito guardado bajo el brazo y una sonrisa en el rostro—. Tienes un concepto de ti mismo muy elevado. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo, mirando de nuevo a Bernard—. Si quieres ser útil —le dijo—, baja al sótano. Ahí es demasiado oscuro para leer y escribir, y puede que infundas alguna sensatez a los herejes —dijo con risa contenida—. Jean Maulen es particularmente difícil. Se niega incluso a confesar.

Esa tarde, Bernard siguió al carcelero al sótano, negro y asfixiante como una tumba. Al avanzar por un largo corredor, oyó el sonido que hizo que su corazón casi se le saliera del pecho. Era un sonido humano, el sonido de voces gimiendo y lamentándose y dando alaridos. Quiso dar la vuelta, sintió que no podía respirar.

—Por favor —le dijo al carcelero—, esto me enferma.

El carcelero sostuvo en lo alto su lámpara de aceite para mirar a Bernard a los ojos.

—Me pareces bastante sano —le dijo después de un rato; luego siguió caminando pesadamente hacia la oscuridad que se veía delante.

Atravesaron varias puertas, y los sonidos humanos eran tan fuertes y cercanos, que Bernard los sentía vibrar sobre su piel como moscas. Todo su cuerpo le picaba.

—Aquí está —dijo el carcelero, deteniéndose frente a una puerta. Tomó

un juego de llaves de su bolsillo e insertó una en la cerradura. Bernard sintió que un líquido se le agolpaba tras la lengua. Tragó.

—Esperaré aquí —dijo el carcelero. Le pasó a Bernard la lámpara de aceite y abrió la puerta—. No te preocupes. No puede moverse.

Bernard sostuvo la lámpara de aceite frente a él y se metió en la minúscula, estrecha celda. Inmediatamente estuvo tan abrumado por la fetidez de heces humanas y orina, de bilis, de hongos, de muerte, que tuvo que detenerse y taparse la boca. Oía un líquido goteo proveniente de las vigas del techo. Regresó a la puerta, sosteniendo la lámpara para asegurarse de que el carcelero seguía ahí.

—Por favor —escuchó desde atrás—. Por favor. Ahora. Por favor.

Levantó la lámpara en dirección al origen de la voz, y vio yaciendo en el suelo, apoyado contra la pared del fondo de la celda, a un hombre vestido con lamentables harapos. Jean Maulen. Demacrado y exhausto, miraba con los ojos entrecerrados la luz de la lámpara, con una expresión de desesperación en su boca abierta, sus manos y pies desnudos en grilletes de hierro. Estaba rodeado de asquerosas deposiciones. Sus propios excrementos, Bernard advirtió.

—Por favor —gimió el hombre—. Por favor, ahora.

Bernard se acercó un paso, consumido por el hedor. Levantó la lámpara para observar el oscuro rostro barbudo del hombre y vio que uno de sus ojos estaba obnubilado por infección y que lo que le quedaba de dientes en la boca no eran más que restos podridos. Había costras en su cara y sangre seca en las comisuras de su boca.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Bernard en un susurro.

Jean Maulen alzó ligeramente su cabeza del suelo, sus ojos se abrieron de sorpresa, como si no se hubiera dado cuenta todavía de que alguien a quien nunca había visto había entrado a la celda. Dejó que su cabeza cayera de vuelta al suelo.

—Morir —gimió él suavemente—. Me mantienen vivo aquí y les he rogado. Se lo ruego. Por favor. Por favor. Ahora.

Bernard se arrodilló.

—No quiero que sufra.

El hombre lloró con mayor libertad.

—Gracias —respondió. Su aliento era asqueroso.

—Pero usted debe confesar su falta.

El hombre soltó un quejido y su rostro se volvió hacia la sombra.

—Confiese y su sufrimiento se acabará —dijo Bernard—. La Iglesia es su madre. Compasiva y atenta.

El rostro de Jean Maulen giró hacia Bernard.

—Usted es igual que el resto. No tiene compasión en absoluto.

Durante más de una semana, Bernard regresó a diario a la celda de Jean Maulen, intentando con todo su corazón y su cerebro impulsar al hombre a la confesión y a la conversión. Al principio, confió en la lógica que había aprendido en Figeac, y cuando ya no tuvo efecto, echó mano de los argumentos filosóficos más sutiles que había aprendido en Bourdeaux. Finalmente, amenazó al hombre con las leyes de Moisés, aseverando que Moisés lo habría hecho lapidar por sus pecados, pero ese método fue incluso menos efectivo, pues Jean Maulen acusó a Bernard de no seguir las leyes al permitir que un pecador viviera.

Una noche, en la privacidad de su habitación, Bernard volvió a leer la carta que Grégoire le había escrito. Ahora encontró la falta de convicción del anciano frente a la herejía, tan repugnante, que sus intestinos no dejaron de moverse y no le dejaron dormir. Al amanecer, ordenó al carcelero privar a Jean Maulen de agua por dos días. Al final del segundo día, entró en la celda y sacudió a Jean Maulen para despertarle con la suela de su sandalia.

—Arrepiéntase —dijo con firmeza—. Arrepiéntase y su cuerpo no conocerá más la sed.

Jean Maulen levantó la vista hacia él. Se lamió sus secos labios, luego volvió su rostro hacia la pared. Ni siquiera pidió agua, y Bernard supo que estaba intentando facilitarse el camino a la muerte.

—Tráiganle agua —gritó Bernard hacia el corredor. Cuando el carcelero trajo un balde, Bernard empezó a darle cucharadas de agua en la boca con su propia mano.

—Beberá —decía él una y otra vez. Iba a salvar el alma de este hombre de una u otra forma.

A la mañana siguiente, el carcelero condujo a Bernard a una celda vacía antes de llevarle donde Jean Maulen. En el centro de la celda se levantaba una complicada pieza de maquinaria que —decía el carcelero— los inquisidores de antaño habían empleado para forzar a los herejes a confesar. El artilugio consistía en un marco triangular con un rodillo en cada extremo. El carcelero le explicó que el hereje en cuestión era sujetado a los rodillos por las muñecas y los tobillos, y que las articulaciones de sus miembros se estiraban hasta que indicaba su voluntad de confesar.

—Causa intenso sufrimiento, hermano —dijo el carcelero—. Ninguna otra forma de tortura tiene el mismo efecto.

Juntos, Bernard y el carcelero fueron donde Jean Maulen, le liberaron de los grilletes y le llevaron a la celda del artilugio. Le colocaron en la estructura y amarraron sus muñecas y tobillos a los rodillos.

—Se va a arrepentir —dijo Bernard—, o cada hueso en su cuerpo traicionará su voluntad.

Jean Maulen no hizo más que gemir.

Bernard ordenó al carcelero tirar hacia atrás de los brazos del hombre. El carcelero hizo lo que se le ordenaba, haciendo que el pecho de Jean Maulen se arqueara hacia arriba.

—¿Cuál es tu fe? —le preguntó Bernard.

Jean Maulen permaneció en silencio.

Bernard dio al carcelero la orden de estirar las piernas del hombre. La cadera de Jean Maulen subió dando tumbos, como si su espalda se hubiera quebrado.

—¿En qué consiste ser un buen Cristiano?

Jean Maulen no contestó. Se mordió el labio y Bernard tiró de las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Jean Maulen empezó a temblar, su rostro rojo y sudoroso. Bernard vio que la sangre le manchaba los dientes, acumulándose en su labio inferior.

—Arrepiéntase —dijo Bernard. Intentó estirar más las piernas del hombre y del tirón quemó sus dedos con las cuerdas—. ¡Arrepiéntase! —gritó otra vez como echando una maldición. Sujetó la cuerda con mayor firmeza y tiró de ella hacia abajo.

Jean Maulen emitió un sonido de lamento, que brotó no de su boca, sino de algún otro lugar en su cuerpo, como un alarido contenido en el pecho. Bernard cayó en la cuenta de que el prisionero no le iba a conceder ni siquiera el placer de oír su grito de angustia. Soltó la cuerda y casi le da una patada a Jean Maulen.

—Suéltele —murmuró al carcelero, retirándose a la negrura infernal del corredor.

Cada día que había abandonado a Jean Maulen sin salvarle, Bernard había sentido que su propio corazón sangraba. Ahora sentía que la herida en su corazón era demasiado profunda para ser curada. No había esperanza de convertir al prisionero, ninguna razón para mantenerle vivo. Al día siguiente, fue a verle a la celda, pero su propio corazón estaba tan endurecido que no pudo decir palabra. Clavó la vista en los ojos entrecerrados de Jean Maulen y sintió como si estuviera mirando a un hombre muerto, a alguien que ya había enviado al Infierno.

Ese mismo día, se acercó al Inquisidor en su estudio privado y le dijo que creía que Jean Maulen estaba más allá de toda esperanza de ser salvado. Por primera vez el Inquisidor le miró sin una sonrisa irónica.

—¿Crees que se le debe entregar al brazo secular? —le preguntó.

Bernard recordó el Deuteronomio y la ley que Moisés había establecido.

—Usted debe dar a la gente un ejemplo de cómo se empleará la justicia —

le dijo al Inquisidor—. Debe dar una prueba de sus propósitos.

El Inquisidor palideció y Bernard se dio cuenta, en un instante, de que se había vuelto superior a ese hombre. Él tenía las agallas de la convicción, las agallas para matar, y el Inquisidor no.

Dos días después, Jean Maulen fue entregado al brazo secular. A la mañana siguiente, Bernard vio cómo erigían un entarimado en la plaza. Sacaron a Jean Maulen con la desteñida luz del anochecer. Se veía exhausto, pero tranquilo, mientras le llevaban a un grueso poste en el centro del entarimado y le hacían mirar al oeste, en lugar de al este, una dirección más sagrada. Sus tobillos, rodillas, cadera, cintura y pecho fueron amarrados al poste con cuerdas. Luego su cuello fue fijado con una cadena y se le rodeó de haces de leña que le llegaban hasta la barbilla. Era misericordioso, pensó Bernard, que su cuerpo se hubiese escondido de la multitud de gente reunida alrededor, una multitud sorprendentemente callada y silenciosa en espera de la misa.

El Conde, que estaba supervisando la quema, avanzó y preguntó en voz alta. «¿Por última vez, hombre, te vas a arrepentir?».

Jean Maulen miraba para otro lado desde detrás de la leña. Parecía mirar más allá de la multitud, ni siquiera parpadeó en respuesta al Conde, que se retiró y dio una palmada. La concurrencia soltó un grito sofocado, y los verdugos, que se habían quedado de pie a los lados con sus antorchas, se acercaron al entarimado. Prendieron fuego a la base de la montaña de leña y el este rápidamente se extendió. Jean Maulen miraba hacia lo lejos tranquilamente. Por un instante Bernard se preguntó si había confundido a un santo con un hereje. Recordó las palabras de Cristo en la cruz: «*Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen*». Juntó las manos y se las apretó contra los labios. *Perdóname, Padre, porque no lo sé. No lo sé.*

Jean Maulen cerró los ojos. Sus facciones se contrajeron y luego abrió la boca en un aullido silencioso hasta que las llamas le abrasaron y no había ya ninguna boca que ver. La muchedumbre empezó a gritar en protesta, y Bernard dirigió su mirada al cielo que había sobre todos ellos, ahogado por el humo. Por primera vez en su vida le dio la impresión de que Dios no estaba por ninguna parte.

Sabía que tenía que dar con los herejes antes de que fueran encarcelados, antes incluso de que se hubieran comprometido con la herejía con sus ritos blasfemos. Le dijo a Nicholas d'Abbeville que necesitaba su manuscrito, y el Inquisidor se lo entregó sin objetar nada. Una mañana de primavera, temprano, antes de que el sol hubiera extendido su luz, Bernard abrazó el

manuscrito y el breviario de Grégoire y salió de Carcassonne. Iba a hacer un viaje en homenaje a Santo Domingo, se dijo, un viaje de sencilla prédica a los hombres y mujeres que más necesitaban oír la palabra de Dios.

Durante seis años pateó los polvorientos caminos entre Limoges, los viñedos costeros de Bourdeaux y los Pirineos. Durante seis años predicó en paz y escuchó el susurrar de la herejía en el aire. Entonces, en su séptimo año, rodeó el Condado de Foix, cuando se encontró con una comarca recientemente sembrada de ideas heréticas. Al predicar en la plaza de Ax-les-Thermes acerca de la resurrección del cuerpo, fue interrumpido por un pelirrojo de piel cetrina que dio un paso delante de la multitud.

—Si no le importa, hermano —dijo el hombre—, me tiene en una terrible confusión.

El hombre se sujetaba la barbilla con la mano.

—¿Qué te ha confundido? —preguntó Bernard.

El hombre dejó escapar un ligero tarareo.

—¿Algo que dije acerca de la resurrección del cuerpo, quizá? —sugirió Bernard.

El hombre asintió. Se soltó la barbilla, señaló con el dedo a Bernard y abrió la boca como para hablar. Luego dejó caer el dedo y negó con la cabeza.

—Algo de eso —murmuró. Volvió a tomarse la barbilla.

—Quizá hayas oído que sólo el alma resucita —dijo Bernard.

El hombre tarareó otra vez.

—Según usted —dijo—, el alma es el cuerpo. Porque no abandona a éste después de la muerte.

Bernard se mordió la lengua para no corregirle. Quería que continuara.

—Pero eso no es lo que he escuchado de otros —el hombre negó con la cabeza—. No, no. Ellos tienen un montón de ideas acerca del alma y lo que le pasa con la muerte, pero ninguna como esa.

—¿Y quiénes son ellos? —preguntó Bernard.

—¿Ellos? —repitió el hombre. Abrió los brazos.

—Algunos de aquí, otros de allá, nadie en particular. Cada uno tiene sus propias ideas.

Se escucharon cuchicheos entre la multitud situada tras él y muchos aldeanos se fueron. El hombre miró por encima del hombro a los aldeanos que quedaban, y después otra vez a Bernard.

—Pero le advierto —dijo con los ojos bien abiertos— que las ideas de todo el mundo no son *mías*.

—Claro —dijo Bernard—. Por supuesto que no.

Muchos más aldeanos se fueron, de manera que quedaron sólo cinco o seis, incluyendo al hombre, que seguía de pie al frente. Bajó la vista a su zapato y le dio una patada a un guijarro.

—Si le cuento —dijo él—, ¿no me pasará nada malo, o sí?

Bernard pensó por un momento.

—¿Pasarte algo malo? ¿Por qué? —preguntó finalmente.

El hombre se embutió las manos en los bolsillos.

—Algunos dicen que el alma es como el hogar de la cocina —empezó él—, que escapa como humo cuando el cuerpo muere, a través de la chimenea de la garganta, y llega hasta el cielo.

Bernard asintió.

El hombre continuó.

—Algunos dicen que el alma es simplemente sangre. Si le cortas la cabeza a un ganso —lo ilustró con un gesto de sus manos— la sangre se esparce y la vida se pierde. El alma se va y ya está. No hay resurrección ni nada.

Bernard asintió una vez más.

—Algunos dicen que la última exhalación de un hombre es el alma que se escapa —dijo el hombre. Pronunció «el alma que se escapa» de manera lenta y entrecortada, como si estuviera contando historias de fantasmas—. Esta alma vuela a través de la noche hasta que encuentra un nuevo cuerpo en el cual entrar.

—Un nuevo cuerpo —dijo Bernard.

—Así es —respondió el hombre, rascándose la mejilla.

—Un granjero que tiene trigales me contó que un alma sin pan no es en modo alguno un alma... Las almas mueren cuando mueren los suministros de pan. Y por eso los granjeros de cereales cosechan almas y son casi tan sagrados como los frailes. —El hombre de repente pareció adolorido. Se le arrugó la frente—. Le advierto, esta idea no es mía.

—Por supuesto que no —dijo Bernard.

El hombre se rascó la mejilla una vez más. Parecía querer decir algo más.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Bernard.

El hombre se mordía las redondeadas puntas de los dedos.

—Hay una cosa más —dijo—. Pero es tan terrible que no pensaría en decirla delante de usted.

Bernard sentía que le picaba la base del cuello.

—Librarte de ello te purificará —dijo.

El hombre asintió, luego bajó otra vez la vista hasta la punta de su zapato.

—Dicen que todo cuerpo, que todos y cada uno de los cuerpos, están hechos por... No pudo continuar.

Bernard esperó. El hombre se echó para atrás.

—Que se hacen follando —dijo al fin—. Es lo que dicen. Hechos por cuerpos que folian y cagan. Dicen que Cristo no resucitó en el cuerpo porque no tenía cuerpo, porque no pudo haber sido creado como todos los cuerpos han sido creados. —Se echó otra vez para atrás—. F follando, eso es —susurró

—. Por cuerpos que cagan y luego folian.

Nadie emitió el menor sonido. Bernard sintió que el estómago se le revolvió, como si estuviera enfermo.

—¿Cómo puede el cuerpo ser el alma —dijo el hombre— si Cristo era pura alma y no tenía cuerpo? Negó con la cabeza y volvió a cogerse la barbilla. —No, no. Me tiene completamente confundido.

Después de convencer al hombre y a sus compañeros de que el alma no era el cuerpo, pero que Dios había creado a la humanidad en la carne y a su propia divina imagen, Bernard llamó aparte al hombre. En el nombre de Jesucristo y su muy Santa Iglesia Católica Romana, le persuadió a revelar los nombres de los que habían propagado falsos rumores acerca del alma. Aunque en sus viajes nunca había tenido la intención de confeccionar una lista de sospechosos para interrogar algún día, ahora sintió como si estuviera siendo guiado a hacerlo, tanto como alguna vez había sido guiado a descubrir el breviario que determinaría su destino.

Cuando Bernard entrevistaba a la población de Ax-les-Thermes, el nombre que se mencionaba una y otra vez era el de Authié, de los «hermanos Authié». Parecía que el mayor de los hermanos, un antiguo notario de Ax y por ello un hombre educado, había viajado a Lombardía, donde fue convertido por los herejes en el exilio. Él a su vez había convertido a su hermano, y los dos iban de aldea en aldea por toda la región montañosa, predicando el mensaje de Satán disfrazado de humildad.

Un día, Bernard interrogaba a un grupo de aldeanos en Ax-les-Thermes en el exterior de la taberna. Preguntaba si alguien había visto a los hermanos Authié últimamente, y se le respondió con un sonoro «¡No, Hermano!». Cuando todos los aldeanos se hubieron dispersado, vio a una niña de pie junto a la carretilla de un vendedor de especias. Tenía once o doce años como mucho, tímidos ojos castaños y una piel blanca como la leche. Su cabello estaba peinado como el de una ramera, aunque ella no se comportaba como si estuviera vendiendo su cuerpo. Después de quedarse mirando a Bernard por un rato, se acercó a él con cautela.

—Dicen que esos hermanos han ido a Montaignou.

Bernard se quedó tan impactado de que la niña hubiera hablado, que tardó en entender lo que había dicho.

—¿Montaignou? —repitió él.

Ella asintió ligeramente.

—Montaignou —repitió. Se sonrojó—. Allí vive un párroco malvado.

Bernard se le acercó; parecía haberse puesto tensa.

—Háblame del párroco —dijo lentamente.

—Él... —comenzó. Luego bajó la vista y sacudió la cabeza—, él es bajito.

La niña sostuvo su mano a la altura de su cabeza.

—Es pequeño para ser un hombre. Y hace lo que se supone que los sacerdotes no deben hacer.

Bernard quiso preguntarle si el párroco había atentado contra la castidad, pero temía ofender a la niña.

—Se acuesta con niñas —dijo ella—. Mujeres, quiero decir. Rameras. Lo hace en la taberna. Y se supone que los párrocos no deben hacer eso para nada.

Miró el hábito de Bernard de arriba a abajo.

—¿O sí, Padre?

Bernard negó con la cabeza.

—No —respondió—. No, niña. No deben.

Creyó ver brotar lágrimas en los ángulos de sus ojos. La niña asintió, después le dio la espalda y se alejó.

—Espera.

Ella volvió a mirarle.

—¿Protege este párroco a los herejes, a los hermanos Authié?

Ella se encogió de hombros, reanudando la marcha.

—¡Tu nombre! —gritó Bernard tras ella. Si algún día tenía que llevar al párroco a juicio, podía confiar en esta niña como testigo, o bien para pedirle que le proporcionara los nombres de otros testigos.

Ella volvió a mirarle, pero permaneció en silencio.

—Voy a rezar por ti. Pero para eso necesito tu nombre.

Ella se quedó congelada, luego asintió.

—Mondinette. Mondinette de Ax-les-Thermes.

Al día siguiente, Bernard le pagó a un niño del lugar para que le guiara montaña arriba hasta que pudiera verse Montaignou. Era un brumoso domingo azul, y mientras trepaba el empinado sendero, atravesando bosques de abetos y robles, respiró el aliento de la lluvia por venir e intentó calmarse. El chaparrón llegó en torrentes, y él y su guía se refugiaron bajo las ramas goteantes de un pino. Cuando por fin escampó, continuaron por un paso cubierto de maleza y luego entraron a una meseta fresca y tranquila. Más allá de una extensión de empapados campos de trigo, distinguió, a través de la blanca niebla del día, una fortaleza en lo alto de un otero verde y, bajo ella, un mosaico de casas apiñadas.

Una vez solo, se dirigió al vacío sendero de la aldea, viendo las chimeneas humeando en la pendiente. Rodeó una esquina junto a la capilla y entró a una plaza desierta. Una mujer trabajaba de rodillas en un jardín cercano, mientras

un perro le ladraba al oído. Ella despachó de un manotazo al perro, que corrió en pequeños círculos antes de alcanzar a verle. El perro se abalanzó sobre él, ladrando mientras saltaba poniendo las patas sobre su hábito. Él las apartó con suavidad. La mujer del jardín le observó, limpiándose la nariz con el dorso de su mano terrosa. Él saludó con un gesto, luego notó que otra mujer le estaba mirando desde una casa adyacente. Pronto se dio cuenta de que estaba siendo observado por todas partes.

Con el perro rondándole, caminó hacia el olmo en el centro de la plaza. Sus ramas se extendían en todas direcciones, creando una catedral natural. Esperó, y antes de que pasara mucho tiempo, varios aldeanos vinieron a darle la bienvenida. Dos mujeres le trajeron barras de pan como ofrendas y él las bendijo en agradecimiento. Si no había predicado desde el corazón a los novicios cuando era un joven lector asistente en Limoges, ahora sí que lo haría. La Iglesia, su madre, dependía de su prédica. Él no la defraudaría, ni dejaría sola esta aldea hasta que los crímenes de su gente hubieran sido revelados y expiados.

CAPÍTULO OCHO

Fabrisse no se encontró con Bernard hasta su segunda visita a Montailou, en Nochebuena. Antes de eso, vivía hundida en la guarida de su cocina, esclava de las necesidades de la señora Rives, cada día más débil, de Grazida y del otro bebé. Aunque Fabrisse en un principio había encontrado un alivio de misericordia en la maternidad, las exigencias de los dos niños le chupaban toda la alegría y estaba plagada de recuerdos de la muerte de Pons, del miedo de que su cristal rojo le hubiera arrancado al final toda la vida. Intentaba olvidar los secretos que había escondido el cristal, intentaba olvidar los húmedos sonidos de placer de calabozo que una vez la hicieron estremecer hasta la raíz. Con un bebé en cada seno, aspiraba la ahumada dulzura del párroco, sentía su penetrante olor en el aire. Su corazón latía deprisa con la vieja vergüenza y el fresco deseo. La sangre se le calentaba, y ella apartaba las bocas de los bebés que mamaban de sus pezones, temerosa de que su leche infectara de pecado sus suaves cuerpos virginales.

Cada luna llena, el párroco le dejaba una bolsita con monedas a la entrada, tocando a la puerta y luego retirándose sin pausa. Cuando ella llegaba a la puerta, le veía alejarse con su cojera por el camino, pasando junto a mujeres de la aldea que trabajaban en sus jardines y grupos de niños que se reían a carcajadas. La anodina bolsita yacía en el suelo, y mientras se agachaba para recogerla, sentía que el peso del escarnio de la aldea la agobiaba. Se levantaba y se encerraba otra vez tras la puerta, imaginando las vocecitas compasivas de las mujeres de fuera chismorreando sobre su corte de pelo, la leche que le chupaban de sus senos, la hija que le había nacido sólo para recibir menos de lo que merecía.

Grazida había estado hambrienta desde el momento en que germinó en el vientre de Fabrisse, y ahora —aunque sus muslitos y sus pequeños brazos

estaban rollizos— su hambre la consumía como una forma de locura. En tanto que el niño estaba contento con lo que le tocara recibir, quedándose dormido en su pecho sin excepción, Grazida se alimentaba con los ojos bien abiertos y concentrados en la tarea que tenía por delante. Mucho después de que un pecho quedara seco, se aferraba al pezón, negándose a que sus encías lo soltaran y apretando con los puños la suave piel del seno. Si el niño se despertaba y lloraba cuando Grazida se estaba alimentando, ella se ponía a chupar más ferozmente y con el talón le daba pataditas al otro pezón, reservándose toda la leche para ella. Y cuando Fabrisse la llevaba sobre el hombro, los labios de Grazida buscaban el lóbulo de su oreja y lo chupaba, como si aquello de lo que estaba hambrienta no fuera de leche, sino del cuerpo mismo de su madre.

Algunas noches, Fabrisse ya no podía soportar las prensiles manos y la boca de Grazida. En esa rampante necesidad siempre insatisfecha veía el reflejo de su propio deseo de tocar, de amar, un deseo que había intentado arrancar, sujetar y atemperar. Es más, en el hambre de su hija veía el reflejo del deseo reprimido de Pons, tan furioso cuando destellaba, que a ella la había herido y a él le había atemorizado. Recordaba las palabras de Na Roqua, la curandera, durante su embarazo después de la muerte de Pons: «*Si dejas que este bebé viva, Pons se enfadará. Se aparecerá en tu casa y en tu mente y en tu cuerpo. Y a tu bebé. Perseguirá a tu bebé*». Fabrisse dejaba a Grazida y al niño al lado de la cama donde dormía la señora Rives y trepaba a la azotea. Al sentir su cuerpo como propio en el aire limpio y oscuro, se arrancaba con calma un pelo tras otro.

Llegó el invierno y su leche pareció congelarse en su interior. Se pasó un día entero sosteniendo sus pechos marchitos frente a las llamas de la chimenea, apretando sus pezones y rezando porque le viniera la leche. Luego, después del anochecer, mientras los bebés gritaban, se puso de pie y se apartó del fuego como en trance, recogió una jarra vacía de una balda de junto a la chimenea y salió al frío exterior. La nieve caía y ella pisó la profunda humedad helada sin sentir nada, el aliento saliéndole por entre los labios en nubes que iluminaban su camino al establo del vecino. Corrió el pestillo de la pesada puerta de madera del establo y se acercó a la única cabra que había dentro, una hembra de manchas marrones que comía de un recipiente. La acarició y cogió una de sus ubres, sacándole un chorro de leche tibia con el que iba llenando la jarra. La cabra levantó su cabeza del comedero y miró a Fabrisse, permitiendo que se llevara su leche. Cuando estuvo llena, la puso sobre la paja a sus pies y le devolvió a la cabra su mirada amable. No se había sentido tan bien provista desde que era una niña pegada a su madre. Con una

mano sobre la ubre, apretó su frente contra la lana, con miedo de marchar, de dejar a la cabra y quedarse sin madre otra vez.

El niño aceptó la leche con gusto, bebiéndola a cucharadas hasta que se quedó dormido de golpe. Grazida, sin embargo, arrugó la nariz y rechazó la cuchara con un golpe. Durante toda la noche chupó del pezón estéril de su madre, haciendo un gran esfuerzo por encontrar ahí el sustento del que estaba ávida. Al final, ya en la mañana, aceptó la leche, pero por desgracia vomitó. Fabrisse miró en sus débiles ojos y vio todo lo que Grazida ya había perdido: un padre, un lugar para ella sola en el pecho de su madre, y ahora la única cosa que la mantenía unida firmemente a su madre.

Durante semanas, Fabrisse se deslizó al establo del vecino durante la noche y robó leche de la cabra, que se la daba de buena gana. No era por el dinero, ni por temer la vergüenza de aferrarse al niño en lugar de devolvérselo destetado al párroco. Era por el miedo a quedarse sola con Grazida, de sentir la plenitud de su dolor tras sus ojos, tan marrones y afligidos como los de su padre. A menudo Fabrisse prefería tomar al niño en sus brazos cuando ambos bebés lloraban. Las facciones blancas de su ancho rostro tenían la virtud de calmarla, y cuando besaba las suaves plantas de sus pies, fingiendo que era él quien provenía de su vientre, sentía un arrebató de alegría, una delirante libertad de la dolorosa presencia de su propia historia.

Fue una noche de esas, en las profundidades del invierno, mientras Fabrisse cargaba al niño en sus brazos junto al fuego, cuando Grazida se sentó erguida por primera vez. Como en una prodigiosa acrobacia, ella estaba echada boca abajo sobre el vellón de oveja en un instante, y sentada con las piernas extendidas delante de ella al siguiente. Desde el punto de vista de su nueva, erguida posición, miró fijamente a Fabrisse y al niño, tomándose un momento para reconocer, según parecía, el afecto maternal que ya no era solamente para ella. Cogió el vellón entre sus puños, meciéndose para adelante y para atrás para no caerse, y Fabrisse sintió que la acababan de pillar cometiendo un crimen. Se vio a sí misma a través de los ojos de Grazida, nunca tan recónditos, nunca tan insensibles.

—Señora Rives —llamó.

Después de un momento, la anciana apareció en la entrada de la cocina, frotándose un muslo a través del vestido con la palma de la mano.

—Cuide de ella, por favor —le pidió—. Voy a devolver al niño.

Mientras se preparaba para abandonar la casa, notó cuán rasgado estaba su vestido en las mangas y el cuello, cuán llenas de cicatrices estaban sus manos a causa del constante arañar de las uñas de los bebés. Se cubrió el vestido con una capa y escondió su cabello con una toca. Aunque sabía que no tenía

belleza alguna, ningún orgullo que proteger, no era capaz de juntar suficiente fuerza para renunciar a las convenciones. Envolvió al niño en un vellón de oveja y caminó a través de la noche, absorbida por el silencio de la nieve. Como una oscura sombra, recorrió el camino, sin darse cuenta ni de su curioso vacío ni de la falta de luz tras los postigos cerrados de las casas de los alrededores. En el recodo del camino vio la capilla, con su puerta decorada con guirnaldas de hiedra. Un sonido de cánticos procedía del interior y ella reconoció las palabras: «*Quem quaeritis in praesepe?*». Había cantado esa letra en su juventud. *Quem quaeritis in praesepe?* ¿A quién buscas en el pesebre? Cayó en la cuenta de que era Nochebuena. Había estado demasiado inmersa en la cueva de la maternidad como para ver que se acercaba la noche sagrada.

Se acercó a la capilla, que brillaba a la luz de la luna. La última vez que había entrado fue la primera vez que había visto al párroco: la noche en que la castellana la mandó a buscarle. Caminó entre las cruces del cementerio hasta la puerta de la capilla, y la abrió ligeramente. Dentro, los aldeanos estaban sentados en silencio sobre el suelo, con velas que titilaban en sus manos con una luz amarilla. Entre ellos, Fabrisse reconoció a Na Roqua, a la anciana Belot, y a Jean Marty, esposo de la difunta Bernadette. Qué extraño, pensó, que Creyentes en los Hombres Buenos como esos estuvieran asistiendo a esta ceremonia, rindiendo pleitesía al párroco en su capilla, y al nacimiento virginal de un Cristo que creían incorpóreo.

El párroco estaba de pie sobre un pequeño baúl delante del altar, pálido, con la mirada errática, y en silencio, como esperando que otra autoridad le dirigiera durante la misa. Un momento después, se secó la frente y miró al lado a un hombre sentado en un banco junto a la puerta del vestidor. El hombre estaba vestido con una túnica blanca y negra y llevaba tonsurada la coronilla. Se percató de que se trataba de un fraile. Había visto a gente como él en Prades d'Aillon.

—*Credo in unum Deum* —repitieron los aldeanos—. *Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium. Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.*

Incluso los Creyentes siguieron el credo con sus labios, como si en el resplandor de esa noche sagrada ellos también tuvieran fe en un solo creador.

—*Et unam, sanctam, catholicam, et apostolicam Ecclesiam* —dijeron—. Y creo en la Iglesia, que es una, santa y apostólica. *Confiteor unum baptisma in remissionem peccatorum. Et exspecto resurrectionem mortuorum, et viam venturi saeculi.* Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos y la vida en el mundo futuro.

—Amén —dijeron el párroco y los aldeanos al mismo tiempo.

—Amén —musitó Fabrisse.

Como si el párroco hubiera reconocido el timbre particular de su voz junto a la puerta, levantó la vista de la multitud y la miró directamente. Su rostro se inundó de un cordial color y un lado de su boca insinuó una sonrisa. Fabrisse no pudo evitar sonreír en respuesta. Qué bueno era volver a verle, ver que sus ojos atravesaban todo el recinto para descansar en los suyos. Era como si ella fuera su amada, de vuelta en casa después de un largo viaje. Sí, en ese momento sintió que estaba en el lugar del mundo que le correspondía.

El fraile se levantó de su banco y se acercó al párroco. Encaró a los aldeanos con una mirada grave, casi iracunda.

—He pedido al sacerdote de esta parroquia que haga una lista de los caminantes que hay entre vosotros —dijo—. Que se sepa —continuó el fraile— que si cualquiera de vosotros confiesa ante mí sus pecados y los pecados de otros, os trataré con compasión, como también lo hará vuestra madre la Iglesia. Pero si no confesáis, y vuestros nombres aparecen en esa lista...

—No hay nadie que poner en la lista —farfulló el párroco.

—Si vuestros nombres aparecen en esa lista —prosiguió el fraile, como si no le hubiera oído— se les enviará al Inquisidor de Carcassonne. Que Dios os ayude en ese momento, pues el Inquisidor no es por naturaleza un hombre compasivo.

—No hay nadie que poner en la lista —repitió el párroco.

El fraile regresó al banco junto al vestidor y el párroco dirigió a Fabrisse una mirada sufrida. Ella sabía que había aldeanos que poner en la lista y que él también lo sabía. Intentó consolarle en silencio, pero sus ojos se cerraron y empezó a rezar.

Cuando la misa acabó, se puso de pie al lado de la puerta, mientras veía a los aldeanos salir en masa de la capilla. El fraile fue el último en salir, y, al pasar, la miró a ella a la cara, después al niño que tenía en brazos y finalmente al párroco en el altar, reuniéndoles con una mirada rapaz.

El párroco apagaba las velas en torno a la estatua de la Virgen, y cuando el fraile se fue, se dirigió a Fabrisse, con el maticandela en la mano, sus facciones súbitamente poseídas por el pavor.

—Mi leche —dijo ella.

Con la mano apartó de sus ojos el humo de las velas apagadas.

—¿Leche? —dijo—. Estoy seguro de que tu leche es buena.

—No —dijo ella, dando un paso hacia él—. Se ha secado. Y el niño... —Hizo una pausa en el centro de la capilla y bajó la mirada al rostro calmo del niño. Incluso en estos momentos seguía tranquilo—. Por favor, tómelo —dijo tendiéndole el bebé.

El párroco entornó los ojos al contemplarla, como preguntando en silencio

qué haría ahora ella para conseguir un trabajo. Finalmente dejó a un lado el maticandela y se le acercó. Ella bajó la vista, súbitamente tímida. Las manos del párroco se rozaron con la ajada manga de su vestido. Sintió su presión al tomar al niño y por un momento se resistió.

—¿Quieres cargar al bebé por un rato? —preguntó el párroco.

—No —dijo ella, dejando ir al bebé.

Al llegar a la puerta de la capilla, vaciló. Quería agradecerle al párroco por recoger al bebé sin reprocharle nada, por darle trabajo durante el invierno, por confiar en ella con sus ojos durante la misa. Sabía que en su vida esas miradas cariñosas no eran de esperarse.

—No —dijo ella otra vez, y salió a la noche nevada.

Para la Candelaria, en febrero, no le quedaba nada del dinero que le dio el párroco más que unos pocos denieros y unos medios óbolos casi sin valor. En casa había poco que pudiera comerse. Incluso el saco de mijo que la señora Rives había obtenido a cambio de una olla se había terminado. En tanto que otras mujeres quizá habrían intentado persuadir a un vecino de que les suministrara cereales, Fabrisse se preparó para vender otra parte de su cuerpo, un pensamiento más natural para ella que pedir ayuda.

Una mañana gris de invierno, después de una cena de leche de cabra robada, se echó la capa a los hombros y dejó a Grazida a cargo de la señora Rives. No se preocupó de cubrirse el cabello. Con una combinación de orgullo y odio a sí misma, no quería ya fingir que caminaba por el sendero de la respetabilidad. Era una viuda, una bastarda, una vendedora de su propia leche. Era objeto de escarnio público. ¿Por qué seguir fingiendo que tenía honor?

Mientras recorría el camino en medio de un grupo de aldeanos boquiabiertos, fijó la vista en los tristes y oscuros campos bajo la aldea, evitando toda mirada. Cuando pasó frente a la capilla, la lluvia empezó a caer y para cuando llegó a Ax-les-Thermes esa tarde, su corta cabellera —demasiado exigua para venderse— era una empapada y enredada maraña.

Sus pies la llevaron a través de una red de callejuelas hasta la taberna, y se quedó de pie afuera, mirando hacia dentro a través de la puerta abierta. Vio a un grupo de hombres jugando en una mesa y una niña ramera de pie, en una postura rígida, junto al hogar humeante. Sintió una ráfaga de ternura por la niña. ¿Qué clase de hombre, qué clase de mujer había sido capaz de abandonar a esta niña a la vileza de no tener que preservar ninguna honra? De repente algo empezó a apretarle en el pecho a Fabrisse. ¡Cómo odiaba a los hombres que estaban ahí dentro, cómo odiaba lo que se había hecho de su vida! Había venido por su propia voluntad a venderse a los hombres como

un cordero acude a la matanza, como una pobre inocente. Era asquerosamente débil, indigna de compasión, nada tenía que ver con la Orgullosa niña que había sido una vez. Estaba de pie junto a la puerta cuando el tabernero le hizo un gesto, con la jarra de vino en lo alto. Se apartó y corrió por el callejón tan horrorizada como turbada por la vergüenza.

Ya empezaba a oscurecer y decidió regresar inmediatamente a Montaignou, pero en una calle atestada de gente oyó los gritos de la vendedora de vino y sintió deseos de olvidar su vergüenza en la reconfortante tibieza del vino. Sólo le quedaban unos pocos denieres en el bolso: sus últimos denieres. Levantó la cabeza en busca de la vendedora y vio a una sencilla mujer joven que empujaba una carretilla por el borde cenagoso de la acera, en medio de una bandada de gallinas que metían sus picos en los charcos en busca de algo que picar.

—¡Vino! —proclamaba la mujer—. ¡Vino!

Fabrisse corrió hacia ella y sacó los denieres que le quedaban. Sin decir una palabra, la mujer tomó una moneda y le sirvió una taza. Vio con los ojos semicerrados cómo Fabrisse se la bebía rápidamente.

—Por cómo te ves, querida —le dijo la mujer en un tono amable, casi maternal—, estarías mejor vendiendo que bebiendo.

Fabrisse abrió su puño, sosteniendo sus dos últimas monedas.

—¿No eres de Ax, no? —preguntó la mujer.

—Otra, por favor —dijo Fabrisse.

—¿De una aldea de la montaña, entonces?

Fabrisse cerró el puño.

—¿Hay tabernero en tu aldea?

—No —dijo Fabrisse—. Ni taberna ni tabernero.

Los ojos de la mujer chispearon.

—Vender —dijo ella— puede ser una bendición.

En lugar de servirle a Fabrisse otra taza, sugirió un negocio de intercambio: ella le daría a Fabrisse una jarra de vino, que Fabrisse llevaría de regreso a Montaignou y vendería por copas, a dos denieres cada una. Cuando la jarra se hubiera terminado, Fabrisse debía regresar a lomos de mula adonde la mujer y pagarle la mitad de lo que hubiera ganado. Si parecía haber sed de vino en la aldea, la mujer abastecería a Fabrisse con tres o cuatro jarras en lugar de una, y así continuarían, haciendo dinero las dos.

—Regresarás —dijo la mujer mientras Fabrisse ataba la jarra a su espalda con una cuerda—. Veo que necesitas esto más que yo.

A la mañana siguiente, Fabrisse se puso a vender vino de puerta en puerta en Montailleu, con una taza en una mano y la jarra de cuero en la otra. Intentaba no notar la tristeza en los ojos de Grazida cuando se marchaba.

—Te voy a comprar una cabra con el dinero que gane —le decía, antes de despedirse con un beso.

Decidió visitar primero las casas de los Creyentes. Aunque los Hombres Buenos predicaban que el vino contribuía con la obra del Demonio, los Creyentes eran la gente a la que había conocido mejor a raíz de su matrimonio en la familia Rives. Frente a la casa de la anciana Belot, contuvo el aliento y tocó varias veces a la puerta. Al final la mujer acudió, abriéndola un tanto.

—Señora Belot —dijo Fabrisse sosteniendo una taza de tinto intenso—. ¿Puedo ofrecerle un poco de vino?

La anciana frunció el ceño consternada.

—No deberías hacer eso, Fabrisse Rives —le dijo—. Ir por la aldea vendiendo vino. —Estiró su grueso cuello, mirando a ambos lados del camino—. No deberías hacer eso —dijo una vez más, mirando hacia el interior de la casa—, así que sólo tomaré un poco.

Fabrisse bajó la copa.

—Son dos denieros.

La mujer refunfuñó.

—De acuerdo entonces, de acuerdo —dijo.

Desapareció en el interior de la casa y regresó un momento después con el dinero. Tomó la taza con brusquedad y bebió. Cuando hubo terminado, se relamió los labios.

—Continúa, adelante —dijo, despidiéndola—. Y si tienes que volver a venir, éste es el momento adecuado del día.

Fabrisse vendió el vino hasta la última gota durante la semana. Cuando regresó a Ax a lomos de una mula, la mujer estaba ahí en la misma calle, lista para proveerla con cuatro jarras. Tres meses después, Fabrisse tenía suficientes denieros para comprar un par de cerdos, un gallo y una gallina, y una cabra lechera. La afluencia constante de leche calmó el hambre que tenía Grazida y entonces pudo emplear una mayor porción del día vendiendo vino, una práctica que aprendió a disfrutar más allá de su valor pecuniario. Había muchos aldeanos que encontraban alegría en su vino y de la escucha que les brindaba mientras se sentaban a beber, ella se veía en algunas de sus historias y también encontró solaz en el vino que bebían.

Una mujer con la que trabó amistad se llamaba Ava. Alta, delgada, de ojos cálidos, tenía una hija mucho mayor que Grazida y un esposo de nombre Philippe igual de huraño que el difunto Pons. Al igual que éste, Philippe se había vuelto Creyente y ya no consideraba válido su matrimonio con Ava porque había sido consagrado por el párroco en lugar de los Hombres Buenos. Siempre que Ava cuestionaba las creencias de los Hombres Buenos, Phillipe respondía con duras palabras y golpes.

Un día a comienzos del verano, cuando Fabrisse fue a venderle vino, Ava acudió a la puerta con un moretón en la frente. Llevó a Fabrisse del hombro hasta una umbría banca del patio, le entregó una aguja y aceptó a cambio una taza de vino. Cuando hubo terminado, se tocó el moretón e hizo un gesto de dolor.

—Hay rumores de que Philippe tiene otra esposa en Cataluña. Una esposa y tres hijos. Una familia. Dice que los rumores son mentira... Pero yo no le creo.

Su moretón parecía un tercer ojo lloroso.

—Cada día —continuó diciendo— estas imágenes son más fuertes en mi cabeza. Imágenes de él cortejando a esta mujer, esta esposa suya, en Cataluña. Cortejando mujeres aquí en Montailou. Cierro los ojos y le veo cazando traseros y pechos y muslos con la mirada... Me digo a mí misma que es un buen hombre. Pero los pensamientos crecen en mi cabeza, pensamientos de que es un mal hombre, sólo preocupado de sí mismo y sus placeres... Y «cuando viene a mí por la noche». —Sacudió la cabeza—. Cuando viene a mí por la noche, no puedo mirarle. Dice que no lo hará de esa manera, pensando que no le deseo. Y dice que como hombre no tiene poder. Es cruel, le digo, empezar y parar y empezar y parar y empezar y parar.

Sus ojos no dejaban de derramar lágrimas.

—Pero la cruel soy yo, Fabrisse. Soy yo la que está mintiendo. Diciendo que no he hecho nada para mirar al techo en lugar de mirarle a él por la noche. Porque quiero que sienta lo que me ha hecho. Me ha hecho una esclava. Una esclava de su cosa. Y no quiero ser una esclava como el resto de sus esposas. Quiero que sienta lo que me hace sentir: que me caigo a pedazos, que me muero.

Caerse a pedazos. Morir. La frase era como un espejo en el que Fabrisse reconocía su propio desenvolvimiento. Aunque estuviera trabajando de la manera más noble posible, y aunque hubiera encontrado una amistad femenina por primera vez, por dentro estaba inquieta, desesperadamente sola, y se asfixiaba bajo la cada vez más acuciante necesidad de su hija.

Con sólo once meses Grazida había empezado a caminar, como si no

pudiera seguir soportando que se alejaran de ella. Seguía a Fabrisse a dondequiera que fuera cuando no estaba vendiendo vino: al establo a ordeñar a la cabra, a la trilladera a separar el grano, al jardín a regar y recoger las verduras, y de vuelta a casa a avivar el fuego.

—Déjame —solía decirle Fabrisse, mirándola a sus oscuros ojos marrones—. Por favor, déjame.

Grazida parpadeaba, sin conocer todavía las palabras necesarias para negarse u obedecer.

Pronto empezó a esconderse de ella, bajo una banca, bajo las sábanas de la cama, incluso en el exterior. Una vez, arrodillada tras un arbusto de claveles en el jardín de la vecina, escuchó los gritos de Grazida saliendo vigorosos y salvajes.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Repentinamente, la vecina apareció a su lado amenazando al aire con una cuchara de sopa.

—Fabrisse Rives —dijo entre dientes, con su pequeña boca roja—. ¡No voy a tolerar esto ni un segundo más! ¡Sal de ahí ahora y calla a tu niña!

Fabrisse salió furtivamente de detrás del arbusto y vio a Grazida de pie a no más de cinco pasos, con su vestidito mugriento cayéndosele por los hombros y el cabello revuelto en indómitos rizos. Hipó con un dedo en la boca, contemplando a Fabrisse. Después de un momento, se sacó el dedo de la boca y abrió la mano, tendiéndosela. Lentamente, Fabrisse se acercó y la tomó, avergonzada.

Cuando Grazida cumplió dos años empezó a hacer eco por primera vez. Fabrisse había estado escondiéndose en el establo de la vecina, cuando ésta apareció de repente.

—Fabrisse Rives —dijo, con sus gordas manos sobre las caderas—. Si te pillo aquí una vez más, voy a cortar a tu hija en trozos muy pequeños para comérmela en la cena.

Fabrisse esquivó a la vecina camino de la puerta.

—¿Es que no la quieres? —Le escuchó decir a ésta—. Yo tengo cuatro hijos, y dos más que han muerto, pero nunca una niña. Nada como una niña.

Fabrisse le miró por encima del hombro y vio que sus manos estaban enlazadas bajo su barbilla y que sus ojos se habían vuelto amables.

—Una hija es una bendición de Dios —dijo—. Si tú no la quieres, alguien más lo hará.

Fabrisse encontró a Grazida afuera, con lágrimas en las cuencas de sus ojos.

—Olvídalo —dijo Fabrisse, tomando a Grazida en sus brazos.

—Olvidalo —repitió la niña.

—Mamá necesita estar sola.

—Mamá necesita estar sola.

—Deja a mamá sola. No se lo digas a la vecina. No llores.

—Tú no llores.

Grazida extendió los brazos y frotó el contorno de los ojos de Fabrisse, como si hubiera lágrimas debajo.

—No lloraré —dijo Fabrisse—. Y no más eco. Sé una niña pequeña, no un pequeño eco.

—Un pequeño eco —replicó Grazida.

Desde ese día, Eco fue su nombre.

Desde los tres años, Eco se negaba a que la dejaran sola con la señora Rives, que estaba tan cansada de la vida, que intentaba dormir el día entero, esperando que el sueño se la tragara viva.

—Me voy —solía decir Fabrisse al dirigirse a la puerta para salir a vender vino.

—Voy —decía Eco.

—No, tú te quedas.

—Tú te quedas.

Fabrisse sintió que se le subía la sangre a las mejillas. Alzó un dedo.

—Si te pones a hacerme eco a mí, te abofeteo ahora mismo. Tengo que irme y salir a vender para obtener comida. ¡No me hagas eco! ¡Te llevaré conmigo si no me haces eco!

Eco sonrió y asintió, ansiosa por partir. Si Fabrisse hubiera podido escudriñar el corazón de su hija en ese momento, habría visto que Eco estaba sedienta de estar cerca de ella no porque quisiera consumirla todavía más, sino porque creía que el cuerpo de Fabrisse era suyo. Existir sin Fabrisse era existir sin ella misma. Existir con ella era existir.

De noche Eco dormía enroscada al muslo de Fabrisse y se despertaba cuando Fabrisse se apartaba. Por la mañana observaba mientras Fabrisse se vestía en la oscuridad, escondiendo sus pesados senos tras la tela azul oscuro del vestido. Cuando Fabrisse salía a la escalera, ella la seguía, se arrastraba tras ella hasta la azotea y se acurrucaba a su cadera como un gato. Extendía la mano para alcanzar la suave piel de la oreja de Fabrisse y escuchaba los sonidos del cuerpo de Fabrisse: las corrientes de aire que bisbiseaban por sus fosas nasales, la vibración que se volvía suaves palabras en su garganta.

—Ahora tengo que trabajar —solía decir Fabrisse, apartándola con el codo.

—¿Trabajar?

—Por favor, Eco, déjame.

—Déjame —decía Eco, aferrándose con más fuerza al muslo de Fabrisse.

Una mañana, en el cortante frío de febrero, cuando Eco tenía seis años, siguió a Fabrisse hasta la puerta de la casa de Ava. Eco tocó a la puerta y Fabrisse llenó su taza de vino. Después de un buen rato, Ava apareció en la puerta, cenicienta y con un pequeño moretón en la mejilla. En vez de aceptar la taza, la miró con ojos tan inexpresivos y faltos de vida, que parecía no estar mirando para nada a Fabrisse. Se dio la vuelta sin dar las gracias y desapareció en el interior.

—¿Ava? —dijo Fabrisse.

—¿Ava? —dijo Eco.

Entraron juntas en la cocina. Ava estaba sentada en el suelo en una esquina y Béatrice, su hija de nueve años, lloriqueaba quedamente a su lado. El fuego casi se había extinguido y uno de los postigos se había soltado de sus goznes. El viento soplaba en el interior.

—¿Te has olvidado del fuego, Ava? —dijo Fabrisse, dejando en el suelo su jarra y la taza. Se acercó a la ventana, tiró del postigo y lo cerró con el picaporte. Luego cruzó la cocina hasta el hogar y revolvió los leños a medio quemar con un palo. Quedaban unas pocas ascuas ardiendo y ella arrojó dentro leña y hojas de brezo para avivar lentamente la llama antes de meter un par de buenos leños de roble.

Cuando el fuego estuvo suficientemente vivo, se volvió a Ava.

—¿Te has vuelto loca? —le dijo—. Tú y tu hija podríais morir con este frío. Béatrice empezó a llorar a viva voz.

—¡Papá! —gritó.

Eco corrió al lado de Fabrisse.

—¡Se ha ido! —gritó Béatrice—. El párroco dijo que hombres malos están viniendo para llevárselo. Así que se fue lejos. Muy lejos.

Fabrisse se sentó en un banco cerca del fuego. Eco se sentó a su lado.

—¿Es verdad? —preguntó Fabrisse.

Ava asintió de manera ausente.

—¿Te acuerdas —preguntó— de aquel fraile que vino a Montailou?

—¿Un fraile?

—El dominico —dijo Ava.

Fabrisse de cuando en cuando había pensado en el fraile desde que le vio en la misa de Nochebuena hacía más de cinco años. Mientras vendía vino, había oído rumores de que ciertos aldeanos —nadie sabía quiénes— le habían dicho los nombres de las familias Creyentes. Se decía que el párroco había negado la presencia de la herejía en la aldea una y otra vez, y que el fraile

finalmente había confiado en él. De hecho, el fraile no había vuelto a aparecer por Montailou para llevar a cabo su amenaza de que pondría a todos los que no se arrepintieran y estuvieran acusados a merced del Inquisidor de Carcassonne. Fabrisse había sentido crecer su devoción por el párroco al pensar que había dejado de lado el llamado de la Iglesia por el bien de la aldea.

—Sé de qué hombre me hablas —dijo Fabrisse.

—Ahora es inquisidor —dijo Ava.

—¿Inquisidor?

Ava asintió.

—Inquisidor de Toulouse. Y Montailou está comprendido en su provincia.

—Pero en Toulouse no hay Inquisidor —dijo Fabrisse. No sabía si esto era cierto, pero no había oído hablar de ningún inquisidor en otra ciudad que no fuera Carcassonne.

—Pues ahora hay Inquisidor en Toulouse —dijo Ava—. Y es él. Ese fraile. Hombre cruel. —Su boca se torció en un gesto—. ¿En quién puedes confiar en esta aldea? Se habla por aquí, se habla por allá. Los dedos señalan. Se ven espadas por doquier. No confío en nadie.

—Pero el párroco vino para advertirte —dijo Fabrisse—. Y Philippe estará a salvo.

Las cejas de Ava se juntaron.

—Vino. Es verdad, vino.

Sus palabras apuntaban a una oscuridad detrás de su simple significado.

—Béatrice —dijo, volviéndose a su hija—, llévate a Eco a la bodega. Llévate a jugar por allá.

Eco le frunció el ceño a Fabrisse.

—Ve, Eco —le dijo Fabrisse.

A regañadientes, las niñas salieron de la cocina y desaparecieron por un estrecho tramo de escaleras que llevaba a un semisótano donde Béatrice dormía entre barriles de cereales.

—¿Qué dijo el párroco? —preguntó luego tranquilamente.

Ava se torcía los dedos.

—No puedo hablar de ello —dijo.

—¿Cuándo vino?

Ava se mordió los dedos uno por uno.

—Ayer —dijo en un susurro—. Béatrice estaba fuera ordeñando, y Philippe cosechando, así que yo estaba sola dentro cuando llamó a la puerta. Preguntó si Philippe estaba en casa. Le dije que no, y sin mediar palabra, entró... Fue a la habitación que compartimos Philippe y yo.

Fabrisse sintió que su corazón galopaba.

—Se quedó de pie en el corredor de la habitación y dijo que en cuatro días iban a venir unos esbirros, esbirros del Inquisidor de Toulouse. Me dijo que el fraile ahora era Inquisidor, y que el fraile sabía que Philippe había dado techo a los Hombres Buenos de vez en cuando. Yo lo negué, pero él me detuvo. Dijo que toda la aldea sabía que Philippe era Creyente, y, peor aún, un adúltero. Dije que adúltero no, pero él dijo que sí lo era.

Ava se tocó el moretón de la mejilla.

—Me preguntó quién me había pegado, y como no respondía, dijo que Philippe. Le dije que no, pero él dijo que sí. Y entonces él me tocó. Con delicadeza. Yo me estremecía. Le dije que se detuviera. Pero yo no quería que se detuviera Deténgase, le dije una y otra vez.

—Y él se detuvo —dijo Fabrisse.

—No —dijo Ava—. Siguió tocándome, y luego se acercó a la cama, arrinconándome. No intenté huir. Estábamos en el borde de la cama, y yo dije: «Debe irse. De una vez. Ahora mismo», pero él sólo sonrió y me tendió sobre la cama. Y entonces me besó en la mejilla. —Se tocó el moretón una vez más—. Aquí. Me dio un beso.

Miró a Fabrisse con brillo en los ojos.

—Fue tan delicado. Incluso haciendo lo que un hombre hace. Fue diferente, cuidadoso. Me preguntó qué me agradecería hacer. —Ava se puso roja, parpadeaba—. Yo no le dije nada. Me quedé callada. Pero deseé que Philippe se hubiera ido ya. Deseé que estuviera muerto y no fuera a regresar nunca.

La habitación parecía de repente sofocante. Fabrisse pensó que si no escapaba pronto se pondría enferma.

—Cuando terminó —dijo A va— me dijo por qué paso de montaña Philippe debía emprender la huida a Cataluña y evitar a los esbirros. Dijo que cuando los esbirros llegaran, dentro de tres días desde hoy, yo debía decirles que Philippe había muerto hacía más de un día, que lo habían matado en un paso de montaña.

Fabrisse miró su jarra y la taza sobre el suelo. La taza ya estaba llena de vino, como esperándola. Fue y bebió todo su acre dulzor, luego miró a Ava, cuyos ojos resplandecían en respuesta, angustiados, vivos. En la distancia se oyó el tañido de las campanas de la capilla.

—¿Qué hago? —gritó Ava—. ¿Cómo iba yo a saber que sería tan agradable, tan delicado conmigo?

CAPÍTULO NUEVE

Habían pasado más de seis años desde que el fraile Bernard se había detenido bajo el olmo arqueado de la plaza de Montaillou decidido a erradicar la herejía de la aldea. Ese día, su primero en Montaillou, había predicado a los aldeanos que le rodeaban, que pronto fueron una multitud, y había sentido que su simpatía embriagadora le inundaba. Qué francos eran los semblantes de los aldeanos, como girasoles que se volvían a su calor y su luz. Eran gente sencilla: honesta, confiada, con una desesperada necesidad de un sacerdote honesto, no uno cuya entrepierna le había apartado del celibato.

Bernard había intentado razonar con los aldeanos de Montaillou comparando el antiguo camino de la Iglesia con las técnicas tradicionales para plantar semillas.

—Los viejos caminos son siempre los más seguros, los más sensatos — dijo.

Con el rabillo del ojo vio a un hombre cojeando por el polvoriento y sinuoso camino hacia la plaza y casi simultáneamente, el hombre se detuvo, devolviéndole a Bernard una mirada al mismo tiempo feroz y asustada, con una arruga en el ceño. Bernard reconoció al hombre como el párroco: llevaba los hábitos de un sacerdote de aldea, y era de una pequeñez inquietante, justo del tamaño que la pobre Mondinette le había descrito. Parecía ser algo mayor que Bernard, quizá de unos cuarenta años, o un poco más. Se miraron fijamente en silencio y los rostros de los aldeanos se volvían hacia uno y otro alternativamente.

Un momento después, el párroco dio una señal de asentimiento a sus parroquianos, y después, rápidamente, se dirigió a Bernard sin acercarse:

—En el nombre de Dios, hermano, continúe.

Bernard volvió a contemplar a los aldeanos. Cuando obtuvo su atención,

reemprendió su discurso donde lo había dejado.

—Los viejos caminos son los más seguros, los más sensatos. Fuera del viejo camino de la Iglesia, la única Iglesia, no hay ni verdadera penitencia ni salvación.

Se volvió a mirar al párroco para ver su reacción, pero el camino estaba vacío, y el párroco no aparecía por ninguna parte.

Esa tarde, mientras el sol agonizante inundaba la meseta con luz dorada, los aldeanos se dispersaron y abandonaron la plaza. El supervisor de Montailou se acercó a Bernard en su caballo, invitándole a cenar en la fortaleza, donde, decía, Bernard era bienvenido a quedarse si necesitaba alojamiento.

La cena se sirvió en una pequeña sala de banquetes. Con excepción del joven sirviente que traía los platos de alubias, pollo asado y pescado, no había nadie presente, salvo ellos dos. Bernard bendijo la mesa, y el supervisor anunció de manera casual que daba la impresión de que los dominicos de Albi estaban listos para la batalla. Cuando Bernard le preguntó por qué suponía tal cosa, el supervisor le miró con una expresión de desconcierto y dijo:

—No me diga que no ha oído hablar de los disturbios.

Durante los viajes de Bernard por toda la región a lo largo de los últimos seis años, se había encontrado ocasionalmente con un hermano dominico por el camino o se había detenido en algún monasterio para comer y dormir, pero había estado tan absorto en apagar la herejía desde su origen, que no se había preocupado por averiguar cómo la Iglesia estaba llevando a cabo sus esfuerzos inquisitoriales. El pensamiento de que, aunque había mantenido la apariencia de un fraile de la orden y siempre había predicado de acuerdo con las enseñanzas de Santo Domingo, había vagado apartado de su hermandad y del ejemplo de Grégoire, y esto le impactó.

—¿Ha habido disturbios en Albi? —preguntó, con sólo una sombra de sorpresa en su voz. Recordaba los disturbios de Albi que había mencionado Grégoire en su cuaderno, amotinamientos en contra del Inquisidor Dominico.

El supervisor trinchó una pierna de pollo con un tenedor.

—Los disturbios vienen ocurriendo ya desde hace algún tiempo —dijo, mordiendo la pierna.

En el curso de la cena, Bernard se enteró de que el actual Obispo de Albi, un hombre de nombre Castanet, estaba —en palabras del supervisor— «sediento de influencia», deseoso de nombrar cónsules y actuar como único juez de los asuntos de la ciudad.

—Castanet quiere ser rey —dijo el supervisor—. Y los ciudadanos le odian por eso. Casi consiguen apelar al mismísimo Rey de Francia antes de que

Castanet les aplastara como moscas bajo su pulgar.

La eclosión de los disturbios había empezado cuando Castanet arrestó a veinticinco de los ciudadanos más influyentes de Albi y les acusó de herejía. Fueron juzgados sumariamente por Castanet y el Inquisidor de Carcassonne, Nicholas d'Abbeville, y todos excepto uno habían sido hallados culpables. Sus propiedades habían pasado a la Iglesia y habían sido sentenciados a largos periodos de prisión.

—Dicen que la prisión de Carcassonne es peor que el Infierno —dijo el supervisor, fijando la vista en Bernard—. ¿Se imagina que hay algo de verdad en todo ello?

Bernard entendió que el supervisor sospechaba que se había juzgado injustamente a los ciudadanos de Albi. Con toda probabilidad, pensó, el supervisor era él mismo un Creyente. Bernard se levantó de la mesa, levantando la mano en una señal de paz.

—¿Acaso los que han pecado contra Dios no merecen un castigo peor que el Infierno? —dijo, dudando de sus palabras, aunque sin dejar de decirlas—. Debo irme. Gracias por la cena. Que Dios le acompañe.

Al llegar a la puerta, se dio la vuelta.

—Dicen que el párroco de esta aldea da refugio a herejes —dijo él—, a unos hermanos de apellido Authié que corrompen a los aldeanos, haciendo presa de su inocencia.

El supervisor se limpió con una servilleta sus brillantes labios y frunció el ceño.

—Mejor hable con Pierre Clergue, el párroco —dijo—. Para mí, los habitantes de esta aldea son gente fuerte que paga sus diezmos.

Al descender de la fortaleza por el camino oscuro y empinado, Bernard supo que tendría que partir inmediatamente para Albi. Si sus habitantes lograban arrebatarse a la Iglesia todo su poder, la región entera sería arrancada del seno de Roma. Con menos bocas a las que amamantar, la Iglesia perdería influencia espiritual, y su mensaje de redención estaría en peligro. Albi le necesitaba, y él iría y lucharía al lado de sus hermanos dominicos. Pero antes, se presentaría ante Pierre Clergue.

En el camino de la aldea dio con un leñador que regresaba del bosque con una pesada carga a la espalda. Incluso a la luz de la luna pudo ver la sonrisa amigable y desdentada que mostraba y le preguntó si podía refugiarse en su casa hasta el amanecer, cuando viajar volviera a ser seguro. Antes de ir a casa del leñador, Bernard le dijo que primero necesitaba hablar con el párroco. Con gesto preocupado, el hombre le condujo de vuelta por el camino a un granero detrás de una casa de dos plantas, la cual, explicó el leñador, había

pertenecido al padre del párroco antes de su muerte, y que ahora la habitaban los dos hermanos del párroco que seguían vivos y sus esposas.

—Dicen que el hedor de tantas mujeres en una sola casa molesta al párroco —dijo, con algo de pena en la voz—, así que usa el granero como dormitorio. En efecto, Bernard vio luz saliendo de una alta ventana de un lado del granero. Le dio las gracias al leñador, le preguntó si no le importaba esperarle en el camino y luego llamó a la puerta del granero.

Después de un buen rato, el párroco acudió a la llamada, con una vela en la mano. Estaba despeinado y su vestimenta le colgaba torcida sobre los hombros, como si hubiera estado desnudo y recostado y se hubiera echado la ropa encima a toda prisa.

—Sí —dijo el párroco cuando vio a Bernard; luego miró tras él a la oscuridad de la noche—. ¿Pero quién le ha conducido hasta aquí? ¿Uno de mis hermanos?

—No —dijo Bernard.

El párroco se le quedó mirando.

—Alojamiento. Ha venido por alojamiento, por supuesto.

Abrió la puerta y dejó pasar a Bernard. Éste entró. Había montones de paja por todas partes, varias cabras con sus crías acurrucadas en un rincón y un enorme número de gallinas picoteando el suelo en busca de semillas. Una angosta escalera conducía a una buhardilla, donde, Bernard imaginaba, él párroco dormía por la noche.

—No he venido por alojamiento —le dijo al párroco, que se había puesto a rastrillar paja para hacerle una cama en el suelo.

El párroco se detuvo y se apoyó en el rastrillo.

—Si ha venido por comida —dijo—, me temo que aquí no tengo cocina. Pero las esposas de mis hermanos son hábiles con las manos y su pan es tan bueno como cualquiera de la región. Le llevaré ahí.

Dejó caer el rastrillo en la pila de paja, pisando la cama en su camino a la puerta.

—Tampoco he venido a cenar —dijo Bernard. Vio cómo los hombros del párroco se ponían rígidos—. Usted me vio predicar a su gente hoy día.

El párroco se volvió hacia él, con una mirada de piedra.

—Su gente es buena gente —dijo Bernard.

—Sí, buena gente.

—Pero eso no es lo que se dice en la región. Se dice que albergan a dos hermanos herejes de nombre Authié. Que son receptivos a las enseñanzas de estos hermanos errantes.

El párroco frunció el ceño.

—No lo sé —dijo, pero luego pareció confundirse y negó con la cabeza—. Unos hermanos. Authié, dice usted.

—¿Les conoce? ¿Se ha cruzado alguna vez con ellos?

Una de las cabras baló con fuerza y el párroco cojeó hasta ella y apartó a una de las crías de su ubre. Alzó una botella de cuero de un gancho en la pared, sostuvo a la cría, que daba patadas y metió el pezón en su boca.

—La naturaleza es una maestra mediocre —dijo Bernard cuando no pudo soportar la vista del párroco mirando a la cría por más tiempo—. Estamos hambrientos de la leche de nuestras madres, pero sólo la leche de nuestra Madre Iglesia puede salvarnos al final.

El párroco sacó el pezón de la boca de la cría y la depositó en el suelo, junto a sus pies.

—No me he cruzado con estos hermanos de los que habla —dijo—. Ni les he visto ni he oído decir nada de ellos, y puedo asegurarle que la gente de mi parroquia es inocente de toda conducta errática.

Bernard sintió que la rabia afloraba de su interior.

—Inocente como la pequeña Mondinette de Ax, ¿no?

No tenía intención de hablar de la niña, no todavía. Quería parecer compasivo, *ser* compasivo, hasta que la compasión no fuera útil a sus fines de salvar la aldea de la herejía. Miró los grandes ojos del párroco y dijo tranquilamente:

—Quisiera una lista de todos los caminantes de la aldea. Ahora parto para Albi a luchar ahí contra los herejes, pero regresaré a por la lista. La estaré esperando.

Hizo una leve reverencia.

—Que Dios esté con usted.

Caminó a la puerta y, cuando la fresca del aire nocturno azotó sus mejillas, oyó la voz del párroco.

—Y también con usted.

Para cuando Bernard llegó a Albi, la ciudad estaba casi en un estado de guerra civil. Los ciudadanos estaban convencidos de que los alegatos contra sus compañeros ciudadanos habían sido tramados de manera fraudulenta y los frailes dominicos sabían que su convento podía ser sitiado en cualquier momento. En tanto los frailes en el convento intentaban mantener su paz privada, ser siempre pacientes los unos con los otros, sus voces tenían un tono forzado, sus plegarias eran fervientes con demasiada frecuencia, como si el miedo estuviera esparciendo su enfermedad bajo su piel.

Al segundo mes de su estancia en Albi, una delegación de ciudadanos viajó al norte, a Senalis, para entrevistarse con el Rey de Francia, Felipe IV, o Felipe el Justo, como le llamaban, el nieto de San Luís. El rey estaba en plena lucha con el Papa Bonifacio VIII, que insistía en mantener su posición como

guía y árbitro de todas las esferas del mundo cristiano. Como el Rey encontraba el poder del Papa sobre la Iglesia de Francia cada vez más insufrible, se entrevistó con gusto con la delegación, le impuso al Obispo Castanet una fuerte multa y restringió los poderes de los inquisidores en la región, quitándoles el permiso de llamar a un sospechoso sólo sobre las bases de un rumor popular e impidiéndoles que tomaran un papel activo en buscar testigos o cualquier otra prueba de culpabilidad.

Algunos frailes de Albi, en un intento por levantarles la moral a los otros, señalaron las dificultades inquisitoriales de antaño y predicaron que aquella lucha era parte de lo que hacía de los dominicos una orden fuerte. Bernard estaba entre ellos, y antes de la cena contaba en el refectorio historias de cómo los cónsules de la ciudad de Toulouse le habían ordenado a Grégoire abandonar la ciudad y también sobre cómo le habían arrastrado de los pelos de su sede inquisitorial. Lo que ninguno de ellos dijo fue que ahora no eran simplemente los cónsules de la ciudad los que luchaban con ellos, sino el mismísimo Rey de Francia. La tristeza tomó posesión del refectorio cuando los frailes inclinaron sus cabezas hacia adelante, rezaron y tomaron sus alimentos. Lo que había motivado cada una de sus acciones, cada una de sus plegarias, era el ansia de convertir, de restablecer, de mandar a los herejes de vuelta al redil, y sin la libertad para trabajar al máximo de su capacidad, no estaban sirviendo a Dios a la altura de sus anhelos. Comían, y Bernard comía con ellos, y hasta las peras del verano eran pesadas e insípidas para su paladar. Tragaba, y oía a los otros sorber, tragar, conteniéndose porque estaban obligados a hacerlo.

Era un tiempo de silencio en el convento, de falta de sueño, un momento — puesto que a los frailes les estaba vedado salir a convertir a otros— para mirar hacia adentro. Cuando Bernard miraba dentro de sí, lo que veía cada vez más era el rostro de Pierre Clergue. Le veía tal y como había estado en su granero: despeinado, con sus ojos grandes y extrañamente plácidos. Recordaba las palabras de la pobre Mondinette: que Pierre hacía lo que se suponía que los sacerdotes no debían hacer: acostarse con niñas, mujeres, rameras. Impropias imágenes de cuerpos en cópula estallaban en su mente. A pesar de sus esfuerzos de llevar su mente a otra parte, se preguntó si el párroco miraba a las niñas con las que se acostaba con la misma simple placidez. ¿No se le había enseñado a cada sacerdote —pensó enfadado— que la mayor amenaza para su amor por Dios era el amor por otra persona con un corazón latiente? A lo largo de su propia vida había evitado la tentación de buscar el contacto humano, y había temblado ante la idea de fornicar, que le parecía un pobre y perverso intento de olvidar una soledad que sólo Dios

podía disipar. Ahora la pureza de su esperanza de ver el rostro de Dios le parecía profanada por la lujuria del rostro de Clergue.

Una noche soñó que habitaba el cuerpo de Clergue. Había una niña — ¿Mondinette?— acercándose a él en una iglesia, inclinando su cuerpo ante el suyo, como para besarle en la boca. De repente estaba dentro de ella, respirando, extendiéndose, expandiéndose para llenar su corazón mismo. Atrapado en ella, sintió que no podía contener su felicidad. Ella lo era todo: la orilla cubierta de juncos, el agua fluyendo junto a su oreja, las cimas de las montañas que había anhelado alcanzar en sus viajes, el hielo del invierno en el bosque de su juventud, Dios. Ella, esta belleza durmiente en él, en Clergue, era toda la belleza que había hecho palpar su corazón.

Se despertó con las sábanas húmedas y un sentimiento de odio por Clergue. Toda su vida había trabajado —sin siquiera saber que estaba trabajando— para mantener su mente limpia, cada uno de sus pensamientos castos, su cuerpo como un recipiente reservado a lo divino; y Clergue estaba despojándole de la bondad como de una corteza.

El verano pasó y los nobles de Albi empezaron a apoderarse de impuestos que Castanet decía que les habían robado. Llegó el otoño y, con la caída de sus hojas, Bernard se sintió todavía más atormentado. Por las mañanas se quedaba en su catre, mirando cómo el dormitorio se llenaba de una luz indecisa, y le parecía que era otra vez un niño en el reciente escalofrío de saber y casi entender que había sido abandonado por su madre. Su compromiso con la Iglesia había mantenido alejado ese escalofrío, pero ahora estaba tiritando, y su soledad le miraba directo a los ojos. Ansiaba ser purificado otra vez en mente y cuerpo, ansiaba ser uno con Dios.

Cuando llegó el invierno y ya no era capaz de soportar sus pensamientos y sus sueños, metió sus pertenencias en un saco y se fue del convento una mañana temprano. Puso rumbo a Montailou. Estaba decidido a salvar a los aldeanos, cuya caída del seno de la Iglesia veía ahora —más claramente que nunca— como un fallo de Pierre Clergue.

Después de un viaje casi imposible a través de la nieve y el viento y el hielo, con los dedos de manos y pies y los tímpanos atormentándole, llegó a Montailou en plena Nochebuena. La aldea estaba blanca: suelo blanco, techos blancos, y más allá de ella, blancos picos escalonados en la lejanía. Tomó el resbaladizo y duro camino mientras escuchaba a los lobos aullar muy cerca. La luz manaba de las aberturas de las paredes de la capilla y oía el sonido de los cánticos del interior. «*Quem quaeritis in praesepe?* ¿A quién buscas en el pesebre?». La ceremonia ya había comenzado.

Dentro de la capilla vio al párroco de pie sobre un baúl delante del altar.

Cuando le vio dejó de cantar, y los aldeanos que se sentaban delante volvieron sus rostros, iluminados por velas, hacia Bernard.

—*Quem quaeritis in praesepe?* —cantó Bernard, motivándoles a continuar con el himno navideño.

Los aldeanos continuaron cantando, y mientras lo hacían él se dirigió a través de ellos hacia el párroco, cuyas facciones, observó, no eran tan finas como las recordaba. Es más, al acercarse al párroco, se sintió cada vez más repelido por la redondez de la punta de su nariz, por la humedad que centelleaba sobre la piel de su frente y en las comisuras de su boca, incluso en sus ojos. Bernard sintió que si se acercaba demasiado iba a resultar infectado por tal efusión de líquidos, y le hizo una reverencia antes sentarse en un banco junto a la puerta del vestidor, hasta que el himno terminó y el Símbolo Niceno fue declarado.

Cuando finalmente se puso de pie para dirigirse a la congregación, advirtió la presencia de una mujer de pie junto a la puerta, llevando un bebé envuelto en sus brazos. Si bien estaba vestida con una capa raída, tenía cierto aire de grandeza. No bajó los ojos cuando él miró en su dirección, sino que miró con intensidad en dirección del párroco. Bernard se acercó al párroco con la intención de atraer su atención y la de todo el resto de la congregación.

—Le he pedido al sacerdote de esta parroquia que haga una lista de los caminantes que hay entre vosotros —empezó con una voz firme pero calmada, una voz de la que sabía que Grégoire habría estado orgulloso—. Que se sepa que si cualquiera de vosotros confiesa ante mí sus pecados y los pecados de otros, os trataré con compasión, como también lo hará vuestra madre la Iglesia. Pero si no confesáis, y vuestros nombres aparecen en esa lista...

—No hay nadie que poner en la lista —farfulló el párroco.

Algo en su mirada —una mirada de debilidad y al mismo tiempo de vigorosa tenacidad— le hizo a Bernard recordar a Jean Maulen, y la imagen del párroco amarrado a una máquina de tortura se le quedó grabada en la mente.

Después de la misa se quedó de pie en el frío, entre las cruces del cementerio, mirando dispersarse a los aldeanos y esperando señales de arrepentimiento entre ellos. Sí que hubo una señal, y tuvo la forma de un bastonazo en la pantorrilla. Un anciano que pasaba le dio con la punta de un bastón y luego se fue. Bernard miró al anciano renguear hasta la salida del cementerio y luego mirar para atrás, diciéndole con un gesto que debía mantener su distancia.

Cuando prácticamente todos los aldeanos habían salido de la plaza,

Bernard caminó con brío en dirección al anciano, que desapareció en una vieja casa fuera del camino. La puerta de entrada se abrió antes de que Bernard tuviera la oportunidad de llamar. El anciano le cogió de la manga, tiró de él y cerró la puerta rápidamente.

A la lumbre del fuego de la cocina, Bernard vio cuán enjuto era el hombre, sus brillantes ojos azules sobresaliendo de sus cuencas como enormes gemas. Le señaló a Bernard la mesa, rengueó hasta el hogar y se agachó para recoger un delgado leño, que arrojó al fuego, el cual empezó a chisporrotear. El intenso aroma del roble ardiendo llenó la habitación. De una repisa junto al hogar tomó una jarra. Vertió algo de leche de cabra en una olla que colgaba sobre el fuego y vigiló la leche hasta que rompió a hervir. A continuación, vertió la leche en una taza de madera y se la presentó a Bernard.

—Usted es el fraile —dijo.

Bernard murmuró una plegaria y dio un sorbo a la leche, tan dulce que parecía azucarada.

—Sí —dijo.

—El que vino antes.

—Sí.

—Usted estaba de pie bajo el olmo. Habló sobre la semilla, sobre sembrar semillas. Eso es todo lo que sé: sembrar semillas y segar. La cosecha. Sólo soy bueno en eso.

Bernard repasó con la vista la cocina.

—¿Vive aquí solo?

El anciano pareció repentinamente adolorido, sus ojos azules hundidos bajo sus párpados.

—Tuve una esposa —dijo—. Pero ahora está muerta. No era la más hermosa de Montaignou, pero era amable. Nunca salió de su boca una palabra, le digo. Esa era mi esposa. Mi niña.

—¿Y sus hijos? —preguntó Bernard.

—Sí, hijos —dijo el anciano—. Pero ellos también se han ido. Uno al nacer, dos todavía niños y la cuarta, mi Bernadette... —dejó escapar un suspiro—, ella sí que era bonita.

Señaló la taza en la mano de Bernard.

—Beba —dijo—, le calentará.

Bernard se terminó la leche.

—¿Me ha hecho venir para poder confesarse de sus crímenes contra la Iglesia? —dijo.

—¿Mis crímenes? —dijo el anciano, con sus ojos azules muy abiertos—. ¿Mis crímenes? No. —Se llevó un fino nudillo a los labios—. Bernadette era bonita, sí que lo era —susurró—. Tres hombres de la aldea la querían y yo tenía poco que ofrecer. Eso muestra lo bonita que era. «Papá, ¿puedo casarme

con Jean?», me preguntó. ¿Qué potestad de elegir tenía yo? Mi esposa ya estaba muerta. Le dije a Bernadette que podía ella misma elegir a su marido... Jean Marty era su nombre. ¿Por qué le quería?, no lo sé. Pero se casaron y pronto un bebé empezó a crecer en su interior y durante todo ese tiempo ella hablaba de cosas que desearía no haber nunca oído.

—¿Cosas?

El anciano gimió.

—No, mi esposa no lo habría tolerado. Habladurías de que Jesucristo era un espíritu sin cuerpo. «No tuvo cuerpo, papá», decía Bernadette. «Era demasiado bueno para tener cuerpo». Y los Hombres Buenos... ¡nunca dejaba de hablar de los Hombres Buenos! «Conóceles, papá. Debes conocerles. ¡Son tan bondadosos!».

—Hombres Buenos de apellido Authié —dijo Bernard.

—Sí, así es —dijo el anciano—. Y también hubo otro: se llamaba Prades Tavernier.

—¿Prades Tavernier?

—Llevaba el hábito y hacía reverencias y rezaba justo como los hermanos. Jean Marty les invitaba a su casa y les daba ofrendas como si fueran auténticos frailes. Pero no eran auténticos. No. Los frailes auténticos dicen la verdad: Jesús en la cruz, plantar las semillas. Como usted.

Señaló la taza sobre la mesa.

—¿Más leche?

—No —dijo Bernard—. Gracias. —Hizo una pausa, con la intención de evitarle al hombre tanta agonía y sacar de él toda la información posible sobre la herejía y sus propagadores—. ¿Había otros? —preguntó Bernard finalmente—. ¿Otros Hombres Buenos aparte de los hermanos y Prades Tavernier?

—¿Otros? —dijo el anciano—. No lo sé. Todo ese inclinarse y rezar y andar susurrando cosas. No, no recuerdo haber visto a otros con hábitos como esos.

—¿Y otros Creyentes, aparte de su hija y su marido?

—¡Él no era ningún marido! ¡Corrompió a mi hija! «Debes salvarte, papá», me decía. «Antes de morir, debes salvarte». Murió después de dar a luz por culpa de él. Salvado por los Hombres Buenos. Y su hijo también «salvado», sin esperanza del bautizo sagrado.

El hombre negó con la cabeza.

—Nunca llegué a ver a mi nieto. Nunca llegué a reconfortar a mi Bernadette mientras moría... Yo estaba en Saverdun con mi hermano, pasando el invierno.

Bernard se estiró y cogió la fría mano del hombre con la suya. El viento ululaba en la garganta de la chimenea, y el fuego del hogar proyectó

vacilantes lenguas de luz y sombra sobre el rostro del anciano.

—¿Dónde están ahora estos Hombres Buenos? —susurró Bernard—. ¿Dónde está el hombre que se hacía llamar esposo de su hija?

—Se ha ido —gritó el anciano—. Para mí ha muerto. Aunque he oído que se dice que viaja por la región con ellos mientras predicán su herejía. A Ax y a Tarascón y por los pasos de montaña cuando oyen que ustedes, los dominicos, están cerca. De vez en cuando vienen a Montailou, o eso es lo que se dice, pero yo no les veo. No a los hombres que mataron a mi hija.

Bernard presionó al hombre para que le diera los nombres de los Creyentes, y el anciano habló de su añoranza por Bernadette. Bernard le preguntó sobre el párroco y su relación con los Hombres Buenos y el anciano cogió un cuchillo, que clavó en un lado de un jamón que colgaba junto a la chimenea.

—¡Esto es lo que se debería hacer con los Hombres Buenos! —gritó—. ¡Esto es lo que debería hacer con Jean Marty!

Los ojos de Bernard se volvieron tan pesados, que no podía ya mantenerlos abiertos. Le dijo al anciano que necesitaba descansar, y el anciano le hizo una cama en la habitación que decía que sus hijos compartían.

—Me cae bien, hermano —dijo—, pero debo pedirle que se vaya antes del amanecer. No puedo permitir que la aldea me tome por chismoso.

—Me habré ido mucho antes —dijo Bernard.

Se lo agradeció al anciano y le dijo que había servido magníficamente a Dios. El anciano frunció el ceño y cerró la puerta del dormitorio.

A la luz de la vela, Bernard se sacó de debajo del hábito el breviario de Grégoire. Tomó un tintero y una pluma de su saco y abrió el cuaderno en una página en blanco de la parte de atrás. Trazó una línea vertical por el margen izquierdo de la página y cuatro líneas horizontales espaciadas como el ancho de una mano.

—*Hermanos Authié* —escribió en la primera línea.

—*Prades Tavernier* —escribió en la segunda.

—*Bernadette Marty* —escribió en la tercera.

—*Jean Marty* —escribió en la última.

En la caja al lado de cada nombre transcribió el testimonio del anciano, y cuando hubo terminado, escribió un último nombre bajo los otros: Pierre Clergue.

Como le había prometido al anciano, partió mucho antes del amanecer, después de una serie de sueños sobre Clergue. No podía permitirse otro enfrentamiento con el párroco, y se dijo que una vez que los Hombres Buenos y Jean Marty estuvieran detenidos, la prueba contra el párroco afloraría.

De vuelta en Albi, se dio prisa en escribir a Nicholas d'Abbeville, notificándole de la herejía que se propagaba por la región montañosa del Sabarthés, adjuntándole la lista de los herejes contra los que había recibido testimonio. Apremiaba al Inquisidor a mandar legados para aprehender a los herejes, «tres de los cuales son Hombres Buenos», escribió. Sugirió que, si no se podía contar con legados, quizá el Inquisidor podía enviar un *dictum* al sacerdote de Montailou —«un tal Pierre Clergue, un hombre culpable de vida disoluta y pecado carnal»— para que él mismo detuviera a los herejes.

Dos semanas después, Nicholas d'Abbeville le envió una lacónica respuesta en la que le recordaba a Bernard que el mismísimo Rey de Francia había decretado que los Inquisidores ya no podían buscar testigos o cualquier otra prueba de culpabilidad, y que al hacer eso Bernard —a pesar de no ser inquisidor— había prácticamente garantizado la libertad de los herejes contra los que había acumulado pruebas. Le escribió que sinceramente esperaba que Bernard hubiese aprendido de este paso en falso y que de ese momento en adelante permaneciese en Albi ciñéndose más a la obediencia. «La perpetuación de los herejes en las ciudades de Albi y Carcassonne es la mayor amenaza contra nuestra Madre la Iglesia», escribía. «Las moscas que zumban en la región montañosa pueden ser aplastadas de un solo golpe. Tus herejes campesinos no son más que parásitos que se mantienen vivos por las llamas de los de la ciudad. Son los de la ciudad los que deben ser aplastados, a través de la conversión, por supuesto». Bernard dobló la carta en rectángulos cada vez más pequeños, hasta que ya no pudo doblarla más.

En verdad la situación en Albi era terrible. Castanet, que había huido a Toulouse cuando comenzaron los disturbios, finalmente había regresado a Albi, y a su llegada a las puertas de la ciudad le salió al paso una turbamulta de ciudadanos que hervían de rabia y gritaban: «¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte al traidor! ¡Muerte!».

Hasta ese momento, los frailes del convento habían apoyado como conjunto a Castanet, y veían a los ciudadanos furiosos no como meros ignorantes, sino como gente que estaba del lado del pecado. Poco después del regreso de Castanet, sin embargo, el comisario de Albi —que una vez había apoyado a Castanet en el arresto y encarcelamiento de los presuntos herejes— fue misteriosamente envenenado, y el sacerdote Jean Fresqueti —que había torturado a los que habían acusado a la facción de Castanet— fue encontrado muerto, con la cabeza cortada limpiamente del cuerpo. Cuando se enteró de los asesinatos, Bernard asumió que los culpables de los crímenes eran los ciudadanos; pero después de oír los dimes y diretes —a veces susurrados, a veces desesperados— comenzó a entender que tanto el comisario como el sacerdote habían sido vistos en las casas de ciudadanos furiosos antes de sus muertes. Aunque nadie en el convento lo dijo

explícitamente, se daba por sentado que Castanet había tramado los asesinatos para eliminar la prueba de sus errores. No había nada que hacer — le parecía a Bernard— salvo esperar y evitar a Castanet, y rezar por el día misericordioso en que pudiera de nuevo buscarse la conversión.

Muy pronto el odio de los ciudadanos se dirigió a los dominicos. Cuando los frailes intentaron predicar, les expulsaron del atril. Incluso aquellos ciudadanos que hasta ahora habían permanecido fieles a ellos se negaban a darles ofrendas o a enterrar a sus muertos en el cementerio del convento. Al final, una noche desquiciada, el convento fue sitiado.

En ese momento, Bernard estaba solo en la habitación de estudio, leyendo el breviario de Grégoire, repasando una y otra vez la historia de la lista de herejes que había confeccionado, como para fortalecerse en la lucha contra el enemigo. Oyó afuera tumulto, pero los tumultos eran bastante comunes. Al inclinarse hacia el cuaderno, una gota de sudor de su frente cayó sobre una página. Al limpiarla, emborronó una de las palabras de Grégoire, y se mordió la lengua para no maldecir a los hombres que hacían tanto ruido afuera.

De repente, el sonido de algo que se rompía llenó el aire. Oyó que se rompían cristales, y luego el sonido de hombres —mucho, muchos— lanzando sus insultos y sus cuerpos por todo el monasterio. Bernard tomó el breviario y se agachó. Sabía que debía irse y defender el monasterio y a sus hermanos, pero no conseguía moverse. Se quedó de rodillas, sujetando con una mano una pata de la mesa, hasta que los sonidos de violencia hubieron cesado por completo.

Se puso de pie lentamente y se dirigió al refectorio. Varias bancas estaban reducidas a astillas, las mesas perforadas. Escuchó susurros en el dormitorio y descubrió a un par de frailes de pie, con las caras pálidas ante una hilera de catres partidos por la mitad.

—¿Dónde está el resto de los hermanos?

Negaron con la cabeza, y él comprendió que ellos también habían permanecido escondidos.

Los tres vagaron juntos por el convento devastado. En la capilla, cálida y oscura, descubrieron que el atril estaba boca abajo, la cruz desmantelada, todas las ventanas de vidriera rotas y las velas del altar partidas en dos. Juntos encendieron los restos de una vela, levantaron la cruz, se arrodillaron frente a ella, y rezaron. La llama de la vela chisporroteó y se apagó.

Más tarde, mientras rezaban en la oscuridad, los frailes regresaron, algunos con leves heridas, todos exhaustos. Dijeron que una turba de ciudadanos les había perseguido desde el convento a través de las calles. Les habían echado fuera de la ciudad, hasta que uno de los hombres de Castanet les abrió las puertas. Para cuando regresaron al convento, los retratos de San Pedro y Santo Domingo que colgaban sobre el portón habían sido

desmontados, y a algunos ciudadanos influyentes de Albi se les había puesto en su sitio.

—¡Herejes! —Rugía un fraile—. ¡Pecadores!

—Albi —dijo otro—, la hemos perdido.

Nadie le preguntó a Bernard dónde se había metido, pero esa noche, recostado en su catre quebrado, con la paja pellizcándole la piel como gusanos, se prometió a sí mismo que nunca más avergonzaría a su orden.

Los disturbios persistían, y Bernard aliviaba su humillación dedicándose a la escritura de una historia fidedigna sobre los dominicos. De día investigaba y escribía, y de noche le visitaba el fantasma de Pierre. ¿Por qué no era capaz de sacudirse esta fijación en un simple sacerdote montañés? Imploró a su mente pensante que le dejara soñar con algo más elevado, pero sus sueños le llevaban con demasiada frecuencia hasta Clergue. Solía ver un camino, un camino desierto, ni demasiado cubierto de hierba ni de hojas caídas. Mientras iba por el camino, tenía la creciente sensación de que la enfermedad empezaba a apoderarse de él y que no podía hacer nada para salvarse de ello. El camino doblaba en un recodo y de repente ahí solía estar Clergue, de pie sobre un baúl, o en un granero con un niño en brazos. Bernard entonces quería matarle, pero en lugar de eso, era arrastrado a seguirle a una oscura habitación con una niña, o una mujer, o varias al mismo tiempo. Se le obligaba a mirar cómo Pierre se corrompía sin pausa ni remordimiento.

Solía despertarse, dirigirse al balde donde se guardaba el agua, y servirse una cucharada, deseando enjugarse el sabor de tormento y también algo peor en lo profundo de su corazón sabía que él y Clergue ahora estaban como casados. Sin tener la intención de hacerlo, sin siquiera juntar las manos en una plegaria sagrada, él había hecho a Clergue una especie de voto, un voto no sólo de atraparle, sino de quebrantarlo, de forzarle a despertar a su propia gente, y evitarle que volviera a conocer sus placeres nunca más. Y mientras ese voto no se hubiera cumplido, Clergue sería su derrota, su mayor sufrimiento, la herida abierta de su propio deseo.

El manuscrito estuvo listo al cabo de un año, y representaba para Bernard no sólo la historia de los dominicos, sino una historia más personal de su propia batalla contra Clergue: cada palabra había nacido de su propia necesidad urgente de demostrar el honor de la vida de los dominicos en oposición a las flaquezas de la vida de lujo, herejía y tentación. Bernard no pudo reprimirse de concluir la historia con una disquisición contra la noción de que «las moscas que zumban en la región montañosa» pudieran «ser aplastadas de un solo golpe». La preocupación de los inquisidores por los herejes de las ciudades, sostenía, permitía la propagación de la herejía en las

aldeas más remotas. Carcassonne estaba a una distancia demasiado grande de las aldeas de montaña como para arrancar la herejía de ahí. La provincia del actual Inquisidor de Carcassonne, sugería, debía ser dividida en dos, y debía implementarse una nueva oficina inquisitorial en Toulouse.

Ató el manuscrito terminado con una cuerda y le adjuntó una carta dirigida al maestro de la orden: «como un hijo obediente, con la debida obediencia, al maestro de los dominicos, para que éste la examine, corrija y apruebe».

Para el otoño, el manuscrito había sido declarado fidedigno y oficial, el Papa Bonifacio había muerto, el Rey Felipe había mandado llamar a los dominicos para que restablecieran el orden y a Bernard se le había recompensado por sus escritos con un nombramiento para el priorato de Limoges. Regresó gozoso a su casa y base principal.

Si antes había sido espoleado a la acción bajo la sombra de la derrota de Grégoire, ahora lo estaba mucho más. Grégoire había sido prior de Limoges y un inquisidor ya fracasado cuando había encontrado a Bernard a orillas del río. Como sucesor de Grégoire, Bernard estaba determinado a usar su condición de prior para atacar la herejía con mayor vigor.

Decidió crear una biblioteca dedicada a la herejía y la inquisición, temas complementarios. La única otra biblioteca de ese tipo en la región estaba en la oficina inquisitorial de Carcassonne, y muy discretamente, Bernard envió escribas para «estudiar» allí los textos: documentos papales, actas de doctrina de los concilios eclesiásticos, decretos del Rey de Francia y del Conde de Toulouse, archivos inquisitoriales y tratados de la práctica inquisitorial. Cuando los doscientos cuarenta y siete volúmenes de Carcassonne estuvieron copiados, Bernard envió legados a Roma y Florencia para transcribir cuantos archivos históricos y tratados hubiese allí. Al cabo de tres inviernos, Bernard había formado la mayor biblioteca monástica de la región y había leído más libros acerca de la herejía y la inquisición que el mismísimo Nicholas d'Abbeville.

El sucesor del Papa Bonifacio, Clemente V, anterior arzobispo de Bourdeaux, estaba tan impresionado por los rumores del tamaño de la biblioteca, que hizo una visita a Limoges, trayendo consigo a ocho cardenales a quienes Bernard besó uno por uno. El Papa no perdió el tiempo y pidió que se le mostrara la biblioteca, y cuando Bernard intentó tratar las ideas que él había puesto en su propia historia, un libro que había dispuesto en una pequeña mesa junto a la entrada de la biblioteca junto con su propio manuscrito sobre la herejía en todas sus formas, el Papa Clemente alzó la mano para indicar que quería silencio, y se puso a leer.

Durante todo el día el Papa leyó, y Bernard esperó, inmerso en su frustración, pensando que, como no había sólo recolectado los libros, sino que los había leído íntegramente, era digno de las horas del Papa.

A medianoche, el Papa emergió de la biblioteca con las mejillas sonrosadas. Le sonrió a Bernard y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—¿Usted ha leído todos estos libros, verdad? —dijo.

—Sí, Su Santidad.

—Bien.

Por la mañana, el Papa Clemente y sus cardenales se fueron sin decir palabra.

Dos meses después, la provincia fue dividida en dos y Bernard, a sus cuarenta y cuatro años de edad, fue nombrado Inquisidor de Depravación Herética para la nueva provincia de Toulouse.

Un día fresco y ventoso de febrero, flanqueado por veinte frailes del monasterio de Limoges, Bernard salió de viaje para asumir el poder sobre su nueva provincia, que se extendía desde Limoges al sur hasta los Pirineos, al oeste hasta Bourdeaux y al este hasta Carcassonne. Mientras andaba por los caminos que llevaban a Toulouse, contempló con la imaginación la completa extensión del territorio: desde valles fluviales con arboledas de olivos hasta extensas colinas y viñedos junto a la costa mediterránea.

Se detuvo a orillas del Garona, donde César mismo había hecho acampar a sus batallones y observó los campos congelados del sur. Si Moisés hubiera estado vivo, pensó, habría advertido a la gente de la provincia de que una sequía era inminente. Oía las voces del Deuteronomio XI como si Moisés se las estuviera diciendo al oído: *«Guardaos de que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis, y sirváis a dioses ajenos, y les adoréis. Y así se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre Jos cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis presto en la buena tierra que os da el Señor»*.

Dos semanas antes, Bernard había enviado a Pierre Clergue una advertencia y una citación, requiriendo su presencia para el primer Sermo Generalis que iba a tener lugar en Toulouse y puntualizando en términos nada ambiguos que, si el párroco no cumplía con la presentación de una lista de los caminantes de Montaillou, sería sospechoso de colusión. Además, le escribió que a los hermanos Authié se les convocaba para presentarse al Sermo Generalis y que el párroco debía notificarles que estaban convocados si en cualquier momento aparecían por Montaillou. La desobediencia de las citaciones podía castigarse con prisión en la torre de Toulouse. Había tenido

la intención de llamar también a Prades Tavernier y Jean Marty, pero al final decidió reservar esos nombres para un uso posterior, cuando la necesidad lo empujara a demostrar que tenía otras fuentes aparte del párroco. Quería atemorizar a Pierre, aplastar su endeble confianza poco a poco, y sabía que debía desplegar las pruebas en contra de él y de su parroquia tan cuidadosamente como con una última flecha.

Al aproximarse a las puertas de la ciudad de rojos ladrillos, con el corazón latiéndole fuertemente en el pecho, se preguntó si Pierre Clergue ya le estaba esperando ahí. Él y los frailes fueron recibidos a las puertas por una cohorte de oficiales reales de Foix, los cónsules de la ciudad, y gente del común vestida con sus colores más vivos. Un tenor que se hallaba de pie sobre una tarima empezó a cantar un himno procesional, acompañado de un contralto a su lado y el sonido de un órgano portátil, y eso era todo lo que Bernard podía hacer, mantener el paso tras los oficiales, en lugar de buscar entre la multitud a Pierre Clergue.

Aunque anteriormente ya había visitado la Catedral de Saint-Étienne varias veces, ahora se quedó boquiabierto ante su estampa. Tan ancha como alta, con una ventana en rosetón que atravesaba su fachada —de un rosado oscuro a la luz del final de la tarde—, parecía esculpida por los poderes de alguien mayor que un grupo de hombres. Un estremecimiento de temor le atravesó. No era que dudase de sus conocimientos sobre la herejía o los métodos de inquisición, sino que, por un momento, dudó de que Dios le hubiera escogido a él —entre todos los hombres— para la tarea que tenía por delante.

Ya dentro, avanzó por la nave de la Catedral hacia el púlpito, sobre el que habían estado antes Santo Domingo y San Bernardo. Escuchó la marea humana de sonido que inundaba la catedral a sus espaldas y respiró el aire cargado.

Una multitud de clérigos estaba reunida delante del púlpito, y en un instante Bernard reconoció a Pierre, que le devolvía una débil mirada. Mientras se acercaba Bernard, Clergue dio un paso hacia él, tendiéndole un pequeño rollo de pergamino. Bernard tomó el rollo con una mano e hizo una breve pausa para saludarle con una leve reverencia.

Al subir al púlpito, se tambaleó al pisarse la túnica, y un fraile le tuvo que coger para que no se cayera. El fraile subió con él por los angostos escalones hasta el púlpito, y se quedó de pie a su lado, saludando a la multitud. Aunque Bernard sabía que todo Toulouse estaba esperando sus palabras, le concedió al fraile su tiempo y abrió el rollo. No tenía datos del remitente ni firma, sólo lo siguiente:

De los otros a los que ha mandado llamar, no sé nada. Yo ni les he visto ni he podido detenerles. Sin embargo, he identificado a un feligrés que se ha alejado del camino, cierto Philippe Guilhabert Es culpable,

o al menos eso se dice en la aldea, tanto de adulterio como de indulgencia con los herejes de los que no tengo ningún conocimiento. He aquí su lista.

La palabra «lista» enfureció a Bernard, pero mientras el fraile pasaba junto a él para bajar del púlpito, dejándole solo para disfrutar de la gloria de su nueva posición de Inquisidor, se dijo que el párroco se estaba debilitando. Pronto Bernard tendría suficientes pruebas contra él para encerrarle en una pútrida celda. Pero antes de arrebatarse al párroco su libertad, le arrancaría todo lo demás: su influencia sobre la parroquia, su dignidad y las mujeres sobre las que descargaba su placer con tanta lascivia. Poco a poco Clergue sería aplastado.

Bernard levantó su mirada al mar de rostros que alzaban su mirada desde abajo, y sintió el tranquilo amanecer de su nuevo poder. Ahora todos los pecadores de la provincia estaban sujetos a su voluntad. Se arrepentirían, se convertirían, o sus vidas serían absorbidas hasta quedar secas.

—¡Es la voluntad de Dios que todos los cristianos sean como uno solo! — gritó, con una voz tan furiosa que él mismo quedó asombrado.

CAPÍTULO DIEZ

Entre los culpables en la catedral había un hombre de veintidós años que se llamaba Arnaud Lizier. Aunque nunca había confesado sus pecados a una autoridad de la Iglesia, había vivido en privado arrepentimiento por varios años.

Mucho antes de entender el concepto de remordimiento, Arnaud se había afligido por la vida que le robó a su madre. Había muerto después de tres días de labor para dar a luz. Su padre, un eminente doctor de la ciudad de Foix, estaba demasiado débil por la pena para abrirle el vientre por la fuerza. Lloraba sobre su almohada, sin prestar atención a la comadrona que atendía a su esposa, que tomó un escalpelo de su maletín de médico, levantó la sábana que cubría la panza hinchada de su esposa, y cortó un arco a lo largo de todo el vientre. Arnaud vino al mundo unos momentos después.

—Un nonato —le llamó la comadrona—, arrastrado a la vida en contra de toda fuerza de la naturaleza.

La comadrona se quedó para criar a Arnaud, y a menudo le contaba la historia de su nacimiento. Su rostro se ponía rojo de animación mientras hablaba, y para Arnaud era imposible apartar de ella su mirada.

—¡Qué cosita asustada que eras! —decía—. Todo acurrucadito en la roja oscuridad de tu madre. Parecía como si quisieras quedarte ahí para siempre. Yo te saqué de ahí y te di palmadas en la espalda. Habrían creído que estabas muerto si tus ojos no hubieran pestañeado. Ni pío dijiste. Ni siquiera querías compartir con el mundo tu voz.

Con toda la inocente sabiduría de sus primeros años, Arnaud sabía que en su nacimiento se había quedado callado porque no quería vivir sin la mujer a la que le había quitado la vida.

A menudo su padre le hablaba de las muchas maravillas de la naturaleza.

En ningún lugar era la vida más manifiesta, decía su padre, que en la Función natural de la reproducción.

Una mañana durante el calor del verano, cuando Arnaud tenía nueve años, su padre vino a su habitación a despedirse de él por el resto del día, y le dijo que cubriera su desnudez con la sábana. Cuando Arnaud estuvo cubierto, su padre se sentó en la cama a su lado.

—Pronto —le dijo su padre—, encontrarás que tu cuerpo cambia, crece.

—Ya está creciendo, papá —dijo Arnaud.

—Crecerá todavía más rápido. —Su padre señaló su ingle con un gesto—. Tu miembro crecerá —dijo—. Es un regalo de Dios, tu miembro. Parte de un gran plan.

—¿Qué plan, papá?

—Que nos reproduzcamos —dijo su padre—. Que pongamos manos a la obra en nuestro principal deber. —Los ojos de su padre se suavizaron—. No hay nada más necesario que traer hijos al mundo —dijo tranquilamente—. No debes olvidarte de que tu miembro está ahí solamente para esa función. No abuses de él, incluso si crece. Crece para la vida, no para el propio placer.

Pronto Arnaud empezó a acompañar a su padre en sus visitas a los pacientes convalecientes, con objeto de iniciar su propio entrenamiento en las artes médicas. Cuando su padre atendía a una mujer, Arnaud esperaba fuera de la habitación de la enferma. Sin embargo, cuando se trataba de un hombre, entraba y participaba activamente con su padre, sosteniendo el bacín cuando los pacientes estaban demasiado débiles para ponerse de pie y entregar por sí mismos una muestra de sus deposiciones, sujetando sus piernas y brazos para las sangrías, y pasándoles la esponja con agua de lavanda fría sobre su piel febril.

Con frecuencia su padre ponía a prueba su conocimiento del cuerpo humano durante las visitas.

—El estómago es una tetera —le gustaba decir a su padre—. Es una tetera en la que la comida hierve a fuego lento. Si comemos demasiado, la tetera se derramará cuando rompa a hervir, y entonces tendremos problemas de digestión. ¿Y qué es lo que calienta esta tetera que tenemos dentro? ¿Arnaud?

—El hígado, papá.

—Así es, el hígado. Es correcto. El hígado.

Para cuando tuvo once años, Arnaud era capaz de decir uno por uno los humores del cuerpo y sus características, los nombres de varios tipos de fiebre y sus patrones de recurrencia, y las fases de la luna y las constelaciones de estrellas de los que dependía por necesidad la recuperación de los pacientes. Era capaz de detectar la abundancia de azúcar en una muestra de

orina, tomarle el pulso a un paciente con un reloj de arena, y determinar qué tipos de heridas se beneficiarían de un tratamiento con clara de huevo. Sin embargo, nunca había contemplado ningún tipo de cirugía. Su padre decía que un hombre debía ser dueño de su temperamento antes de presenciar una cirugía, para no arriesgarse a perder su inclinación hacia la práctica de la medicina para siempre.

—Recuerda, Arnaud —le decía su padre cuando los pacientes lloraban ante la perspectiva de una inminente cirugía—, un buen doctor no siente el dolor de su paciente. Un paciente puede llorar, un paciente puede gritar, pero ninguna vida será salvada si el doctor oye.

Una noche de invierno Arnaud acompañaba a su padre por las calles cubiertas de nieve de Foix cuando una joven se les acercó. Estaba vestida con andrajos, envuelta en una capa vieja que le quedaba demasiado grande. Sus mejillas estaban rosadas y sus labios brillantes y partidos por el frío.

—¡Señor! —le dijo al padre de Arnaud—. Sabía que le encontraría. — Estaba jadeando y sujetaba juntas sus manos a la altura del pecho—. Fui a su casa y la señora me dijo que usted había salido hacía poco.

—No puedo ayudarle —dijo abruptamente su padre—. Estoy camino de ver a un paciente.

—Pero mi hermana —dijo la joven, rompiendo a llorar—, lleva en labores ya más de dos días con sus noches y así el bebé no vendrá.

—Mis honorarios —dijo su padre— son demasiado altos para usted. — Tomó a Arnaud de la mano y apretó sus dedos entre los suyos—. Ven, Arnaud.

—Pero señor —gritó la mujer mientras ellos se daban la vuelta para irse. Sujetó a Arnaud del borde de su capa. Él volvió la mirada a su rostro lloroso, brillante, y sintió que su garganta se tensaba de piedad por ella.

—Papá —susurró—, la dama está llorando.

—No es una dama —masculló su padre.

—Está llorando —dijo Arnaud.

Su padre tosió en su puño, luego posó sus ojos en la mujer.

—No puedo prometerle nada —le dijo—. Su hermana morirá muy probablemente y sufrirá en la agonía. Y si el bebé vive, crecerá sin madre.

La mujer se llevó las manos a los labios, como si pronunciara una plegaria.

—Gracias, señor —dijo—. Dios le bendiga. En todo.

La siguieron a una pequeña casa junto a la orilla del río, donde vivía la gente de las clases bajas. La casa era como ninguna otra que Arnaud hubiera visto antes. Sólo tenía dos plantas, y era terriblemente fría, expuesta a las corrientes de aire, sin un solo tapiz cubriendo las paredes. Tan pronto como subieron las

escaleras de entrada, Arnaud escuchó un gemido.

—Espera aquí —dijo su padre, y se acercó a la mujer subiendo por las escaleras.

Arnaud les siguió hasta el rellano, luego se acercó a la puerta tras la cual su padre y la mujer habían desaparecido. Entre los gemidos, oyó que su padre pedía a gritos un tazón de vino y un montón de paños, y luego la puerta se abrió y la mujer que había ido por ellos apareció. Pareció no notar la presencia de Arnaud, y se lanzó escaleras abajo, dejando la puerta abierta tras ella.

Dentro, su hermana embarazada yacía en un catre sobre el suelo. Estaba completamente desnuda, con las piernas abiertas. Arnaud nunca antes había visto a una mujer desnuda, y sintió que su estómago se contraía con la visión de la abertura brillante, de color rojo oscuro entre sus piernas. La abertura latía como la garganta de una rana —*adentro, afuera, adentro, afuera*. Arnaud no quería ver cómo se convertía en una rajadura.

Su padre se arrodilló junto a su maletón de médico, sacó el escalpelo, tijeras, una aguja y un poco de hilo, y los puso bajo una lámpara de aceite en el suelo. La joven regresó con el tazón de vino y un paño cuadrado doblado, y su padre le dio la orden de sumergir una parte del paño en el vino y que se lo pasara por el vientre.

—¿Por el vientre, señor?

—Por el amor de Dios, dese prisa —dijo su padre, y tomó la aguja e intentó ensartarle el hilo.

La joven se sentó junto a su hermana e hizo lo que se le había dicho.

—Frío —murmuró su hermana.

Justo después dos hombres pasaron rozando a Arnaud y entraron a la habitación. Ambos eran considerablemente altos, con cabezas cubiertas de cerdas de cabello rizado; hermanos, supuso Arnaud. Se quedaron de pie junto a la puerta, uno mirando con expresión de dolor cómo se limpiaba con vino el vientre de la mujer embarazada, el otro con la vista en las puntas de sus pulgares juntos.

—No quiero morir —dijo la mujer embarazada.

—¡Maldita aguja! —maldijo su padre.

—No morirás —dijo la mujer que la limpiaba con vino—. No, no. —Dejó caer el paño sobre el catre y sostuvo la cabeza de su hermana y la besó en la frente—. No —dijo de nuevo.

—Ensártelo usted —dijo su padre a la joven que pasaba el trapo empapado de vino—. Yo debo empezar. No tenemos tiempo que perder.

La mujer se apartó del costado de su hermana y se apresuró a tomar la aguja entre sus dedos. Se agachó junto a la lámpara mientras su padre cogía el escalpelo y escudriñaba la habitación. Sus ojos encontraron los de Arnaud,

y por un largo rato éste estuvo seguro de que le iban a reñir. Luego su padre miró a los hombres de la puerta.

—Vosotros debéis sujetarla —les dijo—. Sed valientes. Sujetadla ahora mismo.

La mujer embarazada empezó a lloriquear mientras los hombres se le acercaban, se arrodillaban y la agarraban, uno por los tobillos, el otro por los hombros.

—Con cuidado —murmuró su padre. Se inclinó sobre la redondez del vientre de la mujer, sujetó su muslo para tener un apoyo y apuntó con el escalpelo a su útero.

Arnaud no fue capaz de seguir mirando. Oyó un grito y dio un paso atrás hacia el rellano. Se puso en cuclillas, con los ojos cerrados y las orejas cubiertas con las manos. Se puso a tararear una tonadilla que su comadrona le había enseñado cuando era un niño pequeño que extrañaba a su madre. *Nonato, nonato*, pensaba al tararear. Había nacido contra la naturaleza, como si la naturaleza no hubiera querido que naciera. Como si Dios no hubiera querido que viviera. Y ahora otro nonato estaba siendo arrastrado a la vida, un nonato cuya madre estaba gritando, muriendo. Decidió que nunca iba a querer engendrar a un niño propio, matar a otra mujer. Pero ¿no había dicho su padre que la reproducción iba a ser su mayor cometido?

Afortunadamente se quedó dormido, y cuando se despertó, su padre le observaba desde arriba, con señales de preocupación sobre su frente.

—Ya nos podemos ir —dijo.

—Pero ¿el nonato...? —dijo Arnaud, todavía medio dormido.

Su padre frunció el ceño y le tendió la mano.

—Arriba —dijo—. Debes cenar algo antes de irte a la cama.

Pasaron frente a la habitación donde la mujer embarazada estaba tendida tras la puerta cerrada. Arnaud no escuchó ningún ruido del interior. Levantó la vista a su padre.

—¿La hermana murió, papá?

Su padre caminó a mayor velocidad mientras bajaban las escaleras.

—¿Murió? —volvió a preguntar Arnaud.

—No todavía, Arnaud —dijo su padre.

—¿Morirá?

—Muy probablemente.

Salieron de la casa, e incluso en la oscuridad la calle brillaba por la luz de la luna sobre la nieve. Arnaud estuvo a punto de preguntar si el nonato había sobrevivido, pero luego pensó que no quería saberlo. De cualquier modo, su destino natural no contemplaba la vida.

Algo en el pecho le empezó a doler aquella noche, y se dio cuenta de que ya no podía acompañar más a su padre a sus visitas a los enfermos. Cada mañana, su padre solía venir a su habitación para despertarle y solía sentarse de golpe, gritando.

—¡Date prisa, Arnaud! —le regañaba.

Cuando su padre intentaba tocarle, él se echaba para atrás. No podía evitarlo. Lloraba.

—No eres un bebé, Arnaud —le decía su padre.

—Lo sé, padre —decía, y cerraba los ojos. Hundía el rostro en la almohada e intentaba imaginar la oscuridad del útero materno a su alrededor, la paz del tiempo anterior a que él fuera un nonato.

Para la primavera, su padre había hecho los preparativos para que asistiera a la escuela en la vecina ciudad de Pamiers. La tarde que debía partir, la comadrona le ató fuertemente la capa y le dio un beso de despedida. Su padre había salido temprano esa mañana y no regresó para despedirse de él. Un sirviente de la escuela llegó a lomos de mula, y Arnaud partió con él, escrutando las calles por si veía a su padre, hasta que cruzaron las murallas de Foix y salieron a la campiña.

Pamiers era más sucia que Foix, con una vida más trajinada y activa. Mientras él y el sirviente pasaban como podían por las calles, se oía a la gente gritar y a los perros ladrar a sus pies, refregando sus hocicos mugrientos de desagüe contra sus calcetines.

El sirviente le condujo a un vecindario donde no había gente deambulando: el distrito de los curtidores. Lo reconoció por el olor a piel podrida que le había hecho querer estrangularse en el barrio de los curtidores de Foix. Se acercaron a la fachada de una pequeña casa y el sirviente le ayudó a desmontar y colgarse de la espalda su fardo de ropas. Después le condujo a la puerta principal, le dio un empujón y entraron.

—¡Arnaud Lizier! —Oyó un momento después. Era una voz de hombre, seguida de una erupción de cacareos que venían del fondo de la casa—. ¡Arnaud Lizier!

Avanzó hacia el origen de los susurros, por un corredor y luego a una habitación oscura, donde encontró a un montón de niños dándose de manotazos en torno a una mesa de caballete. Había una vela encendida en medio de la mesa, proyectando sombras sobre los niños, y pudo ver que los había de varias edades: uno con una enorme manzana de Adán revoloteando a la luz, y uno de facciones tan finas, de cabello tan largo, que fácilmente hubiera podido confundírsele con una niña.

—Arnaud Lizier.

Un hombre emergió de la oscuridad. Era de baja estatura, con ojos pequeños y coléricos, y una vara en la mano.

—Sí, señor. Me llamo Arnaud Lizier.

—Ya estás aquí.

—Sí, señor. Me han enviado a estudiar con el Maestro de Massabuçu —dijo.

—Di Padre de Massabuçu. Algún día seré fraile.

Apuntó con su vara a un asiento junto a un niño cuyos grandes ojos pardos le recordaban a un búho.

—Siéntate. Estamos practicando los modales en la mesa.

Arnaud dejó caer su bulto y se sentó enfrente de un cuchillo oxidado. Había otros cuchillos y cucharas esparcidos por la mesa y notó que todos estaban hechos de manera rudimentaria. No eran de plata, como los de su padre. Y había solo un juego para cada tres o cuatro niños.

—Tenemos algún problema con los modales en la mesa —dijo el Maestro—, así que estamos intentando resolverlos.

Dio una vuelta a la mesa y sonrió a Arnaud.

—¿Qué dirías que es esencial para los buenos modales en la mesa?

—¿Yo, señor?

—Padre.

—¿Yo, Padre?

—Sí —hizo una pausa—. Una norma para comer con buenos modales. Dinos una norma.

Arnaud no quería caer en el ridículo equivocándose al enunciar una norma. Miró en torno a la mesa y distinguió una copa torcida de madera.

—Mi padre dice que no debo beber con la boca llena.

El niño de la manzana de Adán se rió disimuladamente.

—No beber con la boca llena —dijo el Maestro—. Bien, ¿qué más?

Arnaud tocó el cuchillo oxidado.

—No lamer el cuchillo con la lengua —dijo—. No hablar. No recuerdo nada más.

El Maestro se dirigió a los niños.

—Recuérdense a Arnaud —dijo—, y lentamente.

Tendió la vara delante de sí y empezó a agitarla como si estuviera llevando el compás de una canción.

—Comer sin prisa —empezaron a salmodiar los niños—. Ser moderado con el tamaño de los bocados... comer la sopa sin sorberla... nunca hablar con la boca llena... no eructar, agacharse, no soplar sobre el pan ni morderlo sin haberlo partido antes...

Arnaud se dio cuenta de que el chico de al lado movía los labios sin hacer ningún sonido, y que algunos niños del otro lado de la mesa parecían

empezar a animarse, levantando esperanzados sus barbillas y codos del tosco mantel.

—¡Nunca te hurgues los dientes, las uñas o la *nariz*! Algunos niños rompieron a reír.

—¡Suficiente! —dijo el Maestro, y golpeó el extremo de su vara contra el suelo.

Terminada la comida, el Maestro pidió a Arnaud que fregara los platos con un chico de nombre Vital, que tenía una costra en un párpado. Hicieron varios viajes entre la mesa y la cocina, llevando pilas de tazones entre las manos y deteniéndose en cada esquina para que Vital pudiera reacomodar sus tazones y girar sobre su eje lentamente para luego reanudar la marcha.

—¿Tu padre es noble? —le preguntó Vital en la cocina.

Arnaud se secó las manos en las faldas de su túnica y se preguntó cuál podía ser la mejor respuesta a esa pregunta. Aunque su padre no tuviera tierra, era de noble cuna y tenía relación exclusivamente con los nobles de la corte de Foix. Arnaud se encogió de hombros.

—¿Está muerto tu padre?

—Es doctor.

—Entonces es noble.

—Sí. —Arnaud depositó los tazones.

—Mi padre es noble —dijo Vital.

Arnaud asintió y se dio la vuelta para traer más platos.

—¿Viste a la comadreja al extremo de la mesa? —dijo Vital—. ¿A ese niño con la nariz toda respingona?

Arnaud se detuvo en el pasillo.

—Sí.

—Su padre ha muerto.

Arnaud recordó a la mujer embarazada con el nonato en su interior. Quizá ahora los dos estaban muertos.

—Dije que su padre ha muerto —dijo Vital.

—Sí.

—Pero era noble. Y por eso es que la comadreja está aquí.

Regresaron a la mesa paseando lentamente, porque, como le explicó Vital, tan pronto como regresaran, tendrían que sacar sus gramáticas de latín y practicar su memorización. Arnaud le contó a Vital que él no sabía latín, sólo su propia lengua, pero Vital simplemente asintió y le dijo a Arnaud que mejor se fijara en con quién iba a compartir cama.

—Probablemente tengas que dormir con El Pequeño.

—¿Pequeño?

—El Pequeño.

—¿Cuál es ese?

—El chico grande.

—¿El de la manzana de Adán?

—Así es.

—Pero él no es pequeño.

—No, pero es más pequeño que su padre. Y ya se afeita.

Como había supuesto Vital, le hicieron dormir con El Pequeño. Sólo había un dormitorio para el Maestro y los estudiantes, y una fila de angostas camas lo ocupaba por completo.

—Dos chicos por cama —le había dicho el Maestro después de asignarle la mitad de la cama que sería suya—. Y déjame asegurarte que si tu cuerpo sencillamente roza el cuerpo de tu compañero, se os quitarán las sábanas y se os dará una paliza desnudos para que todos se rían de vosotros.

El Maestro alzó su vara a modo de ejemplo, y Arnaud asintió, a pesar de no entender por qué tocar podía ser castigado como pecado.

Esa noche vio a los niños desnudarse hasta quedar en ropa interior mientras el Maestro deambulaba examinándoles, dándose golpecitos con la vara en la palma de la mano. Cuando el Maestro apagó la lámpara, Arnaud oyó el sonido de la ropa interior al caer como sábanas y entonces dejó caer al suelo sus calzones y buscó con la mano el frío borde de la cama. Intentó no imaginar cómo la manzana de Adán de El Pequeño se movía para arriba y para abajo. Se sujetó a su propio lado de la cama, aferrando una esquina de la sábana mientras el sonido de la pesada respiración de El Pequeño recorría su espalda. Cuando por fin empezó a quedarse dormido, asomó a su mente la idea de que El Pequeño ni siquiera tenía los ojos cerrados.

Cada día aprendía más en la escuela. Descubrió que le gustaba sentarse con los chicos en el suelo, escuchar al Maestro leer en voz alta o indicar un astuto giro en la construcción de una frase. Descubrió que, aunque no era capaz de entender el latín, obtenía placer de la experiencia de la repetición colectiva y la memorización.

—Sicut hic est fallacia... —Leía en voz alta el Maestro.

—Sion hic est fallacia... —Arnaud repetía con los otros chicos.

Cuando Vital se inclinaba hacia él y le traducía el pasaje del día «Entonces aquí hay una falacia en cierto sentido: sencillamente A puede ser creada por Dios, entonces A existe; y de la misma forma, aquí A no existe y por lo tanto A no puede ser creada por Dios», descubría que le encantaba el

lenguaje de la lógica, le encantaba la confiabilidad de su simpleza.

Sin embargo, la tarea de formar letras era la que más le gustaba. Disfrutaba el trabajo silencioso de hacer presión con el estilo sobre la tablilla de madera cubierta de cera verde y hacer pálidos, casi blancos raspones que luego tocaría y frotaría con el pulgar. Adoraba la soledad que eso le ofrecía. Solía quedarse sentado durante un largo rato, después de que los otros niños hubieran salido a jugar, presionando el estilo contra la cera, imaginando que sus marcas eran oraciones que tenían un maravilloso significado.

Quizá gracias a su determinación el Maestro empezó a tomarle un interés especial. Tres meses después de la llegada de Arnaud, el Maestro se le acercó e hizo un comentario acerca de su naturaleza.

—Tú no eres como el resto —dijo, bajando la vista a Arnaud y luego a su tablilla cubierta de letras.

—¿No, Padre? —dijo Arnaud.

El Maestro dejó su vara sobre la mesa.

—Esos chicos —dijo— son de un temperamento desenfrenado, burdo. — Se sentó frente a Arnaud—. ¿Pero tú? —Examinó a Arnaud por un largo rato, y Arnaud sintió que empezaba a sonrojarse. Bajó la vista a su tablilla y se ocupó en seguir dibujando letras.

—Arnaud —dijo el Maestro.

Arnaud trazó la primera letra, A, sobre la tablilla.

—Tu padre es doctor, ¿no es así?

—Doctor, sí, Padre. —Arnaud trazó la segunda letra, B.

—¿Y tú quisieras ser como él?

Arnaud levantó la vista y vio que las fosas nasales del Maestro se dilataban.

—¿Quisieras ser como tu padre carnal? —preguntó el Maestro—. ¿O preferirías ser como tu Padre espiritual?

Arnaud no entendió.

—¿Quiere decir Dios, Padre?

El Maestro se rió.

—No, no, chico.

Su rostro se puso serio. Se inclinó hacia Arnaud y le tomó de la mano.

—Como yo —susurró—, tu nuevo Padre en la vida. Y un hombre de Dios. —Hizo una pausa—. No es que yo ya sea un fraile. Pero lo seré. Sí. Algún día lo seré. —Apretó la mano de Arnaud—. Y tú tienes la templanza de espíritu para convertirte en un fraile. Quizá incluso en un obispo. ¿No quisieras ser un obispo?

Arnaud sintió su mano caliente y sudorosa, y la retiró de la del Maestro.

—Quiero ser doctor —dijo—. Papá quiere que sea doctor.

El Maestro suspiró.

—Doctor —dijo—. Un doctor es útil. ¿Pero cuánto más útil es un fraile? Un hombre que, en el nombre de Dios, atrapa a los pecadores antes de que se corrompan. ¿Puede tu padre hacer eso? ¿Puede salvar a la inocente de la enfermedad?

Negó con la cabeza, se puso de pie y se dirigió a la mesa dando un golpe en el suelo con la vara a cada paso.

—Pronto será tiempo de ir a la cama, Arnaud —le llamó desde la entrada—. Debes ir a lavarte con los otros.

—Sí, Padre —dijo Arnaud, y mientras hablaba pensó que no, que su padre no podía salvar a los inocentes de la enfermedad. Con demasiada frecuencia ni siquiera era capaz de salvar a los enfermos.

Con el paso de los meses, Arnaud intentó no pensar en su padre, intentaba no echarle de menos, sentir la vergüenza de haberle decepcionado, de que le viera como un fracasado. Su amistad con Vital creció y demostró ser una deleitosa distracción. En vez de pasarse la tarde trabajando en su tablilla, Arnaud perseguía a Vital arriba y abajo por el callejón de detrás de la escuela hasta quedar exhausto. Se sentaban juntos en las comidas y se daban pataditas bajo la mesa para hacerse reír.

Una tarde a fines del verano, cuando el Maestro había salido a comprar estilos y los estudiantes tenían la orden de memorizar un pasaje en latín, Vital le dio una patadita a Arnaud bajo la mesa, y le hizo una señal de que le acompañara.

Se deslizaron hasta la ventana al final del pasillo. Vital abrió de un empujón los postigos y se impulsó hacia arriba para salir.

—Vamos —le dijo a Arnaud a media voz.

Cuando Arnaud hubo trepado, Vital dejó cerrados los postigos y sonrió ampliamente. Nunca antes había llevado a Arnaud a este lugar secreto, y Arnaud inspeccionaba los alrededores con cautela. Era un lugar muy angosto, más un pequeño rectángulo que un callejón entre la escuela y la alta casa del curtidor que se elevaba al lado, cuya negra azotea y su tiznada chimenea descollaban como si fueran a desplomarse sobre ellos. Había pequeñas manchas de césped creciendo sobre el suelo cenagoso y un olor a pellejos podridos por todas partes.

—Nadie conoce este lugar excepto yo —dijo Vital.

—Está bien —dijo Arnaud—. ¿Pero el Maestro no lo descubrirá?

—No si tú no se lo dices.

—No lo haré.

—No lo creo.

Arnaud recorrió el espacio, dando un pequeño paseo e intentando no

inhalar el fétido olor.

—Sabes que aquí puedes hacerlo —dijo Vital.

Arnaud no sabía qué podían hacer ahí que no podía hacer en cualquier otro sitio. Miró cómo Vital se bajaba los pantalones y sacaba su miembro regordete.

—Oh —dijo Arnaud. Le dio la espalda a Vital y desabrochó sus pantalones y empezó a orinar en el suelo, apuntando a una extensión de pasto a varios pasos de las puntas de sus pies.

—¡Por Cristo! —dijo Vital—. Intento concentrarme.

Arnaud miró hacia atrás a Vital y vio que su mano estaba sobre su miembro, que estaba más grande de lo que había estado antes.

—Sólo intentaba hacerlo —murmuró Arnaud.

—¿Hacerlo? —dijo Vital. De repente se echó reír a carcajadas como un gallo, dejándose caer sobre el suelo mugriento, con el miembro ya para nada rígido. Se tapó la boca como para impedirse hacer demasiado ruido. Finalmente se sentó, ya sin aliento.

—No sabes hacerlo, ¿no?

Arnaud se quedó en silencio, humillado. Durante el ataque de risa de Vital había vuelto a meter su miembro en sus pantalones y ahora estaba sentado con las manos cruzadas sobre la ingle.

—Si te enseño —dijo Vital, con una expresión seria—, debes prometer que no lo contarás.

Arnaud se lo pensó.

—Lo prometo —dijo finalmente.

—Ahora debes jurarlo.

—Lo juro.

—En el nombre de Dios —dijo Vital.

—Lo juro en el nombre de Dios.

—Y de Cristo.

—Y de Cristo.

—Y por la vida de tu madre.

Arnaud frunció el ceño. Nunca le había contado a Vital nada sobre su madre y quería propinarle un lindo golpe, pero se abstuvo porque era su amigo.

Vital alzó las manos.

—De acuerdo, no por la vida de tu madre —dijo—. Dios y Cristo son suficientes.

Vital se acercó a la pared y abrió las piernas enfrente de Arnaud.

—Tengo que hacer como que no estás viendo —dijo. Cerró los ojos y empezó a acariciar su miembro, que crecía y crecía en su mano.

—Tienes —dijo Vital— que pensar en algo. En una chica, en una mujer.

En la cosa que tienen entre las piernas.

Sin querer, Arnaud se imaginó la abertura roja y palpitante de la mujer embarazada que luchaba por dar a luz. Su estómago se contrajo, e intentó apañar el pensamiento. Vital hacía extraños ruidos, moviendo su mano cada vez más rápido, pero Arnaud no podía evitar imaginar a Vital apretándose contra la mujer, haciendo a otro nonato. Arnaud se puso de pie, con miedo de caer enfermo. Bajó la vista y empezó a tararear la tonadilla que la comadrona le había enseñado.

Un momento después Vital le dio un golpecito en el hombro. Tenía los pantalones puestos y abrochados.

—Estaba intentando enseñarte. Podrías haber observado.

—Lo hice —dijo Arnaud.

—Me imaginé a una buena —dijo Vital.

—Sí —dijo Arnaud—. Yo también.

Cuando Vital le invitaba al lugar secreto los meses siguientes, Arnaud encontraba maneras de no ir decía que el Maestro le había asignado deberes adicionales, o que no podía terminar sus ejercicios de escritura tan rápido como los otros. Arnaud recordaba la conversación que había tenido hacía tiempo con su padre, durante la cual su padre le había advertido de que su miembro crecería y que él debía preservarlo para su verdadera función.

—No abuses de él —le había dicho su padre—, incluso si crece. Crece para la vida, no para el propio placer.

El miembro de Arnaud creció. Mientras yacía de noche desnudo junto a El Pequeño, se daba cuenta de cuán grande se estaba volviendo, y junto con su tamaño, también su apetito creció. Arnaud sentía que le cosquilleaba, que deseaba ser tocado, acariciado como Vital había acariciado el suyo. Arnaud se dijo que pensar en una mujer para producirse placer era menos pecado que producirse placer solo, pues una mujer era necesaria para la reproducción. Intentaba tocarse mientras imaginaba a la mujer desnuda, pero el apetito de su miembro disminuía tan pronto como empezaba, y no continuaba.

Una noche en pleno invierno estaba intentando dormir en contra de la voluntad de su miembro cuando se dio cuenta de que El Pequeño había dejado de respirar. Se volvió para ver si los ojos de El Pequeño estaban abiertos y reconoció la silueta de su perfil: su barbilla y su fuerte nariz, suavizada por la negrura de la noche. Sabía que El Pequeño no estaba muerto, porque sentía el peso de su mirada. A la distancia escuchó los ronquidos del Maestro y sin pensárselo, tocó el hombro de El Pequeño. Tocó su piel y oyó que su respiración empezaba de nuevo. Y luego oyó que la respiración de El Pequeño se aceleraba.

De repente había manos en su estómago, manos en sus muslos, en el miembro entre sus piernas, ya rígido y anhelante. Pensó en su padre, pensó en que debía apartarse, detener de alguna manera el contacto, pero había estado tan falto de caricias, de cercanía: toda su vida, al parecer, había estado solo. El Pequeño acariciaba su miembro arriba, abajo, arriba, abajo y sintió que quería estar cerca, muy cerca de El Pequeño. Y comenzó a tocar, tocar la magnitud de El Pequeño, su firmeza. Él tocaba mientras le mostraba cómo se hacía: arriba, abajo, arriba, abajo, suave, suavemente, para que la cama no chirriara.

Lo que pasó después fue para él una tremenda sorpresa: algo de dentro de él salió expulsado y gimió, y luego hubo humedad en su mano y El Pequeño se giró, dándole la espalda. El Maestro todavía roncaba y Arnaud estaba recostado con su mano sobre el muslo, aliviado, asustado, pensando que ahora sí que había desobedecido a su padre. Se hizo un ovillo en su lado de la cama y escuchó los sonidos de los grillos al otro lado de las paredes. Escuchó la respiración de los chicos y el latir de su propio corazón, y el silencio que había entre él y El Pequeño. Silencio, como si nada hubiera pasado.

Pasaron las estaciones y Arnaud llegó a dominar sus letras. Pronto fue capaz de leer oraciones en latín, luego párrafos, luego se le pidió todos los días que leyera pasajes en voz alta.

Durante todo ese tiempo, siguió con El Pequeño, y con el tiempo éste fue bueno con él incluso de día, guardándole manzanas de la cena y poniéndose de su lado cuando se jugaba a la pelota. Cuando pasaban por el corredor durante el día, El Pequeño le sonreía como nadie le había sonreído antes, con una calidez y una gentileza que le dejaba huella. Imaginaba que su madre quizá le sonreía de esa manera.

A veces, cuando El Pequeño le tocaba durante la noche, le daban ataques de pánico al recordar las palabras del Maestro en su primer día: que si tocaba el cuerpo de su compañero de cama le desnudarían y le darían una paliza. Ahora sabía a qué clase de contacto se refería el Maestro y entendió que este contacto, este acariciarse entre chicos, se suponía que no debía producirse en el mundo. Era algo que debía esconderse, y el esconderse le transformó. Descubrió que ya no podía jugar con Vital como antes. No podía soportar el pensamiento de ver a su padre. El Pequeño era su nuevo gran mundo.

Un día, hacia el final de la tarde, cuando los otros chicos jugaban y el Maestro roncaba solo en el dormitorio, él y El Pequeño se arrastraron a hurtadillas por el pasillo y accedieron por la ventana al lugar secreto que Vital le había

enseñado mucho antes. Arnaud y El Pequeño habían entrado al lugar varias veces, y ahora, con el frío del anochecer, se acurrucaron juntos contra la pared. Se abrazaron y Arnaud se sintió envuelto por El Pequeño. Le quitó la capa, tiró de él hasta que cayó al suelo encima de él. El Pequeño le besaba con besos suaves, dulces: en los labios, entre los ojos, tras las orejas para hacerle cosquillas. Arnaud intentaba mantener dentro la risa. Cerraba los ojos con fuerza y volvía la cabeza para que la otra oreja pudiera ser besada. Intentaba no pensar en Vital, en lo que Vital haría si los encontrara apretados el uno contra el otro. El Pequeño le besó un lado del cuello, y Arnaud se rió en voz alta, abriendo los ojos.

Un instante después vio al Maestro justo arriba, encima de ellos, sacando la cabeza por la ventana con una terrible expresión de aflicción en la boca. Arnaud intentó detener a El Pequeño dándole patadas, pero El Pequeño le sujetó con mayor fuerza y acercó aún más sus caderas. Arnaud luchó contra El Pequeño, buscando espacio con sus pies y con los codos. Quiso hablar, decir algo para advertirle, pero la voz le falló.

—¡Cerdo! ¡Cerdo! —Gruñó el Maestro y El Pequeño miró para atrás y se apartó de Arnaud con un solo movimiento.

—Sólo intentaba darle una lección, Padre —tartamudeó El Pequeño.

—¡Cerdo sodomita! —dijo el Maestro.

Más tarde se les despojó de sus ropas y se les amarró a un poste. Se obligó a los otros chicos a ponerse en círculo alrededor de ellos mientras el Maestro les golpeaba el pene con el extremo de la vara, después les azotó en los costados, en el vientre, en los hombros, en las orejas.

—¡Padre bendito! —dijo el Maestro—, libera del mal sus cuerpos.

Les azotó hasta que sus cabezas colgaron y sus penes empezaron a sangrar. Les azotó hasta que El Pequeño empezó a vomitar. Les dejó toda la noche atados al poste para que sufrieran por sus pecados.

—El bastardo con su boca llena de mentiras —dijo El Pequeño. Arnaud le oía llorar suavemente en la oscuridad.

Por la mañana el Maestro les desató y les dijo que podían quedarse en la escuela con la condición de que confesaran toda la magnitud de sus crímenes.

—Escucharé vuestras confesiones —dijo el Maestro—. Os impondré una penitencia y juzgaré si debéis ser perdonados.

Puso su confesionario entre los suministros de comida de la bodega del sótano. El Pequeño fue el primero en visitarle ahí, y Arnaud esperó su turno en lo alto de las escaleras. Cuando El Pequeño apareció en la puerta de la bodega, le lanzó a Arnaud una mirada feroz y no le tocó al pasar a su lado.

En la bodega, el Maestro se sentó en un banco, las velas parpadeaban

sobre las tapas de los barriles a su lado. Arnaud nunca había asistido a confesión, porque era todavía demasiado joven para hacer la Primera Comuni3n cuando dej3 Foix. Se qued3 de pie junto a la puerta de la bodega, con las manos juntas sobre la ingre.

—Ac3rcate —dijo el Maestro. Su voz era m3s profunda bajo tierra.

Arnaud dio un paso adelante.

—M3s cerca.

Arnaud vio la vara en la mano del Maestro, con la punta descansando en el suelo delante de 3l. Se acerc3 hasta que pod3a sentir el aliento del Maestro.

—Desn3date.

Arnaud sinti3 un escalofr3o recorriendo su cuerpo. No quer3a quitarse la ropa, ser azotado nuevamente. Ya estaba magullado y adolorido.

—¿Es necesario? —musit3.

—Har3s lo que yo te diga —dijo el Maestro— o tu padre se enterar3 de lo que eres.

Arnaud se quit3 la camisa. Se desabroch3 los pantalones y se los baj3 junto con los calzones.

—Ahora me vas a ense3ar —dijo el Maestro—, me vas ense3ar lo que has hecho con El Peque3o. Levant3 la vara y con la punta se3al3 el miembro de Arnaud.

—¿Te ha tocado ah3?

Arnaud temblaba. Asinti3.

—Ense3ame c3mo.

Arnaud neg3 con la cabeza.

—Por favor, perd3neme, Padre.

—Ense3ame.

Arnaud empez3 a llorar. Toc3 su miembro, lo sostuvo en su mano, movi3 su mano ligeramente hacia adelante y hacia atr3s.

—Malo, chico malo —dijo el Maestro.

Arnaud se sec3 las l3grimas con la mano y mir3 al suelo.

—S3, Padre —dijo.

—De rodillas —dijo el Maestro.

Arnaud levant3 la vista y vio c3mo se dilataban las fosas nasales del Maestro.

—Date la vuelta y arrod3llate.

Arnaud se dio la vuelta y se arrodill3.

—Deja de lloriquear —dijo el Maestro.

Arnaud sinti3 la punta de la vara rozar la piel de su trasero.

—¿Te toc3 aqu3? —pregunt3 el Maestro.

La vara hizo presi3n sobre el ano de Arnaud y 3l dej3 escapar el aire.

—S3lo una vez —dijo.

—Sodomita —dijo el Maestro.

De repente, Arnaud sintió un estallido de dolor en su interior, y dejó escapar un grito sangriento, cayendo hacia adelante. Un lado de su cabeza impactó en el suelo y vio al Maestro de pie detrás de él. Tenía la vara metida dentro, como un cuchillo, cortando cada vez más profundo, y lo único que deseaba era que saliera. No, pensó, pero se mantuvo en silencio.

Asumió su penitencia y esperó a que terminara.

Sangró durante toda la tarde, y en la noche metió su tablilla, su estilo y su gramática latina en su fardo. Se le asignó un nuevo catre donde dormir, y esa noche, cuando oyó que el Maestro empezaba a roncar, se alzó del catre, se vistió y se deslizó hasta donde El Pequeño, que respiraba tranquilamente entre sueños. Tan suavemente como pudo, tocó a El Pequeño en la mejilla y se fue.

Era primavera, pero la noche todavía llevaba el frío del invierno. Al dar un paso fuera de la escuela, al aire libre, sostuvo su fardo delante de su pecho para abrigarse. Caminó y caminó, y cuando su trasero empezó a sangrar, salió de la calle principal para esconderse tras un montón de estiércol en un callejón.

Descansando sobre su espalda, ignoraba las moscas que le zumbaban alrededor, y la fetidez de tanto desperdicio, y el tremendo dolor de su cuerpo. Levantó la vista a las casas de ambos lados del callejón y a las estrellas que se veían más allá, tantas estrellas que no podía empezar a contar por mucho que lo intentara. Recordó cómo su padre le había enseñado a contar cuando era un niño pequeño y se dio cuenta de que nunca regresaría con él. El Maestro le escribiría a su padre y él estaría avergonzado de su hijo. Ahora estaba solo.

A la mañana siguiente el dueño de una tienda cercana le descubrió. El hombre había llegado con un balde lleno de excrementos para tirar, cuando vio un riachuelo de sangre que salía de detrás de su cadera. Encontró a Arnaud, lleno de moretones y dormido, y lo tomó por muerto.

—¡Dios todopoderoso! —gritó a todo pulmón, y Arnaud, respirando con dificultad, se sentó, dando un grito de dolor.

—No estás muerto —dijo el hombre, mirando a Arnaud como si se tratara de un fantasma.

Arnaud negó con la cabeza.

—No, señor —dijo. Se puso de pie, estremeciéndose de dolor y recogió su fardo—. Lamento haberle causado un problema.

—¿Un problema? —dijo el hombre. —Yo diría que el de los problemas

eres tú.

Arnaud no supo cómo responder, así que hizo una ligera reverencia y rodeó al hombre. Caminó varios pasos por el callejón, luego se detuvo y se dio la vuelta.

—Disculpe, señor —dijo—, ¿podría decirme por dónde tengo que ir para salir de Pamiers?

El hombre se rascó la barriga, que sobresalía del frente de su capa.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Catorce, creo —dijo Arnaud—. Sí, catorce.

—¿Y tienes una madre que te cure esas heridas?

Arnaud negó con la cabeza.

—Yo tengo una esposa —dijo el hombre—. Siempre está intentando hacer de madre conmigo y no creo que le importe hacerlo con otro.

Sonrió. Arnaud vio lo calmado que estaba el rostro del hombre. Su frente era despejada y lisa en la misma medida en que la de su padre estaba surcada de arrugas.

—¿Chico, no eres un ladrón, no? —dijo el hombre.

—No, señor.

—¿Ni un asesino?

—¡No!

El hombre suspiró.

—Veo en tus ojos que dices la verdad. Y ya que no eres un asesino, mi casa es tuya.

Mientras el hombre le guiaba a través de su tienda, le contó que era zapatero y que se llamaba Jean.

—Jean el zapatero —dijo. Condujo a Arnaud por un tramo de escaleras desvencijadas, vociferando—: ¡Esposa mía! ¡Esposa mía!

Una mujer les dio la bienvenida en una pequeña habitación en lo alto de las escaleras. Sostenía a un bebé sobre sus faldas y sus mejillas estaban rojas como cerezas. Un niño pequeño correteaba por la habitación tras ella, y cuando vio a Arnaud al lado de su padre, sus pies se detuvieron de golpe y se puso a contemplar a Arnaud.

—¡Oh, pobre de ti, cariño! —exclamó la mujer antes de que Jean atinara a presentarle a Arnaud. Le dio el bebé a su esposo y pasó la mano por el cabello de Arnaud, apartándolo de su frente, examinando los cortes y magulladuras de su cara—. ¿Quién podría hacerte algo así?

Sin esperar una respuesta, despachó a su marido.

—Déjanos solos —le dijo—. Yo sé cómo hacer que se mejore. —Tomó a Arnaud del brazo y le llevó escaleras arriba por un segundo tramo a una

habitación desnuda con un catre polvoriento en el suelo.

—Un antiguo aprendiz vivió aquí —dijo—. Pero ya se ha ido y nos ha abandonado tras aprenderlo todo y unirse al gremio. Ha puesto su propio taller en alguna parte.

Pasó junto a Arnaud, se agachó para recoger el catre, que sacudió vigorosamente.

—Era un chico muy agradable —dijo. El polvo llenaba el aire y tosió—. Con cierto parecido a ti. Con los mismos ojos tristes. —Dejó caer el catre al suelo—. Pero haremos que brillen. —Le tendió la mano a Arnaud—. Ven, duerme, cariño.

No mucho después trajo un banco y un balde de agua hirviendo. Desvistió a Arnaud, y él cerró los ojos, dejándole lavar sus heridas. Pensó en su padre, en cómo él mismo una vez había lavado heridas y pasado la esponja por los cuerpos para enfriarlos. Él quería una compresa de vino frío para su trasero, quería clara de huevo para que le aplicaran en las heridas, pero temía tener que explicar el origen de su conocimiento sobre tales remedios.

—Gracias —le dijo a la mujer.

—Bertrande —dijo ella—. Llámame Bertrande. —Le besó en la frente—. ¿Eres huérfano, chico?

Arnaud vio el interior de sus ojos dulces, del color de la miel, y asintió. Cuando salió, se puso a llorar.

Por días Bertrande se encargó de cuidar a Arnaud. A veces se despertaba y la veía atendiendo a su bebé en el banco al lado de su cama. A veces solía cantarle a él y al niño juntos. Por las noches, le dejaba durante un rato mientras alimentaba a los niños y Jean solía visitarle para conversar.

—A los huérfanos les toca la vida más dura —solía decir Jean—. Mejor ten cuidado. Encuentra un oficio y un maestro antes de que se te echen encima los años.

Algunas noches Jean hacía bromas sobre bellas mujeres que habían visitado su tienda. Le decía que, si Arnaud se volvía su aprendiz y progresaba a buen paso en el arte, le daría un estipendio para visitas mensuales al burdel.

—Con catorce años, ya tienes edad, si me apuras. —Jean reía.

Para cuando Arnaud estuvo casi curado, había aceptado aprender el oficio de zapatero bajo la supervisión de Jean. Sabía que la escuela médica era una quimera sin el nombre de su padre y su apoyo. En el fondo ya no sabía si quería llegar a doctor.

En la noche en que aceptó convertirse en aprendiz de Jean, éste

desapareció escaleras abajo y luego regresó con una caja en miniatura en la mano. Se sentó en el banco junto al catre, respirando pesadamente, y sostuvo en el aire la cajita.

—No creo que seas capaz de adivinar qué hay en esta caja —dijo. Levantó la tapa y sacó del interior un trocito de hueso, no mayor a un cortaúñas—. Hueso —dijo—. ¿Y a que no sabes de quién?

Arnaud entornó los ojos al observar el hueso.

—No, señor —dijo al final—, no lo sé.

—El verdadero hueso de San Bernardo.

—¿San Bernardo, señor?

—¡San Bernardo! ¡El verdadero! Y yo quiero que jures sobre él. Que jures por este trozo de hueso.

Sostuvo el hueso enfrente de la nariz de Arnaud y Arnaud lo examinó.

—Señor —dijo—, ¿qué tengo que jurar?

Jean se inclinó hacia él y el hueso se agitó en su mano, casi cayéndose de entre sus dedos.

—Que te quedarás conmigo por un mínimo de cinco años —respondió.

—¿Cinco años?

—Cinco años. Cada día de esos cinco años, del amanecer al ocaso, deberás trabajar para mí. Cada instante de cada hora, tendrás que demostrar prudencia, lealtad, y un gran deseo de dominar tu arte.

Se sentó en el banco.

—A cambio, yo te daré comida, alojamiento y vestido. Y zapatos, por supuesto. —Sonrió—. Y siempre seré respetuoso contigo, Arnaud. Como si fueras el hijo de un hombre noble.

Arnaud no pudo sostenerle la mirada por más tiempo.

—Muchos zapateros se vuelven mercaderes de cierta posición —dijo Jean—. Y muchos han logrado una modesta bonanza. La zapatería no es un oficio del que uno deba avergonzarse.

—No, señor —dijo Arnaud. Puso el dedo en el hueso de enfrente de su nariz y juró.

Su primera tarea del día era hacer la ronda por los vendedores de cuero en el barrio de los curtidores. Si bien en un principio tenía miedo de ser visto por el Maestro de Massabuçu o alguno de sus antiguos compañeros de escuela, con el tiempo se dio cuenta de que ahora pertenecía a Jean y que el maestro no podía ya reclamarle como propio.

Cada mañana, al acercarse al barrio de los curtidores, el penetrante olor de la piel en proceso de putrefacción le abrumaba, y su cuerpo caía en la trampa de pensar que otra vez estaba en el lugar secreto que Vital le había

enseñado, el lugar que había compartido con El Pequeño. Se entretenía fuera de las tiendas de los curtidores, mirando a los maestros y sus aprendices, que se inclinaban sobre troncos alisados, limpiaban de pelo las pieles de los animales y les quitaban la carne con afilados cuchillos. Veía cómo las pieles se pulían y luego se suavizaban con heces tibias de pichón, y casi podía sentir a El Pequeño envolviéndole, casi podía oír el sonido de la barbilla de El Pequeño rozándose con la suya, arañándole.

De vuelta en la tienda de Jean, solía sentarse en su banco de trabajo seleccionando y cortando pieles suaves, apropiadas para las partes superiores del zapato, y dándole forma y ajustando las pieles gruesas, apropiadas para las suelas. Solía pensar en El Pequeño y en lo que habían hecho juntos, y cuando hombres y mujeres llegaban a comprar zapatos, se preguntaba qué secretos escondía la gente bajo sus respetables túnicas de lino, decoradas con remates de respetable piel.

Pasaron tres años durante los cuales Arnaud trabajó para Jean con la misma disciplina y vigor con la que habría trabajado si en verdad hubiera querido dedicarse a zapatero. Con el tiempo llegó a amar a Jean, Bertrande y sus hijos, pero cada vez se sentía más alejado de ellos. Eran gente honesta, buena, sin nada doloroso y vergonzoso que esconder, y mientras más crecía pegado a ellos, más temía que descubrieran lo que él en realidad era: un mentiroso, un fracasado, un pecador.

Al final de la tarde, después de que él y Jean hubieran rebatido los parantes que soportaban el postigo que abría la tienda a la calle, cenaba con la familia, y luego se excusaba para dar un largo paseo. Algunas noches pensaba en El Pequeño. Otras no pensaba en absoluto. Caminaba y caminaba. Observaba: niños jugando a perseguirse, mujeres vendiendo mercancías, mercachifles vendiendo diversos artículos. Entre extraños se sentía más él mismo que en ninguna otra parte. No fingía al caminar. Lo hacía de buena gana.

Una cálida noche de verano estaba caminando a la luz de la luna, cuando vio a un niño en un patio pateando una piedra contra los montones de estiércol. Pudo ver que el niño no tenía más de doce o trece años, la misma edad que tenía él cuando empezó con El Pequeño. Se sintió empujado a hablar con el niño, al menos a acercarse a él y mirarle a la cara.

Se aproximó al niño y vio que su piel era pecosa y sus ojos oscuros. Le sonrió mientras se acercaba.

—Hola —le dijo al niño.

—Hola —respondió éste.

—¿Estás jugando?

El niño asintió.

—Juego a patear la piedra hasta la cima de la pila para que se quede ahí.

El niño empezó a patear la piedra, con la lengua entre los labios en gesto de concentración. Pareció olvidar que Arnaud estaba ahí.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó Arnaud.

El niño le miró.

—Las piedras se quedan bien pegadas en la cima. Mejor que con la tierra.

—Y regresó a darle patadas a la piedra.

Arnaud se imaginó diciéndole cosas al oído al niño y al niño contestando a esas palabras con una mirada larga y curiosa. Se imaginó empujando al niño hasta lo alto del montón, intentando bajarle los pantalones. Pero en su mente temblaba de miedo. En su mente temblaba y apenas podía mantener al niño entre sus brazos.

—Bueno, adiós —dijo, pero el niño parecía no oír.

Retrocedió, alejándose del montón, contento de estar solo en su vergüenza.

No mucho tiempo después de eso, se encontraba caminando de noche por una ruta que conocía bien —por una red de callejones que rodeaban el barrio de los curadores, más allá de una serie de montones de estiércol camino de la catedral— cuando advirtió la presencia de un hombre en una oscura capa apoyándose contra una pared. El hombre parecía tener más o menos su edad, unos años mayor, quizá. Se miraron en silencio, y Arnaud sintió que su corazón latía con fuerza mientras se acercaba.

—¿Buscas una mujer? —voceó el hombre.

Arnaud se detuvo.

—¿Una mujer? —dijo.

—Una ramera.

—No, yo... —No se le ocurrió nada que decir.

—No sería el lugar para encontrarla —dijo el hombre.

Arnaud asintió y reanudó la marcha.

—¿Entonces qué andas buscando? —dijo el hombre.

Arnaud se volvió a mirarle.

—Sólo camino —dijo—. Yo... nada. Debo irme.

El hombre dio un paso adelante.

—Te he visto antes —dijo al acercarse—. Siempre ceñudo, nunca miras hacia el frente.

Se quedó de pie a un paso de distancia de Arnaud.

—Yo conozco el aspecto de los hombres que caminan para pensar: miran al suelo frente a sus pies. Pero tú no. Tú andas buscando.

El corazón de Arnaud latía desenfrenado. Se sintió reconocido.

—Por unas monedas puedo aliviarte —dijo el hombre—. Unas monedas y no tendrás que buscar en absoluto.

Con el tiempo, Arnaud llegó a conocer a los hombres que pagaban por el mismo tipo de alivio. Estaban por ahí, caminando furtivamente por las calles de Pamiers con capas ordinarias y pantalones ordinarios, comprando zapatos ordinarios y llevando a cabo negocios ordinarios.

De noche solía encontrarse con alguno de ellos en las sombras. Lo que le llevaba ahí no era la lujuria, sino el deseo de una intimidad de un tipo que nunca había compartido con El Pequeño, el anhelo de sentirse una vez más cercano a alguien, amado. Solía perderse en la tibieza de su piel, el olor de su sudor, el sonido de su respiración sobre su oído. Incluso la mirada turbada, avergonzada de sus ojos le reconfortaba. Estos hombres con los que se veía estaban vivos, sus corazones bombeaban sangre por las venas que veía a través de su piel, y necesitaba su fuerza vital desesperadamente. El silencio de su vida era tan frío.

Después solía caminar a casa, con la capa sobre los hombros, en tomo a su barbilla, viendo el aliento que manaba de su cuerpo en cortas bocanadas como de humo. Solía castigarse por el placer que había encontrado, con pensamientos de que había abandonado a su padre, e incluso peores: la orden de Dios de que el hombre usara su semilla para multiplicarse. Empezó a concebir el mundo en términos de luz y sombra: todo lo relativo a la reproducción y las mujeres lo veía brillante y puro y divino, todo lo relativo a hombres como él lo veía en la misma medida oscuro y maligno, cadavérico.

Un día vio un reflejo suyo en un espejo en la tienda del barbero y se sintió como si estuviera siendo testigo de su propia muerte. De pequeño su comadrona le había dicho que era un niño hermoso. Ahora era un hombre desagradable, con profundas ojeras cárdenas. Un hombre desagradable de costumbres desagradables. La muerte se lo comía en vida. Sabía que tenía que irse antes de que Jean y Bernadette y los niños vieran la muerte en sus ojos.

El día que cumplió cinco años de trabajo al servicio de Jean, tomó el dinero que había ahorrado de sus estipendios, así como varios zapatos de factura magistral y solicitó formar parte del gremio. Demostró que había ahorrado suficiente dinero como para poner su propio negocio y pagó la cuota de iniciación, convirtiéndose instantáneamente en maestro del gremio.

A la mañana siguiente, empezó a empaquetar y encontró su vieja tablilla, su estilo de hueso y su gramática latina en el fondo de su fardo. Toda la emoción que había sentido por convertirse en maestro se le escurrió. Había sido un niño aficionado a las letras. ¿Dónde estaba ahora ese niño?

Esa tarde se despidió de la familia. Bertrande apoyó su cabeza en su pecho y le abrazó.

—Chico, te amo como a un hijo —le susurró al oído—. ¿Tienes que marcharte?

Él respondió al abrazo, pero de manera contenida, temeroso de que ella percibiera en él el olor del crimen.

—¿Dónde diremos que has ido si viene alguien a buscarte? —gritó ella mientras él salía de la tienda.

Se detuvo, volviéndose hacia Bertrande, los niños y Jean, que estaban acurrucados los unos contra los otros junto al banco en el que se había sentado todos los días durante cinco años. Quería recordar a la familia tal y como estaba ahora, preservar la imagen de sus rostros queridos y amorosos.

—Toulouse —dijo. Y se inclinó ante ellos uno por uno; luego salió a enfrentarse a la ciudad.

Tenía el corazón apesadumbrado y, sin embargo, estaba casi exultante de ser libre. A pie, siguió a una procesión de mercaderes y caravanas que llevaban sacos de lo que él imaginaba que serían sedas y especias de los más lejanos rincones del mundo. Oyó los sonidos de maldiciones extranjeras y las órdenes de los mercaderes y se percató de que debía de haber una feria en Toulouse, una feria gracias a la cual podía entrar en la ciudad sin ser descubierto.

Siguió el sinuoso recorrido del río Garona y vio que el sol levantaba delante de él el rojo encendido de las murallas de Toulouse. Por un momento le dio la impresión de que se acercaba a las puertas del infierno, pero, al acercarse, los campos de fuego se convirtieron en campos de ladrillo que viraban a violeta en la agónica luz del atardecer.

Entró por las puertas de la ciudad y oyó los zumbantes sonidos de celebración: golpeo de bombos, niños riéndose, hombres cantando a la música de los que tocaban sus flautas y violas.

En la distancia escuchó un repiqueteo de castañuelas. Sabía muy bien que sólo los leprosos llevaban castañuelas. El repiqueteo aumentó.

—¡Quedaos cerca! —Oyó a una madre llamar a sus hijos.

Las flautas y las violas se fueron apagando. La multitud se partió en dos y a través de la brecha que se acababa de abrir, vio a un cuerpo de oficiales de la Iglesia y el estado encabezando la marcha de un rebaño de leprosos. Flanqueados por hombres de armas, los leprosos iban vestidos con negros sudarios. Sostenían en lo alto sus manos enguantadas, haciendo sonar sus castañuelas con fuerza.

—Cristo está cerca —salmodiaban, y el obispo que los precedía gritaba

algo que Arnaud no podía oír.

Al acercarse, uno de los leprosos, un hombre alto con una nariz devastada, se tambaleaba en dirección a la multitud y un soldado tuvo que refrenarlo. Otro leproso sostenía en lo alto a su pequeño niño, de rostro tan hermoso como el de un ángel, y lo llevaba sobre los hombros.

—¿Quemarán también al pequeño? —gritó una mujer desde la muchedumbre.

Los oficiales pasaron al lado de Arnaud, y oyó las palabras del obispo. «¡Morid para el mundo! ¡Vivid de nuevo para Dios!».

Miró hacia donde se dirigían los oficiales y vio, en el centro de la multitud, un largo entarimado que sostenía al menos veinte gruesos postes. La celebración no era una feria, sino una pira. Los leprosos estaban camino de la hoguera.

De niño Arnaud había oído hablar a su padre de los leprosos de Foix, a los que se retenía en una colonia cerrada junto al río. Antes de ser separados de la ciudadanía, se llevaba a los leprosos a un tribunal delante de la iglesia y dos o tres eminentes doctores de la ciudad les examinaban, su padre entre ellos. A los leprosos se les ordenaba desvestirse y exhibir sus cuerpos. Si se les declaraba apestados, se les vestía con un sudario, se les administraba el servicio de los muertos y se les conducía por la ciudad hasta la colonia, donde se les abandonaba a la muerte. «Podredumbre espiritual», había oído a su padre llamarles una vez. «Si Dios quisiera que se restablecieran, les habría infectado con una enfermedad que pudiese curarse».

Al vagar por las calles de Toulouse, estrechas y cubiertas de basura, evitando pisar las heces y a los perros e intentando no escuchar los gritos de los leprosos quemándose, empezó a odiar a su padre como nunca lo había hecho. ¡Qué autoridad se arrogaba sobre la voluntad de Dios, sobre la enfermedad misma! ¿Qué si la lepra tenía su propia voluntad, dirigida no por la mano de Dios, sino por su propia fuerza interna? ¿Qué si los infectados por la enfermedad no eran condenados, sino santos?

Durante los meses siguientes, si bien los leprosos se habían ido, rumores acerca de la enfermedad se esparcían por toda la ciudad. Arnaud puso una zapatería y, mientras trabajaba, oía a los viandantes discutir sobre la manera en que la lepra se propagaba.

—Ni por el aliento ni por el contacto —decían algunos.

—Sólo por contacto —decían otros.

—Por aliento. Por el agua. Por el polvo —pensó Arnaud—. Está por todas partes.

Durante el día trabajaba en silencio, y de noche caminaba por las calles,

diciéndose que si la lepra le quería, le tendría, pues el apetito por los hombres se había apoderado de él, a pesar del rezongo de su voluntad herida, moral. Con el tiempo encontró los rincones oscuros de la ciudad donde prostitutas ponían a la venta sus bocas y anos y miembros. Pagaba y consumía sus partes sin examinarlas en lo más mínimo.

—¿No me vas a decir quién eres? —preguntó uno joven, rubio y bonito, antes de embolsarse el dinero de Arnaud.

Arnaud se puso un dedo sobre los labios.

—¿No me vas a decir a qué te dedicas?

Arnaud atrajo al chico hacia él.

—¿No me vas a decir si estás infectado?

—No llevo castañuelas —dijo Arnaud. El chico se apartó de él, incapaz de continuar. Tenía una fe absoluta en que podía salvarse de la enfermedad, proteger su inmunidad, y Arnaud no se atrevió a mancharle. Se alejó y buscó a alguno que no hiciera preguntas.

Si Arnaud buscaba un final para el vacío que sentía, para su vergüenza y su odio a sí mismo, no era capaz de admitirlo.

El final efectivamente llegó. Dos años después de su llegada a Toulouse, mientras orinaba temprano en la mañana, notó una ampolla en su miembro. No le causaba dolor, pero era lo suficientemente grande como para asustarle, como del tamaño de una uña. Pasó una semana completa en agonía y celibato, sabiendo que la lepra podía estar tomando posesión de él. Luego la ampolla se secó y desapareció, y de nuevo se entregó a las temeridades del cuerpo.

Un mes después, estaba con un hombre, a medianoche, cerca del río, entre los árboles. El hombre estaba agachado delante de él, y a la luz de luna llena, Arnaud podía ver el arco de su espalda. El hombre levantó la vista hacia él y entonces, de repente, gritó del asombro. Señaló con el dedo el rostro de Arnaud y se apartó, poniéndose rápidamente de pie.

—Tú, tu... —tartamudeó.

Antes de que Arnaud pudiera detenerle, el hombre se había marchado, pasando por debajo de unos árboles y corriendo por la orilla del río hacia el camino. Mientras Arnaud miraba, empezó a sentir una cierta comezón por sus mejillas y su barbilla y su frente; un hormigueo, después una hinchazón, como si su rostro se estuviera metamorfoseando. Como si la lepra ahora sí estuviera tomando posesión de él.

Se tambaleó hasta la ribera y se arrodilló junto a un tronco medio podrido, con su fecundo hedor de vida agonizante. Observó en el agua iluminada por la luna y vio una terrible versión de su rostro, irreconocible, que parpadeaba

y cambiaba, llena de ampollas y manchas. Se tocó el rostro y palpó áreas de pequeñas ampollas que le cubrían la piel. Se apartó de la orilla del río y se puso en cuclillas.

La noche era enorme a su alrededor, alta, negra e infinita, las estrellas tan elevadas y lejanas. Pensó que, si gritaba con todas sus fuerzas, nadie le oiría. Una mosca le picó en la oreja. La lluvia estaba a punto de caer, olía su cercanía, y de alguna manera le tenía miedo. Moriría pronto, y si su enfermedad era descubierta, incluso más pronto. Oyó el chirrido de los grillos e incluso su modesto sonido le helaba hasta el corazón.

Recordaba haber oído el ruido de los grillos después de su primer encuentro con El Pequeño. Cuán inocente y sin embargo vergonzoso había sido por aquel entonces. Se había sentido apartado de los chicos que vivían a su alrededor, chicos normales, no carentes de madre ni solitarios. Ahora sentía un raptó de piedad por quien había sido de niño, por toda la soledad que había soportado desde entonces. Se había vuelto un hombre dedicado a esconderse y ya no quería esconderse más. Quería vivir, vivir a la luz. Le pareció que su cuerpo, que ya empezaba a pudrirse, estaba vivo con más ímpetu que nunca.

Por un momento pensó que regresaría donde su padre y se arrepentiría de haberle abandonado, por haber pecado con El Pequeño y haberse vuelto un simple zapatero. Luego recordó las palabras de su padre: «podredumbre espiritual» y supo que ya no había ninguna esperanza de reunión.

Empezó a caer la lluvia y él alzó la vista al cielo empapado, a la estrella más brillante. Sintió que Dios le miraba y unió sus manos. Hacía dos años que no rezaba, pero las palabras acudieron a él rápidamente.

—Amado Señor, perdóname. Perdóname. Perdóname.

La noche le tenía ebrio, y todo el cielo parecía estar contenido en la estrella más brillante, y pensó que la estrella podía ser Dios. Aunque estuviera sombrío por el lamento, aunque supiera que había empezado a morir, a ver los bordes de su pequeña y fugaz vida, quería levantar la voz al Cielo, extender las alas en desinhibido amor por la vida, por el amor.

Se prometió nunca más ensuciarse con un hombre. Si se curaba, haría lo que Dios deseaba: casarse, reproducirse, llevar la vida que desde un principio le estaba reservada. Rezó hasta que la luna estuvo baja, hasta que los grillos dejaron de chirriar y la lluvia murió y la estrella más brillante había desaparecido del cielo.

Para el amanecer, por obra de Dios, las ampollas habían desaparecido.

Mientras el amanecer llegaba golpeando con su luz las hojas de la orilla del río, contempló el agua y se tocó la cara con incredulidad. Se preguntó si no estaba en sueños, o despierto ahora y antes en sueños.

Finalmente dejó la orilla del río y caminó a casa. Había vivido una vida

furtiva marcada por el miedo: había aprendido tanto durante la noche, y ahora su vida se le abría sin límites. Dios había abierto su vida por la fuerza, y con el ojo de Dios sobre él no había ya un lugar donde esconderse.

Recorrió las familiares calles de Toulouse, pasando junto a mercachifles y niños y hombres del negocio textil, y le parecía que podía ver las fundas impenetrables en que esta gente se escondía.

En casa descubrió que sus sentidos eran más agudos de lo que habían sido anteriormente. Las prendas que llevaba encima se sentían dolorosamente frías, los parantes que aporreaban los postigos le hacían sentir un hormigueo en la columna y el olor penetrante de vida arrebatada del cuero que usaba para hacer zapatos le parecía insoportable. Acarició la suavidad de su piel, su maravillosa entereza, y dio gracias a Dios con un murmullo.

Durante el tremendo verano, con sus hojas secas revoloteando, esperó sin descanso, con miedo de que las ampollas regresaran, con miedo de abandonar a Dios abandonando el voto que le había hecho. Había prometido encontrar una mujer y vivir a su lado una vida de reproducción, pero cada vez que alguien del sexo femenino entraba a su tienda se sentía tan abrumado, que no podía mirarla, sólo arrojarles los zapatos a sus pies con brusquedad y tomar rápidamente su dinero.

En lugar de acechar las calles por la noche, se puso a estudiar su gramática latina y a practicar la escritura. Para cuando llegó el invierno, había memorizado la gramática y ahorrado suficiente dinero como para comprar un pequeño volumen de Ovidio, que leía por las noches. Se sentía particularmente conmovido por la historia de Narciso, un joven hermoso tan rebosante de orgullo, que frustraba los intentos de todo el que buscara su amor. Una de sus admiradoras era la ninfa Eco, que antes había utilizado su lengua artera para engañar a la diosa Juno y por ello le habían limitado sus facultades de habla, de manera que sólo podía repetir la última parte de las palabras que oía. Cuando Eco espiaba a Narciso en el bosque, se sentía embargada por el amor y anhelaba poder acercarse a él furtivamente con palabras seductoras. Le oía llamar «¿Hay alguien por aquí?» y ella gritaba: «¡Por aquí!». Pero cuando salió del lugar del que se escondía, Narciso la rechazó con muestras de desdén. «¡Quítame las manos de encima! ¡Deja de abrazarme! ¡Moriría antes de darte poder sobre mí!». Avergonzada, Eco escondió su rostro entre las hojas y languideció en cuevas solitarias. Se volvió enjuta y se arrugó, y toda la humedad de su cuerpo se diluyó en el aire. Sólo quedaron su voz y sus huesos, después sólo su voz.

Arnaud no quería rechazar ningún amor de mujer con el que se encontrara, ¿pero cómo iba a abrirse a él? Él, un nonato, temeroso de herir a las mujeres, todavía enamorado —en cierto modo— de El Pequeño.

Una mañana del frío febrero se despertó con el sonido de los bombos y se palpó la cara furiosamente, seguro de que los leprosos serían quemados otra vez en la plaza. Su piel seguía suave, lo cual agradeció a Dios, y se vistió rápidamente.

Fuera, la ciudad hervía de actividad. Gente de todas las edades, vestida con sus mejores galas, limpiaba los desperdicios y el estiércol de las calles, esparciendo hierbas y colgando floridas guirnaldas, tapices y telas de brillantes colores en las fachadas de los edificios. No había postes que ver en la plaza, pero, cerca de ahí, un gran grupo de músicos afinaba sus instrumentos. Arnaud reconoció a uno de ellos como un hombre al que le había vendido un par de zapatos, y se acercó y le preguntó por qué había tanto alboroto.

—Un nuevo Inquisidor —dijo el hombre, acariciando el arco de su viola.

Los músicos avanzaron hacia las puertas de la ciudad y Arnaud les siguió. Si bien tenía algún conocimiento sobre la Inquisición del pasado y de la herejía que se decía que se difundía por la región, nunca había visto a un inquisidor.

A las puertas vio gente que reconocía de su niñez, oficiales reales de Foix, hombres con los que su padre y él mismo habían tratado. Por un momento quiso salir corriendo, pero luego se dio cuenta de que era un niño de doce años cuando abandonó a su padre y la ciudad de Foix, y que ahora era un hombre.

Un tenor y un contraalto empezaron a cantar por encima de él, en la tarima.

—¡Está llegando! —gritó alguien, y la muchedumbre rugió.

Cuando el Inquisidor llegó, Arnaud no pudo verle desde tras la masa de gente. Pero siguió la procesión a través de las calles hasta la catedral. Por encima de las cabezas, delante de él, vio a un hombre, a quien tomó por el Inquisidor, subiendo al púlpito para dirigirse a todos ellos. Era moreno, de unos cuarenta años, o quizá cuarenta y cinco, con una cabeza cubierta de un negro cabello rizado que empezaba a encanecer, y una nariz que parecía un pico. Dio la impresión de que tropezaba, pero luego un fraile vino en su ayuda, ayudándole a dar el paso final al púlpito. Al bajar el Inquisidor la vista al rollo de pergamino que acababa de abrir, el fraile hizo una pausa para contemplar a la multitud bajo él. Arnaud se quedó helado: el maestro de Massabuçu se había convertido en fraile después de todo.

—¡Es la voluntad de Cristo que todos los cristianos sean como uno solo! —empezó el Inquisidor mientras el maestro de Massabuçu bajaba las escaleras—. Para todos los que han sido engañados por falsos pastores y han

abandonado el rebaño de la bondad de Cristo habrá un periodo de clemencia. Durante tres semanas, todo cristiano que haya abrazado la herejía o haya asistido, defendido y encubierto herejes de cualquier manera, podrá venir a confesarse y abjurar de su pecado. Esos pecadores serán redimidos por la Iglesia a través de la penitencia.

Murmullos recorrieron el gentío en ondas.

—Para el pensamiento herético mantenido en secreto —continuó el Inquisidor, con una voz de un colorido más oscuro—, la penitencia será menor que para el abierto desafío a la Iglesia Y para los crímenes que insulten la Benevolencia del Señor, adulterio, incesto, sodomía...

Arnaud dejó de escuchar. *Sodomía*. No se había enterado hasta ese momento de que la Inquisición también perseguía ese crimen. *Cerdo sodomita* le había llamado el maestro de Massabuçu, y el maestro de Massabuçu ahora servía en nombre del Inquisidor.

Lentamente Arnaud se abrió camino entre el gentío hacia el portal de la catedral preguntándose si Dios había aceptado su voto y le había dado una vida nueva sólo para castigarle con mayor severidad. Había oído la promesa del Inquisidor de un periodo de clemencia, pero ni por un momento consideró la posibilidad de confesarse. ¿Cómo podía él creer en la piedad confesional cuando su único confesor había abusado de él violando su cuerpo con una vara?

CAPÍTULO ONCE

Seis días después del Sermo Generalis de Toulouse, cuatro días después de que Pierre Clergue hubiera entrado en casa de Ava y le hubiera hecho el amor, los esbirros de Bernard llegaron a la aldea buscando a Philippe Guilhabert. Llegaron a Montaillou justo después de que el sol se hubiera puesto, cuando la mayoría de los aldeanos estaba sentada cómodamente delante de sus hogares, disfrutando de una cena invernal de jamón ahumado y tripas de cerdo.

Fabrisse aún no había terminado sus rondas de venta de vino y estaba a punto de llamar a la puerta de uno de sus consumidores habituales, cuando divisó a dos hombres a caballo a lo lejos. Como Ava le había contado que los esbirros estaban en camino, y como estos hombres cabalgaban al paso más veloz que había visto en su vida cabalgar colina arriba, supo que el peligro estaba cerca. Se recogió el dobladillo del vestido y corrió de vuelta a casa.

La señora Rives estaba dormida, como casi siempre, y Eco intentaba cortar una col para su cena. Fabrisse tomó una tibia barra de pan del saco de productos que había juntado haciendo trueque, tomó a Eco de la mano y se la llevó a su dormitorio.

—Calladas. Debemos quedarnos calladas —dijo Fabrisse.

—Calladas, mamá —dijo Eco, tendiendo la mano para tomar un trozo de pan.

Si los esbirros podían venir a por el esposo de Ava, pensaba Fabrisse, podían ciertamente venir también a por ella, casada en herejía por los Hombres Buenos; podían ciertamente venir a por Eco.

Esperó a que su niña hubiera devorado el pan y se hubiera quedado dormida. Fabrisse escuchaba y escuchaba, y oía sólo la tranquila respiración de Eco, las lejanas llamadas de un búho y cierto movimiento en los arbustos

al otro lado de la ventana.

Cuando la luna estuvo en lo alto, se envolvió en la capa, salió de casa y corrió por el camino helado hasta llegar donde vivía Ava sin aliento. Frente a la casa de ésta, tuvo de repente miedo de que los esbirros siguieran ahí y rodeó la casa para dar unos golpecitos en la ventana del dormitorio de Ava.

Después de un momento, los postigos se abrieron de golpe.

—¿Philippe? —Oyó el susurro de la voz de Ava.

—Soy yo, Ava —dijo Fabrisse.

A través de la pequeña rendija entre los postigos, vio a Ava, desnuda y temblando de frío, con su larga trenza bajando por su hombro hasta uno de sus pequeños pechos. Sostenía una vela, y las sombras que se proyectaban sobre su cara la hacían parecer ora asustada, ora sombría, ora serena, hermosa. Fabrisse no podía apartar sus ojos de la figura espigada y fina de Ava, lo que el párroco había visto y deseado. Había algo en su esbeltez, en la manera en que su trenza se curvaba sobre su hombro, que hacía que Fabrisse quisiera adorarla. Él la adoraba, la había poseído, e incluso más.

—Tenía miedo de que te hubieran detenido a ti en lugar de Philippe —dijo Fabrisse.

A va negó con la cabeza y su trenza se balanceó sobre su pecho.

—No —dijo. Se apartó de la ventana por un momento, luego regresó cubierta de una sábana de sarga. Abrió más los postigos—. Les dije que Philippe había muerto. Me miraron como si no me creyeran y dijeron que regresarían con órdenes del Inquisidor... Vete a casa, Fabrisse. Vivir en esta aldea ya no es seguro.

Esa noche Fabrisse no pudo dormir por todas las imágenes que abarrotaban sus pensamientos, imágenes del párroco y de Ava. En el calabozo de la fortaleza, le había visto entre las piernas de la castellana, le había visto a la luz de la lámpara. Ahora veía su nuca, sus piernas, los montículos de su trasero. Veía la manera en que se contraía hasta caer, y odiaba a Ava por ser una beneficiaria más de las acometidas del párroco.

Se bebió copa tras copa el vino hasta que la jarra quedó vacía.

—No hay comida para Eco mañana —se regañó a sí misma, y luego tomó el cántaro de vino, racionado para dos días después, y empezó a beber de él.

Se sobresaltó al ver a Eco de pie desnuda a no más de diez pasos de ella.

—Vete a la cama, Eco —le dijo; sus palabras eran un ronco balbuceo.

Eco le tendió una mano.

—Vete a la cama —dijo otra vez Fabrisse. Sintió que las náuseas le recorrían el cuerpo. Se limpió los labios y se recostó para descansar sobre la banca.

—A la cama, mamá —dijo Eco. Caminó hasta Fabrisse y tiró de la manga de su vestido.

Fabrisse escondió el rostro entre sus manos. Sentía que unos dedos la pellizcaban. Sentía que iba a enfermarse.

—Vete, Eco —dijo, pero la niña se aferró a su pecho, como si fuera un bebé y mamar todavía fuera algo natural en ella—. No, gimió Fabrisse.

Estaba cansada de que su alma le fuera chupada como tuétano. Quería que el párroco la besara.

—Vete —decía, y la saliva le llenaba la garganta. Bajó el brazo y entrevió el rostro pálido, asustado, de su pequeña niña, y luego le vomitó encima todo el vino.

Por un momento Eco se quedó pasmada, con los brazos a los lados. Lentamente, pasó la vista por su cuerpo, que chorreaba un vómito no de un color rojo brillante, sino del tono apagado de la sangre seca. Alzó la vista a la boca de Fabrisse, y entonces su propia boca se abrió y empezó a llorar a gritos.

—Eco —dijo Fabrisse, limpiándose la boca—. Te dije que te fueras. Mira lo que has hecho.

En plena ebriedad, Fabrisse luchó para poner a calentar una olla con agua, que cargó hasta el barril de fuera. Alzó a Eco para meterla en el barril y la lavó en el agua hirviente.

—Ya lloraste bastante, Eco —le dijo—. Debes perdonarme. Dime que soy una buena madre. Vamos, dilo. Eres buena. Eres una buena madre.

Eco alzó los ojos en dirección a Fabrisse y apenas podía ver con todas esas lágrimas en los ojos. Frunció los labios e hizo un gran esfuerzo por repetir las palabras de su madre, pero por mucho que lo intentó, su voz no se dejó oír. Durante toda su juventud, Eco supo algo de la manera en que su padre se había quitado la vida, de la manera en que había vomitado la sangre de su cuerpo; y cuando su madre vomitó encima de ella, pensó que el vómito era sangre, que también su madre se estaba muriendo.

Pasó la temporada de sembrío sin que llegara la lluvia, Fabrisse se bebía el vino en vez de venderlo y Eco mantenía su silencio. Cuando no era posible negar que la primavera ya debía de haber llegado con sus chaparrones, se declaró la sequía, y la gente de la región se preparó para la escasez.

En vez del agua, esbirros inundaron Montaignou. Anunciaron en la plaza que Jean Marty, Prades Tavernier y los hermanos Authié estaban siendo perseguidos. Quienes tuvieran noticia del paradero de cualquiera de los cuatro debían dar un paso al frente o confesarlo ante el párroco. Ava fue llamada a testificar contra su esposo ausente. Tendría que arreglárselas para

llegar sola a Toulouse y encontrar allí alojamiento, y si no aparecía el día que la habían citado, sería arrestada.

Después de que los esbirros dejaran la aldea, Fabrisse se sentó en la cocina de Ava, mirando cómo ésta daba un paso hacia el fuego y luego se alejaba, intentando fijar una pauta de acción. Podía huir con su hija, pero si la atrapaban, la meterían para siempre en prisión. Podía testificar y persistir en la mentira de que Philippe estaba muerto, pero si le atrapaban, ella sería acusada de jurar en falso.

—El único camino es la confesión —pensó en voz alta—. Puede que encuentren a Philippe, puede que le arresten, pero si yo confieso la verdad acerca de él, quizá tengan piedad conmigo.

Ava no esperó a consultar al párroco, y Fabrisse pensó que quizá tenía miedo de que él le hiciera otra vez el amor, miedo de que él la convenciera de callar la mentira que había construido en beneficio de su marido. Antes de que los primeros rayos de la mañana brillaran sobre la meseta, Ava había partido con su hija.

Como Fabrisse llegó después a saber, el Inquisidor prefirió ser misericordioso con Ava y le ordenó emprender una peregrinación a la catedral de Chartres, a ayunar todos los domingos y a rezar el padrenuestro tres veces al día. Sin embargo, mucho antes de que Ava regresara de su peregrinaje penitencial, los esbirros volvieron a Montaillou.

Esta vez se presentaron en la casa de Na Roqua, la curandera, y la encontraron gimiendo en la cama, alegando haberse caído de una escalera y haberse roto todos los huesos. Le dijeron que volverían en verano con una citación, y partieron para la casa del anciano Belot. Allí encontraron las habitaciones vacías de gente y de comida, ni siquiera un jamón colgaba junto al hogar. Se precipitaron por el camino hasta la casa de Esclarmonde d'Argeliers, la vieja que vivía encerrada, de la que se decía que era hechicera, la que había matado por error al Hombre Bueno. Cuando Esclarmonde no acudió a sus llamadas a la puerta, los esbirros echaron abajo la puerta y la encontraron agachada en una esquina con su espada. Malinterpretando su miedo como resistencia, la apresaron inmediatamente y regresaron a Toulouse.

Corrían rumores de que el párroco conocía la llegada de los esbirros y que le había dado instrucciones a la vieja curandera de fingir un accidente y que había ayudado a la familia Belot a huir a Cataluña. Algunos decían que usaba a la Inquisición en su propio provecho con las mujeres de Montaillou y que había tomado como amante a toda posible sospechosa: Raymonde Gauilhou, Gaillarde Benet, Alissende Roussel... La lista era larga.

—La aldea hablará porque el párroco está del lado de la Iglesia —decía una de las clientas de Fabrisse, y Fabrisse quería creerle. Pero cuando se sentaba en la azotea a la salida del sol, mirando cojear al párroco en su camino a la capilla, pensaba que reconocía en su distante rostro una expresión de locura, la misma locura que había visto cuando le conducía de regreso del calabozo, del lado de la castellana. Era la locura de haberse apartado del camino de la virtud, pensaba ahora, la locura de temer que estaba apañándose todavía más.

La sequía continuaba y los aldeanos reñían en las calles, lanzando como piedras las acusaciones de herejía. Una mañana de mayo, una ligera lluvia empezó a caer y todo el mundo corrió a la calle, aplaudiendo y riendo con alabanzas y plegarias. Luego la lluvia dejó de caer y los aldeanos se dieron la espalda los unos a los otros una vez más.

No fue mucho después de la caída de la lluvia cuando Philippe Guilhabert fue apresado. Había intentado robarle una barra de pan a un joven pastor de las montañas, o eso contaban, y el pastor le había atado y había reportado el crimen al comisario de Lordat, quien le sacó el nombre y avisó inmediatamente al Inquisidor.

Dos meses después, cuando la tierra empezaba a resquebrajarse por la falta de humedad, Jean Marty, Prades Tavernier y el menor de los hermanos Authié fueron atrapados en un paso de Cubières a Torroella de Montgri en Aragón. Se descubrió un tiempo después que el Inquisidor le había prometido a Philippe la libertad si no sólo juraba convertirse a la verdadera fe, sino que también ayudaba a los esbirros a capturarles. Fingiendo que su regreso a su antigua fe era sólo una apariencia, Philippe visitó en Foix a la madre de los Authié, quien le había hospedado y dado de comer en numerosas ocasiones, confiando en él. Ella le contó que sus hijos se estaban escondiendo con Jean Marty y Prades Tavernier en la casa de un Creyente en Arques. Philippe encontró a los hermanos y a sus dos acompañantes y les contó una elaborada mentira, afirmando que había escuchado los planes del Inquisidor de rodear la ciudad con esbirros. Les convenció de partir inmediatamente a Aragón, donde decía que su hermano, que también era Creyente, se escondía. Los esbirros les esperaban en el paso cerca de Torreola. Si no hubiese sido por el problema digestivo que había obligado al hermano mayor a regresar a Cubières, habrían pescado a los cuatro.

El miedo se exacerbaba en la aldea de Montailou. Nadie sabía qué nombres emergerían de los testimonios de los hombres que habían sido apresados o quién sería llevado a juicio a continuación. Sin grano que cosechar, los aldeanos se quedaban en casa, protegidos del calor del sol,

manteniendo los ojos abiertos. Cuando poco después el cuerpo del padre de Bernadette Marty fue encontrado desmembrado y esparcido delante de las puertas de la fortaleza, nadie se sorprendió. La profecía de Na Roqua de que iba a producirse un asesinato se había cumplido y corría el rumor de que el viejo había entretenido al Inquisidor con sus palabras. Se sobreentendía que el asesinato era una advertencia para los habladores. Hasta el supervisor de la fortaleza parecía demasiado atemorizado para perseguir a los sospechosos del crimen.

—Ha muerto un anciano —dijo nerviosamente en la plaza—. Ha vivido una larga vida. Seamos buenos los unos con los otros de ahora en adelante.

No le faltaban razones a Ava para huir. Después de su testimonio y su peregrinaje, muchos en la aldea la habían acusado de dar falso testimonio. Ahora que se había descubierto que Philippe era un traidor, Ava sabía que su vida y la vida de su hija estaban en peligro.

Una noche antes de su partida, Fabrisse trajo consigo una jarra y una taza, ambas llenaron un saco de comida para el viaje de Ava.

—Te contaré un secreto —dijo Ava, con la boca suelta por la bebida—. Hace algunas noches se me acercó un mensajero. Era noche cerrada, arrojó un guijarro a mi ventana y yo pensé que eras tú. «¿Fabrisse?», le dije. «¿Eres tú?». Y él dijo: «No, soy un mensajero de su esposo».

—¿Y estabas vestida? —preguntó Fabrisse.

—¿Vestida? —dijo Ava—. No le dejé que me viera, por miedo a que fuera un espía de la Inquisición o bien un asesino. Pero le escuché mientras me contaba que Philippe ahora estaba a cargo del Inquisidor y que trabajaba para él. No podía decir dónde vivía Philippe, pero me llevaría hasta él. Me ha perdonado por confesarme ante el Inquisidor y nos quiere a mí y a Béatrice.

—No se te habrá ocurrido ir —dijo Fabrisse.

Ava asintió.

—Me desea, ¿es que no lo ves? Yo seguía pensando que él iba a regresar con su esposa de Cataluña, con sus muslos de niña. O que iba a encontrar a otra mujer para casarse. Pero no, me escogió a mí.

—Pero Ava, tú le querías ver muerto.

—Sí, le quería muerto, pero las cosas serán más alegres ahora que me desea.

Ava tomó la taza de la mano de Fabrisse y bebió.

—El párroco vino anoche —dijo—. Ha estado viniendo desde aquella primera vez, pero anoche fue la primera vez que le dije que se fuera. «¿Sin un beso?», me preguntó, y yo le conté lo de Philippe, que me quería de regreso y que yo iba a ir a su encuentro. «Pero yo te amo como ningún otro», me decía

el párroco, y mi corazón casi explota del amor que entonces sentí por él. «Eso se lo dices a todas tus mujeres», dije yo.

—¿Entonces él tiene otras mujeres? —preguntó Fabrisse.

Ava suspiró.

—¡Muchas! —Una pequeña sonrisa se insinuó en sus labios—. Hay algo que usa conmigo, una bolsita que dice que nos mantendrá seguros. Le he pedido que me la deje. «Si no tienes otras mujeres», le dije, «estará segura conmigo». Pero nunca me la deja. No... Hay otras. Y le dije que para mí había otro, y que ese era mi esposo, el único hombre que me había dado su semilla.

Fabrisse recordó la locura que había visto en el rostro del párroco, y se preguntó si su propio rostro tenía ahora esa expresión de locura: ella, una mujer que deseaba a un hombre en cuya bondad nunca podía confiar por completo. Ava se fue una vez más. La sequía persistía, y la falta de trigo, consecuencia de la falta de lluvia, significaba para los aldeanos un excedente menor para comprar el vino de Fabrisse. Pedía menos a cambio de una taza, y luego incluso menos, y cuando Eco rompió a llorar tras una cena de sopa aguada, Fabrisse se dio cuenta de que la sequía solamente había empezado a sentirse. No tenía ningún excedente para cambiar por más vino a su proveedora; se dio cuenta de que tenía que dejar de beber si quería mantener viva a su hija.

Sin vino, se volvió más amargada, más frustrada ante el persistente silencio de Eco, y más sensible a la sospecha de que Pons le había arrebatado la voz a la niña. Una mañana a finales del verano, despertó a Eco de una sacudida, anunciándole que ya tenía siete años de edad. A decir verdad, no sabía la fecha de nacimiento de Eco, pero recordaba estar trabajando bajo el calor del verano, y no había nunca conocido un calor como el de ahora.

La niña se incorporó, apoyándose sobre los codos, sonriente y feliz.

—Y, como niña de siete años que eres —continuó Fabrisse—, debes hablar.

Eco frunció el ceño. Se echó en la cama e hizo una mueca con los labios, sus mejillas color carmesí del esfuerzo por encontrar su voz. Al final, se hizo un ovillo y hundió su rostro en la almohada de la vergüenza.

Fabrisse miró al techo arrugando la frente.

—¡Devuélvesela, Pons! —gritó.

Justo en ese momento hubo una violenta sacudida en la puerta. Fabrisse se levantó de un salto, segura de que era Pons que venía por ella enrabiado.

—¡Por orden del Inquisidor de Toulouse —oyó—, abrid la puerta!

Más esbirros.

Escondió a Eco con la señora Rives y acudió a la puerta, con el corazón en un puño. ¿Había testificado alguien en contra de ella? ¿Por qué el párroco no le había advertido de la llegada de los esbirros como había advertido antes a

otros?

Pasando el umbral había dos hombres con armaduras de placas abrochadas con correas. Tras ellos, a la luz del nuevo día, una muchedumbre de aldeanos se había reunido en su jardín.

—¿Es esta la casa de Pons Rives? —le preguntó uno de los hombres.

Se puso la mano como visera para ver bien sus facciones. Tenía un cuello grueso y un hoyuelo profundo en el mentón, y la miraba como un lobo a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Está muerto. Era mi esposo —dijo ella—. Ya no hay aquí herejía alguna.

—De acuerdo —dijo el otro. Era un chico picado de viruela de ojos amables—. ¿Podemos entrar?

Ella dio un paso atrás para permitirles la entrada y vio al párroco de pie entre un grupo de niños a un lado de la multitud. Reculó y bajó los ojos mientras ella cerraba la puerta.

Dentro, los esbirros se sentaron a la mesa de la cocina y el más brusco de los dos anunció que Pons había sido declarado culpable de herejía en la corte inquisitorial. Ella preguntó si podía saber quién había hablado en contra de su marido y el chico de ojos amables la contempló mientras se arrancaba el pelo de la coronilla.

—Nadie ha dicho una palabra en contra de usted, señora —dijo—, y usted no ha sido aún convocada.

El otro refunfuñaba, y sus ojos se paseaban entre la garganta de Fabrisse y sus pechos.

—Su esposo ha sido condenado —repitió—. Y la sentencia le ha sido impuesta por el Inquisidor. —Se inclinó hacia ella, y la banca en la que se sentaba rechinó—. Si quiere evitar sospechas —dijo él— será mejor que nos lleve al lugar donde se dice que está enterrado junto a la esposa hereje de Jean Marty.

Mientras los hombres la esperaban en la cocina, Fabrisse fue a la habitación de la señora Rives y la encontró llorando quedamente en la cama, con Eco hecha un ovillo bajo las sábanas a su lado.

—Entonces lo has oído —dijo. La anciana se llevó la sábana hasta la barbilla—. Te ayudaré a salir de la cama —dijo Fabrisse—, si quieres venir a su tumba por última vez. Te ayudaré.

La anciana volvió hacia ella sus miserables ojos y le dijo:

—Nunca volveré a dejar esta cama... Mi pobre Pons... Mi pobre Pons.

Si bien habían pasado años desde que Fabrisse había dejado de cubrirse la cabeza, ahora se la envolvió con cuidado, y se echó encima del vestido un chal de luto, grande y oscuro. Dejando a Eco con la señora Rives, salió con los

esbirros en presencia de la multitud y notó que muchos de los aldeanos llevaban palas en las manos. Se estremeció al mirar sus rostros sin expresión. No era que sus ojos carecieran de piedad por ella, sino que no parecía haber un alma tras ellos, como si los espíritus de estos hombres hubieran huido de sus cuerpos por el momento, para que éstos pudieran seguir sin titubeos las órdenes de los esbirros.

Todos anduvieron el camino en silencio, pasando la capilla, hasta la colina cubierta de hierba donde se alzaba el olmo torcido bajo el que yacían Pons y Bernadette.

—Ahí abajo —dijo Fabrisse, con la voz rota.

—¿Dónde dice? —dijo el más brusco de los esbirros.

—Ahí —dijo Fabrisse, señalando las raíces del árbol—. ¡Ahí!

Se dio la vuelta y caminó una corta distancia para apartarse de la multitud, luego levantó la vista hacia la roca de la colina junto a la cual el párroco se había detenido a mirar durante el entierro de Pons. Había sido un día gris, y el cielo parecía allanar la pendiente de la colina. Ahora el cielo era tan azul que casi cegaba. La hierba era amarilla y ella ya no sabía en quién confiar. Oyó a los hombres gruñir mientras cavaban a su espalda, y echó una mirada a su alrededor. Una joven aldeana, que antes había sido una de sus clientes ocasionales, estaba hurgando en un túmulo de la tierra extraída, fresca, oscura de la latente humedad. La joven sacaba lombrices y larvas y las escondía en el bolsillo de su falda, sin ninguna vergüenza. Fabrisse no pudo seguir mirando. Se dio la vuelta de cara a la roca.

Cuando terminaron de cavar y los restos de los cuerpos habían sido desenterrados, una de las mujeres de la multitud le dio a Fabrisse un golpecito en el hombro.

—Se acabó —musitó, y Fabrisse miró alrededor con precaución. Aunque no quería saber qué quedaba de su esposo, sabía que era su obligación apoyarle incluso en la muerte.

Frente a los montículos de tierra alrededor de la base del árbol, sobre la hierba amarilla, entre la multitud de aldeanos a un lado y los esbirros y el párroco al otro, descansaban dos pilas de huesos. Fabrisse estaba preparada para algo horripilante: carne medio devorada por los gusanos, rostros tan descompuestos que eran apenas reconocibles, pero no estaba preparada para la nada. Para simples huesos. ¿Dónde se había marchado Pons?

—Ya podéis recogerlos —dijo el esbirro.

Sin pensárselo, Fabrisse pegó un grito.

—¡No!

Los rostros ausentes de los aldeanos se volvieron hacia Fabrisse, y ella, en silencio, se acercó a los esqueletos quebrados, pasando la vista de uno a otro.

—A... A... mi esposo lo cargo yo —dijo.

Con seguridad sabría cual de las dos pilas era Pons, pero fue incapaz de distinguirlas, no pudo.

—Es el de la izquierda —resonó la voz del párroco. Ella echó un vistazo en su dirección, y él asintió cuando sus ojos se encontraron.

—Había un anillo en el dedo del cuerpo de la derecha —dijo él—, un anillo que ya no está. Bernadette llevaba anillo, lo recuerdo bien.

Mientras los otros recogían los huesos de Bernadette, Fabrisse extendió su chal sobre el suelo. Se sentó contemplando la tranquilidad de los huesos de Pons. En su calavera, en los orificios donde habían estado sus ojos, ahora había terrones. Ella deseaba los ojos de Pons, bondadosos cuando se encontraron con ella por primera vez. Deseaba sus manos, que la acariciaban hasta calmarla. Deseaba su sexo, su vello púbico, tanto a él como a su alma, eso creía ahora. Él había matado una parte de su esencia en un esfuerzo por salvar la otra.

Tocó la calavera, más fría de lo que esperaba, y cuando la sostuvo en sus manos, más ligera. Depositó hueso por hueso sobre la negrura de su chal y se preguntó por la integridad de cada uno de ellos: por ninguna parte había señal del cristal que le había arrebatado la vida hacía ya más de siete años.

Escuchó al esbirro amable decirle al otro que se estuviese tranquilo.

—Hay tiempo —dijo—. Dale a la mujer un momento.

Amarró entre sí las puntas del chal haciendo un atado de huesos, y vio las raíces del olmo intentando alcanzarla ávidamente. Cuando enterró a Pons había pensado que el olmo era inocente, pero ahora veía que este obstinado árbol le había consumido, en silencio, como la vida consume vida para seguir adelante.

Cuando llevaron los restos a la plaza y los esbirros ordenaron a los aldeanos construir dos piras y los aldeanos les complacieron, los huesos fueron quemados. Fabrisse se quedó con el resto en un círculo en torno a las llamas, mirando cómo el negro humo se elevaba sin hacer ruido, y pensó: «Ese es Pons, ese humo, abriéndose paso hasta el cielo, flotando, ascendiendo como un ángel, alzándose y luego cayendo en briznas de ceniza sobre el suelo». Aunque supiera que la ocasión debía llenarla con un tipo de pena que no había jamás conocido, sintió que un extraño alborozo se alzaba en su pecho, y no podía creer que importara si Pons era quemado o enterrado en tierra consagrada. Cenizas y polvo, ¿no era eso lo que las Escrituras decían que éramos? Y ella lo había visto: en la tumba era un hombre, desenterrado ya no. Ahora él era el olmo, era el humo. Y todo cuerpo que había sido enterrado para yacer en espera del día del Juicio Final era la hierba y el grano y la fruta que crecía y caía, alimentando a los niños para que pudieran crecer. ¿Qué

clase de Dios dejaría fuera del Cielo a un hombre porque había intentado servirle lo mejor que sabía?

Ni siquiera los niños rompieron el silencio durante la quema de Pons y Bernadette, sino que se quedaron en el círculo junto a los otros. Fabrisse percibió su silencio, y el ensimismamiento de sus vecinos, pensó que incluso si todos ellos se agarrasen de las manos para unirse entre sí en oración, nunca podrían estar más cerca entre sí de lo que estaban en ese momento. Ninguna mujer se lamentó, ningún hombre gritó para protestar, pero sintió la fuerza de su compasión. Y por muy negra que fuera a ser su vida en adelante, siempre tendría presente el recuerdo de su espontáneo amor.

Las piras se encendieron cuando la altura del sol señalaba el mediodía. Fabrisse se dio prisa para recoger la ceniza, que se había esparcido como polvo por la tierra seca, pero el más gentil de los esbirros se agachó junto a ella y le dijo en voz baja que no debía hacer eso. «No querrá dar la apariencia de querer hacer de su esposo un mártir», dijo. Esperó a que ella vertiera la ceniza en el suelo antes de retirarse adonde el otro esbirro esperaba, junto a la pira aún ardiente.

Sudando por el calor, anunciaron que Jean Marty, el esposo de Bernadette, se había convertido a la verdadera fe la víspera del día de su condena. Por ello su casa permanecería en pie, pero la propiedad de Pons Rives iba a ser confiscada por la Iglesia, y en el plazo de dos días, al amanecer, su casa sería quemada, para que quedara como señal de las consecuencias de abandonar el rebaño sin arrepentimiento. El esbirro más gentil dirigió sus tristes ojos a Fabrisse.

—En dos días, al amanecer —repitió—, para que el resto de la familia tenga tiempo de prepararse.

Fabrisse regresó a casa completamente aturdida, preguntándose qué harían ahora ella, la señora Rives y Eco. Últimamente se había abstenido de beber, pero aun así llevaba a casa apenas suficientes cosas para hacer el trueque por alimentos. Nunca podría permitirse pagar por una casa, sin importar cuánto podría costar. No. Tendría que mendigar por un techo, y si eso no funcionaba, tendría que regresar a Ax-les-Thermes.

En casa encontró a Eco dando vueltas del pánico en torno a la cama de la señora Rives. La anciana estaba sonrojada y afiebrada al tacto, y la niña gimoteaba con la respiración entrecortada como un animal herido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fabrisse. Su primer pensamiento fue que la señora Rives había tomado alguna clase de veneno. Nunca había visto que una enfermedad hiciera su aparición tan rápidamente desde la muerte de Pons—. Trae un paño y agua fresca —le dijo a Eco. Cuando la niña se

marchó, Fabrisse se agachó junto a la anciana y examinó su boca en busca de sangre—. ¿No te has hecho daño, no? —le preguntó en un susurro.

Sin abrir los ojos, la anciana negó con la cabeza, y una lágrima resbaló por un lado de su mejilla. Fabrisse se la secó y tomó la mano de la anciana.

—Debes ponerte bien —le dijo con dulzura—. Ahora te necesito.

Eco trajo un cuenco con agua y un paño, y se sentó a los pies de la cama mientras Fabrisse le quitaba a la anciana los cobertores. Fabrisse empapó bien el paño en el agua, lo exprimió, y envolvió con él los pies de la anciana.

—Esto te bajará la fiebre —murmuró. En voz muy baja, le contó que Pons había sido liberado y que se les estaba haciendo dejar la casa—. Ha habido tanta tristeza entre estas paredes —musitó—. Es mejor que nos vayamos, y ¿quién soy yo en esta aldea sin usted? ¿Quién es Eco? —Retiró el paño de los pies de la anciana, lo sumergió otra vez en el agua y lo volvió a exprimir. Levantó un poco el camisón de la anciana y le pasó el paño por las piernas.

—No dejaré esta cama, te lo dije —dijo la anciana, con los ojos todavía cerrados.

Fabrisse se volvió a Eco, que estaba encogida en el suelo, como si oliera la muerte en el aire.

—Reza —le dijo Fabrisse— para que Él ahora tenga piedad de nosotros.

A la caída de la noche, la señora Rives estaba tan profundamente afiebrada, que la cabeza empezó a írsele. Veía a Pons por la ventana que Fabrisse había abierto para que entrara el aire, y le llamaba.

—Acércate —le decía—. Más cerca.

Una vez, cuando Fabrisse había conseguido meterle una cucharada de agua en la boca, la anciana alzó la cabeza y escupió el agua, señalando con su índice tembloroso un oscuro rincón de la habitación.

—¿Le ves? —preguntó en un susurro.

Fabrisse miró, pero no vio más que a Eco, que dormía en el suelo acurrucada en una sábana.

—Mi esposo —dijo la anciana—. Y él... —Hizo un esfuerzo por acercarse, como si escuchara algo—. ¡No! —gritó hacia el rincón oscuro—. ¡No lo haré! —Dejó caer su cabeza en la almohada y sus encías empezaron a entrechocar—. Trae a un Hombre Bueno —gimió—. Rápido, antes de que me vaya.

Poco antes de medianoche, Fabrisse salió de casa y trepó por las escaleras hasta la azotea para respirar el aire libre. Desde que regresó de la quema, no había tenido ni un momento para preocuparse por el hecho de tener que dejar la casa. La señora Rives se estaba muriendo, y le parecía que realmente

Dios las estaba castigando después de todo. No quería que la anciana muriera sin el consuelo de un Hombre Bueno, pero con los esbirros en la aldea, ¿dónde iba a encontrar a un Hombre Bueno?

Recordó el día de la muerte de su propia madre en Prades d'Aillon. Presintiendo que la muerte de su madre estaba cerca, se había puesto a gritarle al sacerdote de la aldea hasta que la acompañó junto a la cama de su madre para darle la extremaunción. Había permanecido de rodillas junto a la puerta mientras el sacerdote ponía una cruz en las manos de su madre e introducía un dedo en el óleo sagrado. Pasó el dedo por sus ojos, oídos, nariz, labios y manos, murmurando sus plegarias, y luego apartó las sábanas del cuerpo de su madre y levantó su falda por encima de sus caderas. Mientras Fabrisse miraba desconcertada, el sacerdote acarició la ingle de su madre con su pulgar aceitado.

—Por medio de esta unción sagrada y su propia y más amorosa misericordia, que el Señor te perdone los pecados y bajezas que has cometido en el disfrute carnal —murmuró. Fabrisse vio que sus manos se detuvieron por un momento a la altura del pubis de su madre antes de bajarle la falda. Cuando acudió al lado de su madre después de que el sacerdote se hubo marchado, su madre le dirigió una mirada que ni era de sorpresa ni de horror, sino de tristeza y preocupación.

Ahora, en la azotea, en el silencio de la noche, Fabrisse alzó los ojos hacia la pequeña luna que brillaba por encima del álamo y sintió la presencia de su madre.

—Mamá —susurró.

Oyó pasos en el camino y reconoció al párroco cojeando hacia su casa. Éste levantó la vista hacia ella y fue como si todo el miedo que albergaba se evaporara en el aire de la noche. Por fin había venido a defenderla, a hacerle el amor... Nada le impediría caer ahora en sus brazos.

Se miraron en silencio, él junto a la escalera, Fabrisse en el borde del techo, hasta que finalmente ella bajó por la escalera, con un dulce dolor en el cuerpo. Pierre dio un paso atrás para dejarla pasar por la puerta y, sin mediar palabra, entraron juntos en la casa. Él miraba mientras ella avivaba el fuego. Las llamas revolotearon, azules y naranjas, y a su luz los ojos del párroco eran marrones, no verdes, y su cabello, se percató ella, estaba perdiendo color. Cayó en la cuenta de que debía tener casi cincuenta años. Permanecieron de pie a cierta distancia el uno del otro, y ella dio un paso hacia él.

—Quería decirte... —dijo él de repente.

—¿Sí? ¿Qué? —dijo ella.

Él se limpió la boca con el pulgar y el índice.

—No te quedarás sin casa cuando ellos te quiten ésta.

Intentó concentrarse en sus palabras, pero su mente se deslizó hacia lo

que pronto ocurriría entre ellos.

Él se apartó de ella.

—Esclarmonde d'Argeliers ha pagado su pena por hechicería y ha sido perdonada —dijo—. Ahora vive con su hija en Prades d'Aillon, y yo le he dado una pequeña suma de dinero por su propiedad. Es tuya.

Ella negó con la cabeza, sin ser capaz de oír.

—Es tuya —repitió—. Te entrego esa propiedad. A ti y a tu hija. Y a la madre de tu difunto esposo, por supuesto.

Como si la anciana le hubiera oído desde su habitación, se le oyó gritar: «¡No lo haré!».

El párroco suspiró y dio una vuelta por la habitación.

—La señora Rives —explicó Fabrisse— tiene fiebre. Se está muriendo, me temo. Ella... —dejó a la mitad la frase. Había querido decir que la anciana estaba desesperada por encontrar a un Hombre Bueno, pero luego se dio cuenta de que aunque supiera sin el menor asomo de duda que el párroco era tolerante con los Creyentes, nunca le había oído decir tal cosa, ni siquiera a la castellana, en las mazmorras de la fortaleza—. No he acudido a usted aún para que le administre la extremaunción —continuó—. Y hubiera debido hacerlo.

—Pero no lo hiciste —dijo, y a la lumbre del fuego ella creyó ver que sus ojos decían: «Lo entiendo».

El párroco le pidió que le llevara donde la señora Rives. Cuando la anciana le vio de pie en el umbral con una vela, dejó de balancearse y dijo:

—¿Ha llegado por fin un Hombre Bueno? Que venga hasta mí.

Eco dormía profundamente en una esquina. Cuando el párroco entró en la habitación se le quedó mirando antes de ponerse a la vera de la cama. La anciana se aferró a su brazo y le miró directamente a los ojos. Con todo, no parecía reconocerle como el párroco de la aldea.

—Sálveme —dijo en voz alta—. Consuéleme con la esperanza de la salvación.

Fabrisse observaba mientras él se arrodillaba junto a la cama y dejaba a su lado la vela. Tocó la mejilla de la anciana con el dorso de los dedos y le apartó el cabello de la frente. Acarició sus párpados, el pliegue de sus orejas, las aberturas de su nariz, la agrietada piel de su boca. Tomó sus manos en las suyas, como para untar aceite en sus arrugas.

—No lo recuerdo —dijo al final—. Recuérdeme cómo darle consuelo.

La anciana movió su cabeza atrás y adelante en su delirio. Empezó a musitar.

—Usted dice —dijo—, usted dice algo...

—¿Qué es lo que digo? —preguntó el párroco.

La anciana gimió, sus ojos encendidos a la luz de las velas.

—«¿Te entregas a Dios y a los Evangelios?», es lo que usted dice. —Hizo una pausa—. Y yo digo «Sí».

—¿Te entregas? —dijo él.

—Sí —dijo ella.

—Bien. ¿Y qué más?

Su cabeza se movía atrás y adelante mientras pensaba.

—«¿Prometes no comer carne y esas cosas?», dice usted.

—¿Lo prometes? —dijo él.

—Lo prometo —dijo ella—. Pero hay más...

—¿Qué más?

—¿Prometo no disfrutar de la lujuria ni matar? Y yo digo que sí.

—Bien —él acarició sus manos entre las suyas—. ¿Hay algo más?

Otra vez su cabeza se movió de atrás para adelante.

—¿Prometo no tocar nunca más a los hombres? —dijo ella, librándose de las manos del párroco—. Yo digo que sí, por supuesto. Y usted me dice que debo decir «*Benedicite*».

—Diga *Benedicite*.

—*Benedicite* —dijo ella—. Ahora lo recuerdo. —Apretó sus manos temblorosas la una contra la otra y se las llevó a la frente—. Ruegue porque Dios la preserve de una mala muerte.

—Que Dios la preserve de una mala muerte —dijo él juntando sus manos sobre la titilante llama.

—Que el Espíritu Santo descienda sobre mí ahora —susurró—. Y el Padrenuestro.

Él asintió y la acompañó con sus palabras: «Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre...».

Cuando la anciana cerró sus ojos en gratitud y descanso, Fabrisse siguió al párroco hasta la cocina.

—Gracias —le dijo, y él inclinó la cabeza.

—Se salvó a sí misma, como todos nosotros podemos hacer —dijo. Se volvió hacia la puerta antes de detenerse para mirarla otra vez—. ¿No tienes miedo de estar sola?

—No —dijo ella, pero luego asintió con un gesto.

Sombras de las llamas del hogar se proyectaban sobre su mejilla. Él le dijo que iría a la capilla a por velas, y una cruz y los recipientes de aceite y agua bendita en caso de que la anciana no sobreviviera a la noche.

—Si corre el rumor de que ha muerto, los hombres del Inquisidor podrían venir a husmear —dijo—. Hay leyes de la Iglesia en lo que se refiere al enterramiento. Si muere antes de que los hombres se vayan, tendremos que

enterrarla en el cementerio de la iglesia.

Se fue, y Fabrisse no pudo dedicarse a alisarse el cabello o lavarse el cuello o frotar capullos de lavanda bajo sus brazos. Iba y venía de la cocina a su dormitorio, arreglando la cama, alisando los cobertores, yendo a ver si Eco seguía durmiendo en el suelo. Rezaba porque la niña no se despertara y echara a perder la noche que ella siempre había imaginado como propia. Se figuró al párroco arrinconándola contra la cama y sintió el tacto de sus dedos en su ombligo, el deslizarse de su mano por entre sus muslos, el hormigueo de sus susurros en su oreja: «Te amo más que a nadie».

Cuando le escuchó llegar, prácticamente corrió para darle la bienvenida. Llevaba una estola negra y sujetaba los recipientes en una mano y una cruz y un atado de velas en la otra. Ella tomó las velas y él pasó rozándola.

No se dirigió a su habitación, sino junto a la señora Rives, que yacía perfectamente inmóvil en su cama. Ni siquiera se podía oír su respiración. El párroco acercó su oído a la boca de la anciana y se puso a escuchar. Después de un momento, se puso de pie y miró a Fabrisse, que estaba junto a la puerta.

—Sigue durmiendo —dijo.

Pidió un banco para sentarse, y cuando Fabrisse regresó con él, le encontró de pie contemplando a Eco. Fabrisse le tendió el banco y él lo tomó distraídamente, haciendo un ruido sordo al ponerlo en el suelo.

Eco se despertó con el ruido. Alzó la cabeza del suelo, mirando con ojos oscuros y soñolientos primero a él y luego a su abuela.

—Duerme —le dijo Fabrisse—. Tu abuela todavía no nos ha dejado.

Como si no oyera, Eco se desembarazó de la sábana y se puso de pie, desnuda, con su cabello de rizos enmarañados cayéndole sobre los hombros.

—Cúbrete —dijo Fabrisse bruscamente, corriendo hacia ella para taparla—. Hay un sacerdote en casa. ¿No te da vergüenza?

Eco la ignoró. Envuelta en la sábana, avanzó de puntillas hasta la cama de su abuela, justo al otro lado del párroco. Bajó la vista hacia la anciana con un dedo en la boca. El párroco la miraba.

Fabrisse rodeó la cama y se quedó de pie junto a ella, apartándola por los hombros de los ojos hambrientos del párroco, que tenía el aspecto de sentir al mismo tiempo mistificación y espanto, y algo parecido al deseo. Eco deambuló por la habitación hasta regresar a su lugar en el suelo y se acostó, quedándose rápidamente dormida. Fabrisse quería preguntarle al párroco qué había visto en su hija, pero él se acercó a la ventana abierta y se puso de rodillas en actitud de oración frente al negruzco cielo azul.

Durante toda la noche el párroco permaneció al lado de la señora Rives. Se

sentó en el banco, con los ojos posados por momentos sobre la anciana, por momentos cerrados en oración. Hubo un momento en que pareció dormido, pero luego dio una cabezada y sus ojos se abrieron de golpe. Contempló a la niña que dormía con el pelo despeinado y una pálida pierna escapándosele de debajo de la sábana.

Fabrisse pensó que quizá era por a la presencia de Eco que él no se acercaba a hacerle el amor y consideró la posibilidad de llevarse a la niña de su vista, de vuelta a su habitación. ¿Pero a continuación tendría lugar el amor? Contempló la llama junto al codo del párroco, que estaba a punto de extinguirse, hasta que se extinguió, y caminó pesadamente hasta la cocina, esperando que él la siguiera, pero no lo hizo. Ella se consoló con el pensamiento de que era mucho más pecaminoso hacer el amor con la muerte tan cerca, y esperó el momento en que él encontrara sus ojos de conmiseración en la oscuridad de la habitación y se sintiera perdonado, aunque sólo fuera por un momento.

Al amanecer, la anciana se incorporó, dijo que quería salir de casa y cayó muerta sobre su almohada. El párroco la examinó.

—Debes encargarte del cuerpo de esta mujer —dijo finalmente—. Yo esperaré en la cocina mientras lo haces.

La señora Rives yacía con el mentón hacia arriba, las fosas nasales rígidas y los labios abiertos. Al agacharse para quitarle de encima los cobertores vio el perfil del cráneo de la anciana a través de su delgada piel, bajo su cabello del color del hierro. De repente recordó los huesos de Pons y sintió todo el impacto de haber perdido a la anciana. ¿Dónde estaba ahora la vida de la señora Rives? Había abandonado su cuerpo, como si fuera algo repugnante. No podía soportar la idea de la señora Rives como unos simples huesos bajo tierra.

Le quitó a la anciana el camisón y con una esponja le limpió la suciedad a su vieja y seca piel. Trenzó su cabello, y luego le puso su único vestido, hecho de una muselina color de humo y desgastado bajo las mangas por el sudor. Le puso zapatos en los pies, agrietados y amarillentos de tantos años andando y trabajando.

Cuando llamó al párroco para decirle que el cuerpo estaba listo, Eco se acomodó en el suelo, se tapó la cabeza con la sábana y se volvió a quedar dormida. El párroco regresó y posó sus ojos sobre la niña, hecha un ovillo de sábana y pelo. Sonrió vagamente y caminó hacia la cama. Puso una pequeña cruz de madera en las manos de la anciana. Encendió varias velas y le dijo a Fabrisse que dijera que él había rociado a la anciana con agua bendita si las plañideras venían con el deseo de verla.

—Ahora voy a buscar un ataúd —dijo él.

Otra vez Fabrisse le acompañó a la puerta, buscando una manera de retenerle. Él había estado demasiado temeroso de abandonarse a ella así de pronto, pero si tenía un momento más...

—No tengo dinero para el ataúd —dijo ella, con su vista en el picaporte. Él se volvió.

—Duerme, si puedes —dijo con calma—. Tienes un día largo por delante. A causa del calor, la mujer debe ser enterrada al final de la tarde.

—Quizá estoy loca —susurró.

Él la miró de reojo, luego negó con la cabeza.

—No —dijo—. No, sólo estás cansada.

—Cansada no —dijo ella.

—Afligida por la pena —dijo él.

—Ni cansada, ni afligida por la pena —dijo. Ella vio la boca de Pierre abierta por la sorpresa, con una arruga de preocupación sobre la frente, y luego las rodillas de Fabrisse golpearon el suelo y abrazó las piernas del párroco con toda la pasión de su deseo.

—Lo sé —murmuró— y no tienes que estar asustado.

Fabrisse sintió que las piernas de Pierre se apartaban de su agarre, y ella levantó la vista a sus ojos grandes y perplejos.

—Lo sé —dijo otra vez—. Y yo siento lo mismo. Exactamente lo mismo. —Pegó su mejilla a su túnica, sobre sus muslos, luego los besó—. Me amas —dijo ella—. Me amas, me amas, y yo te amo a pesar de las otras. Te amo, y estoy feliz por tu amor.

Sus piernas se quedaron repentinamente quietas y ella alzó los ojos hacia Pierre una vez más, segura de que él le confesaría su amor. Ya no tenía esa arruga sobre la frente, y su corazón pegó un brinco de alegría antes de notar que el nuevo asombro que se veía en sus ojos serenos no era para ella. Él miraba más allá de ella. Fabrisse miró hacia atrás, por encima de su hombro, y vio a Eco de pie desnuda junto a la puerta de la habitación de la señora Rives.

En cuestión de un momento entendió lo que no había entendido antes.

—Prepárate para la inspección —tartamudeó el párroco, escapando de sus manos y corriendo el picaporte de la puerta para salir rápidamente al exterior.

Fabrisse se pasó un buen rato acucillada en el suelo, demasiado humillada como para llorar, demasiado estupefacta por la terrible verdad de que el párroco no sentía deseos por ella sino por su pequeña hija. Cuando finalmente alzó la cabeza, vio a Eco agachada contra la pared, mirándola

atentamente con ojos asustados. Fabrisse no intentó consolarla. La fulminó con la mirada y se arrastró con sus manos y rodillas para alejarse de ella y acercarse a los rescoldos del hogar. Se puso de pie y tomó el jarrón de la balda, apoyando su boca en la suya mientras se desplomaba sobre el suelo. Una semilla de odio por Eco se había plantado profunda en su corazón, y se arraigaría ahí firmemente, para nunca abandonarla.

Pasó la mañana deambulando por la cocina en torno a Eco, bebiendo, bañada de sudor, con un calor que la quemaba desde dentro. Ocasionalmente Eco intentaba quitarle el jarrón, pero Fabrisse la rechazaba con un manotazo, maldiciéndola.

Llegó un hombre con el ataúd a la espalda. Fabrisse le reconoció como el leñador, y cuando ella le sonrió, con el jarrón sujeto bajo el brazo, él la miró con una expresión de dolor y desconcierto, diciendo que el párroco le había ordenado que llevara ahí el ataúd. Cargó él mismo hasta la parte de atrás de la casa y entonces levantó con cuidado a la anciana, volviendo a colocarle la cruz de madera que con el desplazamiento se había caído al suelo.

Más tarde llegaron las plañideras con flores y huevos, trocitos de jamón y raíces del color de la nuez. Una trajo una taza de leche para Eco, que se la bebió, ávida, de un solo trago. Otra trajo sobras para los cerdos, que Eco también se comió, sin que Fabrisse la corrigiera.

La anciana Maurs cerró los postigos, quejándose de que el calor iba a echar a perder el cadáver. Fabrisse pensó que se iba a asfixiar en el aire cargado del olor de la muerte en su piel y el del hedor del jamón rancio. Pensó que podía oler su propia sangre, que venía con el olor de su soledad.

La anciana Maurs empezó a gemir, y las otras se le unieron, mostrando sus encías podridas, sus facciones torcidas del dolor. Eco lloraba sin hacer el menor ruido y Fabrisse lloraba con ella. Había perdido la esperanza de amar, y sin esa esperanza, ¿qué era ella? Una mujer sola, atrapada en la red de su propia vergüenza.

El párroco regresó esa tarde con su estola negra, llevando sus recipientes, y ella se mantuvo lejos de él. Los esbirros también acudieron, el chico picado de viruela con una cruz y un aire de pena en los ojos, y el otro con una jofaina de agua bendita. Con la sal del dolor todavía en la garganta, vio cómo el párroco rociaba el agua sobre el cuerpo de la mujer en el ataúd, recitando plegarias. Varios hombres entre los dolientes alzaron el ataúd y siguieron al párroco, que seguía a los esbirros de la casa a la capilla.

El calor era sofocante; el suspiro de los altos álamos era la única brisa. Fabrisse se protegió los ojos con las manos y vio a los cerdos encerrados en una esquina del patio, tumbados de costado y jadeando. Con Eco a su lado,

siguió a los otros, arrastrando los pies por las huellas endurecidas que las ruedas habían surcado en días de mayor humedad, pasando junto a gallinas graznando de hambre y a la pila de estiércol que echaba humo.

Un chucho aulló cuando invadieron su sombra bajo el olmo retorcido y entraron al cementerio, que ahora contaba con una nueva tumba, cavada en el césped amarillo como la orina. Empujaron la angosta puerta de la capilla y entraron en busca de los indicios de frescura de su interior.

El ataúd fue depositado en el centro del suelo, había velas encendidas por doquier. Fabrisse se quedó de pie junto a Eco, mientras las moscas les picaban la piel alrededor de los ojos mientras el párroco cantaba las vísperas de los muertos. «Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis...».

Después de la misa el ataúd fue llevado a la fosa. Fabrisse escuchó el ruido suave de las piernas al rozar con la tela mientras los dolientes abandonaban la capilla, el ruido de los hombres respirando bajo el esfuerzo de llevar el peso del cadáver. El calor del día descendió bajo el cielo del atardecer y el ataúd fue colocado entre piedras a un lado de la fosa. La gente cantaba sumida en el letargo. El párroco roció una vez más el ataúd con agua bendita, rezando mientras era depositado en la tierra: «Concédenos esta bendición, Oh, Señor, te suplicamos que tu servidora, que ha partido a tu encuentro, no reciba el castigo que le correspondería por sus actos, pues tuvo el deseo de seguir tu voluntad, y la fe verdadera le ha unido a la compañía de los fieles para que tu compasión la entregue a los coros de los ángeles».

La fe verdadera, pensaba Fabrisse, *la compañía de los Heles...* ¿Cómo podía el párroco rezar tan falsamente? La señora Rives en verdad había permanecido fiel, pero a una fe distinta de la de la Iglesia. ¿Dónde iba a encontrar Fabrisse fe entre tanto fingimiento, tanta pérdida? Incluso la vida no le parecía ahora más que un recuerdo, de cuerpos tan débiles que se les escapaban como si estuviera en sueños.

El párroco roció agua bendita sobre su rostro, y ella bajó los ojos para no mirarle. Se agachó delante de Eco para rociarla y ella se aferró a la pierna de Fabrisse, sorprendida de sentirse mojada. El párroco murmuró algo a la niña que Fabrisse no pudo oír. Se puso de pie para marcharse y una ligera llovizna empezó a caer.

Todo el mundo estaba en silencio mientras echaban para atrás la cabeza, ofreciendo sus rostros a la humedad, a la frescura que descendía del oscuro cielo. Fabrisse sintió que su vestido empezaba a sentirse pesado, que empezaba a pegársele al cuerpo como si fuera otro niño. Se alegraba de que la señora Rives tomara una última bebida. Cuando los hombres que había entre los dolientes se pusieron en movimiento para tapar la tumba con la tierra de olor oxidado, ella les pidió que esperaran un momento.

Esa noche, después de que Eco se quedara al fin dormida, Fabrisse se sentó junto a la ventana, bajo la reacia luz de la luna, contemplando el baúl donde alguna vez había escondido su cristal rojo. No lo había abierto desde la muerte de Pons, temerosa de encontrar que el cristal ya no estaba, de conocer su papel completo en la historia de la muerte de Pons. Tenía un intenso dolor de cabeza y, en un momento de impaciencia, se decidió a abrir el baúl, le arrebató el vestido de bodas que tenía dentro y lo agitó sobre los paños de lino que tenía debajo.

El cristal se deslizó de la manga del vestido tan suavemente como el agua. Cuán inocente parecía, cuán inofensivo, incluso confiable. Lo recogió y lo apretó contra su mejilla, absorbiendo su frescura. Por más de siete años había llevado el peso de la culpa de la muerte de Pons. Se había atormentado sin razón alguna, y ahora le parecía que el verdadero tormento estaba a punto de empezar.

Al amanecer la casa sería quemada. Se dio cuenta de que ni siquiera había aceptado el regalo del párroco de la casa de Esclarmonde, y comenzó a empaquetar. Empujó los paños de lino, el vestido de boda y el cristal al fondo del baúl, luego recogió otras pertenencias de las que no podía desprenderse: las ropas de bautizo que había llevado de niña, el cepillo que Pons le había regalado, su mechón de cabello y sus uñas, el vestidito que Eco había llevado y arrastrado cuando empezó a caminar.

Al apilar cuantos víveres y bienes diversos quedaban en la casa, se le fue el dolor de cabeza. La pálida luz que precedió al amanecer se filtraba por las ventanas, y con ella, el esbirro picado de viruela vino a tocar a la puerta. Se inquietó al pensar que la quema ya había empezado, pero el chico le explicó que el párroco le había enviado para ayudarle a trasladar sus cosas a su nueva casa. Ella se lo agradeció y le ofreció una taza de agua, que él aceptó agradecido.

Despertó a Eco y entre los tres trasladaron el baúl y los gallineros por el camino hasta la casa de Esclarmonde. Mientras que la casa por fuera era decrepita, por dentro la anciana la había mantenido en bastante buen estado. Había pequeños floreros con lavanda seca y rosas en cada ventana. Los ganchos sobre el hogar estaban rebosantes de utensilios, y no podía encontrarse ni un trocito de restos de comida o escupitajos sobre los juncos que había en el suelo. Fabrisse inspeccionó los dos dormitorios que daban a la cocina y vio que cada uno estaba equipado no sólo con un catre, sino con un baúl y un banco y una estantería construida en el interior de la pared. Ella y Eco tendrían a partir de ahora sus propias camas. En una balda de una de las habitaciones, junto a un tarro con flores secas, había un jarrón. Le quitó la tapa para oler el interior. Vino. Ella nunca le había vendido una sola copa a la anciana, por miedo de acercarse a su casa, pero ahora sintió que su corazón

salía al encuentro de Esclarmonde.

Cuando regresó a su antigua casa, una pequeña multitud de aldeanos se había reunido en el patio. El otro esbirro había mandado llamar a todo el mundo para que vieran la quema, y los hombres de la aldea debían prenderle fuego con sus propias manos.

No había nada que Fabrisse quisiera de la casa, salvo sus víveres, sus cacharros para vender el vino y los animales del corral y del establo. Entró por última vez con Eco y sacaron todo lo que pudieron antes de salir rápidamente.

Todavía más gente de la aldea se había reunido afuera, y los niños somnolientos se apoyaban en sus madres o se echaban en el suelo a dormir. Fabrisse, mientras conducía a las cabras del establo y a los cerdos del corral, pensó en cómo los niños se salvaban de ver el terrible espectáculo gracias a su maravillosa capacidad de sueño.

Se quedó con Eco entre los animales al borde de la multitud, mirando a los aldeanos que iban a usar ramas como antorchas, al párroco con esos ojos suyos que todavía ansiaban a Eco, a los campos yermos que se veían abajo. Fabrisse estaba sola y nadie la deseaba, y ¿qué se podía hacer salvo seguir viviendo a pesar de ello?

El fuego se extendió de rama en rama y ella lo resistió, incluso cuando prendió fuego el techo, incluso cuando las llamas, como furiosas lenguas, se extendían hacia el cielo, un insulto para el ojo de Dios.

CAPÍTULO DOCE

La casa se derrumbó en una tromba de fuego y humo, pero Pierre no apartó sus ojos de Eco, la niña de siete años. La miraba pegada al costado de su madre, con sus dos pequeños dientes mordiendo la roja carne de su regordete labio inferior, con sus dedos inmundos apartándole el pelo de los ojos, un pelo que, tras la oreja, le caía en una maraña sin trenzar sobre la espalda. Veía sus pies, rosados y mugrientos, con sus deditos rechonchos sobresaliendo por debajo del vestido, hecho de viejos retazos cosidos... Era atroz, desquiciado, vil eso que sentía por la niña, ese deseo que palpitaba en su pecho y que le quemaba en la entrepierna. Pero por mucha fuerza de voluntad que hubiese llegado a reunir después de confesarse a los Hombres Buenos hacía ya años, no era capaz de refrenar esa necesidad instintiva de poseer ahora a Eco con los ojos. Contemplaba a esa adorable criatura vital, y pensaba que más allá de la razón, su novia muerta había regresado con la forma de Eco; Marquise se había reencarnado una vez más.

Durante todos esos años había visto a Eco, por supuesto. Su madre rara vez asistía a misa, pero cuando lo hacía, Eco estaba siempre a su lado, aferrada a Fabrisse o mirándola en vez de prestar atención a las palabras del sermón. Había oído chismes de que recientemente la niña se había quedado muda, y cuando la había visto por la aldea, vendiendo vino con su madre o arrancando zanahorias del jardín, había notado el silencio que parecía envolverla como un velo, tan diferente del ruido que despedían los otros niños de la aldea. Pero nunca la había mirado. Siempre había sido Fabrisse aquella en la que reparaba, Fabrisse, que se había transformado de una criada de ojos tiernos a una viuda cansada, de cabello enmarañado y sin cubrir y un aire de ebriedad bajo la piel.

Mucho antes de descubrir que Fabrisse era su sobrina ilegítima, se había

sentido obsesionado por lo que ella sabía de él: ni siquiera las mujeres con las que había hecho el amor a lo largo de su vida le habían visto desde el punto de vista que ella había tenido junto a la puerta del calabozo. Ella había observado cómo él deshacía sus votos de celibato, desesperado, forcejeando, algunas veces perdido en el éxtasis, y a pesar de ello frecuentemente humillado. Y cuando ella le conducía de vuelta a los establos todas las noches, él sentía el peso de haber robado otro trozo de su inocencia. Sin embargo, él nunca vio que sus ojos le juzgasen. Quizá a causa de esto — porque había desnudado ante ella su alma miserable y a pesar de ello había seguido siendo aceptado— en su presencia se sentía avergonzado y confortado al mismo tiempo. Llevaba el recuerdo de sus ojos tímidos y misteriosos entre las sobras de su mente mucho después de haber dejado de visitar el calabozo, y cuando ella le descubrió observando el entierro de su esposo junto a la colina, él sintió que el meollo de su alma había sido reconocido. Más tarde, después de descubrir que ella era la Fabrisse que había bautizado como su hija espiritual, algunas veces sentía deseos de abrazarla en un gesto de consuelo paterno y de ansias infantiles de amparo. Sin embargo, nunca había sentido por Fabrisse deseo sexual. Sus sentimientos hacia ella eran demasiado complicados por el arrepentimiento para algo así.

Si se le hubiera obligado a reconocer por qué cada año se sentía aliviado cuando ella no se presentaba a la confesión, quizá hubiera admitido haber sentido que el deseo de ella hacia él crecía, y en la misma medida que el miedo que él sentía al tener que enfrentarse a su presencia. La verdad es que cuando él la sorprendía observándole, un sentimiento enfermizo, como de culpa, se propagaba por sus entrañas. ¿No era acaso culpa suya que ella hubiera empezado a desearle? Él había sido su primera lección de lujuria y nunca había juntado suficiente coraje para contarle que era la hija bastarda de su hermano. ¿A qué le tenía miedo? A humillarla, quizá. A humillarse a sí mismo por lo que le revelaba. Mantuvo su distancia, ayudándola cuando podía, ignorando la pequeña voz en su cabeza que le advertía de que la pasión de ella aumentaba y aumentaba, y que pronto se libraría de su contención, desfilando desnuda delante de sus ojos.

Así, no fue sin cierta vacilación que acudió a su casa la noche siguiente a la exhumación y quema de los restos de Pons. Después de que los esbirros anunciaran que también se le iba a prender fuego a la casa, se dio prisa por llegar a Prades d'Aillon y tocó a la puerta de la hija casada de Esclarmonde. Era él el que había acusado a Esclarmonde de hechicería. El Inquisidor le había amenazado con arrestarle por colusión, y en un desesperado esfuerzo por satisfacer tanto al Inquisidor como a los Hombres Buenos, garabateó el nombre de Esclarmonde en un trocito de pergamino que entregó bruscamente al mensajero. Él sospechaba que la anciana era inocente de

practicar la hechicería, y mitigaba su culpa con el pensamiento de que su inocencia sería evidente. Y si no había nada más, el hecho de que había matado por error a un Hombre Bueno le ganaría el favor del tribunal inquisitorial. Y en verdad había sido así: se la encarceló por una corta temporada. El Inquisidor le envió a Pierre una carta de reprobación, sugiriendo que Pierre había hecho una falsa acusación para proteger a los que verdaderamente habían caído en el pecado, declarando que se había aconsejado a Esclarmonde de abandonar la corrupta parroquia de Montailou de inmediato.

Sin regatear mucho, la anciana y su hija aceptaron el dinero de Pierre a cambio de la escritura de la casa de Montailou. Le dieron de cenar y él les pagó una cantidad mayor a la estipulada. Luego regresó lentamente a la aldea, a la que llegó a medianoche, la hora de su pecado con la castellana, y cuando vio a Fabrisse sentada en su azotea bajo la luz de la luna, se sintió repentinamente enfermo. Quiso huir, pero ella abrió la puerta y él se sintió obligado a entrar.

Habría abandonado la casa inmediatamente después de consolar a la agonizante anciana Rives si no hubiese sido por la figura durmiente de Eco que entrevió en el suelo: sus pálidas piernas escapando del abrazo de las sábanas, su cabello, un revoltijo de rizos que le tapaban toda la cara, excepto el hoyuelo en la barbilla. Su respiración era profunda y regular, y él se acordó de Marquise, que había respirado de esa manera cuando se habían puesto de pie frente a la Virgen con la pequeña Fabrisse pataleando en sus brazos. Era el sonido de la vida misma, pensó, y no consiguió apartarse de la niña.

—¿No tienes miedo de quedarte sola? —le preguntó a Fabrisse, sabiendo de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—No —dijo ella, pero en la oscuridad vio que asentía.

Más tarde, cuando regresó con las velas y la cruz y los recipientes de agua bendita y aceite, vio el destello del cuerpo desnudo de Eco a la luz de la luna, y le pareció un milagro. Si bien nunca había visto a Marquise desnuda, sabía con toda seguridad que esa era la figura de su amada, ahora más joven de lo que habría sido si la hubiera conocido, pero aun así suya. Ese era su vientre, tenso como un tambor. Esas eran sus rodillas, ligeramente torcidas hacia adentro. Esas eran sus piernas, largas y aterciopeladas y blancas como la leche. Y su ombligo. Y el pliegue de su sexo. Cuán furioso se puso cuando Fabrisse tomó la sábana y le escondió lo que era suyo.

Se mordió la lengua y contempló cómo la niña se ponía a la vera de su abuela, con la sábana colgándole del hombro desnudo. Se quedó al otro lado de donde él estaba, con la cabeza inclinada. Se quitó unos mechones de la mejilla con un somnoliento golpe de mano y él vio cómo sus cejas se levantaban con la renuente expectación de la llegada de la muerte. Ella le

miró, parpadeando con sus largas pestañas sin el menor asomo de reserva o precaución, él pudo ver que sus ojos eran los de Marquise: portentosos, profundos, cómplices. Al contemplarlos, su alma misma fue cautivada. Había estado muerto, o prácticamente muerto, y ahora estaba vivo de repente, nacido del vacío de su anterior muerte en vida.

Fabrisse rodeó la cama por detrás de la niña para apartarla. Durante un largo rato, la niña se le quedó mirando, con su silencio insondable separándoles. Sus labios se abrieron y vio sus dos dientes delanteros, ligeramente separados. Alzó la mano y tiró del lóbulo de su oreja y luego miró hacia abajo, se alejó de la cama tambaleándose y se desplomó en el suelo formando un montoncito durmiente.

Si Pierre antes no había sido capaz de enfrentarse a ella, ahora simplemente no podía hacerlo. Se puso de pie, fue a la ventana y se arrodilló, mirando a través de la oscuridad, más allá de los álamos que aspiraban la noche, a las estrellas, que al parecer vibraban de la emoción tanto como él, y tan desnudas como Eco bajo la sábana, igualmente cercanas. La cabeza le zumbaba con el pulso de las estrellas y los saltos de su corazón y el dolor en su baja espalda y el sonido de la niña al respirar tranquilamente en sueños, guiándolos hacia él mientras éste ansiaba que sus sueños entraran en los de ella. ¡Era una insensatez! Por primera vez en la vida, sintió el deseo de ser padre.

Sentado de nuevo junto a la anciana, cerró los ojos y soñó con deslizar sus dedos bajo las sábanas, con probar la boca de rojo brillante de la niña, los lóbulos de sus orejas, regordetes y suaves. Se despertó con una frase en sus labios «*Cuarenta años*», y se percató de que le llevaba al menos esa edad, pero al bajar la vista hacia ella, que yacía boca abajo, con su floreciente aliento inundando el aire, supo con certeza y sin mayor remordimiento que iba a ser capaz de hacer cualquier cosa con tal de hacerla suya.

Siete años antes se había confesado con los Hombres Buenos, y durante seis de esos siete años había mantenido su promesa de apartarse del pecado. Se había mantenido célibe, encontrando formas de evitar Ax y a las rameras que había llegado a conocer en ese lugar, y buscando consejo en los Hombres Buenos antes de cada temporada de confesión, cuando —para evitar sospechas entre los fieles de la parroquia— se le obligaba a escuchar las revelaciones a media voz que le hacían tanto hombres como mujeres, y así sentir la tibieza de la vergüenza femenina irradiando de su piel.

No era que el celibato le fuera fácil de mantener, pero después de haber pasado tanto tiempo tan temeroso de vivir en pecado mortal, se sentía sostenido por el pensamiento de que se estaba purgando poco a poco de sus

errores: había abrazado la nueva fe, más antigua en su corazón que la que predicaba, y se había aferrado a su aborrecimiento de la carne y de las cosas materiales como si fuera una balsa salvándole de un río enfurecido.

—Repulsivo portador de podredumbre —se decía a sí mismo cuando se enfrentaba a los pechos turgentes de las mujeres en confesión. Intentaba imaginar que de sus pezones salía un fango amarillento, pero luego en su mente los pezones se tornaban suaves y de un rosado oscuro. Redondeados. Hermosos. *Hermosos no*, se decía: perversos, creados por el Demonio para hacerle caer. Daba a las mujeres onerosas penitencias y les decía que rezaran para que sus pecados mujeriles les fueran perdonados.

Ava Guilhabert fue la primera campesina de la que se aprovechó.

Cuando el recién nombrado Inquisidor le convocó al Sermo Generalis exigiéndole que presentara una lista de caminantes y que notificara a los hermanos Authié que se les llamaba a declarar, no se detuvo a pensar mucho. Envío un mensaje a los hermanos que estaban en Ax de que no aparecieran por Montaillou durante un tiempo y elaboró una «lista» del único caminante que sentía justificado implicar; de todos los Creyentes y feligreses que conocía en la aldea, Philippe Guilhabert era sin lugar a dudas el más culpable como hombre. Durante años, se había confesado ante él sobre la familia bastarda que había engendrado en Cataluña, sobre las frecuentes palizas que le daba a Ava, y sobre las mujeres que había atrapado en el camino, a las que había violado y golpeado; a una incluso la había matado. Philippe lloraba al confesarse, arrepintiéndose sinceramente y pidiendo perdón. Pierre le había impuesto penitencia, pero en su corazón se había encontrado incapaz de perdonarle.

Cuando acabó el Sermo Generalis, el Inquisidor se detuvo junto a Pierre antes de continuar su avance por la nave de la catedral.

—Espere la llegada de esbirros en seis días para llevarse a su hombre —dijo. Y luego añadió—: Espero una lista por su parte antes de eso.

Esa tarde Pierre se marchó de Toulouse, viajando por el Ariège hacia Ax. Se quedó en una posada en Saverdun, y luego en Tarascón la noche siguiente. Cuando finalmente llegó a Ax, encontró a Jean Marty y Prades Tavernier escondiéndose junto con los hermanos en la casa del primo de su madre. En vez de confesar que había entregado al Inquisidor el nombre de Philippe, les dijo que el Inquisidor ya estaba encargándose de juzgar al mismo y que esbirros iban a llegar por él durante la semana. Los hermanos le ayudaron a tramar un plan de escape para Philippe, y era acerca de este plan de lo que tenía intenciones de hablar con el susodicho cuando regresó a Montaillou al día siguiente. Pero éste no estaba, y Ava le saludó con un moretón en la

mejilla...

Más tarde culparía a ese moretón por su caída. Azul y roto por venas de color rojo, parecía llamarle. Él también se sintió magullado, atrapado entre las amenazas del Inquisidor y su propia promesa de ayudar a los Hombres Buenos, entre su deseo de mantener su posición de poder en la aldea, sin importar lo flaco que se estaba volviendo ese poder, y su urgencia de vivir una vida de fidelidad a sus verdaderas creencias. Había conseguido ser el señor de todos los asuntos espirituales de la aldea al mismo tiempo, pero ahora tanto el Inquisidor como los Hombres Buenos mandaban por encima de él, y él odiaba lo pequeño, lo vulnerable que eso le hacía sentir.

Cuando Ava le dijo que Philippe había salido, fue hasta su dormitorio sin pensárselo. Él le habló de la llegada de los esbirros, y cuando ella negó que Philippe hubiera ofrecido alojamiento a los Hombres Buenos ocasionalmente, él dijo que toda la aldea sabía que Philippe era tanto un Creyente como un adúltero. Examinó el moretón con deseos de besarlo.

—¿Quién te pegó, Ava? —le preguntó.

Ella se tocó el moretón, pero no contestó.

—Philippe —dijo él.

—No —dijo ella.

—Sí —dijo él, poniendo sus dedos sobre los suyos, sobre el moretón, pensando que ella también estaba atrapada entre deseos conflictivos: por un lado, salvar a su esposo; y por otro, salvarse de él. Le acarició la mejilla y ella le dejó hacer.

—Deténgase —murmuró—. Deténgase, por favor.

Todo fluyó tan naturalmente como el soplo del viento. Ella fue dulce, dócil, y él estuvo dolorosamente agradecido. Ava se abrió y él la penetró, irrumpió en la paz de su pacífico centro. Dentro de ella, él se relajó, en cuerpo y alma, y la cuestión de su estatura en la aldea dejó de existir. Por un largo rato estuvo curado.

Pierre se desesperó por este crimen carnal y sintió el deseo de que volviera a suceder, deleitándose en el miserable pensamiento de que nunca alcanzaría la salvación. Luego llegaron los esbirros y su tormento se convirtió en sospecha. Buscaban no sólo a Philippe, sino también a los hermanos Authié, a Jean Marty y a Prades Tavernier. Él no le había remitido al Inquisidor ninguna lista desde el Sermo Generalis, y no tenía idea de cómo el Inquisidor había obtenido los nombres de Jean Marty y Prades Tavernier a menos que un espía estuviera al acecho en la aldea. ¿Quería el Inquisidor asustarle para que le diera los nombres de todos los Creyentes sugiriendo que tenía una fuente aparte de él, una fuente que podría revelar la propia colaboración de Pierre

con la herejía? Fue aquejado por unos sudores que ya no le dejarían y sus entrañas gorgotearon durante días. Buscó en su mente una manera de sustraerse de la culpabilidad, y temió que en el terrible final tuviera que traicionar a los Hombres Buenos o ser él mismo encarcelado, quizá quemado por herejía.

Ava fue convocada a declarar a Toulouse y se fue sin consultarle. Él quería convencerla de huir de la Inquisición, tanto era el miedo que tenía de que ella revelara no sólo que hacían el amor, sino también la parte que le correspondía en la mentira de Ava acerca del paradero de Philippe. Durante las seis semanas que ella estuvo ausente, el miedo le devoró, y una horrible oscuridad como ninguna que hubiera antes conocido se propagó por su alma. En sus sueños se encontraba con Ava sola en su casa. Había un cuchillo en su mano, y mientras ella abría la boca para hablar, él sujetaba su lengua y la cortaba. Al levantarse todavía sentía la resbalosa tibieza de la sangre en las puntas de los dedos, la fuerza de su lengua mientras luchaba contra él. Recordaba con cuánta fuerza había tenido que cortar el músculo, y se preguntó por un instante si no se trataba de un sueño en modo alguno, sino de un recuerdo de un acto que en verdad había cometido. Habría podido cometerlo, lo sabía, y sin embargo no sabía nada de sí mismo en absoluto.

Durante la ausencia de Ava, el Inquisidor le envió una segunda carta, exigiéndole que añadiera nombres a su «lista de sospechosa brevedad», y fue entonces cuando le remitió el nombre de Esclarmonde. Se preparó para la llegada de más esbirros, envió a los hermanos la advertencia de que se mantuvieran lejos de la aldea y alertó a los Creyentes en los que confiaba que había un espía en Montailou.

Asustado por esta posibilidad, el anciano Belot decidió huir con su familia. Una noche Pierre les ayudó a escaparse a través de unos arbustos en el borde sur de la aldea, por la Col du Pradel y a través del Val d'Orlu, por donde podrían correr hasta un paso de montaña y escapar a Cataluña. Corrió con ellos hasta la elevada pendiente de la Col, deseando no detenerse nunca, con un dolor tan fuerte en su cadera que tropezó con una roca. La anciana Belot se agachó para ayudarle a levantarse.

—Venga con nosotros —dijo, agarrándole del brazo—. Bajaremos el ritmo.

El anciano Belot miró hacia la oscuridad delante de él y Pierre le tendió su mano a la anciana, pero dándole a entender que ya no avanzaría más.

—Cuidado con los osos —dijo, y ella frunció el ceño. Le vio darse la vuelta y correr, tomando por la mano a uno de sus nietos. Eran libres, pensó, mientras desaparecían en la oscuridad.

Pierre sabía que tenía que encontrar una manera de que otros aldeanos testificaran; una vez en presencia del Inquisidor, muy probablemente divulgarían todos los chismes y él sería arrojado a prisión junto con un

montón de Creyentes. Le dijo a la familia Benet que, si los esbirros llegaban con nuevas citaciones para cualquiera de ellos, debían estrangular a los gatos y perros y fingir aflicción por la plaga. Hizo lo propio con Na Roqua, diciéndole que gimiera en su cama, quejándose de sus huesos rotos.

—Estabas trabajando en la azotea —le dijo— y te caíste de la escalera y te rompiste todos los huesos. Dirás «No me puedo mover». Y ellos te dejarán. Deberán hacerlo.

Muchas de las mujeres entre las Creyentes a las que había aconsejado le confesaron sus miedos y, a pesar del sentimiento en lo más profundo de su alma de que no debía tomar ventaja sobre ellas en su debilidad, tramaba visitarlas cuando sus esposos no estaban, por haber salido a pastorear, a arar o a acarrear a los molinos del Hers el poco grano que quedaba de la cosecha del año anterior. No era que le hubieran llamado la atención los atributos de alguna de estas mujeres en particular, sino que no podía enfrentarse al vacío de la soledad que parecía consumirle a cada instante. En su corazón sabía que las ocasiones en las que se había sentido de veras colmado por otra persona se le habían presentado solas; no había buscado a la Virgen, a Marquise, a la castellana, cada una de las cuales le había salvado por un tiempo de la agonía de la soledad. Sabía que no podía expulsar de sí ese sentimiento de aislamiento, y sin embargo intentaba forzarlo.

Un mediodía entró en la cocina de Alissende Roussel sin llamar a la puerta. Ella alzó la vista desde el tazón de huevos y zanahoria salada que había colocado sobre la mesa para sus niños, y se limpió las manos en el vestido.

—¿Vienen por nosotros? —preguntó.

Él le dijo que tenía que hablar con ella a solas, y ella se detuvo un momento antes de dejar a los niños.

—Comed —les dijo—. No hay de qué preocuparse.

Ella le hizo bajar a la bodega.

—¿Es que ya vienen? —le preguntó otra vez.

Él posó su mano sobre su hombro, y su hombro empezó a estremecerse. Se tapó la cara con las manos.

—No quiero ir a prisión —chilló—. Aunque tenga que ir al infierno, no me importa. Pero no a prisión.

—Yo os cuidaré —susurró él. Notó la gordura de sus brazos, la tela de su vestido color ocre sobre sus caderas. Él se moría de ganas de perderse en la paz de su suave centro femenino. Muy suavemente, dejó que sus dedos cayeran de su hombro a la curva de su espalda, al declive de su cadera. Ella se apartó, mirándole con ojos asustados—. Yo os cuidaré —dijo de nuevo.

Ella negó con la cabeza, pidiéndole en silencio que se detuviera, pero a pesar de ello, él dio un paso adelante y se inclinó para besar el sedoso cabello

tras su oreja. Probó la sal de su sudor.

—¿Entiendes? —le dijo.

Ella respiraba sin atinar a moverse.

—¿Nos cuidará? —dijo finalmente.

—Sí —dijo él, enlazando sus dedos con los suyos.

—¡Mamá! —gritó uno de los niños desde arriba.

Ella exhaló pesadamente y se apartó de él, mirándole a los ojos con fiereza. Finalmente se volvió para mirar escaleras arriba.

—Subo en un segundo —voceó—. Ahora cómete tus huevos.

—Ya me los comí, mamá.

—Entonces cómete las zanahorias —le dijo—. Quédate ahí.

Lentamente, regresó a él.

—¿Cómo será, entonces? —susurró ella, con una gota de sudor cruzándole la frente.

Como él no contestó, ella dijo:

—¿Por delante o por detrás?

Sintió que sus mejillas ardían de lo sonrojadas que estaban.

—Por detrás —respondió, demasiado avergonzado como para ponerse cara a cara.

Se dio la vuelta y se levantó el vestido por encima de las nalgas, desnudas, pálidas y redondas como dos lunas.

—Cuidará de nosotros —susurró—. Dígamelo otra vez.

—Cuidaré de vosotros —dijo él, y por un momento fugaz creyó que de verdad tenía ese poder.

Cuando los esbirros llegaron no sólo por Esclarmonde, sino por Na Roqua y la familia Belot, se sintió aliviado de haber preparado a los Creyentes y también se quedó convencido de que había un espía cerca. La única persona de la aldea que podía haber testificado abiertamente era Ava, y si ella no había destapado los nombres de la curandera y de la familia que ahora estaba en el exilio, alguien lo había hecho a escondidas.

Ava regresó de su peregrinaje penitencial tres noches antes de la Pascua. Pierre no le proporcionó ni un momento de descanso antes de ir a golpear su puerta.

—Nunca he pensado que tú fueras culpable de herejía —le dijo una vez dentro—, y no lo creeré ahora si me dices los nombres de aquellos a los que has acusado frente al Inquisidor.

Estaban de pie en la entrada, y Ava miraba alternativamente a Pierre y a Béatrice, que les observaba con atención desde la cocina.

—Por favor —susurró Ava—. Está suficientemente asustada de que su

padre vaya a ser quemado.

Él la tomó de la muñeca y la condujo hasta el dormitorio, pasando por delante de Béatrice.

—Aquí —dijo, empujándola dentro con brusquedad.

—Tú no eres así —dijo ella—. Por favor. —Se frotó la muñeca y se sentó en la cama—. ¿Qué es lo que quieres? Te lo daré, sea lo que sea.

—Los nombres —dijo él—. Los que le mencionaste al Inquisidor.

Se sujetó la muñeca, luego le miró con ira.

—De entrada, me preguntó por Philippe —dijo—. Una y otra vez acerca de Philippe. Con quién se reunía, de qué hablaban y todo eso. No creas que me fue fácil discutir con él.

—¿Y con quién dijiste que se reunía, Ava?

Hizo una mueca con los labios.

—Con los hermanos —dijo—. Y con Prades Tavernier. Y con Jean Marty, pero ya tenía noticias de todos ellos. Tú sabes que él sabía algo de ellos. Los esbirros dijeron que les estaban buscando cuando vinieron por Philippe. Tú lo oíste.

—Así es —dijo él—. ¿Y quién más?

Ella sacudió la cabeza.

—Yo no quise —musitó.

Él esperó.

—¿No quisiste qué?

—Hablarles de Pons —dijo ella.

—¿De Pons Rives?

Ella asintió.

—¿Pero qué había de daño en ello, en vista de que está muerto?

Él no contestó.

—Preguntó si Pons tenía una esposa, y yo dije que sí, pero que ella era una honesta cristiana. No una hereje. Pero aun así quiso saber su nombre... Tuve que decirle la verdad, Pierre. No podía mentir si quería salvarme.

—¿Y quién más, Ava?

Levantó las cejas mientras pensaba.

—La curandera —dijo—. A veces visitaba a Philippe a la hora de la cena y hablaba con él de los Hombres Buenos y cuán tocados estaban por la dicha divina. Pero ella es tan vieja. ¿Qué podría hacerle a ella el Inquisidor, un hombre tan compasivo como él?

—¿Y la familia Belot? ¿Les hablaste tú de ellos?

Ella arrugó la frente.

—Philippe nunca se juntó con el anciano Belot... Pero una vez me contó que éste y su familia eran Creyentes. —Hizo una pausa—. Y yo le dije eso al Inquisidor, es verdad. Quería irme de ahí, Pierre. Tú me entiendes.

Él se quedó mirándola, con los dientes apretados.

—¿Y qué hay de mí, Ava?

Ella separó los labios. Repentinamente sonrió.

—Nada —dijo—. Nada, te lo prometo. —Le tendió las manos—. Preguntó si tú protegías a los herejes, si alguna vez te había visto con los Hombres Buenos. Pero yo dije que no. Porque no te había visto con ellos. Y que tú no eras uno de ellos, ¿o sí? Pero tú no lo eres, no. Así que no mentí —rió—. Nunca me preguntó si había hecho el amor contigo, así que no fue una mentira mantener eso en silencio, ¿o sí? Yo dije la verdad, ¿o no? Y pagué penitencia por mis crímenes.

—¿Y preguntó quién avisó a Philippe de que iban a venir esbirros? —preguntó él.

Ella se mordió el labio. Lentamente, negó con la cabeza.

—Extraño —dijo ella finalmente—. Es extraño, pero no lo hizo.

Se echó en la cama, mirando al techo. Él se echó encima de ella y le hizo el amor, pero de mala manera, porque no sabía si castigarla por su traición o agradecerle el haberle perdonado.

Si bien había sido Ava la que había acusado a Na Roqua y a la familia Belot de herejía, todavía quedaba otro que había traicionado a Jean Marty y a Prades Tavernier, y Pierre estaba determinado a dilucidar quién era ese otro. Durante la temporada de confesión de la Pascua, él mismo llevó a cabo su Inquisición en miniatura, citando a los aldeanos a la capilla de uno en uno e interrogándoles tan minuciosamente como era capaz sin revelar su asociación a los Hombres Buenos. Decía entre dientes que mentir en la confesión era un crimen imperdonable e hizo que incluso los chicos de quince años lloraran de miedo. Así fue como el padre de la difunta Bernadette Marty se arrodilló delante de él y confesó de una vez que había sido él el que había divulgado los nombres de Jean Marty y Prades Tavernier al mismo fraile que se había vuelto Inquisidor. Pierre casi no le cree.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó al anciano.

—Ya se lo he dicho —dijo el anciano—. Jean Marty no era para nada un esposo digno de mi Bernadette. ¿Habría ella muerto si él no hubiese sido un hereje? ¿Si los hermanos Authié no existieran? ¿Sin Prades Tavernier? ¿Sin herejía? —Miró a Pierre con sus ojos redondos, azules y brillantes—. Dígame, padre —dijo—, ¿habría muerto?

Le pidió al anciano que repitiera cada detalle de su encuentro con el fraile, y con cada nueva versión se imaginaba al Inquisidor más claramente: sus ojos ávidos, como de pájaro, su boca en una mueca de desprecio, sus largas manos juntas en señal de compasión. Se acordó del Inquisidor de pie en el púlpito de

la catedral de Saint-Etienne y supo que si quería aferrarse a un mínimo sentido de su dignidad como hombre o como párroco, no podía golpear al padre de Bernadette por seguir el camino del deber cristiano. El anciano no parecía ni saber que estaba involucrado con los Hombres Buenos ni tener ningún deseo de informar al fraile de los otros en la herejía. Estaba simplemente de luto velando la muerte de su hija, y enfadado con los hombres que a su parecer la habían matado.

Pierre le dijo al anciano que rezara varios padrenuestros y le aconsejó que intentara perdonar a los que habían extraviado a su hija.

—Recuerde la compasión de Nuestro Señor —dijo—. Libérese todo lo que pueda de esa rabia que lleva dentro.

Pasó un mes y Pierre seguía teniendo el secreto del anciano en la boca, como un sabor que ningún trago de agua podía quitarle. El Inquisidor le envió una carta notificándole, simplemente, que Philippe Guilhabert había sido apresado, como si intentara sugerirle que, una por una, las vigas que sustentaban a Pierre, impidiéndole que fuera llevado a prisión, se estaban desplomando.

Dos meses después, Prades Tavernier, el esposo de Bernadette, y el menor de los Authié fueron apresados y en la aldea se extendió el rumor de que el mismo Pierre podía ser el responsable de su arresto.

Una noche, cuando yacía en su catre en la buhardilla del granero, mirando por una alta ventana la perfecta redondez de la luna, el hijo mayor del anciano Mours, un joven inmenso y de brazos largos de nombre Thomas, vino a tocar su puerta. No le dio a Pierre la menor oportunidad de hacerle preguntas, sino que irrumpió en el granero a pisotones, pateando a las gallinas y la paja, buscando pruebas para demostrar la traición de Pierre.

—Detente —le dijo Pierre con voz débil.

Thomas se dio la vuelta para encararle, con los ojos tórpidos, el rostro rojo y sudoroso.

—¿Qué me estás diciendo que haga? —preguntó.

—Soy el párroco de esta parroquia —respondió Pierre—. No debes cuestionarme. Ni revolverme toda la paja. —Temblaba—. Lárgate si es que has venido a devastar mi granero.

Thomas se rió de él.

—¿Tu granero? —dijo—. El granero de tus hermanos, diría yo. Mientras tus hermanos cosechan el grano a pesar del calor, tú te quedas echado en la capilla y pides el diezmo. Pues bien, yo no voy a volver a entregarte el diezmo.

Dio un paso a través de la paja hacia Pierre, formando un puño con sus

dedos.

—Y si vuelves a ser un mentiroso que juega a dos bandas, voy a devastar algo más que este granero.

Le enseñó los dientes como un perro.

Pierre sintió que la cadera se le salía por debajo y se quedó agachado sobre el suelo cubierto de paja. ¿Qué sentido tenía fingir que estaba por encima de este joven cuando era el alfeñique de la aldea?

—Yo —dijo, y de verdad quería decirlo—, yo he pasado por un montón de problemas para defenderos. He mentido por vosotros y he arriesgado mi vida y mi nombre. He perdido mi poder.

Pero sabía que ese tipo de autocompasión sólo iba a debilitarle más, así que miró con fiereza a los ojos de Thomas y habló con el poco poder que le quedaba.

—He oído confesión, como bien sabes —dijo—. Y sólo hay un hombre en esta aldea que ha traicionado nuestra confianza. *Nuestra* confianza.

Thomas relajó su puño.

—Si te portas como un gentil compañero —dijo Pierre—, te diré el nombre de esta persona.

Thomas pateó parte de la paja que había acumulado en un montón.

—El padre de la difunta Bernadette —dijo Pierre—. Nuestra Bernadette.

Thomas asintió y se retiró a la puerta. Cuando tropezó con una horca y casi se cae, Pierre le gritó que debía ser más cuidadoso.

Cualquier satisfacción que Pierre pudo obtener de humillar al joven se disipó cuando el anciano fue descubierto desmembrado tres días después. Con un solo gesto de violencia, el poder de los Maurs se había mostrado a sus ojos y la vergüenza de haber traicionado a un hombre al que había confesado le hirió tan profundamente que se dijo que cualquier herida de cuchillo sería para él una fuente de alivio. Durante más de una semana dio la misa aturdido y se sentaba del amanecer al ocaso con un cuchillo sobre sus faldas, contemplándose las muñecas, los tobillos, sintiendo el vehemente latido de su corazón. Pero un día llegaron a la aldea noticias de la parte que le correspondía a Philippe en el apresamiento del esposo de Bernadette y los Hombres Buenos; él se lanzó en busca de Ava. No sabía si ejercer su poder de matarla antes de que los Maurs tuvieran la oportunidad de advertirle de que su rabia estaba por caerle encima. Tocó suavemente a su puerta.

—Ah, eres tú —le dijo, sonriéndole, con el extremo de su larga trenza rozándole la cadera.

Él se inclinó ante ella para besarla en la boca, pero ella dio un paso atrás.

—Ahora no —dijo. Él la siguió hasta la cocina y se dio cuenta de que su

cuchara y su chuchillo de cocina estaban sobre un paño de lino encima de la mesa, listos para ser empaquetados. Junto a ellos, un tazón y una taza estaban apilados dentro de una olla.

—¿Adónde te vas? —le preguntó.

—Pierre —dijo ella—, por favor, déjame empaquetar mis cosas.

—¿Sin siquiera darme un beso?

—Bueno, un beso sí, pero después tendrás que irte.

—No te vayas, Ava.

Sus labios se abrieron. No habló, pero miró hacia la mano de Pierre, que descansaba sobre el cuchillo de la mesa. Él no se había dado cuenta de que había puesto ahí la mano, y se estremeció, recordando la sensación que tenía en sueños cuando le cortaba la lengua.

—Me has asustado con toda tu seriedad —dijo ella—. Dame eso.

Tendió su antebrazo y, con mucho cuidado, sacó el cuchillo de debajo de la mano del párroco.

—Te vas a cortar si no tienes cuidado —dijo ella—. Ocúpate de tus cosas. A mí me ha tomado mucho tiempo poner todo en orden.

—Ava —dijo él. Se había vuelto tan débil, estaba tan desesperado intentando mantenerse con vida en la paz de muchas mujeres, y en lugar de eso se estaba ahogando dentro de ellas. Le parecía que sin Ava se moriría—. No te vayas, Ava —empezó a llorar, dejándose caer en la banca que había junto a la mesa—. No te vayas, por favor. Por favor.

Ella se arrodilló delante de él, tomando su rostro entre sus manos. Le besó las mejillas y secó las lágrimas de sus ojos con sus pulgares.

—Seguro que has oído lo que se dice de Philippe —murmuró—. Deberías estar feliz de que esté del lado del bien.

Él gimió.

—Vino hasta mí —dijo ella—. No exactamente él, sino un mensajero en su nombre, con noticias de que Philippe quiere que vaya con él Yo y Béatrice. Nos quiere de vuelta. Y allí me dirijo.

—Pero, Ava —dijo el párroco. Apoyó su frente en su cuello y acarició sus suaves pechos—. Yo te amo más que nadie en el mundo. Como ningún otro, Ava. Por favor, no me dejes.

Ella se rió y le arrulló como si fuera un niño.

—Ay, insensato —murmuró. Le besó en los ojos—. Eso se lo dices a todas tus mujeres.

—No hay otras —dijo—, sólo tú.

—Ingenuo, eres un ingenuo —dijo—. Un ingenuo con esas palabras tuyas. ¿Crees que no te conozco, querido?

Ella le sostuvo por un buen rato, y como él parecía no tener intenciones de irse, le hizo dulcemente el amor. Él sollozó de agradecimiento y después dejó que le pasara una esponja por el cuerpo y por su miembro como si no fuera más que un niño.

Fue poco después de la marcha de Ava cuando los esbirros llegaron con noticias de la sentencia de Pons. Pierre se había quedado tan atascado en la miseria de su siempre más profunda inutilidad y soledad, que ni siquiera había pensado en advertir a Fabrisse de la posibilidad de que la citaran a ella misma. Si bien Ava había sostenido que había defendido a Fabrisse frente al Inquisidor, había desvelado el nombre de Fabrisse junto con el de Pons, y Pierre sabía que era probable que continuaran las citaciones. Lo que no había previsto era que el cuerpo de Pons iba a ser exhumado y quemado y que esa misma noche su vida empezaría de nuevo con la imagen de Eco.

Pasó la noche junto a la cama de la agonizante anciana Rives, mientras la emoción que Eco le producía resplandecía en su columna como una sensual llama. Cuando la anciana murió, se empujó a sí mismo a salir, diciéndole a Fabrisse que se encargaría del ataúd.

—No tengo dinero para un ataúd —le oyó decir, cuando ya había puesto la mano en el picaporte. Se volvió hacia ella, intentó reconfortarla, pero la pasión que temía en ella terminó por explotar, pues le miró con ojos indómitos, cayendo luego a sus pies, aferrándose arrebatadamente a él.

—Yo sé —oyó su gemido feral, y vio su cabello enredado. Intentó desasirse de su abrazo—. Yo sé que me amas —dijo ella. Hablaba con una certidumbre tan ciega, que pensó por un instante que se había equivocado, que en verdad quizá sí la amaba.

Tanto por el horror como en un esfuerzo por poner en orden sus pensamientos, levantó la vista de su miserable figura. En un abrir y cerrar de ojos, junto a la puerta del dormitorio de la anciana, vio a Eco de pie, desnuda, y más adorable que nunca en su distraída distancia. Tiraba de su oreja, como lo había hecho la noche anterior, contemplándole como si de alguna manera le entendiera. Él sintió que su compasión se elevaba como un vapor por el aire, y todas las dudas que había sentido hacía un momento se disiparon. Esa niña era su vida. Era su vida, toda su vida.

Bajó la vista a Fabrisse, y vio que se había quedado callada, con los ojos abiertos por la sorpresa y la vergüenza. No podía soportar verla más en ese estado.

—Prepárate para la inspección —le dijo, dejando a su vida por un momento.

Para él nada volvería a ser lo mismo.

En el velatorio de la anciana Rives los Creyentes se enfrentaron a Pierre echándole en cara que no sólo había desairado a la difunta con sus palabras durante el entierro, sino también a Dios, que sabía que sus palabras eran mentira. Thomas Maurs, que había sido gentil con él desde su encuentro en el granero, detuvo a Pierre en el camino al día siguiente del entierro, rascándose la entrepierna mientras hablaba.

—¿No creerás que el agua bendita tiene algún poder? Pierre no podía prestarse a contestar a tal insolencia. Se volvió para continuar su camino.

—¡Y la hostia! —gritó Thomas—. ¿De verdad crees que la hostia es más que una rebanada de nabo? —Se rió, y Pierre se dio la vuelta para encararle. —¡Y a pesar de todo la consagras en la misa como si fuera Dios! ¿Por qué llevas a cabo aquello en lo que no crees?

Pierre examinó los ojos ardientes del joven, ojos que le recordaban a su difunto hermano Guillaume, el amante de Marquise.

—Sabes muy bien por qué —dijo al final. Tomó una vez más el camino, y al caminar pensó que —por el bien de Eco—. Thomas debía ser exiliado de la aldea. Esa rabia, esa virulenta y enferma voluntad sólo podía ser perjudicial para una niña inocente.

A pesar de la constante presencia de los esbirros y de que las quemas habían aumentado el miedo de los aldeanos a ser acusados de herejía, la fe de los Buenos Cristianos parecía envolver cada día una mayor parte de la aldea. Cuando Pierre decía misa tenía una creciente sensación de que tras los observadores ojos de sus parroquianos estaba el espíritu de la burla y que casi podía oír sus mofas silentes.

Una noche, después del oficio de vísperas, se disponía a detenerse bajo el olmo de la plaza como a veces hacía, cuando oyó un goteo y luego sintió algo sobre su cabeza, algo húmedo derramándose. Se apartó de golpe y miró hacia las alturas del árbol.

—¿Quién está ahí? —llamó, viendo la vaga figura de un niño entre las ramas. El niño no contestó y Pierre se quedó de pie, deseoso de sacudir las altas ramas del árbol, pero no podía alcanzarlas.

—Papá dice que no eres más que un orinal —dijo finalmente el niño.

—¿Y tú te crees todo lo que te dice tu padre? —preguntó Pierre.

El niño no contestó, sino que saltó por el otro lado del árbol y se escurrió para salir corriendo. En la oscuridad Pierre no pudo verle. Uno de los Maurs, probablemente, pensó, limpiándose la orina de la mejilla.

Llegó el otoño, y por la escasez de agua, el cáñamo no brotó ni creció para que las mujeres lo trituraran y alisaran durante el invierno. Los aldeanos estaban desesperados, hambrientos, y Pierre se preguntó si quizá ésta era la causa de que la Iglesia —por boca del Obispo de Sabarthés— decidiese gravar un nuevo impuesto para todos los habitantes de la región. La gente debía pagar el diezmo sobre los productos de la ganadería y un impuesto adicional de un octavo sobre los cereales, el último de los cuales casi igualaba el impuesto de la cosecha anual. El Obispo le escribió a Pierre una carta puntualizando que si no colectaba el diezmo con rigor, tendría que vérselas con el Inquisidor. No había dinero alguno ni excedente que colectar, pero Pierre fue de puerta en puerta como siempre.

Ni siquiera los aldeanos más constantes le saludaron con amabilidad, y los Creyentes le miraron a los ojos y se negaron a pagar.

—Si eres uno de nosotros —dijo la anciana Maurs—, encontrarás una manera de saltarte tus obligaciones.

Y su hijo Thomas llegó incluso a sugerir que Pierre les diera lo que hubiera colectado de los aldeanos a los Buenos Cristianos en vez de a la Iglesia.

—Estamos tan hambrientos como el resto —masculló—, y nuestra vida es más valiosa.

Si bien Pierre dejó que los Maurs no pagaran esta vez, estaba determinado a conseguir todo lo que pudiera para evitar sospechas. Tenía que permanecer libre, se dijo, libre para amar a Eco.

En la primavera llegaron las lluvias, pero la alegría no regresó a la aldea. Por no arrepentirse, el menor de los Authié y Prades fueron entregados al brazo secular y quemados en Toulouse. Se había solicitado la presencia de Pierre en las quemas, y aunque había fingido estar enfermo para no asistir, se extendieron rumores de que estaba del lado de la Inquisición.

Una mañana se despertó y encontró una nota que habían deslizado por debajo de la puerta de su granero. «*Te matarán si persistes en atravesar la cerca entre nosotros y ellos*», decía. «*Ya han sido contratados asesinos de Gerona*». Había unos pocos en la aldea aparte de Pierre que pudieran leer o escribir, y estaba seguro de que ninguno de los Maurs hubiera podido escribir solo la carta. Se preguntó si la había escrito el mayor de los Authié, con quien había perdido contacto después de que su hermano hubiese sido apresado.

Aterrorizado, decidió pasar su cama a la casa de sus hermanos, que —creía él— eran al mismo tiempo simpatizantes de los Creyentes y estaban

decepcionados de que hubiera fallado como sacerdote al no ser capaz de mantener la aldea en el seno de la legítima fe. Nunca les había hablado de su propio desencanto con la Iglesia, pero ocasionalmente les había descubierto mirándole en la misa con una expresión de desconfianza, incluso de desdén. Cuando llegó a la puerta de su casa con su catre y las sábanas, ellos fruncieron el ceño, pero no le cuestionaron, y él no se molestó en explicarles nada.

Noche tras noche se acostaba en la bodega, escuchando cada crujido de las tablas del suelo de arriba, buscando una manera de evitar que el Inquisidor le enviara a prisión y de seguir vivo a pesar de todo. Durante las horas de luz, cuando su mente le engañaba haciéndole creer que estaba seguro, se subía al campanario de la capilla y miraba a Eco jugando en la distancia en el patio de Esclarmonde. Su fervor por sobrevivir se intensificaba al mirarla, tan en la flor de la vida. Cómo deseaba vivir para esa niña blanca como la leche, de miembros perezosos y mentón partido.

El Inquisidor se quedó tranquilo por un tiempo y no puso a prueba a Pierre, y así él sobrevivió. Pero entonces, cuando ya estaba harto de pasar las noches bajo el balanceo de las camas que sus hermanos compartían con sus esposas, un mensajero de la Inquisición llegó a la capilla después del servicio de vísperas. La carta que traía decía lo siguiente:

Que esta carta te sirva de advertencia, Pierre Clergue. Sé que eres un sacerdote falso, de una parroquia rebosante de herejía. Algún día cercano tu aldea será rodeada, tus aldeanos acorralados como ovejas. Estamos en camino, y tú tienes una decisión que tomar. Ayúdanos en nuestro ataque o serás acorralado como una bestia rastrera. Sabes tan bien como yo cuál será tu destino en este último caso.

Si la castellana hubiera estado en Montailou, ahora habría acudido a ella. ¿Qué otra mujer le había conocido como realmente era —un hereje escondiéndose— preocupándose por él a pesar de todo? Sólo Fabrisse, y pensar en ella no era para él ninguna fuente de bienestar. Sintió que había una más, y entonces se acordó de la Virgen, que una vez había escuchado su corazón. Sí, aunque la hubiera traicionado a ella más que a cualquier otra, ahora rezaría para que le orientara.

Le pidió al mensajero que le esperara en el vestidor, y entonces se arrodilló ante el altar, alzando los ojos a la Virgen. Qué poder me diste una vez, rezaba. Yo era pequeño, y no iba a crecer. Y tú sonreíste al verme seguir tu camino. Ella le miraba con ojos tristes y compasivos a un tiempo, y a él le parecía que, creyera o no en la bondad de la carne y del mundo material, a ella le debía todo lo que alguna vez había tenido. Cuando la aldea estaba vinculada a ella, él había conducido a la gente en su nombre. Para sobrevivir,

para guiar de nuevo a la gente, debía ayudar al Inquisidor a unirles a ella.

Casi se echó a llorar, tan agradecido estaba por la revelación. Se persignó y se puso de pie, dándose prisa hacia el vestidor, donde, ante la mirada del mensajero, se sentó a la mesa, extendió un folio de pergamino y tomó la pluma para escribir:

En la fiesta de la Virgen la aldea entera se encontrará reunida en la plaza a primera hora de la tarde. Hay suficiente espacio en los calabozos de la fortaleza para albergarlos a todos por un tiempo.

Antes de que la herejía llegara a Montailou, el día de la Virgen se celebraba en honor a Santa María, pero desde que llegó se había convertido en un día de fiesta prácticamente pagano, en el que los feligreses y Creyentes se daban juntos un banquete y bailaban hasta la caída de la noche, alabando al Dios que quisieran. En opinión de Pierre, no había día más apropiado para que la aldea fuera reclamada en nombre de la Virgen.

Le entregó al mensajero la respuesta y miró desde la torre del campanario cómo el hombre cabalgaba bajando por la colina, más allá de los campos de trigo, bajo el cielo encendido del atardecer. En tanto que quería regocijarse porque al fin se redimiría como sacerdote, la oscuridad se agitaba en su alma y supo que había caído todavía más bajo: estaba usando a la Virgen para salvar su propia vida y, en el proceso, masacrar la única fe que creía que le podía salvar en espíritu.

Antes de que pasaran dos semanas, en la dorada tibieza de una mañana de septiembre, se quedó en el patio de la capilla, mirando a los aldeanos ir y venir preparando el banquete que iba a tener lugar a mediodía: hombres cargando mesas y bancos a sus espaldas, mujeres cargando con ollas de natillas y liebre estofada, chicas adolescentes pavoneándose de sus más finos vestidos, listas para ponerse a bailar con los chicos de sus corazones hasta que cayera la tarde. Cada tanto llevaba su vista de la plaza a los campos en las faldas de la aldea, y la piel de la nuca le picaba. No vio esbirros, y rezó a Dios rogándole que la carta del Inquisidor no hubiese sido más que una prueba de su fidelidad. Qué fidelidad tan miserable al final había demostrado tener...

Se acercó el mediodía y aunque había cierta brisa en el aire, estaba empapado de sudor, seguro de que iba a sentir náuseas en tierra consagrada si se quedaba en el patio. Se acercó cojeando a la plaza y vio a Thomas Maurs de pie bajo el olmo con una chica bonita y robusta que reconoció como la sobrina nieta de Na Roqua. ¿Estaba el joven Maurs cortejándola? Los niños corrían de mesa en mesa, jugando a algún tipo de juego de persecuciones. Pierre reconoció a los dos hijos de Alissende entre ellos, rubicundos y

riéndose de oreja a oreja. Un grupo de ancianas, incluida la curandera, se sentaba cerca, conversando en cacareos. Como si Na Roqua hubiera sentido sus ojos sobre ella, giró su cabeza hacia él y le hizo una leve reverencia.

Se secó la frente con la manga de la túnica y miró otra vez hacia los campos, todavía tan inocentes y vacíos como antes. Cuando volvió a mirar a la plaza vio a Fabrisse bajando por el camino con un jarrón de vino en los brazos y a Eco siguiendo sus pasos, medio escondida en la rebeldía de su cabello. Sintió un arrebató de simpatía por la madre y la hija. ¿Qué infracción a la fe había jamás cometido Fabrisse para merecerse ahora su traición? Y Eco... No podía soportar la idea de que los esbirros la tocaran, la hirieran. En un momento de pasión, deseó advertir a madre e hija de huir de la aldea inmediatamente, lo antes posible, pero cayó en la cuenta de que si atrapaban a Fabrisse en la huida, para el Tribunal de la Inquisición su culpabilidad quedaría confirmada.

Bajando la vista a la plaza para asegurarse de que nadie le miraba, caminó hacia los arbustos del borde sur de la aldea, de donde había corrido una vez junto a la familia Belot. En vez de seguir su camino hacia la Col du Pradel, que sabía que los esbirros vigilarían con toda probabilidad, trepó por el lado de una colina rocosa cubierta de bosques. No había planeado huir, pero enfrentado a la lánguida ignorancia de los aldeanos, sabía que no podría plantarles cara cuando se acercaran a reconocerle como traidor.

Caminó y caminó hasta no estar lejos de la cima de la colina. Mirando desde detrás de una roca, vio la aldea a los pies de la colina. En la plaza los aldeanos ya se daban al banquete en mesas puestas en columnas. Bajaban sus cabezas hacia sus tazones y se inclinaban para hablar los unos con los otros. Casi podía oír el parloteo de sus bocas llenas, y creyó ver la negra cabeza de Eco a un extremo de una mesa.

Mirando más allá de la aldea, no vio más que campos extendiéndose hasta el pie de lejanas colinas. Su corazón se aceleró con la esperanza, pero luego divisó a un soldado galopando hacia la aldea viniendo por el camino de Prades. ¿Era posible que el Inquisidor hubiera enviado sólo a un esbirro? Recorrió con los ojos los campos otra vez, en la esperanza de no encontrar a nadie más. Reconoció a un soldado acercándose desde el oeste y a otro del este. Y luego los campos despertaron a la vida por el fulgor de las armaduras bajo la luz del sol y el precipitado galope de los caballos. Venían esbirros de todas las direcciones del Pays d'Aillon.

Los aldeanos comían alegremente, todavía sin percatarse de lo que pasaba. Pierre casi grita para advertirles, aunque sabía que cualquier grito carecería de efecto desde tal distancia. Vio a uno de los hombres de la aldea levantarse de su mesa y dar un paso en dirección hacia las tierras del valle. De repente, las manos del hombre hicieron unos gestos desesperados sobre

su cabeza y la plaza se convirtió en una revolución de aldeanos dispersándose como hormigas, mesas volcándose, niños gritando. *Corred*, susurró Pierre. Vio a varios hombres correr más allá de las casas del lado norte de la colina.

Dejando atrás la capilla, por lo menos cincuenta esbirros se abalanzaron sobre la plaza, casi pisoteando a los que se encontraban en su camino al acelerar para rodear a los aldeanos, que se tropezaban los unos con los otros. Pierre oyó el estrépito de los lejanos disturbios mientras las mujeres se agachaban para recoger a sus niños y los hombres se mandaban señales por encima de las cabezas de otros. Más allá de la multitud enloquecida, dos esbirros a caballo forzaban a los fugitivos a regresar a la plaza, apuntándoles a la cabeza con sus ballestas. Un esbirro tumbó a uno de ellos de una patada. Al verle luchar por ponerse en pie, Pierre creyó reconocer a Thomas Maurs. Sintió que sus pulmones luchaban por respirar. *¿Dios mío, qué he hecho?*, pensó.

Un esbirro a la entrada de la plaza levantó el puño, como dando una orden, y la multitud, ahora más calmada, se separó un tanto. Pierre vio al supervisor con su capa negra rematada en piel acercarse a los esbirros y detenerse al pie de su caballo. Pierre sabía que el supervisor estaba al tanto de la orden inquisitorial de encerrar a los aldeanos en los calabozos hasta que pudieran ser transportados a las prisiones de Toulouse. El supervisor bajó la cabeza, el esbirro hizo una señal a sus compañeros de armas y luego la multitud dio la impresión de contraerse mientras los aldeanos eran acorralados para ser conducidos camino arriba, como animales, como el Inquisidor había escrito.

La muchedumbre se acercó a la fortaleza, y Pierre creyó oír lamentos en el viento, un gemido tan lastimero que su corazón hubiera podido dejar de latir a causa de su sonido. Deseaba que se terminara. Recordaba el llanto de los aldeanos el día que había dado su primer sermón como párroco. Ahora le parecía que ellos habían sabido de antemano que él al final quebraría su lealtad para con ellos. La agonía reemplazó los últimos rastros de paz en su alma. Ya no había salida.

En parte para torturarse un poco más por su traición, observó cómo los aldeanos eran empujados bruscamente por una estrecha puerta en la fortaleza que conducía directamente a los sótanos. Los que estaban junto al umbral de la puerta estaban agitados, como si alguien a sus pies hubiera sido aplastado, y temió por Eco metida en una masa de cuerpos hacinados. Si ahora la aplastaban, ¿cómo —en su silencio— iba a ser capaz de manifestarse?

Dejó caer su cabeza en tierra y se quedó así durante un rato. Cuando finalmente tuvo el valor de mirar, vio que varios esbirros se habían colocado alrededor de la fortaleza y muchos otros habían tomado posición en los

bordes de la aldea. Un solo hombre desarmado caminaba por la plaza entre los bancos y las mesas tumbadas, los tazones derramados de comida del festín. El hombre llevaba hábitos e incluso desde la distancia Pierre pudo ver que estaba tonsurado. El Inquisidor había llegado a Montailou.

Como si hubiera sentido los ojos de Pierre en la nuca, el Inquisidor se volvió hacia el sur, su rostro ladeado hacia las colinas. *Sé que estás ahí*, parecía decir con su firme mirada. *Has sido derrotado, Clergue. Has fallado como hereje, y has fallado como hombre.*

Pierre no esperó a que le encontraran. Aturdido, vagó por el escarpado y agreste terreno de las colinas, sabiendo sólo que no podía soportar más humillaciones. Se dirigió vagamente hacia el oeste, hacia las grutas de Tarascón, donde, había oído, los herejes se escondían ocasionalmente. Si no eran esbirros, entonces eran asesinos de Gerona los que seguramente estaban tras sus pasos. Trepó por los empinados bosques, resbalando sobre el musgo, y cojeando entre hojas que temblaban como de miedo, dejando atrás pinos que le raspaban con sus púas cuando los rozaba. El aire mismo le parecía que lloraba por sus crímenes y él quería unírsele, implorarle empatía. Se dio cuenta de que, si hubiera sido un párroco joven, habría sido capaz de llorar, pero llorar era algo que sólo se podía lograr con una poca autocompasión, y a él ya no le quedaba nada. Siguió caminando, con su cuerpo que le obligaba a huir y su mente extrañamente sin miedo alguno de los lobos y los osos y las serpientes que siempre le habían aterrorizado.

Un sabor como de oscuridad se le pegó al paladar mientras el bosque se oscurecía y su mente hervía de actividad. Se sentó y apoyó la mejilla contra la espinosa corteza de un pino, mientras la humedad de la tierra se esparcía por sus muslos bajo el hábito. Se figuraba a los aldeanos amontonados en los calabozos, justo donde había deshonrado sus votos sacerdotales. Vio sus rostros llorosos, a Eco luchando a arañazos para abrirse un lugar por el que respirar, a Thomas Maurs, herido y arrumbado en un oscuro rincón.

Durmió un poco, y fragmentos de piel y hueso habitaban sus sueños desvelados. Cuando se despertó, pensó que, si la aldea era devastada, ya no tendría feligresía con la actuar como párroco. Se imaginó a sí mismo, como si se tratara de un recuerdo, deambulando solo entre los exiguos escombros de lo que ya no era y jamás volvería a ser.

No buscó refugio a pesar de que llovió ligeramente durante la noche. Cuando al fin el amanecer proyectó su pálida luz sobre los árboles, prosiguió su camino en dirección oeste, corriendo entre el goteo de las hojas, tropezando y enfangándose los hábitos. Le dolía la cadera, y también el tobillo, que se había torcido tantas veces como se le había doblado el zapato,

y a pesar de ello estaba de alguna manera distanciado del dolor. Alcanzó una cima cubierta de helechos y el furioso viento del noroeste sopló contra su espalda mientras corría para escapar del Infierno que fabricaba su mente. Hasta ahora había concebido el Infierno como algo separado de su vida; sin embargo, atiborrado de culpa, entendía que éste estaba dentro de él, encerrado dentro de su propia alma, y no podía imaginar que sus negras garras fueran a soltarlo jamás.

Un rato después del mediodía, llegó hasta un lago poco profundo y de tranquilas aguas salobres. Hundiendo los tobillos en la orilla de juncos, se percató de cuán sediento se encontraba, y supo que tendría que encontrar pronto un riachuelo si quería sobrevivir. Los mosquitos le picaron en los pies y él los contempló tomar su alimento antes de reanudar su camino hacia las cuevas de Tarascón.

La tarde ya estaba bastante avanzada para cuando encontró un arroyo. No sentía ya la sed, pero sus piernas le empujaron hacia la orilla fangosa y pronto estaba bebiendo de una fuente de luz del sol, y le parecía que se llevaba el sol a los labios. La corriente era calma. Vio una trucha saltando como un cuchillo a través de la clara superficie del arroyo y pensó en lo terrible y a la vez maravilloso de que hubiera en este mundo bendiciones donde no debía haberlas. Sus manos se metieron en el agua, buscando a tientas al pez, y un momento después ya estaba chapoteando tras las truchas, que se le escapaban de entre sus dedos una tras otra.

Cuando estuvo ya demasiado muerto de frío como para moverse, se retiró a la orilla, pensando que lo mejor sería encontrar una rama para usarla como lanza y entibiarse un poco a la luz moribunda del atardecer. Mientras caminaba hacia un lugar iluminado, reparó en un pequeño campamento, o lo que parecía ser un campamento, no lejos de la orilla, delante de la boca de una pequeña cueva. Había un montón de ceniza rodeado de un anillo de piedras y una larga lanza, hecha con un cuchillo amarrado al extremo de una rama, apoyada en el tronco de un árbol. No había nadie a la vista, así que se acercó cautelosamente, reafirmando en la idea de que él nunca robaría la lanza, que simplemente la tomaría prestada para atrapar su comida.

Con la lanza en la mano, cojeó comente arriba. Arrojó el cuchillo al agua, fallando el disparo, mientras las truchas se alejaban revoloteando. Finalmente se plantó en el centro del lecho del arroyo, apuntó a una trucha que estaba a varios pasos de él corriente arriba, sostuvo la lanza en el aire y la blandió para lanzarla hacia abajo. La trucha se le acercó y casi pasa a través de él, pero el cuchillo la pilló por la cola. Pierre gritó de júbilo y sostuvo el pescado por las branquias con su mano libre, dando vueltas sobre sí mismo.

Alguien le miraba desde la orilla. A primera vista pensó que se trataba de algún tipo de bestia, por todo el cabello claro que le rodeaba el rostro y le

crecía de la barbilla. Pero luego se dio cuenta de que era un hombre, y además joven, con penetrantes ojos azules y una frente sin arrugas. El hombre era bastante alto, o parecía serlo erguido con una mano agarrada del tronco de un haya y la otra sujetando algo delgado y negro, que Pierre reconoció como un libro. Iba vestido como un hombre de ciudad, aunque andrajoso y con la ropa desgarrada por muchas partes. Si este hombre no era un ermitaño, estaba sin duda escondiéndose de algo, y sin duda estaría enfadado de que le hubieran descubierto.

Pierre sostuvo la lanza delante de sí, con el pez clavado en el extremo, agitándose bruscamente.

—Vi tu campamento —balbuceó—. Por favor, perdóname. He viajado durante días sin comer. Tenía tanta hambre.

Con la lanza delante, se acercó a la orilla.

—Usted no es dominico —dijo el hombre, examinándole—. No es un fraile.

—No —dijo Pierre.

—Pero es sacerdote.

—No —dijo Pierre de nuevo. Contempló su empapada vestimenta sacerdotal—. Quiero decir sí. —Sostuvo la trucha más lejos de sí. Se había quedado un poco más quieta, y colgaba lastimosamente de la punta de la lanza—. Por favor, toma el pescado como señal de mis disculpas —dijo Pierre—. Ya me voy.

—¿Hay alguien con usted? —dijo el hombre.

Pierre negó con la cabeza.

—Traiga entonces el pescado —dijo el hombre—. Lo cocinaremos al fuego.

Mientras Pierre se calentaba junto al fuego, el hombre pescó con la lanza muchas más truchas. Bajo el cielo del atardecer, limpió el pescado con otro cuchillo, y luego los cocinaron al fuego de uno en uno sobre las llamas, ensartados en un palo. Pierre observaba al hombre cocinar el pescado. No se movía como alguien acostumbrado a los rigores del mundo silvestre. Los campesinos de Montailou eran de modales toscos, sus manos estaban habituadas a quebrarles los cuellos a los pollos, a despellejar sus presas día a día sin interrupción. Pero este hombre ponía el pescado al fuego con precisión, con los dedos sujetando y dándole vueltas al palo como si fuera un sofisticado mecanismo. No, no era de origen campesino, pensó Pierre; o si lo era, era de una familia lo suficientemente adinerada como para contratar a otros para que hicieran la labor. El dinero explicaría que supiera leer.

El hombre le tendió a Pierre un tazón lleno de pescado asado.

—Compartiremos el tazón, si no le importa —dijo.

—Por supuesto —dijo Pierre, tomando un trozo de trucha aceitosa con los

dedos.

—Está huyendo de algo —dijo el hombre, poniendo otro pescado sobre el fuego—. No de la Inquisición: usted es sacerdote.

Pierre se sacó un hueso de entre los dientes.

—¿La Inquisición? No, no. —¿Estaba este hombre huyendo también del Inquisidor? Pierre le tendió el tazón, pero el hombre no lo tomó, de modo que siguió comiendo de él.

El hombre asó el resto del pescado y finalmente aceptó el tazón. Comían por tumos y en silencio. Después de la cena, Pierre siguió al hombre al arroyo, donde se lavaron las manos y bebieron agua durante un rato. De regreso, el hombre le habló de nuevo.

—Yo duermo en el interior de la cueva —dijo—. El musgo es una buena almohada si quiere hacerse una cama. —Se detuvo junto al fuego y miró a Pierre—. Le veo cansado —dijo—. No hay por qué no descansar aquí.

El hombre se sentó de nuevo junto al fuego, tomando el libro y empezando a leer. Pierre se preguntó si era el libro de los Hombres Buenos.

—No es fácil estar solo en el bosque —le dijo al hombre—. ¿No tienes miedo?

El hombre levantó la vista del libro y le miró.

—Cuando acababa de llegar, sí —dijo—. Pero ahora ya no.

—¿Y hace cuánto tiempo que vives por aquí?

El hombre se encogió de hombros.

—Antes llevaba la cuenta del tiempo, pero como no me servía de mucho, dejé de hacerlo.

Pierre estaba casi seguro de que el hombre era un hereje en la clandestinidad. Se agachó al otro lado de la fogata.

—He oído antes tu acento —dijo—. ¿Es el acento de la gente de Foix, no?

El hombre alzó la vista del libro y miró de reojo a Pierre. Era la primera vez que el miedo asomaba a sus facciones.

—No vivo en Foix desde hace mucho.

Pierre acercó sus manos al fuego para calentarse. Alzó la vista al cielo estrellado.

—¿Eres Creyente? —preguntó Pierre en un susurro.

Hubo un momento de silencio, y luego Pierre oyó que el hombre cerraba su libro.

—No soy un hereje, si a eso se refiere —dijo el hombre. Pierre bajó la vista y vio que el hombre le miraba con detenimiento—. Aunque creo que no tendría nada en contra de un hereje si me encontrara con uno. —Se acarició la barba con los dedos—. La vestimenta que lleva, ¿la ha robado?

—¿Esta? —dijo Pierre—. No... no. Soy un sacerdote de verdad. Aunque al parecer no soy precisamente el mejor.

Lejos de la aldea y del Inquisidor y de todo lo que había conocido como hombre, se sentía extrañamente liberado, como si no hubiera un precio que pagar por la honestidad absoluta. Casi confiesa todo lo que había que confesar acerca de sí mismo, pero no lo hizo, y el hombre pareció sentirse agradecido de su silencio.

—No hay necesidad de que me cuente por qué se esconde —dijo el hombre, recogiendo su libro—. Me voy a dormir. Si no es mucha molestia pedirle que se encargue usted mismo de apagar el fuego con ceniza.

El hombre asintió y se dio la vuelta para irse, y Pierre encontró en sus ojos algo que no era miedo, ni cansancio, un peso que venía de algo que le agobiaba en lo más hondo.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, hijo? —preguntó Pierre, sin saber de qué iba a hablar.

El hombre pareció sorprenderse. Abrió la boca, como si tuviera la intención de responder, pero luego negó con la cabeza, deseándole a Pierre buenas noches.

La mayor parte del día siguiente permanecieron en silencio. El hombre recolectó bayas y nueces por la mañana, mató a una ardilla para la comida y leyó el resto del tiempo. Pierre se cuidó de preguntarle qué era lo que leía. Caminó junto al arroyo, diciéndose que debía irse y dejar al hombre en paz a pesar de sus ganas de quedarse. La idea de continuar con su viaje solitario por el bosque le parecía terrorífico; sabía que, si acudía a la castellana en busca de refugio, tendría que decidir si regresar o no a Montailou, y cuándo. Con esa decisión podría mirar a los ojos a su humillación, a sus remordimientos, y tendría que considerar la gran amenaza que representaba que se hubiera contratado a asesinos para matarle. Pero aquí en el bosque, al cuidado de un hombre con cuyo nombre no se le había pedido que cargara, estaba libre de todo ello por un tiempo.

Cenaron de la misma manera que la noche pasada. Pierre comía mientras el hombre asaba el pescado en la lanza. Esperaba que tras la cena el hombre empezara otra vez a leer, pero en vez de ello, juntó las manos sobre sus faldas, como considerando algo importante.

—Hay una cosa —dijo en una voz apenas audible.

—¿Una cosa? —dijo Pierre. Había pasado tanto tiempo desde que él y el hombre habían hablado, que no estaba seguro de que realmente estuviese hablando.

—Anoche —dijo el hombre—, me preguntó si había algo que pudiera hacer por mí. Y si no es mucha molestia, hay una cosa.

—Claro —dijo Pierre—. ¿De qué se trata, hijo? Sintió un arrebató de

sentimientos paternos por el joven, no del tipo que sentía por todos los feligreses, sino algo más profundo, más personal, casi físico. Sí, lo sentía en el pecho, como una raíz que arraigase en su interior, hasta el corazón.

—Nunca he tenido la oportunidad de confesarme como Dios manda —dijo el hombre—. Me fui de casa cuando todavía era joven y entonces nunca hubo un sacerdote en quien confiar.

—¿Y quieres confesarte conmigo?

El hombre asintió, con los ojos bien abiertos.

—He cometido errores como sacerdote —dijo Pierre—. Te lo confieso... Pero prometo guardar tu confidencia.

—¿De verdad lo promete?

—Es mi obligación —dijo Pierre.

El hombre pareció tranquilizarse con esto último.

—Entonces de acuerdo —dijo, suspirando.

Pierre vio que sus ojos estaban húmedos. Tomó uno de los leños que habían reunido durante el día y atizó el fuego.

—Soy un hombre viejo —dijo, mientras avivaba las llamas—. Y he oído mucho de los caminos del pecado. —Arrojó el leño al fuego—. Si llevas la carga de tus pecados, entrégame a mí esa carga.

El hombre se secó los ojos.

—Mi padre me envió a Foix cuando yo era un niño —empezó, sonriéndole a Pierre vagamente—. Estaba en lo cierto acerca de mi origen... Me envió a una escuela en Pamiers «con el propósito de aprender gramática y esa clase de cosas», me dijo. Pero en realidad era sólo para mandarme lejos de él... Era doctor y quería adiestrarme en la profesión, pero yo no podía soportar ver a la gente sufriendo, a las mujeres sangrando, —miró a Pierre de reojo—. ¿Seguro que esto no es mucha molestia?

—Ninguna molestia —dijo Pierre—. Sigue con tu relato.

El joven se secó las lágrimas una vez más.

—En Pamiers —dijo—, me hicieron comparar cama con otro chico.

Demudó el rostro, como si estuviera repentinamente adolorido. Se quedó callado.

—Y ese chico —dijo Pierre finalmente—, ¿te hizo algo, hijo?

El joven negó con la cabeza, luego asintió y después volvió a negar con la cabeza.

—Algo hizo —dijo—, pero, padre...

—No tienes por qué tener miedo. Cuéntamelo.

—No pude... resistirme a él. Yo estaba solo, comprende, y...

—Eras un niño. Eso lo explica bastante bien, creo yo. Y tienes remordimientos.

—Pero en realidad no, padre. Ese es justamente el asunto —miró a Pierre

con ojos desesperados, más punzantes a la luz de la fogata—. Le amaba —dijo en un susurro—. No como a un hermano, ¿entiende? Le amaba para todo.

Pierre se mantuvo en silencio, esperando a que el joven continuase. Mucho antes, un pastor le había contado en confesión que amaba a otro hombre. El pastor le habló de las bajas acciones que habían realizado, y Pierre se había sentido tan repelido por sus descripciones, que había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no hacerle escarnio en vez de darle penitencia. Sin embargo, en el bosque, a la entrada de una primitiva cueva, Pierre estaba colmado por su propio conocimiento de su propia naturaleza degradada, una naturaleza a la que de algún modo no se resistía. Se sintió completamente abierto, y nada de lo que el joven le contaba le impactaba más que cualquier otra consecuencia del hecho de ser humano. Sintió una compasión más profunda de la que hubiera podido imaginar como posible, y se dio cuenta de que podría haber sentido esta compasión durante toda su vida, como sacerdote y como hombre, respirando la vida de los otros.

—No es pecado amar a otra persona —dijo Pierre—. Es Dios quien nos da esa capacidad.

El hombre le miró sorprendido.

—El maestro de la escuela no estaba tan inclinado al perdón —dijo—. Ahora es fraile, y está con el Inquisidor de Toulouse, y eso es lo que hizo que tuviera que huir.

—¿De la escuela?

El joven asintió.

—Y fue entonces cuando aprendí mi oficio: la zapatería. Soy zapatero, no doctor. Y también fue entonces cuando empecé a caminar por el sendero de la verdadera oscuridad. Pecando, padre.

—¿Qué clase de pecado, hijo?

—De la carne, padre.

—Con prostitutas.

—Algo así.

De repente se tapó la cara con las manos y se apartó del fuego.

—Lo siento —murmuró—. Gracias por tomarse la molestia, pero debo llevar solo esta carga.

Se retiró al interior de la cueva, y Pierre no intentó detenerle.

Más tarde, mientras yacían a través en la oscuridad, Pierre finalmente habló.

—Una ramera no es más que una ramera —dijo—. Una pecadora, como todos nosotros.

Oyó que el joven empezaba a llorar.

—Pero hubo tantos —dijo el joven.

—Sí.

—Tantos. Y yo lo único que buscaba era algo de consuelo. —Sí.

—Y a pesar de todo yo sabía que era pernicioso.

—¿En verdad lo era?

—Ayúdeme.

—Quiero ayudarte. Ayúdame a ayudarte.

El joven lloró fervientemente, y luego su llanto pareció cansarse solo, y luego ya sólo quedaba el sonido de su respiración y de las vueltas que daba sobre el musgo, gorjeos y el canto de las criaturas del bosque en el exterior. Después de un rato, el joven le contó cómo fue a Toulouse cuando quemaban a los leprosos, cómo había pecado con hombres hasta que una noche junto al río se había llenado de ampollas como un leproso y Dios se le había aparecido cual relámpago con su rostro de estrellas y había hecho un milagro en su piel, un milagro a cambio de que él prometiera casarse. ¿Pero cómo iba a llevar a cabo ese voto cuando no tenía ningún coraje para abordar a las mujeres, cuando estaba huyendo de la Inquisición? ¿Y qué mujer de tierno corazón querría tener por marido a un sodomita?

Cuando Pierre se levantó a la mañana siguiente, encontró sus zapatos arreglados, dispuestos a la entrada de la cueva. El zapatero no estaba por ninguna parte, y Pierre tomó su ausencia como una señal de que era hora de partir. Se estaba poniendo los zapatos, cuando reparó en un saco escondido tras una piedra cerca de la cueva. Había una tablilla de madera apoyada sobre el saco, y un estilo de hueso asomándose desde dentro del saco. Aunque Pierre sabía que no era precisamente discreto hacer uso de las cosas de su huésped, sacó el estilo, tomó la tablilla y grabó un mensaje en su cera verde: «Ahora mi parroquia no es segura, pero si llega un día en que la Inquisición se extingue, encontrarás un hogar en Montailou. Pregunta en Ax-les-Thermes cómo llegar hasta ahí». Casi añade la petición de que el zapatero borrara el mensaje después de leerlo, pero luego se acordó de que el joven sabía de sobra que estaba huyendo. Depositó la tablilla y el estilo sobre el saco, tentado sólo por un instante de buscar el libro que el zapatero había estado leyendo.

Siguió el arroyo en dirección este hasta su desembocadura en el Ariège, y luego caminó hacia el norte, doblando hacia el este cuando vio las poderosas torres de Foix justo al norte, y luego doblando de nuevo hacia el oeste en dirección al río y la aldea de Varilhes. El primer campesino con el que se encontró en Varilhes le dijo dónde encontrar a la castellana, que ahora vivía con un nuevo esposo. Había rumores de que se estaba muriendo por la debilidad de su corazón.

—Si tiene para ella una última palabra —dijo el campesino— será mejor que se dé prisa.

Pierre no se detuvo ni para lavarse la cara en una posada, sino que siguió derecho hasta la casa de la castellana. Atravesó el camino del jardín, diciéndose que, si su esposo estaba ahí y le interrogaba, diría que venía a administrar los últimos sacramentos. Una anciana sirvienta se acercó a la puerta, y cuando Pierre anunció que había venido a ver a la castellana, la sirvienta le miró por un momento con suspicacia para luego dejarle pasar.

—Está descansando, padre —dijo la sirvienta, mientras empujaba la puerta de la habitación de la castellana y le hacía una seña de que entrara.

La castellana dormía en una esquina de la cama, con el rostro pálido, como si el agua le hubiera quitado todo el color. Se acercó a ella con tiento, y se arrodilló a su lado. Vio minúsculas venas en sus párpados. ¿Por qué nunca antes había notado esas venas?

Tomó su mano y ella abrió los ojos.

—¿Pierre? —dijo ella—. ¿En verdad has venido?

Se sentó en la cama junto a ella y le acarició el brazo.

—Estás enferma —murmuró.

—Me estoy muriendo. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—No puede ser —dijo él, sintiendo que en su propio pecho algo se soltaba. Había un tazón medio lleno de caldo en una mesa junto a la cama. Se estiró para coger el tazón y le acercó a los labios una cucharada de caldo—. Tómalo —dijo él, y ella abrió su boca por él.

La alimentó en silencio, y ella lloró suavemente, luchando por tragar.

—Se acabó —dijo él cuando el tazón estuvo vacío. Lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—Se acabó —dijo ella, y cerró los ojos, tomándole de la mano.

—Pierre —dijo un momento después—. He oído lo que le has hecho a la aldea. —Abrió los ojos y sujetó con firmeza su mano—. ¿Por qué les has hecho eso a los que antes defendías?

Él puso la mano de ella sobre su frente y luego la apretó contra sus ojos. Pudo haber dicho que era por los diezmos que los Creyentes se negaban a pagar, por las amenazas que recibía de ellos, o por su amor por la Virgen o su inextinguible sed de un poder que nunca lograba alcanzar. Pero sabía que la verdadera razón estaba en otra parte. Tenía una profunda herida desde la muerte de Marquise y si no hubiese sido por esa herida, habría seguido tenazmente el camino de los Hombres Buenos, sacrificando al fin su libertad. ¿Cómo podía tener esperanzas de un amor futuro, de paz y de carne, con Eco, sin que se le prometiera la libertad, la vida?

—Lo siento —dijo él, y en verdad lo sentía.

TERCERA PARTE

1308-1322

CAPÍTULO TRECE

Se clasificó por sexo a los aldeanos de Montailou en las celdas del calabozo de la fortaleza, y luego se soltó a todos los niños menores de catorce años a la pendiente vacía del otero, a que se las arreglaran solos. De los aldeanos que se quedaron encerrados, unos lloraban sin parar, otros gritaban de rabia, unos intentaban huir, otros se encogían sobre sí mismos, aturdidos y pálidos. Iban a ser interrogados uno a uno por el Inquisidor, que se había instalado en la sala de banquetes de la fortaleza, y hasta que no se hubiera llegado a una resolución acerca de cada uno de ellos, se quedarían secuestrados, como si una plaga se hubiera apoderado de ellos.

Se hablaba poco en la celda de mujeres en la que tenían encerrada a Fabrisse. El aire era demasiado sofocante, las moscas demasiado persistentes, el agua pútrida para beber demasiado escasa. Lo que pudieron hablar entre ellos se lo dijeron en los primeros días, antes de que el hambre y el cansancio se hubieran asentado por completo, y esas palabras reflejaban la preocupación de las mujeres por sus hijos, ahora libres pero indefensos, y la fastidiosa sospecha de que el párroco se había vuelto contra ellas, las había metido entre rejas, sin importarle si eran inocentes o culpables.

El día de fiesta de la Virgen, el día en que la aldea había sido rodeada por esbirros, Fabrisse había visto al párroco mientras bajaba con Eco por el camino hacia la plaza. Estaba de pie al borde del patio de la capilla, e incluso desde la distancia pudo ver que su rostro estaba pálido y que brillaba de sudor. Por un momento sus ojos se encontraron, y ella creyó ver en sus ojos angustia, terror.

Ella y Eco entraron a la plaza. Se encargó de depositar el jarrón de vino que había estado cargando en un extremo de la mesa y le dijo a Eco que se sentara y se estuviera quieta. Cuando volvió la vista hacia el patio de la

capilla, el párroco había desaparecido. Durante lo que siguió del banquete, le buscó con la mirada una y otra vez. Luego divisó el destello de una armadura en un campo de rastrojos colina abajo. En un instante comprendió que un esbirro se acercaba y que el párroco era de algún modo responsable. ¿Había denunciado a alguno de los Creyentes a los que antes defendía? El espanto se apoderó de ella y se imaginó al párroco escondiéndose en algún lugar cercano, como un cazador tímido que ha puesto una trampa y le teme a la rabia de su presa.

Sólo más tarde, en la reclusión de la celda calurosa y fétida, se permitió comprender que el párroco había traicionado a la aldea en su conjunto. Sus sentimientos de protección hacia él se transformaron en enfado, y cayó en la cuenta del tremendo daño que él había hecho a tanta gente. Como si se hubiera levantado de un largo sueño, vio con ojos atentos que los mismos herejes con los que había estado resentida porque le robaron a su marido eran ahora víctimas, que el hombre con el que anhelaba compartir un amor absoluto era en realidad el enemigo de todos ellos. Durante el tiempo en el que el párroco había protegido a los Creyentes, la había protegido y se había preocupado por ella, pero ahora había conducido a los lobos al redil. Había dejado que sus feligreses testificaran los unos contra los otros, que se traicionaran los unos a los otros, que le traicionaran, o que traicionaran su propia esperanza en la salvación al decirle mentiras al Inquisidor, y ella le odió tanto como no imaginó nunca que pudiese odiar a un hombre a quien también amaba y deseaba.

Quince días aguantó con el resto en las mazmorras. En cada celda había un pequeño balde de agua tibia, un comedero del que comían lo que les servían como a perros, y una cuba en la que se aliviaban cuando la urgencia se hacía mayor que la vergüenza. Los esbirros habían entregado una sábana a cada cinco o seis personas, y toda la amabilidad comunal entre los prisioneros rápidamente se esfumó: los más fuertes o más exigentes de cada celda exigían las sábanas infestadas de piojos para sí mismos. La amistad, la compasión y el interés común se desvanecieron. En el suelo se arrastraban gusanos, dormir ya se hacía imposible, los ánimos explotaban de cólera.

Cuando por fin Fabrisse fue llamada a sentarse delante del Inquisidor, sintió una pequeña alegría. Necesitaba desesperadamente espacio y luz y aire puro, y había pasado días en la esperanza de que, si el Inquisidor veía sus labios reseca, se compadecería de ella y le daría algo de agua fresca. Siguió al esbirro arriba por las escaleras de caracol de la torre, demasiado cansada para sujetar su adolorida cabeza. No necesitaba mirar adónde le estaba conduciendo éste; había recorrido la distancia entre los calabozos y el

vestíbulo una y otra vez cuando era criada de la castellana.

El Inquisidor estaba sentado en una larga mesa de caballete en el vestíbulo, hablándole en voz baja a un fraile ligeramente menor situado a su lado. Ninguno de los dos saludó a la mujer cuando ésta entró en la habitación, así que se quedó junto a la puerta, mirándoles. El Inquisidor había envejecido considerablemente desde la última vez que le vio. Ahora era casi un anciano, de ralo cabello gris y facciones ligeramente arrugadas, como si hubiera pasado demasiado tiempo inquieto y preocupado, mirando de reojo y frunciendo el ceño. En la mesa que había entre él y el fraile, junto a una vela que parpadeaba sobre una deslustrada base de cobre, vio una jarra y un vaso. Se lamió los labios y dio un paso adelante para que se sintiera mejor su presencia. El Inquisidor estiró el cuello y se giró para verla, con sus ojos negros como de pájaro lanzándose sobre el largo de su cuerpo. Arrugó la frente, como si sólo verla le repeliese, pero ella estaba demasiado sedienta como para que eso la molestara.

—¿Fabrisse Rives? —farfulló el Inquisidor.

Ella asintió.

—Siéntese.

Se sentó en el banco frente a él, y los ojos del Inquisidor siguieron los suyos hacia la jarra. Él la tomó, sirvió agua en el vaso, y dio un trago largo, secándose los labios al terminar.

—Su esposo —dijo con voz ronca. Se tapó la boca para toser, y estuvo momentáneamente superado por un ataque de tos. Luego se aclaró la garganta, la miró con ojos lánguidos, casi apáticos, y habló de nuevo—. Su esposo fue juzgado en mi tribunal. Se le declaró culpable de herejía. Se quitó la vida por su propia mano, ¿no? Se quitó la vida según un rito herético, ¿no es así?

Ella se lamió los labios y su lengua hizo un sonido seco, pegajoso.

—Es verdad, Señor mío —dijo. En verdad no sabía bajo qué título llamarle, pero él no la corrigió, así que siguió hablando mientras el fraile más joven tomaba nota de sus palabras en una hoja de pergamino en blanco—. Si hubiera sabido lo que iba a hacerse —dijo ella—, habría hecho lo que hubiese estado en mi poder para evitarlo.

El Inquisidor entrecerró los ojos.

—Pero usted debía saber que su esposo estaba involucrado en actividades heréticas.

—Sí. Pero no las aprobaba, y nunca participé en ninguna actividad que hubiera visto.

—¿Y qué actividades vio? —preguntó él.

Recordó los bautizos de los Hombres Buenos de los que había sido testigo, lo exhausta que había estado Bernadette cuando dio a luz a su niño deforme,

y a Pons... Pons había puesto la mano sobre su vientre preñado antes de prometer que nunca más tocaría a una mujer. Cayó en la cuenta de que el primer bautizo del que había sido testigo había tenido lugar en este mismo vestíbulo, y que también Prades Tavernier estaba ahora muerto, quemado por orden del mismo Inquisidor. Cuánto había pasado desde el día en que, recién comprometida, miraba a Prades Tavernier comprometiéndose fervientemente con la fe de los Hombres Buenos.

—Vi bautizos —dijo ella, intentando conservar la humedad de su boca—. Los de Bernadette Marty, de mi esposo, de Prades Tavernier. Pero fueron para mí tristes ocasiones —miró de nuevo la jarra y el Inquisidor se sirvió otro vaso a sí mismo.

—¿Y quién más estuvo presente en estos rituales? —preguntó, levantado el vaso hasta sus labios, como para burlarse de ella.

Ella no quería ser responsable de que declararan culpable a otra persona, pero sabía que el silencio no le serviría para obtener ni agua ni la libertad.

—Mi suegra —dijo—. Pero ya ha muerto.

Recordó que Jean Marty, el esposo de Bernadette, estaba peor que muerto, condenado a prisión de por vida, según se decía, en la torre del Inquisidor.

—El esposo de Bernadette —continuó—. Y los hermanos Authié.

—Seguramente había también otros —dijo, y tomó un trago del vaso.

Recordó que Na Roqua, la curandera, había estado en la cocina cuando los Hombres Buenos bendijeron a Pons antes de que muriera, pero no se animaba a hablar en contra de la curandera. Intentaba recordar quién había estado en el bautizo de Prades Tavernier, pero la única presencia que permanecía nítida en su mente era la del párroco. Había rastreado su olor y sabía que se escondía en algún lugar en las sombras de la entrada al vestíbulo.

—Quizá el anciano Benet y su esposa —titubeó—. Pero no estoy segura. El anciano Benet ahora está muerto, y su esposa es vieja y seguramente morirá pronto.

El Inquisidor dio un largo trago y ella se arrepintió de las palabras que acababa de decir.

—Usted no llevaría a prisión a una anciana, ¿o sí, Señor? —dijo ella—. La anciana Benet es débil, muy débil, y seguramente inocente de herejía.

Él bajó el vaso, mirándola con suspicacia. Suspiró y después, de manera atropellada, empezó a hacerle una serie de preguntas relativas a la encamación de Cristo, su resurrección, y su ascensión. ¿Qué creía ella que era un verdadero cristiano? ¿Si creía que la verdadera Iglesia estaba por encima de la que presidía el Papa? ¿Tenía fe en que el cuerpo de Jesucristo era en verdad el del altar? Intentó responder con cuidado, pero muchas veces él la interrumpió, poco dispuesto a escuchar, y ella tenía la sensación de que el

espíritu de convicción estaba ausente de sus preguntas, que la única cosa que verdadera y apasionadamente le importaba estaba en otro lugar, más allá de los límites de la Iglesia Romana.

Se restregó la cara, como para limpiarse del intercambio que acaba de tener lugar entre ellos, y luego llenó de nuevo el vaso y lo empujó ligeramente hacia ella, sonrojándose.

—¿Cree que su párroco, Pierre Clergue, es inocente de toda herejía? —preguntó. Algo en el temblor de su voz, en la manera en que sus ojos brillaron con un repentino vigor, le dijo que estaba intensamente interesado en el párroco. Empujó con el codo el vaso un poco más hacia ella, y entendió que el agua sería suya de una vez si confesaba lo que sabía de la condescendencia del párroco para con los herejes.

—¿El párroco? —dijo ella, incapaz de continuar.

—Me parece probable —dijo el Inquisidor, respirando con rapidez—, que Pierre Clergue haya protegido a los herejes que más amenazan a nuestra Madre Iglesia, que pueda ser culpable de lascivia y actos impropios de un sacerdote.

Él le hizo una señal de asentimiento y ella vio que el sudor le brillaba en las cuencas de los ojos, sobre la piel de su labio superior.


Su devoción por el párroco sólo le había causado dolor en los últimos años. Sin embargo, sabía que no era capaz de defraudarle, por mucho que se muriera de ganas de beber, por mucho que su fidelidad hacia él se hubiera tomado en furia. Él era su amor. Su degradado y estúpido amor. ¿Qué opción tenía salvo la de defenderle ardientemente?

—¿Crees —prosiguió el Inquisidor, con tono apremiante— que Pierre Clergue es inocente de este pecado mortal?

Sintió que su rostro se calentaba por la emoción.

—Lo creo —dijo—. ¡Por supuesto que lo creo!

CAPÍTULO CATORCE

 Con sus padres en prisión, los niños de la aldea se encargaban conjuntamente de su propio sustento. Eco, sin embargo, permanecía sola. Los niños y las niñas de su edad se mofaron de ella desde el momento en que perdió el habla, pero nunca había deseado tanto unirse al grupo para jugar y parlotear. Siempre había sido su madre la que captaba su atención, su madre, cuya atención nunca podía captar de verdad. Y ahora que su madre no estaba, ella seguía con sus tareas, como si el fantasma de su madre estuviera a su lado, recogiendo huevos del gallinero, sacando agua del manantial y reuniendo leña, nueces y caracoles del borde del bosque, más allá de los campos de trigo. Cada noche cubría el fuego con cenizas y subía a la azotea en imitación de su madre, mirando la pendiente del otero, más allá de la casa en la que había nacido, ahora un montón de escombros, hacia la fortaleza en la que su madre estaba encarcelada. ¿Estaba su madre en algún lugar de la oscuridad, ansiando encontrarse con ella?

Antes de que su madre empezara a beber, Eco no reconocía su rostro y su forma y sus palabras como algo distinto y separado de ella misma; pero con el vino su madre empezaba a hablar de las necesidades insatisfechas de su cuerpo, quejándose de que las viudas no tenían la oportunidad de pecar, puesto que nadie en la aldea querría unirse a la mujer de un hombre muerto. Algunas veces, cuando su madre se desvestía para irse a la cama, solía desfilar desnuda por la habitación. «¿Y qué se supone que debo hacer con todo esto?», decía, alzando los brazos y enseñando los senos. Eco sabía que lo que su madre quería era un hombre. Deseaba que su madre no hablara de esas cosas, cosas que significaban que su madre necesitaba algo aparte de ella, que significaban que su madre era una especie de animal que podía rechazarla y vagar libremente.

Con la reciente sequía, su madre había jurado dejar de beber vino por un tiempo, pero incluso entonces parecía que la bebida tenía poder sobre ella. En vez de mirar a Eco durante la cena, su madre solía contemplar el jarrón de vino sobre la estantería, lamiéndose los labios como si tuviera hambre. Y cuando su vieja casa fue quemada y ellas se mudaron al otro lado del camino, su madre había empezado a dormir con la garrafa de vino entre los brazos, insistiendo en que Eco durmiera sola. Algunas veces, tarde en la noche, Eco gateaba hasta la cama de su madre, y la garrafa las separaba. Escuchaba sus ebrios murmullos soñolientos: «Pierre, Pierre», decía su madre. Y Eco entendía que su madre hablaba de Pierre Clergue, el párroco. Había visto cómo su madre le había gritado de rodillas la mañana que murió la abuela Rives, cómo su madre miraba en dirección al párroco cada vez que pasaban junto a él en la plaza. Sabía que su madre se sentía destrozada por su falta de amor, de la misma manera en que ella se sentía destrozada por la falta de amor de su madre. La voz de Eco ya se había roto. ¿Cuál sería su siguiente pieza en romperse? Todo lo que quería era volver a estar completa, completa y en compañía del consuelo de su madre, que todo lo abarca.

Una tarde, cuando pensaba que ya no soportaría la ausencia de su madre por más tiempo, salió a recoger leña, deambulando por los montículos de hierba más allá de los campos. En vez de detenerse al borde del bosque, se aventuró hacia un grupo de pinos de mucha sombra, usando las manos como ojos para encontrar el camino a través los apiñados árboles; el corazón le latía con fuerza. Nunca se había atrevido a ir sola tan lejos de casa.

Pronto llegó a un claro, exuberante de helechos y con un arroyo serpenteante. Dejó en tierra su canasta y bebió del agua fresca. Mientras bebía, tuvo la sensación de que alguien la estaba mirando, y levantó la vista a los antiguos pinos cubiertos de musgo que le rodeaban por todas partes. Qué silenciosos eran y, sin embargo, estaban vivos. Su silencio era para ella un consuelo y, sin entender por qué, se encontró saludándolos con una inclinación de cabeza, como si fueran grandes seres junto a los que pasaba en un viaje.

Siguió deambulando, sin estar muy segura de qué buscaba: ya no madera, ni a su madre, sino algún tipo de alivio para la miseria de vivir sin ella. Oyó que una rama se rompía a lo lejos, y repentinamente tuvo miedo de que un oso pudiese estar cerca. Aunque sabía que se decía que los osos podían trepar, dejó caer su canasta y saltó a una rama baja de un pino torcido. De ahí trepó hasta una rama más alta, y sus espinas le rasparon los muslos mientras se acuclillaba.

Se puso a escuchar, dejando que sólo sus ojos se movieran por el bosque

en busca de señales de vida animal. Vio a una chova piquirroja mirándola desde arriba, de entre las hojas de una haya cercana. Algo crujió en la maleza que había a los pies del árbol, y un conejo dio un brinco, desapareciendo un momento después en un matorral de encinas. Se apoyó en el tronco lleno de savia, impulsándose con los brazos. Esperó.

La tarde vino y se fue, dejando el bosque a oscuras. Aunque su corazón seguía latiéndole con fuerza en el pecho, empezó a ser consciente del sentimiento de paz que florecía en ella, y se esparcía por sus muslos hasta los dedos de los pies. Su respiración se hizo más lenta, y sintió como si se fundiera con el árbol, como si se volviera parte de la rama y del tronco, de la suavidad de la corteza. Oyó el graznido de unos cuervos cercanos, y también sus sonidos le parecía que la atravesaban, que eran un eco de su propia voz silenciada. Cuanto más escuchaba, más oía: insectos zumbando, conejos y ardillas haciendo crujir la maleza, los cencerros de las ovejas en prados lejanos, y el resonar del alto viento entre las copas de los árboles. Era emocionante, los sonidos de las colinas apilándose uno sobre el otro, aspirando y exhalando. Toda esa vida le parecía que era una y la misma que su propia pequeña vida, y no quería que esa sensación sin fin, flotante, de estar desaparecida, se acabara.

Durante un rato largo, muy largo, el miedo de que su madre no regresara le abandonó. Luego un escalofrío recorrió la piel de su antebrazo y el miedo regresó. Saltó de la rama a la maleza de cardos que había debajo, recogió su canasta, y corrió por el bosque hacia el anochecer sobre los campos y la soledad de su casa.

Algunos días después, regresaba del bosque cuando encontró a su madre sentada en el suelo frente al hogar, bebiendo de la garrafa. Qué pálida estaba, y delgada, y extrañamente mayor. Sus ojos, aunque tristes, estaban enfocados, presentes. No había bebido mucho todavía. Cuando vio a Eco en la entrada, apartó la garrafa de sus labios y extendió los brazos para recibirla.

—Ven y abrázame —dijo, sonriendo ligeramente.

Eco miró la garrafa apoyada contra los pechos de su madre.

—Ay, Eco, no es momento de ser dura conmigo —su frente se amigó y apartó la garrafa de su lado, dejándola en el suelo—. Ven —dijo, indicándole con la mano que se acercara—. Estoy cansada. Demasiado cansada como para ponerme de pie —suspiró—. ¿Acaso no sabes que eres mi vida?

Sin detenerse a pensarlo, Eco corrió hacia ella y apretó su rostro contra sus pechos, llorando por su extraño nuevo olor.

Esa noche, en la cama, a la luz de una vela, su madre le contó que dos días después de que el Inquisidor le interrogara, esbirros habían bajado a las

celdas y habían leído en voz alta los nombres de los aldeanos que iban a ser liberados. Llamaron a casi la mitad de ellos, y Fabrisse estaba entre los nombrados. El resto iba a ser conducido a Toulouse para encontrarse con su destino tras un juicio.

En la oscuridad, Eco vio que su madre miraba a ratos al techo. Deseaba tener para ella palabras de consuelo. Te cuidaré, dijo con las manos, acariciándole el ralo y enmarañado cabello.

—Ahora sabes que a la gente se la puede quebrantar, Eco —susurró su madre—. Más frecuentemente que lo contrario, la vida quebranta de alguna manera.

En muchos aspectos la aldea regresó a sus antiguas actividades. Más de la mitad de los niños ya no tenían padres, y los que seguían solos fueron acogidos por otros. Se plantó en los campos el trigo de invierno y un domingo, a finales de otoño, cuando los vientos eran feroces, un grupo de álamos se derrumbó sobre el suelo; el párroco regresó sin pedir disculpas ni dar explicaciones, y una vez más se celebró la misa en la capilla.

Sin embargo, había una gravedad, una tristeza que pendía sobre la calle, había agotamiento en el aire. Tanto por el hecho de que todo el mundo tenía miedo de ser llamado a presentarse frente al Inquisidor como por el temor que sentían por los que ahora estaban siendo ajusticiados en Toulouse, el espíritu vital de lucha que había antes animado su fe y sus sospechas se había esfumado durante su estancia en los calabozos de la fortaleza. Incluso los que antes habían sido enemigos se encontraron saludándose en el camino, como si dijeran: «ah, los dos hemos escapado de ésta» o «sí, yo también le tengo miedo al futuro».

La única persona que todavía parecía animar la llama de la furia en los aldeanos era el párroco, que empezó a ser llamado el «Pequeño Obispo», pues había ejercido su poder de manera indiscriminada, no como un simple sacerdote pastor que ama a su rebaño por mucho que las ovejas se descarriaran de vez en cuando. El párroco se había descarriado de ellos, y ellos ya no tenían la resistencia ni el corazón para confiar en él otra vez.

El invierno extendió su nieve como una funda sin fin sobre los campos y en las alturas, sobre las elevadas pendientes de las colinas, hasta los dentados picos de los Pirineos. Los aldeanos se retiraban a guarecerse en sus casas, a calentarse junto a sus hogares, con el olor de la leña de roble al quemarse. Durante un tiempo estuvieron a salvo de las noticias de la Inquisición.

Cuando la nieve empezó a derretirse y las primeras hojas de verde

brotaban de los árboles, un grupo de aldeanos regresó de Toulouse. Eco estaba con su madre, sentada frente al hogar, llenando almohadas con plumas de ganso, cuando oyó una multitud de pasos haciendo crujir la nieve. Corrió a la ventana y abrió de golpe los postigos, temerosa de que los esbirros hubieran venido una vez más a por su madre.

Fuera un grupo de hombres y mujeres de rostros sombríos iban por el camino. Les reconoció como algunos de los aldeanos que faltaban. Lo que le impactó no fue la vista de lo enjutos que se habían vuelto sus rostros, sino las enormes cruces amarillas cosidas en la parte delantera de sus capas. Eran un pequeño mar de amarillo que surgía por el camino, y aunque tanto color cálido normalmente habría hecho las delicias, ahora se estremeció de escalofríos. Las cruces le recordaban los cencerros amarrados en torno a los cuellos de las vacas: sabía que significaban que esos aldeanos de alguna manera eran propiedad de alguien.

Esa tarde, su madre la envolvió en una sábana de lana. Fueron con la garrafa a casa del hijo de la anciana Benet, que estaba entre los que regresaron vestidos con la cruz amarilla.

—He venido a disculparme —le dijo Fabrisse al llegar a la puerta. El hombre la miró de reojo, y luego les indicó con un gesto que pasaran. Las miró sentarse en una banca cerca del hogar.

—Le dije al Inquisidor —dijo Fabrisse— que había visto a tu madre en compañía de los Hombres Buenos.

El hombre le dio una patada a un palo del hogar, que hizo que el fuego echara chispas.

—No debiste haber hecho eso, Fabrisse Rives —dijo él.

—Yo... —dijo Fabrisse, pero él la detuvo con la mano, interrumpiéndola. Se sentó en un banco junto a la mesa de caballete.

—No sólo tú, Fabrisse —murmuró, escondiendo el rostro entre las manos.

Durante un largo rato nadie habló y Eco pensó que nunca había oído el fuego crepitar con tanta fuerza.

—También yo le hablé al Inquisidor de mi madre —dijo el hombre finalmente. «Mi madre se cree cualquier cosa», le dije. «No puede culparla». Vio la manera santa de vestir de los Hombres Buenos y se hizo Creyente. Pero en lo que a mí respecta, debí pensármelo mejor. Sus manos se separaron de su rostro y Eco vio que sus ojos estaban húmedos.

—Ahora está en prisión, mi madre —dijo—, sentenciada a vivir en una celda comunal por no mostrar arrepentimiento.

Una extraña sonrisa apareció en su rostro, aunque sus ojos brillasen por las lágrimas.

—¿Y tú? —preguntó Fabrisse.

—¿Yo? —sonrió entre dientes—. Puedes estar segura de que cada uno de los que hoy ha vuelto hizo grandes muestras de arrepentimiento. Y ha sido por nuestro arrepentimiento que se nos ha dejado marchar, con la condición de que llevemos estas cruces por el resto de nuestras vidas —señaló el centro de la cruz bordada en fieltro amarillo—. Tanto dentro como fuera de casa, en privado y en público. Por el resto de nuestras vidas; una humillación. Pero nada comparado con lo que los encarcelados están sufriendo en estos momentos.

De repente abrió la boca y empezó a respirar profundamente, luego miró hacia el fuego del hogar.

—Mi esposa —continuó—, está con el niño esperando juicio. La tienen en una casa asquerosa fuera de las puertas de la ciudad.

Eco sintió que su madre se ponía rígida.

—¿Todavía no ha sido juzgada? —preguntó.

—No —respondió el hombre, con los ojos clavados en el fuego—. Ella y muchos otros de la aldea esperan y esperan para poder decir una palabra en su propia defensa. Mientras esperan, viven en el Infierno —cerró los ojos durante un buen rato—. No me arrepiento de haber hablado en contra de los Hombres Buenos —susurró—. Nos dijeron que el *mundo* era el Infierno... Pero incluso el hielo, la nieve, es algo adorable. Incluso el hambre es adorable cuando eres libre de arar los campos por tu propia mano.

Lentamente, más aldeanos se arrastraron desde Toulouse. Algunos habían pasado todos sus días fuera de Montailou detenidos en una casa fuera de las puertas de la ciudad inquisitorial, esperando el juicio; otros, tras largos periodos en prisión, ya en celdas comunales o en confinamiento solitario con cadenas, habían sido persuadidos de convertirse a la verdadera fe y el Inquisidor se mostró con ellos compasivo cambiando sus penas de prisión por la promesa de que permanecerían heles a la Iglesia, llevando para siempre el peso de la cruz amarilla de la penitencia.

Sin importar si los aldeanos eran llevados a prisión durante tiempos cortos o largos, una vez que eran hallados culpables, su propiedad pasaba a manos de la Iglesia, y cada vez llegaban más esbirros a tomar posesión de sus tierras y medios de vida, para que los gestionara el supervisor y los que estaban a su servicio. Se quemaron muchas casas en este tiempo, y para los niños que crecían tras las huellas de la Inquisición, estas quemadas pasaron a ser una especie de tragedia de la naturaleza: como una inundación o una sequía, eran vistas como una fuente de gran sufrimiento, pero aceptadas como parte de dificultad general de la vida.

Al año siguiente del sitio de la aldea, el mayor de los hermanos Authié fue detenido en el camino de Beapuy a Ax. A la aldea llegó la noticia de que el Inquisidor, en el curso de un solo Sermo Generalis, había sentenciado al Hombre Bueno a ser entregado al brazo secular junto con otros diecisiete hombres y mujeres. El único aldeano de Montaillou entre ellos era Philippe Guilhabert, el esposo de Ava, que después de haber servido de espía a la Inquisición, había vuelto a caer en la herejía y había sido atrapado intentando huir a Cataluña.

Philippe y el mayor de los hermanos Authié fueron quemados en la plaza de la Catedral de Saint-Étienne, y se decía que, en el momento precedente a la muerte del Hombre Bueno, proclamó que, si le hubieran dejado predicar libremente, la región entera se habría podido salvar. Poco después de las quemas, Ava regresó a la aldea con su hija para presenciar el incendio de su casa. Iba a ser la última vez en mucho tiempo que los esbirros presidían la destrucción de una casa en Montaillou. Después de que el Inquisidor sentenciara a muerte a tanta gente al mismo tiempo, el Papa había empezado a desaprobado su excesivo celo y limitó su poder obligándole a que, para imponer sentencias graves, requiriera la aprobación de alguien de la rama eclesiástica de la Iglesia, como un obispo de una diócesis. Con las noticias de este cambio, los aldeanos de Montaillou respiraron aliviados. Alguien más compasivo había logrado dominar al Inquisidor, y si bien el fin de la inquisición no era visible en el horizonte, una pálida versión de la misma ya estaba cerca.

Durante los años de adolescencia de Eco, las señales de la Inquisición fueron desapareciendo de la aldea; dejaron de llegar esbirros para hacer citaciones e incluso las cruces amarillas, que iban y venían por la colina, perdieron su poder de sorprender y atemorizar. Lo que seguía atormentando a Eco era la soledad que la afición al vino de su madre le inspiraba, una soledad de la que huía escapando al bosque y al reino del consuelo que había descubierto de niña.

Al descansar en el claro cubierto de musgo, se quedaba mirando a los imponentes pinos silenciosos y escuchaba los sonidos del arroyo, que se perdía entre las piedras. Se abandonaba al placer de ver los restos plateados de las telas de araña, el verde oscuro de las plantas trepadoras enroscándose en los troncos de los árboles. Cuando llovía, miraba el goteo del agua sobre el verde color cera de las hojas, los pequeños brotes morados en el musgo cantando bajo el peso del agua al caer. Y cuando un destello de luz solar atravesaba las copas de los árboles, contemplaba con sus ojos llenos de sol el arroyo, moteado por tantísimas manchas de luz. Respiraba, percibiendo el

aroma de savia que llenaba su pecho y su vientre, con un sentimiento de estarse expandiendo, disipando. Aquí era libre de la frustración de nunca haber sido capaz de expresarse con las palabras, libre de sus ansias por una madre que nunca había buscado en sus ojos una mirada que sustituyera las palabras que hubiera podido decir. De vez en cuando sentía en el pecho la punzada de la soledad, pero luego el sonido del viento, susurrando por entre los árboles le llevaba hacia arriba, arriba, y luego sentía el tibio cosquilleo de estar bañada por la luz del sol, riendo. Estaba fuera de sí, y sin embargo, extrañamente completa.

En las profundidades del bosque, sobre una empinada pendiente, descubrió un agujero donde el agua se empozaba antes de zambullirse en una cascada. Durante el verano se mojaba allí los pies, algunas veces desnudándose por completo para sentir el sol en su espalda, el aire bajo sus brazos, la húmeda orilla bajo sus muslos, bajo sus nalgas. Una vez, por azar, vio su rostro reflejado en la poza, y se quedó embelesada por la realidad de su propia presencia física: miró en el agua haciendo una mueca mirando cómo su reflejo hacía instantáneamente lo mismo. Con el tiempo siguió estudiando su reflejo, y se dio cuenta de que su nariz se hacía más prominente, que sus mejillas se ponían flácidas. Y cuando examinó su cuerpo desnudo —la hinchazón de sus muslos, sus pechos y su vientre— vio el cuerpo de su madre emergiendo en su propio cuerpo. Era vagamente consciente de que su cuerpo se desarrollaba para la fertilidad, para la cópula, para lo que su madre había ansiado durante todos estos años, y en parte estaba aterrorizada de que cuando por fin se volviera una mujer, su madre no quisiera tener nada que ver con ella. Otra parte de sí le exaltaba en medio de los cambios que le sobrevenían a su cuerpo. Como una fruta, su cuerpo maduraba, y ella tenía la sensación de que cuando estuviera completamente lista, el silencio que llevaba dentro se liberaría de alguna manera. Sí, su cuerpo se estaba preparando para que algo enorme tuviera lugar.

No fue hasta el verano anterior a cumplir quince años que empezó a sospechar que su cuerpo se estaba preparando para el párroco. Al caer de una cálida tarde, cuando se ocupaba de cuidar las coles del jardín de su madre y no veía la forma de refrescarse, percibió una figura de pie en la torre del campanario de la capilla. La figura estaba borrosa por la escasa luz, pero pronto reconoció la pequeñez de su estatura y la forma de sus hábitos de sacerdote. El párroco miraba hacia donde ella estaba, como si la contemplara, y durante un buen rato ella le devolvió la mirada. Luego sintió un escozor en la piel entre sus hombros, y se sintió súbitamente tímida. Volvió a mirar las coles. Un momento después, volvió a alzar la vista, pero la torre estaba vacía.

Ese otoño trabajó en los campos de un rico campesino granjero, cavando pequeños agujeros en la tierra, en los que se iba a plantar el trigo de invierno. En medio del campo oyó la voz del párroco. Levantó la vista del suelo y le vio no lejos, hablando con el granjero sobre el diezmo que le debía a la Iglesia. Como si sintiera sus ojos sobre él, giró ligeramente la cabeza y, mirando más allá del granjero, posó sus ojos en ella. Sus miradas se encontraron, y ella pensó percibir cierto dolor en su expresión antes de volver a dirigirse al granjero.

No mucho después, estaba entrando en el bosque, abriéndose camino a través de un matorral, cuando sintió que detrás de ella había alguien. No vio nada y continuó su camino hacia el claro, cuando se arrodilló junto al arroyo para beber. Seguía teniendo la sensación de que alguien estaba cerca y miró alrededor desde el hueco de sus manos, más allá de los árboles de donde había venido. Una marmota se lanzó sobre un montón de hojas caídas, sobresaltándola, y se impulsó con los brazos sobre una gran roca. Su corazón latía con una fuerza loca en su pecho y estaba segura de que el párroco la estaba mirando. Había perdido el aliento y, sin embargo, en cierto modo no tenía miedo. Sabía que el párroco no le haría daño, y una parte de ella estaba emocionada de que la hubiera encontrado.

Al final del otoño el párroco desapareció por cuarta vez desde que la aldea fue asaltada, dejando la capilla sin el sonido de las campanas y la misa sin celebrar. Con cada desaparición, los aldeanos estaban más divididos acerca de sus simpatías hacia él: los que seguían llamándole el Pequeño Obispo sostenían que estaba aliado con el Inquisidor, que espiaba a los aldeanos y que estaba tramando un nuevo plan para arrancar todo lo que quedaba de herejía; otros hacían correr el rumor de que había asesinos tras él, y alegaban que debería mostrársele compasión, pues era un humilde hombre de Iglesia y en ningún caso habría podido hacer algo para defenderles de la furia del Inquisidor.

Con esta nueva desaparición del párroco, Eco vio que la dedicación a la bebida de su madre se hacía más profunda. Era como si atiborrándose de vino intentara ahogar el terrorífico pensamiento de que el párroco podía no regresar nunca. También Eco sentía la punzada del miedo. Mientras miraba desde el camino las nuevas nieves en los picos de las lejanas montañas, se preguntaba cómo iba a ser el párroco capaz de sobrevivir durante el invierno si permanecía tanto tiempo lejos. Rezaba porque regresara, con su mirada depredadora, triste, que todo lo abrazaba.

Una tarde, durante su ausencia, cuando la nieve había empezado a caer ligeramente sobre la aldea, su madre le habló de su propio miedo a la muerte.

Estaba hilando junto al fuego, con los ojos vidriosos por el vino.

—Cuando llegue el momento de morir —le decía—, nunca confíes en un hombre, Eco... Mi madre murió sin un hombre a su lado. Ni siquiera el sacerdote que le administró los últimos ritos se quedó... No, un hombre no estará a tu lado cuando te estés muriendo. Y si está ahí, no te dará lo que necesitas.

Tendía las fibras de lino sobre la rueca.

—Lo que necesitas es un hombre grande —decía—, no uno pequeño, no. Causan demasiado dolor. Alguien grande, con grandes orejas para escuchar, y una gran boca que besar. Y una mano grande que acaricie tu cabello. Alguien fuerte. Pero un hombre no es nunca tan fuerte como una mujer. No está en su naturaleza pensar en algo que no sea él mismo —se palpó la cabeza, se encontró un cabello junto a la sien y se lo arrancó—. Por mucho que yo te cuente, siempre tendrás esperanzas de algo mejor.

Miró a Eco con detenimiento, como en un esfuerzo por detectar en ella el deseo por el párroco. Eco se sonrojó y bajó al suelo la mirada. No había hecho más que intercambiar miradas con el párroco, nada salvo la sensación de su furtiva presencia en el bosque, pero sentía como si hubiera traicionado a su madre, como si le hubiera robado su único amor.

Cuando por fin las campanas de la iglesia doblaron por el regreso del párroco, Eco esperó a que él la buscara. Día tras día, se asomaba por la ventana de la cocina para quedarse mirando la torre del campanario, siempre desierta; y cuando se aventuraba a través de los montones de nieve hasta el bosque, la falta de huellas humanas que no fueran las suyas le confirmaba la impresión de que el párroco no había pasado por ahí. Muchas veces pasó por delante de la capilla durante el oficio de vísperas con ganas de entrar, de forzarse a que el párroco sintiera su presencia, pero por muy fuerte que fuera su tentación, seguía caminando. Se dijo que, si el párroco sintió por ella alguna vez algún tipo de pasión, esta ya no era más una pasión.

Pasó el invierno y luego la primavera se le escapó de entre las manos. Cuando llegó el verano, con sus largos y soleados días de cosecha, puso su mente en el color del trigo que había recolectado, en el sonido de las hoces cortando los tallos por todas partes. Entonces un día, más o menos por la fecha en que iba a cumplir dieciséis años, se agachó para recoger un haz de espigas, y se notó una mancha de sangre en el empuñadura. Agachándose en la privacidad de unos tallos sin cortar, rastreó la línea roja que iba hasta la apertura entre sus piernas, y supo al instante que le había venido su primera regla, su primer cambio en la vida. Se limpió como pudo la línea de sangre mientras el espanto se apoderaba de ella. ¿Era ya una mujer? ¿Intentaría pronto su madre deshacerse de ella? Se arrastró por los campos hasta llegar a casa, esperando que el granjero que la había contratado no la descubriera.

Esa tarde su madre llegó a casa cuando ella lavaba su ropa manchada en una vasija llena de agua, intentando fregar las manchas de sangre.

—Así que te ha venido —dijo, mirando las manchas.

Tras la cena su madre fue más amable. Puso a hervir una taza de vino mezclada con agua, diciendo que su tibieza aliviaría el vientre de Eco, y le mostró cómo una mujer podía doblar un trozo de paño en su ropa interior para retener la menstruación.

—Hay que cuidar muchas cosas —dijo—. Algún día tú le enseñarás esto a tu propia hija.

A Eco se le secó la garganta. Era la primera vez que su madre había admitido la posibilidad de que ella algún día pudiera dar vida.

Esa noche la gentileza de su madre se tornó en acritud. Después de beberse una jarra entera de vino, empezó a decir palabras que Eco nunca antes le había oído pronunciar.

—Si lo que quiere es un polvo, un polvo tendrá —dijo, mirando el fuego. Fulminó a Eco con la mirada—. Y no creas que no sé que quieres echar uno.

Eco negó con la cabeza y se tapó los oídos.

—¡He visto la manera en que le miras! —le gritó—. Mírale fijamente. Y él... no, él no es capaz de devolver la mirada... Tienes un cuerpo bonito, delicado. ¿Qué podrá él querer con la carne vieja? Tendrá un polvo si eso es lo que quiere. No soy ninguna tacaña.

De repente arrojó al suelo la jarra y se puso de pie, sujetando a Eco por la muñeca y arrastrándola fuera de la casa. Eco luchaba con ella, pero su madre le hundió las uñas en la piel y tiró de ella hasta sacarla y arrastrarla por el camino.

—¡Padre! —gritó frente a la capilla, dando golpes a la puerta—. Venga a ver lo que le he traído. ¡Carne fresca lista para el amor! —Eco se libró de ella, encogiéndose tras las lápidas del cementerio de la iglesia—. ¡Padre! —Su madre gritó una vez más.

Lentamente la puerta se abrió. El párroco se quedó dentro, con el rostro pálido. Cuando vio a Eco escondiéndose entre las cruces del cementerio, frunció el ceño.

—Llévate a tu madre a casa —dijo.

—¡A casa! —gritó su madre—. ¿Crees que ir a casa significa para mí alguna clase de consuelo? ¡Nada salvo la soledad por todos estos años, y ese pensamiento en mi cabeza... —Se golpeó la frente con la palma de la mano— de que la miraste a ella y no a mí! —señaló a Eco con el dedo e hizo una mueca con los labios—. ¡Anda, tómala! ¡Has arruinado mi vida! ¡Vamos, sigue, y arruina la suya! ¡Te la entrego! ¡Y no te creas que es tan inocente como parece! Siempre está caliente, con esa mirada hambrienta.

—Fabrisse —dijo él.

—¡No! —gritó su madre. Se alejó violentamente en dirección a la plaza.

Antes de seguir a su madre, Eco saludó al párroco con una breve reverencia. ¿De qué otro modo podría haber expresado al mismo tiempo que lamentaba haberle molestado, que estaba avergonzada de las palabras de su madre y que era consciente del vínculo que se estaba formando entre ellos, un vínculo que incluso en esa noche desgraciada, la primera de su vida como mujer, se había fortalecido?

Su madre nunca dijo ni una palabra acerca de esa noche, pero Eco veía en sus ojos una expresión temblorosa, intranquila, que no olvidaba lo que había pasado, y que lo que había pasado había sido para ella una tremenda humillación. Cuando Eco era niña, su madre le había contado cómo había luchado para preservar su propia honra, el honor, el orgullo de toda mujer. Ahora Eco sólo veía en sus ojos tristeza, derrota, y temía que la honra de su madre se hubiera perdido por completo.

Pasó los días de su primer periodo encerrada en casa, y su madre le trajo tazones de caldo y trocitos de pan, y no dejaba de sonreírle. Mamá, Eco decía con sus manos, tomando a su madre de la manga, pero su madre no la miraba.

Al final el periodo llegó a su fin y Eco huyó al bosque. ¿No esperaba ella encontrarle a él ahí, esperándola en el claro? Cuando le vio sentado en una roca, junto al arroyo, y luego ponerse en pie para encontrarse cara a cara con ella, con sus brazos colgándole a los lados y la misma mirada de profunda preocupación en los ojos, sonrió y se cubrió el rostro con las manos. Sentía como si, por primera vez en su vida, estuvieran viéndola, reconociéndola por completo. En la mirada de Pierre había una comprensión sin límites, y toda la frustración que ella había sentido últimamente, todo el dolor, escapó de su alma a través de sus ojos. Empezó a llorar.

—Sí —dijo—. Lamento lo que tu madre dijo en la capilla.

Se dio cuenta de lo mucho que la habían herido las palabras de su madre. Sintió de repente el impacto de comprender que nunca tendría con su madre la cercanía que tanto deseaba, y lloró al sentir ese abandono.

—Sí —dijo él otra vez.

Eco, a través de sus lágrimas, le vio acercarse, caminando hacia ella con paso vacilante. Se acercó hasta estar a un paso de distancia, y por un momento se miraron de frente, ella con su lloriqueo intermitente y él apoyando su peso primero en un pie y luego en el otro.

—¿Te importaría...? —murmuró él, y sin pensarlo, ella cayó contra su pecho. Sintió el aroma almizcleño de su túnica, oyó el rápido latido de su corazón. *Su corazón*, cuán frágil y humano parecía.

Los dedos de Pierre tocaron la nuca de Eco. Ella los sintió acariciándole el cabello, y se relajó en su abrazo. Era raro, muy raro tocar a este hombre, al que sólo había tocado con los ojos.

Pronto él le condujo a la orilla del arroyo, recostándola a su lado. Él, posado sobre ella, le acariciaba las lágrimas de la mejilla. Ella se volvió hacia él ciegamente y miró sus ojos, verdes y vivos.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó él. Lo que había que meditar tras esta pregunta hizo que sus lágrimas afloraran con mayor velocidad.

Sus mejillas estaban sonrosadas por el sol, su cabello más gris que negro. Había sudor en la punta de su nariz y sobre su labio y el contorno de su quijada una barba que nunca antes había notado. Buscó sus ojos, calmos y atrevidos, que se Ajaban en su mirada, y tuvo la sensación de que la vida de él había sido mucho más amplia que la suya, más profunda, con complicaciones y pérdidas. Toda frustración y dolor que pudiera sentir disminuían frente a esa vida amplia, y ansiaba salvar las distancias entre ellos, saltar de una vez sobre el precipicio de su torpeza, de su rareza, para encontrar el alivio de conocerse por completo.

Como si él sintiera sus ansias, llevó la cabeza de ella a su pecho y besó su cabello.

—Eres un misterio, un verdadero misterio —murmuró—. Y vas a tener que decirme si alguna vez estoy equivocado acerca de qué es lo que necesitas de mí, Grazida.

El sonido de su nombre le sobresaltó: hacía tanto tiempo que todo el mundo no se refería a ella por otro nombre que no fuera el de Eco. Recordaba que su madre le había dicho que él la había bautizado cuando era un bebé, que había pronunciado su nombre y le había dado la bienvenida a la familia de la Iglesia, y resultaba que había sido él el que había tocado su cuerpo entonces, cuando era una criatura indefensa, recién traída al mundo. Seguramente entonces no sabía aún cómo estar avergonzada, no había aún aprendido a estar en silencio. Quizá había llorado a voz en grito con el tacto de sus manos sobre su cuerpo desnudo.

—Grazida —dijo él. Sus ojos le rogaban que le diera permiso. Permiso para estar cerca de ella, pensó Grazida. Permiso para mirarla, para decir su nombre. Ella sintió su inquietud, su ansiedad por estar con ella, y deseó aliviarle mientras ella encontraba alivio en él. Le tomó del brazo y suavemente tiró de él hacia abajo.

—No quiero hacerte daño —dijo, con los ojos llenos de angustia—. Soy un hombre viejo y no puedo hacerte ningún bien.

Si, eres bueno para mí, quiso decirle en respuesta. Vio cómo sus ojos se abrían y recorrían todo su cuerpo.

—Eres hermosa... hermosa —dijo él—. Y ya eres una mujer.


Ella acercó su rostro al de él y probó la tibieza de su boca.

Pierre la besó, y de repente se incorporó, alzando su falda y levantándose el hábito por encima de las caderas. Durante un breve instante, ella vio su desnudez, luego él se echó sobre ella, haciéndole sentir su peso.

Si bien ella se quedó sorprendida por lo que él hizo, nunca, ni por un momento, pensó que lo que quería de él fuera una cosa distinta de la que recibió. Ella cerró los ojos, rindiéndose a su peso, al dolor que le producía que él luchara por entrar en ella. Este dolor, esta penetración de su cuerpo era su manera de abrirse a él, era su manera de hacerse suya, sí. Ella le dejó desplegarse por todo su cuerpo, desde el vientre hasta los dedos de los pies, y se convirtió en el aire que él respiraba, en la humedad de su sudor, en su gemido de placer. Vio el rostro de su alma, tembloroso y ávido, herido.

—Perdóname —le oyó murmurar. ¿Pero qué tenía ella que perdonar? Pues él había venido hasta ella, se había esforzado por conocerla en su silencio, le había descubierto su propio silencio y en toda su vida jamás había sentido eso con alguien.

CAPÍTULO QUINCE

asi ocho años antes, cuando Pierre había huido de Montailou por primera vez, permaneció junto a la castellana hasta que murió, y luego, cuando oyó rumores de que ya no quedaban esbirros en Montailou, regresó a casa a través de una violenta tempestad, como esperando que los árboles que se derrumbaban en el bosque cayeran sobre él. Regresó al frío silencio de los aldeanos, a sus ojos entornados de desconfianza. Cansado de su propia cobardía, de sus impulsos indignos de un sacerdote y de la debilidad de su ardor espiritual, no intentó volver a granjearse su devoción. Era un traidor, un anciano indecente que no merecía ni su respeto ni su gentileza. Intentaba sofocar la llama de deseo que ardía en él por Eco, y sin siquiera detenerse a defender su honor, se abandonó a su turbia reputación, desempeñando sus obligaciones sacerdotales sin entusiasmo, como lo haría alguien que está lejos de la benevolencia de Dios.

Dos años después, Na Roqua, la curandera, que había sido liberada recientemente de la prisión de Toulouse, irrumpió en la capilla cuando él aguardaba en el vestidor, con su capa de cruces amarillas abrochada a la altura de la cintura. Con una expresión de extremo cansancio en sus arrugadas facciones, le alertó de que, cuando despuntara el día, vendrían unos asesinos a por él, contratados por los miembros de la familia Maurs que no se estaban pudriendo en prisión con el resto.

—Sabes que ya no estoy Orgullosa de ti —dijo, con los ojos húmedos—. Pero he querido a tu madre. Y supongo que me he preocupado por ti en cierta manera. No quiero verte muerto, Dios lo sabe.

No se quedó atónito ni tuvo pena de sí mismo, sino que se sintió agradecido por su honestidad. Cuando ella salió de la capilla, él no la detuvo para preguntarle cómo saber cuándo iba a ser seguro regresar a la aldea. Tal

pregunta habría sugerido que se consideraba digno de salvarse y del riesgo que sabía que ella corría al traicionar ahora a los Maurs. La vio desaparecer, incapaz de dar las gracias, y cuando llegó la negra noche, se deslizó a su abrazo de muerte, atemorizado de tener que cruzar las espesuras, pero por algún motivo sin miedo a la muerte.

En esa ocasión y en otra posterior, cuando la curandera vino otra vez a prevenirle, huyó a una posada de Tarascón. Vestido de laico, bebía en una taberna y se escondía del recuerdo de las rameras con las que se había acostado, de la pequeña Mondinette de la que había abusado. Encontraba paz en sus recuerdos del zapatero que había conocido al escapar de la aldea la primera vez. Cómo había sido de amable y de honesto. ¿Y dónde estaba ahora, con sus ojos brillantes y afligidos, sus nobles manos? En muchos sentidos, sus conversaciones le habían parecido las charlas más francas que había mantenido en su vida. No había intentado obtener nada por medio de ellas. Había escuchado al zapatero, y sin pensárselo le había ofrecido un trozo de su corazón.

Cada vez que regresaba a la aldea, sin estar seguro de si iba a ser para encontrarse con sus asesinos, se encontraba más débil de cuerpo y alma, menos capaz de contener su deseo por Eco. A pesar de las innumerables veces que se había recordado a sí mismo que era el tío de su madre y un anciano decrepito que no merecía su flamante frescura, la espiaba cada vez más, desde la torre de la capilla, desde los bordes de los campos de trigo, a través de los postigos abiertos de la ventana de la habitación donde dormía. Algunas veces, cuando era incapaz de contenerse, la seguía de los campos al bosque, donde se escondía tras una roca y la miraba mientras se deslizaba en una especie de sueño despierto. Ella se echaba con los ojos abiertos junto a la orilla del río, y su presencia, su tranquilidad, parecían hacer callar al bosque entero: los grandiosos árboles, los pájaros que se apareaban, las hojas que caían al suelo. De vez en cuando podía imaginarse a sí mismo yaciendo a su lado, pero era un yo fantasmal, un yo que quizá sólo podría ver la luz si él hubiera sido más joven y mejor persona.

Entonces, durante el otoño de lo que habría sido su decimoquinto año, cuando él tenía casi cincuenta y ocho, empezó a notar que ella le devolvía las miradas, y su mente entró en un estado de absoluta incertidumbre: ¿estaba ella invitándole a acercarse o sugiriéndole que sus miradas eran para ella una molestia? Transido por esa fiebre, le persiguió otra vez por el bosque, siguiendo sus pasos desde demasiado cerca. Ella pareció sentir su cercanía, y se sentó con los ojos muy abiertos en lugar de reclinarsse junto a la orilla del arroyo. Aunque él quería desesperadamente atravesar la maraña de árboles y

confesarse ante ella como no podía ante nadie, se retiró, odiándose por robarle a ella su único espacio de soledad.

Ese mismo otoño Na Roqua le dio el aviso de que otra vez se acercaban asesinos, contratados esta vez desde Ussat, en lugar de Gerona. En vez de huir al oeste hacia Tarascón como había hecho antes, se dirigió al este, motivado a salvarse sólo por Eco. Sin un destino en mente, caminó y caminó entre las lagartijas y las rocas húmedas de las escarpadas Gorges du Rébenty, a lo largo del río Boulzane, cuyas orillas estaban llenas de retama, hasta un bosquecillo de avellanos, donde encontró un manantial de agua fresca y un granero abandonado donde pudo cobijarse durante la noche. Al día siguiente se aventuró más hacia el este, a través de un bosque y un viñedo, hasta la saqueada fortaleza de Quéribus, excavada sobre la cara empinada del peñasco más alto a la vista.

Cuando estaba en paz con los Hombres Buenos, le habían hablado de esta fortaleza. La llamaban «la última ciudadela de los Buenos Cristianos». Hacía más de un siglo, la fortaleza y los que la defendían desde dentro habían sido derrotados por batallones de cruzados contra la herejía. Ahora la vacía inmensidad de la fortaleza era un recordatorio mareante de que no sólo carecía de poder frente a sus propios feligreses Creyentes, sino también frente a la gran Inquisición, capaz de aplastar a voluntad a las personas y cosas que quisiera aplastar. Vio que el cielo se ponía violeta sobre las murallas arrasadas y se sintió pequeño, muy pequeño.

Esa noche llegó a un poblado y pagó para hospedarse. Allí una anciana le contó que el mar no estaba lejos. Él nunca había visto el mar, pero le habían hablado de sus inmensas y azules mareas, como las ondas de un lago, sólo que más grandes. Se decía que el mar en ciertos lugares bramaba ensordecedor y que en otros era como una poza tranquila y poco profunda. Vagamente tuvo la sensación de que por esta razón había viajado tan al este. Por la mañana dio las gracias a la anciana y siguió su camino a través de los campos de pastos verdes, más allá de un lago de agua salada que en un principio confundió, decepcionado, con el mar.

Cuando por fin subió a la cima de una colina rocosa, fue golpeado por una visión que arrancó de su cuerpo todo el aliento: azul, dorado al resplandor de la luz, rompiendo en olas sobre las rocas, y extendiéndose hasta el fin del mundo. Era el panorama más liberador que había contemplado en toda su vida. Sintió como si estuviera siendo testigo de la insondable inmensidad de Dios.

Con cuidado, siguió camino por un sendero muy en pendiente hasta una estrecha ensenada de arena, donde se quedó paralizado de temor. Cuando

tuvo el valor, se quitó los zapatos y se acercó a la orilla, y tocó con las puntas de los pies el oleaje, blanco y espumoso. El fulgor del sol sobre las olas le instó a adentrarse, y lo hizo, pasmado por la fuerza del arrastre del mar que le empujaba para adelante y para atrás. Las olas le tumbaron, y mientras luchaba por ponerse de pie, haciendo esfuerzos por respirar, el sonido atronador de las olas rompió sobre sus oídos y las agitadas aguas de su propia alma se derramaron. Se dio cuenta de que había estado viviendo una especie de muerte, que se había estado matando lentamente con toda su vergüenza y su remordimiento. Pero él no quería morir. ¡No, quería vivir!

A duras penas se arrastró hasta la orilla, bregando por respirar, y cuando estuvo otra vez en tierra firme se rió a carcajadas, y su vientre palpitaba de la risa. Empapado y tiritando, descansó sobre unas rocas tibias por la luz del sol y se quedó dormido. Soñó con beber agua de un abrevadero, con Marquise durmiendo a su lado en una cama hecha de las olas del mar. Estaba vivo, seguía vivo, y tenía la oportunidad de vivir más. Cuando abrió los ojos con la temprana luz del amanecer, se dijo que la vida no era algo que pudiese desperdiciar.

Se prohibió espiar a Eco, permitiéndole que su vida floreciera en privado y que su propia alma se curase. Y así estaba, cuando una cálida noche del verano siguiente, mientras se sentaba en el vestidor para dar su primer sermón en varios años, que sentía que debía ser como inspirado por la divinidad, sintió verdadero horror cuando Fabrisse aporreó la puerta de la capilla para decirle que Eco ya estaba lista para que la tomaran. Y cuando la chica le miró con sus ojos oscuros y llenos de angustia, reconociendo que entre ellos había un vínculo secreto, se quedó espantado del tormento que ese reconocimiento podría acarrear para la vida de ambos.

El tormento empezó sin demora, y al día siguiente y los cinco días posteriores la esperó en el bosque, entre la misa de mediodía y la de vísperas. Entonces, en el séptimo día, ella apareció, pálida, con el cabello todavía sin cubrir y salvaje. ¿Qué podía hacer aparte de consolarla? Cuando se echó a llorar, sus lágrimas eran tan comprensibles para él como unas palabras de lamento: estaba dolida de la vergüenza que le había causado su madre, dolida por su torpeza en ese mismo momento, y dolida también, quizá, de saber que él había espiado en su lugar secreto. Si bien él sabía que había un componente de miedo en sus lágrimas, miedo a lo que estaba a punto pasar entre ellos, percibió que también había un componente de alivio: el fingimiento de que ellos todavía no estaban íntimamente unidos por fin se acababa, y ahora ya podía librarse de todo ese esfuerzo de fingir.

Al comienzo fue cuidadoso para no ser más que paternal en su afecto,

pero cada contacto con su cabello, con su mejilla, parecía quemarle con el fuego que se elevaba desde su entrepierna. La llevó a la orilla del río, y cuando ella le miró con sus ojos semicerrados por las lágrimas, parecía tan niña como mujer.

—¿Qué necesitas de mí? —le preguntó, y luego le volvió a preguntar, y luego se arrepintió de haber preguntado cuando vio que un destello de aflicción pasaba por sus facciones al no poder responder con palabras. Por mucho que hubiera estado habitado por sueños acerca de ella durante años, nunca había considerado realmente la dificultad que la falta de voz representaba para ella. Nunca había considerado que pudiera estar frustrada en su silencio en vez de protegida por él.

Sin avisar, ella le atrajo hacia sí, y él gimió sin quererlo, le dijo que no podría soportar hacerle daño.

—Soy un hombre viejo y no puedo hacerte ningún bien —murmuró. Ella le besó y sin importar razón alguna, él cedió a la imprudencia, desvistiéndola, desvistiéndose, sin pedir permiso. Se echó sobre ella, temblando, con miedo de hacerle daño al penetrarla. Por un momento sintió en él el latido de la vida de ella. Y luego ese momento se acabó.

—Perdóname —murmuró, y pensó en cómo la había observado en el claro desde detrás la roca, en cómo había imaginado una mejor versión de sí mismo, que yacía al lado de ella en vez de encima.

Después ella se subió el vestido hasta arriba para después quitárselo, como si quisiera seguir revelándole cosas de sí misma. Su cuerpo era tan blanco como lo había sido de niña, pero ahora relucía de fertilidad, y sus senos florecían pequeños y rosados, sus caderas se escapaban ligeramente de la curva de su cintura como pequeñas colinas. Ella tomó su mano y la apretó sobre los lugares que latían con su vida tibia y secreta, y él frotó su barbilla contra su vientre y la besó hasta que sintió el impulso de entrar en ella otra vez.

Se acurrucaron el uno contra el otro hasta que la hora del servicio de vísperas llegó y se fue y la luna se alzó por encima de los pinos.

—¿Puedo verte mañana? —susurró él, y ella miró en sus ojos con una expresión anhelante, asintiendo.

¿Te gusto?, parecía preguntar. Él la atrajo hacia sí y besó su cabello.

—Caminaré contigo hasta la frontera del bosque —le dijo—. Y luego tú seguirás corriendo, y yo te miraré para estar seguro de que estás a salvo.

Cuando ella se alejó, Pierre permaneció bajo la sombra de los árboles, viéndola galopar por los campos bañados por la luz de la luna. Luego se dio la vuelta para mirarle una vez más —quizá para estar segura de que lo que había pasado entre ellos era más que un sueño— y él dio un paso fuera de las sombras para despedirla con un gesto de su mano.

Al día siguiente ella le esperaba en el bosque, sonriendo, llena de júbilo. Antes de que se acercara, se sacó el vestido y le esperó desnuda y temblorosa. Él se desnudó sin decir una palabra, tímido incluso en presencia de su falta de vergüenza. Ella tomó su mano, la examinó por un momento, y luego la apoyó sobre su mejilla, sobre sus labios y otra vez sobre su mejilla. Separó los labios y cerró con fuerza los ojos, como en una risa silente. Luego sus ojos se abrieron de golpe para encontrarse con los suyos.

Durante las semanas siguientes, se encontraron una y otra vez para hacer el amor, y ella se pegaba a él cada vez más, hacía que sus cuerpos se unieran, como para reemplazar las palabras que no era capaz de decir. Dentro de ella, él se deleitaba con dulzura, con un cariño que le parecía al mismo tiempo carnal y espiritual. Ella era mucho más dulce de lo que había imaginado. Quería ser feliz. Quería darle a él la felicidad. Le miraba como un animal ansioso por complacer, por hacer que en su rostro brotara una sonrisa. Y en su absoluta apertura a él, al amor que pasaba entre ellos, estaba indefensa, y era tierna como un incipiente retoño.

Siempre que él se retiraba de su cuerpo, ella miraba detenidamente sus ojos, como si buscara una señal de la satisfacción que él sentía, y algunas veces, sujeta a su mano, caía en un profundo sueño. Él la veía respirar tranquilamente, y le parecía que su cuerpo —sus manos trabajadas por el trigo, su cabello como agua negra, sus ojos brillantes y su boca fértil, la turgente pendiente de su cadera— reflejaba no sólo la indefensa bondad de su alma, sino la bondad del mundo.

Se había pasado casi la vida entera creyendo que su cuerpo imperfecto era una prisión para su alma. Incluso cuando se había puesto en contra de los Hombres Buenos en nombre de la inquisición se había mantenido fiel a su creencia de que el mundo era corrupto y que toda la materia era obra de la Oscuridad más que de la Luz. Pero ahora no podía distinguir el fin de la carne del comienzo del Espíritu, el fin de Eco del comienzo de Dios. Un agradable domingo, después de la misa, cuando Eco le conducía desnudo a una poza poco profunda, vio el reflejo de los árboles en su rostro, y por un instante la distancia entre el alma y la materia desapareció para él. Más tarde, cuando descansaba su oreja sobre el vientre de Eco, oyó el distante eco del pulso de Dios, y cada vez más frecuentemente veía a Dios en cada ser viviente y floreciente, en las raíces de los árboles y en los nidos de las chovas. Su percepción de la verdad cambió por completo: si Dios brillaba en el mundo, entonces el mundo debía ser bueno y la carne debía ser buena. ¿Y qué sentido tenía rechazar el cuerpo, si brillaba con la belleza del alma, si el alma brillaba a través de los sentidos del cuerpo?

Los días se hicieron más fríos y pronto hasta el calor que producía con Eco

era insuficiente para mantenerles tibios al aire libre. Empezaron a verse en casa de su madre mientras Fabrisse estaba fuera vendiendo vino. En las tardes, cuando se cruzaba con Fabrisse en el camino, él veía por la pesadez de su mirada que sabía que él se estaba acostando con su hija, como si ella misma en su ebriedad le hubiera ordenado hacerlo. Ella sufría, pero él no se permitió sufrir por ella. Vivía en una ardiente despreocupación y en la alegría, con sus pensamientos lejos de la inquisición, los asesinos y el remordimiento.

De vez en cuando se preguntaba si no debía sacar el amuleto de debajo de la estatua de la Virgen, donde lo había escondido durante todos esos años, pero luego la idea de que su vida se trasladaba a la de Eco, la idea de su hijo latiendo en su interior, era demasiado emocionante. Decidió no pensar acerca de cómo iba a ser capaz de quedarse en la aldea como padre. Decidió no pensar en absoluto. Al contrario que las muchas mujeres que había conocido, Eco le tocaba y contemplaba la forma de su cuerpo con tanta codicia como él la tocaba y contemplaba a ella. Sus besos parecían nutrirla más que la fruta, y muchas veces, cuando entraba en ella, tenía la sensación de que ella estaba a punto de gritar de placer. Él gritaba en su lugar, y Eco era suave y potente e infinita como el mar, y su cariño, líquido, era como una marea de olas que le atravesaban, y a ella también, hasta que él se perdía y jadeaba, limpio de sí mismo como un recién nacido. Y veía debajo el rostro franco y sonriente de Eco, y sabía que ella también acababa de nacer, ella, antes una niña, ahora una mujer.

Las primeras flores de la primavera aparecieron, haciéndose eco del propio florecimiento de Eco. Después empezó la temporada pascual de confesiones, y él escuchó, impenitente y derramando compasión, sin miedo de tocar, de tomar las manos de los que sufrían la pena y necesitaban contacto. Paradójicamente, sintió que era un sacerdote más verdadero que cuando era joven.

En el último día de la confesión, después de que hubiera apagado las velas en el altar y mientras se echaba la capa por encima para encontrarse con Eco en el bosque, el menor de los hermanos Maurs apareció en la puerta de la capilla. El joven no tenía más de diecinueve o veinte años y era demasiado joven cuando la aldea había sido asaltada como para ser arrestado. Después de la confiscación de la inquisición sobre las tierras y posesiones de su familia, se había dedicado a pastorear el ganado de un rico noble de Aragón y por eso estuvo alejado de la aldea la mayor parte del año.

—¿He llegado demasiado tarde para confesarme? —preguntó, y Pierre se preguntó si los miembros de la familia Maurs habían abandonado la idea de

los asesinos para acoger la de matarle con sus propias manos. El joven no parecía armado, pero no obstante Pierre se preparó para atacar, tomando el matabandales de bronce del altar.

—Sólo será por un momento, padre —dijo el joven. Su mirada se posó sobre el matabandales—. Por favor, padre, necesito que me escuchen.

Lentamente Pierre bajó el artefacto. El joven se sacudió la nieve del rostro y se acercó, santiguándose y alzando la vista con el ceño fruncido hacia la estatua de la Virgen. Se arrodilló, y cuando Pierre se sentó frente a él, unió sus manos en actitud de oración.

—Fui yo —dijo el joven, en una voz más propia de un niño que de un hombre.

—¿Tú?

—Yo... Usted estaba sentado bajo el olmo de la plaza —dijo—. Y yo... usé su cabeza como orinal.

Ahora Pierre lo recordaba. Años atrás, él estaba sentado bajo el olmo cuando un niño orinó sobre su cabeza y luego se fue corriendo antes de que pudiera atraparlo.

—Lo siento, padre —dijo el joven.

Pierre se aclaró la garganta y carraspeó. ¿Era esto parte del plan de los Maurs para ablandarle, para hacerle bajar la guardia?

—Anoche —dijo el joven—. Na Roqua, la anciana, falleció.

—¿Falleció? —dijo Pierre. Había estado tan absorbido por Eco, que se había olvidado de la curandera, de su alianza con ella. Y ahora se había muerto, o peor aún, la habían asesinado por defenderle. No había tenido la oportunidad de agradecersele, de pedirle consejo sobre cómo iba a poder sobrevivir sin su amabilidad ni sus consejos.

—Usted sabe que ahora hay unos cuantos en mi familia que están libres —dijo el joven—. Y los que están fuera de prisión, los que siguen en Montailou, siguen echándole a usted la culpa —hizo una pausa—. Durante largo tiempo le hemos querido ver muerto, padre. Pero durante todo ese tiempo, la curandera nunca ha dejado de hablar de su lado bueno... Anoche, cuando la fiebre la devoraba, nos llamó para que nos reuniéramos en tomo a ella. Dijo que un ángel del Señor se hallaba junto a su oído, susurrándole que ninguno de nosotros encontraría jamás la paz si usted era asesinado...

El joven se quedó en silencio, y Pierre oyó cómo su corazón latía esperanzado.

—No le habría creído si no fuera por un hombre que conocí en los pastizales de Peñíscola —continuó el joven. Se tapó los ojos con las manos—. Un pastor llamado Michel. Le conté lo de los asesinos que mis hermanos y yo habíamos contratado para matarle. Que no íbamos a estar en paz hasta que nuestra familia estuviera vengada... Pero él... él dijo que si teníamos éxito en

matarle, mataríamos toda esperanza en conseguir la paz. «Pena, odio, son cosas que están dentro de ti», decía. «No es posible matar tu odio matando a otra persona».

Se quedó de nuevo en silencio, como si estuviera pensando profundamente.

—Les dije a mis hermanos libres que había llegado el momento de hacer las paces con usted —miró a Pierre de reojo—. Quizá, si confía en nosotros, ayudará a nuestro padre, que sigue en prisión. Y ayudará a nuestros hermanos.

Pierre le tendió la mano y le apretó el hombro.

—Tienes mi confianza —le dijo, y mientras hablaba, se preguntaba si, de no triunfar en liberar a los Maurs, ellos se pondrían de nuevo en contra de él.

Para cuando el joven se hubo marchado, el día se había convertido en tormenta, Y Pierre tuvo que darse prisa para encontrarse con Eco, con la mente borrosa, mientras arrastraba su cojera por los campos de trigo. Se sentía humillado al saber que la curandera, incluso en los instantes de agonía, había luchado por proteger su vida.

Cuando llegó al bosque, vio a Eco agachada bajo un árbol que llovía. Ella también llovía, empapada y sujetándose la falda con los puños, con los dientes castañeteándole. Sin decir palabra, se acercó a ella y besó su rostro mojado y desdichado, sus ojos —fieros y asustados— que se cerraban frente a los suyos.

¿Todavía te gusto?, parecía decirle.

—No deberías haber esperado por mí con esta lluvia —le dijo. Se levantó y trató de alzarla, pero ella se resistió, negó con la cabeza violentamente—. Eco, deberías estar en casa frente al hogar.

Ella aspiró bruscamente, y rompió en llanto.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Eco, por favor —intentó alzarla una vez más, pero ella luchó con él. Exasperado, se apartó de ella mientras ésta sujetaba el borde de su capa, pegándosela a la pierna.

La lluvia caía fría como el invierno, y si bien sabía que los dos sufrirían las consecuencias de permanecer bajo la inclemente lluvia, él se sentó a su lado en el fango y la abrazó. Ella tiritaba y llovía y tosía a cada rato como si perdiera aire, y odió el silencio de Eco. ¿Cómo podía esperar consolarla si ella no podía decirle las palabras que él necesitaba para comprender su pena?

Ella se hizo un ovillo a su lado y cayó en un extraño sueño, rumiando palabras que él no podía oír. Él la besaba en la frente, y el contacto con ella le quemaba. ¿Por qué no se había dado cuenta de que ella tenía fiebre?

—¡Eco! —La sacudió hasta despertarla. Ella abrió los ojos, sobresaltada, y

cuando él la levantó del suelo, no se resistió.

Su madre estaba hilando frente al fuego de la cocina cuando ellos llegaron. Se les quedó mirando con ojos insulsos mientras él llevaba a Eco frente al hogar, le quitaba los zapatos empapados y le quitaba el vestido.

—Algo para secarla —dijo.

Fabrisse se levantó de la rueca, salió de la cocina y regresó con un vellón y un bulto de paños bastos.

Extendieron juntos el vellón en el suelo y empezaron a secar a Eco, que estaba en una especie de sueño en vigilia, con los ojos cerrados y los dientes castañeteándole.

—Está embarazada, sabes —dijo Fabrisse.

Eco abrió los ojos y le miró con unos ojos extraños y esperanzados.

—No —tartamudeó—. Tiene fiebre. Está enferma.

—Está embarazada —repitió—. Lleva días vomitando.

Él se quedó sin palabras. Por mucho que supiera que el embarazo era posible, casi inevitable de tanto hacer el amor, se sintió pasmado hasta lo más hondo. Parpadeó estúpidamente ante Fabrisse, esperando a ser regañado por la desgracia de Eco. Pero Fabrisse estaba tan callada como su hija.

—Voy a traer a la curandera —dijo, y luego se corrigió—. A un doctor. A alguien.

No perdió el tiempo buscando en la aldea, sino que partió inmediatamente para Prades d'Aillon, con la esperanza de encontrar allí a algún curandero. Mientras caminaba y la cadera le causaba un dolor insufrible, se preguntaba cómo pudo en algún momento haberse regocijado en el pensamiento de que un niño se encarnara dentro de Eco cuando él era un sacerdote con obligaciones sacerdotales, obligaciones no sólo para con la Iglesia, sino para con el Inquisidor, los Creyentes, los Maurs.

En algún momento desesperado deseó que el joven Maurs le hubiera quitado la vida. Habían pasado tantos meses desde la última vez que había pensado en los aldeanos encarcelados por su traición, tantos años desde que había recibido noticias de la oficina inquisitorial, y él no sabía si el Inquisidor se había olvidado de él desde que sus poderes habían sido recortados por el Papa, o si el Inquisidor seguía observándole, aunque de lejos, esperando las condiciones adecuadas para abalanzarse sobre él.

Se acordó del viejo párroco, que había vivido abiertamente con su amante y su hija en la aldea. Ahora nada era así. La única esperanza que tenía de hacer de padre siendo sacerdote sin atraer la inspección era huir a Palhars, la

diócesis entre Aragón y Comminges-Couserans, que estaba fuera del alcance del Inquisidor, donde se decía que los sacerdotes acompañaban a sus amantes en público. Pero huir podía significar un grave riesgo, y si Eco era atrapada por cualquiera que tuviera ganas de darle información, les harían la vida imposible. Y ella era la hija de su sobrina. Incluso en Palhars podrían ser severamente censurados.

Encontró la casa del sacerdote de Prades y llamó a su puerta. Sin mostrar mayor pesar, el sacerdote le contó que la única mujer conocida por curar enfermedades en la aldea estaba viviendo con su hermana en Baga desde el invierno anterior.

—Y en lo que a un doctor se refiere, he oído que hay uno que atiende a los campesinos en Ax —dijo, un tanto enojado por el charco de lluvia que Pierre estaba dejando en el suelo de su cocina.

Pierre supo que iba a ser imposible hacer el empinado camino hasta Ax en medio de la oscuridad y la lluvia, así que cojeó de regreso a Montailou, castigándose mientras tanto con imágenes de Eco muriendo de la manera en que lo había hecho Marquise. Debía rezar a la Virgen, se decía. Debía rezar fervientemente por la vida de Eco y de su niño.

Al acercarse a la aldea, vio luces parpadeando a través de las aberturas de las paredes de la capilla, y masculló un reproche para sí mismo, pensando que con la prisa se había olvidado de apagar las velas del altar.

Encontró la puerta de la capilla un tanto abierta. Dentro un hombre yacía a los pies de la Virgen. Se incorporó sobresaltado cuando Pierre dio un paso al interior de la capilla.

—La puerta estaba abierta —dijo el hombre, con la voz cansada.

Por un momento Pierre no pudo hablar de la emoción.

—Amigo mío —consiguió tartamudear—. Zapatero.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Tres días después de que el zapatero Arnaud hubiera visto por última vez al párroco en el bosque, el olor de la soledad se había convertido en algo imposible de soportar, y recogió sus pocas pertenencias y salió de la cueva y de los bosques que la rodeaban. Caminó hacia el sur, hacia las montañas, los pastizales de alta hierba, donde se decía que vagaban los pastores y los que huían de la Inquisición. Tenía la intención de encontrar una aldea fuera del dominio de la Inquisición, donde pudiera trabajar como zapatero o por algún milagro del destino llamar la atención de alguna mujer casadera de buen corazón.

Dejó el curso del Ariège por un tiempo y siguió la red de arroyos llenos de truchas arcoíris y salvelinos. Cuando bajaba por un paso de montaña, entrando a un valle exuberante, se encontró una vez más con el Ariège, y entonces el río se perdió en el Segre y Arnaud se topó con la morada de verano de un grupo de pastores que preparaban sus manadas para ir a pasar el invierno al sur. Sentado con los pastores alrededor de un fuego de ramas de pino que crepitaba, el penetrante olor del estiércol de oveja en el aire, comió enormes cantidades de pasteles de ajo, bebió tazas rebosantes de vino. La curiosidad brillaba en los ojos de los pastores, él sabía que le sospechaban hereje. *Mejor hereje que sodomita*, pensó. A pesar de que se moría de ganas por tener contacto con la gente desde hacía tanto tiempo, mantuvo las distancias, cuidadoso de no tocar las manos del hombre que le llenaba el plato, de no rozar las rodillas de los que se sentaban a su lado frente al fuego, como si a través del contacto, fueran a ser capaces de intuir su historia de corrupción.

Mientras esto sucedía, el mayor de los pastores, un hombre llamado Baudoin, que pronto se iba a casar, estaba camino de Baga para devolver sesenta y tres ovejas a la mujer noble que le había empleado.

—Necesitará a otro que le lleve las ovejas al sur —le dijo a Arnaud—. Tú podrías cuidarlas. Y estos viejos picaros podrían enseñarte cómo.

Demasiado embriagado por la compañía de los otros como para negarse, Arnaud al día siguiente siguió a Baudoin a la casa de la mujer noble, que tachó el nombre del pastor de su libro y, al ver a Arnaud inclinarse para escribir el suyo, arrugó la frente, sorprendida.

—Sabes escribir, Arnaud Lizier —dijo, mirándole con sus ojos negros, buscando en él —pensó— rastros de herejía o pérdida de privilegio—. Descubrirás que la vida del pastor es una vida de libertad —sonrió—. Deberás responder ante mí de todo lo que les pase a las ovejas. Por lo demás, eres libre.

Así que tan rápido como había jurado sobre hueso a Jean el zapatero ser aprendiz de zapatero, Arnaud se hizo pastor. Con las sesenta y tres ovejas a remolque, siguió a los otros y sus rebaños por las mesetas y a través de valles, con el campanileo de los cencerros de las ovejas, el batir del viento sobre la alta hierba de los prados, con su barba y sus greñas. Por las noches levantaban cercos para contener a las ovejas, y dormían bajo los árboles y en moradas rápidamente construidas con ramas y piedras. Arnaud escuchaba el ronquido de los hombres que dormían junto a él e intentaba esconderse del recuerdo del maestro de Massabuçu, que roncaba al otro lado de donde estaban él y El Pequeño. Sabía que nunca debía permitirse sentir ni siquiera un destello de deseo por ninguno de los pastores. Le había hecho una promesa a Dios, una promesa que —lo sabía en el fondo de su corazón— en parte estaba dejando de cumplir al elegir ahora una vida sólo junto a hombres y lejos de la civilización.

Con el transcurrir del viaje al sur, llegó a disfrutar de la compañía de un pastor llamado Michel, un hombre de cuarenta y tantos años con manos fuertes, cabello negro plateado y una boca que no dejaba de llenar el aire de palabras. Con frecuencia los dos solían ver juntos a las ovejas en las mesetas de helechos, Michel hablando y Arnaud escuchando.

—Si me lo preguntas —decía Michel una tarde, después de lamentarse de la decisión de Baudoin de casarse—, incluso si regresase a la vida de pastor, él ya no sería más un pastor.

Estaban sentados en una amplia piedra, y la brisa era suave y seca. Arnaud pensaba que si se recostaba iba a deslizarse en un sueño lánguido.

—¿No? —murmuró.

—¡Por Dios, no! —dijo Michel—. ¿Porque qué crees tú que es un pastor?

Arnaud se volvió hacia él, recordando las palabras de la mujer noble.

—¿Un hombre libre?

—¡Dios mío, sí! —dijo Michel—. ¡Lo has aprendido rápidamente! ¡Un hombre libre!

Se detuvo por un momento y Arnaud notó que sus mejillas se ponían rojas por el viento o por el júbilo.

—¡Los hombres más libres son los hombres cargados de ovejas! —continuó—. Con ovejas, el hombre debe moverse constantemente. ¿Qué puede poseer que no pueda llevar en su espalda?

Arnaud no contestó y Michel se puso de pie en la piedra y aulló.

—¡Nada, nada! —Ninguna oveja se detuvo a mirarle, quizá por estar acostumbradas a tales arranques de júbilo—. ¡Algo de ropa, un hacha, una olla con la cual cocinar, un saco de cereales si el hombre es fuerte! Y el resto de cosas, una bonita casa, una bonita tierra, una bonita esposa... —Su rostro se contrajo en una expresión de repugnancia—, ¡no le importan un rábano!

Se sentó con gesto enfadado y se inclinó hacia Arnaud.

—Te voy a contar un secreto —le dijo, bajando la voz—. Más de un hombre me ha ofrecido a su hija como esposa. Pero yo soy pastor. ¿Qué podría hacer con una esposa aparte de morirme en mí mismo?

Por un tiempo Arnaud se preguntó si Michel era la misma clase de hombre que él. Después pasaron San Mateo, y Michel dejó el campamento para ir a encontrarse con una mujer de la noche, y regresó de madrugada, con los ojos agotados y farfullando sobre los placeres que daban las mujeres con caderas carnosas como para sujetarlas.

Establecieron la cabaña de invierno en el Val d'Arques, una sola habitación con una pequeña chimenea y suelo de estiércol pisoteado. Aunque Michel era por nombramiento el jefe de la cabaña y por lo tanto, el que estaba a cargo de la cocina, Arnaud pronto asumió esa responsabilidad para la cena de cada noche. Disfrutaba viendo a los hombres comer la carne de carnero, los huevos, el hígado y el pescado que preparaba. Y al estar ocupado con la limpieza después de la cena, escuchaba las conversaciones sin tener que decir una sola palabra.

Fue durante las noches después de la cena cuando aprendió cosas acerca de los Hombres Buenos, y al hacerlo, de las propias creencias del pastor. Cuatro de los seis eran simpatizantes de las creencias de los Hombres Buenos y pensaban que se les debía a toda costa dar limosna.

—¿Por qué darles tus vellones a San Antonio y a la Virgen —dijo uno—, cuando los Hombres Buenos los necesitan? Dadles a los Hombres Buenos un vellón y obtendréis beneficios mucho mayores. Pues rezan por aquellos que les dan limosna. Y rezan con una efectividad sin igual.

—Es verdad —dijo otro—, que sus cuerpos son como los de cualquier otro hombre vivo. Tienen carne, es verdad. Y huesos, es verdad. Y narices justo como todos nosotros. Pero sólo ellos viven como lo hicieron los apóstoles.

Nunca mienten. Nunca toman lo que no se les ha dado. Incluso si encontrasen una moneda de oro en el camino, no la cogerían a menos que alguien antes se la ofreciese. Con seguridad la paz se alcanza mejor a través de sus enseñanzas.

Michel no era uno de los que hablaban apasionadamente a favor de los Hombres Buenos, pero tampoco discutía con quienes les respaldaban. Puesto que en otras circunstancias rara vez se mantenía en silencio, Arnaud se encontró preguntándose si Michel tendría algo que esconder con respecto a la herejía o si consideraba los asuntos de fe demasiado serios como para debatirlos en voz alta. Sólo una vez Michel llevó la conversación al tema de los Hombres Buenos, y sus palabras fueron medidas.

—Es verdad —dijo— que los Hombres Buenos ponen en práctica el ideal de la pobreza. Es un ideal que los frailes dominicos en un principio predicaban. Un ideal que los frailes ya no parecen tomar en cuenta en sus vidas.

Una noche a fines del otoño, un niño llegó a lomos de una mula cargado de provisiones y chismes. Durante la cena, les contó a los pastores que el párroco de Montaillou había regresado a su parroquia después de una larga ausencia y que se había quedado con los labios bien cerrados en gesto arrogante cuando se le preguntó por su anterior paradero.

—¿El párroco de Montaillou? —preguntó Arnaud, apartando los ojos del guiso de conejo que removía sobre el fuego.

—¿Le conoces? —dijo uno de los pastores.

—¿Conocerle? —dijo Arnaud—. No... Yo... muy por encima.

Otro pastor que hablaba frecuentemente en defensa de los Hombres Buenos miró a Arnaud como si fuera un extraño.

—Encerró a toda su parroquia y le dio al Inquisidor la llave —dijo—. Le llaman el Pequeño Obispo de Sabarthés, porque está destruyendo la región con su pequeño poder, conspirando del lado de la Inquisición.

Hubo un largo silencio, y luego Michel batió palmas una vez para levantar los ánimos cuando empezaba el día.

—¡Más guiso, por favor! —exclamó.

—Claro —dijo Arnaud, con voz vacilante. Se volvió hacia el fuego, preguntándose si era posible que el mismo sacerdote amable que había admitido su confesión brindándole consuelo podría en verdad estar aliado con el Inquisidor. Recordó el ruido de la respiración del párroco esa noche en la cueva, la manera tranquila en que miraba cómo los pescados que iba a cenar eran ensartados antes de ponerse sobre el fuego. No, no podía creer a ciegas en lo que estos hombres tenían que decir acerca del párroco. Incluso en

este lugar de libertad sabía que los hombres podían ser injustamente difamados.

Los días se hicieron más cortos, las noches de hombres roncando en sueños se hicieron más largas y las ovejas engordaron con sus corderos a punto de nacer. Entonces, en tiempo de navidades, las ovejas empezaron a dar a luz, y Arnaud miraba en agonía cómo Michel metía la mano en sus cuerpos, sacando de su interior un corderito ensangrentado y resbaladizo tras otro.

Cuando todas las crías terminaron de nacer, Arnaud experimentó una euforia que jamás había conocido. Sentía que de alguna manera era parte del gran espíritu que latía en las crías, en sus madres cansadas, en Michel y en los otros que habían metido valientemente sus manos en las matrices de las ovejas. ¡Cuán vivas estaban y cuánto dependían de la tierra para seguir estándolo! Los corderos se nutrían de la leche de sus madres, que pastaban en la hierba igual que los granjeros sembraban la tierra para cultivar el trigo. Los corderos, sus madres, los granjeros, los pastores, todos regresarían a la tierra, y en ese momento, ¿en qué se diferenciarían los unos de los otros? Juntos, eran capaces de dar sustento a nueva vida.

Poco después de que nacieran los corderos, Arnaud soñó con su propio nacimiento. Tenía la sensación de estar suspendido, envuelto en una especie de tibieza viscosa, y luego sentía una presión, unas ansias violentas. Se levantó en un estado de éxtasis, y supo con absoluta certeza que se había acordado de su madre. Había estado en su útero, había querido salir de ella, pero ella no quería dejarle salir.

Durante los ocho años siguientes permaneció bajo el empleo de la mujer de Baga, apartándose del camino entre la cabaña de verano en el paso de Pal y la cabaña de invierno en el Val d'Arques sólo cuando los señores de los alrededores les forzaban a él y a los otros a cambiar de sitio sus rebaños por una temporada.

Con el tiempo aprendió a atender él mismo el parto de los corderos, a hacer un queso tan acre como suave, a detectar la presencia de lobos por sus aullidos en la distancia. Tenía cada vez más una sensación de pertenencia, no sólo a los pastores, a quienes llegó a considerar hermanos, no sólo a las ovejas, sino también a los prados en flor y a los vientos cortantes y a los helechos de cardos que siempre le causaban escozor en los dedos del pie. Si bien aprendía más y más sobre la herejía y estaba de acuerdo con su premisa de que el mundo de los sentidos era para siempre un mundo de cambio, y por ende de pérdida, deseo y dolor, se volvía cada vez más incapaz de negar

la animación que esa pérdida, ese deseo y ese dolor inspiraban en él. En el fondo, la conciencia de su propia vida se elevaba cuando sufría tristeza ante la pérdida de un pastor que se casaba o cuando una oveja a la que le tenía cariño moría. Había algo trágico y sin embargo hermoso en los quejidos de las ovejas al parir, en los gruñidos de un pastor que en la lejanía se liberaba de su propia semilla. Incluso el deseo por Michel que a veces no podía sofocar le impactaba en tanto que era tan adorable como peligroso. Y él no quería abandonar lo salvaje de la vida en la naturaleza, por mucho que sintiera sobre él la mirada de Dios, por mucho que supiera que debía cumplir su promesa de casarse y reproducirse.

A menudo él y Michel eran los últimos en quedarse despiertos de noche y solían sentarse delante del fuego, calentándose las plantas de los pies, pensando. La Inquisición había estado tranquila durante varios años, y él sabía que ya no había razón para seguir en la clandestinidad en Cataluña. Recordaba la invitación que el párroco de Montailou había grabado en su tablilla hacía tiempo: *Si llega el día en que la Inquisición se extinga, encontrarás un hogar en Montailou*. Quizá el párroco conociese a una mujer joven adecuada para ser su esposa...

Una noche, Michel interrumpió sus pensamientos con una pregunta.

—¿Estoy siendo una carga para ti, Arnaud? —continuó sin esperar una respuesta—. Durante todos estos años nunca te he visto perder la compostura. Nunca te has metido con una ramera, y no te ríes cuando contamos chistes subidos de tono... Hay tristeza en tus ojos. ¿Estás intentado convertirte en un santo? —Alzó la mano—. No —dijo—. No contestes.

Se quedaron callados, escuchando el chisporroteo del fuego, y Arnaud sintió que su corazón se aceleraba. Quería una excusa para irse a dormir, pero Michel habló otra vez.

—Mi abuelo me dijo algo que supongo que alguien le dijo a él. Creo que te lo voy a decir ahora... Si es que estás buscando a Dios allá arriba —apuntó al techo—, olvídalo. Nunca sabrás cuándo se creó este mundo. Nunca conocerás el rostro de Dios mirando algo que no seas tú mismo —señaló a Arnaud—. Mira dentro de ti. Averigua quién está ahí adentro, qué es lo que de verdad amas y odias. Y temes. Averigua lo que da a tus ojos esa extraña mirada.

Arnaud sintió que el calor le subía a las mejillas. Quería decirle a Michel que se conocía bastante bien y que esa parte de su ser no podía encontrar su sitio en el mundo.

—Si miras, si miras bien —continuó Michel—, encontrarás a Dios en ti, Arnaud. O al menos eso es lo que me dijo mi abuelo. Esa distancia entre Él y tú y yo es una ilusión. «El reino del Padre se extiende por toda la tierra, y los hombres no lo ven», decía. «Yo soy tú, y tú eres Dios... Somos hermanos, y la naturaleza, nuestra sangre divina».

Arnaud ya no pudo reprimirse por más tiempo.

—Sí que siento que somos hermanos, Michel —dijo—. Pero no puedo creer que vaya a encontrar a Dios examinándome a mí mismo... Dios quiere que sea otro, diferente del que soy ahora.

—Imposible —dijo Michel.

—Es verdad —dijo Arnaud.

—No lo creo —dijo Michel—. No. ¿Qué cosa tan diferente podría Él querer que tú seas?

—No te lo puedo decir.

—Quizá ya lo sepa.

Michel le examinó con ojos suaves, casi anhelantes, como si conociera el secreto de Arnaud y lo compartiera. Arnaud se sintió repentinamente avergonzado y bajó la vista, tapándose la ingle con el puño. Sintió que Michel se le acercaba, sintió las puntas de sus dedos rozándole la mejilla y sujetándole delicadamente la barbilla, como para atraerle en un beso. Cuán fácil sería dejarse llevar...

—¡No! —gritó Arnaud, poniéndose de pie de repente.

Michel levantó la vista hacia él, con ojos perplejos.

—Dios quiere que me case —dijo Arnaud—. Que me case con una mujer.

El rostro de Michel perdió toda expresión.

—No sabes nada de la libertad, Arnaud —dijo—. Eres tú quien cree que debes casarte... Así que cástate. De todos modos, no es que tengas mucha madera de pastor.

No esperó al destete de los corderos que habían nacido ese año durante las navidades para partir, sino que empaquetó sus herramientas de zapatero y las ganancias que había ahorrado y convenció a uno de los pastores cuyo rebaño había menguado a que le acompañara a Baga. Ahí borró su nombre del libro de la mujer noble, que negó con la cabeza mientras apretaba unas pocas monedas en su puño.

—Y yo que pensaba que la libertad te sentaba bien, Arnaud Lizier —dijo.

Desde Baga viajó por los húmedos prados del valle del Llobregat, cruzó un paso de montaña todavía húmedo por el invierno y caminó hasta encontrar el Segre y luego el Ariège. De noche dormía bajo las intensas estrellas de la primavera e intentaba no pensar en Michel, en la manera sencilla, tranquila, en la que se había abierto a la ternura y al contacto con otro hombre.

Cuando por fin llegó a Ax-les-Thermes, siguió el consejo que el párroco había escrito en su tablilla y preguntó el camino a Montailou desde ahí. El día se volvió tormentoso y ascender por la ladera de la montaña hacia la

aldea se hacía casi imposible, por lo empinada que era. Al anochecer la aldea ya estaba a la vista, asentada bajo la luz de la luna en lo alto de una colina rodeada de campos recién cultivados. Incluso en la pálida luz, vio que la fortaleza no era de un tamaño insignificante. Bajo ella, entre las casas que se sujetaban firmemente a la ladera de la colina y que destellaban con la luz de sus fuegos, vio enormes montones de color negro, demasiado angulosos para ser de estiércol. Por un momento un sentimiento de espanto le sobrecogió y quiso marcharse de ahí. Luego vio la pequeña capilla en la base de la aldea y se obligó a continuar.

No había un alma en el camino o en la plaza junto al cementerio. Decidió acuclillarse junto a la puerta de la capilla para protegerse algo de la lluvia. Tan pronto como apoyó su peso contra la puerta, esta se abrió, así que entró, caminando sobre los rayos de luz que la luna filtraba por las aberturas de una pared. Se allegó al altar, encendió tres velas, y miró las facciones del rostro de la Virgen, que parpadeaban a la luz de las velas. Se santiguó, como lo hacía cuando era un niño.

Se quitó la capa húmeda y los zapatos, y se quedó postrado en el suelo a los pies de la Virgen.

—Madre bondadosa —susurró, y aunque se sintiera vagamente asustado y fuera de lugar, una gran paz se posó sobre sus ojos y no pudo más que cerrarlos.

Le despertó un chirrido y se incorporó parpadeando ante la reducida figura del portal antes de reconocer al párroco.

—La puerta estaba abierta —tartamudeó, y se le ocurrió que era posible que el párroco no le recordara.

—Amigo mío —dijo el párroco tras un momento de pausa—. Zapatero.

Arnaud se quedó en silencio, pasmado, mientras el párroco corría hacia él, se arrodillaba a su lado, le tomaba la mano y la sujetaba entre sus dos manos. Estaba empapado de agua de lluvia, con las mejillas sonrosadas por el frío, y los ojos brillando suavemente a la luz de las velas.

—Qué bueno verte —dijo el párroco. Sonrió y acarició la mano de Arnaud—. Y qué cambiado que estás. Ya eres un hombre.

También el párroco había cambiado: estaba más gris, y su rostro era más viejo y cansado.

—No puedo decirte con qué frecuencia he pensado en ti —continuó—. Pero ni siquiera sé tu nombre.

—Arnaud... Arnaud Lizier.

—Pierre Clergue —dijo el párroco—. Me alegraré de que me llames Pierre.

—Lo intentaré.

—Arnaud —dijo el párroco—. Verte ahora es para mí un enorme consuelo.

Sus ojos se oscurecieron y Arnaud se preguntó si estaba enfermo o sufriendo de algo.

—Padre —dijo—, ¿hay algo que le aflija?

El párroco se dirigió a la Virgen.

—Una chica de la aldea —dijo—. Una joven muy querida. Se ha puesto enferma, y tiene fiebre, y he ido a Prades d’Aillon en busca de una curandera, pero no hay nadie. —Lanzó una mirada sombría a la puerta tras él—. Mañana iré a Ax tan pronto amanezca para buscar un doctor... Es por la chica que he venido a rezar.

—Debo entonces dejarle solo —dijo Arnaud, apartándose de su lugar delante de la Virgen.

—No —dijo el párroco, tomando de nuevo su mano y sujetándola con firmeza—. Quédate.

Arnaud vio cómo el párroco se persignaba y juntaba las manos. Nunca había visto a un sacerdote ponerse a llorar por la enfermedad de un parroquiano, y quería ayudar a la niña en la medida de sus posibilidades. Habían pasado muchos años desde la época en que acompañaba a su padre a visitar a los pacientes enfermos, pero recordaba bastante bien lo que entonces había aprendido de la fiebre y la enfermedad.

Esperó a que el párroco se santiguara, señalando el final de su plegaria.

—Padre —dijo—, quizá no le haya mencionado esto antes, pero mi padre era doctor. Sigue siendo doctor, quizá. En Foix.

—¿Doctor? —dijo el párroco—. Sí, creo que me lo contaste.

—Y yo aprendí mucho de él antes de que nos separáramos... Sé algo de la fiebre. Podría hacer un esfuerzo por ayudar a la chica.

Los ojos del párroco brillaron.

—Amigo mío —dijo—, me salvas una vez más.

Atravesaron a toda prisa la capilla y el cementerio fangoso, el olor de la lluvia saturando el aire. Arnaud se detuvo junto al camino para recoger algo de lavanda silvestre.

—Para la fiebre —explicó, pero el párroco parecía no oír.

La casa de la chica estaba en el mismísimo borde de la aldea. Ella yacía sobre un vellón delante del hogar de la cocina, cubierta de sábanas. Sus dientes castañeteaban, pero sus ojos esbozaron una expresión de placidez al ver al párroco y a Arnaud acercarse.

—Eco —dijo el párroco, y ella sonrió de manera distante, como si de alguna manera le estuviera mirando de lejos.

En una banca junto al hogar estaba sentada una mujer a la que Arnaud reconoció como la madre de la chica. Su rostro estaba inflamado, rojo, como si hubiera estado llorando por semanas y su cabello descubierto raleaba, como si estuviera quedándose calva. Retorcía las manos en gesto de preocupación. Se puso de pie.

—La he tapado cada vez más, pero sigue tiritando.

—Fabrisse —dijo el párroco—. He traído a un hombre que sabe de fiebres. Arnaud Lizier. Es un viejo amigo.

La mujer saludó a Arnaud con un gesto y él se lo devolvió.

—¿Puedo entonces encargarme de su hija, señora?

—Haz lo que tengas que hacer —dijo el párroco antes de que la mujer pudiera contestar.

Arnaud se inclinó sobre la chica. Olía a hierba, tierra y sudor. Durante un instante se acordó de las ovejas y del olor de la lana después de un aguacero. Apartó el cabello de rulos enmarañados de su rostro ruborizado y ella le devolvió la mirada sin asomo de timidez, como si no viera en él a alguien que jamás había visto. Él le puso la mano sobre la frente, sobre las mejillas, mucho más calientes de lo que había supuesto.

—Tu fiebre es bastante alta —le dijo—. ¿Me oyes? Dime, ¿me oyes?

La chica asintió ligeramente, y volvió a posar sus ojos en el párroco.

—No habla —dijo su madre—. No lo hace desde que era una niña.

Arnaud examinó los ojos de la niña, que seguían misteriosamente plácidos. Sus pupilas estaban contraídas, sus párpados amoratados, y las venas de sus sienas congestionadas de sangre. Su padre le había dicho una vez que los ojos de una mujer eran el espejo de su salud. ¿Pero estos síntomas qué significaban?

Tenemos que destaparte —le dijo a la chica—. Estas sábanas lo único que hacen es subir la fiebre.

Se volvió al párroco, dándole a entender que debía salir para mantener la privacidad de la chica, pero el párroco se agachó y le arrebató las sábanas con sus propias manos. Ni la chica ni su madre parecían en modo alguno sorprendidas por su acción o incómodas por la presencia continua del párroco en la habitación.

Desnuda, la chica tiritaba con mayor violencia. Arnaud vio su vello púbico, sus pechos, el hueco negro de su ombligo. No había visto nunca a una mujer desnuda, salvo aquella a la que su padre había operado para sacar al nonato, y el miedo amenazó con sobrecogerle como cuando era un niño. La chica se puso de lado, con las rodillas contra su pecho, como para de alguna manera protegerse de su desnudez.

—¿Hace cuánto que tiene fiebre? —le preguntó a su madre.

—Desde esta tarde —contestó el párroco—. O al menos desde entonces.

Estaba sentada en el bosque cuando la encontré.

—¿Y la fiebre no ha remitido?

—No —dijo la mujer—. Parece haber subido.

Arnaud tomó la muñeca de la chica, contando a ritmo parejo mientras escuchaba su pulso, superficial y concentrado, y un tanto rápido. Recordaba que su padre una vez había diagnosticado una infección incurable a un hombre que tenía un pulso superficial y rápido. La lengua de ese hombre estaba cubierta de una sustancia blanca y espesa.

—¿Puedo mirar dentro de tu boca? —le preguntó a la chica.

La muchacha giró su rostro hacia él, abriendo los labios y dejando al descubierto su lengua húmeda y roja.

—Bastante normal —le dijo; ella le sonrió ligeramente. Algo en la manera en que sus ojos le miraban le hacía sentir como si ella entendiera el miedo que le tenía a su cuerpo. Él respondió con una sonrisa.

Le palpó el abdomen, examinándole el apéndice como su padre le había enseñado. Le preguntó si sentía algo blando, y ella negó con la cabeza. Buscó ganglios infamados bajo sus brazos y en su pecho, una práctica que había visto desempeñar a su padre en tiempos de plaga. No encontró ninguna hinchazón, pero se dio cuenta de que sus pechos eran más firmes de lo que aparentaban. Le preguntó si había orinado en las últimas horas, y luego le pidió ver la bacinilla en la que estaba su orina. Como prácticamente lo había supuesto, la orina estaba turbia, tan oscura que parecía quemada. Su padre siempre había dicho que un hombre o una mujer con la orina turbia ya no eran un hombre o mujer puros, y que como tales estaban en riesgo de infección. Sabía que tenía que examinar la región genital en busca de señales de rojez o inflamación, pero no se atrevía todavía a hacerlo. Antes intentaría bajarle la fiebre.

—Necesito un balde y paños —le dijo a su madre—. Y una taza, y el agua más fría que pueda encontrar.

Cuando le trajeron lo que había pedido, llenó la taza de agua y le dio de beber a la chica, levantándole la cabeza empapada del vellón. Bebió unos cuantos sorbos, luego cerró los ojos, dejando reposar su cabeza. Él puso en remojo la lavanda, sumergió el paño en la mezcla y se lo pasó por la frente, los hombros, la nuca, los brazos y los dedos. Se acercó a la parte baja del vellón y pasó el trapo por las plantas de sus pies, sus tobillos y los espacios entre sus dedos.

Con el trapo en la mano, se puso de pie y se acercó rápidamente a su madre.

—Su espalda, pecho y vientre deben enfriarse con agua de lavanda —dijo—. Y la piel bajo sus brazos. Y el calor se acumula mucho entre sus muslos. Lo mejor sería que usted se encargara de esas partes —hizo una pausa—. Y

me sería de mucha utilidad que buscara en sus genitales alguna rojez o irritación. Me temo una infección.

La mujer le miró por un momento antes de hablar.

—Está embarazada —dijo, apretando los dientes.

—Fabrisse —gritó el párroco.

La mujer le fulminó con la mirada.

—¿Y ahora quieres que calle tus pecados? —dijo—. ¿Ahora, que mi hija está enferma? ¿Muriéndose de una infección? ¡Eres tú quien la infectó!

Los tres se miraron entre sí con incomodidad, el párroco con expresión avergonzada, la mujer rebosante de cólera, Arnaud en proceso de comprender las palabras que ella acababa de decir.

—No se está muriendo, al menos no todavía —dijo Arnaud finalmente—. Y en cualquier caso, no deberíamos decir esa palabra en su presencia... Con toda probabilidad no está infectada. Simplemente quiero estar seguro —se volvió hacia la mujer—. El párroco y yo saldremos, y mientras tanto, usted le examinará y le refrescará allá abajo... A las fiebres no les agrada la luz. Si está mejor por la mañana no necesitaremos ir a Ax a por un doctor...

—¿Y la criatura en su interior? —preguntó el párroco con las facciones hechas un nudo.

Arnaud miró por la ventana que había junto al hogar y vio que la lluvia había cesado.

—Salgamos al jardín —dijo—. Pronto sabremos más.

Fuera el aire era suave y frío, y se quedaron un rato en silencio.

Arnaud miró a la distancia, a un grupo de álamos bañados por la luz de la luna.

—Tenía la intención de agradecerle —le dijo al párroco, para dejar de lado la situación incómoda que había entre ellos—, por la nota amable que me dejó en el bosque... Desde entonces he hecho de pastor, sin ningún tipo de hogar... No era que sufriera privaciones. Adoraba la libertad que me proporcionaba pastorear. Pero no me estaba ocupando de cumplir la promesa que había hecho... Usted se acuerda... ¿Se acuerda?... La promesa que le hice a Dios de casarme.

Pero el párroco no escuchaba. Miraba la luna con ojos implorantes.

—No debe morir —murmuró—. Me es muy querida. Muy querida.

Fabrisse no encontró señales de infección al examinar a su hija y por la mañana la fiebre parecía haber abandonado por completo el cuerpo de Eco. Pudo ir andando a su habitación, donde se sentó entre cojines, se tapó con una sábana y se puso a comer carne de cerdo en salazón con tal ímpetu que Arnaud tuvo que decirle que bajara el ritmo.

Aliviado y agradecido, el párroco invitó a Arnaud a casa de sus hermanos para tomar juntos el desayuno. Al ir por el camino, pasaron frente a los restos chamuscados de lo que parecía haber sido casas, los mismos montones negros —se dio cuenta Arnaud— que había visto la noche anterior desde lejos. Cubiertas de basura y estiércol, las ruinas eran tan espantosas de oler como de ver.

—La Inquisición —se limitó a decir el párroco.

La mujer de uno de los hermanos del párroco les hizo un desayuno de huevos y cerdo graso, y ellos rebañaban las resbaladizas yemas con pan recién salido del horno.

—Ahora debes dormir —le dijo el párroco, mostrándole el granero tras la casa.

Cuando Arnaud se negó a usar la cama del párroco, montaron un catre de paja bajo la buhardilla, y Arnaud se echó sobre él sin molestarse en quitarse la ropa.

Estaba oscuro cuando se levantó para encontrar al párroco de pie junto al catre, con una lámpara en la mano.

—¿Ha vuelto la fiebre? —balbució Arnaud.

—No —dijo el párroco, pero seguía habiendo tristeza en sus ojos—, ya puede levantarse y caminar. Supongo que ya estará deseando regresar al bosque.

—Debe descansar. Tres días de descanso después de fiebre alta, o si no volverá a tener. Y con la criatura en su interior...

El párroco caminó hasta la otra punta del granero, con la lámpara proyectando su luz por ambos lados.

—Arnaud, he estado pensando en lo que dijiste anoche.

Arnaud no recordaba qué podía haber dicho sobre lo que valiera la pena pensar.

El párroco se volvió para mirarle cara a cara.

—Como sacerdote —dijo—, he hecho un voto de celibato, no casarme nunca... Entonces era un hombre joven... todavía más joven que tú, supongo. ¿Cuántos años tienes?

Arnaud se encogió de hombros.

—Treinta, treinta y dos.

—Sí, era más joven —dijo el párroco—. Tenía veintitrés, y no sabía lo que estaba prometiendo... ¿Acaso no es raro que Dios quiera que sus sacerdotes no tengan otra querida que su propia Iglesia, y sin embargo quiera que el resto de hombres pueblen la tierra por medio de la reproducción? Tú hiciste la promesa de casarte, de reproducirte. Nunca me he olvidado del milagro que Él te dio a cambio de ello.

Se arrodilló junto a Arnaud, dejó la lámpara junto al catre.

—¿Si yo conociera a una mujer que quisiera ser tu esposa —dijo, mirando a Arnaud a los ojos—, la aceptarías? ¿De verdad quieres casarte?

Arnaud se quedó tan desconcertado, que pasó un buen rato antes de que pudiera responder.

—Hice una promesa —dijo—. Por supuesto.

—Hiciste una promesa, eso lo sé —dijo el párroco—. ¿Pero te *quieres* casar? ¿Serías capaz de pasar el resto de tus días como un esposo leal? —suspiró—. Desearía ser un mejor sacerdote, Arnaud. Desearía no haberte decepcionado a ti y a los otros con mi debilidad... Pero nunca quise ser célibe. Y ahora te pido que te preguntes qué sentido tiene una promesa si uno no puede mantenerla. Si uno no la desea desde el fondo de su corazón.

Arnaud examinó al párroco y le reconoció por primera vez como un espíritu afín, un hombre desgarrado entre dos amores de manera similar su amor por Dios y la rectitud por un lado, y por otro el amor por las cosas del mundo. ¿Quería Arnaud de verdad casarse? Quería estar en paz con Dios, en paz consigo mismo. ¿Y sería capaz de ser un esposo leal? Sabía bien que, si quería serlo de hecho, lo conseguiría, pero ser leal en su corazón... eso dependía de la mujer con la que compartiera los votos.

—¿Quién? —preguntó, y mientras hablaba, supo la respuesta.

—Eco —dijo el párroco—. Es una buena chica, y será cumplida como esposa.

Arnaud miró en los ojos sombríos del párroco, y vio lo que Michel había visto en él: el cansancio de un hombre incapaz de vivir su vida por completo. El párroco amaba a Eco, era la esposa con la que no se podía casar, que llevaba dentro de sí el bebé que él no podía criar públicamente, y necesitaba a un hombre para que le diera un apellido a su niño.

—¿Pero ella me querrá aceptar? —preguntó Arnaud en voz muy baja—. ¿Me querrá? ¿Se lo ha preguntado?

—Te aceptará —dijo el párroco—. Tendrá que hacerlo.

Cuando Arnaud era niño había sido testigo de los esponsales de dos primas, y en ambos casos, el novio se había presentado con un beso, un anillo y la promesa de que de verdad la tomaría como suya. Arnaud quería ver a Eco antes de la boda para presentarle un anillo, ya que no un beso, y asegurarle a su madre que era un maestro de su oficio, completamente capaz de ganarse la vida honestamente. Pero el párroco no le iba a dejar hacerle una visita.

—No está en condiciones de que la visiten, Arnaud —dijo, como si se hubiera olvidado de que el de los conocimientos de medicina era Arnaud y no conociera el estado en que estaba la chica, cuando Arnaud la había visto antes.

—Sigue débil de la fiebre... Y en lo que se refiere al anillo, no tienes que gastarte el dinero que has ahorrado. El anillo de mi madre servirá. Eco no es una chica de refinamientos.

De manera que Arnaud no volvió a ver a Eco por el resto de la semana. Luego, un domingo, bajo la calma luz de la mañana, la esperó en la puerta de la capilla, mientras una multitud de chismosos aldeanos se reunían tras ellos a esperar a que saliera el párroco. Arnaud no podía evitar cruzar sus ojos con los de Eco, oscuros de enfermedad o remordimiento, mirar su cabello, sin cubrir, pero coronado por una diadema de flores rosadas. Vestía una túnica de hilo desgastada y deslucida de color azul, con remates de piel que se caían a la altura del cuello. El vestido le daba a Arnaud la impresión de un esplendor decadente, antiguo; Eco, a quien recordaba no corta de estatura, dentro de ese vestido parecía escondida, debilitada. Mantenía baja la cabeza, sin intención de contestarle a la sonrisa con la misma amabilidad que le había brindado cuando estaba verdaderamente desnuda, y comprendió por qué el párroco no le había dejado verla. Él nunca habría estado de acuerdo con la boda de haber sabido que ella estaría tan apenada.

El párroco apareció en la puerta de la capilla, con un libro abierto en una mano y un recipiente de agua bendita en la otra. Se quedó mirando a Eco como si se tratara de una aparición, y ella le miró, secándose las lágrimas con los dedos como para darle testimonio de su tristeza. Los ojos del párroco se posaron sobre su libro.

—¿Alguno de los presentes conoce alguna razón por la cual este hombre y esta mujer no puedan unirse en matrimonio? —preguntó.

Una corriente de susurros atravesó la multitud. Eco alzó la barbilla como para hablar, y Arnaud apuntó estuvo de hablar en su lugar, pero el párroco continuó con una breve plegaria.

Cuando se le pidió a Arnaud que repitiera el voto que el párroco había pronunciado, él fue obediente.

—Yo, Arnaud —dijo—, te doy mi cuerpo, Grazida, en leal matrimonio.

—Y ella lo recibe —respondió el párroco—. Puesto que ella es incapaz de pronunciar el voto por sí misma, yo os bendigo ahora en matrimonio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Les roció con agua bendita, bendijo el anillo que tomó de su bolsillo, y se lo dio a Arnaud, diciéndole que lo pasara por el pulgar, índice y dedo medio de Eco con las palabras: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

La chica estiró los dedos, y Arnaud pasó el pequeño anillo por sus nudillos. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» —dijo.

—Ahora ponle el anillo en el anular —dijo el párroco.

Arnaud lo hizo.

—Con este anillo te tomo por esposa —dijo el párroco, mirando a Eco—. Te doy este oro y esta plata.

—Con este anillo te tomo por esposa —repitió Arnaud—. Te doy este oro y esta plata.

—Te adoro con todo mi cuerpo —dijo el párroco—. Y con esta dote, te hago dueña de todos mis bienes.

Eco bajó la vista al anillo que llevaba en el dedo y Arnaud repitió las palabras rituales, deseando ante Dios que el anillo que entregaba fuese de verdad suyo.

Siguió a la ceremonia una misa nupcial dentro de la capilla, durante la cual a Arnaud y Eco se les hizo juntar sus manos delante del altar mientras los aldeanos soltaban su cabello, les ponían a ambos un amplio velo y les unían con una cuerda blanca y morada. Después de la bendición el párroco levantó el velo y le dio a Arnaud el beso de la paz, diciéndole que a su vez se lo diera a su esposa. Tímidamente Arnaud se volvió a Eco. La besó rápidamente en la mejilla. Como seguía sin mirarle, temió que sus labios le hubieran parecido repulsivos.

Hubo un gran banquete después de la misa. Como llegó después a enterarse, el párroco mismo se había encargado de comprar la comida y contratar sirvientes para el evento, y la casa de Fabrisse se cubrió de guirnaldas de flores blancas y romero. En el jardín se montaron mesas cubiertas de carne de carnero, naranjas y manzanas, jarras de vino con especias, patos asados y un cisne todavía con plumas. Un juglar entretenía a los aldeanos que participaban del banquete con cantos de aves burlescos y trucos acrobáticos, y un trovador acompañado de los agudos sonidos de una viola cantaba sobre nobles damas y subidos y caballerescos pretendientes. Fue el más espléndido banquete jamás celebrado en la aldea, le dijo Fabrisse a Arnaud, con las mejillas sonrosadas de la emoción, como si se hubiera olvidado de que su hija estaba embarazada de otro hombre. Arnaud no podía disfrutar del esplendor del día: sabía que el párroco le había excluido de unirse a los preparativos porque quería darle a Eco el Paraíso él solo. Y él veía que Eco tampoco disfrutaba de la celebración, sino que estaba sentada al extremo de una larga mesa con la mirada perdida en los campos y los bosques de allá lejos, intentando perderse en la lejanía del paisaje.

De noche, los aldeanos arrojaron trigo sobre la cabeza de Eco mientras entraba a su habitación, conducida por su madre. Cuando Arnaud entró en la habitación con el párroco, la tenue iluminación le permitió ver que Eco ya estaba metida en la cama, y sólo el cuello de su camisión de dormir sobresalía de los cobertores. Fabrisse se quedó junto a la puerta con una expresión

sombría.

—Para ti —le dijo a Arnaud señalando una pila de ropa de cama doblada sobre la almohada junto a Eco. ¿Había contratado el párroco además a un sastre para hacerle la ropa de cama?

Arnaud buscó un rincón oscuro en la habitación donde pudiera desvestirse en privado, pero el párroco le detuvo.

—Todavía no, todavía no —dijo, y luego murmuró una plegaria, bendiciendo la cama nupcial y rociándola con agua bendita. Se reclinó sobre Eco para rociarla, y ella le sujetó del brazo, negándose a dejarle ir. Su boca se abrió como si en cualquier momento fuera a romper a llorar.

—Eco —dijo Fabrisse. —No. No.

El párroco se apartó de ella bruscamente y salió de la habitación. Fabrisse le miró de reojo por la abertura de la puerta, y luego volvió la vista hacia Eco.

—Ahora tienes la oportunidad de tener algo real —dijo—. Algo adorable. —Miró a Arnaud—. Dios te bendiga —susurró, y salió del dormitorio cerrando tras ella la puerta.

A solas, Arnaud y Eco se miraron, y el único movimiento entre ellos era el del parpadeo de la luz de la vela de la mesita de noche.

De repente la puerta se abrió de golpe y el párroco entró, jadeando como si hubiera venido de muy lejos.

—Un matrimonio no es necesario que se consuma inmediatamente para ser genuino a los ojos de Dios —dijo titubeando. Su boca se movió como si fuera a decir algo más, pero luego negó con la cabeza y se retiró. Con un portazo.

Se quedaron otra vez a solas.

Arnaud hizo un gesto de asentimiento y Eco le dio la espalda, volviéndose sobre sí misma. ¿Lloraba en silencio? Él se castigó por haberla asustado con su gesto. Quería consolarla. Consolarla, eso era todo.

—Eco —dijo—, entiendo lo que sientes.

Ella no se movió, y él perdió el valor de seguir adelante. Se dio cuenta de que estaba enfadado. No con ella, sino con el párroco. Le amas, quería decirle. *Pero ahora debes olvidarte de él. Es un viejo, y no es tu esposo. Escucha a tu madre. Tú, nosotros tenemos la oportunidad de reparar juntos nuestros errores.*

Vio una jarra de agua sobre la mesa de noche. Rodeó en silencio la cama para servirle un vaso. Le tendió el vaso de agua y ella se secó las lágrimas y se incorporó. Tomó el vaso y le miró mientras bebía.

—Intentaré ser un buen marido para ti —dijo, sonriéndole, vacilante.

Sus ojos se quedaron fijos en él, pero no le respondió con una sonrisa. Él rodeó la cama y se sentó en el borde, al lado opuesto de Eco. Durante un rato se quedó dándole la espalda, sintiendo el peso de su mirada. Luego miró por encima de su hombro y sus ojos se encontraron. En medio de la oscuridad

pensó que había visto en sus ojos un destello de sorpresa de que él no hubiera intentado hacerle el amor, un destello de confusión y algo parecido a la decepción. ¿Era posible que así fuera? Volvió a darle la espalda, se quitó los zapatos y se recostó sobre la almohada, consciente de su cercanía, sintiendo que los ojos de ella seguían posados en él.

Poco a poco empezó a oír que su respiración se volvía más regular. Apagó la vela de la mesa de noche.

—Buenas noches —susurró. Ella no tenía forma de saber que la idea de que hicieran el amor estaba mucho más revestida de miedo para él que para ella.

Con sus ahorros y las monedas que le había dado la mujer noble de Baga, Arnaud pudo comprar una buena cantidad de cuero de un curtidor de Ax y se puso a hacer réplicas de los mejores zapatos que había hecho como aprendiz hacía años. Con los zapatos en la mano, siguió a Fabrisse de puerta en puerta mientras ella vendía el vino, ofreciendo sus servicios, y pronto muchos aldeanos, no sólo de Montailou, sino también de Prades y Camurac y hasta de Ascou empezaron a proponerle intercambios. Unos pollos por aquí, un vellón por acá, un saco de mijo y centeno: lo que le daban por los zapatos era de mucho menor valor que lo que recibía en Toulouse, pero era mucho más que lo que Fabrisse ingresaba por el vino, y estaba contento de contribuir como podía al mantenimiento de la casa.

De noche, antes de entrar en el dormitorio, esperaba a que Eco se hubiera puesto el camisón y se hubiera metido en la cama. Entonces, completamente vestido, se echaba en el otro extremo de la cama y leía. Durante los años que había pasado cuidando ovejas, había abandonado la lectura por la vida de lo inmediato, de los sentidos, del aire libre; y su pequeño volumen de Ovidio, su tablilla y su estilo de hueso —antes tan queridos para él— habían perdido todo significado. Como esposo, sin embargo, con una esposa que no podía hablarle y a quien no se atrevía a tocar, leer se volvió otra vez un consuelo, y se dedicaba a estudiar pasajes hasta que la luz del día se filtraba por las hojas del postigo. Algunas veces le daba la impresión de que Eco fingía estar dormida, mirando con atención desde sus párpados a medio cerrar el libro que tenía en las manos, junto a la cara. Quería leerle, hablarle, aunque fuera a través de las palabras de otro. Pero el momento nunca parecía apropiado, y él permanecía en silencio, con las palabras de Ovidio creciendo en su alma como un amor excesivo que no se agotaba.

Durante más de un mes el párroco mantuvo las distancias con ellos, o al

menos eso pensaba Arnaud. Entonces, una tarde en el calor del verano, Arnaud regresaba de una visita al curtidor de Ax, cargado de pieles, cuando vio a Eco cruzando un campo en barbecho en la parte baja de la aldea. Había cierta determinación en sus andares, como si estuviera intentando obtener algo de alguna parte en lugar de pasear simplemente por placer. Desapareció en la oscura boca del bosque de más allá del campo, y él la siguió, sabiendo bien que eso le conduciría a la miseria.

Les encontró recostados junto a una corriente, bajo la sombra de un árbol cubierto de musgo. Espiándoles desde detrás de una roca, se forzó a mirar, como para castigarse por no ser él el que la satisficiera. Y cuán satisfecha estaba. Arnaud jamás la había visto en tal estado de abandono, completamente desnuda bajo el párroco, y sin embargo rodeándole por completo, abrazándole con sus piernas, con sus brazos, con sus manos en su cabello. Ella alternativamente sonreía, se ponía seria, abría sus labios como para llorar, mientras sus movimientos se fundían con los del párroco, haciendo que su cuerpo contuviera y fuera contenido. Arnaud tuvo que reprimirse para no interrumpirles y detenerles. Esta mujer, a la que ni siquiera había querido, se había entregado por completo a otro, y Arnaud no podía evitar desear un trozo de su afecto, no podía evitar sentir odio por el párroco.

Esa noche no esperó a que Eco se desvistiera en privado para entrar en su dormitorio. La encontró de pie junto a la cama, medio desnuda. Ella le miró, boquiabierta al verle inspeccionar su cuerpo. Su vientre seguía plano, pero sus senos estaban más llenos y más oscuros que cuando estaba enferma. Se dio cuenta de que desde entonces había estado tan embargado por la idea de casarse, que prácticamente se había olvidado de que ella llevaba un bebé en sus entrañas... Un bebé crecía ahora en su interior. Toda la hostilidad que pudo sentir cuando entró en la habitación se desvaneció, y se sentó en la cama, mirando para otro lado, dejando que se terminara de vestir.

Cuando estuvo bajo las sábanas, él se recostó, manteniendo su distancia con ella. Miró la nuca de Eco, con sus rizos oscuros.

—Eco. Quiero leerte, si me lo permites... Sé que has estado interesada en el libro que he estado leyendo por las noches.

Ella le frunció el ceño, por encima de su hombro, en gesto de disgusto.

—Entonces quizá no te ha interesado —dijo—. Pero aun así me gustaría leer para ti. —Sacó el libro de debajo de su almohada—. Aquí hay una historia —dijo—, de una chica con tu nombre, una chica llamada Eco... Yo leí la historia antes de conocerte... ¿Te gustaría escucharla?

Ella le miró de reojo, vacilando, y a él le pareció que quería escuchar la

historia tanto como demostrar su falta de interés en cualquier cosa que él tuviera que ofrecer. Se volvió hacia él gradualmente, y apoyó su mejilla sobre sus manos.

Aunque no tuviera su afecto, tenía su interés, tenía su atención. Abrió el libro, se saltó la introducción de Narciso y leyó en silencio el latín para prepararse. Tendría que insertar palabras aquí y allá para traducir la historia con fluidez. Se aclaró la garganta, echando una mirada a los ojos de Eco, que estaban Ajos en los suyos.

—Había una vez —empezó—, una ninfa de extraño hablar, la resonante Eco, que no podía estar callada cuando otros hablaban ni hablar ella hasta que otro le hubiera hablado antes... —Eco sonreía mientras él leía, y sus labios se hacían eco de su gozo.

Después de aquello no pasó ni una noche sin que Arnaud le leyera, y él descubrió que adoraba el juego de expresiones que se pintaban en su rostro mientras escuchaba los relatos de Ovidio. De vez en cuando, él señalaba patrones de la historia o fatales defectos de carácter, y ella escuchaba con absoluta concentración, como si estuviera memorizando las palabras para reflexionar sobre ellas profundamente más tarde más. Él estaba contento de lo que obtenía de ella, contento de poder darle algo que ella no había tenido antes.

Sin embargo, no podía estar satisfecho sabiendo que sus tareas permitían que el párroco la poseyera. Le propuso que dejara de trabajar en los campos para el granjero.

—Con la mercancía y el dinero que estoy ganando —le dijo—, no necesitas trabajar ahí afuera, Eco. Quédate en casa, cuida de tu salud.

Dejó los campos de buena gana, pero después de tres días bajo su ojo vigilante, se puso a vender vino con su madre. Mientras Arnaud trabajaba en su banco enfrente de casa, las vislumbraba yendo y viniendo por el camino, como si una fuera la sombra de la otra: silentes, oscuras, sin pretensiones de buenos modales. Se sentía como un depredador, incapaz de dejar que su presa se escapara.

Había días —casi más de los que podía soportar— en los que se forzaba a dejar la aldea para ir donde el curtidor de Ax. A pesar de su propio sentido moral, le mintió una vez a Eco, diciéndole que se iría al día siguiente. En vez de eso, se escondió en la parte baja de la aldea, poniendo a prueba su fidelidad. Fielmente, ella bajó por el camino y cruzó los campos hasta la entrada del bosque. Él la siguió y observó en agonía cómo ella y el párroco se fundían el uno en el otro. ¿Cómo era capaz de privarse de esa dicha, de esa fuente de bienestar? ¿Cómo era capaz de permitirle a ella que siguiera

torturándole de esa manera?

Una tarde de junio, durante un aguacero extraño por lo tibio que era, él caminaba por la empinada cuesta que le traía de Ax, con un dolor que se le clavaba como un rayo en los miembros. Se dijo que el dolor era sólo por la escalada, pero en el fondo temía estar enfermando. El dolor parecía provenir de lo más hondo de su médula.

Fabrisse tejía una canasta frente al hogar. Cuando le vio, arrugó la frente y sacudió la cabeza, luego hizo un gesto—. Tu sopa está en la olla.

Él depositó en el suelo su carga, se quitó la capa húmeda e hizo lo que le dijeron, avivando un poco la llama y añadiendo algunos leños de poco espesor. El aroma de la madera al quemarse le producía un gran bienestar, dulce y tibio. Frotó sus manos delante de las llamas antes de revolver la hirviente sopa de col en el recipiente.

—Tu esposa no está en casa —oyó decir a Fabrisse, y él se preparó para la noticia de que Eco estaba con el párroco. Se sirvió un tazón, se sentó en la mesa al lado opuesto al de Fabrisse y se puso a soplar el tazón para enfriar el líquido y calmarse los nervios.

—Esta tarde —dijo ella, mirándole con los ojos entornados como si tuviera que hacer un esfuerzo para verle—, encontré un libro en tu cama —hizo una pausa—. Lo tiré al montón de estiércol... No puedo tener un libro en mi casa. Un libro mató a mi esposo... No puedo tener herejía en casa —agitaba la mano frente al rostro, como echando de casa a Arnaud.

—No soy un hereje, Fabrisse —dijo él—. En mi libro sólo hay relatos. Nada de Escritura o fe. Nada de herejía. Tienes que creerme.

La mujer le miró otra vez con los mismos ojos de desconfianza.

—¿Por quién me tomas, por una estúpida? —dijo. Por la manera en que aspiró y negó con la cabeza, supo que ella le creía y que estaba arrepentida por haber tirado el libro—. Eco está molesta conmigo —dijo—. Se fue enrabiada cuando vio que el libro no estaba.

Sus ojos se humedecieron, y él estiró el brazo para tomarla de la mano.

—Puedo comprar otro libro —dijo. Examinó sus gastadas facciones y vio algo de la belleza de su hija en su rostro.

—Hubo un tiempo en que mi hija solía hacer eco de todo lo que yo decía —dijo—. Era lista... Yo me preguntaba cómo era capaz de transmitir tanto con la mera repetición de mis palabras.

Él se había preguntado por qué Eco, una muda, llevaba un nombre referido a una tendencia de la voz.

—¿Y por qué dejó de hablar? —preguntó.

Fabrisse exhaló. A la lumbre del hogar, vio que pensar en esas cosas le

causaba dolor.

—Tenía seis años —dijo—. Quizá siete... Simplemente dejó de hablar. Nunca volvió a decir palabra. A veces pienso que hizo el voto para castigarme. Su silencio es más un ayuno que una enfermedad.

Eco regresó más tarde esa noche, cuando él estaba echado en la cama, raspando cuero para un par de zapatos que quería hacer. Ella le tendió el libro, húmedo y sucio, con una expresión de culpa en el rostro.

—Tu madre me dijo que lo encontró —dijo él.

Ella hizo una mueca y se sentó al otro lado de la cama, y él le pasó el paño que había estado usando. Lentamente empezó a limpiar de estiércol la cubierta. Después abrió lo abrió y pasó las páginas, una por una. Una parte de la escritura se había corrido, pero en su mayoría los relatos permanecían intactos.

—Te puedo enseñar a leer, Eco —dijo. Era un ofrecimiento del que un día se arrepentiría.

CAPÍTULO DIECISIETE

Eco no podía negar que desde el momento en que Arnaud había entrado en su mundo se había sentido calmada por su presencia, más tranquila. La tarde anterior a que le hubiera tratado la fiebre, su madre la encontró arrodillada, vomitando sobre el orinal de la habitación.

—Estás embarazada —dijo—. No esperes que el párroco quiera saber más de ti.

Si bien Eco no creía que no hubiera algo que pudiera hacer que el párroco le rechazara, sabía que un niño no podría ser más que una humillación para un hombre de Dios. Muchos años atrás había oído que una chica de la aldea había quemado al niño que llevaba dentro sentándose sobre un alto pote lleno de humo. Se dijo que el párroco no tenía por qué saber que estaba embarazada.

Al amanecer hizo rodar el pote en que ella y su madre hacían la mantequilla, hasta un lugar entre unos arbustos, detrás de la casa; llenó el fondo con palos, y les prendió fuego con un delgado leño del hogar. Se sentó sobre el pote e imaginó el humo acunando al niño que tenía dentro en bonitas espirales. *Llévate al niño*, pensaba, y luego le dio la impresión de que sus muslos se estaban incendiando y ella saltó, rodeada de humo, tosiendo con tanta violencia que terminó vomitando.

Su madre la encontró limpiando los estropicios. Echó un vistazo a los rescoldos junto a la boca del pote volcado.

—Esa no es la manera de hacerlo —dijo, luego hizo una pausa—. Yo quise tenerte, Eco. ¿Tú no quieres tener a tu niño?

Eco nunca supo si fue el humo y la lluvia la que le causó la fiebre, o las

palabras que su madre le había dicho la noche anterior. Cuando el párroco trajo a Arnaud para que la viera, Eco sólo tenía miedo de que el extraño joven descubriera las ampollas entre sus muslos. Si el párroco no se ofendía porque iba a tener un hijo, seguramente sí lo haría por tratar de deshacerse de él.

Arnaud era amable. Tenía ojos amables, de un azul pálido, bordeados por pestañas largas y pálidas. La miró con honestidad, pero no de manera brusca, y sus manos recorrieron su vientre y sus senos con firmeza, pero sin deseo. Aunque parecía no ser más de diez años mayor que ella, se sentía una niña a su lado, con un cuerpo asexuado y familiar. Cuando él le pidió a su madre que examinara sus genitales en lugar de encargarse él mismo, estuvo infinitamente agradecida. Sabía que, aunque su madre podía ser cruel, nunca le traicionaría mencionando las quemaduras que ella misma se había producido; su preñez implicaba la vergüenza de otra persona.

Como pronto descubrió, la advertencia de su madre de que el párroco ya no la iba a querer era tan verdadera como falsa. Al quererla tanto, le explicó él, tenía que entregarla a otra persona. A Arnaud.

—Pero serás suya sólo en apariencia —le dijo—. Y nuestro niño es nuestro. Nuestro.

Ella lloraba, pensando que prefería ser su amante sin matrimonio que su ramera casada. Él se había vuelto el cuerpo de ella, y ella el de él. ¿Qué sería de ella, de ellos, si repartía su cuerpo con otra persona?

Durante la boda fue cruel tanto con el párroco como con Arnaud, y también con su madre que, emocionada por la pompa y la abundancia del día, quería que se alegrara de su buena fortuna.

—¿Qué otra novia de Montailou ha sido celebrada con un cisne emplumado en la mesa de su banquete de bodas? —dijo su madre—. Aplaudes, bailas, alégrate, Eco. —Era la primera vez, en lo que parecía la vida entera, que su madre rebosaba de felicidad y no de vino, pero Eco no podía complacerla. Se sentó al final de la mesa, encerrada en su mal humor, deseando poder escapar al bosque a su otro yo, al que no tenía nada que ver con la esposa embarazada.

Se preguntaba qué clase de hombre se casaría con una mujer a la que sabía embarazada, que llevaba dentro al hijo de otro hombre. La noche de bodas su respeto por Arnaud se encogió otro poco cuando él no intentó hacerla suya. Ella esperaba verse forzada a ofrecer resistencia, luchar contra su deseo, y había esperado perder. Pero él no hizo valer su hombría en lo más mínimo. Le sirvió agua como lo podría haber hecho un buen padre y luego se sentó de

espaldas a ella.

En algún momento durante la noche, ella se despertó al encontrarse los brazos de Arnaud abrazándola, y su cuerpo —todavía vestido— estrechado contra el suyo. Él estaba dormido, roncando suavemente, y ella yacía a su lado, en silencio, escuchando. Aunque el brazo sobre su cadera le pesaba, no lo desplazó, no quería despertarle, no quería romper el misterioso consuelo que sacaba de la idea de que en lo profundo de Arnaud había un deseo de tocarla, y que lo expresaba a través de sus sueños.

Cuando a la noche siguiente, mientras estaba echado sobre los cobertores, abrió un libro, pequeño y negro, y se puso a leer, Eco se sintió irritada con él por fingir desinterés por ella y al mismo tiempo atemorizada. Los únicos libros que había visto eran los que estaban en manos del párroco, si bien había oído hablar de libros heréticos, y su madre le había conminado a evitarlos a toda costa.

—La única cosa más peligrosa que posar tus ojos sobre un libro herético es posar tus ojos sobre un Hombre Bueno mientras lee —le había dicho su madre cuando era una niña.

—Si un Hombre Bueno te pilla espiándole, te atraparé en su red y verteré palabras en tu garganta y terminará inundando tu corazón con herejía. Y entonces ya no habrá escapatoria. Habrás picado su anzuelo.

Eco sabía que la mayor aflicción de su madre había brotado del hecho de que su padre leyera, de su herejía, pero ella no se atrevía a arrebatar el libro de manos de Arnaud y tirarlo. Noche tras noche, Eco miraba furtivamente sus plácidos ojos pálidos pasando por las formas de las páginas con soltura, y durante el día, cuando entraba sola en la habitación, observaba la almohada bajo la que sabía que el libro estaba escondido, y tenía ganas de acercarse a él.

Quizá fuera por la presencia del libro en su vida o bien por la gentileza curativa de Arnaud a su lado, pero las náuseas en su estómago cesaron y la alegría de que en su interior hubiera un niño en desarrollo creció como las rosas al florecer y las hiedras del verano al trepar sobre las ramas torcidas de la ladera de la colina. Había otro ser dentro de ella, más tierno que ella, pero vivo de la misma manera, un pequeño brote en pleno florecimiento. Se sentía Orgullosa de contener una parte del párroco, y cada vez más hambrienta de su cariño.

Cuando sus quemaduras estuvieron curadas, le buscó por la capilla, y él la saludó con alegría contenida, diciéndole que fuera al bosque, donde él acudiría un rato después. Esperando a que llegara, deambuló hasta la poza arriba de la cascada y contempló el reflejo de su cuerpo desnudo, maduro como una pera colorada. El párroco se encontró con ella junto al arroyo, y ella

le hizo fijarse en su vientre hinchado, en las areolas de sus pechos, más oscuras que antes. Sus ojos eran insulsos, sus palabras faltas de sentimiento: «Ya veo», decía. «Ya veo».

Hicieron el amor con torpeza, y ella tuvo miedo de que la afinidad que habían compartido se estuviera desvaneciendo. Aunque él la besó, la acarició, su tacto era tosco, sus movimientos medidos, y ella no sentía cercana su alma. Oía el canto de los grillos, el golpeteo de los pájaros carpinteros sobre los árboles de la tarde, y su espíritu buscaba el espíritu del bosque para no quedarse solo.

Una noche, poco después de que regresara de brazos del párroco sintiéndose tan sola como consciente de la vida que estaba naciendo en su cuerpo, Arnaud irrumpió en su habitación sin avisar. Medio desvestida, se quedó espantada, avergonzada y, también, extrañamente aliviada. Quizá fuera a demostrarle que no tenía nada de Hombre Bueno, quizá Eco fuera a disfrutar de lo hombre que él le iba a mostrar que podía ser.

En lugar de eso, le dijo que quería leer para ella, y ella temió que él estuviera a punto de tejer sus redes de herejía.

—Aquí hay una historia —dijo él, sacando el libro de debajo de la almohada— de una chica con tu nombre. Una chica llamada Eco.

Algo en la regularidad de su entonación le convenció de que no estaba mintiendo. Se recostó sobre la almohada, con el corazón latiéndole locamente. Siempre había supuesto que puesto que los libros reflejaban la verdad habían sido escritos por Dios. ¿Era posible que Dios hubiera escrito una historia su vida?

—Había una vez —leyó él lentamente— una ninfa de extraño hablar, la resonante Eco, que no podía ni estar callada cuando otros hablaban ni hablar ella hasta que otro le hubiera hablado antes...

Hizo una pausa, como para encontrar las palabras adecuadas.

—En esta época —siguió leyendo— Eco tenía forma y no era una mera voz; y sin embargo, si bien habladora, no tenía otro uso del habla que el de ahora: solamente el poder de repetir las palabras que había oído... Juno la había hecho así; pues a menudo, cuando ella podría haber sorprendido a las ninfas en compañía de su señor en las laderas de las montañas, Eco solía retener a la diosa en una larga charla hasta que las ninfas hubieran huido... Cuando Juno se dio cuenta de esto, le dijo: «A esa lengua tuya, con la que se me ha engañado, se le restringirán sus habilidades y sólo gozará del mínimo uso de la palabra...». Los hechos confirmaron su amenaza. Ella meramente repite las frases Anales del habla y responde con las palabras que oye...

Eco sólo era capaz de comprender parcialmente lo que oía —una ninfa con su nombre, una diosa llamada Juno, un conjuro que restringía para siempre el habla—, pero difícilmente podía contener su éxtasis. Se acercó a Arnaud y apoyó la cabeza en su hombro, para examinar las formas en las páginas, formas que de repente parecían capaces de respirar.

Esa noche aprendió que el relato había sido escrito por un hombre llamado Ovidio. Si bien sabía que se decía que había una gran brecha que separaba a Dios de sus criaturas, ella no podía evitar considerar el libro como algo divino, un poderoso recipiente de verdades y vidas.

Arnaud le sugirió que dejara su trabajo en los campos y ella se pasó tres días enteros escondida en su habitación con el libro abierto sobre sus muslos. Adoraba el oscuro olor de su cubierta de cuero, la claridad de su primera página, abierta como la cara de un huevo. Pasó el dedo por sus bordes ásperos y examinó las pequeñas marcas marrones esparcidas por sus páginas, tantas ramitas rotas, con manchas rojas como mariquitas asomándose por aquí y por allá, y líneas retorciéndose hasta terminar en hojas. A pesar de su sentido común, se preguntó si a lo mejor las marcas no quemaban al tacto, y las palpó rápidamente, primero las negras, que encontró frías, y luego las rojas, que encontró ligeramente más tibias. Entonces, en la noche del tercer día, soñó con que el libro cobraba vida. Pequeños insectos marrones se arrastraban por las ramas, y ella los aplastada con el puño, dejando manchas de sangre. A la mañana siguiente acompañó a su madre a vender vino, temerosa de que el sueño hubiese sido una advertencia de que debía dejar el libro en paz.

Por un tiempo se mantuvo alejado de las formas vivas, simplemente escuchando cuando Arnaud le leía por la noche. Pero cuando cerraba los ojos o se aventuraba a cruzar los campos o a ir al bosque durante el día, las formas se le aparecían como apariciones, tan adorables como peligrosas. Las veía en el grano del trigo, en las cortezas de los árboles, entre las manchas amarillas que había tras sus ojos.

Entonces, un día que Arnaud estaba en Ax, ella regresó del lado del párroco desanimada y oyó las voces de Narciso y de Eco, de Júpiter y de Juno. Sacó el libro de debajo de la almohada y pasó las páginas, devorando las formas hasta que su estómago gruñó y volvió a dejar el libro sobre la cama para buscar algo de comer. Su madre encontró el libro y se puso furiosa.

—Así que ahora tengo una hereje por hija, ¿no? —gritó.

Eco pensó que las vidas que acababa de descubrir en las páginas morirían

con la noche, pero su madre confesó haber escondido el libro en el montículo de estiércol y después de una búsqueda horripilante, lo encontró, empapado y apestoso.

Arnaud estaba trabajando con sus zapatos cuando ella entró a la habitación esa noche. Los ojos de él emitieron un destello de calor que no había visto nunca antes.

—Puedo enseñarte a leer, Eco —dijo, y de manera igualmente repentina, le espetó—: Pero no puedes decírselo a nadie. A nadie. Ni siquiera al párroco.

Se dio cuenta de que sonreía. *Ni siquiera al párroco*, repitió su mente, haciéndose eco.

La tarde siguiente, ella y Arnaud deambularon por la ladera de la colina, más allá de los montones de primulas rosadas y a través de una parte del bosque que ella no conocía, para llegar finalmente a un prado abierto y lleno de luz. Aquí también las primulas crecían por doquier junto con los geranios, y se sentaron entre el rosa y el morado, entre el marrón verdoso de robustos helechos que agitaban sus rizadas cabezas como susurrándole al viento sus secretos.

Arnaud abrió el saco que traía y sacó un trozo plano de madera cubierto con lo que le parecía cera verde. Puso la madera en sus faldas y alisó la cera con el pulgar. Luego metió la mano en su saco y sacó un palito como de hueso.

—Un estilo —le dijo.

Ella se preguntó por qué no había sacado el libro y él se lo explicó, como si hubiera oído sus pensamientos.

—Antes de enseñarte a leer latín —le dijo—, te voy a enseñar las letras. Cómo escribir palabras en nuestra propia lengua.

Ella quería leer, leer el libro, pero bajó la cabeza en gesto de asentimiento para ser cortés, mirando cómo él depositaba la tablilla en su falda y tomaba el estilo entre los dedos. Oprimió el estilo contra la cera, lo arrastró hacia abajo, lo levantó y siguió pasándolo sobre su superficie.

—¿Reconoces esto? —le preguntó.

Ella se quedó mirando los blancos rayones sobre la cera. Le parecía que había muchas de las marcas en forma de ramitas que había visto en el libro, quizá todas ellas.

—Esta —dijo él enseñándole la tablilla—, es la primera letra del alfabeto —dijo «alfabeto» como si ella debiera haber entendido la palabra, y ella asintió, fingiendo que lo había hecho.

—La letra *a* —dijo, señalando los rayones con el estilo—. Representa el sonido «aaa». Abrió la boca, y ella vio su lengua, ligeramente levantada en la

parte trasera de su garganta. *Aaa* —repitió—. Dilo con tus labios. *Aaa*.

Ella movió los labios para imitar a los suyos. *Aaa*, pensó.

—Sí —dijo él— *Aaa*. Como «animal». *Aaanimal*.

Animal, pensó ella, maravillada ante cómo el sonido podía tener el aspecto de unos rayones.

—¿Y qué otra? —dijo él—. ¿Qué otra palabra empieza por el sonido *Aaa*? —hizo una pausa, observándola pensar—. *Asno* —dijo—. *Aaasno*.

Ella se imaginó la grupa de un asno.

—*Aaasno* —articuló ella en silencio.

Él le sonrió.

—Ahora intenta hacer la forma en la tablilla.

Le puso la tablilla en las faldas, le tendió el estilo, y se lo acomodó en la mano. Estaba tibio en algunos lugares por la presión de su piel; puso las puntas de los dedos en las partes tibias, pero el estilo se le cayó en las faldas.

—Recógelo, que te voy a enseñar cómo se sujeta.

Ella sostuvo el estilo por el extremo y él hizo que los dedos de ella se deslizaran hasta la punta. Arnaud movió su pulgar hasta la parte de abajo y apretó su índice contra la parte de arriba.

—El otro dedo lo sostiene mientras escribes —le dijo, luego separó sus manos de las de ella—. Sigue. Trata de hacer la letra.

Ella puso el estilo sobre la cerca, pero le entró la timidez cuando la punta se quedó atascada en la cera.

—Aquí —dijo él, poniéndose detrás de ella y arrodillándose. Puso sus dedos por fuera de los de ella, y ella vio el dorso de su mano, grande y bronceada. Era la mano que la había tocado cuando tuvo fiebre. Se sintió súbitamente tímida, consciente del aliento de Arnaud sobre su cuello. Los dedos de él se apretaron contra los de ella, arrastrando hacia abajo la punta, levantándola de la cera; luego siguió pasándolo sobre la superficie.

—Aquí —le oyó susurrar—. Has hecho una letra.

Su mano soltó la de ella y el estilo saltó para atrás. Ella lo sujetó entre sus dedos.

—Hay muchas más letras —dijo—. Pero primero debes dominar la *a*. Anda, sigue. Inténtalo tu sola.

Él miraba desde atrás mientras ella apretaba la punta sobre la cera, dibujaba una línea y luego una curva pegada a ésta. La curva tenía punta, muy diferente de la que habían dibujado juntos.

—Empieza de nuevo —dijo él, y ella dibujó otra *a*, todavía demasiado baja y gorda, pero mejor—. Otra vez, otra vez —le dijo.

Ella aspiraba la dulzura de la cera, y hacía otra letra, y otra más. A cada letra a pensaba en las palabras *animal* y *asno*, y sentía el hedor de la grupa de su mula. Para cuando la tablilla estuvo llena, la letra *a* estaba escrita en su

mente con el color marrón de la piel.

Al día siguiente Arnaud le enseñó cinco nuevas letras, luego cinco más al día siguiente, y diez al siguiente. Sus dedos ganaron confianza con el estilo mientras practicaba por las noches, hasta que la luz de comienzos del otoño se desvaneció del cielo. De noche grababa letras en el catre con la punta de los dedos y en la almohada cuando la vela se había apagado. Y durante el día, cuando estaba fuera caminando hacia alguna parte o sola por ciego tiempo, grababa letras en la tierra: *a*, *b*, *c*... La tierra misma no volvió a parecerle tan simple.

Cuantas más letras aprendía, más vívidamente las sentía; y empezaron a unirse a diferentes partes de su cuerpo. La letra *a* estaba bajo sus axilas, peluda y mohosa como un animal del bosque. La letra *b* se escurría entre sus piernas, tosca y terrenal como la corteza de una rama, *branca*, o la sensación picosa de la barba, *barba*, de un hombre.

Había letras verdes y frescas que le subían por la nariz hasta las cejas: la *v* de valle, *valada*, la *p* de planta, *planta*, o paraíso, *paradis*. La *l* de lago, *lac*, era líquida y fresca y descansaba como gotas de lluvia sobre su espalda y sus hombros. La *m* de memoria, *memoria*, le quemaba en el pecho; la distancia de una montaña, *montanha*, de la mañana, *matin*, de un espejo, *miralh*, nunca tan nítidas como un rostro.

Ciertas letras le ponían en alerta y las sentía en las cuencas de sus ojos: la *d* de dolor, *destreisa*, y engaño, *decepción*, y la *n* de noche, *noch*, y «¡No!», un grito de espanto. La letra *r* flotaba en lo hondo de su mente, la letra más solemne, pensaba, la del ritual, que le invitaba a recitar y repetir, *recitar y repetir*.

Sus letras favoritas eran la *f* y la *c*, cariñosas y de un anaranjado resplandeciente en su interior. Por *f* empezaba la harina, *fariña*, para hacer un pastel, para la fruta, *frucha*, la dulzura que su lengua ansiaba. La *c* se extendía como un candil, *candela*, a través de sus muslos, a través de su abertura, que era como una cueva, *caverna*, su *con*.

De todas las letras, la *s* era la que más cambiaba de lugar en su cuerpo, nunca segura de su lugar. Algunas veces se deslizaba como una serpiente, *serpen*, resbalando por su caja torácica y sacándole el aire de adentro. Algunas veces mamaba suavemente de sus senos, *sens*, haciendo que sus pezones se pusieran duros. La *s* era regular como las estaciones, *sazons*, y nueva como un zapatero, *sabatier*, que había venido a Montaillou para jurar que le daría a ella su cuerpo y para sufrir en soledad a su lado de la cama.

Una noche, a finales del verano, no fue capaz de conciliar el sueño por todas

las letras que revoloteaban en su cabeza y la idea de Arnaud a su lado. Él seguía durmiendo completamente vestido y encontraba el camino al sueño a través del cuerpo de ella, vestido para el sueño. Y ella había empezado responderle los abrazos, avergonzada de tomar lo que él daba sin saber, y por romper su fidelidad al párroco.

Esa noche Arnaud todavía no se le había acercado cuando le oyó gemir, como de dolor. Un momento después se sentó, encorvándose a un lado de la cama antes de levantarse. Tomó una vela de la mesa de noche y abandonó la habitación. Le oyó ir a tientas por la cocina en busca de la olla y luego oyó el sonido del agua al verterse. La olla produjo un ruido metálico al caer sobre el trípode. ¿Se estaba preparando un caldo? Ella quería prepararlo para él, pero la sola idea de estar a solas con él delante del fuego le hacía sentir muy incómoda.

Después de un rato la puerta se abrió con un chirrido, y ella fue a la ventana y abrió ligeramente los postigos. Le vio a la luz de la luna, con los arbustos detrás, cojeando por el peso de la vasija llena de agua. Eco cayó en la cuenta de que iba a darse un baño. Arnaud se acercó a uno de los barriles que se usaban para guardar el grano, luego vació agua de la vasija al interior del barril. El vapor se alzó sobre el tapiz de la noche. Se quitó la camisa, y ella vio su ancha espalda blanca. Se inclinó y se quitó los calzones, dejando al descubierto sus nalgas, sus largas piernas. Se agachó, para darse un masaje en las espinillas, las pantorrillas y los muslos, luego se sentó en el borde del barril y se metió con un saltito.

El agua debía estar casi hirviendo, pues su boca se abrió con la expresión de un grito sordo. Ella vio sus delgados brazos aferrarse a los bordes del barril y luego sumergirse mientras se agachaba para salpicarse la cara. A ella le pareció por primera vez que él era su igual en su silencio, en su aislamiento. Había hablado de sus deseos y necesidades no más de lo que ella había sido capaz. Todo lo que sabía de él era que era amable, que sabía hacer zapatos y leer; pero dónde había aprendido esas cosas, por qué había querido unir su vida a la suya, eso no lo sabía.

Sintió que algo se movía en su útero, una sensación de que algo se revolvía. El bebé. De una manera curiosa, parecía como que Arnaud le hubiera hecho cosquillas allí adentro. Los huesos de sus brazos y hombros, el chapoteo que hacía, su fragilidad humana le había conmovido. Sí, estaba tan solo como ella, tan solo, creyó de pronto, como cualquier criatura viva. Dado que ella había perdido el habla y el abismo entre sus pensamientos y sus palabras se había ampliado de manera inconmensurable, había llegado a asumir que ese abismo no existía para los otros. Pero ahora, viendo a un Arnaud adolorido, en medio de un dolor del que no hablaba, oyó su silencio y anheló brindarle consuelo.

Sintió otra vez que algo se agitaba en su interior, y se apartó de la ventana y se arrastró bajo las sábanas. Durmió durante un rato, hasta que le oyó entrar a la habitación, con una vela que proyectaba sobre su rostro un resplandor naranja. Se quedó de pie junto a la cama, completamente vestido, mirándola con sus grandes ojos azules, enternecidos por la luz. Ella nunca había notado lo adorable era su rostro, lo comprensiva era su mirada, y repentinamente le impactó el dolor de no haberle hecho suyo nunca. *¿En qué estás pensando?* Quería preguntarle. Pregúntamelo. Y yo te lo diré. Pasaremos toda la noche contando historias. Abrazados. Pero ella sólo podía contestarle con la mirada, su pequeña sonrisa dulce. Él se acostó junto a ella sobre los cobertores, y cuando, ya dormido, empezó a moverse, ella buscó a tientas su mano y dejó que su abrazo le arrojara los dedos.

Al día siguiente, bajó sigilosamente la ladera. Encontró al párroco en el vestidor de la capilla y le imploró que se escapara con ella por un rato. Una vez en el bosque, ella le arrastró hasta el suelo, encima de ella, dentro de ella, sin importarle lo demacrado que estaba su rostro. Por un momento creyó que sentía la presencia de otra persona cerca, y se permitió imaginar que se trataba de Arnaud, al que, aunque esposo suyo, sentía que no debía desear, a pesar de desearle. Arnaud... Ella fingía estarle consolando, recibiendo consuelo. Fingía desear al párroco con toda sinceridad.

Tal fingimiento era una cosa nueva en su vida.

Llegó el otoño con su inexorable humedad y su fango y notó que el rostro de Arnaud empezaba a tomar una palidez extraña, verdosa. A pesar del frío, se levantaba de la cama para bañarse casi cada noche, y a menudo, mientras trabajaba en su banco durante el día, le veía sujetándose los miembros como para aliviar un dolor que se extendía por todo su cuerpo.

Cuando le daba sus lecciones, el dolor parecía desvanecerse. Juntos habían encontrado un granero medio ruinoso cruzando el camino a Camurac donde podían seguir juntos y al cobijo de los elementos, y allí le enseñó a escribir palabras enteras, primero en su propia lengua, y después en latín. Agua: *aiga, aqua*. Árbol: *arbre, arbor*. Child: *enfan, infans*. Pan: *pan, panis*. Lluvia: *ploia, pluvia*. Madre: *mair, mater*. Sacerdote: *capelan, capellanus*. Voz: *votz, vox*.

Su experiencia de la vida al aprender a deletrear palabras no fue menos dulce, pero fue distinta. Durante la mayor parte de su vida no había tamizado sus sentimientos en el filtro del lenguaje, puesto que no había tenido necesidad de comunicarlos con precisión, y ahora estaba desconcertada por la cualidad limitadora de las palabras. Cómo, se preguntaba, el deseo que sentía por el párroco, por Arnaud, por el amor de su madre, por el conocimiento,

podía expresarse en ocho palabras: *volontat*, anhelo. Cómo el sufrimiento que veía no sólo en ella misma, sino en Arnaud, en el párroco, y en su madre, podía contenerse en la palabra *pena*, dolor, sufrimiento; *poena* en latín, según le había dicho Arnaud. ¡Y la vida! ¡Esa fuerza de inhalar y espirar, el florecimiento que percibía en cada brote de cada árbol! Qué inadecuada parecía la palabra *vida* en relación con la vastedad de la condición de estar vivo. *Vida, vita*: vida era una palabra, la palabra un concepto, diferente del sentido de la vida y del amor por la vida que experimentaba en su cuerpo, diferente del sentimiento de la vida que crecía en su vientre.

Una tarde, Arnaud le enseñó a escribir la palabra para decir amor: amor. Y él se quedó tan quieto y callado, que ella sintió como si pudiera oír el latido de su corazón. Eco borró las palabras de la cera, con la intención de dejar en su mente esta única cosa libre de letras.

El bebé dio una patada dentro de su cuerpo, y ella tomó su mano y la apretó contra su vientre, como había hecho frecuentemente con el párroco. *Siéntelo* —le dijo con los ojos—. *Siéntelo conmigo*.

Una enorme sonrisa se apoderó del rostro de Arnaud. Se sonrojó hasta la punta de las orejas, pero no quitó su mano de donde estaba.

El otoño se convirtió en invierno y su vientre se volvió pesado como un saco de cereales. Seguía encontrándose a veces con el párroco, en casa, cuando su madre y Arnaud no estaban, en la capilla después del oficio de vísperas. Ella no sospechaba que el párroco estuviera sintiendo su creciente frialdad para con él; él mismo —pensaba ella— se estaba volviendo tan frío, que no podría ser capaz de sentir.

Entonces una noche, al final del invierno, cuando yacían bajo una sábana delante del altar, y la nieve caía en espirales por el cielo, él la sorprendió.

—Te has enamorado de él —dijo, y ella se le quedó mirando perpleja, incapaz de negar sus palabras. *Amor. Amor.*

—Y supongo que has... —hizo una pausa—. Que te has ofrecido a él muchas noches.

Ella negó con la cabeza violentamente, y él se rió tan agudamente que pensó que en cualquier momento se pondría a llorar o a gritarle.

—Sé que prefiere a los hombres, Eco —dijo él—. Pero es un hombre. Y los hombres toman todo lo que esté a su alcance.

Ella se quedó tan aturdida por la aspereza de sus palabras, tan confundida por su significado, que no pudo hacer nada más que sentarse. Él clavó en ella sus ojos con una sonrisa suficiente, cruel y temblorosa.

—Va contra las leyes de la naturaleza revelar lo dicho en confesión. ¿Pero a quién le vas tú a contar? —volvió a reír, falsamente, terriblemente—. Me he

acostado con un buen número de mujeres, Eco. Y tu esposo con un buen número de hombres.

Ella negó con la cabeza. No le creía. Era una locura lo que estaba diciendo. Ella nunca había oído tal cosa. Le hacía querer reírse. Y lo hizo, en silencio, incluso enrabieta. *Le amo*, pensó. *Y no me importa. No me importa lo que digas.*

Él rodó para apartarse de ella, que se cubría con la sábana hasta la mejilla.

—He recibido hoy una carta —dijo, con voz tranquila, monótona—. Del Inquisidor... ¿Sabes qué quiere decir? —Se giró para mirar a Eco, y de repente parecía haberse encogido, convertido en un niño—. Todo va a empezar otra vez. Han nombrado a un nuevo Obispo en Pamiers. Y está ansioso por aplastar la herejía en nuestra diócesis... Sus ojos están fijos en nosotros, en mí.

De nuevo sus labios temblaron.

—No soy lo suficientemente fuerte como para salir de ésta sin ti —gritó—. No me dejes, Eco. No le ames a él en mi lugar.

No pudo evitar sentir piedad al mirarle sollozar, se puso a su lado y le abrazó. Le calmó a base de besos, acarició su cabello como él hacía a menudo con el suyo. Sin embargo, era consciente del sentimiento de repugnancia hacia él que crecía en su interior. Él era cruel, más cruel de lo que había pensado que podía llegar a ser, y muy listo para poner su propia necesidad de consuelo por delante de la suya, de la de Arnaud. Consuelo, conort. C-o-n-o-r-t.

Se aferró a Eco como un bebé, y ella le sostuvo abrazado hasta que se quedó profundamente dormido. Cuidadosamente desenredó sus miembros y se puso de pie, envolviendo la capa en torno a la cintura. Se detuvo un momento antes de dejarle solo al notar la presencia de un libro junto al cáliz en la pálida luz del altar. Nunca había tenido la intención de mirar en sus libros, pero como consecuencia de su malicia para con Arnaud, sintió una repentina urgencia por tomar algo suyo para ella. Le echaría una mirada al libro, una simple mirada. Bajó la vista para asegurarse de que seguía dormido, y se dirigió al altar.

La cubierta del libro estaba agrietada y oscurecida por el tiempo, y la acarició un momento antes de abrirlo. Las primeras páginas estaban llenas de filas y filas de palabras perfectamente delineadas, con partes doradas y decoradas con pequeñas escenas del evangelio. Después había una sección de páginas escritas en una letra mucho menos precisa. ¿Era la letra del párroco?, se preguntó. En la cabecera de una de estas páginas vio una palabra que reconoció: *Fabrisse*. Arnaud le había enseñado a escribir el nombre de casada de su madre, pero el nombre de *Fabrisse* en el libro del párroco no estaba acompañado del apellido *Rives*. Hizo un esfuerzo por ver cómo sonaba lo que venía a continuación y un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca había oído

nada de otra Fabrisse en la región... *Cl-er-gue. Clergue*. Estaba casi segura de haberse encontrado el apellido del párroco.

Al principio se lo tomó con tranquilidad: encontró casi divertido que el párroco tuviera un pariente que compartía el nombre de pila de su madre. Pero luego se le ocurrió una idea terrible. Entre las palabras escritas tras *Fabrisse Clergue* reconoció una forma del verbo *bautizar*, y los nombres *año, Señor y diciembre*. Su madre había sido bautizada, ella lo sabía, ¿pero con qué nombre? Antes de casarse había carecido de apellido.

Eco intentó concentrarse, grabarse las palabras que leía en la memoria. Entonces, ya sin aliento, cerró el libro y huyó, fingiendo no oír cuando el párroco se despertó y la llamó. Afuera la nieve caía en grandes copos. El viento soplaba con violencia, y ella corrió por el camino, sujetándose el vientre, intentando aspirar por la boca suficiente aire.

Cuando llegó a casa y entró tambaleándose en la cocina, su madre estaba bebiendo junto al fuego.

—Estás matando a tu pobre marido —dijo su madre, despidiéndola con la mano, como si no pudiera soportar verla—. Tienes la barriga enorme y no puedes pasarte un momento sin lo que también tu marido puede ofrecerte.

Dejó a su madre en la cocina y fue hasta su dormitorio, en la parte trasera de la casa, muerta de miedo. Arnaud estaba en cama, pálido y con los ojos acuosos.

—Eco —le dijo, con una mirada de preocupación en el rostro.

Fue a la esquina de la cama bajo la cual estaban escondidas la tablilla y el estilo. Tomando el estilo entre sus torpes dedos, escribió en la cera las palabras que había memorizado. Puso con brusquedad la tablilla delante de los ojos de Arnaud, y él recorrió con ojos entornados sus letras imperfectas.

—¿Dónde has visto esto, Eco? —dijo él.

Señaló la tablilla. Léela. Léela. Dime, le exigió con los ojos.

Examinó otra vez las letras. «Fabrisse Clergue» leyó lentamente. «Bautizada en el año de Nuestro Señor mil doscientos ochenta y dos, a veintinueve de diciembre». Hizo una pausa, y luego arrugó la frente, como si el mismo terrible pensamiento que se le había ocurrido a ella hubiera aparecido en su mente como un destello.

—¿El apellido de la familia de tu madre es Clergue? —preguntó él con ojos de expresión dolorida—. ¿Tu madre es pariente del párroco? ¿Eres tú...?

Pero ella ya no era capaz de seguir escuchando. Se quedó mirando la pared frente a ella, sintiendo que el bebé que llevaba bajo el vestido de repente odiara su cuerpo. Ella odiaba su cuerpo, no sabía nada, nada, excepto que el párroco podía ser su pariente y que él también lo sabía y que se lo había ocultado, y que de todos modos quería retenerla a su lado. Él la había casado con un amante de hombres para mantenerla lejos del abrazo de otros,

y ella estaba furiosa, les odiaba a todos, odiaba su cuerpo, y al bebé que llevaba dentro.

No pudo quedarse en la habitación, en la casa. Estaba muriéndose de calor, aturdida hasta la locura. Se puso de pie y salió de la habitación y luego de la cocina.

—Si sales, vas a coger un resfriado de muerte —oyó decir a su madre.

El viento le congeló la cara, pequeños trozos de hielo se le clavaron en los ojos como para cegarla. La nieve hacía que el mundo fuera mudo, cubría por completo el sonido de sus pasos que hacían crujir el suelo. La luz de la luna iluminaba la nieve, envolviendo la ladera de la colina en la blanca neblinosa de la tarde, y ella quería entrar en el blanco, desaparecer en él. ¿Adónde iba? Al bosque, quizá. Sí, al único lugar de consuelo que le quedaba.

De repente fue acometida por un dolor tan violento, que le hizo doblarse en dos, sujetándose el vientre. Intentó levantarse, se dijo que debía caminar. Caminar al bosque. Encontrar un lugar para respirar. Pero otra vez el dolor se apoderó de ella y cayó de rodillas, con nieve en las mejillas, en las muñecas y en los tobillos. Cerró los ojos, se preparó para el dolor. Un sonido rompió el silencio de la noche. Un sonido terrible, punzante, pero también tan lleno de esperanza como puede ser un sonido. Era el sonido de su grito, y luego su grito de asombro y agonía.

Algo le sujetó de las piernas y del cuello. Abrió los ojos y vio a Arnaud inclinándose sobre ella, y tras su rostro, el brillo de la luna y las estrellas, con todos sus pequeños puntos de luz. Gritó más fuerte, como diciendo *¿Me oyes? Me duele. ¡Me duele! ¡Escúchame! ¡Óyeme!* Y él la acunó en sus brazos, poniéndose de pie, sonriendo y haciendo una mueca de dolor con los sonidos que ella hacía.

Caminó con ella hasta la casa y ella luchó con él, con el creciente dolor. Arnaud la apretó con más firmeza contra su cuerpo.

—Estate tranquila, Eco —le dijo—. Pronto vas a dar a luz, y yo te voy a ayudar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Hacía una década, Bernard había empezado su campaña inquisitorial vigilando ardientemente a Pierre Clergue, preparado para destruirle a él y a toda su vulgar lujuria pasito a pasito. Cuánto había deseado que ese falso líder espiritual sufriera por negarse a contener su lascivia, a mantener su rebaño dentro de la verdadera fe. Seis días antes de subir por primera vez al púlpito de la catedral de Saint-Etienne, de tomar posesión de su poder para la condena y el perdón, seis días después de que Clergue le presentara una exigua «lista» de feligreses díscolos que consistía en un único nombre, el de Philippe Guilhabert, Bernard envió esbirros a Montailou en busca de Guilhabert, esperando no sólo impresionar a Pierre con la velocidad de su acción sino también dominarle hasta la sumisión. Sin embargo, los esbirros regresaron a Toulouse con el dudoso cuento de que Guilhabert había muerto en algún paso de montaña y Bernard maldijo en silencio a Clergue. Envío de nuevo esbirros a la aldea ordenándoles que citaran a la «viuda» Guilhabert a Toulouse, donde se le haría testificar bajo juramento sobre el paradero de su esposo.

El cuartel general de Bernard en Toulouse era una casa de ladrillos sin adorno alguno que se había entregado hacía años a Santo Domingo. Cuando Grégoire había servido como Inquisidor, había vivido y trabajado en la casa, que colindaba con el gran Château Narbonnais, hogar del Conde Toulouse, y con la infame prisión en la que se tenía detenidos a los malhechores que habían atentado tanto contra la Iglesia como contra el condado. Fue entre las mohosas paredes de esta casa donde Bernard interrogó a Ava Guilhabert, que confesó casi inmediatamente que Clergue le había avisado de la llegada de los esbirros y le habló del paso de montaña por el que su esposo debía viajar para evitar ser arrestado. Si bien Bernard estaba complacido de tener una

acusación oficial contra el párroco anotada en su registro, bien sabía que una sola prueba de evidencia incriminatoria no era suficiente para citar al párroco a enfrentarse a un juicio. Según el proceso inquisitorial que Moisés había instituido, se necesitaban dos o más denuncias para emprender acciones contra cualquier persona.

Por la gracia de Dios Philippe fue atrapado en la región de Lordat poco después y durante tres días Bernard le interrogó sin piedad, concentrándose en presionar al hereje a que le revelara la complicidad de Clergue en su intento fallido de evitar el arresto. Por ley, Bernard no podía revelar a Philippe los nombres de los testigos que habían hablado o escrito en contra de él —en este caso, él su esposa y el párroco—, pero intentó clavarle el aguijón de la traición para inducirle a que traicionara a Pierre.

—Debes saber que has sido acusado por otros —dijo—. Por quienes han insinuado que el párroco te avisó de la llegada de los esbirros.

Por muy deseoso que Philippe estuviera de señalar con el dedo a sus compañeros de la parroquia y de admitir que en efecto había sido seducido por las palabras de los Hombres Buenos, palabras que ahora afirmaba reconocer blasfemas, no pensaba pronunciar una sola palabra de reproche contra el párroco, y se negaba a admitir que su huida a Cataluña había estado motivada por algo muy distinto que una simple visita a su segunda familia y a la esposa que allí tenía.

—No estoy orgulloso de mi infidelidad a mi primera esposa —murmuró, con voz monótona—, pero he hecho lo mejor que he podido para ser útil a mis dos familias. No puedo contarle cuán a menudo he atravesado los pasos de montaña sólo para llevar un poco de lana y algunas agujas y unas pocas monedas a la madre de los niños que no he criado de manera legítima.

Exasperado, Bernard decidió usar a Philippe hasta las últimas consecuencias en vez de remitir la insuficiente prueba en su contra al jurado inquisitorial, un grupo de treinta ciudadanos intachables y cultos que estudiaban la prueba que se les presentaba sin saber el nombre del acusado, y entonces recomendaban a Bernard una sentencia apropiada. Puesto que Philippe había confesado haber sido Creyente, había abjurado de su fe herética, y había expresado remordimiento y buscado perdón por su infidelidad a su esposa; el jurado, en el mejor de los casos, le podría condenar a un tiempo de prisión con tal de que jurara fidelidad a la verdadera fe y ayudara a la Inquisición en su tarea de encontrar a los hermanos Authié, a Prades Tavernier y a Jean Marty. Bernard tenía la esperanza de que al capturar a estos hombres no sólo estaría avanzando a grandes zancadas en su cometido de pisotear la herejía de la región, sino que también estaría asegurándose la obtención de la prueba necesaria para mandar a Clergue a la hoguera.

La liberación de Philippe resultó fructífera. Uno de los hermanos Authié, Prades Tavernier y Jean Marty fueron capturados en un paso de montaña en Aragón, y Philippe con ellos. Por mucho que intentó Bernard convertirles a la verdadera fe, por mucho que intentó hacerles confesar sus fechorías, se quedaron callados, como si se les hubiera cortado la lengua. Y cuando las preguntas de Bernard se dirigieron al tema de Clergue, los hombres sólo dijeron que era un honrado Cristiano, una respuesta que Bernard interpretó como una afirmación frustrante y sarcástica de que el párroco era un hereje en apariencia: un Cristiano honrado en su visión de las cosas era seguramente un Buen Cristiano o un Creyente en la fe de los Buenos Cristianos.

Furioso de que los hombres no denunciaran a Clergue a las claras, Bernard les encerró en el *murus strictus*, la más angosta de las celdas de la prisión, pensada para el confinamiento en solitario, donde fueron encadenados a una pared con grilletes. Se les mantuvo en absoluta oscuridad y se les alimentó sólo con una escasísima cantidad de pan y agua. Cada cierto tiempo Bernard bajaba a la fosa de la prisión para amenazarles con mandarles a la hoguera y poner a prueba su fe con un trozo de carne asada fresca, pero sus esfuerzos resultaron en vano. Peor aún, se quedó con la sensación de que era él el que de alguna manera había abandonado las enseñanzas de Cristo, él el que era despiadado. ¿Acaso no estaba esforzándose para evitarles a estas almas el fuego de eterna condenación? Intentó sacudirse la imagen de Clergue encadenado a una pared, una imagen que surgía en su mente cada vez que posaba los ojos en los hombres que se pudrían lentamente bajo el peso de sus órdenes. Al detenerse al final de los estrechos corredores entre las celdas, respiraba el aire mohoso y casi podía sentir el aroma de Clergue cerca, su cuerpo encadenado y vulnerable, compensando las indulgencias en las que se había recreado. En lo más hondo de su corazón, no podía negar que la pasión que avivaba la llama de sus esfuerzos por hacer confesar a los Hombres Buenos no se parecía en nada a la de Cristo.

Al mismo tiempo que proseguía con los interrogatorios y las sentencias para los sospechosos de toda la provincia, ejercía cada vez más presión sobre la pequeña parroquia de Montailou, condenando a los que se había demostrado que habían muerto en pecado de herejía a ser exhumados y quemados, y apremiando al Obispo de Sabarthés a que gravara un nuevo impuesto sobre el ganado y los cereales. Con el excedente del diezmo fue capaz de mandar todavía más esbirros por toda la provincia, y de erigir complicados cadalsos en la plaza de la Catedral de Toulouse para la quema pública de los Hombres Buenos Authié y Tavernier, a quienes el jurado había declarado incontrovertible y obstinadamente culpables de herejía.

El día de la quema, Bernard vio cómo el Conde apremiaba a los hombres atados a las estacas a confesar sus pecados o enfrentarse al castigo judicial extremo. De la misma manera en que lo habían hecho en prisión, se mantuvieron en silencio y los verdugos encendieron los haces de leña y la paja apilada en torno a ellos hasta la barbilla. Pronto el humo se levantó, llenando el aire, y a Bernard le daba la impresión de que le ahorcaba, que chamuscaba sus pulmones para que no pudiera respirar. Se acordó de la primera quema que había tenido lugar por iniciativa suya hacía mucho tiempo, la quema de Jean Maulen en Carcassonne. Ahora no podía estar más seguro de que esa manera de destruir la vida en ceniza ardiente y miembros escarlata a medio quemar no era un paso en falso grave. Moisés había salvado a su gente de la blasfemia matando a los culpables de idolatría, y Dios le había autorizado el baño de sangre; ¿pero podía justificarse tal severidad después de la compasión de Cristo? Cristo había dado su sangre por el perdón de los pecados. ¿Cómo podía entonces ver Dios la matanza de Sus criaturas como algo distinto de una tragedia de aquellos a los que había otorgado la vida?

Antes de que el fuego les quemara por completo, Bernard se retiró a su dormitorio enladrillado. Sentía un calor agobiante, y sus brazos y piernas adoloridas le atormentaban. Sacó las sábanas de su catre, dejó en el suelo los cobertores y se echó de lado en el catre, tosiendo de manera incontrolable, como para purgar su cuerpo del sucio humo que había inhalado. Esperó a que llegara el olvido del sueño para salvarle. Si hubiera sido Clergue el que se quemaba en la hoguera, ¿se habría sentido tan derrotado?

Esa noche, con el penetrante olor de los cuerpos quemados todavía presente en su cabeza, la agonía se expandió como una sombra por la claridad de su alma, y fue contaminado por sueños como los que había tenido en Albi, sueños de una mujer que le contenía mientras su piel se hacía espuma con un abandono tan absoluto que al despertar se sintió aturdido.

Durante las semanas siguientes los sueños persistieron en toda su virulencia, y empezó a preferir abstenerse del sueño por completo, sentándose en la cama en vez de acostarse o caminar hasta que le dolieran los pies. Se volvió flaco e irritable, y durante el día sus pensamientos sobre Pierre se ramificaban sin parar. De vez en cuando se encontraba bajando a la fosa de la prisión, deambulando por el mohoso dédalo de paredes gastadas por manos herejes de antaño. Cómo deseaba enfrentarse a Clergue, extirpar la impureza que se extendía por su cuerpo y su mente golpeándole hasta que se sometiera como un sacerdote. ¡Tenía que hacer que Clergue deseara a Dios con exclusión de todo lo demás! ¡Debía ser castigado!

Un día perdió por completo el control y rápidamente escribió a Clergue una carta:

Que esta carta te sirva de advertencia, Pierre Clergue. Sé que eres un sacerdote falso, de una parroquia rebosante de herejía. Algún día cercano tu aldea será rodeada, tus aldeanos acorralados como ovejas. Estamos en camino, y tú tienes una decisión que tomar. Ayúdanos en nuestro ataque o serás acorralado como una bestia rastrera. Sabes tan bien como yo cuál será tu destino en este último caso.

Se arrepintió de haberla escrito tan pronto como el mensajero la tomó de sus manos. Si Clergue huía a causa del miedo que le producía la crudeza de la carta, quizá lograría escapar de las garras de la Inquisición por siempre. Cuatro días después, sin embargo, el mensajero le trajo la respuesta del párroco:

En la fiesta de la Virgen la aldea entera se encontrará reunida en la plaza a primera hora de la tarde. Hay suficiente espacio en los calabozos de la fortaleza para albergarlos a todos por un tiempo.

Bernard por momentos se regocijaba, otros, sin embargo, sudaba frío y era consumido por el espanto. El enfrentamiento que había estado esperando por fin iba a tener lugar, y tan pronto... Por todo el tiempo que había empleado en sopesar las motivaciones de Clergue, sus astucias, nunca habría imaginado que se volviera contra su parroquia tras ofrecer tan poca resistencia. Una extraña bruma de decepción le inundó, y en vez de ponerse a bosquejar un plan de asalto a la aldea, se arrastró hasta su catre y se echó a dormir.

En una semana gastó todo el dinero que le quedaba del diezmo para contratar a más esbirros, y un día particularmente húmedo y caluroso de septiembre tomaron Montaillou por la fuerza. ¿Causó alguna sorpresa que Clergue no estuviera por ninguna parte entre la multitud que festejaba? Después de que los esbirros encorralaran a todos los campesinos en los calabozos, Bernard caminó entre el desorden de la plaza: las mesas volcadas y las fuentes de guiso apestoso. Miró hacia las colinas, sabiendo que debía estar satisfecho de la parroquia que Clergue había perdido en su favor, y sin embargo se sentía desasosegado, extrañamente distanciado de sí mismo, como si su alma se hubiera marchitado y él no pudiera restablecerla, por mucho que lo intentara. ¿Era miedo lo que sentía? ¿Miedo de haber perdido a Clergue para siempre?

Interrogó a los aldeanos durante tres semanas, mientras su escriba predilecto —un fraile traído de Massabuçu— tomaba nota. Lo que más le llamó la atención de entre los aldeanos era una ignorancia suprema, no precisamente herejía, sino más bien confusión, información equivocada, una estupidez de la que culpaba especialmente a Clergue. Siete aldeanos

afirmaban no creer en la realidad del alma, pues lo que habían visto salir de la boca de los que espiraban no era más que aire. Uno había llegado a la conclusión de que no existía nada más que el mundo presente, ni el Cielo ni el Infierno, y cuando Bernard le preguntó si entonces no creía que los hombres resucitasen tras la muerte, respondió que lo que había visto es que los cuerpos se pudrían en el interior de la tierra.

—¿Qué hay ahí que se pueda resucitar? —preguntó—. ¿Podredumbre y huesos?

Bernard no se preocupó de deshacer el daño que los excesos de Clergue habían permitido, sino que presionó a los aldeanos a manifestar la relación del párroco con la herejía, con los Hombres Buenos que la propagaban y con los Creyentes que estaban bajo inspección. No pocos hombres y mujeres admitieron haber oído que el párroco había defendido a los Hombres Buenos del arresto y que había usado la Inquisición para sus propios fines, convenciendo a las mujeres de la aldea de que le conocieran carnalmente si querían protección; pero nadie decía nombres, y nadie confesaba haber sido escudado personalmente de la Inquisición por él o haber sido una de sus amantes renuentes. Bernard elaboró una lista de los individuos denunciados por un mínimo de dos aldeanos, una lista que comprendía a casi la mitad de los adultos de la aldea. Aquellos que no se arrestaba inmediatamente, pero en cuyos ojos Bernard había detectado algún rastro de falsedad, serían citados a testificar frente a él posteriormente, cuando Clergue mismo estuviera encadenado y sufriendo bajo tierra.

Para salvaguardar la reputación de los acusados hasta que se demostrase su culpabilidad, los juicios se celebraron de manera discreta, y se llevaron a cabo en la casa de ladrillos de Toulouse, con la concurrencia de Bernard y de Massabuçu únicamente. Al comienzo de cada juicio, el acusado era invitado a hacer una lista de enemigos; si el nombre de alguien a quien había denunciado aparecía en la lista, la prueba que el testigo hubiera proporcionado se borraría del registro. A cambio, la prueba que el acusado proporcionaba contra los enemigos de su lista se consideraba inválida. Por mala suerte o por voluntad del destino, o de Dios —temía Bernard—, los únicos hombres y mujeres de Montailou que denunciaban claramente a Pierre, afirmando haberle visto cometer actos de herejía o de oposición a la Iglesia, también le ponían en la lista de sus principales enemigos. Así, sus denuncias carecían de valor, como un montón de monedas de oro que de repente se convirtiesen en mera basura. ¿Era posible que de alguna manera el párroco, a pesar de su caída de la Iglesia y de los principios del sacerdocio, estuviera tocado por el favor de Dios mismo? Parecía ridículo, y sin embargo

Clergue había escapado de las garras de Bernard a cada envite.

Cada vez le quedaba más claro a Bernard que si quería prender a Clergue con una denuncia legítima, tendría que obtener tal denuncia de alguien de fuera de su parroquia, alguien a quien Pierre no hubiera traicionado recientemente al permitir que la aldea fuera tomada. Se dispuso a redactar una carta al actual Inquisidor de Carcassonne, Geoffroy d'Ablis, pidiéndole que le ayudara en su empresa para encontrar al mayor de los Authié, que todavía no había sido apresado y quemado. El Hombre Bueno, sostenía Bernard, estaba diseminando mentiras a lo largo y ancho de la región a cada paso que daba y era necesario que se le detuviera con la mayor presteza posible.

Geoffroy d'Ablis le hizo el favor a Bernard, y después de una costosa pesquisa, el Hombre Bueno fue capturado. A diferencia de su hermano menor y de Prades Tavernier, habló rápidamente, simplemente demasiado contento de hablar del tema de su fe y de desafiar la interpretación de las Escrituras del propio Bernard. Era como si el interrogado por la Inquisición fuera Bernard en lugar del otro.

—¿Y cómo interpreta los primeros versículos de Juan? —le preguntó a Bernard desde el otro lado de la cámara inquisitorial—. En el principio era la Palabra —continuó diciendo—, y la Palabra estaba con Dios... Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él... *Factum est nihil quod factum est* —sonrió con presunción—. ¿Cómo interpreta «*Factum est nihil*»?

—Antes tengo que saber qué significado le da usted a la cita —replicó Bernard.

El Hombre Bueno esperó a que Bernard contestara.

—Sólo porque quiero convencerle del verdadero camino —concedió Bernard—, voy a revelarles mi interpretación, la interpretación de la Iglesia, permítame recordarles —hizo una pausa—. Para mí la cita quiere decir que nada se creó sin Él.

Una expresión de lástima arrugó la frente del Hombre Bueno.

—Hermano mío —dijo él, muy lentamente—, usted se ha equivocado gravemente... Lo que quiere decir ese versículo es que sin Él se creó la inmensidad de la nada. La nada. Los dominios del mal: la materia, la carne, todo lo corrompible... los dominios de la ausencia de todo lo bueno y luminoso y puro.

—Hábleme de Pierre Clergue —dijo Bernard, sabiendo que debía entablar debate con el hereje y sacarle de su error, pero ahora incapaz de concentrarse en las palabras de Juan.

De repente el Hombre Bueno se quedó con los labios sellados. No iba a denunciar al párroco ni a ningún otro hombre o mujer.

—No voy a mancharme las manos con la sangre de otro —dijo—. No con

una sangre que venga de su Iglesia.

Después de cinco días de interrogatorios, el Hombre Bueno no mostró intenciones de ceder y Bernard le metió en el mums *strictus*, ordenándole al capataz de la prisión que llevara a su celda un instrumento de tortura rara vez utilizado. Bernard se encargaría de que el Hombre Bueno se manchara de sangre las manos si no confesaba lo que sabía del párroco.

Cuando el suelo de la pequeña celda estuvo mojado por la sangre y las oscuras paredes marcadas con las huellas de manos ensangrentadas, Bernard dejó que el Hombre Bueno considerara su inminente muerte. Todavía no queda remitir la prueba que había acumulado en contra de él a los hombres del jurado, pues sabía que concluirían inmediatamente que Authié debía ser entregado al brazo secular para ser quemado, y quemado el Hombre Bueno no le era de ninguna utilidad.

Siguió interrogando a los aldeanos de Montailou durante varios meses, pero estaba distraído, de humor grave, inquieto, vagamente consciente de que algo horrendo estaba esperándole. Durante la temporada de Cuaresma, volvió a dedicarse a torturar a Authié en su celda, y el Hombre Bueno contraatacó con igual intensidad.

—No eres menos malvado que los romanos que intentaron asesinar a Nuestro Señor —dijo entre dientes; luego escupió sangre en el ojo de Bernard, de forma que quedó temporalmente ciego.

A la mañana siguiente Bernard dejó en manos del jurado una selección de pruebas registradas contra cada uno de los que estaban siendo juzgados. El día cinco de abril, Domingo de la Pasión, subió al púlpito de la Catedral de Saint-Étienne delante de Geoffroy d'Ablis, nueve cónsules, diez archidiáconos, oficiales del Conde y de la corona, sus asistentes, señores locales y caballeros, especialistas en derechos y jueces que habían servido anteriormente en el jurado, y el grupo de los acusados rodeados por guardias, y sentenció a diecisiete herejes a ser quemados. Entre ellos estaba el Hombre Bueno Authié y Philippe Guilhabert, quien, hallado culpable de reincidir en la herejía, había sido apresado por esbirros cerca de Junac.

El domingo siguiente las cenizas caían como copos de nieve a través del brillante cielo primaveral, y Bernard trataba de consolarse con el pensamiento de que Satán se había deslizado en la sangre de los que habían sido quemados, que ya no eran hombres, sino almas que una vez amenazaron con socavar la Buena Nueva de Cristo... Cuán gravemente Bernard mismo le había fallado a Dios.

Hasta esos momentos el Papa Clemente V no había interferido con los procesos inquisitoriales llevados a cabo por Bernard, aunque hacía muchos

años se había dejado persuadir por el pueblo de Albi y Carcassonne para enviar a dos cardenales a investigar las prisiones de ambos lugares. El reporte de los cardenales había sido tétrico. Le habían descrito las prisiones como «el Infierno» y a los prisioneros como «incapacitados», sometidos a las peores torturas, algunos soportando el sufrimiento durante más de cinco años sin haber sido todavía declarados culpables. Clemente V entonces había ordenado que los carceleros en jefe de cada prisión fueran relevados de sus cargos y que su lugar fuera ocupado por sus segundos al mando. Ningún carcelero podría conversar con los prisioneros sin que el otro estuviera presente, y los mismos prisioneros debían recibir —en todos los casos— de manos de los carceleros toda la comida y todos los víveres que proporcionara el rey y sus amigos personales y parientes. Los prisioneros ancianos o enfermos debían ser conducidos a las plantas superiores de la torre de la prisión, los que estaban encadenados debían ser soltados de sus grilletes, y a todos debía permitírseles abandonar sus celdas una vez al día, para que pudieran dar un paseo por los corredores. Finalmente, Clemente V ordenó que a todas las celdas existentes se las dotara de mayor luminosidad, y encargó la construcción de cámaras nuevas, más amplias y luminosas.

En abril del año 1312, Bernard celebró el Sermo Generalis el Domingo de San Jorge, dictando sentencias contra un total de doscientos veinticinco acusados: cincuenta debían llevar cruces amarillas, ochenta y ocho iban a ser encarcelados, diez reclusos en confinamiento individual, treinta y seis exhumados de la tumba y quemados, cinco entregados al brazo secular... Bernard había pensado que servía a la Iglesia, y así a Dios, de la mejor manera posible, pero Clemente V consideró sus sentencias excesivamente severas. Éste era de la opinión de que con demasiada frecuencia no se les había dado a los culpables la oportunidad de mostrar arrepentimiento o de ser perdonados.

Apenas una semana después, en el Concilio de Viena, el Papa promulgó la bula *Multorum querela*, en un intento por limitar el fervor de la Oficina Inquisitorial en su conjunto al reducir el poder de los inquisidores a la hora de poner en marcha los juicios, poner a un hombre en severas circunstancias de confinamiento o tortura, o darle una sentencia definitiva. En cada uno de esos casos, la *Multorum querela* decretaba que el Inquisidor debía tener el consentimiento del obispo de la diócesis del acusado, y en ningún caso un prisionero debía ser torturado en más de una ocasión. Cada prisión en la que se confinaba a los procesados y convictos debía tener dos custodios en jefe: uno nombrado por el Inquisidor, el otro, por el obispo local, y estos guardianes debían atenerse a las mismas pautas de conducta que ya se había

impuesto a los carceleros de las prisiones de Albi y Carcassonne.

No hace falta decir que Bernard se quedó pasmado y que se opuso vigorosamente a la bula, escribiéndole inmediatamente una carta al Papa en la que sostenía que lo único que la *Multorum* iba a conseguir era obstaculizar sus esfuerzos contra la herejía. La provincia de Toulouse, afirmaba, incluía muchas diócesis, y obtener el consentimiento de cada obispo cada vez que quería llevar a un hombre a juicio o torturarlo para que confesara sólo iba a traer inoportunas demoras. Por ejemplo, ocasionalmente uno de sus esbirros se las arreglaba para apresar a un mensajero de los Hombres Buenos. Si a ese mensajero no se le obligaba rápidamente a revelar lo que sabía del paradero de los Buenos Cristianos, Bernard argumentaba, la bula del Papa contradecía la bula *Ad extirpanda* de 1262, promulgada por el Papa Inocencio IV, en la que se declaraba que la tortura era admisible en los juzgados inquisitoriales al estipular que los herejes debían ser tratados como criminales comunes, como escribió el Papa Inocencio: «puesto que son verdaderos ladrones y asesinos de almas, y roban los Sacramentos de Dios». Y en 1262 el Papa Urbano IV había complementado la bula del Papa Inocencio con la *Ut negotium*, en la que sancionaba la práctica de la tortura por parte de los mismos Inquisidores. Bernard concluía recordándole al Papa las palabras de Cristo en el Evangelio de Mateo: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra, Yo no he venido a traer paz, sino una espada». Los poderes del Inquisidor para acabar con los que tergiversan el mensaje de Cristo, escribió Bernard, deben ser reforzados, no limitados.

El Papa Clemente expresó su desacuerdo no molestándose en contestarle.

Ese mismo año se nombró a un nuevo Obispo para la diócesis de Pamiers, que comprendía la parroquia de Montaillou. Su nombre era Pelfort de Rabastens, y en vez de abrazar el nuevo poder inquisitorial que la bula *Multorum* le daba, se ocupó él mismo de los canónigos que no estaban de acuerdo y rechazó las estimaciones de Bernard de que la diócesis estaba en una crisis espiritual. Así pues, la inquisición de Bernard contra Montaillou y las parroquias vecinas se detuvo de golpe, el celo que había alimentado su lucha contra la herejía en la provincia decayó. Cuán pasmado se habría quedado Grégoire, pensó Bernard, si se hubiera enterado de que ahora era el Papa el que desafiaba la autoridad inquisitorial.

El verano fue cálido y húmedo, y Bernard lo pasó siempre empapado de sudor, con los folios deshechos, las páginas de su registro empapadas y mohosas. Una tos persistente le atormentaba, y temió estarse ahogando de la impotencia, demasiado cansado como para solicitar la aprobación episcopal para iniciar nuevos juicios o pronunciar nuevas sentencias, y acosado por

sueños poblados por Clergue y diversas formas de mujeres que podrían haber sido sus amantes.

Entonces, a finales del otoño, decidido a levantarse contra la pereza y la tentación, dirigió su mirada a otro grupo de subversivos que sentía que podía vencer en ese momento y de manera legal. No era que odiara a los judíos o que pensara que fueran en esencia corruptos o indignos. Es más, el gran San Pablo había sido de la descendencia de Abraham, y había llamado a los judíos las ramas naturales del árbol de Dios, arrancadas a causa de la falta de fe. Era bueno y correcto y esperable entonces que los judíos fueran convertidos e injertados de vuelta al árbol. «Dios Vuestro Señor hará surgir a un profeta como yo de entre vosotros, de vuestra propia estirpe: a él le prestaréis oído», había predicho Moisés. Qué ciego había estado el pueblo elegido de Moisés, pensaba Bernard, cuando rechazaron a Jesús como el verdadero Mesías.

La ley no le otorgaba a Bernard ninguna autoridad sobre los judíos que se limitaban a los asuntos de sus sinagogas y de la Ley de Moisés, pero si un judío se convertía al Cristianismo sólo para abandonar la fe, o menospreciaba el Cristianismo o convencía a otro para renegar de su bautismo, podía ser acusado de herejía. El Obispo de Toulouse, despreocupado de los asuntos de los judíos de su diócesis, permitió que Bernard enjuiciara a todos los judíos denunciados por al menos dos personas, y Bernard buscaba los medios para intentar convertir a los Cristianos que se habían apartado de la fe y declarar culpables a sus corruptores, que seguían un método específico para “rejudaizar” al judío bautizado, preguntándole si no quería purificarse de la mancha del bautizo lavándose en agua corriente. Tales corruptores eran culpables de la mayor afrenta que podía hacerse contra Dios, y Bernard citó a menudo a Pablo durante sus interrogatorios: “Un hombre que ha violado la ley de Moisés muere sin posibilidad de clemencia con el testimonio de dos o tres testigos. ¿Cuánto peor castigo cree que merecerá el hombre que ha desdeñado al Hijo de Dios y ha profanado la sangre del pacto mediante el cual se le santificó y ha ultrajado al Espíritu de la gracia?”.

En esta época Bernard encontró un libro que incluía afirmaciones de las escrituras talmúdicas judías, entre las cuales había una que sostenía que Cristo no era ni Dios ni el Mesías, sino un asesino de la ley que Dios había instituido, que sus seguidores no eran más que infieles. Bernard había encontrado el libro entre las posesiones de un judío que afirmaba que él y sus hermanos, en el banquete de conciliación que habían celebrado en septiembre, habían pronunciado una maldición por la cual insinuaban que Cristo era el hijo bastardo de una ramera, y condenaban tanto a la Madre como al Hijo, a la fe católica y a todos los que la apoyaban. Asqueado tanto de lo que había leído como de las palabras del judío, Bernard ordenó que

todos los textos Talmúdicos en su territorio fueran requisados. Cuando se hubo amasado una cantidad de libros capaz de llenar dos carros, les prendió fuego públicamente en la plaza de la catedral. En vez de sentirse espoleado por la quema a una acción inquisitorial de mayor alcance, cayó enfermo, incapacitado durante más de un mes debido a un mal de sudores que ni siquiera el doctor de la Corte pudo diagnosticar.

En abril de 1314 el Papa murió de repente, dando pie a una crisis de sucesión papal que duraría dos años. En más de una ocasión Bernard se imaginó dando un paso al frente, al centro de la Corte Papal, y sentía que su propia piel se emocionaba. ¡Poseer todo ese poder durante una época de juicio para la Iglesia! ¡Mandar a la ruina a todos los que intentaban arruinar la Palabra Revelada de Dios por todos los medios que él considerara necesarios! Sin embargo, él nunca había pertenecido al escalafón episcopal, y sabía que tales imaginaciones eran sólo vanidad.

El siete de agosto de 1316 una asamblea de cardenales se reunió en Lyon y eligió al cardenal arzobispo de Porto como Papa sucesor. Un reputado administrador y doctor en derecho civil y canónico, Juan XXII era un anciano esquelético de setenta y dos años cuando hizo el voto papal, y Bernard tuvo las más altas esperanzas de que se plegaría a su recurso de protesta para que la bula *Multorum* fuera revocada. No obstante, la ancianidad del Papa, resultó ser de voluntad férrea, y se negó repetidamente a anular o enmendar el decreto que Clemente V había elaborado. En lugar de eso, delegó a Bernard y a otro fraile, de nombre Bertrand de la Tour la importante misión de establecer la armonía en el norte de Italia y la Toscana. ¿Cómo podría Bernard hacer algo diferente de lo que le ordenaba su superior, por mucho que supiera que su vocación no estaba en la diplomacia?

Él y de la Tour cruzaron los Alpes, luego viajaron de ciudad en ciudad todo un año. Durante todo ese tiempo, echó de menos la región que era su hogar, la limpieza de su aire, el estremecerse de las hojas de sus álamos y las nubes tan densas y pesadas, su cielo tan bajo, bajo el que se senda a cubierto en toda ocasión, dichosamente protegido por el escrutinio de... ¿qué? Aquí la luz era hiriente, el cielo un abismo, el viento siempre en su espalda, y él buscaba sombras para esconderse. Cuando llovía no se sentía refrescado, y cuando de la Tour comentaba la belleza del paisaje y sus colores, Bernard veía sólo blanco y negro: blancas las cimas de las montañas, negros los abetos; blancas las rocas, negras las nubes; negros los caminos, negras las pezuñas del asno. Pastos quemados.

De noche no podía conciliar el sueño por la gran sonoridad de las lenguas extranjeras que gritaban en las calles: quería soltar un bramido para que se

callaran. En permanente duermevela, las voces hacían eco a cada paso que daba durante el día, conduciéndole a una verdad de la que ya no se podía esconder, la de la profunda grieta del deseo, esa oscuridad que desgarraba su carne.

—¿Dios mío, por qué me has abandonado? —preguntaba cada día mientras caminaba, adolorido en las articulaciones. Miraba a izquierda y derecha por los caminos por los que pasaba, como si el rostro de Clergue pudiera de alguna manera aparecer por ahí. Oh, ser atrapado en el Paraíso de una celda con el párroco sujeto por unos grilletes... ser protegido del Infierno de la vida fuera del claustro...

Dondequiera que él y de la Tour apareciesen, declaraban la paz en nombre del Papa, pero la violencia siempre seguía su estela, y cuando regresaron a Aviñón el invierno siguiente, se admitió que su misión había sido un fracaso.

Durante la estancia de Bernard en Italia, otro Obispo de Pamiers había sido nombrado, cierto Jacques Fournier, veinte años más joven que Bernard y producto de la diócesis. Nacido en Saverdun, Fournier había estudiado teología en París y luego había sucedido a su tío como abad del monasterio cisterciense de Fontfroide. Su precisión y severidad se habían hecho famosas; sólo que estaba demasiado impaciente por abrazar el poder inquisitorial que su sucesor en Pamiers había evitado, y se había decidido desde el comienzo de la tenencia del cargo obispal a establecer su propia oficina inquisitorial con el objetivo de detectar toda desviación en la diócesis: no sólo las desviaciones de la fe, sino también la hechicería, la sodomía y la propensión a la ebriedad. En ausencia de Bernard, el Inquisidor de Carcassonne había asignado a un fraile de Pamiers a servir de vicario en la oficina de Fournier. El Obispo y el vicario podían llamar a un hombre a juicio, interrogarle y sentenciarle a llevar la cruz sin consultar a nadie. Si querían condenar a un hombre a la cárcel o darle pena de muerte, sin embargo, debían acudir a un inquisidor dominico.

Qué negro fue para Bernard el día en que regresó a Toulouse para encontrar que había perdido su poder sobre la gente de la parroquia de Clergue, sobre el mismo Clergue. Ahora estaba Fournier, el joven Fournier, que se decía que era capaz de distinguir a un hereje de un verdadero cristiano con una sola mirada y que ya había juzgado y convertido a muchos de la parroquia de Pamiers. La paciencia de Fournier, se decía, su pertinaz deseo de transmitir la fe, le otorgaban el poder de recobrar almas para la verdadera fe con increíble facilidad. Era conocido por haber pasado semanas con un judío de la diócesis que estaba siendo procesado, explicándole el misterio de la Trinidad y convenciéndole de creer en la posibilidad de un Dios

encarnado.

Dieciséis años más tarde este Fournier se convertiría en Papa bajo el nombre de Benedicto XII. Si Bernard hubiera sabido todo esto, quizá se hubiese apartado con prontitud. No quería ser el segundo de nadie en la inquisición. El sueño de gloria que había nacido en él con la carta de Grégoire se difuminaba. Había intentado ser implacable, había sentenciado a centenares de personas que habían amenazado el bienestar espiritual de la Iglesia. Pero la sensación de cumplimiento le eludía. No podía permitir que este pequeño obispo le desplazara así como así.

Todavía cansado por sus viajes, tendió una hoja de pergamino en blanco sobre su escritorio y tomó la pluma entre sus temblorosos dedos, preparándose para escribir a Clergue... «No has sido olvidado —escribió finalmente—. El Obispo Fournier y yo pronto te llamaremos».

Levantó la vista de la página y reparó en un diminuto espejo que brillaba en la pared sobre el escritorio. El rostro del hombre que le devolvía la mirada había sufrido tantos estragos, estaba tan delgado, tenía un cabello tan enredado y blanco, que no pudo evitar apartar la mirada. A sus cincuenta y cinco años, se había vuelto un anciano. Se dio cuenta no sin cierto sobresalto, de que la muerte le llegaría pronto, y que a pesar de todo estaba más lejos que nunca de la paz del Paraíso.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Eco sufrió las labores del parto sobre una cobija delante del hogar, con la espalda apoyada en el extremo de un banco y las piernas completamente abiertas. Gritaba y gritaba, su madre la contemplaba anonadada, y Arnaud la arrullaba amablemente, como si sus repentinas vocalizaciones no hubiesen sido imprevistas, como si su agonía fuera un asunto menor, leve, que necesitaba sólo de alguien que la aliviara. Arnaud forró una canasta con paja para el niño que estaba llegando, y luego lubricó sus manos con aceite de oliva, explicando que había ayudado a parir a muchas cabras en su vida; ahora que el fruto de Eco estaba listo para soltarse, él haría más fácil su travesía desde su cuerpo. Masajeó su abertura, dándole palmaditas y tirando de su piel en uno y otro sentido, suavizando y estirando sus pliegues mientras ella pujaba y respiraba.

Súbitamente convencida de que necesitaba ir al baño, Eco se levantó y se puso de rodillas, y Arnaud tendió sus manos para coger lo que cayera del interior de la parturienta. Unos momentos después, sus manos estuvieron empapadas de placenta y luego sostuvieron a la bebé, una niña que se deslizó fuera del vientre de su madre con facilidad, tibia y húmeda y extrañamente tranquila. Para no romper el cordón umbilical, Arnaud le pidió a Eco que se recostar en la cobija y le puso a la pequeña niña entre los muslos, con la espalda sobre la abertura de Eco y el cordón sobre su diminuto cuerpo. Sumergió un paño de lino en agua con vino y limpió al bebé.

Cuando estuvo limpia, rompió a llorar, y Eco también, pero de alivio. Qué mercedes, qué mercedes había en el mundo, pensó al mirar a su hija, su hija, una pequeña cosita dulce, una nueva vida que lo único que pedía era brotar, existir, florecer con la nutrición que ella le iba a proporcionar. Arnaud cortó el cordón y lo ató con fuerza, luego le tendió el bebé a Eco para que lo abrazara.

Eco besó el rostro rosado y húmedo de su hija. «Merce» será tu nombre, le dijo en silencio. M-e-r-c-e: merced, gentileza, agradecimiento, el poder de perdonar y de ser gentil. La niña ya le había devuelto a Eco su voz y con la maravilla que Eco sentía en su pecho, no podía estar falta de esperanzas, no podía albergar rabia, ni siquiera hacia el párroco.

—Hay que mantenerla caliente —dijo Arnaud, refiriéndose a la niña, y Eco se la tendió. Él la acunó en sus brazos, luego se puso de pie con ella cerca del fuego, sosteniendo su mano sobre sus ojos abiertos y curiosos para que el brillo de la llama no hiriera su vista. Al final Eco y Arnaud se habían convertido en una familia.

Eco lentamente empezó a hablar, al comienzo de manera tentativa, y luego con más seguridad. La escritura le había preparado para expresarse oralmente. Sin embargo, era sólo con Merce con quien sus palabras eran abundantes.

—Casi tomo un voto de silencio, pequeña —le susurraba a la criatura—. Pero tu dulzura es tan divina que cómo no voy a hablarte de ella.

Eco había oído a muchas madres quejarse de la frecuencia con que sus bebés necesitaban comer, pero ella esperaba con ansias el momento de darle de comer a Merce. Le encantaba sostener a la niña en brazos, acariciando la fina pelusa de su pelo negro, mirando sus labios cerrados sobre el pezón, su nariz moviéndose con inquietud, sus ojos poniéndose turbios de sueño. Eco pensaba que su corazón iba a reventar de lo feliz que estaba. *Querido Dios, rezaba, mirando dormir a su niña. Nunca me arrebates a mi niña. Deja que mi Merce siga tranquila, encantadora, llena de esperanza.*

Aunque sabía que la niña debía ser bautizada, evitó al párroco, y la interminable caída de la nieve invernal las encerró en casa a las dos por un buen tiempo. Tanto en espíritu como en la práctica como por su nombre, Merce se convirtió en la hija de Arnaud. Cómo él adoraba jugar con ella, llevarle una sonrisa a los labios, verla alimentarse y bostezar y dormir. Algunas veces, cuando Eco le veía mirar a la niña, se acordaba de lo que el párroco le había dicho: que Arnaud antes había tenido trato íntimo con hombres. Se dijo que no importaba de quién había sido amante ni por qué nunca se había acostado con ella; con Merce entre ellos, la carne de ambos trabajaba con el mismo objetivo: mantener a la niña viva y contenta. ¿Qué unión podían forjar más grande que esa?

Arnaud seguía sin hablar de sí mismo. Nunca hablaba de sus necesidades o de su historia o de su tristeza, y puesto que el silencio a su lado era habitual, ella no iba a hacerle preguntas ahora. No necesitaba preguntarle nada para saber que el dolor en él aumentaba. Pequeñas hinchazones blandas

habían empezado a mostrarse en las articulaciones de sus dedos, y su caminar se había vuelto un arrastrar de pies. Miraba con ojos entornados los zapatos que confeccionaba, como si su visión estuviera deteriorándose, y de noche gemía y sentía terribles dolores en sueños. Ella le veía dormir bajo la luz de la luna, cayendo veteada sobre la cama, sobre su rostro, sobre el brazo que envolvía a Merce entre ellos. Eco sentía la piel de Arnaud, todo lo que había fuera de ella, y tocaba la oscura enfermedad que yacía debajo. ¿Estaría pronto camino de la muerte?

Tanto por su bien como por el de él, ella le presionaba a continuar sus clases de escritura. Cuando llegó la primavera, se aventuraban con Merce hasta los prados que estaban a punto de florecer y que antes les habían servido de aula. Arnaud se echaba de espaldas entre los pastos y los carrizos, chupando los extremos de las hierbas fragantes y dictándole a Eco sus oraciones, que ella escribía sílaba por sílaba en la tablilla con cada vez mayor fluidez, diciendo las palabras en voz alta para darle gusto.

Algunas veces se le ocurrían versos de canciones llenas de gratitud, y solía plasmar su vida en la tablilla o en la tierra con la punta del zapato o al oído de Merce: «*Ab l'alen tir vas me l'aire*», Al respirar hago mío el aliento de la brisa. «*Lanquan li jorn son lonc en mai m'es bels chans d'auzels de loing*», Cuando los días de mayo se alargan, adoro las canciones de pájaros lejanos. «*N deman per un mot cen*», A cambio de una palabra exijo un centenar. «*En liey nays joys e comensa*», En ella ha nacido una nueva alegría. No dejaba de preguntarse por qué se formaban versos en su mente, pero estaba agradecida de recibirlos. Con las palabras latiendo en su cuerpo, el mundo parecía más brillante, más digno de canción, oración y alabanza.

Con la llegada del buen tiempo, el párroco empezó a rondarla. Algunas veces por la mañana, antes de que Arnaud se despertara, Eco solía ver al párroco husmeando por la ventana de su dormitorio, y más tarde, cuando cuidaba el jardín o desplumaba pollos en el patio, le pillaba mirándola de frente desde la torre del campanario de la capilla. Cuando Eco le devolvía la mirada, él no bajaba los ojos.

Una tarde, cuando Arnaud se veía particularmente lívido, Eco le cubrió con una cobija de lana, le dio una taza de leche caliente con miel y dejó a Merce durmiendo la siesta con él. Se aventuró colina abajo, a través de los campos y la arboleda, hasta el claro que alguna vez había sido el hogar de su amor con el párroco. Ahí, en medio de tanto verde y de los arqueados árboles verdes, los abuelos de su deseo, su corazón se enterneció y supo que sentía amor por el párroco a pesar de que ya no estuvieran juntos. «*La nostr'amor va enaissi com la branca de l'albespi, qu'esta sobre l'arbr'entrenan la nuoit ab la ploi'ez*

al gel», pensó. Nuestro amor es como la rama del seto de espinos, que permanece pegada al árbol durante la noche, a pesar de la lluvia y la helada.

Se desató un vendaval y las ramas de los árboles empezaron a agitarse. El mundo aullaba y ella quería aullar con él, pero al darse la vuelta vio al párroco a menos de diez pasos de distancia, de pie junto al tronco de un abedul, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos locos, como si el viento le hubiera arrancado lo que le quedaba de razón.

No te vi, dijo ella en silencio, temerosa de ensuciar su voz al compartirla con él.

—¿Eco, es que soy para ti un completo extraño? —preguntó—. Toda la aldea habla de que has recobrado el habla. Dicen que es tu esposo, tu hija, el placer que te han brindado... ¿No te acuerdas, Eco, de que yo te los entregué, de que yo le di a tu madre la casa en la que te cobijas?

Ella bajó la vista al suelo y levantó la bastilla de su falda para no tropezar con las ramas caídas. Quería irse.

—¿Por qué no hablas para mí? —dijo él, cerrándole el paso. La sujetó de un hombro con una mano y acarició su cabello con la otra—. Dime que sigues siendo mi niña.

Ella se quedó mirando sus locos ojos verdes, incapaz de hablar.

La boca del párroco se torció en una cruel sonrisa desdeñosa. Apretó su hombro.

—Así que ahora eres su amante —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—No voy a dejarte volver con él sin obtener algo de ti.

Se echó sobre ella con todo su peso y la empujó bruscamente al suelo. Ella gritó, y él sonrió con saña, inmovilizándole las manos por encima de la cabeza y levantándole la falda para bajarle la ropa interior.

—Putana —murmuró—. *Ramera*. Pútrida de la putrefacción de tanta leche pútrida.

Ella forcejeó con él durante un rato, pero forcejear sólo aumentaba el dolor. Intentó apagar su cuerpo, insensibilizarlo hasta volverse incapaz de sentir. «Pronto acabará, pronto acabará», se dijo, aguantando en silencio el dolor, esperando. Ella olía su aliento podrido, oía sus gruñidos desde lejos, como si estuviera en otro lugar.

Cuando el párroco terminó, ella no le miró a la cara, sino que se dio la vuelta y se quedó mirándose las puntas de los dedos. Qué mortecinos se veían, como meros apéndices de su mortecino cuerpo.

—Puedes contarle al Inquisidor lo que te he hecho —le oyó decir—. Ahora que puedes hablar, ahora que puedes declarar en un juicio, ya no estás a salvo de la inquisición.

Ella escuchó que se alejaba, quebrando las ramas a su paso.

Cuando levantó la vista para verle, vio que estaba de pie a varios pasos de distancia, con una terrible expresión de horror en sus facciones. Era como si al violarla hubiera asesinado la última luz que quedaba de su vida, y ahora se preguntaba cuál sería la manera más rápida de morir.

—¿Bautizaste a mi madre? —dijo ella, sentándose y palpándose el lugar que le dolía en la entrepierna.

Los ojos del párroco se alzaron para encontrarse con los de ella.

—Nunca le dije eso a nadie —susurró—. ¿Quién te lo dijo?

—Lo leí en tu libro —dijo fríamente—. Fabrisse Clergue, bautizada en el año mil doscientos ochenta y dos de nuestro Señor, el día veintinueve de diciembre —se detuvo—. ¿Es mi madre tu hija?

—No —dijo él al punto—. Por dios, no... es mi sobrina. Tuve un hermano que murió hace ya mucho. Guillaume. Pero no llegó a conocer a Fabrisse y no le importaba lo más mínimo su hija —una sonrisa de derrota se arrastró por sus labios—. Supongo que tu esposo te enseñó a leer —murmuró—. Debí protegerte de su herejía.

Se sorprendió tanto de oír la palabra «herejía» unida a «esposo», que transcurrió un rato antes de que pensara en defender a Arnaud, antes de que se diera cuenta de que la asunción del párroco acerca de él podía conducir a problemas con la Inquisición.

—Él no es ningún hereje —dijo, pero el párroco ya se había dado la vuelta para irse, dejándola sola en el bosque ventoso.

Durante días, Eco se mantuvo en silencio respecto a su encuentro en el bosque, intentando purgarse del odio enconado por el párroco que había brotado en su pecho. Incluso cuando escuchaba los balbuceos de Merce, en sus oídos todavía estaba reciente el recuerdo de las crueles palabras del párroco, y cuando dirigía una mirada a su madre, con los ojos vidriosos de la bebida, se sentía culpable, como si al mantenerse en silencio acerca del vínculo de sangre que tenían con el párroco, estuviera siendo cómplice de su secreto. Hasta donde podía recordar, su madre siempre había sufrido por la falta de amor del párroco; quizá si su madre supiera su relación de sangre, la angustia que le llevaba a beber remitiría.

A Eco todavía le costaba encontrar voz en presencia de su madre, puesto que a menudo la veía dirigiéndole miradas de reproche. Sólo dos días después del nacimiento de Merce, cuando acababa de empezar a hablar en voz alta, su madre la acusó de nunca haberse esforzado lo suficiente para hablar. «Entonces te pusiste a castigarme una y otra vez cuando pudiste haberlo intentado con más ahínco», le había dicho su madre, y Eco había quedado abandonada en el sombrío pensamiento de que su silencio anterior

había sido tanto un beneficio como una maldición. Quizá se había protegido del desinterés de su madre callando las palabras que ésta pudiera ignorar.

Su silencio fue una verdadera bendición cuando tomó al párroco por amante, pues nunca había tenido que explicarle a su madre su paradero, nunca había tenido que justificar su pecado, admitir su traición, llevar el peso de defenderse delante del rostro furioso de su madre. Desde entonces el párroco las había separado, y existieron en el frío y mudo conocimiento de que él se interponía entre ellas: una de ellas era la elegida, y la otra, la desdeñada.

No, Eco ya no quería darle ese poder por más tiempo. Quería hablar con su madre. Se arriesgaría a que le echaran la culpa, a que la rechazaran. Quería que su madre supiera quiénes eran.

Una noche, cuando Arnaud descansaba con Merce en el dormitorio, su madre regresó de su jornada de venta de vino quejándose de toda la gente que le había retenido con charlas durante el día. Eco la vio sentarse a la mesa y servirse su copa de la tarde.

—¿Es que soy para ti tan horrorosa? —dijo su madre.

Eco se dio cuenta de que se había quedado con la mirada fija en ella.

—No, mamá —dijo.

—¿Es que no soy ya más que una sucia anciana?

Eco se sentó frente a ella.

—No.

—Entonces deja de mirarme.

Eco asintió, y dejó de mirarla.

—Quiero hablar contigo, mamá.

Su madre suspiró, se sirvió otra copa.

—¿No te he dicho que me han retenido todo el día con charlas?

—Estuve con él —dijo Eco.

Su madre arrugó la frente sobre el borde de la copa.

—Hace unos días —dijo Eco—. En el bosque. Nos...

—Pensaba que habías dejado todo eso —dijo su madre—. Todo ese folleto a espaldas de tu marido.

—Por favor...

—Eres una pésima madre. Dejas a tu hija con tu marido el día entero.

—Escúchame, mamá.

—Si yo fuera tu marido, me conseguiría una amante. Aunque fuera la madre de mi esposa. Una mujer es una mujer, ¿no? ¿Qué de la tristeza que siente a causa de ti cuando estás fuera todo el tiempo? Pronto se morirá. Yo debería salvarle de su sufrimiento.

Eco sintió que el corazón se le salía.

—El párroco es tío tuyo, mamá.

Su madre la miró de reojo, y las comisuras de su boca brillaron por el vino.

—Su hermano —dijo Eco—, un hermano muerto que se llamaba Guillaume, fue tu padre. Y fue el párroco quien te bautizó. Tu nombre está escrito en su libro. Fabrisse Clergue. Ese es tu nombre, mamá.

Su madre hizo un leve gesto con la boca, pero su mirada seguía congelada.

—Debemos sacarle de nuestras mentes —dijo Eco—. Es pariente nuestro, y no le hace ningún bien a ninguna de las dos. Ni a Merce.

Eco no recordaba la última vez que su madre la había escuchado en silencio, y el que la escuchara ahora era un consuelo tan grande, que sintió en la garganta que estaba a punto de llorar.

—Es un hombre cruel, mamá —dijo—, indigno de nuestra devoción.

Extendió la mano y tomó la de su madre, pero ella se zafó.

—Yo no tengo apellido —dijo su madre, poniéndose de pie, sin ninguna expresión en el rostro. Agarró el frasco y la copa, y salió de la cocina.

Esa noche Eco se despertó con un fuerte sonido que venía de arriba. No era el crujido al que estaba acostumbrada, el que producía su madre al subirse al tejado, sino un ruido seco, sordo y fuerte, como si alguien estuviera intentando entrar por el techo a golpes de madero. Junto con Arnaud, salieron al exterior, con Merce arrojada en una sábana entre sus brazos.

Había luna llena, el cielo era más azul que negro, constelado de nubes iluminadas. Bajo el resplandor de la noche, Eco vio a su madre, completamente desnuda en el techo, yendo para adelante y para atrás, gesticulando como una loca, señalando hacia la fortaleza, mascullando algo de la castellana, sobre cómo la castellana necesitaba que la cuidaran. Qué penoso se veía el cuerpo de su madre, estragado por los años, con los senos, el vientre y las nalgas colgándole como fruta marchita, jamás recogida del árbol. Eco quería esconderla de ojos chismosos.

—Mamá —voceó, lo más quedo que pudo.

Su madre se encogió, tapándose la cabeza, como si alguien estuviera a punto de golpearla.

—¡Por favor! —gritó su madre, con tal angustia que Eco sintió que su corazón se rompía.

Para cuando Eco fue capaz de persuadir a su madre de que bajara, casi había amanecido y, aunque no se hubiera reunido una multitud para ver el espectáculo de la pérdida de la razón de su madre, Eco sabía que para el mediodía toda la aldea estaría cotorreando con fingida piedad. Su madre nunca se había mantenido dentro del rebaño, y el rebaño estaría demasiado

feliz de apartarla.

En cierto sentido la paz mental que Eco había esperado que su madre descubriera al conocer su verdadero apellido sí le llegó. Le importaba un rábano el poco disimulado escarnio que hacían de ella los aldeanos; y en verdad le importaban un rábano los quehaceres cotidianos de la vida. Dejó de beber y de vender vino, de cocinar, de hablar de manera que se le pudiera oír o entender, de dormir en su cama, de andar por la aldea. En lugar de eso, se sentaba durante días en una silla forrada de cojines, mirando hacia la fortaleza, con la misma ausencia de expresión en el rostro. Y Eco supo que le había fallado: en lugar de protegerla del dolor, había pervertido el sueño más importante de su madre. La paz que ésta había obtenido no era la paz de haberse emancipado de la ilusión, sino de haber sido derrotada.

Dado que su madre ya no podía trabajar y Arnaud ya no podía hacer zapatos con la misma velocidad, Eco tomó el lugar de su madre en el negocio de la venta de vino, viajando a Camurac y Prades para acrecentar el negocio. Cada mañana salía con Merce colgada de la espalda, y una vez por semana le pagaba a un chico de la aldea para que la llevara a lomos de una mula. Ahora que su madre no consumía sus provisiones, el negocio resultó ser más lucrativo de lo que Eco había esperado, y un día, cuando notó que en la nariz de Arnaud se estaba formando una ampolla, le dijo que dejara de trabajar. Él se negó.

—No voy a convertirme en un inútil, Eco —dijo. Vio que le temblaban las manos y se disculpó.

Al invierno siguiente, cuando Merce había cumplido un año, Arnaud se levantó una mañana con cinco nuevas ampollas a ambos lados de la nariz; para cuando llegó el amanecer había sufrido tres ataques. Desde ese día permaneció casi continuamente afiebrado, y le rogó a Eco que mantuviera a Merce lejos de él.

—Puede que la infecte —dijo—. O que la hiera durante un ataque.

—Llevas mucho tiempo enfermo —dijo ella—. La niña está bien. Quiere estar con su padre.

Los tres siguieron durmiendo juntos porque Eco insistió en ello y porque Merce adoraba acurrucarse entre los dos.

Una noche, cuando Arnaud estaba aquejado de terribles sudores, Eco le preguntó si no le dejaría cambiarle la camisa, pero él se negó, tímido. Antes de apagar la vela a su lado, hizo una mueca y se volvió hacia ella.

—Quiero pedirte disculpas, Eco —dijo—, por ser un esposo tan falso... Nunca consumé mi amor contigo. —Sus pálidos ojos la estudiaron sin timidez, y ella se volvió tímida. Bajó la vista y tomó su nudosa mano de

donde sujetaba la sábana—. No es que no quisiera —continuó—. Sólo que...

—No necesitas explicarme nada. Descansa. Por favor.

Su tembloroso pulgar acarició la mano de Eco.

—Toda mi vida —dijo—, ha parecido que llevaba dentro un secreto. —Su mano se movió de la mano de ella a la tela empapada sobre su pecho—. El secreto de lo que yo no debía ser. De que soy contrario a la naturaleza. Y eso me ha hecho terriblemente vacilante en la vida.

Ella alzó los ojos para devolverle la mirada.

—¿Te conté que mi padre era el doctor del Conde de Foix? —dijo, con una sonrisa insegura, vacilante, en los labios—. Ni siquiera sé si sigue vivo. Pero salvó a un montón de gente de la muerte. Y me enseñó a darme cuenta de cuándo una vida está más allá de cualquier posibilidad de ser salvada... Esta vida, mi vida, ha llegado a su fin, Eco.

Aunque Eco ya supiera, en lo más hondo de su corazón, que la muerte de Arnaud se estaba acercando, que él lo admitiera le abrumó. Se estaba rindiendo a la muerte, estaba dejando que ésta le alcanzara, y no era justo. Ella le necesitaba.

—Eres el padre de mi hija —estalló—. ¡No puedes morirte!

Las lágrimas empezaron a surcar su rostro sudoroso.

—Lo siento —dijo, y luego lo volvió a decir, una y otra vez, como disculpándose no sólo ante ella, no sólo ante Merce, sino ante todas las personas a las que había querido en la vida.

Para la primavera, Arnaud se había exiliado a la cama, prohibiéndoles a Eco y a la niña acercársele.

—¡No te acerques! ¡No! —le gritaba a Merce cuando ella entraba a su habitación, ansiando su compañía.

Las ampollas que habían aparecido sobre su rostro se propagaron más aún y empezaron a devorarlo el cuerpo: primero la nariz y luego la piel que rodeaba el lugar donde habían estado su nariz y sus labios, la piel de su frente, dentro de la garganta. Se quedó tan ronco que apenas podía hablar, y la piel que le quedaba en la cara se volvió de un oscuro color carmesí. La habitación misma quedó impregnada del agrio olor de la muerte, y aunque ni Arnaud ni Eco lo confesaran, ambos temían que estuviera infectado de lepra. Puesto que se decía que el nuevo Obispo de Pamiers estaba registrando la diócesis en busca de leprosos, le mantenían con los postigos cerrados, con el hedor encerrado dentro, temerosos de que su enfermedad fuera descubierta por alguien que les deseara el mal.

Una noche, cuando Merce estaba profundamente dormida, Eco se levantó del catre de la habitación abandonada de su madre y se envolvió en su capa.

Encendió una lámpara de aceite y se dirigió apresuradamente a la capilla. Hacía mucho tiempo que el párroco le había indicado dónde encontrar la llave para entrar a la capilla en caso de que fuera a visitarle y no le encontrara. Justo como lo había prometido, la llave estaba hundida en la tierra bajo una piedra plana dos pasos a la derecha de los escalones del portal. Lo más rápidamente que pudo, movió el picaporte de la puerta, se deslizó al interior y se dirigió al vestidor.

Bajo la luz naranja de la lámpara, vio el pequeño escritorio del párroco, y sobre él, un tintero, varias plumas, papel secante, y un modesto taco de papel. Sacó el banco de debajo del escritorio, puso la lámpara sobre la mesa, y se sentó. La pluma era similar al estilo que había usado con Arnaud, pero nunca antes había escrito con tinta, y tuvo que hacer varios intentos de sumergir la punta de la pluma en la tinta, secándola y poniéndola sobre el papel antes de hacer una letra legible.

No conocía ninguna de las convenciones de la correspondencia, ni cómo dirigirse al lector, ni cómo indicar su identidad como autora, pero sí pudo escribir el contenido de lo que quería transmitir con rapidez y seguridad.

Usted no me conoce. Soy la esposa de su hijo Arnaud. Vivimos en una aldea a no más de medio día de camino de Ax-les-Thermes. Su nombre es Montaillou. Su hijo está enfermo. Por favor, venga antes de que se muera.

Al día siguiente, antes del amanecer, dio unos golpecitos en la ventana del chico al que a menudo contrataba para ir a comprar provisiones de vino. Cuando apareció en la ventana, con las mejillas rosas y los ojos soñolientos, le dio la carta, con las instrucciones de que se la entregara al doctor de la corte de Foix.

—Un doctor apellidado Lizier —dijo, poniéndole varios sous en el marco de la ventana. Él sonrió al ver el dinero—. Habrá más si encuentras al hombre —le dijo. Él tomó el dinero y salió corriendo.

Poco después, estaba de pie en el jardín mirando más allá de los campos y pastizales que se ponían dorados cuando se desvanecía la bruma matinal. El chico iba a toda velocidad por el camino, con su cabello oscuro y espeso, aleteando a cada zancada que daba. ¡Lizier!, quería gritarle, pero se contuvo.

Antes de que el niño regresara a la aldea, lo hizo la inquisición, y esta vez fue el párroco el que proclamó las citaciones. Los primeros en ser llamados a Pamiers eran el resto de la familia Maurs, luego la familia Belot completa, cuyos miembros habían huido anteriormente a Cataluña para regresar sólo hacía pocos años.

Ocasionalmente Eco veía al párroco por el camino, moviéndose con el

letargo de un cadáver, con la mirada indiferente, fija en lo que tuviera delante. Era voz popular que cuando un hombre arremetía contra sus hermanos directa y desapasionadamente, la muerte estaba a punto de llamar a su puerta: se hacía con enemigos que pronto le matarían.

Una mañana las campanas de la capilla no tañeron al amanecer, y Eco supo que el párroco había huido de su vida. No podía imaginarle sobreviviendo fuera de la aldea por mucho tiempo. ¿Qué era él, salvo el sacerdote de esta pequeña aldea, el amante de sus mujeres? ¿Cómo podría vivir separado de lo que le hacía ser quien era?

Le dijo a Arnaud que el párroco había huido, en la sospecha de que las noticias le aliviarían. En lugar de eso, se puso serio, y la conminó a que ella y Merce huyeran de la diócesis.

—Le encontrará, Eco —le dijo—. La Inquisición le encontrará. Y no perdonará a nadie. Y menos a ti.

—¿Y a mí por qué no?

—Te ha perdido, Eco.

—¿Y quién cuidará de ti? —le gritó—. ¿Quién cuidará de mamá? ¿Y de mí y de Merce cuando estemos solas? No, no te dejaremos.

—Por favor —le imploró—, vete. Y cuando esté curado, os encontraré.

—Nunca te curarás, Arnaud —dijo ella, sin intención de ser cruel.

El chico al que había pagado para entregar la carta regresó con mucho menos entusiasmo del que tenía cuando partió. Tras conocer que la nueva ofensiva inquisitorial de Pamiers estaba en contra de todos los herejes de la diócesis, prefirió quedarse un tiempo en Foix.

—No había muchos que quisieran hablar conmigo allí —le susurró a Eco en la cocina el día de su regreso a casa—. Y nadie sabía de un doctor de la corte apellidado Lizier. Habría perdido la oportunidad de encontrarlo si no hubiese sido por una anciana que me trató amablemente. Me dejó pasar y quedarme en los alojamientos para sirvientes de su viejo caserón. Dijo que Lizier era un buen doctor de su época, pero que había enfermado de una tristeza peor que la plaga misma.

—¿Pero le encontraste? —susurró Eco.

—Sí, sí —dijo el chico, y sus ojos verdes relampaguearon de irritación—. La anciana misma me condujo de la mano hasta su casa, una cosa enorme y oscura. De la mitad del tamaño de nuestra fortaleza. Y cubierta de hollín, con las ventanas cerradas. Un anciano vino a abrirme la puerta, más un fantasma que un hombre, te digo. «Tengo una carta para el doctor Lizier», dije yo, y él repuso: «Yo soy el doctor Lizier», y luego le tendí la carta, y él la tomó y cerró la puerta —las comisuras de su boca se levantaron en una sonrisa forzada—.

Me dijiste que habría más dinero si entregaba la carta en mano. Y lo hice. Lo hice. Y me gustaría recibir mi dinero, por favor.

Eco le pagó sus sous y en silencio se instó a no esperar la llegada del doctor.

Cada mañana, antes de salir a vender vino, hacía una sopa de pan, daba de comer a su madre y a Arnaud, un tazón para cada uno; luego comía lo que su estómago aguantara y se sentaba con Merce apretada contra el pecho, viendo cómo el día se iluminaba. Le parecía que a pesar de las desdichas que sufrían los que ella apreciaba, se podía encontrar contenta por todas partes. Cada trozo de naturaleza sobre el que descansaban sus ojos le parecía una pequeña ofrenda, una pequeña afirmación de la belleza y de la vida que le invitaba a olvidarse de sus preocupaciones y de su soledad. «Observa las cosas que hay delante de ti», parecían decir: «el húmedo valle de trigales, el agua que gotea del árbol, las nubes tan suaves y brillantes, tu pecho rebosante de leche. Observa todo lo que puedes ver, y encontrarás la paz».

Y entonces, una mañana sus ojos se alegraron de ver la silueta de un hombre que se acercaba por el sendero de los campos. No era ni leñador ni granjero, pues andaba a paso erguido, como alguien desacostumbrado a llevar pesadas cargas o inclinarse ante el arado. El hombre miró alternativamente el sendero y la aldea, como lo haría un extranjero en Montailhou. Desapareció de su vista y Eco separó a Merce de su pecho y se cubrió. Caminó con la adormilada criatura hasta el olmo de la plaza.

El hombre emergió del recodo del camino junto a la capilla. Llevaba un pequeño saco en una mano, con la vista baja, mientras caminaba cansadamente la empinada cuesta. De vez en cuando se detenía para tomar aliento. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de la plaza, ella dio un paso al frente, fuera del cobijo del olmo, y los ojos del hombre se alzaron para encontrarse con los de ella. Desde la distancia, se examinaron el uno al otro. Luego él hizo una reverencia y continuó por el camino, y ella salió a su encuentro.

Se detuvieron a un paso el uno del otro. Los ojos pálidos del hombre la estudiaron, y Eco reparó en su descuidado cabello blanco, sus rasgos demacrados. Algo en la opacidad de su mirada le dio la impresión de que hacía mucho tiempo que había abandonado el gusto por la vida.

—¿Doctor? —susurró ella.

Los ojos del hombre se posaron en la niña durmiente en los brazos de Eco. Se tapó la boca con el puño y asintió.

Le condujo en silencio hasta la casa. Al pasar por la cocina, ella le vio observar el hogar, el jamón a medio comer que colgaba de las vigas, el suelo cubierto de paja. Nunca antes le había parecido humilde su vivienda. Los ojos del hombre se detuvieron en el rostro de su madre, que dormía en una pose infantil en la silla.

—Voy a mostrarle a Arnaud —susurró, avergonzada de su madre y al mismo tiempo deseando protegerla.

Dejó a Merce en el catre de su madre y condujo al doctor al dormitorio donde dormía Arnaud, tumbado sobre la cama, con su boca en descomposición abierta y buscando aire, con sus heridas en torno al agujero de su nariz rezumando un líquido amarillento. Cuando el doctor le vio, rompió a llorar.

Sin decir una palabra, fue hasta la ventana, y abrió los postigos con furia.

—¡Mi hijo puede tener al menos algo de aire! —gritó.

Eco no se atrevió a discutirle.

Los ojos de Arnaud se abrieron de golpe y miraron al hombre que había junto a la ventana. Se incorporó en la cama y le echó una mirada a Eco, que estaba de pie a la entrada.

—Le escribí una carta, Arnaud —dijo suavemente—. Le hablé de tu enfermedad. Le pedí que viniera.

Desconcertado, Arnaud miró de nuevo a su padre.

—Mi niño —dijo el anciano. Rodeó la cama y se sentó junto a él, con la vista baja en busca de sus manos anudadas y heridas, que se aferraban a las sábanas.

Arnaud daba la impresión de estar al mismo tiempo indeciso, aterrorizado y eufórico: se quedó con la vista clavada en el hombre, y la boca le temblaba. Eco temió que muriera de la conmoción.

—Arnaud —dijo ella—. Él no tiene que quedarse. Si es demasiado para ti.

—Padre —murmuró Arnaud, y el hombre se estremeció en otro acceso de llanto.

Por un tiempo se quedaron sentados de esa manera, el hombre llorando sobre sus manos, Arnaud mirándole con intensidad. Luego el hombre se secó la cara.

—Cuando me enteré de que te habías fugado de la escuela —dijo, con voz insegura—, cuando me enteré de que habías huido durante la noche, acudí al Conde, le pedí que me entregara a algunos de sus hombres, y lo hizo...

—¿Me buscaste?

—Te buscamos hasta debajo de las piedras —dijo su padre—. En los lugares más miserables... pero no estabas por ninguna parte. Dijeron que

debías de haber muerto —negó con la cabeza—. Yo no podía descansar. No podía seguir yendo a ver a los pacientes y atender sus enfermedades preguntándome si tú estabas sufriendo peores dolores en alguna otra parte. Me preguntaba si, por un milagro, estabas esperándome en casa —sus ojos buscaron los de Arnaud—. ¿Por qué nunca volviste a casa?

Arnaud arrugó la frente. A Eco le pareció que esa respuesta era demasiado grande para ser dicha en palabras.

—Todos estos años —dijo su padre— lo que más he querido decirte es que me equivoqué al enviarte lejos, Arnaud. Al enviarte a un sitio con extraños —asintió entre las lágrimas—. Tú eras mi amuleto de la suerte, mi estrella más brillante... Cuando eras pequeño, pensaba que yo era demasiado afortunado. Qué injusto parecía que yo te tuviera, que pudiera pasar cada día con tu dulce sonrisa, tu dulce carácter, cuando tu madre estaba completamente sola... Y entonces te envié a que tú también vivieras solo —le dio un golpecito en el muslo con el puño—. Supe desde el principio que enviarte lejos estaba mal, que era un error. Quise ir a recogerte. Pero tenía miedo de que pensaras que era un cobarde. Que no podía sobrevivir sin ti. Qué cobarde que era yo entonces.

—No lo sabía. No lo sabía —murmuró Arnaud.

El hombre cerró los ojos por un momento, como para repasar los eventos del pasado.

—Los chicos de la escuela me dijeron lo que el Maestro te había hecho —dijo—. Entonces habría matado a ese hombre ahí mismo.

—¿Pero no estabas enfadado conmigo, padre?

El hombre parecía confundido.

—¿No te dijeron los chicos, el Maestro, lo que hice?

La expresión de su padre se suavizó.

—Oh, Arnaud —dijo—. Nunca estuve ni por un momento enfadado contigo.

Entonces lloraron juntos, abrazándose torpemente, y Arnaud girando el rostro para que sus heridas no tocaran la piel de su padre.

—Yo pensaba —dijo Arnaud— que si iba a casa, no iba a ser capaz de soportar tu escarnio. Si no me aceptabas...

—Si no te aceptaba...

—Preferí quedarme solo a arriesgarme a ser rechazado.

—Pero yo nunca, nunca lo habría hecho —farfulló su padre—. ¿Puedes perdonarme? ¿Puedes perdonarme que te haya abandonado?

—Fui yo el que te abandonó —dijo Arnaud—. Soy yo el que necesita de tu perdón.

De repente, se soltó del abrazo de su padre y le miró a los ojos con solemnidad.

—He cogido esto, esta horrible enfermedad, esta lepra, padre. Dios me está castigando por mis malas acciones.

—¡No! —gritó su padre. Acarició la cabeza de Arnaud, pasando los dedos por su cabello enredado—. Has sido contagiado de una enfermedad apabullante, despiadada. Es contra la naturaleza de Dios ser tan cruel.

Esa tarde, después de que el doctor examinara a Arnaud, fue a la cocina y Eco le sirvió un pequeño banquete de pollo relleno de higos, sopa de ajo y jamón frito. Se bebió por lo menos media jarra de vino, observó a su madre con un gesto igualmente inexpresivo y le pidió a Eco que se sentara para que pudieran hablar. Merce estaba ocupada intentando trepar a la banca que estaba del otro lado de la mesa, y Eco la sentó en su regazo mientras tomaba asiento. Merce daba golpecitos en el borde la mesa con sus deditos regordetes.

—No creo que esté enfermo de lepra —dijo el doctor. Tomó aire, y sus ojos enrojecidos examinaron los inquietos dedos de la niña—. Hay otra enfermedad, mucho más rara, y todavía pendiente de reconocimiento. He visto dos casos, un hombre y su esposa, ambos tachados de leprosos por otros doctores y confinados a una colonia fuera de los muros de la ciudad. Pero no eran leprosos, no.

Eco abrazó a Merce con más fuerza, y la niña protestó, agitando los brazos para soltarse.

—¿Cómo supo que no lo eran? —preguntó Eco.

Los ojos del doctor se encontraron con los de ella.

—Cada enfermedad tiene su curso —dijo—. Y en ambos casos, el del hombre y el de su esposa, la enfermedad empezó con una simple herida en los genitales —se detuvo, estudiando a Eco como para determinar si sus palabras eran o no demasiado crudas—. Más tarde —continuó— apareció un sarpullido, una erupción de pústulas amarillas. En el caso de él, sobre todo el cuerpo, y en el de ella, sobre su rostro y sus muslos... Fue entonces cuando se les marginó y se les envió a la colonia, pero las pústulas desaparecieron. Les soltaron a ambos y se les consideró como santos... Sin embargo, tres años después la enfermedad entró en una fase terciaria. Se empezaron a formar nódulos bajo la piel del rostro del hombre, ulcerando su paladar y su laringe. También sus genitales fueron consumidos por la enfermedad. Y ella... —El doctor detuvo su explicación, negó con la cabeza, como para decirse que debía callar.

—¿Y ella? —dijo Eco, haciendo saltar a Merce con el movimiento de sus piernas.

—Se apoderó de ella un dolor tan terrible, tan torturador, que sus gritos

podían oírse por todas partes. Se volvió loca. La mitad de su cuerpo se quedó paralizada. Y entonces, una noche, su corazón se detuvo por completo. —Las facciones del doctor se contrajeron, como si de repente estuviera experimentando el sufrimiento de la mujer—. Sería bastante normal, Señora —dijo en voz baja—, que en su cuerpo hayan aparecido pústulas. O en su vulva o sus muslos... ¿Ha notado algo?

Eco negó con la cabeza. No, no había notado nada.

—Perdone mi indiscreción, pero debo aconsejarle entonces que con mi hijo usted se abstenga de cumplir con sus deberes como esposa.

Exhaló, mirando otra vez a su madre, que le decía que sí con la cabeza, como si estuviera consciente y agradecida de sus consejos.

—Recemos porque no sea demasiado tarde para usted, señora —le dijo a Eco—. Ojalá no se contagie.

Durante los días siguientes, el doctor quemó bayas de enebro por toda la casa para purificar el aire, que sospechaba corrupto, y le dio a Arnaud varios enemas para limpiar sus intestinos, y frotó un paño con un unguento de mercurio sobre las extremidades y el rostro de Arnaud. Contra toda esperanza y razón, hacía todo lo que estaba en sus manos para curar a su hijo.

Durante este tiempo Eco siguió vendiendo vino, y en un viaje a Camurac se enteró de las masacres ocurridas en la provincia de Toulouse y en las diócesis de Albi y Cahors. Grupos de campesinos que se hacían llamar pastorellos se habían reunido por toda la región con el propósito de reivindicar la Tierra Santa y liberar a Francia de los judíos. Sin discreción ni piedad, habían masacrado a familias enteras de judíos y se habían apoderado de sus propiedades, horrorizando tanto a las autoridades de la Iglesia como al Conde. Se decía que los pastorellos se dirigían a Aviñón para hacerse con el dinero del papado y después gastarlo. Ya se había atrapado a muchos en Carcassonne. Cuando Eco les contó a Arnaud y a su padre las noticias, el anciano escondió su rostro entre sus manos.

—¿Quiénes se creen que son matando en el nombre de Dios a Sus criaturas?

La mañana del séptimo día de la estadía del doctor en la aldea, un fuerte golpe en la puerta les despertó. La última vez que Eco había oído esos golpes ávidos y furiosos era todavía una niña. Ese día el cuerpo de su padre había sido exhumado y quemado. Esa noche su abuela había dejado de respirar. Vagamente se acordaba de las plegarias que el párroco murmuraba sobre el cuerpo medio muerto de su abuela.

Se tapó con una sábana y acudió a la puerta. Un esbirro la esperaba de pie al otro lado del umbral. Era robusto, y llevaba espada y ballesta. Detrás de él

vio a muchos aldeanos reunidos en su jardín.

—¿Grazida Lizier? —dijo el esbirro.

Ella asintió.

—Se le convoca para que acuda a Pamiers. Debe partir inmediatamente. El Obispo espera que se presente a las puertas del palacio episcopal dentro de dos días a mediodía. Si no se presenta en ese momento, será arrestada y encarcelada. Y si intenta huir, será excomulgada y perseguida, y la propiedad de su familia será confiscada por la Iglesia.

Sin siquiera hacer una reverencia, el esbirro partió, y ella cerró rápidamente la puerta, temerosa de que regresara para llamar a Arnaud o a su madre.

Encontró a Arnaud sentado sobre la cama, apoyado en el brazo de su padre, que estaba agachado a su lado.

—Estás a salvo —dijo ella, y brotaron lágrimas de sus ojos, y supo que esas lágrimas eran de alivio y gratitud. Sí, era el miembro más fuerte de la familia, y por ello el que debía ahora defenderla.

—¿Y tú? —dijo Arnaud con voz queda.

Ella sabía que su temor era por ella, y ella deseó que hubiera alguna manera de protegerle de la verdad.

—¿Yo? —dijo ella, incapaz de responder.

Había querido llevarse con ella a Merce, puesto que la niña no estaba aún destetada y ni Arnaud ni su madre podían cuidar de ella, pero el doctor le aseguró que la niña estaría a salvo si la dejaba con él.

—El viaje será difícil para ambas si ella va —dijo—. Y si, Dios no lo quiera, te meten en la cárcel, hay pocas posibilidades de que la niña sobreviva, por el agua sucia y la disentería que casi siempre conlleva ser encarcelado junto a otros—. Tú eres suficientemente fuerte para resistir la enfermedad, pero la niña no.

—Necesita mi leche —alegó Eco.

—Ya no —dijo el doctor.

Ella metió en una bolsa pan, queso y fruta, y el doctor depositó sobre su mano una bolsita llena de monedas.

—Ese chico que enviaste con tu carta —dijo— me pareció un buen chico. Dale algo de dinero para que te acompañe en el viaje. Y asegúrate de quedarte en una posada que esté limpia: hay tantas donde pululan puros indeseables.

Ella le agradeció el dinero. También le dijo que no se preocupara por su madre.

—Yo mismo cuidaré de ella —dijo—. Y contrataré a uno o dos sirvientes

para que se encarguen de la casa, la cocina y la niña... Estaremos bien. Estaremos bien.

Más tarde, el chaval se sentó en el jardín con el saco de Eco mientras ella se despedía de la familia. Se llevó a las mejillas los dedos de Arnaud, que no estaban llagados.

—Gracias —le dijo, y no pudo decir más. Arnaud asintió, tan incapaz de hablar como ella.

El doctor la acompañó a la cocina, con Merce en sus brazos. Eco besó a su madre en ambas mejillas y luego se dejó caer sobre su pecho. *Tengo miedo*, pensó. Mamá, *tengo miedo*. Sintió que su madre le devolvía la caricia.

—¿No puedes quedarte? —susurró su madre.

—Lo siento, mamá —dijo Eco.

Le hizo una reverencia al doctor, tomó en sus brazos a Merce, besándole los mofletes. La niñita se echó a reír y Eco rompió a llorar. Le entregó otra vez la niña al doctor, y se dio la vuelta para marcharse.

En la puerta, miró por encima de su hombro y Merce le hizo graciosas muecas. Eco se rió, a pesar de las lágrimas.

—Sé una niña buena —dijo. Se obligó a abrir la puerta. Por última vez miró a la pequeña, que una vez más soltó un chillido de risa.

—Llévesela, por favor —dijo Eco.

—Estaremos bien —dijo el doctor, luego desapareció con ella en la habitación donde yacía Arnaud.

Eco y el niño viajaron a través del calor del día y pasaron Camurac y Comus, y siguieron su ruta por el curso del río Hers, por los estrechos e implacables Desfiladeros del Miedo. Intentó describirse el paisaje por el que pasaban, perderse en el ritmo de las palabras, descansar en la variopinta contemplación del cielo, los peñascos y el río... Pero los cerros, uno tras otro, se difuminaban como sombras en su mente, la luz parecía muerta, los árboles secos, sin el deleite de la fertilidad. Estaba abandonada al miedo, al calor, al cielo sin nubes que no ofrecía refugio alguno. Sintió el sabor del polvo rojo, el olor de su propia leche, que se agriaba y derramaba. Se habría puesto a llorar si no hubiese sido por el chico que caminaba delante de ella y la manera alegre en que éste la miraba.

—¿Pararemos a descansar? —le preguntó, preocupado, y ella le dijo que no, que debían seguir adelante.

Esa tarde llegaron a Lavelanet y luego, antes del amanecer del día siguiente, a Pamiers. Mientras el chico correteaba por las sofocantes calles en busca de una posada con habitaciones libres, ella se refugió bajo una carreta abandonada y alzó la vista a las enormes murallas almenadas de la fortaleza

que dominaba la ciudad. Justo debajo había una pequeña fortificación, de color oscuro con torres austeras, carentes de ventanas.

—¡Encontré una habitación! —cantó el chico, dando brincos delante de ella. Era como si, por su juventud, fuera incapaz de concebir la gravedad de su situación, como si no entendiera que su vida y su libertad estaban en juego, que esta visión cenicienta podía ser su última experiencia visual no obstruida por unos barrotes.

Esa noche, mientras el chaval dormía en una cama a su lado, ella se dio cuenta de que era posible que el párroco estuviera en Pamiers. Quizá, como Arnaud temía, le habían apresado y juzgado. Quizá había sido el que había hablado contra ella.

A la mañana siguiente, el chico caminaba con ella por el viciado bochorno de las calles camino del palacio del Obispo, la misma fortificación oscura, carente de ventanas, que había visto el día anterior. Iba pisando las baldosas del camino, imaginando la fértil llanura y la libre corriente del Ariège del otro lado de las murallas de la ciudad. No había descubierto hasta ese momento lo fresco que era el aire de montaña de su aldea.

Se le hizo esperar ante el portón del palacio. El chico esperó con ella, pateando piedras para matar el tiempo. Cuando por fin un guardia vino a conducirlo adentro, el pánico le sobrecogió y se agachó para abrazar al chico, que se quedó de pie pasivamente, dejándole tomar de él lo que necesitaba.

—¿Debo esperar aquí por ti? —preguntó.

—No —dijo ella. Y luego—: ¿Sería eso demasiado difícil?

—Esperaré —dijo él, y se puso rígido cuando ella le volvió a abrazar.

Las galerías del palacio eran estrechas y oscuras y faltas de adornos, y cuando el guardia se detuvo delante de una pequeña puerta, ella se preparó para entrar en una cavidad tan reducida como una celda. En lugar de eso, cuando un hombre abrió la puerta desde dentro, le hicieron pasar a un vestíbulo lleno de luz, con un suelo de tablas de madera cubierto de alfombras, con las paredes tapizadas, y una mesa larga como un árbol en cuyo extremo se encontraban cuatro hombres sentados.

En el centro se encontraba un hombre ataviado con elaborados ropajes sacerdotales, el Obispo, supuso Eco. Era más joven de lo que se había imaginado, de facciones oscuras, con una sonrisa de curiosidad insinuada en sus labios y una gentileza en los ojos que casi la abrazaba. Se puso de pie, le hizo una reverencia, y le señaló con un gesto una silla en el centro de la sala.

—Descanse sus piernas, señora —dijo, con una voz tan plácida como su mirada—. Debe de estar cansada del viaje. Me han dicho que ha debido viajar apresuradamente.

Ella se acercó a la silla, mirando a los otros que estaban sentados a la mesa. El mayor era un fraile enjuto de aspecto enfermizo. Al otro lado del Obispo había dos hombres con plumas en sus manos. Delante de ellos había largos folios de papel, tinteros y hojas de papel secante.

El Obispo se sentó cuando ella lo hubo hecho.

—Seré yo —dijo—, quien la interrogue el día de hoy, señora. El caballero a mi derecha es el muy destacado Inquisidor Bernard de Toulouse. Es una rara ocasión que reemplace al dominico que suele asistirme —miró al Inquisidor, cuyos ojos oscuros no dejaban de mirarla ni para pestañear—. El Inquisidor sentía grandes deseos de estar aquí hoy por usted. Y yo le he invitado a estar presente bajo la condición de que me deje conducir el interrogatorio.

Hubo un momento de silencio, y luego los escribas llenaron la habitación con el sonido de sus plumas sobre el papel. Ella dudó de la letra de los escribas, temerosa de que ya la estuvieran condenando con cada trazo mortal e impreciso.

—Para empezar —dijo el Obispo, bajando la vista a un grueso libro abierto delante de él—, debo decirle de qué está acusada. Al hacerlo voy a pedirle que jure decir la verdad —le sonrió una vez más, formando arrugas a ambos lados de sus ojos—. ¿Jura, Grazida, esposa de Arnaud Lizier, por los Sagrados Evangelios de Dios, decir la verdad tanto sobre usted misma como defensora como sobre otros como testigo? —Se detuvo—. Puede responder.

—Sí —dijo ella.

—¿Y jura por esos mismos evangelios decir la verdad acerca de la herejía de la que es sospechosa y sobre el incesto y el libertinaje que se le acusa de cometer por medio de Pierre Clergue, párroco de la Iglesia de Montailou?

Quedó tan aturdida por sus palabras, por su frialdad, que por un momento no pudo hablar. Incesto. Libertinaje. No, esas palabras no reflejaban su experiencia con el párroco, de lo que habían compartido. Súbitamente se dio cuenta, y con toda la fuerza de la certeza, de que el párroco en verdad había hablado contra ella. ¿Quién más sabía de su relación de parentesco?

—¿Señora? —se apresuró a preguntar el Obispo, y el Inquisidor tosió en su puño, mirándola con el ceño fruncido. El rasguñar de las plumas de los escribas continuó.

—Sí —dijo ella—. Juro decir la verdad.

—Finalmente —dijo el Obispo—. ¿Hay algún hombre o mujer a quien considere su enemigo?

—¿Enemigo? —dijo ella—. ¡No!

Ciertamente había aldeanos que habían chismorreado sobre su habla súbitamente recobrada, o sobre su embarazo —que se mostró tan rápidamente después del matrimonio— o sobre la ebriedad de su madre, o su locura. Ciertamente, desde que Merce había nacido, ella se había alejado del

párroco, resentida por su espionaje, incluso le había odiado, especialmente después de que la hubiera violado. Pero nunca le había considerado —ni a él ni a nadie— un enemigo.

—Entonces —dijo el Obispo— voy a pedirle que nos haga una relación de cómo empezó su relación carnal con el párroco.

Ella se detuvo a pensar. Mientras que con el párroco nunca se había sentido avergonzada, ahora sí se sentía humillada, consciente de que estos hombres consideraban que el hecho de que hubieran hecho el amor era una humillación. Sin embargo, no se le ocurrió mentir acerca de lo que había pasado. Había jurado por los sagrados Evangelios decir la verdad.

—Hace cuatro años o cinco, no estoy segura, fui al bosque, al claro, como había hecho a menudo desde que era una niña... El párroco estaba ahí.

Escuchaba su propia voz como si no fuera suya, como si la vida de la que hablaba fuera algo ajeno a lo que ella había sentido, percibido y vivido. Cuando ella y el párroco comenzaron era primavera, y él la había mirado como si no supiera cómo consolarla, cómo tocarla, y había árboles alrededor. Él tenía un olor extraño, como a mirra y cedro, ¿o era otro su olor? Y ella había llorado, sí, porque su madre le había herido tanto. Él la había abrazado como nadie en su vida lo había hecho, y habían yacido juntos, en el claro, junto al arroyo, un arroyo cuyas aguas desembocaban en el Ariège. Y él la había tocado, y ella se había sentido atemorizada y había querido más. Y ahí estaban los sonidos del bosque, los sonidos de su aliento, el dolor entre sus piernas: qué bien se sentía habiendo dejado de estar sola.

—Me consoló —dijo—, pues yo estaba triste en aquella época. Me abrazó, y yo le besé. No podía hablar, ¿se da cuenta? Desde niña las palabras me habían fallado.

Y ahora también las palabras le fallaban. Por mucho que intentara ser fiel a la verdad, cada sonido que salía de su boca era una aproximación, y por ello en cierto modo una mentira, un pequeño asesinato de lo que de verdad había pasado. Y la historia simple y monótona de cómo ella y el párroco habían empezado sonaba vacía y atroz a sus oídos.

—Fue entonces cuando se echó encima de mí. No de manera violenta. Con suavidad. Con mucha gentileza. Me pidió que le perdonara, pero no había nada que perdonar.

El Inquisidor se levantó repentinamente de su silla, con una expresión de enfado en los ojos.

—¿Está usted sugiriendo que Clergue le dijo que no era pecado que un sacerdote tuviera relación carnal con una virgen?

El Obispo le fulminó con la mirada.

—Le imploro —dijo— que me deje a mí conducir el interrogatorio. Si tiene preguntas para cuando yo haya terminado, podrá entonces hacerlas.

El Inquisidor se sentó, claramente contrariado, y el Obispo dirigió sus ojos de vuelta a Eco.

—Señora —dijo—, cuando conoció carnalmente a este párroco, ¿creyó estar pecando con él?

—¿Pecando? —dijo ella—. No, nunca creí que estuviera pecando. A los dos nos daba gran alegría hacemos el amor. Nuestra alegría entonces era compartida.

—¿Y no sabía usted —dijo el Obispo— que este párroco era pariente de su madre, aunque ilegítimo?

—No lo supe hasta hace poco —dijo—. Ni siquiera mi madre lo sabía. Nunca llegó a conocer el nombre de su padre.

—¿Pero si usted hubiera sabido que su madre era sobrina del párroco —dijo el Obispo—, se habría dejado conocer íntimamente por él de tan buena gana?

Pero así no sucedieron las cosas, pensó ella.

—No lo creo —dijo ella, cayendo en la cuenta de que después del nacimiento de Merce se había apartado del párroco no sólo porque tenían una relación de parentesco, sino porque él le había ocultado esa relación, porque nunca le había contado a su madre quién había sido su padre.

El Obispo pasó una página de su libro.

—¿Por cuánto tiempo mantuvo relaciones con el párroco? —le dijo.

Ella sopesó la respuesta.

—De una primavera a la siguiente —dijo—. Hicimos el amor de una primavera hasta la siguiente, y luego...

Luego la vida de Merce brotó en mi interior, pensó.

—¿Y después?

—Después el párroco me entregó en matrimonio a mi esposo...

—¿Y su pecado carnal con el párroco continuó?

Sintió que su rostro se ponía rojo de vergüenza y rabia. ¿Por qué tenía que revelarles a estos hombres las intimidades de su vida y de su amor?

—Todavía nos encontramos alguna vez en el bosque —dijo—, pero cada vez menos. Cada vez menos.

—¿Le ocultó esto a su marido? —dijo el Obispo, frunciendo el ceño.

—Yo iba al bosque cuando él no estaba —dijo ella—, o estaba ocupado haciendo zapatos. —Recordaba la mirada de derrota en los ojos de Arnaud cuando ella regresaba del bosque al caer de la tarde—. Creo —dijo— que es posible que mi esposo lo supiera. Pero nunca me reprendió ni me pidió que lo confesara.

El Obispo le dirigió una mirada al Inquisidor, que le observó con una expresión de repugnancia.

—Usted se ha comportado de mala manera con este sacerdote —le dijo el

Obispo—. En particular, por el hecho de tener un marido. ¿Nunca se le ocurrió que podía ser un pecado tener relaciones con alguien que no fuese su marido? ¿Nunca se le ocurrió que tales acciones carnales podían disgustar a Dios?

Ella intentó recordar si había habido algún momento —un momento fugaz— durante el cual hubiera sentido que un asomo de juicio divino descendía sobre ella y el párroco. Había sentido la presencia de los árboles, del viento, de las hojas, del musgo que le humedecía la espalda. Había sentido los temblores del párroco. Pero nunca pensó ni por un instante que el hecho de que se acoplaran fuera una afrenta contra Dios.

—No —dijo ella—. No pensé que el que nos acostáramos pudiera disgustar a ser vivo alguno.

El Obispo apartó el libro, hacia el centro de la mesa.

—Supongamos que su esposo le hubiera dicho que a él le disgustaba —dijo—, ¿entonces habría creído que era pecado?

—No me dijo que le disgustara.

—Suponga que lo hubiera hecho —dijo con mayor firmeza.

—Hubiera seguido sin considerarlo un pecado —dijo ella. Seguramente se habría sentido más arrepentida, arrepentida de herir a Arnaud. Pero el pecado era algo malo, malvado. Y hacer el amor con el párroco había sido siempre pura alegría—. Si cualquier hombre yace con una mujer —dijo—, ya sea un sacerdote o un zapatero, si es una virgen o una viuda, si es dentro del matrimonio o fuera de él, si su regocijo es compartido, no creo que estén pecando. No creo haber pecado con el párroco.

—¿Y quién le ha enseñado un error tan grande, mujer? —Irrumpió el Inquisidor. Su rostro se había vuelto rojo e iracundo.

—Usted contestará a esa pregunta —dijo el Obispo suavemente, estudiando sus manos, cerradas sobre su libro.

—Nadie, salvo yo misma —respondió.

El Inquisidor gruñó, empujó para atrás su silla, haciendo mucho ruido; se levantó y comenzó a caminar por detrás de los otros. Uno de los escribas dejó de tomar notas, pero el Obispo siguió adelante, sonriéndole a Eco de una manera forzada, triste.

—¿Y le ha hablado de estas ideas tuyas sobre el pecado carnal a alguien más? —preguntó.

—No —dijo ella—. Nunca nadie me ha preguntado por ellas.

Alzó la vista al Inquisidor, que murmuraba cosas para sí mismo mientras caminaba de un lado para otro.

—¿Cree usted que la gente que vive una vida buena y santa irá al Paraíso después de la muerte y que los pecadores irán al Infierno? —dijo el Obispo—. En pocas palabras, ¿cree que hay un Infierno y un Paraíso?

Eco vaciló, intentando concentrarse en la pregunta en vez de en los murmullos indescifrables del Inquisidor.

—He oído que se dice que hay un Paraíso —dijo. Podía imaginar el Paraíso, algo parecido a su bosque, pero más amplio, con árboles torcidos, y arroyos con brillantes truchas para comer y el sonido de las hojas y el viento y el agua derramándose, goteando. Sí, podía imaginarlo. El Paraíso sería tan bueno como había sido su amor con el párroco—. Lo creo —dijo ella—. También he oído que hay un Infierno. Aunque no soy capaz de imaginarlo. —Nunca había visto un lugar donde no entrara la luz, donde no se pudiera encontrar ni un poquito de bondad.

—¿Cree usted que la gente puede ser resucitada? —preguntó el Obispo.

—He oído que nos levantaremos después de muertos —dijo ella—. No veo razón para cuestionar la idea... Pero no lo he podido ver con mis ojos, así que no puedo creerlo con seguridad.

El Obispo atrajo su libro hacia sí y contempló su página abierta.

—¿Cree que Dios hizo todas las cosas de este mundo? —dijo, alzando los ojos para encontrarse con los de ella.

Las cosas de este mundo... Pensó en el valle bajo Montailou, los pastizales y los campos que contemplaba mientras cuidaba de Merce al amanecer de cada día, mientras el mundo quedaba empapado de un color cada vez más intenso.

—Creo que Dios ha hecho las cosas que son agradables a la vista, al oído y al paladar —dijo—, las cosas que son útiles y nos dan placer, paz mental. Las flores y los frutos y los bueyes. Las cabras y las mulas. Los hombres y las mujeres y los niños, por supuesto. Y los árboles, el viento y el agua —así pensaba—. Pero no creo que Dios hiciera las cosas que nos hacen daño: la sequía, la locura y la enfermedad.

—¿Y quién cree que hizo esas cosas? —preguntó el Obispo. La miraba fijamente, y tras él, el Inquisidor escuchaba.

—Nadie —susurró—. Son cosas que suceden. El dolor sucede, a pesar de Dios.

Le hicieron esperar con un guardia fuera del vestíbulo, en el deprimente y opresivo pasillo. Mientras yacía apoyada contra la pared de piedra, mirándose los pies, se dio cuenta de que ni el Obispo ni el Inquisidor le habían preguntado por Arnaud. Dado que el párroco había acusado a Arnaud de herejía cuando se enteró de que ella sabía leer, Eco pensaba que podría acusarle frente al Inquisidor y acusarla a ella de haber sido atrapada en la telaraña de sus artimañas. Ella había esperado tener que defender a Arnaud y demostrar que los dioses y las diosas de su libro no eran los de los

Buenos Cristianos, sino unos dioses de la imaginación.

Hubo un sonido en la puerta del vestíbulo, y luego apareció el Inquisidor, con una apariencia más anciana entre las sombras del pasillo, más cansado, con el rostro cubierto de amigas. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Eco, y luego se dio la vuelta y se alejó de ella por el pasillo.

El mismo hombre que la había hecho pasar al vestíbulo se acercó a la puerta y la invitó a pasar con una señal. Esta vez, cuando ella entró, el Obispo no se levantó a saludar, no hizo ni un solo gesto en dirección a la silla. Los escribas la miraron con atención.

—Grazida Lizier —dijo el Obispo—, usted ha elegido escatimar palabras frente a este jurado, y es opinión de esta Oficina que usted no ha confesado todo lo que sabe. Estará detenida en la Tour des Allemans hasta el momento que considere adecuado para hablar abiertamente.

—Hablaré abiertamente ahora —dijo, con una voz que se alzó hasta un tono agudo—. Le diré lo que quiera, cualquier cosa que quiera saber. Mi esposo me enseñó a leer, pero su libro era de Ovidio, no un libro hereje.

Los ojos del Obispo se entornaron.

—¿Su esposo le enseñó a leer? —Se quedó mirando a Eco perplejo, como si no supiera cómo proceder—. ¿Y cómo —tartamudeó— es que su esposo aprendió a leer? ¿Le enseñó un Hombre Bueno?

Ella vaciló, aturdida de su propia ignorancia acerca de la historia de Arnaud. Nunca se le había ocurrido preguntarle dónde había aprendido a leer.

—No tenemos nada que ver con la herejía —dijo mansamente.

El Obispo negó con la cabeza, con sus labios firmemente cerrados en expresión de incredulidad. Cayó en la cuenta de que al confesar que le habían enseñado a leer, había hecho todo menos admitir que había sido seducida por la herejía. Y había puesto en peligro a Arnaud, al inocente Arnaud.

—Permanecerá retenida en la Torre durante al menos seis semanas —dijo el Obispo—. Cuando llegue el momento, el guardia le...

—Pero mi bebé —dijo—. Mi esposo. Está muy enfermo y no puede cuidar de ella. Y mi madre...

—Usted misma se lo ha buscado, Señora —dijo el Obispo, con expresión inflexible—. En seis semanas se le dará otra oportunidad de hablar.

Le hizo un gesto al guardia.

—No se resista, señora —murmuró el guardia. La tomó con brusquedad del brazo y la arrastró hacia la puerta.

Estiró el cuello para girar el rostro hacia donde estaba el Obispo, que le susurraba algo a sus escribas.

—¿El párroco está preso en la Torre? —le gritó. Necesitaba saber si el hombre que le había robado a su hija, a su esposo enfermo, estaba también

sufriendo por haberle fallado a la Iglesia.

El Obispo la miró, con una amiga de agotamiento sobre la frente.

—En la peor de todas las celdas —dijo—. Sí, está preso en la Torre.

La Tour des Allemans estaba fuera de las puertas de la ciudad, y mientras el guardia la conducía hacia allí, su comportamiento se hizo más suave. Ella le contó que el chico seguía esperando junto a la puerta del palacio a que ella saliese, y el guardia se compadeció de ella y le prometió encontrarle.

—Dígale al niño que vaya a casa —dijo ella, intentando tragarse su terror y su aflicción—. Dígale que le cuente a mi esposo que he confesado que me enseñó a leer. Y que lo lamento, y que estoy preocupada por su seguridad, preocupada de que ahora vayan a por él. Dígale que estaré encerrada seis semanas.

El alcaide de la prisión era un hombre grande, de ojos amables, cuya esposa, Honors, condujo a Eco a la habitación donde se iba a alojar con otras veintitrés mujeres, algunas de las cuales todavía esperaban juicio; la mayoría ya había sido sentenciada.

—El Obispo no es todo maldad —le susurró Honors mientras subían las escaleras—. Él mismo hizo que se construyera esta Torre según las exigencias del Papa. Hay muchas camas, y altas ventanas aquí y allá, y tanto aire como puede encontrarse en la mejor de las prisiones.

Cuando Eco entró en la celda y vio los rostros inmundos y marchitos de las mujeres, sintió que se asfixiaba, sobrecogida por el hedor incomparable que impregnaba la habitación: un hedor de sangre menstrual derramada, de orina, de disentería y desesperación. Se sentó en un sucio catre que había en una esquina, escondiéndose de las miradas de las mujeres. Sabía que su propio vestido estaba gastado y daba pena, que su propio aspecto carecía de toda jovialidad, pero no quería ver el reflejo de su imagen, no quería que se le recordara que era pobre y sin poder alguno, asquerosamente débil, asquerosamente humana.

Como toda niña criada en Montailou, se había nutrido de los colores verdes y dorados de los campos, prados y sotos, del intenso azul del cielo infinito. Sus ojos habían florecido con la visión de la inmensidad de las montañas, y su cuerpo estaba acostumbrado a los placeres de pasear libremente por las colinas. En las estrecheces de la celda, se hundió en una melancolía que nunca antes había sentido. El aire era caliente y escaso, y no ofrecía ni un soplo de aire para aliviarle el lamento. Las dos únicas ventanas eran altas y estrechas, y empezaban en una cornisa que sobresalía hacia el exterior, de manera que no podía verse siquiera un trozo de cielo, y no le daban ni un poquito de desahogo de color o distancia a sus ojos,

recientemente privados de todo placer.

En tanto que su espíritu decaía, también lo hacía su cuerpo, que durante las semanas que siguieron fue lentamente consumido por el hambre, la disentería y la fatiga. No había suficientes camas, y su sueño no era reparador. Algunas veces, durante la noche, estallaba en llanto incontrolable, o su corazón empezaba a latir con tal velocidad, que pensaba que seguramente moriría. Deseaba con toda su alma el consuelo de tener a Arnaud a su lado. Nunca más iba a volver a alimentar a su preciosa niñita; sus pechos se habían vuelto pequeños y secos.

Cada semana que pasaba hablaba menos, hasta que finalmente escogió la mudez, de la misma forma en que la mudez alguna vez pareció escogerla a ella. Escuchaba a las mujeres contar historias de sus hijos, de sus esposos, de sus hermanas, de sus dolencias. Si no hubiera pensado que las mujeres querían ante todo ser escuchadas, se habría sentido mezquina al responder a sus palabras con silencio. Se sentía muerta por dentro, como si ya estuviera en la tumba. Antes había dudado de la noción de Infierno, pero ahora empezó a creer en ella. Quizá el Infierno era cuando uno ya no podía reconocer la bondad del mundo, cuando la propia desesperación era tan negra y absorbente que el simple sueño de una luz por venir era una mancha difusa.

Ocasionalmente, mientras descansaba en el catre durante el día, mirando a las mujeres pensar y respirar y compadecerse suavemente, un sentimiento afín a la esperanza le purgaba por dentro. Entonces el nebuloso sueño de la libertad cobraba forma en su mente: Arnaud estaría curado, su madre sería alegre, Merce estaría fuerte y saludable; juntos encontrarían una granja en Aragón, con un rebaño de ovejas lanudas y una casa que podrían llamar propia. Ella y su madre cultivarían los viñedos mientras Arnaud hacía zapatos, en tanto que Merce crecería hasta ser una niña, aprendiendo la lengua de Aragón. Y durante los veranos, cosecharían los campos dorados bajo la luz del sol. Pero el sueño se disipaba tan rápidamente como llegaba, y se abandonaba a un miedo que le carcomía, temiendo que nunca escaparía del Infierno que le estaba consumiendo.

Una mañana una hoja otoñal se metió por una de las ventanas. Durante un rato ella y las otras mujeres simplemente la contemplaron: una brillante erupción de naranja y rojo sobre las polvorientas tablas del techo de la prisión. Una mujer recogió la hoja, luego la pasó de mano en mano, y cuando finalmente Eco tuvo la oportunidad de cogerla, tocó su arrugada suavidad con la mejilla, con la boca, respirando su olor otoñal. Había ocurrido un pequeño milagro, y no quería que desapareciera sin prestarle una especial

atención.

Esa tarde la esposa del alcaide, Honors, fue a la celda con un pequeño y angosto paquete para ella. Ella lo tomó y se sentó en el catre, de cara a la pared, para evitar la mirada curiosa de las otras. Le quitó la envoltura y encontró varias hojas de papel dobladas en el interior eran dos cartas, una de Arnaud, la otra de su padre.

A mi querida esposa, de su marido:

Le he pedido a mi padre que escriba esto, puesto que mis manos ya parecen ser incapaces de mantenerse firmes.

Hace varias semanas el chico vino a nosotros con la noticia de tu encarcelamiento. Espero que no te enfades por haber enviado inmediatamente después una carta al Obispo, dando testimonio de tu inocencia. Si no temiera que mi condición agravaría su acusación contra d, iría a verte inmediatamente.

A menudo mi padre y yo rezamos porque estés a salvo, pero he sido incapaz de encontrar las palabras para escribirte.

Merce ha pronunciado su primera frase completa. ¿Dónde ir Mamá? Hace esta pregunta y lleva sus manos hasta sus oídos y sus hombros se encogen mientras mira por toda la habitación. Te echa mucho de menos, pero está bien, muy bien. Está bebiendo leche de cabra y comiendo bastantes cereales y frutas.

Mi padre nos está cuidando muy bien a todos, intentando tratar a tu madre de lo que llama enfermedad del humor. Quizá llegue a mejorar.

Cuando te estabas yendo, no sabía qué decirte. A decir verdad, sigo sin saberlo. Sólo que desearía estar en tu lugar, que daría cualquier cosa por protegerte, y que lo lamento, lamento profundamente que si al enseñarte a leer te he expuesto a un mayor peligro. Si no hubiera estado enfermo, podríamos haber huido juntos. Ahora podrías estar libre y Merce podría estar con su madre.

Cuando te fuiste, me diste las gracias, pero soy yo quien tiene el derecho a estar más agradecido. Fui egoísta al casarme contigo. Cualquier hombre estaría a tu lado como esposo. Gracias por los muchos días que estuviste a mi lado como esposa.

Pronto te escribiré de nuevo.

Te amo. Te amo. Te amo.

A mi hija, adorada esposa de mi hijo, de tu padre:

Te escribí la otra carta hace varios días. Tenía la intención de enviarla inmediatamente, pero Arnaud se puso tan enfermo, que no pude apartarme de su lado. Dejó de hablar y se retiró a las profundidades de su alma, gimiendo, con una respiración forzada y lenta. Entonces, anoche, se calmó. Su respiración era superficial, escasa, sus manos y sus pies se ponían cada vez más fríos. Pensé que se nos iría durante la noche, y me senté a su lado, con Merce en mis brazos. Tú sabes que ella era un gran consuelo para él.

Al amanecer, un viento suave se levantó en el exterior. Miré por la ventana y fue como si los álamos en la distancia estuvieran respirando la luz de la aurora. Qué gloriosa mañana fue la de ayer. Más hermosa que cualquiera que haya visto en mi vida. Merce se despertó. Ahora me trata de abuelo. ¿Dónde ir Papá? Dijo, y yo bajé la vista y vi que de verdad nos había dejado. Nos ha dejado, Eco. Gracias a Dios que ahora ya no sufre. Descansará en tierra sagrada, aquí en Montaignou, si soy capaz de hacer las gestiones adecuadas. Su hogar era Montaignou.

Como te dije antes, no debes preocuparte en lo más mínimo por Merce y por tu madre. Las dos están progresando a paso firme, y nunca las abandonaré, incluso cuando el Obispo se dé cuenta de que ha sido injusto contigo, como debiera hacer si es un verdadero hombre de Dios y de la humildad.

Que el Señor esté contigo, hija. Lamento el dolor en el corazón que debes estar sintiendo en este momento. Siempre tuyo, adiós.

No pudo esconder su pena de las mujeres que compartían con ella la celda... Arnaud, su dulce Arnaud, estaba ahora en brazos de la muerte, había perdido todo lo que conocía, y lo había perdido al mismo tiempo, y lo había perdido

solo. ¿Dónde estaba su voz, su sabiduría, su alma? ¿Se había dado cuenta, al tomar su último aliento, que estaba a un paso de la muerte? ¿Conocería otro paraíso diferente del de este mundo, con su dolor y su placer y su promesa de muerte? Cuánto había sufrido injustamente... Arnaud... Incluso a las puertas de la muerte había sido amable, atento con ella y con su madre y su hija...

Perdóname, esposo, rezó. Estoy atrapada en este infierno, en este infierno de desesperación, y no recuerdo la vida que todavía tengo. No percibí que habías muerto mientras yo vivía.

Lloró durante días, y las mujeres fueron buenas con ella, consolándola con tiernas miradas y palabras amables, y ella encontró voz para agradecerles.

Antes de que pasaran quince días, el mismo guardia que la había acompañado a la Torre vino ahora a la celda. Anunció que se la iba a interrogar una vez más. La sacó a la luz del día, aspiró el aire limpio y fresco estirando sus pulmones, piernas y ojos mientras caminaban la distancia entre la Torre y Pamiers. ¡Qué altos se alzaban los álamos desde las orillas del brillante río, profundamente verde! ¡Qué inmensas eran las nubes, veteadas de dorado! Los campos y praderas que veía a un lado alcanzaban, inconmensurables, las colinas más bajas, que en esa época del año amarilleaban. Miró por encima de su hombro y distinguió vagamente los picos de sombrero blanco de los Pirineos contra el cielo, que le parecía desmedidamente azul. Sintió que sus sentidos iban a colapsar con la transparente inmensidad y brillantez del mundo, y rompió a llorar, sobrecogida al mismo tiempo por el deleite, la pena y el miedo.

En el palacio del Obispo, el guardia le condujo por los sombríos pasillos hasta la habitación donde había sido juzgada anteriormente. Lo primero que notó al entrar fue la ventana de la pared, más ancha de lo que recordaba. A través de ella vio las trajinadas y oscuras calles de Pamiers, y los pastizales de amarillo verdoso más allá de los muros de la ciudad. ¡La vida! La vida crecía por todas partes.

—Grazida Lizier —le dijo el Obispo. Estaba sentado, como antes, en el centro de la mesa, con los escribas a la izquierda y un joven fraile al que no conocía a la derecha. Todos los hombres la miraban fijamente, y en sus ojos reconoció una ausencia del hambre mendicante, de la desesperación que había llegado a conocer en la prisión. Qué limpios estaban estos hombres, bien arreglados y bien vestidos. Incluso el fraile, si bien ataviado humildemente y dotado de ojos amables, tenía un aspecto privilegiado de bienestar y seguridad.

El Obispo le señaló la silla, y su expresión se agrió al contemplarla.

—Le he pedido al Inquisidor Bernard de Toulouse —dijo—, que me deje conducir este interrogatorio sin su presencia. Temo que sus arrebatos le hayan intimidado la vez pasada —inclinó la cabeza hacia el fraile situado a su derecha—. El dominico que ahora me asiste, el Hermano Gailard de Pomiès, estará presente en lugar del Inquisidor. Le aseguro que no oirá de él arrebato alguno.

El joven fraile hizo una reverencia de asentimiento y el Obispo se aclaró la garganta, tocando el libro abierto que tenía delante.

—Desde la última vez que se presentó —empezó—, he recibido una carta de su esposo. Escribió en defensa de usted. Junto con la carta, envió un libro que afirmaba ser el único texto del que usted ha leído. Un libro obscuro. Lleno de conducta descarriada... Consideraré adecuado enviarle una copia de la carta al Inquisidor Bernard, que entonces estaba en Toulouse. Su escriba recibió la carta y reconoció el nombre de su esposo: Arnaud Lizier.

—Ahora está muerto —le interrumpió.

El Obispo pareció sorprendido de que Eco lo supiera, y miró con ojos entornados por un momento.

—El escriba del Inquisidor fue antes maestro de escuela —continuó finalmente—. Y su esposo, su Arnaud, fue pupilo suyo... ¿Su esposo le contó algo acerca de la escuela a la que asistió en Pamiers?

—No —dijo ella.

—En ese lugar fue castigado por su conducta descarriada —dijo el Obispo—. Sodomía. ¿Sabe usted qué es eso?

—No. —Las facciones del Obispo se pusieron rígidas.

—Algo infame —dijo—. Una ofensa antinatural. Cuando un hombre se une carnalmente a otro por la parte más sucia que tiene el cuerpo... ¿Cometió su esposo este pecado con usted?

Intentó encontrarle sentido a las palabras del Obispo.

—No —dijo. ¿Cómo explicarle que Arnaud nunca se unió a ella carnalmente?

—Usted entenderá —dijo el Obispo, con una expresión severa en sus ojos—, que no puedo confiar en el testimonio de un hombre capaz de tan fatal perversión. Envié a mis hombres a arrestarlo, y le encontraron muerto, como usted ha dicho. Muerto, muerto de lepra.

—No de lepra —dijo ella—. De otra enfermedad. Su padre es doctor y sabe de esas cosas.

—Murió el día anterior a la llegada de mis hombres —replicó el Obispo—. Y mis hombres vieron su cuerpo. Consumido por la putrefacción. Dios mismo le consideró podredumbre espiritual.

Eco quiso gritar en voz alta *¡Si Dios puede ser tan cruel, le odio!* Pero sabía

que, si quería ver a Merce, debía quedarse callada, aceptar el juicio que estos hombres emitían acerca de Arnaud y de ella. Examinó los sucios surcos en las tablas del techo, pensando que la habitación no era tan pura como al principio le había parecido, pensando que Arnaud ahora estaba libre de estos hombres y de sus palabras.

—La última vez que usted estuvo aquí —oyó decir al Obispo—, confesó que su esposo le había enseñado a leer... ¿Jura ahora por los sagrados evangelios que nunca le leyó o le habló de herejía?

Eco le miró fijamente, con la intención de que viera la sinceridad de su mirada.

—Lo juro con todo mi corazón —dijo—. Nunca posé los ojos sobre una palabra de herejía ni con él ni sin él, y él nunca me leyó ni habló de nada por el estilo.

El Obispo asintió para sí mismo, y sus ojos se tomaron más suaves. Dio la impresión de que le creía.

—Nunca he oído de una mujer laica que supiera leer —dijo en voz baja. La examinó un buen rato, como si ella fuera un misterio y él estuviera buscando una forma de comprenderla.

—Incluso así —dijo—, usted ha pecado gravemente. No sólo ha cometido adulterio: ha creído erróneamente que sus actos no eran pecaminosos. Ha dudado, de manera herética de la existencia del Infierno y de que Dios gobierna el mundo. Y ha demostrado falta de fe en las enseñanzas de la Iglesia de que los hombres serán resucitados. Usted debe abrazar la verdad que enseña la Iglesia, Grazida, pues pensar de cualquier otro modo es herejía.

Pero ya qué importaba hablar del pecado, de la verdad, de lo que había sentido en el corazón. Había habido gozo, gozo junto al párroco, pero ya nunca más habría. Había habido libertad, libertad en el bosque, libertad en su cuerpo libre de pensamientos pecaminosos, pero ahora, después de la inquisición, después de tanta charla, la noción de pecado estaría para ella siempre presente. Arnaud había muerto, y estos hombres de Dios le habían manchado con sus palabras, y ella nunca más confiaría en que lo sabían todo. Fingiría creer lo que se le decía que debía creer: era un precio pequeño por la libertad de criar a su niña.

—La abrazaré por completo —dijo—. Y confieso mi error.

—¿Promete creer de ahora en adelante que toda unión carnal de un hombre y una mujer fuera del matrimonio es un pecado mortal? —dijo el Obispo.

—Lo prometo —dijo ella—. Lo creo ahora y para siempre jamás.

—¿Y promete usted creer que hay un Infierno, en el que se castiga a los hombres malvados y a los malvados demonios?

—Sí, lo prometo —dijo—. Creo que hay un Infierno y ruego a Dios que me

evite tener que entrar en él.

—¿Y cree usted que los hombres deben ser juzgados por sus actos, y resucitados en la misma carne que ahora tienen?

—Sí —dijo—. Antes no estaba segura de ello. Pero ahora lo estoy. Y lo creo íntegramente, y siempre será así. Y le enseñaré a mi hija lo mismo. Por favor, libérenme por ella, para que pueda criarla bien, Monseñor.

El Obispo la miró a los ojos; parecía estar considerando sinceramente su ruego. Luego su expresión se ensombreció, y miró al joven fraile a su lado.

—Hermano Pomiès —dijo—, por favor, haga que la prisionera repita la Fórmula A.

El fraile se sentó erguido en su silla y abrió un pequeño libro sobre la mesa, delante de él. Alisó la primera página, y con una voz llana, casi tranquilizante, procedió a pronunciar la fórmula, deteniéndose en cada frase para que ella pudiera repetirla. De acuerdo con la fórmula, ella prometía abjurar de toda herejía, perseguir a los herejes con todas sus fuerzas, ayudar al Obispo y a todos los inquisidores en sus esfuerzos, observar, guardar y proteger la fe Católica, acatar y deferir los dictámenes de la Santa Iglesia Romana, el Obispo y todos los inquisidores, y aceptar el castigo que se le impusiera.

El Obispo suspiró con la conclusión de la fórmula y le dijo a Eco que su caso sería presentado a un jurado, que le aconsejaría qué sentencia debía dictarse en su caso.

—El Inquisidor Bernard tendrá algo que decir cuando llegue el momento de sentenciarla, por supuesto —dijo, antes de ordenarle al guardia que se la llevara.

Eco regresó a la Torre, a los ojos desesperados, hambrientos, de las mujeres de la celda. Luego, varias semanas después, ella y la mayoría del resto de prisioneros fueron conducidos por soldados al Cementerio de San Juan, donde el Obispo debía pronunciar las sentencias. El día era frío y gris y brumoso, y Eco tuvo que hacer un esfuerzo para ver a través de la penumbra. Al caminar buscaba al párroco entre los que estaban atados de pies y manos, con las ruidosas cadenas, que le hacían estremecerse hasta la médula. Distinguía los rostros sombríos por la fatiga y el miedo, pero ninguno le era familiar, ninguno era el rostro que necesitaba, el de alguien amado, si es que había amado.

Muchos hombres y mujeres ya estaban de pie entre las frías cruces del cementerio, delante de una plataforma que se había erigido, y cayó en la cuenta de que no todos los que esperaban sentencia habían sido apresados como ella, no todos habían sido considerados culpables de crímenes tan

graves. El Obispo surgió de la bruma con su séquito de oficiales, y el Inquisidor de Toulouse, que se quedó a los pies de la plataforma, miraba furtivamente para aquí y para allá, como si estuviera esperando su sentencia.

Si bien sabía que su destino estaba a punto de decidirse, se sentía extrañamente desprendida de los acontecimientos. Vio, a través de la niebla, un grupo de álamos que rodeaban el cementerio, y en la distancia divisó las congeladas agujas grises de la catedral, levantándose por encima de los muros de la ciudad de Pamiers.

El Obispo empezó a acoger los juramentos de los oficiales, y Eco se puso a pensar en los cadáveres bajo sus pies, los huesos, los cuerpos ya sin vida, la sangre congelada bajo tierra. La muerte estaba cerca, tanto como la posibilidad de libertad. Hizo un esfuerzo por ver al Obispo, a sus hombres, que exhalaban nubes de aire frío, el mismo aire que ella y los otros inhalaban. Estaban respirando juntos, viviendo al mismo tiempo, pero la muerte estaba cerca. En la Torre se había derramado sangre; en la Torre se hacía sufrir a los cuerpos, se les hacía luchar para que sus almas pudieran ser liberadas. ¿Quiénes de entre ellos sería puesto en libertad?

El Obispo hablaba en una voz apropiadamente sosegada mientras leía los nombres de los hombres y mujeres a los que se les permitía dejar de lado las cruces que previamente se les había condenado a llevar, pues había conmutado sentencias de cadena perpetua por penitencias menores. Su tono se hizo más agudo, y el ritmo de sus palabras más frenético mientras decía en voz alta los nombres y crímenes de los que iban a ser marcados con la cruz sobre sus ropas.

—Isabeu de Burlatz, culpable de recibir a herejes en su casa en una ocasión y de comer pan bendecido por herejes dos veces... Adélaide Peyrat, culpable de escuchar la prédica de los herejes dos veces... Napoléon de Bavière, culpable de asistir a un bautizo herético...

La voz del Obispo se esparcía como una corriente invernal a través de su alma mientras esperaba, entendiendo con asombro que su sentencia iba a ser mayor que la de aquellos cuyos nombres ya habían sido pronunciados.

El Obispo procedió a revisar las confesiones de los que iban a ser sentenciados a la Torre, aquellos a los que se les iba a confiscar sus propiedades, y Eco dirigió su mirada al Inquisidor, cuyo rostro enjuto y pálido se dejó llevar hacia ella.

—Grazida Lizier —oyó, y miró otra vez al Inquisidor—, culpable de adulterio, incesto, divergencia de pensamiento, herejía, retención de información frente a la Corte...

Si hubo más, no alcanzó a oírlo; se había convenido en un fantasma, en un fantasma dentro de sí misma, un fantasma, como había estado cuando el párroco la violó. No era capaz de sentir el frío aire limpio que su cuerpo

inhalaba y exhalaba. Ahí estaban la blancura del cielo y el gris de la tierra, y las siluetas de las cruces en los hombres y mujeres situados frente a ella. Su corazón se había vuelto insensible.

—Grazida Lizier —pronunció el Obispo—, sentenciada a cadena perpetua en la Torre.

Esa noche el Inquisidor le hizo una visita a la Torre. Mientras el alcaide sostenía una lámpara de aceite para iluminar el pasillo en el que estaban, el Inquisidor arrojó un pesado y basto saco entre las manos de Eco.

—Tengo el poder de aligerar tu sentencia —le dijo—. Pero debes proporcionarme más información de la que has dado hasta ahora.

A la luz de la lámpara, la piel del Inquisidor parecía casi transparente. Sus ojos estaban nublados por la vejez, y sus mejillas y su barbilla estaban sin afeitar. Parecía un loco, tan hambriento y condenado como cualquier otro en la Torre.

—Sabes leer —dijo, pasando la mirada por sus pechos, su boca y sus ojos—. ¿Pero sabes escribir?

Eco asintió, demasiado cansada como para mentir.

—Entonces escribe —dijo acaloradamente—. Escribe acerca del párroco, de cómo te sedujo, de todo lo que te dijo. Escribe por qué te entregó a tu esposo, su relación con tu madre. Cuenta una historia que él no pueda negar.

El Inquisidor tosió en su puño. Sus pulmones parecían llenos de un fluido húmedo y espeso.

—Enviaré a alguien para que tome tu testimonio.

Pareció ahogarse con la tos, y entonces, de manera abrupta, se dio la vuelta, diciéndole al alcaide que la encerrara de nuevo en su celda.

Durante las semanas siguientes se quedó mirando el interior del saco: un montón de papel enrollado, una pluma, un tintero, incapaz de encontrar en ella la energía necesaria para salvarse de morir. Aquí, en medio de tantas cosas vivas que se iban a echar a perder, apartada del viento y del bosque y el agua fresca de los ríos, apartada del resto de la vida, no podía tener la esperanza de invocar el optimismo de la respiración de las letras, el placer de sus colores, brotando como retoños en su cuerpo, que alguna vez había amado los placeres: brotaban bajo sus brazos, entre sus muslos, en el rabillo de sus ojos. No, no tenía nada que decir. Nada salvo manchas de tinta, manchas de sangre. En algún lugar de la Torre, el párroco estaba ensangrentado, agonizante, y ¿quién podía salvarle? Ella no. No si demostraba su culpabilidad. Las palabras se deshacían en su mente, las sílabas se le hacían indistintas. Y no había nada que la defendiera de la noche: sin Merce, no había palabras ni claridad.

Entonces, casi un mes después de que la sentenciaran, llegó una carta:

A mi hija, de quien siempre será su padre:

Nos sentimos devastados por la noticia de que has sido sentenciada a la Torre. Vinieron esbirros para apoderarse de la casa, y nosotros huimos a Foix, donde estamos ahora viviendo. He escrito una apelación al Conde. Seguro que él tiene influencia sobre los cónsules de Pamiers. Seguro que la tiene sobre el mismísimo Obispo.

Merce es una niña hermosa, y ya habla con bastante fluidez. Intenta abordar a tu madre, que parece estar progresando. Algunas veces la veo sonriéndole a la niñita, pero sé que te echa mucho de menos, Eco.

No pierdas la fe. Por favor, hija mía, no pierdas la esperanza, por el bien de tu hija.

Leyó la carta de principio a fin varias veces, luego la leyó en voz alta para que todas las mujeres la oyeran. Todavía había esperanza; todavía eran habitantes de este mundo.

A la mañana siguiente, bajo la pálida luz que se colaba por la ventana, cogió del saco la pluma. Todas las mujeres la miraban sumergir su punta tentativamente en el tintero. Sabía que no había suficiente tinta como para contar la historia que llevaba en su cuerpo, una historia que con su muerte iba a desvanecerse y debía desvanecerse. Pero podía bosquejar lo que había sido. Intentaría ser tan fiel a la verdad como la tinta y las palabras lo permitieran...

CAPÍTULO VEINTE

Pierre no es capaz de ver en la oscuridad de su celda. Está encadenado a una pared, con las manos por encima de la altura de sus orejas. Es consciente del dolor que le atraviesa la espalda, los hombros y las piernas, que le atraviesa la cabeza. Su piel está caliente, su aliento reseco, su respiración rápida y aguda. Pero en sus recuerdos es libre, le lleva su madre acurrucado en la suavidad de su cuerpo bajo el cielo del atardecer. Le lleva a la capilla, le hace un gesto para que se ponga de pie junto al sacerdote y siente el aroma de santidad del aire, se marea con la bruma de incienso y la luz titilante de las velas y los cánticos. «Señor, deja que este niño crezca». Su madre le lleva de regreso a casa. Repara en la pequeña luna que brilla sobre la capilla. Su misterio llena su corazón, se mezcla con el sonido de la respiración rápida y aguda de su madre. Sabe que hay una posibilidad de que se vaya a dormir y se levante ya crecido. Su vida todavía es ilimitada, y alcanza los oscuros bordes del horizonte iluminado por la luna. Cree que con el tiempo todo saldrá bien.

Intenta que sus hombros se adapten a la pared y los grilletes le hacen más profundas las heridas de sus muñecas. Cuando los esbirros le capturaron en un paso de montaña, le desafiaron con una espada, le hicieron un corte en la frente, en la mejilla, en la parte baja de la quijada. Aunque estuviera atemorizado, no preparado para la muerte que sabía que le iba a llegar, estaba extrañamente aliviado de que le capturaran, extrañamente aliviado de ver al Inquisidor sentado junto al Obispo durante su juicio. Había llegado al final de su horizonte, había perdido a la mujer de su vida, y miraba en las profundidades de los ojos del Inquisidor llorando amargamente, confesando el pecado que había cometido al poseer a Eco, la hija de su sobrina ilegítima. Sin conmovirse, el Inquisidor parpadeaba y tosía y exigía saber más. ¿Con

qué otras mujeres había tenido relaciones carnales? ¿A qué herejes había defendido? ¿Qué herejía había cometido? Pierre se preguntaba si el Inquisidor estaba ciego. ¿Acaso no veía que había desnudado el corazón de su desdichado corazón?

Se negó a decir más y fue arrojado a una celda, se le despojó de sus hábitos y se le dejó desnudo, encadenado a la pared. Privado de todo, excepto de la mínima cantidad de pan y agua, privado de la libertad de mover sus miembros, se volvió monstruosamente descarnado, encajado en sus propios excrementos, infestado por gusanos. Intentó no culpar a Dios por su sufrimiento, intentó aceptar la mortificación de la carne como penitencia por sus pecados. ¿Acaso no había pecado de manera terrible? Había roto cada promesa de fidelidad que había hecho a la Virgen, a la Iglesia, a los Hombres Buenos, a los Maurs, a las mujeres Creyentes con las que se había acostado. Y había violado a la mujer que más amaba... Eco... Su dulzura cubría su corazón como una sombra, acariciándole e hiriéndole aún más. Recordaba su pequeña y dulce sonrisa, que decía más que las palabras, sus dientes suaves como piedras de río, su cabello negro y radiante, como el agua oscura. Intentó ser tan silente e inocente como lo era ella, inocente como el capullo que se abre y florece.

Entonces un día el Inquisidor se presentó en su celda con la noticia de que Eco había sido sentenciada a una prisión de por vida en la Torre.

—Puedo acortar su tiempo de encarcelamiento, soltarla —masculló el Inquisidor—. La soltaré si confiesas toda la magnitud de tus pecados, y confiesas lo que sabes de otros.

En un instante Pierre supo que traicionaría a todos aquellos contra los que había pecado por el bien de su amor por Eco.

Se lo llevó de nuevo al vestíbulo para interrogatorios, donde confesó cada de detalle de su vida contrario a la Iglesia. Hacía tanto tiempo que había empezado a pecar... Recordó a la castellana, cómo había posado su boca sobre la de él, infundiendo en su interior la esencia de ser humano, de ser decadente, de ser alguien que se rinde a las pasiones del corazón y de la carne, inclusive a costa de dejar de ser bueno.

En vista de que lo confesó todo, se le había sentenciado a ser entregado al brazo secular. Tenía miedo y no lo tenía. Anhela la vida, y espera la liberación con la muerte. Encuentra un consistente consuelo al saber que Eco será perdonada. Se lame la boca seca y ensangrentada. Oye que la puerta de la celda chirría al abrirse y luego las voces de varios guardias. Le dicen que le van a llevar a la plaza, y está demasiado débil para gemir y expresar su miedo o su consentimiento. Le quitan los grilletes, le envuelven en una sábana espesa y tosca. No puede mover sus brazos y piernas, y le cuelgan del tronco de su torso como hacen con los animales muertos. El dolor en su

cuerpo se difumina, y oye la pesada respiración del hombre que le lleva. Su propia respiración se vuelve más trabajosa. Intenta calmarse fingiendo que está en brazos de su madre.

Oye el zumbido de muchas voces, como el lejano balido de las ovejas en los campos. Cuando era niño quería ser un gran pastor, el gran líder de un rebaño, pero perdió su cuerpo con una mujer tras otra, y en el camino perdió su corazón y su bastón. Sus ovejas se desperdigaron por la ladera de la montaña, y él no intentó salvarlas. Otros las pastoreaban, otros que le echaban a él la culpa. ¿Quién de ellos le había amado de verdad?

Se le aprieta contra algo duro y redondeado, se da cuenta de que es una estaca. Casi se derrumba antes de que se le vuelva a alzar. Siente la tensión en sus tobillos, consciente de que le están llevando atrás los brazos para amarrarle las muñecas. De repente le quitan la sábana y queda cegado por la deslumbrante luz del día. Parpadea, distingue una multitud delante de él. Hay hombres apilando haces de leña a su alrededor. Cierra los ojos y siente la presión de la leña apretada contra su pecho. Su respiración se hace incluso más penosa. Oye un ruido, una especie de gemido en su boca. Está asustado. Asustado del dolor que le atraviesa quemándole el cuerpo. Pronto estará muerto.

Tras la oscuridad de sus párpados cerrados, empiezan a formarse colores. ¿Está soñando? Parece estar en un pastizal, en alguna parte en lo alto de las montañas. Hay verde y dorado, y nubes, blancas y luminosas. Hay un cosquilleo del viento en su cabello, y un dolor que inunda su piel, tan agónico como exquisito, un dolor como el que jamás había sentido, una paz, una libertad.

Bernard está en Toulouse, metido entre las incómodas sábanas de su cama mientras las moscas le pican en las mejillas. El escriba de Massabuçu le ha dado el testimonio de Grazida Lizier, que ha traído un mensajero de Pamiers. Sostiene la única página delante de sus ojos, esforzándose por leer las letras de la mujer bajo la pálida luz. Hace un mes hubiera podido interpretar su laconismo como falta de respeto, como un categórico acto de insubordinación a su autoridad. Ahora sus palabras le impactan por su ingenuidad, y las acepta como lo haría con un trago de agua tibia, sin entusiasmo ni disgusto. La lee otra vez:

Había un sacerdote y una mujer que era bastarda, y una muda, y un zapatero que murió, y se amaban intensamente los unos a los otros, sobre los que se podría escribir mucho.

Hace un mes fue a la Torre de Pamiers para ver a Clergue. Tomó la lámpara del alcaide y las llaves y se aventuró en las furtivas curvas subterráneas, con

un frenesí que le invadía sus miembros por completo. Durante los dos años anteriores había pronunciado seis Sermones Generales, y había dictado más de doscientas sentencias. La batalla contra la herejía, desde todo punto de vista, se había ganado; su querida Madre Iglesia había sido salvaguardada. Sin embargo, en él no había paz. Le parecía que, si no podía romper pronto el silencio de Clergue, perdería su batalla más importante, se hundiría en el sudor infernal de su horripilante ser, el que conocía por sus sueños.

La celda subterránea apestaba, y Clergue colgaba absolutamente inmóvil. Sintió un arranque de piedad por el hombre, cuyo cuerpo seguía tibio, pero deteriorándose rápidamente.

—Grazida Lizier, tu ramera, ha sido sentenciada a pasar el resto de su vida en la Torre —gritó Bernard, con más violencia de la que había tenido intención de mostrar. Sostuvo en alto la lámpara y vio que los ojos de Clergue estaban abiertos, con una expresión de consternación. Sus labios empezaron a temblar, y luego la cabeza se le inclinó y quedó colgando de su cuello. Las esposas que ataban sus manos a la pared rechinaron—. Puedo acortar su sentencia, hacer que la liberen —le espetó, más por piedad que por estrategia—. Haré que la suelten si confiesas toda la magnitud de tus crímenes... Y al hablar, sabía que estaba mintiendo.

Más tarde, en el palacio del Obispo, Clergue confesó sin pedir clemencia, simplemente arrugando la frente cuando el Obispo le instaba a buscar el perdón de la Iglesia. Y Bernard se sintió extrañamente derrotado por el firme reconocimiento de Clergue de haberse equivocado. Clergue de repente parecía ser un hombre lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de sus propias fechorías, mientras que Bernard no era más que un cobarde, que se escondía de sus imperfecciones, de sus fallos como hombre. ¿No era él igualmente culpable de cometer actos de la misma lascivia, sólo que en la oscuridad de sus sueños? ¿No había abandonado su pasión por Dios al cultivar una rivalidad tan acalorada con Clergue?

Fue el primero en llegar a la plaza de la catedral de Pamiers el día que Pierre iba a ser quemado, y mientras una multitud se reunía lentamente delante del cadalso, él se encontró jadeando para poder respirar. Clergue fue amarrado a su estaca, se apilaron haces de leña hasta su barbilla. ¡*Arrepiéntete!* Casi grita Bernard. Se dio cuenta de que no quería que Clergue muriese tan pronto. Los esbirros encendieron los leños, y una curiosa sonrisa agónica acudió a los labios del condenado, como si, con mucho dolor, estuviera siendo testigo de su propia salvación. Qué solo que se sintió Bernard, solo como un bebé abandonado a la orilla llena de juncos de un río.

Deja el testimonio de Grazida Lizier a un lado de la cama, enrollándolo. De

alguna manera, la tinta sobre el papel le consuela, es un vínculo —aunque frágil— claro con Clergue, con la época de su vida en que se sentía poderoso. Al cabo de dos días abandonaría su cargo como Inquisidor. Le había escrito al Papa, recodándole los muchos años que le había servido, y el Papa había respondido nombrándole Obispo de Tuy, en Galicia, al sur de los Pirineos, lejos de Aviñón; un nombramiento, Bernard lo sabía, que no era para estar ni orgulloso ni avergonzado.

Acaricia con los dedos las suaves letras sobre el papel. Ya no hay razón para mantener en prisión a la amante de Clergue. Le escribirá al Obispo diciéndole que estaba equivocado al apremiarle a dictar para ella una sentencia tan dura. *Vete y no peques más*, le escribiría. *No peques más*, se dice a sí mismo, apartando el papel de su boca.

Recuerda el voto que pronunció como joven novicio. *Yo, Bernard, hago de Dios mi profesión y le prometo obediencia a Dios, y a la bendita Virgen María, y al bendito Domingo. Y juro ser te obediente a ti, Hermano, maestro de la Orden de los Predicadores, y a tus sucesores, hasta la muerte. Y de qué manera le parecía entonces estar entrando en el éxtasis de la unión con Dios mismo. Y de qué manera le parecía que nunca jamás conocería la soledad...*

Quizá habría encontrado satisfacción si hubiera sido menos diligente. Quizá habría sido más feliz si, como Clergue, hubiera tenido más de qué arrepentirse.

Eco ha sido liberada. Se ha puesto de pie sobre el césped amarillento del Cementerio de San Juan y el Obispo le ha dicho que es libre. Debe llevar cruces: dos de ellas por delante y dos de ellas en la espalda. Debe hacer peregrinajes y presentarse a su iglesia parroquial en los días de fiesta para recibir azotes del sacerdote. Pero es libre para andar por el ancho mundo, por la sombra, por la orilla boscosa del Ariège, en dirección a Foix. Al atardecer podrá volver a ver a su hija. ¿Qué dirá Merce cuando la vea?

Deja en la celda la pluma y la tinta. No tiene intenciones de escribir por un buen tiempo. Quiere pensar con los pies sobre la tierra y los dedos expuestos a la brisa y la nariz enterrada en el cabello de su hija.

El sol la espía por entre las hojas de los altos árboles y Eco se detiene un momento, alzando sus húmedos ojos a la luz. Está sola. Lo sabe y lo acepta como no lo había aceptado antes. Pero siente a su alrededor una palpitante vivacidad. Oye el susurro de la respiración del viento entre los árboles, la limpia comente del agua del río junto a sus pies, la llamada de los pájaros... No la conocen, pero son de la tierra de la misma manera en que ella lo es. Inhalan, exhalan, tienen hambre, deseos, son de vida, y, por ello, imperecederos.

Los árboles no son conscientes de la humillación que ha sufrido, ni de la ciudad de la que viene, de la Inquisición que ha soportado, de la alegría que florece en su pecho. Nunca han hablado de amor, no saben por qué viven, no se preguntan por qué deben vivir. Sólo piden sentir el sol cuando el sol toca sus hojas, beber la lluvia que beben sus raíces. Lánguidamente confían.

Vivir, vivir, florecer, existir...

EPÍLOGO

Hasta donde me alcanza la memoria, he estado siempre fascinada por la separación que hay en la cultura occidental entre el espíritu y la carne, una separación que se hace eco de un abismo más profundo entre el cielo y la tierra, y entre Dios y el hombre. Me he sentido inquieta e intrigada por estos dualismos porque no existen como tal en la cultura en la que me criaron, la de mi madre, los Karen. La mayor minoría étnica de Burma, los Karen, son principalmente animistas. Son profundamente espirituales y al mismo tiempo mantienen contacto con la tierra y ven estas tendencias como algo indistinguible.

Cuando empecé mis estudios de pregrado, sabía que quería abordar cuestiones relativas a Dios y la fe y la posibilidad de la trascendencia, sin sospechar que estas cuestiones tendrían en mí una resonancia mucho más rica en la literatura de la Francia medieval. Durante el año que pasé en el extranjero, en París, entré en contacto con dos notables novelas medievales en las que la búsqueda del honor y la salvación espiritual eran amenazadas por pasiones terrenas. Pronto descubrí que, en muchas narrativas del periodo, temas como la virtud y el deber se entrecruzaban con temas vinculados a la sensualidad y el deseo ilícito.

Empecé a leer textos místicos medievales y me sentí particularmente atraída por los escritos de un grupo de mujeres que describían la carne no en oposición al espíritu, sino como instrumento a través del cual el espíritu podía florecer y unirse en éxtasis con lo Divino. En *Las escritoras de la Edad Media*, de Peter Dronke, leí la declaración de Grazida Lizier, y me impactó su visión del mundo ardientemente antidualista, casi mística. Su sensibilidad moral y espiritual daba forma a su experiencia física del mundo. Parecía una figura edénica, libre de la vergüenza incluso en su desnudez metafórica

delante de los hombres que le tomaron declaración.

En el otoño de 1996 entré en el programa MFA de la Universidad de California en Irvine. La voz de Grazida seguía obsesionándome, y empecé a escribir un libro que imaginé como un pequeño volumen lírico de éxtasis, un relato altamente Accionado de su vida. Sin embargo, mientras más intentaba traer a mí el pasado, me sentía más atada por el deber de hacerlo genuinamente; y mientras más ahondaba en la investigación, más lejos del pasado me sentía.

Recibí una beca de investigación de la Escuela de Humanidades y del Departamento de Inglés de Irvine en junio de 1997, y emprendí el primero de los dos viajes que haría a Montailou. Desde París, conduje al sur hasta Toulouse, luego a Pamiers y Poix, situada dramáticamente en las estribaciones de los Pirineos. Recorrí a pie el fértil y boscoso valle del Ariège y los afluentes del Arize. Entonces una noche conduje desde Ax-les-Thermes por un empinado paso a los pastizales del Pays d'Aillon, donde se encuentra Montailou. Trepar por el estrecho camino hasta las ruinas de la fortaleza medieval fue una experiencia emocionante: durante años la aldea había existido meramente en el espacio de mi imaginación, y de repente estaba viva. El alcalde de Montailou, Alain Fayet, pasó buena parte del día conmigo. Habló apasionadamente de la historia de la aldea y del espíritu de herejía, y me aconsejó visitar los Archivos Departamentales del Ariège en Foix, donde eventualmente llevaría a cabo investigaciones esenciales.

Pasó otro año antes de que empezara a concebir la novela en su forma actual, como un lapso narrativo de tres generaciones, no sólo como la vida de Grazida. He basado muchos de los personajes en gente del Montailou medieval que de verdad existió, pero sus historias difieren, en diversos grados, de las que había bosquejado. La auténtica Grazida Lizier seguramente ni sabía leer ni era muda. Su madre, Fabrisse, era la prima ilegítima de Pierre Clergue, no su sobrina. Pierre Clergue era un amante de las mujeres, hereje en su corazón, y traidor para con sus parroquianos. Su vida acabó a resultas de la Inquisición, aunque murió en prisión y fue quemado después de haber sido enterrado. Los hermanos de apellido Authié introdujeron en verdad la herejía en la aldea; las circunstancias de dicha introducción, sin embargo, fueron diferentes de las que aquí describo, como lo fueron los detalles de su arresto y posterior quema. El personaje de Bernard es una compilación de varios inquisidores, en especial Bernard Gui, que no fue abandonado de bebé y que no fue el primero, sino el segundo inquisidor de Depravación Herética para la Provincia de Toulouse. En tanto que el personaje de Arnaud es fundamentalmente imaginado, sus experiencias como estudiante en Pamiers han sido sacadas de las de un Arnaud real, que de manera similar tenía miedo de estar contagiado de lepra.

Hasta hace poco se asumía que la sífilis no apareció en Europa hasta finales del siglo xv, después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Sin embargo, han salido a la luz pruebas que sugieren que la enfermedad ya estaba presente en Inglaterra en 1340, y puede que antes de eso haya sido confundida con la lepra. Para perfilar el personaje de Arnaud fui ayudada enormemente por las descripciones de la *Historia de la Sífilis* de Claude Quézel, y me inspiré en el enfoque de Quézel que trata la sífilis como una enfermedad social, tan cargada de significado como hoy en día lo es el SIDA.

A lo largo de las páginas de *Los Hombres Buenos*, los personajes secundarios llevan nombres de verdaderos aldeanos medievales, pero cualquier similitud entre ellos más allá de la fe es, en general, completamente casual. Aquí y allá he cambiado las fechas o el orden de los acontecimientos, y pido tolerancia a los estudiosos del periodo. Para los lectores que quieran aprender las historias de los verdaderos aldeanos de Montaignou, les recomiendo dos trabajos que han sido para mí de un valor inestimable: *Registro de la Inquisición de Jacques Fournier*; de Jean Duvernoy —una traducción al francés moderno de las declaraciones que tomó Fournier entre 1318 y 1325— y *Montaignou: La Tierra Prometida del Error*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, un brillante estudio de la vida en Montaignou y sus alrededores en aquella época.

CRONOLOGÍA

- 1206** Santo Domingo decide librar a la población del Languedoc^[2] de la herejía cátara^[3] por medio de la prédica del evangelio a la humilde manera de los Hombres Buenos y los apóstoles.
- 1208** El legado papal Pierre de Castelnau, tras excomulgar al Conde de Toulouse por negarse a expulsar de sus dominios a los herejes, es asesinado. En consecuencia, el Papa Inocencio III llama a la Cruzada Albigense^[4] contra los herejes cátaros del Languedoc.
- 1209** Un ejército de cruzados nobles y sus partidarios del Reino de Francia se dirigen al sur y sitian Béziers. Se produce una cruenta masacre. Carcassonne se rinde a los cruzados poco después.
- 1210** Bajo el liderazgo de Simón de Montfort, los cruzados capturan Minerve. Es la primera de las muchas ejecuciones masivas que tendrán lugar durante la cruzada; son quemados 140 Buenos Cristianos.
- 1211** Lavaur es capturada por los cruzados; entre 300 y 400 herejes son quemados. Empiezan los ataques en la región de Toulouse.
- 1215** En el Cuarto Concilio Laterano, el Conde de Toulouse es desposeído de sus tierras por el Papa Inocencio III. La orden de Santo Domingo es admitida.
- 1218** Simón de Montfort muere durante el sitio de Toulouse.
- 1226** Luis VIII de Francia, deseoso de expandir su reino, conduce el sitio de Aviñón y conquista la mayor parte del valle del Rhone. Muere en noviembre, y es sucedido por Luis IX (San Luis).
- 1228** Sistemática devastación de la campiña de Toulouse por las tropas reales.
- 1229** El tratado de Meaux señala el final de la Cruzada Albigense. El Conde

de Toulouse se reconcilia con la Iglesia a cambio de acceder a unas condiciones que eventualmente harán al Rey de Francia heredero de su condado. Se funda la Universidad de Toulouse, y se confía su cuidado a los dominicos.

- 1233** Empieza la era de la inquisición, cuando el Papa Gregorio IX convoca a los dominicos a buscar y perseguir a los herejes.
- 1234** Motín de los ciudadanos de Albi contra el Inquisidor.
- 1235** El Inquisidor de Toulouse es expulsado de la ciudad por los cónsules.
- 1244** El castillo cátaro de Montségur se rinde al ejército de los obispos y soldados del rey. Se quema a 220 cátaros.
- 1252** El Papa Inocencio IV aprueba la tortura moderada en la inquisición de los herejes.
- 1256** Rendición de Quéribus, la última fortaleza cátara importante.
- 1262** El Papa Urbano IV autoriza a los Inquisidores mismos a practicar la tortura.
- 1271** El condado de Toulouse pasa a la corona francesa.
- 1284** Los cónsules de Carcassonne planean robar los registros inquisitoriales.
- 1294** Ascenso a la sede papal de Bonifacio VIII y comienzo de sus luchas de poder con el rey francés, Felipe IV (El Justo).
- 1296** Pierre Authié viaja a Lombardía, donde se convertirá en un Buen Hombre cátaro.
- 1302** Revueltas de ciudadanos de Albi contra el Obispo Castanet y los dominicos.
- 1306** El rey Felipe IV expulsa a los judíos de Francia.
- 1307** Bernard Gui se convierte en Inquisidor de Toulouse.
- 1308** La población de Montailou es arrestada el ocho de septiembre.
- 1309** El Papa Clemente V traslada el papado a Aviñón.
- 1310** Bernard Gui sentencia a diecisiete herejes a ser entregados al brazo secular. Pierre Authié es sentenciado y quemado en una pira poco después.
- 1312** El Papa Clemente V promulga la bula *Multorum querela*, limitando el poder de los inquisidores.
- 1317** Jacques Fournier se convierte en obispo de Pamiers, y establece una

oficina inquisitorial.

1320 Bandas de campesinos conocidos como los *pastorellos* se levantan contra los judíos de Francia.

1321 Se quema al último Hombre Bueno del que se tiene noticia.

1329 Última quema de Creyentes en Carcassonne.

1334 Jacques Fournier se conviene en Papa como Benedicto XII.

1337 El rey Eduardo III de Inglaterra reclama la corona francesa. Comienza la Guerra de los Cien Años.

1347 La Peste Negra llega al Languedoc.

1377 El papado regresa a Roma bajo Gregorio XI.

1478 Establecimiento de la Inquisición Española.

Sobre la herejía cátara.

Los Hombres Buenos han sido conocidos desde la Edad Media como cátaros, una designación probablemente derivada del griego *kátharos*, que significa «puro». Muchos académicos han sostenido de manera convincente que el catarismo se originó en parte por la herejía dualista de los Bogomilos de Bulgaria, que concebían el mundo material como una creación de Satán y por ello inherentemente maligna. La fe de los Bogomilos podría haberse extendido a Europa occidental en el siglo XII, como resultado del creciente comercio entre Oriente y Occidente. En 1143, una secta organizada de cátaros se había establecido en Colonia; para finales del siglo XII, el catarismo era una seria amenaza para la Iglesia y florecía principalmente en las regiones de Toulouse, Albi y Gascuña.

Los cátaros eran dualistas cósmicos. Creían en dos principios co-eternos: Dios, creador de la luz y el espíritu, y Satán, creador de la oscuridad y la materia. Según su cosmología, Satán había apartado a muchas almas del reino celestial de Dios y las había aprisionado en cuerpos humanos, corruptibles y declinantes, en los cuales iban a reencarnarse indefinidamente. Cuando Dios en su misericordia envió a Cristo a la tierra, el dominio de Satán sobre estas almas se vio amenazado. Cristo, a quien los cátaros creían puro espíritu y un mero espectro de hombre, había difundido el mensaje de la salvación, que sólo los cátaros habían preservado en su forma prístina. Mediante el rito cátaro de bautismo, los prisioneros de la carne quedaban limpios de pecado y se les prometía la resurrección del alma. Si se bautizaban durante el curso de sus vidas en lugar en el momento de morir, se volvían

Hombres Buenos o Mujeres Buenas, predicadores de la fe que vivían en extremo ascetismo, sin comer carne ni tener propiedades o participando del más diabólico de los pecados, la reproducción sexual.

El catarismo en el Languedoc fue tan rampante a comienzos del siglo XIII, que en 1208 el Papa Inocencio III llamó a una cruzada contra él. Ejércitos de nobles franceses marcharon al sur y empezaron la guerra santa con una cruenta masacre en Béziers. Para la primavera de 1229, la guerra se había terminado. Poco después, el Papa Gregorio IX estableció la Inquisición, que exterminaría todo remanente de herejía. Todos los destellos de catarismo que tuvieron lugar después de 1325 serían meras apariciones, recuerdos, evocaciones de otro tiempo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se ha beneficiado del trabajo de muchos académicos. Estoy especialmente agradecida a los siguientes por su investigación acerca de aspectos de la vida medieval de los campesinos: Philippe Ariès y Georges Duby, editores generales de *Una historia de la Vida Privada II: Revelaciones del Mundo Medieval*; Jacques Gélis, autor de *Historia del parto: Fertilidad, embarazo y nacimiento a comienzos de la Europa Moderna*; Geneviève d'Haucourt, autora de *La Vida en la Edad Media*; Ralph B. Pugh, autor de *Encarcelamiento en la Inglaterra Medieval*; y Francés y Joseph Gies, autores de *Vida en una Ciudad Medieval* y *Vida en una Aldea Medieval*, que me presentaron tantos temas de largo alcance como la educación de los niños, las artimañas de los doctores de la ciudad, el tratamiento de los leprosos y las herramientas del trabajo de un curtidor. También estoy en deuda, por supuesto, con Jean Duvernoy, cuya edición y traducción del registro inquisitorial de Jacques Fournier consulté con frecuencia, y con Emmanuel Le Roy Ladurie (y su traductora Barbara Bray), cuyo pionero trabajo sobre Montaillou y la vida pastoril me proporcionó una clara visión del tema.

Los siguientes fueron útiles para mi educación acerca del catarismo, la Cruzada Albigense y la Inquisición medieval: *El verdadero rostro del catarismo*, de Anne Brenon; *Los cátaros y la cruzada albigense*, de Michael Costen; *Cátaros, Vaudois y Béguins: disidentes del Pay's d'Oc*; y *La Religión de los cátaros*, de Jean Duvernoy; *Inquisición y Sociedad Medieval: poder, disciplina y resistencia en el Languedoc*, de James B. Given; *La Inquisición Medieval de Jean Guiraud*, traducida por E. C. Messenger; *La Inquisición Medieval* de Bernard Hamilton; *Herejía Medieval: movimientos populares desde los bogomilos hasta Hus* de M. D. Lambert; *La Cruzada Albigense: un ensayo histórico* de Jacques Madaule, traducido por Barbara Wall; *Escrituras cátaras y la vida cotidiana de los cátaros*

del Languedoc en el siglo XIII de René Nelli; *El Inquisidor Geoffroy d'Ablis y los cátaros del conde de Foix* de Annette Pales-Gobilliard; *Herejía y autoridad en la Europa medieval: documentos en traducción e Inquisición* de Edward Peters; *Historia de los cátaros: herejía, cruzada, Inquisición del siglo XI al XIV*, *Los cátaros: de la caída de Montségur a las últimas quemadas, 1244-1329*, y *Morir en Montségur*, los tres de Michel Roquebert; *Las cruzadas albigenses* de Joseph Strayer, *Herejías de la alta edad media: fuentes selectas*, traducida y anotada por Walter L. Wakefield y Austin P. Evans; *Herejía, cruzada e Inquisición en el sur de Francia: 1100-1250* de Walter L. Wakefield; y *La herejía albigense* del Reverendo HJ. Warner. Estoy particularmente en deuda con Jacques Madaule (y su traductora al inglés: Barbara Wall), Joseph Strayer, y el Reverendo Warner por sus traducciones de la liturgia cátera.

Tres libros me introdujeron al mundo de Bernard de Gui, y le debo mucho a cada uno de ellos: *Entre la Iglesia y el Estado: las vidas de cuatro prelados franceses en la edad media tardía* de Bernard Guenée, traducida por Arthur Goldhammer; *Bernard Gui y su mundo*, editado por Édouard Privat y el Centro de Estudios Históricos de Fanjeaux; y *Personajes de la Inquisición* de William Thomas Walsh. Buena parte de la escritura del personaje de Bernard está basada en la del verdadero Bernard Gui, cuya *Practica Inquisitionis Heretic[al]e Pravitatis* fue editada en el siglo diecinueve por Célestin Dovais. También le estoy agradecida a G. Mollat por su traducción de los manuales editados de Bernard Gui, *Manual del Inquisidor*.

Sin *Una introducción al Occitano Antiguo* de William Paden, y *Pequeño diccionario Provenzal-Francés* de Emil Levy, habría sido incapaz de encontrar el equivalente en occitano antiguo de muchas palabras. Estoy especialmente agradecida con el profesor Paden, que generosamente revisó el Occitano del libro, y cuyas traducciones de la poesía de los trovadores fueron tan encantadoras que me sentí obligada a citar varios versos.

La mayoría de los credos católicos del libro provienen de *La Enciclopedia Católica*. Los versículos de la Biblia provienen de la *Versión autorizada del Rey Jaime* y la *Versión Estándar Revisada*. También he echado mano de las *Instrucciones para sacerdotes parroquiales* de John Myrc; *Predicar en la Inglaterra Medieval: una introducción a los manuscritos de sermones del periodo, c. 1350-1450* de G. R. Owst; *Los Evangelios Gnósticos* de Elaine Pagels; y la liturgia bautismal del *Libro de la Plegaria Común*, que he usado en la escena del bautizo de Fabrisse, ignorando intencionadamente el hecho de que habría sido más apropiado incluirla en una narración de la Inglaterra del siglo XVI. Todas las citas de las *Metamorfosis* de Ovidio son de la traducción de Frank Justus Miller, revisada por G. P. Goold.

A lo largo de la escritura de esta novela fui asistida por varias instituciones y personas. Me siento agradecida al personal de los Archivos departamentales del Ariège en Foix, la Biblioteca municipal de Pamiers, y la Biblioteca del Centro de Estudios Cátaros de Carcassonne; y a todos los franceses que respondieron pacientemente a mis preguntas, entre ellos Alain Fayet, alcalde de Montailhou, el hermano Elie Pascal del convento dominico en Toulouse; y Michel Roquebert, historiador de la herejía cátara.

La asociación para becas de Donald y Dorothy Strauss me proporcionó una muy apreciada ayuda financiera. Gracias a Duncan y Colleen Strauss, a Nancy Strauss Tietge, a la Escuela de Humanidades y el Departamento de Inglés de la Universidad de California en Irvine, y a Arielle Read por su permanente apoyo. Gracias también a Gail Davis, quien me ayudó con muchos fragmentos del latín y el texto original de la declaración de Grazida, y a Willis Barnstone, que nunca se cansó de discutir conmigo sobre los cátaros.

Estoy en deuda con los profesores de Harvard que me introdujeron al periodo medieval y dirigieron mis estudios, en particular con Nancy Jones, Deborah Jenson y Sandra Nadaff. Mis mentores en el programa para graduados de escritura de ficción nutrieron este libro en sus primeras etapas. Les doy las gracias a Margot Livesey, James McMichael, y Michael Ryan por su orientación; a Melanie Thernstrom por su motivación y consejo profesional; a Michelle Latiolais por su fe en esta historia y su sugerencia de que la escribiera cronológicamente; y a Geoffrey Wolff por alentarme a escribir un libro reglado no por la historia, sino por la imaginación. Mis compañeros en el taller de ficción me ayudaron a encontrar la voz y el alcance de la historia; gracias a todos ellos por su amistad y minuciosa lectura.

Me siento desmedidamente agradecida a mi agente, Eric Simonoff, por su entusiasmo, sabiduría y amabilidad; a mi editora, Cindy Spiegel, por creer en el libro y entregarlo al mundo con tanta inteligencia y sensibilidad; y a la editora de Riverhead, Susan Petersen Kennedy, por darme a manos abiertas su perspicacia y su apoyo. También estoy enormemente agradecida a Erin Bush por su disposición y buen humor, a Dorothy Vincent, y a Mih-Ho Cha, Paul Crichton, Marilyn Ducksworth, Anna Jardine, y a todos los demás de Penguin Putnam que prestaron ayuda a la novela y su autora a lo largo del proceso de publicación.

Por su cariño y comprensión, agradezco a Tony Barnstone, Janet Cortellessa, Ayame Fukuda, Peter Hedges, Emily Tucker, Matthew Shaw, Jennifer Wang, Arthur y Judy Winer, al clan Benson, y a mi hermano Bradford y a mi hermana Colleen.

A ti, Andrew Winer, que contribuiste tanto en este libro, gracias por tu humor, constancia, claridad mental y atención. Y a vosotros, mis padres, Glenn y Louisa Craig: vuestro apoyo y vuestro cariño ha sido mi mayor fuente de vitalidad creativa. Gracias.

PERMISOS

La autora agradece el permiso de reproducción de pasajes de los siguientes libros:

Las Cruzadas Albigenses de Joseph Strayer, *copyright* © 1971 de Joseph Strayer. Usado con permiso de Doubleday, una división de Random House, Inc.

Una Introducción al Occitano Antiguo de William D. Paden, *copyright* © 1998 de la Asociación de Lenguas Modernas de América. Usado con permiso de La Asociación de Lenguas Modernas de América.

Metamorfosis de Ovidio. Volumen III, Biblioteca Clásica de Loeb, volumen L42, traducido por Frank J. Miller, revisado por G. P. Goold (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1916, 1977). Usado con permiso de las editoriales y fiduciarios de la Biblioteca Clásica Loeb. La Biblioteca Clásica Loeb ® es una marca registrada del Presidente y Amigos de la Universidad de Harvard.

Las Escritoras de la Edad Media de Peter Dronke, *copyright* © 1984, de Cambridge University Press. Reproducido con el permiso de Cambridge University Press.

ELOGIOS

«La asombrosa primera novela de Craig evoca tiempos y lugares... fascinante».

Los Angeles Times

«*Los Hombres Buenos* es una genuina novela sobre la herejía. El libro está hermosamente construido y es memorable por su profundidad... potente».

Harold Bloom, autor de El Canon Occidental y Shakespeare: La invención de lo humano

«Grazida Lizier es una verdadera heroína... Hay algo noble en la colorida recreación ficcional de una mujer que ciertamente merece ser devuelta a la Historia. Grazida pertenece a la luminosa minoría de los que, sin educación formal y en la más oscura de las épocas, insisten en pensar por sí mismos».

New York Newsday

«En su admirable novela *Los Hombres Buenos*, Charmaine Craig transporta a su lectores a la Francia medieval y al oscuro laberinto de la herejía. No ofrece fáciles respuestas a las cuestiones de la fe y la persecución, sino que más bien nos muestra personajes apasionados que luchan con sus propios deseos y dilemas. Es un debut fascinante y memorable».

Margot Livesey, autora de Eva Moves the Furniture

«La Iglesia Católica Romana guardó los registros de estos procesos inquisitoriales, proporcionando una ventana íntima, casi voyeurista a las vicisitudes de hombres y mujeres que vivieron hace siete siglos. Estos documentos siguen fascinándonos... proporcionan inspiración a una ambiciosa primera novela. Hay mucho que admirar en *Los Hombres Buenos*, especialmente su diestro manejo de complejas líneas narrativas que se entrecruzan».

The New York Times Book Review

«Al imaginar tanto la vida física como interior de Grazida Lizier, Charmaine Craig ha logrado una atrevida resurrección del siglo catorce. Dramatiza las consecuencias personales y catastróficas de la aplicación calculada de la maquinaria y la fría pasión de la fe burocrática, las averiguaciones que constituían el ataque de la Inquisición, el silenciamiento de las voces que la ponían en duda. De oportuna ficcionalidad, la voz de Craig es vivida y correcta, informada y musical».

Geoffrey Wolff, autor de The Duke of Deception

«Una historia fascinante. Hace preguntas que hoy en día son tan relevantes como lo fueron en el siglo XIV. Preguntas relativas al sexo y las relaciones humanas, a la fe religiosa, al papel de la mujer en la sociedad, forman la esencia de esta interesante y singular novela».

Edmonton Journal

«Engancha... Craig mezcla hábilmente temas universales —la compasión, la lujuria, la culpa, el amor, la vergüenza, la obediencia, el odio— con hechos históricos duros, aborrecibles».

Fort Worth Star-Telegram

«La lucha entre el pecado de la carne y la trascendencia del espíritu es el tema de relato ficcional sobre la Inquisición... La Historia es lo que hace que leer *Los Hombres Buenos* valga la pena, por su retrato de un periodo clave en la vida del sur de Francia».

«Deslumbrante».

Harper's Bazaar

«Craig pinta [a sus personajes]... con compasión y simpatía en esta novela obsesionante, evocadora y hermosa. Rara vez los bajos anhelos humanos han sido tratados con tanta empatía».

Bellingham Herald

«[Una] novela histórica elegante, ricamente detallada... [Craig] puebla su libro con un épico elenco de personajes, todos ansiosos de obtener la salvación mientras intentan reconciliarse con la "imprudencia de la carne"... La novela de Craig trata del potente dualismo que ha influido radicalmente en el desarrollo de la cultura occidental».

Book Magazine

«Al hacer una crónica de las incertidumbres y crisis éticas de un párroco de una aldea en la Francia de comienzos del siglo XIV que lucha tanto con sus deseos carnales como con sus necesidades espirituales, esta astuta novela echa mano de declaraciones hechas durante la Inquisición de Francia para Accionar la extraña historia de los cátaros, una secta cristiana medieval del sur de Francia... una historia creíble, conmovedora, basada en los temas de la convicción religiosa y las crisis espirituales. La espléndida utilización [de Craig] de la imaginería y de personajes de carne y hueso añade profundidad a la novela, así como los detalles históricos... aguda y convincente».

Publishers Weekly

«Notable».

Coast Magazine

«Fascinante y escrupulosamente documentada».

«Un relato épico... sabroso y de ágil lectura».

The Orange County Register



CHARMAINE CRAIG (Octubre de 1970) es una actriz de cine y escritora estadounidense.

Hija de un birmano de los karen y una americana EE. UU. Creció en Santa Mónica, California y se matriculó en 1989 en la Universidad de Harvard, donde estudió teología y la literatura y se graduó con honores.

Entre 1994 y 1996 estuvo activa como actriz de cine. En su debut en el cine, interpretó como Lily indio Joseph el papel femenino principal en la película «White Fang 2 - El mito del Lobo Blanco» (Original: «Colmillo Blanco 2: El mito del lobo blanco», EE. UU. 1994). Después de eso, trabajó como Heather Haines en tres episodios de la serie de televisión «Doctor en Alaska» (Northern Exposure, EE. UU. 1994-1995), así como en un papel secundario como camarera en la película «A prueba de balas - Bulletproof» (EE. UU. 1996).

En 1996, comenzó los estudios literarios en la Universidad de California. Su primera novela, «The Good Men» fue lanzada en 2002. Se trata de los cátaros y se inspiró en la cuestión de cómo el hombre puede traer a su carnal y la naturaleza espiritual en armonía, uno desde la perspectiva del autor tarea en última instancia imposible con el que deberán enfrentarse a sus lectores.

Charmaine Craig vive con su esposo Andrew Winer, el autor de la novela «El color de la medianoche Made», en la localidad costera de Laguna Beach.

Notas

[1] (N. del T.). El denier fue una moneda francesa creada por Carlomagno, introducida junto con un sistema monetario en el que doce denieres equivalían a un sou y veinte sous a un libra. <<

[2] Territorios en los que se hablaba la lengua hoy llamada occitano, parte de la cual todavía es la región Languedoc-Roussillon en el sur de Francia. <<

[3] Los cátaros, dualistas que concebían el mundo material como maligno, proliferaron principalmente en el Languedoc y la Lombardía entre el siglo XII y comienzos del siglo XIV. <<

[4] Término para designar a los cátaros del Languedoc, que inicialmente se refería a los Buenos Cristianos y sus partidarios en la región de Albi. <<